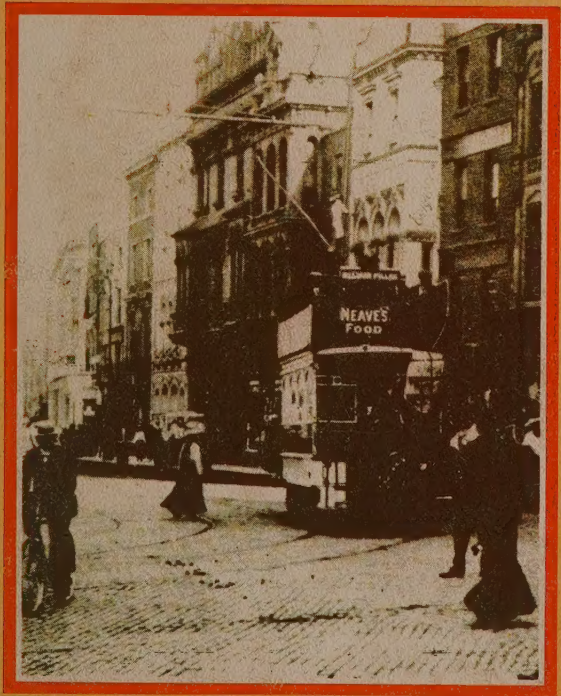
JAMES JOYCE

ULISES

VOLUMEN II



TRADUCCION J. M. VALVERDE

BRUGUERA · LIBRO AMIGO · LUMEN

BRUGUERA LIBRO AMIGO

JAMES JOYCE

Nació en 1882 en Rathgar, suburbio de Dublín, en el seno de una familia de arraigada tradición católica. Estudió en el colegio del Belvedere e ingresó en la Universidad de Dublín en 1898. Se forjó una sólida cultura, aprendió diversas lenguas y se interesó sobre todo por la gramática comparada. En 1902 se trasladó a París para estudiar literatura, pero al año siguiente regresó a Irlanda, dedicándose a la enseñanza. Tras un voluntario exilio de su país, vivió sucesivamente en Trieste, Roma y París, hasta que el estallido de la II Guerra Mundial le indujo a trasladarse a Zurich, en donde murió en 1941.

OTRAS OBRAS DEL AUTOR

Música de cámara
Dublineses
Retrato del artista adolescente
Exiliados
Finnegans Wake

JAMES JOYCE

ULISES

Traducción de José M.ª Valverde

VOLUMEN DOS

BRUGUERA
LUMEN

Título original:

Título original:
ULISSES

Traducción: *José María Valverde*

8.ª edición: setiembre, 1983
La presente edición es propiedad de Editorial Bruguera, S. A.
Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)
Edición original: © 1922 by the Trustees of the Estate
of the late James Aloysius Joyce
© Editorial Lumen - 1976 sobre la edición en rústica
Traducción y prólogo: © José María Valverde - 1976
Diseño de cubierta: Neslé Soulé

Printed in Spain
ISBN 84-02-06645-3 (Tomo II) / ISBN 84-02-06646-1 (Obra completa)
Depósito legal: B. 26.405 - 1983 (Tomo II)
Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Carretera Nacional 152, km 21,650. Parets del Vallès (Barcelona) - 1983

Sinopsis
(continuación)

[*14*]

De 10 a 11 de la noche. En el Hospital de Maternidad. Bloom entra a preguntar por la señora Purefoy, con dolores desde hace tres días, y cuyo parto llegará a término precisamente en esa hora. Hay un grupo de estudiantes de medicina —Buck Mulligan entre ellos, acompañado de Stephen Dedalus—, en alegre charla: invitado a beber con ellos, Bloom se queda —aunque apenas bebe. (Mientras, fuera, descarga un aguacero tormentoso)—. Bloom, recordando la muerte de su hijito, en contraste con los nacimientos en el hospital, proyecta hacia Stephen una suerte de paternidad espiritual, y quiere acompañarle desde ese momento. Joyce dijo que la idea del capítulo era «el delito que se comete contra la fecundidad al esterilizar el acto del coito». Pero esto no pasa de ser una tesis irónica: lo que más cuenta es que el verdadero protagonista resulta el estilo, transformado para ir imitando las sucesivas fases de la prosa inglesa, a través de la historia, en paralelo con la gestación del feto. Primero hay una triple invocación («Vamos al sur, a la calle Holles»), una exhortación a Horne, director del hospital, y el grito de la comadrona al nacer el niño. Luego, una alabanza de la organización de los hospitales de maternidad irlandeses, en estilo latinizante. Pero vale más citar la carta de Joyce a Budgen (22 marzo 1920) en que señala algunas de las referencias estilísticas del capítulo —no todas—: «Técnica: un episodio en nueve partes sin divisiones introducido por un preludio a lo Salustio-Tácito (el óvulo sin fecundar), luego, a la manera del anglosajón y el más antiguo inglés aliterativo y monosilábico («Aún no nacido niño nadaba en ventura...»), luego a la manera de Mandeville («Y allí se entró al sitio que estaban un joven caballero de estu-

dios...»), luego la *Morte d'Arthur de Malory* («el gentilhombre Lenehan andaba pronto en escanciar de modo que al menos no faltara regocijo...»), luego el «estilo de crónicas» elisabetiano («Para aquel tiempo el joven Stephen llenó todas las copas...»), luego un paisaje solemne, como de Milton, Taylor y Hooker, seguido por un trozo entrecortado, de cotilleo latino, estilo Burton-Browne, luego un pasaje a lo Bunyan («la cuestión era que por el camino cayó con una cierta puta de exterior placentero cuyo nombre, dijo, es Pájaro-en-Mano...»). Tras un trozo de diario estilo Pepys-Evelyn («Leop. Bloom, sentado muy a gusto con una banda de gente alegre...») y Landor-Pater-Newman, hasta que eso acaba en un enredo terrible de *pidgin English*, inglés de negro, *cockney*, irlandés, jerga del Bowery, verso ramplón...». Curiosamente, no cita entonces Joyce —quizá por no haberlos imitado todavía, cuando escribía esa carta— otros estilos claramente visibles, como los de Gibbon, Goldsmith, Lamb, Dickens, De Quincey, Carlyle, Ruskin... y el estilo final, el del evangelista americano de «¡Elías viene!». Por supuesto que en traducción se pierde el chiste del *pastiche*: con todo, el capítulo no deja de tener interés para el lector hispano, incluso por los posibles paralelismos con la historia de la prosa española.

TÉCNICA: *Se ha ido indicando.*

REFERENCIA HOMÉRICA: *Los Bueyes del Sol —Joyce se dio cuenta muy bien de que no eran «bueyes», sino «terneras» o «vacas», pero siguió la tradición establecida. (Ulises, en la isla del Sol, advierte a sus compañeros que no maten y se coman las terneras sagradas, símbolos de fecundidad: ellos le desobedecen, y Júpiter hundirá su nave con un rayo, pereciendo todos menos Ulises. Como se ve, hay sólo una vaga alusión a los peligros de estorbar la fecundidad.)*

[15]

De 11 a 12 de la noche. Entre el capítulo anterior y éste, ha ocurrido algo que sólo inferimos indirectamente: Stephen, Lynch, Mulligan y el inglés Haines han tomado algún tranvía o tren suburbano que, cambiando en una estación, les llevó al barrio de los prostíbulos, pero en esa estación Mulligan intentó dar esquinazo a Stephen, surgiendo una pelea entre ellos, de resultas de

la cual Stephen tiene la mano dolorida y ha perdido la llave de la torre. Por su parte, Bloom, movido por su súbita «paternidad» adoptiva hacia Stephen, ha querido seguir a éste para evitarle los peligros de las prostitutas, pero, rezagado, se ha equivocado de tren o de tranvía, y llega al barrio de mala fama sin saber dónde encontrarle. El capítulo se desarrolla en forma dramática —diálogos y acotaciones—, pero, obviamente, no es representable, por lo fantástico de las mutaciones. Para la mente actual, sería claramente cinematográfico —aunque el carácter literario de las acotaciones no sea fácil de trasladar a visión—: incluso, en algunos momentos, haría pensar en obras como *8 y 1/2*, de Fellini. Sin embargo, para Joyce, la falsilla formal caricaturizada fue *La tentation de St. Antoine*, de Flaubert. Aun con su enorme extensión —casi el doble que los otros capítulos más largos— éste es quizás el capítulo al que le sobra menos: sin duda, el corazón del libro y su cumbre. Lo que va ocurriendo en la realidad se mezcla con escenas simbólicas y con estampas del pasado, que sólo en ocasiones cabe situar en la mente de Bloom —o de Stephen—: más a menudo están sólo en la mente del autor. Nuestro resumen, por fuerza, ha de ser más oscuro que en los capítulos anteriores.

En el barrio de los prostíbulos (*Nighttown*, «ciudad nocturna»). Monstruos —¿alusión biológica?—, miserables y prostitutas —con cruel inverosimilitud, entre ellas, la Cissy Caffrey de [*13*]. Dos soldados borrachos, Carr y Compton. Stephen y Lynch avanzan, discutiendo sobre el lenguaje: un peón caminero caricaturiza sus palabras. Avanza luego Bloom, metiéndose pan y chocolate en el bolsillo y comprando despojos; un tranvía de obras casi le atropella: discute agriamente con un posible espía enviado por el Ciudadano. Surge ante él su difunto padre, con reproches sobre el pasado. También se le deja ver Molly, voluptuosamente vestida a lo árabe. Bloom se le excusa por haber olvidado la loción: el jabón que compró se transforma en sol del porvenir. Vuelta a la realidad: una celestina ofrece una muchachita virgen. Bloom recuerda su primer episodio sexual. También en visión, la señora Breen le reprocha andar por allí: retorno al pasado, cuando Bloom estaba enamorado de ella, antes que de Molly. Bloom se ve llegando a casa,

ante Molly: al justificar los despojos que lleva en el bolsillo, la escena vuelve a la comida en el hotel Ormond. Reaparece la señora Breen, con reproches: ella y Bloom reviven una antigua escena de coqueteo. Otra vez el barrio con sus miserables, pero fantásticamente exagerados y deformados: alguien cuenta cómo una vez Bloom se orinó en el cubo de cerveza de unos albañiles. Bloom recapacita sobre su búsqueda de Stephen, perplejo: un perro le acosa, transformándose en el perro del Ciudadano, y Bloom le echa los despojos que lleva. Dos guardias —en la fantasía— le quieren detener por arrojar desperdicios: Bloom se defiende, y apela a las gaviotas que alimentó en [*5*]: por contraste, aparece el cruel domador de una novela que leía Molly en [*4*]. Bloom se ve capturado y acusado: en vano ofrece nombres falsos, coartadas, excusas, lisonjas: la Martha de sus cartas aparece para acusarle de seducción. Cuando afirma que es escritor, el Matcham del cuento de [*4*] le acusa de plagiario e ignorante. Peores acusaciones surgen: hay un careo con una criada que intentó seducir en su casa. Sale otra vez el episodio en que se orinó en la cerveza de unos albañiles: en vano le defiende J. J. O'Molloy como elocuente abogado, alegando su irresponsabilidad por mongolismo: Bloom aparece transformado en una especie de chinito bobo. También alega sus dificultades económicas (invirtió en plantaciones en Palestina [4]: el alegato pasa a ser el discurso citado por MacHugh en el *Freeman* [7] (aunque Bloom, curiosamente, no lo oyó), y el del propio J. J. O'Molloy en la vista del crimen mencionado en [*8*]. Bloom apela a quienes conocen su moralidad personal: pero aparecen tres aristócratas damas a acusarle de haberles escrito cartas con propuestas obscenas, tales como la de ser azotado masoquísticamente —lo que ejecuta una de ellas, una elegante amazona, llamándole cornudo—. Se forma un jurado, que determina su culpabilidad —sobre todo, por el pecado original, y el pecado del mundo—. Bloom es declarado «Judas Iscariote». El verdugo de [*12*] le va a ejecutar. Bloom alega desesperadamente pruebas de su buen corazón en el fondo: echó de comer a las gaviotas, estuvo en un entierro, no puso ninguna bomba sino que tiró los despojos a un perro. El difunto Dignam, tomando la forma del perro en cuestión, confirma la coar-

tada, rodeado de caricaturas de la demás gente del entierro. Se desvanece el juicio acusatorio: Bloom sigue andando, rodeado de ruidos de besos. Zoe, una prostituta, le indica dónde están Stephen y Lynch: en la casa de Bella Cohen —conocida de Bloom. Zoe le acaricia y lisonjea: Bloom, transfigurado, se ve convertido en alcalde de Dublín, aclamado en una inmensa fiesta ciudadana, coronado como sucesor de Parnell, constructor de la «Nueva Bloomusalén». Hay quien disiente —el desconocido del *macintosh*—, pero es aniquilado por Bloom, quien revela ahora su generosidad —dando limosnas, besando— y su sabiduría legislativa, judicial y política. Después, divierte a todos con músicas y chistes: muchas mujeres se suicidan por su amor. Sin embargo, algunos empiezan a acusarle de hipócrita: se leen informes médicos en que Bloom aparece como modelo de hombre femenil: más aún, está a punto de ser madre —noticia que causa entusiasmo en su favor—. En efecto, da a luz ocho hermosos niños prodigio. Una voz le proclama Mesías: Bloom realiza peculiares milagros. Pero otra vez le acusan, le ponen en la picota para ridiculizarle —parodia de la Crucifixión, en que toman parte, con nuevos papeles, muchos de los personajes ya conocidos—: las «hijas de Erín» le rezan una adaptación de la letanía de la Virgen que va resumiendo los episodios anteriores. (Por un momento, de vuelta en la realidad, Zoe se burla de que Bloom charle tanto.) Bloom, hablando como un campesino del teatro de Synge, se dispone a irse a casa. De nuevo en la realidad, discute con Zoe, que por fin le hace entrar en la casa. (Visiones de los que han poseído ya a Zoe.) Dentro están Stephen y Lynch con dos prostitutas. Charlan, fuman, Stephen toca el piano y se extiende en complejas filosofías de base musical. Florry, una de las putas, comenta que ha leído en el periódico sobre la próxima venida del Anticristo —que vemos encarnado en la figura del prestamista Reuben J. Dodd [*6*]: llega el Fin del Mundo, en forma de pulpo de dos cabezas —alusión a unos versos de A. E., en [*8*]. Se oye otra vez al evangelista americano de [*14*]: las tres putas se confiesan —en forma que hace pensar en un pasaje de *The Waste Land* («The Fire Season»). Bajo nuevos nombres, ahora son antepasadas de Bloom. También aparecen las Bienaventuranzas: los que bebían

con Bloom en el hospital de maternidad. Vuelven también figuras de la discusión en la Biblioteca Nacional, como el poeta A. E., cuya voz sibilante resulta ser el siseo de la luz de gas del burdel —que Zoe arregla. Lynch le levanta la falda: entonces cae por la chimenea Lipoti Virag, abuelo de Bloom, el científico de su estirpe, para recomendar técnicas afrodisíacas. Pero, a la vez, Bloom se transforma cada vez más en el romántico Henry Flower de sus cartas a Martha. Stephen, mientras, piensa en sí mismo como el hijo pródigo. Florry le pregunta si es seminarista: conversación sobre el clero y la sexualidad, con irreverentes sugerencias sobre el nacimiento de Jesús. Mientras, Lipoti Virag se ha convertido en una bestia diabólica: aparece también Ben Dollard en forma animalizada, y se marchan los dos. mientras Henry Flower asume poses románticas. En el plano real, Stephen y las putas siguen hablando del clero: Stephen se imagina convertido en cardenal. Bloom se inquieta por la presencia de otro hombre en la casa —¿quizá Boylan?—: Zoe le convida a chocolate. Aparece Bella Cohen, la *madame* de la casa: su abanico habla con el silencioso Bloom, quien, dominado por la presencia de Bella, se deshace en recuerdos y sentimientos, hasta caer a sus pies para desatarle los zapatos. Pero Bella le pisa y le oprime, convirtiéndose en un macho dominador —«Bello»— mientras Bloom se feminiza —en el original, eso se expresa con el posesivo *her* en vez de *his*—. «La» Bloom se esconde con miedo debajo del sofá, pero Bella-Bello (la) hace salir, transformándo(la) en criada de la casa y en una prostituta más. Se recuerdan pasadas aberraciones sexuales de Bloom, imaginándose mujer poseída por hombres: Bloom echa la culpa a un amigo que acabó siendo homosexual. Bloom confiesa las más lamentables suciedades en su pasado sexual. Queda condenado, pues, a ser criada de día y puta de noche: sus favores son subastados con éxito. Luego Bella le compara con Boylan, tan superior a él, en su visita a Molly. Aunque Bloom pida perdón a Molly, es tarde: es un nuevo Rip van Winkle, que durante mucho tiempo ha dormido —mejor dicho, que se ha desviado tras otras mujeres. Bella le dice que haga testamento y muera. Bloom, muerto, es llorado por los judíos, y conversa con los inmortales: así, con la Ninfa cuya imagen preside

su alcoba [*4*], la cual le acusa de sus faltas. Bloom le pide perdón por ellas y por el desorden de su alcoba. La bacinilla y sus ruidos le hacen pensar en las cascadas de Poulaphouca, junto a Dublín, y en una excursión de Bloom allí, siendo estudiantes, en que se entregó al onanismo: las chicas no le querían. (Imágenes de suicidio y rechazo.) La Ninfa —ofendida y marmórea— es ahora una de las diosas del museo que Bloom quiso observar si tenían orificio posterior: mientras, las putas bromean sobre un almohadón calentado con el trasero. A Bloom se le salta el botón de un bolsillo de atrás: a la Ninfa se le humedece la túnica con la virilidad recobrada por Bloom, quien se vuelve contra Bella, enfrentándose con ella en insultos mutuos. Bella —en la realidad— pide que le paguen, lo que hace Stephen: pero Bloom paga la parte de éste, devolviéndosela: sin embargo, como Stephen está cada vez más incoherente, Bloom se hace cargo de su dinero. (Se mezclan diversos *leit-motive* del libro, en Stephen: su adivinanza en [*2*], temas shakespearianos...) Zoe les lee la mano a Stephen y a Bloom: a éste le hace recordar un episodio de su vida escolar, y le adivina su desgracia marital. Zoe va encantando a Bloom: Bloom, en su fantasía, ve a Boylan presumiendo ante Lenehan de su hazaña sexual con Molly. Bloom se ve reducido a lacayo cornudo en su propia casa, dejando entrar a Boylan para repetidos retozos con Molly: con una cita shakespeariana sobre «el espejo de la naturaleza», Stephen y Bloom se ven reflejados como un Shakespeare cornudo. Bloom vuelve un momento a la realidad, pero una pregunta le hace ver a la viuda Dignam en términos shakespearianos: Stephen, por una cita bíblica, habla de cuernos y de Pasifae, la enamorada del toro. Lynch le excusa aludiendo a su reciente regreso de París, de cuyas orgías cuenta Stephen, en sintaxis afrancesada, haciendo reír a las mujeres. En el recuerdo de un sueño, Bloom es acosado como en cacería: cacería que luego se transforma en la Copa de Oro. Mientras —en la realidad— pasan por la calle los soldados Compton y Carr, con Cissy Caffrey, cantando «Mi chiquilla es de Yorkshire». Stephen baila con Zoe —imágenes del profesor Goodwin tocando el piano, y del maestro de baile Maginni, aparecidos antes [*10*]—. Este último organiza una Danza de las Horas: Stephen, cada vez más exalta-

do, baila solo, viendo visiones y hablando con incoherencia. De pronto, ve a su madre muerta, aún reprochándole y amonestándole: él, siempre rebelde —*non serviam!*—, levanta el bastón y rompe la lámpara de gas, con estrépito de catástrofe cósmica. Gran agitación: Stephen huye, pero Bloom hace ver que sólo ha roto el manguito del gas —que paga en el acto—, con lo que evita el escándalo, saliendo luego de la casa tras Stephen. En ese momento llega el funerario Kelleher con clientes para Bella; Bloom huye, no queriendo ser reconocido: su huida se convierte en una fantástica persecución, acosado por todos los que han ido apareciendo en su jornada. Junto a unos andamiajes —donde Bloom se había orinado en la cerveza de unos albañiles—, alcanza a Stephen, que está a punto de enredarse en una riña, por haberse dirigido a Cissy Caffrey en un momento que los soldados que la acompañaban se habían rezagado. Stephen, borracho, sin advertir el peligro, discute pedantemente con los soldados. Además, se ven las imágenes que pasan por su mente —Lord Tennyson, etc.—. Bloom trata de salvar a Stephen llamándole «profesor»; éste sigue sus discursos, que parecen antipatrióticos a los soldados —sale otra vez la balada del Muchacho rebelde» [*11*], entre otras fantasías sobre mártires por la patria y el rey, mientras aparece el Rey en persona, bajo figura grotesca. Los soldados, suspicaces, preguntan a Stephen: vemos ahora, como dos patriotismos enfrentados, al Ciudadano y al comandante Tweedy, padre de Molly Bloom. Hay atmósfera de pelea patriótica: en vano Bloom apela a Cissy Caffrey, que adopta el papel de víctima. Imágenes de catástrofe cósmica y bíblica —hay paralelismos con la Crucifixión—: se celebra una misa negra, con términos litúrgicos dichos al revés. La Abuela Desdentada —caricatura de la lechera de [*1*]— exhorta a Stephen en nombre de Irlanda. El peligro crece; Lynch —nuevo Judas— se aleja; Stephen ve todo aquello como «una fiesta de la razón pura». Por fin, el soldado Carr le derriba de un puñetazo —fantasmal, el comandante Tweedy ha hecho disparar a su pelotón de ejecución. Los concurrentes toman partido y empiezan a pelear también entre ellos. Por suerte, aparecen dos guardias, ante los que Bloom echa la culpa de todo a los soldados. Llega también el funerario Kelleher,

que lo arregla todo diplomáticamente con los guardias: Bloom y él se mienten mutuamente excusando su presencia en tal barrio. Quedan solos Bloom y Stephen —éste, aún caído y semiinconsciente, gruñendo incoherencias y citas sobre los hechos del día. Bloom, paternal, le ayuda a recuperarse: ante él, surge la figura de su hijito Rudy, con la edad y aspecto que tendría si no hubiera muerto.

TÉCNICA: *Diálogo en forma teatral.*

REFERENCIA HOMÉRICA: *Circe (la bella hechicera que transforma en cerdos a los compañeros de Ulises: éste los salva con ayuda de una droga que le ha dado Hermes contra los encantos de Circe).*

3 (Nostos, el retorno a Ítaca)
[*16*]

De 12 a 1 de la madrugada. El capítulo (ya en la secuencia de las primeras horas del viernes 17, con su temprano amanecer de junio irlandés) contrasta con el aquelarre del anterior, desarrollándose en tono deliberadamente aburrido y retardado. Bloom acompaña y ayuda a Stephen a recuperar el equilibrio, llevándole al Refugio del Cochero —una especie de café no-alcohólico para socorro de noctámbulos—: al acercarse allí, ve a un guarda de una cantera dormido en su garita —un conocido de su padre—. Otro conocido llama a Stephen; un pobre echado a perder, que le saca algún dinero ponderando su mala situación. Bloom pregunta a Stephen sobre su propia situación inmediata: está demasiado lejos de su albergue y tampoco quiere volver con su padre y hermanas. Bloom le habla mal de Mulligan: pasan junto a unos italianos que discuten: Bloom elogia la lengua italiana, por poética, pero Stephen le advierte que están peleando por dinero. Llegan al Refugio del Cochero, a cargo de un tipo que tiene fama de ser Fitzharris el Desuellacabras, famoso por su complicidad en un crimen aludido en [7]. Entre los tipos del refugio destaca un viejo farsante que afirma ser marinero y haber navegado por todo el mundo, con increíbles cuentos exóticos. Bloom medita sobre el mar, y se esconde tras un periódico cuando asoma al Refugio la prostituta mencionada en el final de [*11*]. Stephen está reacio a la conversación que le ofrece Bloom: cuando surge un

tema de cierta altura, se hace evidente que Bloom no entiende bien y no puede estar al nivel de Stephen. Los demás hablan de naufragios. El Desuellacabras ensalza los recursos naturales de Irlanda —lo que hace que Bloom mencione a Stephen su encuentro con el Ciudadano y plantee el tema judío, elogiando la tolerancia: luego se lanza a sus utopías sociales y económicas, que no interesan a Stephen, enemigo de todo trabajo y amigo de las paradojas. Bloom, desconcertado, piensa en casos de demencia juvenil, a veces con aberraciones sexuales —incluso entre personas de la realeza: luego lee el periódico de la tarde, edición deportiva, con el triunfo de «Por Ahí». Los demás hablan del inevitable tema Parnell, el autonomismo irlandés, y el escándalo conyugal que hundió al líder. Bloom, a propósito de sangre caliente y de españoles, exhibe a Stephen una apetitosa foto de Molly, años atrás. De ahí, reflexiones sobre *ménages-à-trois*: otra vez el tema Parnell: Bloom recuerda cómo él le devolvió a Parnell el sombrero caído en una refriega, y con qué cortesía se lo agradeció el jefe. Preocupado por Stephen y sus disipaciones, se entera con horror de que no ha comido desde —propiamente— anteayer, el miércoles. Es hora de marchar. Bloom se lleva a Stephen para, al menos, invitarle a tomar algo en su casa: no a quedarse, por no estar seguro de la aprobación de Molly. En marcha ya, encuentran un tema de afinidad, la música, por más que sus gustos sean muy diferentes: los de Bloom, entre vulgares y confusos: los de Stephen, refinados y snobs. Observan despacio un caballo que tira de una barredera —mientras Bloom sugiere a Stephen la grandiosidad de su porvenir si cultiva su voz profesionalmente. Stephen no responde: el caballo lanza unas boñigas mientras ellos se alejan.

TÉCNICA: *El estilo del capítulo está basado en innumerables clisés y circunlocuciones sólo útiles para alargar lo que se dice; comparaciones manidas, recursos de periodismo aburrido, retórica administrativa y burocrática: una exhibición de vulgaridad en la expresión.*

REFERENCIA HOMÉRICA: *Eumeo (cuando volvía ya a Itaca, Ulises, disfrazado de mendigo, llegó a la cabaña del porquerizo Eumeo. Aparecido allí Telémaco, Ulises se le dio a conocer y el padre y el hijo planearon juntos la destrucción de los pretendientes de Penélope).*

[17]

De 1 a 2 de la madrugada. En este capítulo —el predilecto de Joyce, el «patito feo»— Bloom llega a su casa en compañía de Stephen, el cual, tras tomar una taza de cacao, y sin aceptar quedarse a dormir, se va sin destino —no puede volver a la torre, privado de la llave y peleado con Mulligan—: no quiere volver con su familia. El capítulo está escrito en forma de catecismo —preguntas y respuestas, en tono objetivo y exhaustivo, con impersonalidad científica—: como dijo Joyce, «una sublimación matemático-astronómico-físico-mecánico-geométrico-química de Bloom y Stephen». Se pregunta primero el itinerario de los noctámbulos y sus temas de conversación, más algo sobre el sentir general de Bloom sobre la vida: al llegar, Bloom no tiene la llave —dejada en otro traje, según advirtió él mismo en [4]—, así que entra saltando la verja al semisótano. Abre la puerta a Stephen y, en la cocina, pone agua a hervir —largas respuestas sobre las conducciones de aguas y las virtudes generales del agua. Hervida ya el agua —que podría haber servido para afeitarse— Bloom prepara el cacao, dando ocasión a un inventario de la cocina: unos tiquets rotos de apuestas de caballos —dejados por Boylan— le hacen recapitular los hechos del día. Compartiendo el cacao con Stephen, se examina la mente literaria de éste y sus propios escasos intentos literarios: la relación entre sus edades, la época en que conoció a Stephen niño, sus diferencias de carácter, sus problemas de la publicidad, ideas publicitarias de Bloom —y lo que una de ellas sugiere a Stephen—, la anécdota de las solteronas en la columna de Nelson, en [7]; ciertos aspectos de la relación de Bloom con Molly, tratando de educarla, grandes figuras de la raza judía... En un momento dado, se ven uno a otro como pasado y futuro, y —teológicamente— como Padre e Hijo: Bloom evoca sueños y proyectos de juventud; Stephen, por su parte, canta una horrible balada sobre un niño muerto por una judía —lo que perturba a Bloom, judío. Bloom pasa a pensar en estados propicios al crimen, tales como alucinaciones, y de ahí, a su hija, a la que recuerda con cariño. Luego ofrece albergue por esa noche á Stephen, que no lo acepta; piensa Bloom que Stephen podría interesar a Molly —incluso distraerla de Boylan; se esboza en su mente, sin disgusto, la posibilidad de que su «hijo

adoptivo» establezca una *liaison* con Molly y/o con su hija Milly. Bloom expone sus ideales sobre mejoras de la sociedad (pero la humanidad será siempre frívola y vana): Stephen responde con sofisticación excesiva para Bloom, disponiéndose luego a salir. Reflexiones de Bloom ante el espectáculo de la noche estrellada, al abrir la puerta. Hay luz en la ventana de Molly. Los dos orinan a la vez, y se despiden. Primeros indicios de amanecer en el cielo. Bloom, al entrar, se da un golpe: los muebles del cuarto de estar han cambiado de sitio (sabremos luego que Molly se los ha hecho cambiar a Boylan). Bloom enciende un cono de incienso, y observa la habitación modificada. Empieza a desvestirse: se arranca un trozo de uña del pie y lo huele antes de tirarlo. Ese olor desencadena en él recuerdos infantiles, con todas las ilusiones que no ha realizado: sobre todo, la casa que le gustaría tener —y que es descrita en minucioso inventario— y la posición social que le gustaría alcanzar, con medios adecuados. Bloom abre sus cajones personales: inventario. Recuerdos de su padre suicida. Temores sobre desgracias y ruina. Fatigado, va a la cama. Inventario mental del día. Molly en la penumbra: huella de un cuerpo anterior junto a Molly: catálogo de —posibles o reales— amantes de Molly; envidia a Boylan: resignación.

Entra en la cama por los pies, con la cabeza junto a los pies de Molly. Besa las nalgas de Molly, desahogándose sexualmente en ellas. Molly despierta: interrogatorio a Bloom, que éste responde a su manera. Molly piensa en el largo tiempo en que no ha querido ella tener plena relación sexual con Bloom: él piensa en la falta de comunicación mental en que han estado desde que su hija Milly se hizo mujer: desde entonces, se siente acosado y vigilado por su mujer, aunque lo lleva con paciencia. El navegante ha vuelto y va a dormir: como Simbad el Marino, está en su punto de partida. (Punto final.)

TÉCNICA: *Catecismo de preguntas y respuestas.*
REFERENCIA HOMÉRICA: *Por una vez obvia, Itaca.*

[*18*]

De 2 a 3 de la madrugada. Este capítulo final, o apéndice, es el monólogo interior de Molly Bloom en duermevela, después que se ha dormido Bloom. Consta de ocho grandes frases cuya ausencia de puntuación corres-

ponde al fluir vago de esa mente —tan libre de inhibiciones morales—. Joyce dijo de ella que, al contrario que el Mefistófeles goethiano, «espíritu que siempre niega», era «la carne que siempre afirma».

1. Molly está asombrada porque Bloom, antes de dormirse, le ha encargado que, al revés de lo habitual, ella le traiga a la cama el desayuno, y con un par de huevos: recuerdos de Bloom haciéndose el enfermo: sospechas de que haya tenido un enredo sexual el día antes: recuerdos de la criada con quien Bloom quiso tener que ver: Boylan: sin duda Leopold lo sospecha: ¿y seducir a algún muchacho?: placeres y límites del acto sexual: detesta confesarse: Boylan con ella esa tarde, poderoso y grosero: luego ella se durmió, y la despertó la tormenta, como voz celeste amenazando castigo: detalles de la potencia sexual de Boylan: destino de ser mujer: ¿y tener otro hijo? —no de Boylan, mejor de Leopold—: Leopold y su antiguo amor, Josie Powell, hoy esposa del chiflado Breen: Bloom sabe muchas cosas: ¿y un triángulo con Josie?: mujer desgraciada: Bloom no es tan malo como Breen.

2. Primer encuentro con Boylan, que la miraba a los pies: aventura con el tenor Bartell d'Arcy: Bloom cortejando, obseso por bragas, de ella o no: primeros avances mutuos: Bloom no besaba tan bien como el teniente Gardner: ¿volverá Boylan el lunes a las 4?: visitantes que no avisan: dentro de una semana, gira de conciertos, con Boylan: menos mal que sin Bloom: recuerdos de viajes: perspectivas eróticas de la gira: cómo engañó Bloom a los curas, aunque masón, para que ella cantara en la iglesia: no le interesa la guerra: el teniente Gardner, muerto en la Guerra de los Bóers: el padre de Boylan en negocios de guerra: posibles regalos de Boylan, buen amante, irritado por su pérdida en las apuestas: consejo de Lenehan, que la admiró: un banquete con Lenehan: qué mal anda de trajes: se está poniendo gorda: Bloom le compra cosas: mejor sería dinero propio: su edad, 33 años —de hecho, 34—: mujeres que se conservan bien: incapacidad de Bloom para tener un buen empleo: cómo ella trató de ayudarle: su jefe, impresionado por el busto de Molly...

3. Belleza de su busto: fealdad de los órganos masculinos: los exhibicionistas: Bloom, torpe: su propio

busto, otra vez: Bloom lactando de él: vuelta a Boylan: impaciencia hasta el lunes.

4. Silbido de un tren: calor: Gibraltar: recuerdos de allí, una corrida, una amiga, libros, aburrimiento, su padre militar: intento de seducir a un estudiante: aburrimiento de la vida en general: falta de cartas: una amiga escribió que se casaba: Boylan, emoción en su vida: posibilidad de correspondencia con él.

5. El teniente Mulvey en Gibraltar: cartas, experiencia erótica ante el mar —pero dejándole a medias—: dónde estará ahora: despedida, misa con sermón contra las faldas-pantalón (*bloomers*), de ahí, a ser señora Bloom: no es mal nombre: otra vez Mulvey: su anillo, luego regalado al teniente Gardner: silbido del tren: la «vieja canción de amor»: éxitos de amor: próximos conciertos: reformas de un vestido...

6. Digestión, recuerdos infantiles: Bloom va demasiado con estudiantes: menú para mañana: idea de un picnic —con Boylan—: fallos de Bloom: casa destartalada en que viven: proyectos de Bloom para usarla mejor: Milly, echada de menos, pero estaba de más, interfería con Boylan: escasez de servicio doméstico. Interrumpen sus pensamientos las molestias menstruales —que interferirán en la cita del lunes. Molly se levanta de la tintineante cama —con Boylan, prefirió el suelo—, y usa la bacinilla.

7. Período antes de tiempo: temores de alguna dolencia: recuerdo de su visita a un médico: se excitaba a sí misma con las cartas de Bloom: primer encuentro con Bloom: incomodidad de la bacinilla: paños: otra vez a la cama: cuántas mudanzas de casa en esos años: dan las dos en la iglesia: por qué llegaría tan tarde Bloom: ahora duerme: enredándose con otras: recuerdos de un banquete: Simon Dedalus: Stephen Dedalus: recuerdos de éste, niño: su visita acompañando a Bloom: lo presintió echando las cartas: valor de Stephen para un amor romántico: comparación con la estatuilla de la sala de estar.

8. Comparado con Stephen, Boylan es un grosero: conciencia de lo deseable de su propio cuerpo: envidia a los hombres por poseer mujeres: Bloom no sabe tratarla, y pide el desayuno en la cama: Stephen irá camino de su casa: pensamientos sobre su hijito que murió: posibles lecciones con Stephen: *ménage-à-trois*: quizá

reanudar vida sexual con Bloom: comprarle algo del mercado, excitarle, revelarle que es un cornudo, incitarle a suciedades: pero ahora la menstruación: suena el reloj: la gente de todo el mundo se levantará: preparar posible visita de Stephen —flores—: belleza del mundo: primera unión con Bloom, en el monte Howth, recordando Gibraltar, pero abrazándole, aceptándole, diciéndole «sí» —la misma palabra con que empezó el capítulo.

TÉCNICA: *Según se ha indicado, palabra interior en Molly.*

REFERENCIA HOMÉRICA: *Penélope (no sin sarcasmo, si se piensa en la infidelidad de Molly).*

J. M. V.

Deshil Holles Eamus. Deshil Holles Eamus. Deshil Holles Eamus.

Envíanos, tú luminoso, tú claro, Horhorn, fecundación y fruto del vientre. Envíanos, tú luminoso, tú claro, Horhorn, fecundación y fruto del vientre. Envíanos, tú luminoso, tú claro, Horhorn, fecundación y fruto del vientre.

¡Aúpa, es niñoniño, aúpa! ¡Aúpa, es niñoniño, aúpa! Aúpa, es niñoniño, aúpa.

Universalmente se estima el acumen de aquella persona muy poco perceptivo referente a cualquier asunto considerado como más provechoso de estudiar por mortales dotados de sapiencia si ignora eso que es lo más alto en doctrina erudita y ciertamente por razón de ese elevado ornamento de la mente en ellos merecedor de veneración constantemente cuando por consentimiento general afirman que en igualdad de las demás circunstancias por ningún esplendor exterior se asevera más eficazmente la prosperidad de una nación que por la medida de hasta qué punto haya progresado el tributo de su solicitud hacia esa proliferante continuación que de los males es el original si está ausente y si afortunadamente presente constituye el signo seguro de la incorrupta benefacción de la omnipolente naturaleza. Pues ¿quién hay habiendo adquirido alguna noción de cualquier importancia que no sea consciente de que tal esplendor exterior puede ser la superficie de una realidad lutulenta con tendencia a bajar o recíprocamente quién puede haber tan poco iluminado como

para no percibir que puesto que ningún beneficio de la naturaleza puede rivalizar contra el beneficio de la multiplicación por tanto conviene a todo ciudadano justo convertirse en exhortador y amonestador de sus semejantes y temblar de miedo de que lo que en el pasado fue iniciado excelentemente por la nación pueda ser cumplido en el futuro sin análoga excelencia si hábitos inverecundos pervierten gradualmente las honorables costumbres legadas por los antepasados a tal nivel de bajeza que fuera excesivamente audaz quien tuviera el atrevimiento de levantarse a afirmar que no puede haber para nadie delito más odioso que consignar al descuido olvidadizo aquel evangélico mandato y a la vez promesa que a todos los mortales con profecía de abundancia o amenaza de mengua ha señalado irrevocablemente y para siempre esa sublime función reiteradamente propagativa?

Por consiguiente no es por eso por lo que nos hemos de asombrar si, como relatan los mejores historiadores, entre los celtas, a quienes no admiraba nada que no fuera admirable por naturaleza, el arte de la medicina fue altamente honrado. Para no hablar de hospitales, leproserías, cámaras de sudores, tumbas de epidemia, sus mayores médicos, los O'Shiel, los O'Hickey, los O'Lee, establecieron cuidadosamente los diversos métodos por los cuales los enfermos y los recaídos volvían a hallar salud, lo mismo si su enfermedad había sido el baile de San Vito, o la consunción o el flujo amarillo. Ciertamente en toda obra pública que contenga en sí alguna gravedad debe haber preparación de importancia adecuada y por consiguiente se adoptó por ellos un plan (si por consideración previa o como maduración de experiencias, es difícil de decir, ya que las opiniones discrepantes de subsiguientes investigadores no han llegado hasta el presente a ponerse de acuerdo como para hacerlo manifiesto) por el cual la maternidad quedó situada tan al margen de toda posibilidad accidental que cualquier cuidado que requiriera principalmente la paciente en esa la más difícil hora femenil y no solamente para las abundantemente pudientes sino también para quien no siendo suficientemente adinerada apenas y a menudo ni apenas

pudiera subsistir se proporcionara válidamente y por un emolumento insignificante.

Para ella, nada ya entonces y en lo sucesivo era capaz en ningún modo de ser molesto pues esto era sentido primordialmente por todos los ciudadanos que excepto por prolíferas madres no podía haber prosperidad en absoluto y como habían recibido dioses la eternidad mortales la generación apropiada para ellos considerando, cuando llegaba el caso, a la parturienta en vehículo llevando allá un deseo inmenso entre todas una a la otra urgiéndola a ella a ser recibida en ese domicilio. Ah hecho de nación prudente no meramente en ser visto sino también al ser relatado digno de ser alabado que ellos por previsión a ella la iban viendo madre, en cuanto que ella repentinamente se sentía estar a punto de comenzar a ser mimada por ellos.

Aún no nacido niño nadaba en ventura. En vientre obtuvo veneración. Cuanto en ese caso impar se hace convenientemente se hizo. Una yacija atendida por comadronas con saludable alimento restaurador limpísimos pañales como si el parto fuera ya cumplido y por sabia previsión puestos: pero con esto no menos drogas según necesidad e instrumentos de cirugía que a su caso convienen sin omitir la visión de toda clase de espectáculos distrayentes en diversas latitudes ofrecidos por el orbe de la tierra junto con imágenes, divinas y humanas, cuya cogitación por fémina hospitalizada es conductiva a tumescencia o bien facilita la salida en el elevado soleado bien construido y hermoso hogar de las madres cuando, ostensiblemente adelantada y reproductiva, le es conveniente a ella allí yacer, llegada su hora.

Algún hombre que de camino iba se paró junto al umbral al caer la noche. Del pueblo de Israel era aquel hombre que errando por la tierra tanto había caminado. Pura bondad humana su sola misión le había llevado a él hasta esa casa.

De esa casa A. Horne es señor. Setenta camas tiene él allí donde las madres fecundas suelen acudir a yacer para sufrir y dar a luz retoños recios así el ángel de Dios anunció a María. Custodias son las que allí andan, blancas hermanas en insomne hospital. Escozores apaciguan suavizando enfermedad: en doce

lunas tres veces ciento. Fidelísimas servidoras de lecho son todas a una, para Horne velando las velas con gran vigilancia.

En desvelada vela la vigilante oyendo venir a ese hombre de tierno corazón al punto erguida con monacal manto su puerta de par en par abrió. ¡Y he aquí que repentino relámpago relució en el rosicler del anochecer de Irlanda! Del todo temió ella que el Dios Justiciero a perder fuera a toda la humanidad con agua por sus malos pecados. La señal de Cristo se hizo sobre el seno y le atrajo para que presto entrara bajo sus techos. Aquel hombre su voluntad conociendo como digna entró en la mansión de Horne.

Temeroso de entrar en las posadas de Horne quedóse parado el buscador sosteniendo su sombrero. En casa de ella él antaño había vivido con esposa amada y linda hija aquel que después por tierra y sobre la mar por nueve años había errado. Una vez a ella encontrándola en el puerto de la villa a su saludo no se había destocado. Su perdón deseaba ahora él con buenas razones por ella concedido porque la faz de ella un momento vista por él tan joven le había parecido. Viva luz alumbró sus ojos, florecer de rubores por virtud de las palabras de él.

Como los ojos de ella entonces echaran de ver sus oscuras vestimentas temió tristeza por ende. Alegre estuvo luego tanto cuanto temerosa había estado antes. A ella le preguntó él si el doctor O'Hare enviara nuevas desde la lejana costa y ella con doliente suspirar respondió que el doctor O'Hare estaba en el cielo. Triste estuvo el hombre de oír esa palabra que tanto le pesaba en las entrañas. Todo le contó ella allí, llorando la muerte para tan joven amigo, maguer que por muy doliente nada dispuesta a discutir el buen juicio del Señor. Díjole ella que él había tenido una dulce y hermosa muerte por gracia de Dios con clérigo de misa que le confesara, la santa hostia y el óleo de los enfermos en sus miembros. El hombre entonces con gran empeño preguntó a la monja de qué muerte muriera el hombre muerto y la monja le respondió y dijo que había muerto en la isla de Mona de un cáncer de vientre tres años haría para las Navidades y ella rogaba a Dios Todopoderoso que tuviera su alma querida allá donde no hay

muerte. Él oyó sus tristes palabras, mirando fijo con tristeza al sobredicho sombrero. Así quedaron allí los dos un tiempo en desconsuelo, afligiéndose el uno con el otro.

Así pues, hombre, quienquiera que seas, mira ese último fin que es tu muerte y el polvo que se adueña de todo hombre que haya nacido de mujer pues así como salió desnudo del vientre de su madre también desnudo volverá a marcharse como vino.

Entonces el hombre que había venido a la casa habló a la cuidadora y le preguntó qué acontecía con la mujer que allí yacía en lecho de parto. La cuidadora respondióle y dijo que esa mujer llevaba ya con dolores tres días enteros y que sería un duro nacimiento peligroso de sufrir pero que dentro de poco ya llegaría a cabo. Ella dijo asimismo que había visto muchos partos de mujer pero nunca uno tan duro como el parto de aquella mujer. Luego contó todo por espacio a aquel que un tiempo había vivido cerca de esa mansión. El hombre estuvo atento a sus palabras pues entendía con maravilla el dolor de las mujeres en su hora de sufrir que tienen al ser madres y se maravilló de mirarle al rostro que era un rostro de mocedad para cualquier hombre pero con todo había quedado sin casar después de largos años. Nueve veces doce flujos de sangre reprendiéndola por estar falta de hijos.

Y en tanto que hablaba abrióse la puerta del castillo y al punto llegó hasta ellos un recio ruido como de muchos que allí estuvieran sentados en yantar. Y allí se entró al sitio que estaban un joven caballero de estudios por nombre Dixon. Y el caminante Leopold le era amigo desde que había acontecido que tuvieron que ver uno con otro en la casa de misericordia donde ese caballero de estudios estaba por razón de que el caminante Leopold llegó allí a ser curado pues estaba dolientemente llagado en el pecho por un dardo con que un horrible y temeroso dragón le había herido por lo cual Dixon aguisó un ungüento de sal volátil y crisma tanto como fuera suficiente. Y díjole ahora que le estaría bien entrar a ese castillo a hacer fiesta con aquellos que allí estaban. Y el caminante Leopold dijo que él había de ir a otra parte pues era hombre de cautela y bien sutil.

También la dama fue de su parecer y reprobó al caballero de estudios maguer echara de ver muy bien que el caminante había dicho cosa que era falsa por su sutileza. Pero el caballero de estudios no quiso oír decir que no ni cumplir lo que ella mandaba ni recibir nada contrario a su antojo y dijo cómo era un maravilloso castillo. Y el caminante Leopold entró en el castillo para tomar reposo durante una pieza estando fatigado de miembros tras de muchas marchas errando por diversas comarcas otrosí que a veces por el arte de Venus.

Y en el castillo estaba puesta una mesa que era del abedul de Finlandia y sosteníanla cuatro enanos de aquel país salvo que no osaban moverse más por encantamiento. Y sobre esa mesa había temibles espadas y cuchillos que están hechos en una gran caverna por fatigados demonios entre blancas llamas que engastan en cuernos de búfalos y ciervos que allí abundan que es maravilla. Y había vasijas que por encantamiento de Mahoma están hechas de arena del mar y de aire por un nigromante con su aliento que les sopla dentro como burbujas. Y muy hermosos y ricos manjares había en la mesa que nadie la podía haber imaginado más llena ni rica. Y había un tonel de plata que por artificio se movía para abrirse en que había extraños pescados sin cabeza maguer hombres incrédulos nieguen que esto sea cosa posible si no lo ven y con todo ello así es. Y esos pescados están en un agua aceitosa llevada allí de Portugal a causa de la sustancia grasa que hay en ella como los jugos de la prensa de olivas. Y también era maravilla ver en ese castillo cómo hacen por magia una mixtura de fecundos granos del trigo de Caldea que con la ayuda de ciertos violentos espíritus que meten en ellos se hincha prodigiosamente como una vasta montaña. Y enseñan a las sierpes de allá a entrelazarse ellas mismas en largos palos que suben de la tierra y de las escamas de esas serpientes sacan un brebaje semejante al hidromiel.

Y el caballero de estudios escanció a Don Leopold un trago y se lo sirvió en tanto todos los que estaban allí bebían cada cual. Y Don Leopold levantó su celada para complacerles y gustó abiertamente de ello por amistad pues él nunca bebía manera alguna de

hidromiel que dejó a un lado y pronto muy a escondidas vació la mayor parte en el vaso de su vecino y su vecino no se apercibió de su maña. Y él se sentó con ellos en ese castillo para descansarse por un tiempo. Alabado sea Dios Todopoderoso.

En tanto esa buena hermana se acercó a la puerta y les rogó por reverencia a Jesús nuestro Señor Soberano que abandonaran su bullicio pues allá arriba había una gentil dama en dolores de parto cuyo momento se acercaba de prisa. Sir Leopold oyó altos gritos en el piso de arriba y se maravilló de qué grito era ése si de niño o mujer y me sorprende, dijo, que no haya llegado ya. A mi entender dura sobremanera. Y alzó los ojos y vio a un gentilhombre llamado Lenehan al otro lado de la mesa que era de más años que ningún otro y como eran ambos virtuosos caballeros en la misma empresa y asimismo porque él era el más viejo le habló con toda gentileza. Pero, dijo, no será dentro de mucho que ella parirá por la generosidad de Dios y tendrá gozo de tener hijo pues ha aguardado por un tiempo maravillosamente largo. Y el gentilhombre que había bebido dijo: Esperando que cualquier momento fuera el próximo. También tomó la copa que estaba ante él pues jamás le era menester que nadie se lo pidiera ni lo deseara de él para beber y así dijo: Ea, bebamos, con todo deleite, y apuró todo lo que pudo a la salud de los dos pues era hombre cumplido en todos sus deseos. Y Sir Leopold que era el más digno compañero que jamás se sentó en los palacios de los estudiosos y que era el hombre más mesurado y más manso que jamás metió mano de labrador bajo gallina y que era el más leal caballero del mundo que jamás haya servido a dama gentil, le respondió cortésmente levantando la copa. Dolores de dama con demora meditando.

Ahora es menester hablar de aquella compañía que allí estaba con la intención de embriagarse si pudieran. A ambos lados de la mesa se sentaban los escolares, a saber, el llamado Dixon *junior* de Santa María Misericordiosa con otros compañeros suyos Lynch y Madden, escolares de medicina, y aquel gentilhombre que se llamaba Lenehan, y uno de Alba Longa, un tal Crotthers, y el joven Stephen que por

el rostro parecía novicio y estaba a la cabecera de la mesa y Costello a quien los hombres llamaban Punch Costello por una hazaña cumplida por él tiempo atrás (y de todos ellos, quitado el joven Stephen, ése era el más borracho y seguía pidiendo más hidromiel) y a su lado el mesurado Sir Leopold. Pero aguardaban al joven Malachi pues él había prometido acudir y hubo quien por despecho contra él dijo que había quebrantado su voto. Y Sir Leopold siguió sentado con ellos pues tenía firme amistad con Sir Simon y con este hijo suyo el joven Stephen y pues su languidez le retenía allí después de larguísimo errar tanto más que le festejaban en la ocasión en la manera más honorable. Piedad le punzaba, amor le impulsaba adelante con afán de errar, reacio a marcharse.

Pues eran muy ingeniosos escolares. Y él les oía razonar a uno contra otro tocante a nacimiento y buen derecho, manteniendo el joven Madden que supuesto tal caso era duro que la esposa muriera (pues así había acontecido cosa de un año antes con una mujer de Eblana en la casa de Horne que ahora había partido de este mundo y la misma noche antes de su muerte todos los físicos y boticarios habían tenido consejo sobre su caso). Y dijeron todavía que ella debería vivir porque en el principio se dijo que la mujer ha de parir con dolor y por cuanto ellos participaban de esta mente afirmaban que el joven Madden había dicho la verdad pues le remordía la conciencia de dejarla morir. Y no pocos y uno de ellos era el joven Lynch estaban en duda de si el mundo estaría ahora mal gobernado como nunca por más que el pueblo bajo lo creyera de otro modo pero ni la gente ni los jueces proveían remedio. El Señor nos libre. Apenas se dijo así cuando todos gritaron en una sola aclamación que no, por nuestra Virgen Madre, que la madre debe vivir y el niño morir. So color de lo cual se acaloraron sobre ese capítulo y parte por la discusión y parte por el beber el caso es que el gentilhombre Lenehan andaba pronto en escanciar de modo que al menos no faltara regocijo. Entonces el joven Madden mostró a todos todo el asunto y cuando dijo cómo había muerto ella y cómo por amor de la santa religión y por consejo

de romero y de monje y por un voto que había hecho a San Ultan de Arbraccan su buen marido no quería permitir su muerte todos quedaron prodigiosamente afligidos. A lo cual el joven Stephen dijo las siguientes palabras: El murmurar, señores, es hallado a menudo entre legos. Tanto el niño como la que lo concibió ahora glorifican a su Hacedor, el uno en la sombra del limbo, la otra en el fuego purgativo. Pero, misericordia divina, ¿qué de esas almas posibilizadas por Dios a las que noche tras noche imposibilizamos, lo cual es el pecado contra el Espíritu Santo, Verdadero Dios, Señor y Dador de Vida? Pues, señores, dijo, nuestra lujuria es breve. Somos medios para esas pequeñas criaturas que hay en nosotros y la naturaleza tiene otros fines que nosotros. Entonces dijo Dixon junior a Punch Costello si sabía qué fines. Pero éste había bebido en exceso y lo más que le pudo sacar fue que él siempre deshonraría a una mujer tanto si fuera esposa o doncella o concubina si la fortuna se lo deparara con tal de descargarse de su ansia de lascivia. A lo cual Crotthers de Alba Longa cantó las alabanzas que el joven Malachi hizo de esa bestia el unicornio y cómo una vez en un milenio goza con su cuerno, siendo el otro todo ese tiempo punzado por las befas con que se burlaban de él, todos y cada uno dando testimonio por los atributos de San Jodino de que era capaz de hacer cualquier clase de cosa que al hombre cupiera hacer. Ante lo cual se rieron todos con gran jocundidad salvo el joven Stephen y Sir Leopold que jamás se atrevía a reír demasiado abiertamente por razón de un extraño humor a que no quería faltar y también porque le dolía de la que pariera quienquiera que fuera o donde estuviera. Entonces habló el joven Stephen orgullosamente de la Madre Iglesia que quería arrojarle de su seno, del derecho canónico, de Lilith, patrona de los abortos, de la preñez producida por el viento con semillas de esplendor o por potencia de vampiros boca a boca o, como dijo Virgilia, por el influjo del occidente o por el olor de la flor de luna o si ella yace con mujer con quien su marido acaba de yacer, *effectu secuto*, o por ventura en su baño según las opiniones de Averroes y Moisés Maimónides. Dijo también cómo al fin del segundo mes

se infundía un alma humana y cómo en todos nuestra santa madre envuelve siempre almas para mayor gloria de Dios mientras que aquella madre terrenal que fue sólo una hembra para engendrar bestialmente debería morir por cánones pues así dice aquel que tiene el sello del pescador, ese mismo bienaventurado Pedro en cuya santa piedra quedó la santa iglesia fundada por todos los siglos. Todos esos bachilleres entonces preguntaron a Sir Leopold si en tal caso pondría en peligro la persona de ella como riesgo de vida para salvar vida. Una discreción de mente iba él a responder como a todos convenía y, apoyando mano en mejilla, dijo disimulando, como era su costumbre, que, por lo que él estaba noticioso, habiendo amado siempre el arte de la física en cuanto a un lego le es posible, y también de acuerdo con su experiencia de un accidente tan raramente visto, que era bueno en cuanto que la Madre Iglesia de un solo tiro tenía el nacimiento y los dineros de la muerte, y en tal suerte escapó avisadamente a sus preguntas. Eso es verdad, pardiez, dijo Dixon, y, si no yerro, una razón pregnante. Oyendo lo cual el joven Stephen se alegró maravillosamente e hizo notar que quien robare al pobre presta al Señor pues era hombre de condición loca cuando estaba bebido y que en tal condición estaba no tardó en echarse de ver.

Pero Sir Leopold estaba sobremanera grave malgrado sus palabras a causa de que todavía tenía pena por el espantoso chillar de mujeres en sus dolores y se le remembró su buena señora Marion que le había dado un solo hijo varón que en su onceno día de vida había muerto y ningún hombre de artes pudo salvarle, tan negro es el destino. Y ella estuvo fuertemente lacerada de corazón por ese mal suceso y para su sepultura le hizo un bello corselete de lana de cordero, la flor de los rebaños, no fuera a perecer todo y yacer frío (pues era entonces la mitad del invierno) y ahora Sir Leopold que no tenía de sus lomos hijo varón por heredero miró ante él al hijo de su amigo y se cerró en dolor por la pasada dicha pero por triste que estuviera de que le faltara un hijo de tan gentil ánimo (pues todos le consideraban de buenas partes) en no menor medida le afligía el

joven Stephen pues vivía crapulosamente con aquellos pródigos y disipaba sus bienes con rameras.

Para aquel tiempo el joven Stephen llenó todas las copas que estaban vacías de tal guisa que no habría quedado sino poco de no ser porque los más prudentes hubieron estorbado el acercamiento de aquel que tanto se esforzaba y que, rogando por las intenciones del Sumo Pontífice, les rogó que brindaran por el vicario de Cristo que también según dijo es vicario de Bray. Bebamos ahora, dijo él, de este pichel y apurad este hidromiel que ciertamente no es parte de mi cuerpo pero sí encarnación de mi alma. Dejad la fracción del pan para aquellos que viven sólo de pan. No tengáis miedo tampoco de ninguna necesidad pues esto os consolará más de lo que lo demás os desconsuele. Ved aquí. Y mostróles refulgentes monedas del tributo y billetes de aurífice por valor de dos libras y diecinueve chelines que había recibido, dijo, por una canción que escribiera. Todos se admiraron de ver las dichas riquezas con tanta carestía de dinero como había sufrido antes. Y sus palabras fueron entonces estas que siguen: Sabed los hombres todos, dijo, que las ruinas del tiempo edifican las mansiones de la eternidad. ¿Qué quiere decir esto? El viento del deseo asola al espino pero después en el lugar del matorral nace una rosa sobre la cruz del tiempo. Estadme atentos ahora. En vientre de mujer la palabra se hace carne pero en el espíritu del Hacedor toda carne que pasa se hace la palabra que no pasará. Ésa es la postcreación. *Omnis caro ad te veniet.* No hay duda de que poderoso es el nombre de Aquella que tuvo en su vientre el amado cuerpo de nuestro Rescatador, Curador y Pastor, nuestra poderosa Madre, y Madre venerabilísima, y muy bien dice Bernardo que ella tiene una *omnipotentiam deiparae supplicem*, a saber, una omnipotencia a petición porque Ella es la segunda Eva y Ella nos ganó, dice también Agustín, mientras aquella otra, nuestra abuela, a la cual estamos vinculados por sucesiva anastomosis de cordones umbilicales, nos vendió a todos, semilla, prole y generación, por una fruta de a penique. Pero ahora viene el asunto. O ella, la segunda digo yo, le conocía y no era sino criatura de su criatura, *vergine madre figlia di tuo*

figlio, o no le conocía y entonces se hallaba en la misma negación o ignorancia que Pedro Piscator que vive en la casa que construyó Juan y con José el Carpintero patrono de las felices disoluciones de todos los matrimonios desdichados *parce que M. Leó Taxil nous a dit que qui l'avait mise dans cette fichue position c'était le sacré pigeon, ventre de Dieu! Entweder* transsubstancialidad *oder* consubstancialidad pero en ningún caso subsubstancialidad. Y todos se escandalizaron ante aquellas desvergonzadas palabras. Una preñez sin goce, dijo él, un nacimiento sin dolores, un cuerpo sin mancha, un vientre sin hinchazón. Con fe y fervor venere el lascivo. Con fuerte tesón estaremos opuestos.

A lo cual Punch Costello hizo retumbar la mesa bajo el pecho y quiso cantar un estribillo deshonesto *Staboo Stabella* sobre una moza a la que le hizo la barriga un lindo galán en Alemania y empezó a atacar: *Los tres primeros meses no estuvo bien, Staboo*, cuando he ahí que la enfermera Quigley desde la puerta mandó airadamente que se callaran y se avergonzaran y no estaba fuera de lugar que lo dijera pues su voluntad era guardar el orden hasta que viniera el señor Andrew porque celosa estaba de que ningún importuno bullicio pudiera menoscabar el honor de su vigilancia. Era una anciana y triste matrona de sosegado aire y cristiano portamento, en oscuro hábito conveniente a sus males de cabeza y su arrugada faz, y no le faltó efecto a su exhortación pues al punto Punch Costello fue reprendido por todos ellos y se quejaron al jayán los unos con civil grosería y los otros con ásperas blandicias, todos dando en él, la cuartana le venga al animal, en qué diablos se mete, so villano, so miserable, so engendrado en la paja, so truhán, so tripas de infierno, so semilla de horca, so boca de sentina, so aborto, quita de ahí esa jeta borracha, mono maldito de Dios, también el buen Sir Leopold que tenía por divisa la flor de la quietud, la gentil mejorana, advirtiéndole que era la ocasión en todos los tiempos más sagrada y más digna de ser santificada. En la casa de Horne debía reinar la calma.

Para ser breves, apenas se estaba en ese paso cuando Maestre Dixon de Mary en Eccles, sonriendo

inocentemente, preguntó al joven Stephen cuál era la razón de que no se hubiera resuelto a tomar votos de fraile y él respondió obediencia en el vientre, castidad en la tumba, pero pobreza involuntaria todos sus días. Maestre Lenehan a esto replicó que él había oído de esos nefandos hechos y cómo, según había oído relatar sobre ello, él había mancillado la lilial virtud de una confiada fémina lo cual era corrupción de menores y todos ellos intervinieron también, poniéndose alegres y brindando por su paternidad. Pero él dijo muy entero que era bien contrariamente a lo que suponían pues era hijo eterno y siempre virgen. Ante lo cual creció en ellos más el bullicio y le recordaron su curioso rito nupcial para el desvestimiento y desfloración de esposas, según uso de los sacerdotes en la isla de Madagascar, ella en vestidura de blanco y azafrán, el novio en blanco y carmesí, con quema de nardos y cirios, en un lecho nupcial, mientras los clérigos cantaban kyries y la antífona *Ut novetur sexus omnis corporis mysterium* hasta que ella fuera desflorada. Dioles luego él una muy admirable mínima de himeneo compuesta por esos delicados poetas Maestre John Fletcher y Maestre Francis Beaumont que estaba en su *Tragedia de la doncella* y que había sido compuesta para un emparejamiento análogo de amantes: *A la cama, a la cama*, era el estribillo suyo, para ser tocado en armonía de acompañamiento en los virginales: exquisito y dulce epitalamio de persuasión ablandatoria para juveniles amatorios a quienes las odoríferas antorchas de los paraninfos han escoltado al cuadrupedal proscenio de la comunión connubial. Bien reunidos que estaban, dijo Maestre Dixon, gozoso, pero escuchad, joven señor, mejor se habrían llamado Beau Monta y Leches, pues, a fe mía, de tal juntamiento podría salir mucho. El joven Stephen dijo que en efecto, si él no recordaba mal, no tenían más que una misma fulana para todos y era una sacada de un burdel para solazarse en placeres amorosos pues en aquellos tiempos la vida estaba muy animada y tal era la usanza aprobada del país. Mayor amor que ése, dijo él, no tiene un hombre sino dar su querida por un amigo. Anda pues y haz lo mismo. Así, o palabras semejantes, habló Zaratustra, ex-profesor real

de condonología en la universidad de Oxte-ni-Moxte, y no ha alentado nunca allí hombre a quien la humanidad le deba más. Mete a un desconocido en tu torre y difícil será que no te quedes con la segunda cama. *Orate, fratres, pro memetipso.* Y todo el pueblo dirá, Amén. Recuerda, Erín, tus generaciones y tus días de antaño, y cómo me tuviste en poco a mí y a mi palabra y trajiste a un extraño a mis puertas para que cometiera fornicación ante mis ojos y engordara y retozara como Jeshurum. Por tanto tú has pecado contra la luz y me has hecho, oh señor, ser el esclavo de siervos. Vuelve, vuelve, Clan Milly: no me olvides, oh Milesio. ¿Por qué has cometido esta abominación ante mí despreciándome por un mercader de jalapa y me negaste ante el romano y el indio de oscura habla con quien yacieron tus hijas lujuriosamente? Alza los ojos allá, pueblo mío, a la tierra prometida, desde Horeb y desde Nebo y desde Pisgah y desde los Cuernos de Hatten, una tierra que mana leche y piel. Pero me has amamantado con amarga leche: mi luna y mi sol los has extinguido para siempre. Y me has dejado solo para siempre en los caminos oscuros de mi amargura: y con beso de ceniza ha besado mi boca. Esta tiniebla del interior, pasó a decir, no ha sido iluminada por el ingenio de los Setenta ni aun mencionada, pues el Oriente, que desde la altura rompió las puertas del infierno, ha visitado una tiniebla que era forastera. La saciedad aminora las atrocidades (como dijo Tulio de sus queridos estoicos) y el padre de Hamlet no muestra al príncipe ninguna llaga de combustión. Lo adiáfano en el mediodía de la vida es una plaga de Egipto que en las noches de prenatividad y postmortalidad es su más adecuado *ubi* y *quomodo.* Y como los fines y ultimidades de todas las cosas están en armonía de algún modo y medida con sus inicios y orígenes, esa misma concordancia multiplícita que orienta el crecimiento desde el nacimiento cumpliendo en metamorfosis retrogresiva esa mengua y ablación hacia el final que está en armonía con la naturaleza, así pasa con nuestro ser subsolar. Las ancianas hermanas nos traen a la vida: gemimos, engordamos, jugamos, nos abrazamos, nos conjuntamos, nos separamos, menguamos, morimos: sobre nosotros muertos

se inclinan ellas. Primero salvado del agua del viejo Nilo, entre juncos, un lecho de mimbres entrelazados: al fin la cavidad de una montaña, un sepulcro ocultado entre la conclamación del gato salvaje y la oxífraga. Y como nadie conoce la ubicuidad de su túmulo ni a qué procesos seremos por él introducidos, ni si a Tofet o a Villa Edén, de semejante modo todo nos está escondido cuando querríamos ver detrás de nosotros de qué región de remotidad ha sacado su dedondeidad la quiddidad de nuestra quienidad.

Ante lo cual Punch Costello rugió en alta voz *Étienne chanson* pero ruidosamente les pidió, mirad, la sabiduría se ha construido una casa, esta vasta bóveda majestuosa largamente establecida, el palacio cristalino del Creador todo cada cosa en su sitio, un penique a quien encuentre el guisante.

Ved ahí la mansión que edificó Juanito,
ved la cebada en tantos sacos, al infinito,
en el altivo circo del vivac del mocito.

Un negro chascar de ruido en la calle ahí, ay, aulló, en eco. Sonoro a la siniestra tronó Thor: en ira horrenda el lanzador de martillo. Llegaba ahora la tormenta que calmaba su corazón. Y Maestre Lynch le pidió que se cuidara de no jactarse y pavonearse pues el dios mismo estaba airado por su charlar infernal y su paganismo. Y el que antes tan desafiante estaba se puso pálido como harina según todos pudieron notar y se encogió y su jactancia que antes era tan altiva ahora de repente se humilló y su corazón se estremeció dentro de la jaula de su pecho mientras percibía el fragor de esa tormenta. Entonces algunos se burlaron y otros se befaron y Punch Costello volvió a caer duro sobre su cerveza y Maestre Lenehan juró que le imitaría y en verdad que fue dicho y hecho sin hacerse de rogar. Pero el jactancioso presumido gritó que algún viejo Donnadie estaba bebido y la cosa le era indiferente y que no se quedaría rezagado. Pero eso era sólo para teñir su desesperación mientras acobardado se acurrucaba en las alas de Horne. Bebió en efecto de un sorbo para reanimarse el corazón de algún modo pues tronaba

largo y ruidosamente por sobre todos los cielos de modo que Maestre Madden, siendo piadoso en ciertas ocasiones, se golpeó en las costillas ante tal estruendo de juicio final y Maestre Bloom, al lado del jactancioso, le habló palabras calmantes para adormecer su gran temor, dando a conocer cómo no era otra cosa sino confuso rumor lo que oía, la descarga de fluido de la fuente del trueno, vea, habiendo tenido lugar, y todo ello del orden de un fenómeno natural.

Pero ¿fue vencido el temor del joven Fanfarrón por las palabras de Calmador? No, pues tenía en su seno un dardo llamado Amargura que no podía disiparse con palabras. Y ¿no estuvo entonces tranquilo como el uno o piadoso como el otro? Ninguna de las dos cosas por cuanto habría querido estar lo uno y lo otro. Pero ¿no podría haberse esforzado por hallar otra vez en su juventud la botella Santidad de la cual había vivido hasta entonces? En verdad no, pues no estaba allí Gracia para hallar esa botella. ¿Oyó entonces en ese trueno la voz del Dios Creador o, lo que decía Calmador, una confusión de Fenómeno? ¿Oyó? Pues bien, él no podía menos de oír mientras no obstruyera el tubo Entendimiento (lo cual no había hecho). Entonces, a través de ese tubo, vio que estaba en la tierra de Fenómeno donde debía de seguro morir algún día en cuanto que era, como el resto de los hombres, una apariencia pasajera. ¿Y no aceptaría morir como los demás y desaparecer? De ningún modo lo haría ni tampoco más de esas apariencias según hacen los hombres con sus mujeres como Fenómeno les ha mandado hacer por el libro Ley. Entonces ¿no tenía sospecha de esa otra tierra que se llama Cree-en-Mí, que es la tierra de la promesa que está asignada al rey Deleitoso y siempre lo estará donde no hay muerte ni nacimiento tampoco ni conyugamiento ni maternidad y a donde llegarán todos cuantos crean en ella? Sí, Piadoso le había hablado de esa tierra y Casto le había señalado el camino pero la cuestión era que por el camino cayó con una cierta puta de exterior placentero a los ojos cuyo nombre, dijo, es Pájaro-en-Mano y ella le atrajo por la mala senda apartándole de la verdadera ruta con las lisonjas que le decía, como,

Ea, hombre lindo, vuélvete acá y yo te mostraré un hermoso sitio, y ella se dio a él tan lisonjeramente que le tuvo consigo en su gruta que se llama Dos-en-las-Matas, o, por algunos doctos, Concupiscencia Carnal.

Eso era lo que toda aquella compañía sentada allí en la mesa de la Mansión de las Madres deseaba con más afán y si se encontraban con la puta Pájaro-en-Mano (que por dentro era toda sucia pestilencia, monstruos y un demonio maligno) se esforzarían hasta las últimas con tal de llegarse a ella y conocerla. Pues tocante a Cree-en-Mí decían que no era nada sino imaginación y que no podían concebirlo ni en pensamiento, pues, primero, Dos-en-las-Matas, a donde ella les atraía, era la más placentera gruta y allí había cuatro almohadas que tenían cuatro rótulos con estas palabras estampadas en ellos, Acaballo y Patasarriba y Metelengua y Mejillaconmejilla, y, segundo, porque esa mala peste, Omnisífilis, y los monstruos no se llegaban a ellos, pues Preservativo les había dado un robusto escudo de tripa de buey, y, en tercer lugar, porque no podían recibir daño ninguno tampoco de Progenie, que era aquel maligno demonio, por virtud de ese mismo escudo, que se llamaba Mataniño. Así estaban todos en su ciega fantasía, el señor Casuista y el señor Antaño Piadoso, el señor Mono Tragacerveza, el señor Falso Franco, el señor Delicado Dixon, el Joven Fanfarrón y el señor Cauto Calmador. En lo cual, oh desdichada compañía, os engañáis todos, pues ésa era la voz del Dios que estaba en una ira tan grave como para acabar por levantar el brazo y dispersar sus almas por sus abusos y las dispersiones hechas por ellos contrariamente a Su palabra, que nos engendrar enérgicamente aconseja.

Así jueves dieciséis de junio Patk. Dignam bajo tierra de apoplejía y tras dura sequía, gracias a Dios, llovió, un barquero llegando por agua de unas cincuenta millas más o menos con turba diciendo las semillas no brotarán, campos sedientos, color muy triste y hedía muy fuerte, pantanos y marismas también. Difícil respirar y los brotes jóvenes consumidos todos sin gota así mucho tiempo atrás que nadie recordaba estar sin. Las yemas rosadas todas pardas

y extendidas en bultos y en las colinas nada sino juncos y hierbas secas que prenderían al primer fuego. Todo el mundo diciendo, por lo que sabían, el vendaval del último febrero del año pasado que asoló la tierra tan lamentablemente fue cosa pequeña al lado de esta sequía. Pero poco a poco, como se dijo, esta tarde después de ponerse el sol, el viento viniendo del Oeste, enormes nubes hinchadas vistas al aumentar la noche y los que predicen el tiempo mirándolas y algunos relámpagos por todo el cielo primero y luego, pasadas las diez, un gran rayo con un largo trueno y en un momento todos corriendo revueltos a casa por el humeante chaparrón, los hombres resguardándose los sombreros de paja con un paño o pañuelo, las mujeres escapando con faldas remangadas tan pronto como cayó el aguacero. En Ely Place, la calle Baggot, Duke's Lawn, y desde ahí por Merrion Green hasta la calle Holles, un torrente de agua corriendo donde antes estaba seco como piedra y ni un coche ni simón ni fiacre se veía por ahí pero ya no más descargas después de la primera. Enfrente a la puerta del Muy Hon. Sr. Juez Fitzgibbon (que ha de tratar con el señor Healy el abogado sobre los terrenos del colegio) Mal. Mulligan un caballero de verdad que acababa de llegar de ver el señor Moore el escritor (que era papista pero ahora, dicen las gentes, un buen orangista) se tropezó con Alec. Bannon con peluquín (que ahora están de moda con abrigos de baile verde Kendal) que estaba recién llegado en la ciudad desde Bullingan con la diligencia donde su primo y el hermano de Mal M se quedarán un mes hasta San Swithin y le pregunta qué andaba haciendo por allí, él camino de casa y el otro a Andrew Horne con intención de vaciar una copa de vino, así dijo, pero le quería contar de una becerrita caprichosa, grande para su edad y con buena pantorrilla y todo eso mientras caía un aguacero y así dos juntos a Horne: Allí Leop. Bloom de la gaceta de Crawford sentado muy a gusto con una banda de gente alegre, jóvenes pendencieros, Dixon Jun., escolar en Nuestra Señora de la Misericordia, Vin. Lynch, un tipo escocés, Will. Madden, T. Lenehan, muy triste por un caballo de carreras que se le antojó y Stephen D. Leop. Bloom allí por un mal que

había tenido pero ya mejor, habiendo soñado esa noche una extraña fantasía de su consorte Mrs. Moll con babuchas rojas y unos calzones turcos lo que se cree por los que entienden que significa algún cambio y Madame Purefoy allí, que entró alegando su barriga, y ahora en el lecho de dolor, pobre de ella dos días pasado su momento, las comadronas desesperadas en ello y sin poder dar a luz, ella nauseada por un cuenco de agua de arroz que es sutil desecadora de sus entrañas y su aliento muy pesado mucho más de lo conveniente y debería ser un mocito por los golpes, dicen, pero que Dios le dé su alivio. Ése es el noveno retoño que le vive, oigo decir, y el día de Nuestra Señora le royó las uñas al último chiquillo que tenía entonces un año y con otros tres todos criados al pecho que murieron apuntados con buena letra en la Biblia del Rey. Su marido de unos cincuenta años y metodista pero recibe el Sacramento y se le ve todos los días de precepto que hace bueno con un par de sus chicos por la bahía de Bullock pescando en el canal con su caña de molinete o en una chalupa que tiene en busca de lenguados y abadejos y logra un buen saco, he oído decir. En suma, un aguacero infinito y todo refrescado y aumentará mucho la cosecha pero los que entienden dicen que después de viento y agua ha de venir fuego por un pronóstico del almanaque de Malachi (y he oído decir que el señor Russell ha sacado del Hindustán un oráculo profético del mismo sentido para su Gaceta del Labrador) porque no hay dos sin tres pero es una simple idea sin fondo de razón para viejas y niños y sin embargo a veces se encuentra que tienen razón con sus rarezas no se puede decir cómo.

En esto llegó Lenehan a los pies de la mesa a decir cómo la carta estaba en la gaceta de esa noche y fingió buscársela encima (pues aseguró con juramento que le había dolido) pero por persuasión de Stephen abandonó la búsqueda y le rogaron que se sentara al lado lo que él hizo al punto. Era una suerte de joven caballero burlón que tenía fama de jocoso y galante y que en todo lo que fuera mujeres, caballos o escándalos sabrosos, estaba como en su casa. A decir verdad sus fortunas andaban medianamente

y casi siempre estaba por los cafés y tabernas bajas con agentes de enganche, mozos de cuadra, corredores de apuestas, alguaciles, galopines, aprendices, lacayos, damas del burdel y otros pícaros del mismo juego o con el primer merino o pregonero que encontrara, muchas noches hasta bien entrado el día, con los que sacaba mucho que decir entre trago y trago. Tomaba su ordinario en algún fondín y aunque sólo podía meterse dentro unas sobras o un plato de tripas con una sola moneda en la bolsa, siempre podía salir del apuro con la lengua, con algún dicho atrevido tomado de una bribona o cosa semejante que cualquier hijo de madre se partía las costillas riendo. El otro, esto es, Costello, oyendo sus palabras preguntó si era poesía o cuento. No, a fe, dice Frank (tal era su nombre), es por lo de las vacas de Kerry que las tienen que sacrificar por causa de la peste. Pues por mí que las ahorquen, dice con un guiño, con sus novillos y todo, la peste sobre ellas. En esta lata hay un pescado tan bueno como jamás salió de ella y muy familiarmente se dispuso a tomar unas anchoas saladas que había al lado y a las que había echado el ojo deseosamente en el ínterin encontrando el sitio que era propiamente el principal intento de su embajada ya que estaba hambriento. *Mort aux vaches*, dice entonces Frank en lengua francesa, ya que había estado de aprendiz con un comerciante de aguardientes que tiene una tienda de vinos en Burdeos y hablaba francés como un caballero. Desde niño este Frank había sido un holgazán al que su padre, un alcalde de barrio, que mal podía retenerle en la escuela aprendiendo sus letras y el uso de las esferas, le matriculó en la universidad para que estudiara artes mecánicas, pero él tomó el freno entre los dientes como un potro bravo y se hizo más familiar con la justicia civil y parroquial que con sus volúmenes. Un día se le antojaba ser actor cómico, luego vivandero, o corredor de apuestas, luego nada le apartaba del reñidero de osos y gallos, luego le daba por el mar océano o por echarse a los caminos con los húngaros, secuestrando al heredero de un señor a favor de la luz de la luna o hurtando ropa blanca de doncella o estrangulando pollos detrás de un seto. Había estado por ahí tantas veces

como vidas tiene un gato y otras tantas veces de vuelta con los bolsillos vacíos a casa de su padre el alcalde que derramaba una pinta de lágrimas en cuanto le veía. ¿Qué, dice el señor Leopold con las manos cruzadas, afanoso de saber a dónde iba a parar todo, van a sacrificarlas todas? Aseguro que las vi esta mañana camino de los barcos de Liverpool, dice. Apenas puedo creer que la cosa esté tan mal, dice. Y tenía en verdad experiencia de semejantes bestias de raza y de novillos, corderitos sebosos y carneros de lana, habiendo sido años antes actuario para el señor Joseph Cuffe, un digno corredor de ventas que hacía su comercio con ganado vivo y subastas de pastos al lado del terreno del señor Gavin Low en la calle Prussia. No estoy de acuerdo con eso, dice. Probablemente es más bien el hijo de la glositis bovina. El señor Stephen, algo afectado pero con mucha gracia, le dijo que no era tal cosa y que tenía despachos del Gran Hurgacolas del Emperador agradeciéndole la hospitalidad y enviándole acá al Doctor Rinderpest, el más renombrado cazavacas de toda la Moscovia, con algún que otro bolo de medicina para coger al toro por los cuernos. Vamos, vamos, dice el señor Vincent, hablemos claro. Se encontrará en los cuernos de un dilema si se enreda con un toro que sea irlandés, dice. Irlandés de nombre e irlandés de naturaleza, dice el señor Stephen, y pasó la cerveza dando la vuelta. Un toro inglés en una tienda de porcelana inglesa. Os entiendo, dice el señor Dixons. Es el mismo toro que envió a nuestra isla el ganadero Nicholas, el mejor criador de ganado de todos ellos, con un anillo de esmeralda en la nariz. Cierto es eso, dice el señor Vincent al otro lado de la mesa, y ciertos son los toros, dice, jamás ha estercolado en el trébol un toro más gordo y solemne. Abundancia de cuernos tenía, pelo dorado y un dulce aliento humeante saliéndole por las narices, tanto que las mujeres de nuestra isla, abandonando criadillas y morcillas, le siguieron, decorando con guirnaldas de margaritas su taurinidad. Y qué importa, dice el señor Dixon, pero si antes que pasara acá el granjero Nicholas que era eunuco le hizo castrar adecuadamente por un colegio de doctores que no valían

más que él. Así que vamos allá, dice, y haz todo lo que te diga mi primo hermano Lord Harry y recibe la bendición de un ganadero, y con eso le palmeó rotundamente el trasero. Pero la palmada y la bendición le dieron buena parte, dice el señor Vincent, pues para compensar le enseñó un truco que valía por dos de los otros de tal modo que doncella, esposa, abadesa o viuda afirman hasta el día de hoy que en cualquier momento prefieren susurrarle a la oreja en lo oscuro de un establo o recibir un lametón en la nuca de su larga y santa lengua antes que yacer con el más hermoso y gallardo joven violador en los cuatro campos de toda Irlanda. Otro entonces tomó la palabra. Y le adornaron, dice, con camisa de encajes y enaguas con cola y cinturón y puños de encaje y le cortaron el pelo de la frente y le frotaron todo por encima con aceite de espermaceti y le construyeron establos para él en todos los recodos del camino con un pesebre de oro en cada uno lleno del mejor heno del mercado de modo que pudiera sestear y estercolar a gusto de su corazón. Para entonces el padre de los fieles (pues así le llamaban) se había puesto tan pesado que apenas podía caminar hasta el prado. Para remediar lo cual nuestras astutas damas y damiselas le traían su forraje en el regazo de los delantales y tan pronto como tenía la barriga llena él se enderezaba en sus cuartos traseros para enseñar un misterio a sus señorías y mugir y resoplar en lenguaje taurino y todas detrás de él. Sí, dice otro, y tan mimado estaba que no consentía que creciera en la tierra nada sino verde hierba para él mismo (pues ése era el único color de su gusto) y en una colina en medio de esta isla había un letrero con un aviso impreso diciendo: Por orden de Lord Harry viva lo verde del valle. Y, dice el señor Dixon, si olfateaba alguna vez un cuatrero en Roscommon o en las soledades de Connemara o un ganadero en Sligo que estuviera sembrando ni un puñado de mostaza ni una bolsa de nabo silvestre, corría hecho una furia por medio país desarraigando con los cuernos cuanto estuviera plantado y todo ello por orden de Lord Harry. Hubo entre ellos mala sangre al principio, dice el señor Vincent, y Lord Harry mandó al

diablo al granjero Nicholas y le llamó viejo patrón de burdel que tenía siete putas en casa y voy a tomar yo cartas en sus asuntos, dice. Le voy hacer oler infierno a ese animal, dice, con ayuda de la buena verga que me dejó mi padre. Pero una tarde, dice el señor Dixon, cuando Lord Harry estaba limpiándose la real pelambrera para ir a cenar después de ganar una regata (tenía remos de pala para él pero la primera regla de la carrera era que los demás tenían que remar con horcas) descubrió en sí mismo una prodigiosa semejanza con un toro y sacando un librillo bien sobado que guardaba en la despensa, halló con toda certidumbre que él era descendiente por la mano izquierda del famoso toro campeón de los romanos, *Bos Bovum*, lo que en buen latín macarrónico quiere decir el amo del cotarro. Después de eso, dice el señor Vincent, Lord Harry metió la cabeza en un bebedero de vacas en presencia de todos sus cortesanos y al sacarla otra vez les dijo su nuevo nombre. Luego, con el agua corriéndole por encima, se puso un viejo blusón y una falda que pertenecieron a su abuela y se compró una gramática de la lengua de los toros para estudiar, pero nunca pudo aprender una palabra de ella salvo el pronombre de primera persona que copió en letras grandes y se lo aprendió de memoria, y siempre que salía de paseo se llenaba los bolsillos de tiza para escribirlo en donde se le antojara, en el costado de una piedra o en la mesa de una casa de té o una bala de algodón o un flotador de corcho. En una palabra, él y el toro de Irlanda pronto fueron tan íntimos amigos como un culo y una camisa. Lo fueron, dice el señor Stephen, y el final fue que los hombres de la isla, viendo que no había remedio, puesto que las ingratas mujeres eran todas de la misma opinión, construyeron una balsa de salvamento, se embarcaron a bordo ellos mismos con todos sus hatos de bienes muebles, pusieron los mástiles erectos, prepararon las vergas, tomaron la caña, se tiraron allá, tendieron todo trapo al viento, dieron cara entre viento y marea, izaron anclas, pusieron rumbo a babor, ondearon el pabellón de la calavera y los huesos, lanzaron tres veces tres hurras, largaron la bolina, se echaron a su gabarra y se hicieron a la mar para redescubrir Amé-

rica. Ésa fue la ocasión, dice el señor Vincent, en que un contramaestre compuso aquella balanceante canción:

El Papa Pedro se orina en la cama.
Un hombre es hombre a pesar de todo.

Nuestro ilustre conocido, señor Malachi Mulligan, apareció entonces en el umbral cuando los estudiantes acababan su apólogo, acompañado por un amigo a quien acababa de volver a hallar, un joven caballero llamado Alec Bannon que estaba recién llegado a la ciudad con la intención de comprar un nombramiento de alférez o subteniente en la milicia territorial y alistarse para la guerra. El señor Mulligan tuvo la cortesía de expresar su complacencia ante todo ello tanto más cuanto que armonizaba con un proyecto suyo para la cura del mismo mal a que antes se había aludido. Por lo cual distribuyó al grupo un juego de tarjetas de cartulina que había hecho imprimir aquel día por el señor Quinnell con una inscripción compuesta en bella cursiva: *Señor Malachi Mulligan, Fertilizador e Incubador, Isla Lambay.* Su proyecto, como pasó a exponer, era retirarse del círculo de vanos placeres tales como los que forman la principal ocupación de Sir Pisaverde Papagayo y Sir Alfeñique Quidnunc de esta ciudad y dedicarse a la más noble tarea para que ha sido constituido nuestro organismo corporal. Bueno, oigamos qué es, mi buen amigo, dijo el señor Dixon. No tengo duda de que huele a ir de mozas. Vamos, siéntense los dos. No es más caro por sentarse. El señor Mulligan aceptó la invitación y, explicando su designio, dijo a sus oyentes que le había llevado a esa idea una consideración de las causas de la esterilidad, lo mismo la inhibitoria como la prohibitoria, tanto si la inhibición se debe a su vez a vejaciones conyugales o a una parsimonia del equilibrio, cuanto si la prohibición procede de defectos congénitos o de proclividades adquiridas. Le dolía gravemente, dijo, ver el tálamo nupcial defraudado de sus más queridas prendas: y el reflexionar sobre tantas hembras agradables de sustanciosas coyunturas, presa de los más viles bonzos, que escondían su antorcha bajo un celemín en un

extraño claustro, perdiendo su floración mujeril en los abrazos de algún inexplicable villano cuando podrían multiplicar las entradas a la felicidad, sacrificando la joya inestimable de su sexo cuando un centenar de lindos mozos estaban a mano para acariciar; eso, les aseguró, hacía llorar a su corazón. Para superar ese inconveniente (que él consideraba debido a una supresión de calor latente), habiéndose asesorado con ciertos consejeros de dignidad e inspeccionado el asunto, había resuelto tomar en contrato perpetuo el feudo de la isla Lambay y a su propietario, Lord Talbot de Malahide, un caballero Tory no muy en el favor de nuestro partido dominante. Allí se proponía establecer una granja nacional de fertilización que se llamaría *Omphalos* con un obelisco cuya talla y erección se haría a la manera de Egipto, y ofrecer sus cumplidos servicios de gentilhombre para la fecundación de cualquier hembra de cualquier clase o calidad que se dirigiera a él con el deseo de cumplir las funciones de su naturaleza. El dinero no era su objetivo, dijo, ni recibiría un penique por sus esfuerzos. La más pobre moza de cocina no menos que la opulenta dama a la moda, si tales eran sus complexiones y si sus temperamentos eran cálidos persuasores para sus peticiones, encontrarían en él a su hombre. Para su nutrición mostró cómo se alimentaría exclusivamente allí con una dieta de sabrosos tubérculos y pescados y conejos, estando altamente recomendada la carne de estos prolíficos roedores para tal propósito, tanto cocida como guisada con un poco de nuez moscada y una vaina o dos de chiles. Tras esta homilía que pronunció con mucho calor de aseveración, el señor Mulligan en un instante quitó de su sombrero un pañuelo con que lo tenía escondido. Ambos, parece, habían sido alcanzados por la lluvia y por más que apretaron el paso, recibieron agua, como podía observarse por los calzones del señor Mulligan de un gris áspero ahora vuelto de color un tanto pío. Su proyecto mientras tanto fue muy favorablemente comentado por sus oyentes y obtuvo cordiales elogios de todos, aunque el señor Dixon de Mary objetó a él, preguntando con aire pedantesco, si se proponía llevar agua a la fuente. El señor Mulligan sin embargo lisonjeó a los

cultos con una apropiada cita de los clásicos que, tal como permanecía en su memoria, le parecía un sólido y elegante apóyo de su punto de vista: *Talis ac tanta depravatio hujus seculi, O quirites, ut matres familiarum nostrae lascivas cujuslibet semiviri libici titillationes testibus ponderosis atque excelsis erectionibus centurionum Romanorum magnopere anteponunt* mientras que para los de más rudo ingenio insistió en su tesis mediante analogías del reino animal más apropiadas a sus estómagos, el ciervo y la cierva en el claro del bosque, el pato y la pata en la granja.

Prevaliéndose no poco de su elegancia, pues en efecto era hombre de persona atrayente, ese charlatán se dedicó entonces a su indumentaria con consideraciones un tanto acaloradas en cuanto al súbito capricho de la atmósfera mientras la compañía derrochaba sus encomios sobre el proyecto que había presentado. El joven caballero su amigo, aún rebosante de gozo por un lance que le había acontecido, no pudo menos de contárselo a su más próximo vecino. El señor Mulligan, observando ahora la mesa, preguntó para quién eran esos panes y, viendo al forastero, le hizo una cortés reverencia y dijo: Señor, si os place, ¿habéis menester de alguna asistencia profesional que pudiéramos daros? El cual, ante esta oferta, le dio las gracias muy cordialmente, aunque manteniendo su distancia adecuada, y respondió que había llegado allí por una señora, ahora internada en la casa de Horne, que se hallaba en estado interesante, pobre señora, por los dolores de la maternidad (y allí lanzó un profundo suspiro), para saber si ya había tenido lugar su felicidad. El señor Dixon, para cambiar de tema, empezó a preguntar al propio señor Mulligan si su incipiente ventripotencia, por la que bienhumoradamente le reprendió, era señal de una gestación ovoblástica en el utrículo prostático o útero masculino, o bien si se debía, como en el caso del famoso médico señor Austin Meldon, a un lobo en el estómago. Como respuesta al señor Mulligan, en una tempestad de risas respecto a sus calzones, se golpeó valientemente bajo el diafragma, exclamando con una admirable imitación bufa de la Abuela Grogan (la más excelente criatura de su sexo aunque

lástima que sea una puta): Aquí hay una barriga que nunca concibió un bastardo. Fue una salida tan feliz que renovó las tempestades de júbilo y lanzó a la sala entera a las más violentas convulsiones de regocijo. El alegre charlatán habría continuado en la misma vena de imitación de no ser por cierto desorden en la antecámara.

Aquí el que escuchaba, que no era otro que el estudiante escocés, un cabeza caliente, rubio como la estopa, se congratuló del modo más vivo con el joven caballero e interrumpiendo la narración en un punto saliente, tras de rogar a su *vis-à-vis* con una cortés inclinación que tuviera la amabilidad de pasarle un frasco de aguas cordiales a la vez que con una actitud interrogativa de la cabeza (todo un siglo de educación cortés no habría logrado un gesto tan refinado) a la que iba unido otro movimiento equivalente pero contrario de la cabeza, preguntó al narrador con la mayor claridad posible de palabras si podía servirle una copa de ello. *Mais bien sûr*, noble forastero, dijo él animadamente, *et mille compliments*. Sí que puede y muy oportunamente. No faltaba nada más que esta copa para coronar mi felicidad. Pero, bondadosos cielos, si me quedara sólo con una corteza en la bolsa y un vaso de agua del pozo, Dios mío, me satisfaría con ello y mi corazón me inspiraría que me arrodillara en el suelo y diera gracias a los poderes de lo alto por la felicidad que me otorgaba el Dador de todo lo bueno. Con esas palabras, aproximó la vasija a sus labios, tomó un generoso sorbo del cordial, se alisó el pelo y, abriendo su pecho, sacó de él un medallón que colgaba de una cinta de seda, la misma imagen que siempre había guardado como un tesoro desde que la mano de ella escribió allí. Observando esas facciones con todo un mundo de ternura, Ah Monsieur, dijo, si la hubierais visto como yo la vi con estos ojos en aquel instante conturbador con su delicada blusa y su sombrerito nuevo a la *coquette* (un regalo por el día de sus días, me dijo), en tal desorden ingenuo, de ternura tan conmovedora, sobre mi conciencia que incluso vos, Monsieur, habríais sido impulsado por la generosa naturaleza a entregaros por completo en manos de tal enemiga o a abandonar el campo para siempre.

Os aseguro que en toda mi vida me he sentido tan afectado. ¡Oh! Dios te doy gracias como Autor de mis días! Tres veces feliz será aquel a quien tan adorable criatura bendiga con sus favores. Un suspiro de afecto prestó elocuencia a esas palabras y, tras de reponer el medallón en el pecho, se enjugó los ojos y volvió a suspirar. Benéfico Diseminador de bendiciones para todas tus criaturas, qué grande y universal ha de ser la más dulce de tus tiranías si puede sujetar en sus vínculos al aire libre y al siervo, al simple rústico y al pulido pisaverde, al amante en los días más altos de pasión desenfrenada y al marido en los más maduros años. Pero ciertamente, señor, me estoy alejando de mi asunto. ¡Cuán mezcladas e imperfectas son todas nuestras dichas sublunares! *Maledicite!* ¡Pluguiera a Dios que la previsión me hubiera recordado tomar conmigo mi capa! Estoy por llorar de pensarlo. Entonces, a pesar de todos los aguaceros, no lo habríamos sentido en nada. Pero desventurado de mí, exclamó, golpeándose la frente con la mano, mañana será otro día, y, mil truenos, conozco a un *marchand de capotes*, Monsieur Poyntz, de quien por una *livre* puedo obtener un capote a la moda francesa tan cómodo como el que mejor haya jamás defendido a una dama de mojarse. ¡Tate, tate!, gritó el Fecundador, entrando en escena, mi amigo Monsieur Moore, ese cumplidísimo viajero (acabo de vaciar media botella *avec lui* en un círculo de los mejores ingenios de esta ciudad) me ha asegurado que en el Cabo de Hornos, *ventre de biche*, tienen una lluvia que cala a través de cualquier capote, incluso el más recio. Una mojadura de tal violencia, me dice, *sans blague*, ha mandado en serio a más de un desdichado al otro mundo por la posta. ¡Bah! ¡Una *livre*!, grita Monsieur Lynch. Esos torpes instrumentos no valen más de un *sou*. Un solo paraguas, aunque no fuera mayor que una seta de hadas, vale por diez de tales tapones. Ninguna mujer de ingenio usaría uno. Mi querida Kitty me dijo hoy que danzaría en un diluvio antes que morir de hambre en tal arca de salvación, pues, como me recordó (ruborizándose picantemente y susurrándome al oído, aunque no había nadie para captar sus palabras sino aturdidas mariposas), la señora Naturaleza, por la bendición divi-

na, lo ha implantado en nuestro corazón y ha llegado a ser dicho proverbial que *ily a deux choses* para las cuales la inocencia de nuestra vestimenta original, en otras circunstancias un quebrantamiento de las conveniencias, es el atuendo más apropiado, e incluso el único. La primera, dijo (y aquí mi linda filósofa, mientras la ayudaba yo a subir al tílbury, tocó suavemente con la punta de la lengua al pabellón externo de mi oído), la primera es un baño... pero en este punto una campanilla que resonaba en el vestíbulo cortó un discurso que tantas promesas ofrecía para el enriquecimiento de nuestro caudal de saberes.

Entre la desbordada hilaridad general de la asamblea, resonó una campana y mientras todos conjeturaban cuál podría ser la causa, entró la señorita Callan y, habiendo dicho unas pocas palabras en voz baja al joven señor Dixon, se retiró con una profunda reverencia a toda la compañía. La presencia, incluso por un momento, entre una reunión de depravados, de una mujer dotada de todas las cualidades de la modestia y no menos severa que hermosa, refrenó las salidas de buen humor incluso de los más licenciosos, pero su partida fue la señal para una explosión de picardías. Que me maten, dijo Costello, un villano que había empinado demasiado el codo. ¡Un monstruoso buen pedazo de vaca! Juraría que te ha dado una cita. ¿Qué, tú también, perro? ¿Cómo se te dan? ¡Pardiez! Así es y mucho más, dijo el señor Lynch. Los modales de cabecera son los que usan en el hospital Mater. Diantres, ¿no barbillea el doctor O'Gárgaras a las monjas? Como que espero salvarme que me lo dijo mi Kitty que ha cuidado enfermos aquí en estos siete meses. ¡Misericordia, doctor!, exclamó el mozuelo del chaleco prímula, fingiendo una sonrisa femenil y con inmodestas agitaciones de su cuerpo, ¡cómo sabéis chancearos de vuestra gente! ¡Peste de hombre! Válgame Dios, que estoy todo tembloroso. ¡A fe, sois tan malo como ese buen padrecito Cuántasveces, eso es lo que sois! Que se me atragante este jarro de a cuartillo, exclamó Costello, si no está para ser madre. Conozco a la dama que está para hincharse en cuanto le pongo los ojos encima. El joven cirujano, no obstante, se

levantó y rogó a la compañía que excusaran su marcha ya que la enfermera le acababa de informar que era necesario en el pabellón. A la misericordiosa providencia le había placido poner fin a los sufrimientos de la señora que estaba *enceinte*, la cual había parido con laudable fortaleza dando a luz a un vivaz niño. Paciencia me hace falta, dijo, con los que, sin ingenio para animar ni sabiduría para instruir, deshonran una ennoblecedora profesión que, salvando la reverencia debida a la Divinidad, es el mayor poder de felicidad que haya en la tierra. Estoy seguro cuando digo que si fuera necesario podría presentar una nube de testigos a favor de la excelencia de sus nobles ejercitaciones, que, lejos de ser objeto de escarnio, deberían ser un glorioso incentivo en el pecho humano. No puedo con ellos. ¿Qué? ¿Malignan a una así, la amable señorita Callan, que es el lustre de su sexo y el asombro del nuestro y en el instante más decisivo que le puede sobrevenir a una mísera criatura de barro? ¡Lejos de nosotros tal pensamiento! Me estremece pensar en el futuro de una raza en que se hayan sembrado las semillas de tal malicia y en que no se rinda la debida reverencia a la madre y la doncella en la casa de Horne. Habiéndose desahogado de esta reprimenda, saludó a los presentes en su retirada y se dirigió a la puerta. Un murmullo de aprobación se elevó de todos y algunos estaban dispuestos a expulsar sin más al vil embebedor, designio que se hubiera ejecutado, y no habría sido más que lo debido a sus estrictos méritos, de no ser porque él abrevió su transgresión afirmando con una hórrida imprecación (pues juraba de buena gana) que era tan buen hijo del verdadero rebaño como cualquier otro mortal. Sacadme las tripas, dijo, si no han sido siempre ésos los sentimientos del honrado Frank Costello, educado concienzudamente por lo que toca al honrarás padre y madre la cual tenía la mejor mano para los buñuelos con mermelada o el flan con nata que siempre recuerdo con corazón amoroso.

Pero volvamos al señor Bloom, que, tras de su primera entrada, había sido consciente de algunas desvergonzadas burlas, las cuales, sin embargo, había soportado como frutos de esa edad a la que suele

comúnmente acusarse de no conocer piedad. Los jóvenes pisaverdes, es cierto, estaban tan llenos de extravagancia como niños demasiado crecidos: las palabras de sus tumultuosas discusiones se entendían dificultosamente y a menudo no eran nada delicadas: su salvajismo y sus insultantes *mots* eran tales que el intelecto del señor Bloom se echaba atrás horrorizado, y tampoco eran escrupulosamente sensibles al decoro por más que la abundancia de recios espíritus animales hablara en defensa de ellos. Pero la palabra del señor Costello era para él un lenguaje nada bien venido pues le repugnaba ese miserable, que le parecía una criatura medio desorejada de abortada gibosidad nacido fuera de matrimonio y lanzado al mundo ya jorobado y dentudo y con los pies por delante, lo cual hacía verosímil la marca de las pinzas del cirujano en su cráneo, como para traerle a la mente ese eslabón ausente en la cadena de la creación, deseado por el ingenioso señor Darwin, de feliz memoria. Estaba ya más allá del trecho medio de los años que se nos otorgan, por él pasados a través de las mil vicisitudes de la existencia, y, siendo de linaje cauto y él mismo hombre de rara previsión, había ordenado siempre a su corazón reprimir todos los movimientos de cólera levantada y, interceptándolos con la más alerta precaución, nutrir en su pecho esa plenitud de paciencia de que se mofan las mentes bajas, que desprecian los juzgadores precipitados y que todos encuentran soportable pero sólo soportable. A los que se hacen pasar por ingenios a costa de la delicadeza femenina (un hábito de mente que él jamás tuvo), a ésos, nunca les concedería él, ostentar el nombre ni heredar la tradición de una educación elevada, mientras que para aquellos que, habiendo perdido toda paciencia, ya no pueden perder más, quedaba el amargo antídoto de la experiencia para obligar a su insolencia a batirse en precipitada y deshonrosa retirada. No que él no fuera capaz de participar de los sentimientos de la fogosa juventud, la cual, sin cuidado ninguno por los reproches de los vejancones ni los gruñidos de los severos, siempre está dispuesta (para seguir la casta fantasía del Sagrado Autor) a comer del árbol prohibido, pero no hasta el punto de transgredir los límites de la hu-

manidad bajo ninguna condición hacia una noble dama cuando estaba en sus legítimas obligaciones. Para concluir, si bien, por las palabras de la hermana, había calculado un rápido parto, sin embargo, debe confesarse, se sintió no poco aliviado por la información de que el resultado tan auspiciado tras una prueba de tal rigor diera ahora testimonio tanto de la misericordia cuanto de la generosidad del Ser Supremo.

Consiguientemente hizo patente su pensamiento a su vecino diciendo que, para expresar su idea sobre el asunto, su opinión (aunque por ventura no debería expresar ninguna) era que había que tener un carácter frío y un genio gélido para no regocijarse por estas recientísimas noticias de la fruición de su gestación, ya que ella había sufrido tantos dolores sin ninguna culpa propia. El elegante mozalbete dijo que era su marido quien la había puesto en tal expectación o al menos así debía ser salvo que ella fuera otra matrona efesia. Debo darles a conocer, dijo el señor Crotthers, dando una palmada en la mesa, como para provocar un resonante comentario de énfasis, que el viejo Glory Alleluyerum se dio una vuelta por aquí otra vez hoy, un hombre de edad con patillas, emitiendo por la nariz el ruego de hablar con Wilhelmina, mi vida, como la llama él. Yo le indiqué que estuviera preparado, pues el acontecimiento se produciría en seguida. A fe mía, seré franco con ustedes. No puedo menos de alabar la potencia viril del viejo garañón que todavía le ha podido sacar a ella otro chico. Todos se dieron a alabarlo, cada cual a su manera, aunque el mencionado joven pisaverde mantuvo su anterior opinión de que otro que su cónyuge había sido el hombre en la brecha, un clérigo ordenado, un (virtuoso) portaantorchas o un vendedor ambulante de artículos necesarios en todo hogar. Notable, comentó el invitado consigo mismo, la admirablemente desigual facultad de metempsicosis que poseen éstas, de que el dormitorio puerperal y el anfiteatro de disecciones sean los seminarios de tal frivolidad, y que la mera adquisición de títulos académicos baste para transformar en un periquete a estos votarios de la frivolidad en ejemplares profesionales de un arte que la mayor parte

de los hombres con alguna eminencia han considerado el más noble. Pero, añadió también, eso es por ventura para desahogar los reprimidos sentimientos que comúnmente les oprimen pues más de una vez he observado que dime con quién ríes y te diré quién eres.

Pero ¿con qué adecuación, sea lícito preguntarlo al noble señor su patrono, hace este extranjero, admitido a los derechos civiles por concesión de un gracioso príncipe, constituido en señor y juez de nuestra política interior? ¿Dónde está ahora esa gratitud que la lealtad le debería haber inspirado? Durante la reciente guerra, siempre que el enemigo tuvo una ventaja temporal con sus granadas, ¿no aprovechó ese momento este traidor a los suyos para descargar su arma contra el imperio de que él es inquilino tolerado mientras temblaba por la seguridad de sus cuatros por ciento? ¿Ha olvidado esto, igual que olvida todos los beneficios recibidos? ¿O es que, de ser engañador de otros, ha pasado a ser al fin su propia víctima, igual que ya es, si la fama no le calumnia, su propio y único gozador? Lejos quede de la franqueza violar la alcoba de una respetable dama, hija de un valiente comandante, o lanzar ni las más lejanas sombras sobre la virtud de ella, pero si nos desafía a que prestemos atención a ello (y ciertamente él habría tenido el más alto interés en no hacerlo), entonces sea así. Infeliz mujer, demasiado tiempo y con demasiada pertinacia se le ha negado la legítima prerrogativa de escuchar las quejas de este hombre con otros sentimientos que la irrisión de la desesperación. Es él quien lo dice, censor de la moral, un auténtico pelícano en su piedad, pero no tuvo escrúpulo, olvidando los lazos de la naturaleza, en intentar relaciones ilícitas con una doméstica extraída de los estratos más bajos de la sociedad. ¡Más aún, si la escoba de la moza no le hubiera servido de ángel tutelar, le habría ido tan mal como a Agar la egipcia! En la cuestión de los pastos, su atrabiliaria aspereza es notoria, y estando al alcance de los oídos del señor Cuffe atrajo sobre sí de un indignado ranchero una dura réplica envuelta en términos tan directos como bucólicos. Mal le conviene a él predicar ese evangelio. ¿Acaso no tiene más cerca de casa

un campo de siembra que yace en barbecho por falta de arado? Un hábito reprensible en la pubertad se convierte en segunda naturaleza y en oprobio en mitad de la vida. Si debe esparcir su bálsamo de Judea en forma de panaceas y apoftegmas de dudoso gusto para volver a la salud a una generación de libertinos implumes, que su práctica sea más consistente con las doctrinas en que ahora está absorbido. Su pecho marital es depositario de secretos que el decoro se resiste a sacar a la luz. Las lúbricas sugerencias de alguna ajada belleza pueden consolarle de una consorte descuidada y echada a perder pero este nuevo exponente de moral y curador de males es, en el mejor de los casos, un árbol exótico que en su nativo oriente prosperó y floreció y fue abundante en bálsamo pero, trasplantado a un clima más templado, sus raíces han perdido el vigor de antaño mientras que la materia prima que emana de él está dormida, ácida e inoperante.

La noticia fue impartida, con una circunspección que recordaba los usos ceremoniales de la Sublime Puerta, por la segunda enfermera al menos antiguo de los oficiales médicos en residencia, el cual a su vez anunció a la delegación que había nacido un heredero. Una vez que se trasladó al departamento de las mujeres para asistir a la ceremonia prescrita de las secundinas en presencia del secretario de estado para asuntos exteriores y los miembros del consejo privado, silenciosos en unánime agotamiento y aprobación, los delegados, impacientes por la longitud y solemnidad de su vigilia y con esperanza de que el gozoso suceso paliara una licenciosidad hecha más fácil por la simultánea ausencia de sirvienta y oficial, prorrumpieron al punto en una rivalidad de lenguas. En vano se oyó la voz del Agente de Publicidad señor Bloom esforzándose en apremiar, en suavizar, en refrenar. El momento era demasiado propicio para el desborde de esa discursividad que parecía ser el único vínculo de unión entre tan divergentes temperamentos. Todas las fases de la situación fueron desentrañadas una tras otra: la repugnancia prenatal de los hermanos uterinos, la sección cesárea, la postumidad respecto al padre, y, forma más rara, respecto a la madre, el caso de fratricidio

conocido como el crimen Childs, hecho memorable por el apasionado alegato del abogado Bushe que logró la absolución del erróneamente acusado, los derechos de primogenitura y la generosidad real en cuanto a mellizos y trillizos, abortos e infanticidios, simulados y disimulados, el *fœtus in fœtu* acardíaco, la aprosopia debida a congestión, el agnatismo de cierto chino sin mentón (mencionado por el doctorando Mulligan) a consecuencia de la defectuosa reunión de los botones maxilares a lo largo de la línea media de modo que (así dijo) una oreja podía oír lo que decía la otra, las ventajas de la anestesia o sueño crepuscular, la prolongación de los dolores de parto en la gravidez avanzada a causa de presión en la vena, la descarga prematura del líquido amniótico (según lo ejemplificaba el caso actual) con el consiguiente peligro de sepsis para la matriz, la inseminación artificial por medio de jeringas, la involución del útero subsiguiente a la menopausia, el problema de la perpetuación de la especie en el caso de hembras preñadas por violación delictiva, ese terrible procedimiento de parto llamado por los brandenburgueses *Sturzgeburt*, los ejemplos registrados de nacimientos multigéminos bispermáticos y monstruosos concebidos durante el período cataménico o por progenitores consanguíneos —en una palabra, todos los casos de natalidad humana que ha clasificado Aristóteles en su obra maestra con ilustraciones cromolitográficas. Los problemas más graves de obstetricia y medicina forense fueron examinados con tanta animación como las creencias más populares sobre el estado de embarazo, tales como el prohibir a una mujer gestante saltar sobre una tapia de campo no sea que, por su movimiento, el cordón umbilical estrangule a su criatura, y el mandato, en caso de un antojo mantenido ardientemente y sin efecto, de colocar la mano contra esa parte de su persona que el largo uso ha consagrado como sede del castigo. Las anormalidades de labio leporino, verruga de nacimiento, dedos supernumerarios, enfermedad azul, marca de fresa y mancha de vino fueron alegadas por uno como explicación natural *primafacie* e hipotética de los niños ocasionalmente nacidos con cabeza de cerdo (no se olvidó el caso de Madame Grissel

Steevens) o con pelo de perro. La hipótesis de una memoria plásmica, sugerida por el delegado caledonio y digna de las tradiciones metafísicas del país que éste representaba, contemplaban en tales casos una detención del desarrollo embrionario en alguna fase antecedente a la humana. Un delegado extranjero opuso a estas dos teorías, con tal acaloramiento que casi logró infundir convicción, la teoría de la copulación entre mujeres y machos de animales, basándose según propia confesión en el apoyo de fábulas tales como la del Minotauro, que el genio del elegante poeta latino nos ha legado en las páginas de sus *Metamorfosis*. La impresión causada por sus palabras fue inmediata pero efímera. La borró, tan fácilmente como se había producido, una alocución del Doctorando señor Mulligan, en esa vena placentera que nadie mejor que él sabía como afectar, postulando, como el objeto supremo de deseo, un hermoso anciano bien limpio. Simultáneamente, habiéndose producido una acalorada discusión entre el Delegado señor Madden y el Doctorando señor Lynch en cuanto al dilema jurídico y teológico en el caso de que un hermano siamés premuera al otro, la dificultad, por común consentimiento, se remitió al Agente de Publicidad señor Bloom para su inmediata presentación ante el Diácono Coadjutor señor Dedalus. Éste, hasta entonces silencioso, bien para mejor mostrar por su preternatural gravedad la curiosa dignidad del hábito con que estaba investido, o bien por obediencia a una voz interior, pronunció con brevedad, y a juicio de algunos de modo rutinario, la ordenanza eclesiástica prohibiendo al hombre separar lo que Dios ha unido.

Pero el relato de Malaquías empezó a congelarles de horror. Conjuró la escena ante ellos. El panel secreto junto a la chimenea se deslizó lentamente y en el hueco apareció ¡Haines! ¿Quién de nosotros no sintió que se le erizaba el pelo? Llevaba en una mano un portafolio lleno de literatura céltica, en la otra un frasquito rotulado *Veneno*. Sorpresa, horror, repugnancia se pintaron en todos los rostros mientras él les observaba a todos con una mueca espectral. Ya me esperaba yo semejante recepción, empezó, con una risa diabólica, de la que, al pare-

cer, la culpa es de la historia. Sí, es cierto. Yo soy el asesino de Samuel Childs. ¡Y cómo soy castigado! El infierno no tiene terrores para mí. Esto es lo que se lee en mi rostro. Oh, siglos, ¿cómo podría yo descansar de algún modo, murmuró con voz confusa, yo, mientras tanto vagabundeando por Dublín otra vez con mi porción de cantos, y él mismo en pos de mí como un súcubo o un duende? Mi infierno, y el de Irlanda, está en esta vida. Esto es lo que he intentado por obliterar mi crimen. Distracciones, caza de cuervos, la lengua del Eire (recitó algo), el láudano (levantó el frasquito a los labios), dormir al aire libre. ¡En vano! Su espectro me persigue. La droga es mi única esperanza... ¡Ah! ¡Destrucción! ¡La pantera negra! Con un grito, se desvaneció súbitamente y el panel volvió a deslizarse en su sitio. Un instante después su cabeza asomó por la puerta de enfrente y dijo: ¡Id a encontrarme en la estación de Westland Row a las once y diez! ¡Se fue! Lágrimas brotaron de los ojos de la depravada hueste. El vidente levantó la mano al cielo, murmurando: ¡La venganza de Mananaán! El sabio repitió: *Lex talionis*. El sentimentalista es el que querría disfrutar sin incurrir en la inmensa deuda de la cosa hecha. Malaquías, abrumado por la emoción, calló. El misterio estaba desvelado. Haines era el tercer hermano. Su verdadero nombre era Childs. La pantera negra era ella misma el espectro de su propio padre. Bebía drogas por obliterar. Por este alivio muchas gracias. La casa solitaria junto al cementerio está deshabitada. Ni un alma viviría allí. La araña teje su red en la soledad. La maldición sobre ella. Está habitada por fantasmas. Propiedad del asesino.

¿Cuál es la edad del alma del hombre? Igual que tiene la virtud del camaleón de cambiar de matiz a cada nuevo encuentro, de ser alegre con los regocijados y triste con los abatidos, así también su edad es tan cambiante como su humor. Leopold, ahí sentado, rumiando, masticando el heno de la reminiscencia, ya no es el sosegado agente de publicidad y propietario de un modesto caudal en títulos. Es el joven Leopold, como en una reordenación retrospectiva, espejo dentro de un espejo (ea, dicho y

hecho), se contempla a sí mismo. La joven figura de entonces se ve, precozmente viril, caminando en una fría mañana desde la vieja casa en la calle Clambrassil hasta la escuela media, el saco de libros consigo en bandolera, y dentro de él un buen zoquete de hogaza de trigo, cuidado de su madre. O es la misma figura, pasado un año o más, con su primer sombrero duro (¡ah, qué día aquel!), ya por su camino, un viajante de veras para la empresa familiar, equipado con un cuaderno de pedidos, un pañuelo perfumado (no sólo para adorno), su maletín de reluciente bisutería (¡ay, ya cosa del pasado!), y todo un carcaj de sonrisas complacientes para tal cual ama de casa medio persuadida que echa las cuentas con los dedos o para una floreciente virgen tímidamente aceptando (pero ¿y el corazón? ¡dime!) sus estudiados besamanos. El aroma, la sonrisa, pero, más que esto, los ojos oscuros y los modales untuosos le permitían volver cada anochecer con más de una comisión junto al jefe de la empresa sentado con su pipa de Jacob después de análogas fatigas en el rincón paternal (un plato de fideos, podéis estar seguros, se está calentando), leyendo a través de redondas gafas de concha un periódico de Europa de hace un mes. Pero ah, en un instante, el espejo se empaña de aliento y el joven caballero errante se retira, se reduce a una diminuta mota entre la niebla. Ahora él, a su vez, es paternal y los que le rodean podrían ser sus hijos. ¿Quién puede decirlo? Mucho sabe el padre que conoce a su hijo. Él piensa en una noche de llovizna en la calle Hatch, al lado de los almacenes, la primera. Juntos (ella es una pobre huérfana, una hija de la vergüenza, vuestra y mía y de todos por un simple chelín más el penique de la suerte), juntos oyen el pesado pisar de la guardia mientras dos sombras con capas de lluvia pasan ante la nueva universidad real. ¡Bridie! ¡Bridie Kelly! Nunca olvidará él su nombre, siempre recordará la noche, la primera noche, la noche nupcial. Están entrelazados en la más densa tiniebla, el deseante y la deseada, y en un momento (¡fiat!) la luz inundará el mundo. ¿Saltó el corazón al encuentro del corazón? No, bella lectora. En un momento se hizo pero... ¡alto! ¡Atrás! ¡No ha de ser!

Aterrorizada, la pobre muchacha huye a través de la tiniebla. Es la esposa de la oscuridad, una hija de la noche. No se atreve a concebir el niño del día, áureo de sol. ¡No, Leopold! Ni nombre ni recuerdo te consuelan. Esa ilusión juvenil de tu energía se te quitó y en vano. Ningún hijo de tus lomos está a tu lado. Nadie hay ahora que sea para Leopold lo que Leopold fue para Rudolph.

Las voces se mezclan y funden en silencio nublado: silencio que es el infinito del espacio: y rápida, silenciosamente el alma es impulsada sobre regiones de ciclos de ciclos de generaciones que han vivido. Una región donde desciende siempre el gris crepúsculo, sin caer nunca, sobre anchos pastos verdeantes, dispersando su sombra, esparciando un perenne rocío de estrellas. Ella sigue a su madre con pasos torpes, yegua que guía a su potrilla. Fantasmas crepusculares son ésos, pero modelados con profética gracia de estructura, esbeltas ancas bien formadas, un flexible cuello nervudo, el manso cráneo temeroso. Se desvanecen, fantasmas tristes: todo desapareció. Agendath es una tierra baldía, hogar de los búhos y de la miope abubilla. ¡Huuuu! ¡Oye! ¡Huuuu! Paralaje les sigue y les aguijonea, los ancianos relámpagos de su frente son escorpiones. El alce y el yak, los toros de Basán y de Babilonia, el mamut y el mastodonte, acuden en tropel al mar sumergido. *Lacus Mortis.* ¡Ominosa, vengativa hueste zodiacal! Gimen, pasando sobre las nubes, cornudos y capricornios, los trompudos con los colmilludos, los leonmelenados, los giganteastados, jetosos y reptantes, roedores, rumiantes y paquidermos, toda su móvil multitud gimiente, asesinos del sol.

Adelante hacia el Mar Muerto avanzan para beber, insaciados y con horribles engullidas, las saladas, somnolientas, inagotables olas de la mar. Y el portento equino vuelve a crecer, agigantado en los cielos abandonados, más aún, a la propia magnitud del cielo, hasta que sobresale, vasto, sobre la mansión de Virgo. Y he aquí, prodigio de metempsicosis, que es ella, la esposa eterna, anunciada del lucero matutino, la esposa siempre virgen. Es ella Martha, tú, la perdida, Millicent, la joven, la querida, radiante. ¡Qué serena se eleva ahora ella, reina entre las Pléyades,

en las penúltimas horas antelucanas, calzada con sandalias de claro oro, tocada con un velo de cómo se llama hilos de la Virgen! Flota, fluye en torno a su carne estelar y suelto corre, esmeralda, zafiro, malva y heliotropo, suspenso sobre corrientes de frío viento interestelar, retorciéndose, enroscándose, sencillamente revolviéndose, contorsionándose en los cielos, una escritura misteriosa, hasta que después de una miríada de metamorfosis de símbolos, llamea, Alpha, rubí y signo triangular, sobre la frente de Taurus.

Francis le recordaba a Stephen años atrás cuando iban juntos a la escuela en tiempos de Conmee. Le preguntaba por Glaucón, Alcibíades, Pisístrato. ¿Dónde estaban ahora? Ninguno de los dos lo sabía. Has hablado del pasado y sus fantasmas, dijo Stephen. ¿Por qué pensar en ellos? Si les llamo a la vida al otro lado de las aguas del Leteo, ¿no se agolparán los pobres espíritus a mi llamada? ¿Quién lo supone? Yo, Bous Stephanoumenos, bardo bienhechor del buey, soy señor y dador de su vida. Ciñó sus crespos cabellos con una corona de hojas de vid, sonriendo a Vincent. Esa respuesta y esas hojas, le dijo Vincent, te adornarán más adecuadamente cuando algo más, y grandemente más, que un puñado de leves odas puedan llamar padre a tu genio. Todos los que te desean bien esperan esto para ti. Todos desean verte producir la obra que meditas. Te deseo de todo corazón que no les defraudes. Oh no, Vincent, dijo Lenehan, poniendo una mano en el hombro cercano a él, no temas. No podía dejar a su madre huérfana. El rostro del joven se oscureció. Todos veían qué duro era para él que le recordaran su promesa y su reciente pérdida. Se habría retirado de la fiesta de no ser porque el sonido de las voces mitigaba el doliente escozor. Madden había perdido cinco dracmas por Cetro por un antojo del nombre del jockey: Lenehan otro tanto. Les habló de la carrera. Bajó la bandera, ah, allá que van, se disparan, la yegua, fresca, corría montada por O. Madden. Iba a la cabeza: todos los corazones palpitaban. Ni siquiera Filis pudo contenerse. Ondeó su chal y gritó: ¡Hurra! ¡Gana Cetro! Pero en la recta final, cuando todos iban en grupo apretado, el desconocido Por Ahí se puso a su altura, la alcanzó, la dejó atrás. Todo estaba perdido

ya. Filis quedó silenciosa: sus ojos eran tristes anómonas. Juno, gritó, estoy perdida. Pero su amante la consoló y le trajo un brillante estuche de oro en que había varios confites de ciruela ovalados que ella probó. Cayó una lágrima: una sólo. Una estupenda fusta, ese W. Lane, dijo Lenehan. Cuatro ganadores ayer y tres hoy. ¿Qué jockey hay como él? Móntesele en el camello o en el tumultuoso búfalo y la victoria es suya en menos de un trote. Pero soportémoslo como era el uso antiguo. ¡Misericordia para los desafortunados! ¡Pobre Cetro!, dijo con un leve suspiro. Ya no es la yegua que era. Nunca, por esta mano, veremos otra semejante. Pardiez, señor mío, una reina entre ellos. ¿La recuerdas, Vincent? Me gustaría que hubieras visto hoy a mi reina, dijo Vincent, qué joven estaba y qué radiante (Lálage apenas era linda a su lado) con sus zapatos amarillos y su falda de muselina, no sé cómo se llama exactamente. Los castaños que nos daban su sombra estaban en flor: el aire estaba cargado de su persuasivo aroma y el polen flotaba en torno nuestro. En los trechos soleados se podría fácilmente asar en una piedra una hornada de esos bollos rellenos de frutas de Corinto que vende Periplepómenos en su puesto junto al puente. Pero ella no tenía nada que morder sino el brazo con que yo la sostenía y en él mordisqueaba malignamente cuando yo la apretaba demasiado de cerca. Hacía una semana yacía enferma, cuatro días en el lecho, pero hoy era libre, ágil, se burlaba del peligro. Es más seductora entonces. ¡Y sus ramilletes! Locuela como es, había recogido gran copia de ellos cuando estábamos reclinados juntos. Y te lo digo al oído, amigo mío, no imaginarás a quién nos encontramos al abandonar ese campo. ¡A Conmee en persona! Caminaba junto al seto, leyendo, me parece, un libro breviario, estoy seguro de que con una ingeniosa carta de Glicera o de Cloe dentro para marcar la página. La dulce criatura se puso de todos los colores en su confusión y fingió acomodar un ligero desorden en su atuendo: una ramita de la vegetación se le había prendido, pues los mismos árboles la adoran. Después que pasó Conmee ella lanzó una ojeada a su delicioso eco en ese espejito que lleva consigo. Pero él había sido bondadoso. Al pasar nos había

bendecido. Los dioses también son siempre bondadosos, dijo Lenehan. Si tuve mala suerte con la yegua de Bass quizá este sorbo de su brebaje me será más propicio. Ponía la mano en una vasija de la bebida: Malachi lo vio y le refrenó en su ademán, señalando al forastero y a la etiqueta roja. Cautamente, Malachi susurró: Mantened un silencio druídico. Su alma está muy lejana. Quizás es tan penoso ser despertado de una visión como nacer. Cualquier objeto, intensamente observado, puede ser un pórtico de acceso al incorruptible eón de los dioses. ¿No lo crees así, Stephen? Así me lo dijo Teósofo, respondió Stephen, a quien en una existencia anterior los sacerdotes egipcios le iniciaron en los misterios de la ley del karma. Los señores de la luna, me dijo Teósofo, que llenaban una nave de llameante anaranjado procedente del planeta Alfa de la cadena lunar, no quisieron asumir los dobles etéricos y por consiguiente éstos fueron encarnados por el ego color rubí desde la segunda constelación.

Sin embargo, la realidad de los hechos no deja de resultar que, siendo la absurda suposición sobre él que se hallara en cierto tipo de marasmo o cosa semejante o hipnotizado, lo cual era enteramente debido a un malentendido del más superficial carácter, eso no era verdad en absoluto. El individuo cuyos órganos visuales, mientras tenía lugar lo anterior, estaban en esta coyuntura empezando a exhibir síntomas de animación, era tan astuto si no más astuto que ningún hombre viviente y cualquiera que conjeturara lo contrario habría encontrado con bastante rapidez que se hallaba en el lado del error. Durante los cuatro minutos anteriores, aproximadamente, había estado mirando fijamente una cierta dosis de cerveza Bass Número Uno embotellada por los Sres. Bass y Cía. en Burton-on-Trent, que por casualidad se hallaba situada entre una porción de otras enfrente mismo de donde se encontraba él y que había sido sin duda calculada para atraer la atención de cualquiera a causa de su aspecto escarlata. Él estaba, simple y solamente, como subsiguientemente se echó de ver por razones mejor conocidas por él mismo y que arrojaban una luz totalmente diferente sobre lo que acontecía, tras las observaciones de un

momento antes sobre los días de la adolescencia y sobre las carreras de caballos, recordando dos o tres eventos personales de que los otros dos eran tan juntamente inocentes como niños recién nacidos. Finalmente, sin embargo, los ojos de ambos se encontraron, y tan pronto como a él empezó a hacérsele patente que el otro estaba intentando servirse de la cosa, involuntariamente determinó servirse a sí mismo y consiguientemente se apoderó del cristalino recipiente de tamaño medio que contenía el deseado líquido y practicó en él una considerable rebaja sirviéndose una buena porción con, al mismo tiempo y no obstante, un considerable grado de atención a fin de no volcar nada de la cerveza que había a su alrededor en aquel lugar.

En debate que tuvo lugar a continuación fue, en su alcance y desarrollo, un epítome del transcurso de la vida. Ni el lugar ni la concurrencia carecían de dignidad. Los debatidores eran los más agudos del país, el tema de que se ocupaban, el más elevado y el más vital. La alta sala de la casa de Horne jamás había observado una asamblea tan representativa y tan variada ni habían escuchado nunca las vigas de aquella construcción un lenguaje tan enciclopédico. Una soberbia escena era aquella en verdad. Allí estaba Crotthers a los pies de la mesa en su característico atuendo de highlander, con su faz resplandeciendo por los salados vientos del Mull de Galloway. Allí también, enfrente de él, estaba Lynch, cuyo rostro ostentaba ya los estigmas de la temprana depravación y la prematura sabiduría. Al lado del escocés estaba el lugar asignado a Costello, el excéntrico, mientras a su lado se sentaba en sólido reposo la rechoncha figura de Madden. La silla del residente de la mansión, en verdad, estaba vacía ante el hogar, pero a ambos flancos de ella, la figura de Banon en vestimenta de explorador, con pantalones cortos de *tweed* y zapatones de vaca marina salada, contrastaba marcadamente con la elegancia prímula y los modales ciudadanos de Malachi Roland St. John Mulligan. Por último, a la cabecera de la mesa estaba el joven poeta que había hallado refugio, lejos de sus esfuerzos pedagógicos y su inquisición metafísica, en la atmósfera convivial de discusion socrática, mien-

tras que a derecha e izquierda de él se acomodaban el frívolo pronosticador, recién llegado del hipódromo, y aquel vígil errante, manchado por el polvo de los viajes y los combates y ensuciado por el fango de un deshonor indeleble, pero de cuyo firme y constante corazón ni seducción ni peligro ni amenaza ni degradación podrían jamás borrar la imagen de aquella voluptuosa hermosura que el inspirado lápiz de Lafayette ha fijado para los siglos venideros.

Conviene hacer constar aquí y ahora en el comienzo que el pervertido transcendentalismo a que las aseveraciones del señor S. Dedalus (Theol. Scep.) parecían mostrarle lamentablemente adicto, está en total oposición a los métodos científicos aceptados. La ciencia, nunca se repetirá suficientemente, trata de fenómenos tangibles. El hombre de ciencia, como el hombre de la calle, tiene que enfrentarse con fenómenos palpables ante los que no cabe cerrar los ojos, para explicarlos lo mejor que le es dable. Puede haber, es cierto, algunas preguntas a que la ciencia no sea capaz de responder —por ahora— tales como el primer problema presentado por el señor L. Bloom (Ag. Publ.) en cuanto a la futura determinación del sexo. ¿Debemos aceptar la opinión de Empédocles de Trinacria de que el ovario derecho (el período postmenstrual, afirman otros) es responsable del nacimiento de los varones, o son los tanto tiempo despreciados espermatozoos o nemaspermos los factores diferenciadores, o bien, como se inclinan a opinar la mayor parte de los embriologistas, tales como Culpepper, Spallanzani, Blumenbach, Lusk, Hertwig, Leopold y Valenti, se trata de una mezcla de ambas cosas? Eso equivaldría a una cooperación (uno de los recursos favoritos de la naturaleza) entre el *nisus formativus* del nemaspermo, por un lado, y por el otro, una posición felizmente elegida, *succubitus felix*, del elemento pasivo. El otro problema planteado por el mismo investigador no es apenas menos vital: la mortalidad infantil. Y es interesante porque, como él observa pertinentemente, todos hemos nacido del mismo modo pero todos morimos de diferentes modos. El señor M. Mulligan (Dr. Hig. y Eug.) culpa a las condiciones sanitarias en que nuestros ciudadanos de ennegrecidos pulmones con-

traen dolencias adenoidales y pulmonares, etc., inhalando las bacterias que acechan en el polvo. Esos factores alega, y los repugnantes espectáculos ofrecidos por nuestras calles, los feos carteles de publicidad, los ministros religiosos de todas las denominaciones, los soldados y marineros mutilados, los cocheros exhibiendo su escorbuto, las suspendidas carcasas de animales muertos, los solteros paranoicos y las dueñas sin fecundar— esos, dijo, son responsables de todas y cada una de las menguas en el calibre de la raza. La calipedia, profetizó, pronto se adoptaría universalmente y todas las gracias de la vida, la música verdaderamente buena, la literatura agradable, la filosofía ligera, las imágenes instructivas, las reproducciones en escayola de estatuas clásicas tales como Venus y Apolo, las fotografías artísticas coloreadas de niñitos premiados, todas esas pequeñas atenciones permitirían a las señoras que estuvieran en una determinada condición pasar los meses del intervalo del modo más placentero. El señor J. Crotthers (Disc. Bach.) atribuye algunos de estos fallecimientos a trauma anormal en el caso de trabajadoras sujetas a pesadas fatigas en el taller y a la disciplina marital en el hogar, pero la más amplia mayoría, con mucho, al descuido, privado u oficial, que culmina en el abandono de infantes recién nacidos, en la práctica del aborto delictivo o en el atroz crimen del infanticidio. Aunque el primero (nos referimos al descuido) es indudablemente más que cierto, el caso que cita de enfermeras que olvidan contar las esponjas en la cavidad peritoneal es demasiado raro para ser normativo. De hecho, si uno va a mirarlo bien, el milagro es que salgan bien tantos embarazos y partos como salen, considerándolo todo, y a pesar de nuestras insuficiencias humanas que a menudo tienden a frustrar a la naturaleza en sus intenciones. Una ingeniosa sugerencia es la lanzada por el señor V. Lynch (Bach. Arith.): que tanto la natalidad como mortalidad, así como todos los demás fenómenos de evolución, movimientos de la marea, fases lunares, temperatura de la sangre, enfermedades en general, todo, en una palabra, cuanto hay en el vasto taller de la naturaleza, desde la extinción de algún remoto sol al florecimiento de una de las incontables flores

que hermosean nuestros parques públicos, está sujeto a una ley de numeración no averiguada todavía. Sin embargo la sencilla cuestión directa de por qué un hijo de padres normalmente sanos, al parecer niño saludable y bien cuidado, sucumbe inexplicablemente en la temprana niñez (mientras que otros del mismo matrimonio no), debe ciertamente, en las palabras del poeta, forzarnos a una pausa de meditación. La naturaleza, podemos quedar tranquilos, tiene sus propias buenas razones cogentes para hacer cualquier cosa que haga, y con toda probabilidad tales muertes se deben a alguna ley de previsión por la cual los organismos en que han establecido su residencia gérmenes morbosos (la ciencia moderna ha mostrado conclusivamente que sólo la sustancia plásmica puede llamarse inmortal) tienden a desaparecer en una fase cada vez más temprana de su desarrollo, arreglo que, aunque causante de dolor para algunos de nuestros sentimientos (notablemente el materno), sin embargo, según creemos algunos de nosotros, es a la larga benéfico para la raza en general asegurando así la supervivencia de los más fuertes. La observación (¿o deberíamos llamarla interrupción?) del señor S. Dedalus, de que un ser omnívoro que puede masticar, deglutir, y al parecer hacer pasar por el canal ordinario con pluscuamperfecta imperturbabilidad elementos tan heterogéneos que hembras cancerosas demacradas por la parturición, y corpulentos caballeros de carrera, para no hablar de biliosos políticos o monjas cloróticas, puedan encontrar solaz gástrico en una inocente colación de lechal, de *staggering bob*, revela, como nada podría hacerlo y bajo una luz muy poco placentera, la tendencia a que antes hemos aludido. Para ilustración de aquellos que no estén tan íntimamente familiarizados con las minucias del matadero municipal como este esteta de morbosa mentalidad y filósofo en embrión que, a pesar de su jactanciosa suficiencia en cosas de la ciencia apenas distingue un ácido de un álcali, presume de ser, quizá debería indicarse que *staggering bob*, en la vil jerga de los provistos de licencia para vender despojos entre nuestras clases bajas, designa la carne cocible y comible de un ternero recién desprendido de su ma-

dre. En reciente controversia pública con el señor L. Bloom (Ag. Publ.), que tuvo lugar en el salón general del Hospital Nacional de Maternidad, calle Holles, 29, 30 y 31, cuyo cualificado y famoso superior es, como es bien sabido, el doctor A. Horne (Lic. Obst., M. F. M. I.), testigos presenciales informan que afirmó que una vez que una mujer ha dejado entrar el gato en el cesto (una alusión estética, es de suponer, a uno de los procesos más complicados y maravillosos de la naturaleza, el acto de la conjunción sexual), debe dejarlo salir a su vez, esto es, darle vida, según él se expresó, para salvar la suya propia. A riesgo de la suya, fue la elocuente réplica de su interlocutor, no menos eficaz por el mesurado y moderado tono en que se pronunció.

Mientras tanto, la habilidad y la paciencia del facultativo había llevado a término un feliz *accouchement*. Había sido un intervalo fatigoso, muy fatigoso, tanto para la paciente como para el doctor. Todo lo que podía hacer la habilidad quirúrgica se hizo y la valiente mujer había ayudado virilmente. Sí que había. Había combatido el buen combate y ahora estaba feliz, muy feliz. Aquellos que nos han precedido, aquellos que se han ido por delante de nosotros, son felices también al contemplar desde lo alto, sonriendo sobre la conmovedora escena. Reverentemente miran hacia ella, allí reclinada con la luz de la maternidad en los ojos, ese anheloso afán de unos deditos infantiles (¡qué bello espectáculo es verlo!), en la primera floración de su reciente maternidad, exhalando una silenciosa plegaria de acción de gracias al Ser de lo alto, al Marido Universal. Y mientras sus ojos amorosos observan a su niñito, ella sólo desea otra bendición más, tener allí con ella a su querido Doady para compartir su alegría, y poner en sus brazos ese pedacito del barro divino, el fruto de sus lícitos abrazos. Él ya va avanzando en años (lo podemos decir en voz baja entre nosotros) y está un tanto encorvado de hombros, pero con el rodar de los años una grave dignidad ha ido posándose sobre el concienzudo contable segundo del Banco del Ulster, sucursal College Green. ¡Ah, Doady, amado de antaño, fiel compañero de la vida ahora, nunca podrá volver aquel lejano tiempo de las rosas! Con el mis-

mo antiguo sacudir de su linda cabeza, ella recuerda aquellos días. Oh Dios, ¡qué hermosos ahora a través de la niebla de los años! Pero sus hijos están agrupados en su imaginación junto a su lecho, los hijos de ella y de él, Charley, Mary Alice, Frederick Albert (si hubiera vivido), Mamy, Budgy (Victoria Frances), Tom, Violet Constance Louisa, el pequeñito Bobsy (a quien habían dado su nombre por el famoso héroe de la guerra de Sudáfrica, Lord Bobs de Waterford y Candahar), y ahora esta última prenda de su unión, un Purefoy como no hay otro, con la auténtica nariz Purefoy. Esa joven esperanza se bautizará como Mortimer Edward, por el influyente primo tercero del señor Purefoy en la oficina de la Tesorería del Gobierno, Dublin Castle. Y así pasa volando el tiempo: pero el padre Cronos aquí ha andado con mano ligera. No, no dejes escapar ningún suspiro de ese pecho, querida y dulce Mina. Y Doady, tú sacude las cenizas de tu pipa, el aculotado brezo que todavía conservarás cuando suene por ti el toque de cubrefuego (¡ojalá esté lejos el día!), y extingue la luz a la que lees en el Sagrado Libro, pues el aceite se está agotando, así que a reposar con corazón tranquilo. Él sabe y te llamará en la hora apropiada. Tú también has combatido el buen combate y has desempeñado lealmente tu papel de hombre. Amigo, he aquí mi mano. ¡Bien hecho, tú siervo bueno y fiel!

Hay pecados o (llamémoslos como los llama el mundo) malos recuerdos que el hombre oculta en los lugares más sombríos del corazón, pero que permanecen allí aguardando. Él quizá permita que su memoria se oscurezca, los deje estar como si nunca hubiera sido y llegue a persuadirse de que no fueron o al menos de que fueron de otro modo. Sin embargo, una palabra casual los evocará repentinamente y se levantarán a encararse con él en las circunstancias más variadas, en visión o en sueño, o mientras el cémbalo y el arpa apacigüen sus sentidos o entre la fresca tranquilidad argentina del atardecer o en la fiesta a medianoche cuando ya esté lleno de vino. No para insultarle vendrá la visión, como a quien está bajo el peso de su ira, no por venganza, para separarle de los vivos, sino amortajada en la tris-

te veste del pasado, silenciosa, remota, llena de reproche.

El forastero seguía considerando en el rostro que tenía delante una lenta retirada de esa falsa calma impuesta, al parecer, por hábito o por algún estudiado truco, sobre palabras tan amargadas como para acusar en quien las pronunciaba algo malsano, un *flair* por las cosas más crudas de la vida. Una escena se delinea en la memoria del observador, evocada, se diría, por una palabra de familiaridad tan natural como si aquellos días siguieran realmente presentes ahí (como algunos pensaban) con sus placeres inmediatos. Un bien cuidado terreno con césped en un suave atardecer de mayo, el bien recordado bosquecillo de lilas en Roundtown, violeta y blanco, fragantes y esbeltas espectadoras del juego, pero con mucho interés auténtico en las bolas cuando ruedan lentamente por la hierba o chocan y se detienen, una junto a otra, con un breve golpe alerta. Y más allá, en torno a esa ánfora gris donde a veces fluye el agua en pensativo riego, se veía otra fragante hermandad, Floey, Atty, Tiny y su compañera más morena con no sé qué de fascinante en su actitud, Nuestra Señora de las Cerezas, una graciosa arracada de ellas pendiente de una oreja, haciendo contrastar tan delicadamente el exótico calor de la piel contra el fresco fruto ardiente. Un mozuelo de cuatro o cinco años vestido de bombasí (es la estación florida pero se estará a gusto junto al acogedor hogar cuando dentro de no mucho se recojan y enfunden las bolas) se ha erguido sobre el ánfora, sostenido por ese círculo de cariñosas manos doncelliles. Está un poco ceñudo, igual que ahora este joven, con un disfrute quizá demasiado consciente del peligro, pero no puede dejar de lanzar una ojeada de vez en cuando hacia donde su madre le vigila desde la *piazetta* que da al parterre con una leve sombra de distanciamiento o de reproche *(alles Vergängliche)* en su alegre mirada.

Observad esto también y recordadlo. El fin llega de repente. Entrad en esa antecámara del nacimiento donde están reunidos esos estudiosos y fijaos en sus rostros. Nada, según parece, de precipitado o de violento en ellos. Más bien quietud de custodia, como

conviene a sus dignidades en esa casa, la vigilante vela de pastores y de ángeles en torno a un pesebre en Belén de Judá hace mucho. Pero así como antes del relámpago las acumuladas nubes tempestuosas, cargadas de rebosante exceso de humedad, túrgidamente distendidas en hinchadas masas, abarcan tierra y cielo en un solo vasto dormitar, suspenso sobre campo reseco y agostada vegetación de matojos y verdura, hasta que en un instante un destello hiende su centro y con el retumbo del trueno el temporal vierte su torrente, así y no de otro modo fue la transformación, violenta e instantánea, al ser pronunciada la Palabra.

¡A Burke! Va en cabeza mi señor Stephen, lanzando el grito, y detrás de él una comitiva y turbamulta de todos ellos, el ganapán, el chimpancé, el gallito, el matasanos, el puntual Bloom pisándoles los talones, con una rebatiña general de monteras, bastones, espadines, jipijapas, tahalíes, alpenstocks de Zermatt y quién sabe qué más. Un dédalo de gallarda juventud, estudiantes, todos ellos nobles. La enfermera Callan, sorprendida en el pasillo, no puede detenerlos, ni el sonriente cirujano, bajando las escaleras con la noticia de la placentación terminada, una libra corrida. Le gritan atención. ¡La puerta! ¿Está abierta? ¡Ah! Salen fuera tumultuosamente, por piernas, a la carrera, todos valientemente a zancadas. Burke, en la esquina de Denzille y Holles, es su meta ulterior. Dixon les sigue imprecándoles pero él también arroja un juramento y adelante. Bloom se queda con la enfermera un instante para enviar una afectuosa palabra a la feliz madre y al recién nacido, allá arriba. Doctor Dieta y Doctor Reposo. ¿No parece otra ahora ya? La historia de las noches en vela está escrita en su palidez desteñida. Habiéndose ido ya todos, con ayuda de un toque de ingenio natural, susurra de cerca al marchar: Señora mía, ¿cuándo vendrá para vos la cigüeña?

El aire, fuera, está impregnado de humedad de rocío de lluvia, celestial esencia de vida, reluciendo sobre la piedra de Dublín, el aire del Padre Universal, al aire chispeante cedible circuncambiante. Aspíralo dentro de ti profundamente. Por los cielos, Theodore Purefoy, ¡habéis cumplido una alta tarea, sin

chanza! Vos sois, a fe mía, el más notable progenitor, sin exceptuar a nadie en esta farragosa y omniincluyente crónica en desorden. ¡Asombroso! En ella yacía una preformada posibilidad, estructurada por Dios, dada por Dios, que tú has fructificado con tu porción de trabajo masculino. ¡Apégate a ella! ¡Sírvela! Sigue esforzándote, labora como un verdadero mulo y que se vayan al demonio sabihondos y malthusianos. Tú eres todos los papaítos de ellos, Theodore. ¿Te encorvas bajo la carga, abrumado por las cuentas del carnicero en el hogar y por los lingotes de oro (¡no vuestros!) en la casa de banca? ¡Alta la cabeza! Por cada nuevo engendrado recogerás tu celemín de trigo maduro. Mira, tu vellón está rociado. ¿Envidias a ese Filemón con su Baucis? Una urraca hipócrita y un chucho legañoso son toda su progenie. Puaf, te digo. Él es un mulo, un gasterópodo muerto, sin fuerza ni tripas, que no vale ni un ochavo partido. ¡Copulación sin población! ¡No, digo yo! La degollación de los inocentes de Herodes sería su nombre más verdadero. ¡Verduras, en verdad, y cohabitación estéril! ¡Dale filetes, rojos, crudos, sangrantes! Ésta es un canoso pandemonium de males, glándulas hinchadas, paperas, anginas, juanetes, fiebre del heno, llagas de la cama, impétigo, riñón flotante, bocio, verrugas, ataques biliosos, cálculos de vesícula, pies fríos, venas varicosas. Tregua a los trenos y a los trigésimos y a las jeremiadas y demás música congénitamente difuntiva. Veinte años de eso, no los eches de menos nunca. Contigo no fue como con muchos que quieren y querrían y esperan y nunca lo hacen. Tú viste tu América, la tarea de tu vida, y cargaste para cubrir como el bisonte traspontino. ¿Cómo habló Zaratustra? *Deine Kuh Trübsal melkest Du. Nun trinkst Du die süsse Milch des Euters.* ¡Mira! Se desborda para ti en abundancia. ¡Bebe, hombre, toda una ubre! Leche de madre, Purefoy, la leche de la especie humana, leche también de esas estrellas que brotan allá arriba, rutilantes en fino vapor de lluvia, leche en ponche, tal como engullirán esos juerguistas en la caverna de empinar el codo, leche de locura, la leche y miel de la tierra de Canaán. El pezón de tu vaca estaba duro, ¿y qué? Sí, pero su leche es caliente y dulce y hace engordar.

No es cerveza aguanosa ésta, sino espesa y sustanciosa leche mantecosa. ¡Por ella, viejo patriarca! ¡Teta! *Per deam Partulam et Pertundam nunc est bibendum!*

Todos allá a armar jaleo, del brazo, aullando por la calle abajo. Viajeros de buena fe. ¿Dónde durm anoch? Timothy el de la cholla cascada. A lo loco. ¿Paraguas viejos o chanclos en la casa? ¿Dónde se han metido el matasanos y el ropavejero? Siento mucho, yo nada saber. ¡Hurra ahí, Dix! Adelante a rienda suelta. ¿Dónde está Punch? Todo sereno. ¡Chico, mira el clérigo borracho saliendo del hostal de maternidad! *Benedicat vos omnipotens Deus, Pater et Filius.* Una perrita, caballero. Los golfos del callejón de Denzille. ¡Al demonio, malditos! Ahuecando. Eso, Isaacs, quítales de en medio a patadas. ¿Viene usté con nosotros, señor? No es hintromisión en la vida privada. Sel muy buen señol. Tós iguales por ay. *En avant, mes enfants!* Pieza número uno, fuego. ¡A Burke! Desde allí avanzaron cinco parasangas. Infantería montada de Slattery, ¿dónde está ese cabrón de chupatintas? ¡Párroco Steve, el credo de los apóstatas! No, no. ¡Mulligan! ¡A popa, vosotros! Empujar adelante. No perder de vista el reloj. Hora de echar a la calle. ¡Mulli! ¿Qué te pasa? *Ma mère m'a mariée.* ¡Bienaventuranzas Británicas! Ratamplan Digidi Bum Bum. Ganan los votos a favor. Para ser impreso y encuadernado en la Druiddrum Press por dos señoras diseñadoras. Encuadernación de becerro verde pis. La última palabra en matices artísticos. El libro más bonito que ha salido en Irlanda en mis tiempos. *Silentium!* ¡Una metida! Tención. Avanzar a la bodega más próxima y requisar allí los depósitos de bebidas alcohólicas. ¡Mar! Porrom porrom porrom, los muchachos (¡el pecho fuera!) se mueren de sed. Bebida, buey, bufetes, Biblias, bulldogs, barcos de guerra, bujarrones, beaterías. Aun en el patíbulo. Bebidabuey pisotea las Biblias. Cuando por Irlanda her. Pisotea a los pisoteadores. ¡Puñeta! Seguir con el jodido paso milingtar. Nos caemos. El bar de bebidas del beato. ¡Alto! Arrimarse allá. Rugby. La *melée.* Sin tocar las patadas. ¡Ay, mis patitas! ¿Se ha hecho daño? ¡Lo siento enormemente!

Pregunta. ¿Quién paga aquí? Orgulloso posesor de todo el jodido mundo. Me declaro en indigencia. En las cuerdas. Yo no moni. Ni una perra la semana pasada. ¿Y tú? Hidromiel de nuestros antepasados para el *Übermensch*. Ídem de lienzo. Cinco Número Uno. ¿Y usted, caballero? Gaseosita. No te mata, el brebaje del cochero. Estimular el calórico. Dar cuerda a su patata. Se paró en seco para nunca volver a andar cuando el viejo. Ajenjo para mí, ¿entiende? *¡Caramba!* Tomar un ponche de huevo o una ostra con huevo. ¿Enemigo? Mi patatómetro está en el Monte. Menos diez. Muchísimas gracias. De nada. ¿trauma pectoral, no, Dix? *Post fact*. Le pigó un abejorro guando se echó a dormir en su gardincito. Vive cerca del Mater. Anda encoñado. ¿Conoces a su doña? Pos claro, faltaría. Bien maciza. Verla en desevillé. Se desnuda que es una gloria. Una hermosa hermosura. Nada de esas flacuchas, ni hablar. Baja la persiana, amor. Dos Ardilauns. Lo mismo aquí. Deprisita. Si te caes no esperes para levantarte. Cinco, siete nueve. ¡Vale! Tiene un buen par de delantera, no es broma. Y qué proa y qué popa. Hay que ver para creer. Tus ojos muertos de hambre y tu cuello enyesado me robaron el corazón, oh tarro de cola. ¿Caballero? ¿Patata contra el reuma? Todo monsergas, perdone que se lo diga. Para los *hoi polloi*. Me paguece que tú seg idiota. ¿Y entonces, doctor? ¿De vuelta de Laponia? ¿Su corporosidad va sagatizando a modo? ¿Cómo andan la gachí y los churumbeles? ¿Una a punto de soltar un chaval? A desembuchar se ha dicho. Santo y seña. Eso sí que es pelo. Lo nuestro es la blanca muerte y el bermejo parto. ¡Hola! Escupe al aire y te cae encima, jefe. Telegrama del payaso. Copiado de Meredith. ¡Jesuficado orquítico polipúcico jesuita! Mi tiíta escribe a papi, Kinch: Ese niño malo Stephen extravía a Malachi, tan buenecito.

¡Hurraaa! Agarra el balón, chaval. Pasa acá el espumante. Aquí, Jack, el valiente de las Highlands, aquí tienes tu aguachirle. Por muchus añus eche humu tu chimenea y hierva tu pucheru. Mi trago. *Merci*. A la nuestra. ¿Qué tal eso? Jodida la entrepierna. No me manches los calzones nuevos. Un

pellizco de pimienta, eh tú. Agárralo. El comino está en camino. A ver si me entiendes. Gritos de silencio. Cada fulano con su fulana. Venus Pandemos. *Les petites femmes.* Moza descarada del pueblo de Mullingar. Dile que yo preguntaba por ella. Agarrando a Sara por la panza. En el camino de Malahide. ¿Quién, yo? Si la que me sedujo me hubiera dejado por lo menos su nombre. ¿Qué quieres por nueve peniques? Machree, Macruiskeen. Molly la cochinilla para la danza del colchón. Y tira allá juntos. *Ex!*

¿Esperando, jefe? Cómo no. Puedes apostar el cuello. Atontado de ver que no cae ni cinco. ¿Ves por dónde va el asunto. Ése tiene pasta a tutiplén. Le vi casi como tres libras hace rato y decía que eran suyas. Aquí nosotros, vinimos porque nos has convidado, ¿eh? Así que a retratarse, macho. Fuera con la mosca. Dos pavos y pico. ¿Que aprendiste el truco de esos timadores franceses? Pues aquí no te vale de nada. Lo siento, guapo. Por aquí no nos chupamos el dedo. Ni que fuéramos idiotas. *Au reservoir, Mosiú. Tanquiú.*

Faltaría más. ¿Qué dice? En la taberna. Con una mona. Yyya lo vveo, shsheñor. Bantam, dos días abstemio. Sin tragar más que clarete. Ni hablar. Échale el ojo, venga. Coño, estoy acojonado. Y hasta se ha ido a pelar. Demasiado lleno para hablar. Con un maricón de ferroviario. ¿Cómo has hecho? ¿Le gustaría la ópera? La Rosa de Castilla. *Rows of cast.* ¡Policía! A ver, un poco de H_2O para un caballero desmayado. Mira las flores de Bantam. Ay mamá, que se pone a chillar. Bella irlandesita, bella muchachita. Venga, ya está bien. Ciérrale con mano firme el sumidero. Tenía el ganador hoy hasta que le di yo el consejo seguro. Que el demonio le corte las orejas a ese Stephen Hand que me encajó ese jamelgo de mierda. Se le vino encima al repartidor de telégrafos con los telegramas de la carrera para el gordo Número Uno del depósito. Le untó la mano y guipó la noticia. Yegua en gran forma, apostar fuerte. Una guinea contra un ochavo. Tu tía. La fetén. ¿Interceptación delictiva? Creo que sí. Seguro que sí. Le meten en chirona como se chive el otro cabrón. La apuesta de Madden maddada a

la miedda. Lujuria, nuestro refugio y fortaleza. Ahuecando. ¿Te tienes que ir? A casita con mamá. ¡Espera! Que alguien oculte mi rubor. Estoy fresco si me echa el ojo. Hogareño, nuestro Bantam. *Orrevuar, mong vieu.* No te olvides de las flores para ella. Faltaría más. ¿Quién te ha dado esa jaquita? Entre amigos. Jannock. De John Thomas, cónyuge. No es coña, el viejo Leo. Por éstas, palabra. Que me caiga muerto si he. Vaya un pedazo de santo fraile. ¿Por qué no me cuentas? Boino, si ese no istá judío grasiento, boino, yo istoy misha mishinnah. Por pisto nuestro señor, amén.

¿Presentas una propuesta? Steve, chico, cómo empinas el codo. ¿Más bebercio de bebestibles? El inmensamente esplendífero invitador ¿permitirá a un invitado de la más extrema pobreza y de la más grandiciosa sed tamaño extra poner término a la costosa libación inaugurada? Permítenos un respiro. Hostelero, hostelero, ¿tenéis buen vino, por vuestra vida? Ea, compadre, venga otro traguito de ná. Corta y vuelve. ¡Bonífico Bonifacio! Ajenjo para todos. *Nos omnes biberimus viridum toxicum diabolus capiat posteriora nostra.* Hora de cerrar, caballeros. ¿Eh? Dar de lo bueno a ese desgraciado de Bloom. Oigo hablar de cebollas. ¿Bloo? ¿Agente de anuncios? El papi de la de las fotos, ¡fenómeno! Habla bajito, amigo. Escurrirse a la francesa. *Bonsoir la compagnie.* Y los lazos del demonio sífilis. ¿Dónde está ese cabrón y el de la ambrosía? ¿Se las piraron? Esquinazo. Esa, cada mochuelo a su olivo. Jaque mate. Rey contra torre. Buenas almas tengan compasión de povre joben cullo amigo se quedó con la yabe del chalé y denle limosna para sitio donde dormir esta noche. Coño, qué mierda llevo. Que me lleven al infierno mish pecadosh shi eshta no esh la peor curda que he agarrado en mi vida. A ver, mozo, dos galletitas para este niño. ¡Ni hablar, qué puñetera mierda! ¿Ni un pedacito de quesito? Al demonio la sífilis y con ella todos los demás espíritus del vino. Hora. Que discurren por el mundo. A la salud de todos. *A la vôtre!*

Joder, ¿qué está tomando aquel tío del *macintosh*? Muerto de hambre. Echa el ojo a sus andrajos. ¡No me digas! ¿Qué come? Cordero de lo mejor.

Bovril, chúpate ésa. Buena falta que le hace. ¿Conoces al de los calcetinitos? ¿Al chiflado harapiento del Richmond? ¡Ya lo creo! Creía tener un depósito de plomo en el pene. Demencia simulada. Corta-Corteza le llamamos. Ése, señor mío, fue en otro tiempo un próspero ciud. Hombre todo roto y andrajoso que se casó con una doncella desamparada. Mordió el anzuelo, y ella también. Aquí ven el amor perdido. Mac-Intosh el Caballero Errante de la Sierra Solitaria. A la cama y arroparse. Hora del horario. Las veintidós, el guardia. ¿Perdón? ¿Le ha visto hoy enterrando a un fiambre? ¿Un compadre tuyo estiró la pata? ¡Mala pata! ¡Pobres chavales! ¡No me digas, Pold! ¿Has llolado glandes laglimones polque a tu amiguito Padney se lo llevalon en una glan bolsa negla? Massa Pat era mu güeno pa pobes neguitos. Nunca se ha visto nadie como él desde que nací. *Tiens, tiens,* pero esto es muy triste, sí, a fe mía, sí que lo es. Ea, quita marcha atrás en pendiente uno por nueve. Los ejes de la máquina están para chatarra. Te apuesto dos contra una a que Jenazty le tumba por el suelo. ¿Los japonesitos? Tirar por elevación, ¡pum! Hundidos por corresponsales de guerra. Peor para él, dice él, ni un ruski. ¡Se va a cerrar! Hay once en total. Retírense. ¡De frente, tambaleantes empinadores! Buenas. Buenas. Que Alá, el Excelente, proteja poderosísimamente vuestra alma esta noche.

¡Atención, por favor! No estamos tan curdas. La policía del Leith nos pone en libertad. La lolicía del Peith. Cuidado señores con el tío que devuelve. Molestias en la región abominable. Yaaaj. Buenas. Mona, mi verdadero amor. Yaaaj. Mona, mi verdadero amor. Uuuc.

¡A ver! Cierren sus ebstrebtitosas. ¡Chac! ¡Chac! Está que arde. Ahí va eso. ¡Bomberos! Virar a babor. Por la calle Mount. Atajo. ¡Chac! Alalí. ¿Tú no vienes? Corramos, al trote, al galope. ¡Chac!

¡Lynch! ¿Eh? A bordo conmigo. Por aquí, calle Denzille. Transbordar ahí para Villaputas. Los dos, dijo ella, buscaremos el burdel donde está Mary la negra. Estupendo, cuando quieras. *Laetabuntur in cubilibus suis.* ¿Vienes para allá? En voz baja, ¿quién es el tiznado del demonio, el cabrón ese de negro? ¡Chisst! Pecó contra la luz y ahora mismo se acerca

el día en que ha de venir a juzgar este mundo por el fuego. ¡Chaac! *Ut implerentur scripturae.* Entonad una balada. Entonces habló Dick estudiante de medicina a su camarada Davy estudiante de medicina. Me cago en diez, ¿quién es ese mierda de predicador amarillento en Merrion Hall? Elías viene, bañado en la sangre del Cordero. ¡Ánimo, vosotros, que no sois más que bebedores de vino, tragadores de ginebra, chupadores del alcohol! ¡Ánimo, vosotros, los echados a perros, los de cuello de toro, los de frente de escarabajo, los de jeta de cerdo, los de sesos de cacahuete, los de ojos de comadreja, nada más que falsas alarmas y exceso de equipaje! ¡Ánimo, vosotros, triple extracto de infamia! Alexander J. Cristo Dowie, que ha catapultado a la gloria más de la mitad de este planeta, desde Frisco Beach hasta Vladivostok. La Divinidad no es una función de perra gorda. Os lo aseguro yo, que el Señor pisa fuerte y es un negocio con un porvenir de primera. Es la cosa más fenomenal que ha habido nunca, metéroslo en la cabeza. Gritad: ¡La salvación en Cristo Rey! Mucho vas a tener que madrugar, pecador que me escuchas, si quieres jugársela a Dios Todopoderoso. ¡Caaaa! Ni hablar. Te tiene guardado en el bolsillo un jarabe para la tos que ya verás lo que es bueno, amigo mío. Pruébalo y ya verás.

(La entrada al barrio de los burdeles, por la calle Mabbot, ante la cual hay una extensión desempedrada de agujas de carriles de tranvías, con esqueletos de vías, fuegos fatuos rojos y verdes señales de peligro. Hileras de casas endebles con puertas entreabiertas. Muy de vez en cuando, faroles con pantallas débilmente irisadas. Alrededor del carrito de helados de Rabiaotti, parado, se pelean hombres y mujeres raquíticos. Llevan agarrados barquillos entre los cuales hay cuñas de nieve color carbón y cobre. Chupando, se dispersan lentamente. Niños. La cresta, en cuello de cisne, del carrito, bien erguida, avanza entre la penumbra, blanca y azul bajo un faro. Unos silbidos llaman y responden.)

LAS LLAMADAS: Espera, amor mío, que voy contigo.

LAS RESPUESTAS: Allá detrás de la cuadra.

(Un idiota sordomudo de ojos saltones, babeante la informe boca, pasa en sacudidas, agitado por el baile de San Vito. Una cadena de manos de niños le aprisiona.)

LOS NIÑOS: ¡Zurdo! Saluda.

EL IDIOTA: *(Levanta un brazo perlético.)* ¡Gr-jaj-ut!

LOS NIÑOS: ¿Dónde está la gran luz?

EL IDIOTA: *(Cloqueando.)* Guag-jag-jest.

(Le sueltan. Se va dando sacudidas. Una pigmea se balancea en una cuerda extendida entre las verjas, contando. Una figura recostada contra una lata de basura y oculta por su brazo y su sombrero, se mueve, gime, gruñe rechinando los dientes y vuelve a roncar. En un escalón, un gnomo que hurga en un mon-

tón de basuras se agacha para echarse al hombro un saco de trapos y huesos. A su lado, una vieja con una humeante lámpara de aceite le encaja de un golpe la última botella en el cuello del saco. Él levanta su botín, se encaja de medio lado la gorra de visera y se aleja cojeando en silencio. La vieja se vuelve a su madriguera balanceando la lámpara. Un niño zambo, encuclillado en el umbral con un volante de papel, gatea tras ella de medio lado, a golpes, se le agarra a la falda, y se incorpora con esfuerzo. Un peón caminero borracho se sujeta con las dos manos a las verjas de una casa, balanceándose pesadamente. En una esquina, dos guardias nocturnos con esclavinas, las manos en los tahalíes de las porras, se yerguen agrandados. Se rompe un plato; chilla una mujer; gime un niño. Los juramentos de un hombre rugen, murmuran, cesan. Hay figuras que yerran, acechan, atisban desde agujeros. En un cuarto alumbrado por una vela metida en el cuello de una botella, una mujer sucia le quita con un peine las costras del pelo a un niño escrofuloso. La voz de Cissy Caffrey, todavía joven, canta, aguda, desde un callejón.)

CISSY CAFFREY:

Se la di a Molly
porque era tan guapa
la pata del pato,
la pata del pato.

(El Soldado Carr y el Soldado Compton, los bastoncitos bien apretados bajo el sobaco, avanzando vacilantes, dan media vuelta y lanzan a la vez por la boca una salva de pedos. Risas de hombres desde el callejón. Una marimacho ronca replica.)

LA MARIMACHO: El mal de ojo sobre ti, culo peludo. ¡Viva la chica de Cavan!

CISSY CAFFREY: Más suerte para mí. Cavan, Cootehill y Belturbet. *(Canta.)*

Se la di a Nelly,
se la meta en la panza
la pata del pato,
la pata del pato.

(El Soldado Carr y el Soldado Compton se dan la vuelta y contrarreplican, las guerreras de vívido rojo sangre bajo el fulgor de un farol, los negros casquetes de las gorras en sus chollas rubio cobrizo. Stephen Dedalus y Lynch pasan a través de la multitud cercana a los casacas rojas.)

SOLDADO COMPTON: *(Agita el dedo.)* ¡Paso al párroco!

SOLDADO CARR: *(Se da la vuelta y llama)* ¡Eh, a ver, párroco!

CISSY CAFRREY: *(Con su voz remontándose más alta.)*

La tiene, la guarda,
donde se la mete
la pata del pato.

(Stephen, blandiendo el bastón de fresno en la mano izquierda, entona con gozo el Introito *del tiempo pascual. Lynch, con su gorra de jockey bien calada por la frente, le acompaña, con una mueca de descontento arrugándole la cara.)*

STEPHEN: *Vidi aquam egredientem de templo a latere dextro. Alleluia.*

(Las garras de una vieja alcahueta salen por una puerta.)

LA ALCAHUETA: *(Susurrando con voz ronca.)* ¡Chsst! Ven aquí que te cuente. Una virginidad en el interior. Chsst.

STEPHEN: *(Altius aliquantulum.) Et omnes ad quos pervenit aqua ista.*

LA ALCAHUETA: *(Escupe tras ellos su chorro de veneno.)* Estudiantes de medicina de Trinity. Trompa de Falopio. Todos polla y ni un penique.

(Edy Boardman, olfateando, acurrucada con Bertha Supple, se echa el chal por la nariz.)

EDY BOARDMAN: *(Peleona.)* Y dice ésa: Te he visto en Faithful Place con tu macho, el ferroviario grasiento, con su sombrero de vamosalacama. No me digas, digo yo. No eres tú quién para decirlo, digo yo. Tú no me has visto nunca en plan con un escocés casado, digo yo. ¡Ésta es una de ésas! Buena víbora está hecha. ¡Terca como una mula! Y anda por ahí con dos tíos a la vez, Kilbride el maquinista y Oliphant el cabo primera.

STEPHEN: *(Triumphaliter.) Salvi facti i sunt.*

(Blande su bastón de fresno haciendo pedazos la imagen del farol, pulverizando la luz sobre el mundo. Un podenco blanco y color hígado, a la busca de presa, se desliza detrás de él, gruñendo. Lynch lo espanta de un puntapié.)

LYNCH: ¿Y ahora qué?

STEPHEN: *(Mira atrás.)* Ahora, el gesto, no la música, no los olores, sería un lenguaje universal, el don de lenguas haciendo visible no el sentido vulgar sino la entelequia primera, el ritmo estructural.

LYNCH: Filoteología pornosófica. ¡Metafísica en la calle Mecklenburg!

STEPHEN: Tenemos un Shakespeare cargado con una furia y un Sócrates dominado por una dominanta. Incluso el sabio de los sabios, el Estagirita, fue enfrenado, embridado y montado por una fulanilla.

LYNCH: ¡Bah!

STEPHEN: De todos modos, ¿quién necesita dos gestos para ilustrar una hogaza y un cántaro? Este movimiento ilustra la hogaza y el cántaro de pan y vino en Omar. Tenme el bastón.

LYNCH: Maldito sea tu jodido bastón. ¿A dónde vas?

STEPHEN: Lúbrico, lince, a ver a *la belle dame sans merci*, Georgina Johnson, *ad deam qui laetificat juventutem meam.*

(Stephen le obliga a coger su bastón de fresno y extiende lentamente las manos, echando atrás la cabeza hasta que las manos están a un palmo del pecho, vueltas hacia abajo en planos intersecantes, los dedos a punto de abrirse, estando la izquierda más alta que la derecha.)

LYNCH: ¿Cuál es el cántaro de pan? Poco importa. Esto o la aduana. Haz la merced de ilustrar. Toma aquí tu muleta y anda.

(Pasan. Tommy Caffrey gatea hasta un farol de gas y, agarrándolo, trepa en espasmos. Desde el último saliente se deja deslizar abajo. Jacky Caffrey se agarra para trepar. El peón caminero se topa con el farol. Los gemelos se escapan en la oscuridad. El peón, balanceándose, aprieta el índice contra una aleta de la nariz y dispara por el otro agujero un largo chorro líquido de moco. Echándose al hombro el

farol. se marcha tambaleándose a través de la multitud con su antorcha llameante.

Serpientes de niebla de río se deslizan lentamente. De sumideros, grietas, pozos negros, montones de basura, se elevan por todas partes humos perezosos. Un fulgor relampaguea al sur más allá de la desembocadura del río. El peón, avanzando tambaleante, hiende la multitud y va tropezando hacia las agujas de los carriles. En el lado de allá, bajo el puente del ferrocarril, aparece Bloom, sofocado, jadeante, encajándose pan y chocolate en un bolsillo de la chaqueta. Desde el escaparate de la peluquería de Gillen, un retrato compuesto le muestra la imagen del valiente Nelson. Un espejo cóncavo al lado le presenta al perdido de amor largamente extraviado lugubru Booloohoom. El grave Gladstone le mira a los ojos, Bloom como tal Bloom. Éste pasa adelante, impresionado por la mirada fija del truculento Wellington, pero en el espejo convexo sonríen relajados los ojos bonachones y las gruesas chuletas de las mejillas de Oléoléopoldo triste rescoldo.

A la puerta de Antonio Rabaiotti, Bloom se detiene, sudado bajo los brillantes arcos voltaicos. Desaparece. Un momento después reaparece y avanza apresurado.)

BLOOM: Pescado frito con patatas. Nada bueno. ¡Ah!

(Desaparece en la charcutería de Olhousen, bajo el cierre metálico que desciende. Un momento después sale por debajo del cierre, soplante Poldy, bufante Bloom. En cada mano lleva un paquete, uno conteniendo un pie de cerdo tibio, el otro una pata de carnero fría, espolvoreados ambos de pimienta en grano. Jadea, quedándose erguido. Luego, inclinándose a un lado, se aprieta un paquete contra una costilla y gime.)

BLOOM: Punzada en el costado. ¿Por qué corrí?

(Recobra aliento con cuidado y avanza con sus luces. El fulgor vuelve a relampaguear.)

BLOOM: ¿Eso qué es? ¿Un faro de destellos? Un proyector.

(Se queda en la esquina de Cormack, observando.)

BLOOM: ¿Aurora boreal o alto horno? Ah, los bomberos, claro. En el lado sur, de todos modos. Gran fulgor. Podría ser la casa de él. La guarida del

lobo. Estamos seguros. *(Canturrea animadamente.)* ¡Londres se quema, Londres se quema! ¡Al fuego, al fuego! *(Observa al peón que avanza tropezando por entre la gente al otro lado de la calle Talbot.)* No le voy a encontrar. Corre. De prisa. Mejor cruzar aquí. *(Cruza disparado la calle. Unos golfillos gritan.)*

LOS GOLFILLOS: ¡Cuidado, señor! *(Dos ciclistas, con farolillos de papel encendidos colgando, se deslizan a su lado rozándole, con los timbres repicando.)*

LOS TIMBRES: Altoaltoaltoahí.

BLOOM: *(Se detiene, erguido, invadido por un espasmo.)* Ay.

(Mira alrededor, de repente sale disparado. A través de la niebla que se levanta, un monstruo de tranvía de obras, echando arena, en cauto avance, se desliza pesadamente hacia él, guiñando su enorme faro rojo y con el trole siseando en el cable. El conductor hace resonar su campanilla de pie.)

LA CAMPANILLA: Bam Bam Bla Bac Blad Bog Bloo.

(El freno cruje violentamente. Bloom, levantando una mano de guardia enguantada de blanco, se aparta torpemente de la vía con piernas rígidas. El conductor, tirando adelante, con la nariz arrugada sobre el volante, le aúlla al pasar, sobre cadenas y engranajes.)

EL CONDUCTOR: ¡Eh, calzones de mierda!, ¿a qué estás jugando ahí?

BLOOM: *(Bloom da un volatín hasta la acera y se vuelve a detener. Se sacude de la mejilla una mota de barro con una mano con paquete.)* Se prohíbe el paso. Me afeitó casi, pero me curó la punzada. Tengo que volver a hacer la gimnasia de Sandow. Abajo, sobre las manos. Y asegurarme contra accidentes en la calle, también. En la Providential. *(Se toca el bolsillo del pantalón.)* La panacea de la pobre mamá. El tacón se encaja fácilmente en la vía o el cordón del zapato en una rueda. El día que la rueda del coche de la policía me desolló el zapato en la esquina de Leonard. A la tercera va la vencida. El truco del zapato. Conductor insolente. Debería denunciarle. La tensión les pone nerviosos. Podría ser el tío que esta

mañana me fastidió con aquella especie de amazona. El mismo estilo de belleza. Rápido ha estado él, de todos modos. El andar rígido. Palabras verdaderas dichas en broma. Aquel terrible espasmo en Lad Lane. Algo venenoso que comí. Señal de buena suerte. ¿Por qué? Probablemente ganado perdido. La marca de la Bestia. *(Cierra los ojos un momento.)* Un poco ligero de cabeza. Lo de todos los meses o efecto de lo otro. Cefalonebulalgia. Esta sensación de fatiga. Demasiado para mí ya. ¡Ay!

(Una figura siniestra con las piernas cruzadas se apoya en la pared de O'Beirne, un rostro desconocido, inyectado de óscuro mercurio. Por debajo de un sombrero de ala ancha, la figura le observa lanzándole el mal de ojo.)

BLOOM: Buenas noches, señorita Blanca, ¿qué calle es ésta?

LA FIGURA: *(Impasible, levanta un brazo como señal.)* Santo y seña. *Sraid Mabbot.*

BLOOM: Ah, vaya. *Merci.* Esperanto. *Slan leath. (Musita.)* Un espía de la liga gaélica, enviado por aquel tragafuego.

(Da un paso adelante. Un trapero, saco al hombro, le cierra el camino. Él se echa a la izquierda; el trapero del saco, a la izquierda.)

BLOOM: Permiso.

(Se desvía, se escurre, se esquiva, se escapa por un lado y sigue adelante.)

BLOOM: Llevar la derecha, la derecha, la derecha. Si hay un letrero indicador puesto por el Touring Club en Échateaunlado, ¿quién ha procurado ese beneficio público? Yo, que perdí el camino y colaboré en las columnas de *El Ciclista Irlandés* con la carta titulada *En las tinieblas de Échateaunlado.* Llevar la derecha, llevar, llevar la derecha. Trapos y huesos, a media noche. Un revendedor de cosas robadas, más probablemente. El primer sitio a donde van los asesinos. A lavar sus pecados del mundo.

(Jacky Caffrey, perseguido por Tommy Caffrey, corre a chocar de frente con Bloom.)

BLOOM: ¡Oh!

(Desconcertado, se detiene, con los muslos tem-

blorosos. Tommy y Jacky se desvanecen por acá y por allá. Bloom, con los paquetes en las manos, se palpa reloj, bolsillo del chaleco, bolsillo del libro, bolsillo de la cartera, Dulzuras del Pecado, patata, jabón.)

BLOOM: Cuidado con los rateros. El viejo truco de esos señores. Chocar. Entonces extraer la cartera. *(El sabueso se acerca olfateando, la nariz en el suelo. Una figura echada por el suelo estornuda. Una encorvada figura con barba aparece envuelta en el largo caftán de un anciano de Sión y con un casquete de andar por casa con borlas magenta. Unas gafas de concha le cuelgan hasta las aletas de la nariz. En la tensa cara hay amarillas vetas de veneno.)*

RUDOLPH: Segunda media corona dinero desperdiciado hoy. Te dije no ir nunca con *goy* borracho. Eso. No coges dinero.

BLOOM: *(Esconde la pata de cerdo y la de carnero detrás de la espalda y, alicaído, palpa la carne tibia y fría.) Ja, ich weiss, papachi.*

RUDOLPH: ¿Qué haces ahí en ese sitio? ¿No tienes alma? *(Con débiles garras de buitre palpa la cara silenciosa de Bloom.)* ¿No eres tú mi hijo Leopold, el nieto de Leopold? ¿No eres mi querido hijo Leopold que dejó la casa de su padre y dejó al Dios de sus padres Abraham y Jacob?

BLOOM: *(Con precaución.)* Creo que sí, padre. Mosenthal. Esto es todo lo que queda de él.

RUDOLPH: *(Severamente.)* Una noche te traen a casa borracho como perro después de gastar tu buen dinero. ¿Cómo se llaman esos que corren?

BLOOM: *(En el elegante traje azul Oxford de sus años jóvenes, con trencillas blancas en el chaleco, hombreras estrechas, sombrero tirolés marrón, llevando un reloj Waterbury de caballero, plata de ley, sin llave y con doble cadena Albert con sello colgante, un lado de su persona cubierto de fango endurecido.)* Corredores de cross, padre. Sólo esa vez.

RUDOLPH: ¡Sólo esa vez! Fango de pies a cabeza. Cortada la mano abierta. Tétanos. Te dejan *kaput*, Leopoldleben. Cuidado con ésos.

BLOOM: *(Débilmente.)* Me desafiaron a una carrera. Estaba fangoso. Resbalé.

RUDOLPH: *(Con desprecio) Goim nachez.* ¡Bonito espectáculo para tu pobre madre!

BLOOM: ¡Mamá!

ELLEN BLOOM: *(Con la cofia de cintitas de una dama de pantomima, miriñaque y polisón, blusa a lo viuda Twankey, con mangas de jamón abotonadas por atrás, mitones grises y broche de camafeo, el pelo trenzado en una redecilla, se asoma sobre la baranda de la escalera, una vela torcida en la mano, y grita agudamente con alarma.)* ¡Oh Redentor bendito, qué le han hecho! ¡Mis sales de olor! *(Se levanta el borde de la falda y hurga con ansia en el bolsillito de su enagua cruda a rayas. Caen un frasquito, un Agnus Dei, una patata arrugada y una muñeca de celuloide.)* Sagrado Corazón de María, pero ¿dónde has estado, dónde?

(Bloom, musitando, con los ojos bajos, empieza a distribuir sus paquetes en los bolsillos ya llenos, pero desiste, murmurando.)

UNA VOZ: *(Agudamente.)* ¡Poldy!

BLOOM: ¿Quién? *(Se agacha y esquiva torpemente un golpe.)* A sus órdenes.

(Levanta los ojos. Al lado de un espejismo de palmeras datileras, está delante de él una bella mujer en traje turco. Opulentas curvas llenan sus pantalones escarlata y su chaquetilla con lamé *de oro. Una ancha faja amarilla la ciñe. Un* yashmak *blanco, violeta en la noche, le cubre el rostro, dejando al descubierto sólo sus grandes ojos oscuros y su pelo corvino.)*

BLOOM: ¡Molly!

MARION: ¿Qué hay? A partir de ahora, buen hombre, será Mrs. Marion cuando me hables. *(Satíricamente.)* ¿Tiene los pies fríos el pobre maridito de esperar tanto tiempo?

BLOOM: *(Cambiándose de un pie a otro.)* No, no. Ni pizca.

(Respira con profunda agitación, tragando sorbos de aire, preguntas, esperanzas, pies de cerdo para la cena de ella, cosas que contarle, excusas, deseo, hechizo. En la frente de ella resplandece una moneda. Lleva ajorcas enjoyadas en los pies. Sus tobillos están unidos por una leve cadenilla. A su lado, un camello, encapuchado con un turbante en torre, aguarda. Una escala de seda de innumerables pelda-

ños trepa hasta su balanceante baldaquino. Patalea en torno con irritadas ancas. Ella, furiosamente, le golpea en un anca, con sus brazaletes de freno de oro tintirriñendo, regañándole en morisco.)

MARION: ¡Nebrakada! Feminimum.

(El camello, levantando una pata delantera, arranca de un árbol un gran mango, se lo ofrece a su dueña guiñando el ojo, con su pezuña hendida, luego deja caer la cabeza y, gruñendo, con el cuello erguido, se arrodilla a tientas. Bloom agacha la espalda como jugando a pídola.)

BLOOM: Le puedo dar... quiero decir como empresario suyo... Mrs. Marion... si usted...

MARION: ¿Así que notas algún cambio? *(Se pasa las manos suavemente sobre su vientre enjoyado. Una lenta burla amistosa en los ojos.)* Ah Poldy, Poldy, eres una vieja calamidad. Vete a ver la vida. Mira el ancho mundo.

BLOOM: Precisamente iba a volver por esa loción de cera blanca y agua de azahar. La tienda cierra temprano los jueves. Pero por la mañana, antes que nada. *(Se palpa en diferentes bolsillos.)* Este riñón móvil. ¡Ah!

(Señala al sur, luego al este. Surge una pastilla de jabón al limón, nuevo y limpio, difundiendo luz y perfume.)

EL JABÓN:

Bloom y yo somos una pareja de altos vuelos:
él da esplendor al mundo y yo limpio los cielos.

(Aparece la cara pecosa de Sweny, el farmacéutico, en el disco del sol-jabón.)

SWENY: Tres y un penique, por favor.

BLOOM: Sí. Para mi mujer, Mrs. Marion. Receta especial.

MARION: *(Suavemente.)* ¡Poldy!

BLOOM: ¿Qué, señora?

MARION: *Mi trema un poco il cuore?*

(Con desdén se aleja contoneándose, pechugona pichona mimada paloma cebada, canturreando el dúo de Don Giovanni.*)*

BLOOM: ¿Estás segura sobre ese *Voglio*? Quiero decir la pronuncia...

(La sigue, seguido por el terrier olfateante. La vieja alcahueta le agarra de la manga, con las cerdas de su verruga en la barbilla reluciendo.)

LA ALCAHUETA: Diez chelines la virginidad. Bien fresca, nadie la ha tocado. Quince años. No hay nadie dentro, sólo su viejo padre que está borracho como una cuba.

(Señala con el dedo. En la apertura de su cueva está, de pie, Bridie Kelly, furtiva, empapada de lluvia.)

BRIDIE: Calle Hatch. ¿Qué quieres?

(Con un chillido, sacude su chal de murciélago corriendo. Un corpulento bruto la persigue dando zancadas con sus botas; tropieza en los escalones, se incorpora, se sumerge en la sombra. Se oyen débiles chillidos de risa, más débiles.)

LA ALCAHUETA: *(Con sus ojos de loba brillando.)* Se está dando el gusto. No se encuentra una virgen en las casas autorizadas. Diez chelines. No te entretengas toda la noche no sea que nos vean los de la secreta. El sesenta y siete es un cabrón.

(Con un gesto de seducción, avanza cojeando Gerty MacDowell. Echando miradas tiernas, saca de detrás y enseña tímidamente su ropa interior ensangrentada.)

GERTY: Con todos mis bienes en este mundo yo para ti y tú... *(Murmura.)* Lo hiciste tú. Te odio.

BLOOM: ¿Yo? ¿Cuándo? Usted sueña. Yo nunca la he visto.

LA ALCAHUETA: Deja en paz al caballero, enredona. Escribiendo al caballero cartas falsas. Andas por las calles buscando clientes. Más valdría que tu madre te atara a la pata de la cama y te diera con la correa, bribona que no eres otra cosa.

GERTY: *(A Bloom.)* Cuando viste todos los secretos de mi cajoncito del fondo. *(Le acaricia la manga lloriqueando.)* ¡Casado asqueroso! Te quiero por lo que me has hecho.

(Se escapa deslizándose de medio lado. La señora Breen, en un grueso gabán de hombre con amplios bolsillos de fuelle, está quieta en medio de la calzada, los ojos pícaros bien abiertos, sonriendo con todos sus herbívoros dientes de cabra.)

SEÑORA BREEN: Señor...

BLOOM: *(Tose gravemente.)* Señora, la última vez que tuvimos el gusto por la nuestra fecha de dieciséis de los corrientes...

SEÑORA BREEN: ¡Señor Bloom! ¡Usted por aquí, en los antros de perdición! ¡En buena le he pillado! ¡Sinvergüenza!

BLOOM: *(Apresuradamente.)* No me llame tan alto por mi nombre. ¿Qué se imagina usted de mí? No me descubra. Las paredes oyen. ¿Cómo está usted? Hace siglos que no. Tiene usted muy buen aspecto. De veras. Hace un tiempo muy razonable para esta época del año. El negro refracta el calor. Un atajo a casa por aquí. Un barrio interesante. Rehabilitación de la mujer caída, Asilo Magdalen. Yo soy el secretario...

SEÑORA BREEN: *(Levantando un dedo.)* ¡No me venga ahora con cuentos! Conozco a alguien a quien no le gustará esto. ¡Ah, espere a que vea yo a Molly! *(Maliciosamente.)* Deme explicaciones en persona ahora mismo o si no, ¡ay de usted!

BLOOM: *(Mira atrás.)* Dijo muchas veces que a ella le gustaría visitarlos. Los barrios de mala fama. Lo exótico, ya comprende. Criados negros de librea también si tuviera dinero. Othello, negro brutal. Eugene Stratton. Hasta el que toca las castañuelas y el compadre, de los cantantes negros Livermore. Los hermanos Bohee. El deshollinador, si a eso vamos.

(Tom y Sam Bohee, cantantes de color con trajes de tela de marinero blanca, calcetines escarlata, cuellos altos a lo Sambo muy almidonados y grandes ásteres escarlata en el ojal. Los dos llevan banjos colgando. Sus manos negroides, más pálidas, rasguean las tintineantes cuerdas. Haciendo brillar blancos ojos cafres y colmillos, se lanzan a zapatear una jiga con torpes zuecos, rasgueando, cantando, espalda con espalda, punta y talón, talón y punta, con negroides labios gruesograsochasqueantes.)

Hay alguno en casa con Dina,
hay alguno en casa, lo sé,
hay alguno en casa con Dina
tocándole el banjo, olé.

(Se arrancan las máscaras negras de sus caras regordetas y patatosas; luego, risoteando, cloqueando, tamborileando, tintineando, se alejan bailando tiquitán tiquitán el cakewalk.)

BLOOM: *(Con sonrisa tiernamente agria.)* ¿Un poquitín de frivolidad, vamos allá, si se siente de humor? ¿A lo mejor le gustaría que la abrazaran nada más que una fracción de segundo?

SEÑORA BREEN: *(Chilla gozosamente.)* ¡Qué insolencia! ¡Debería mirarse a la cara!

BLOOM: Por mor del viejo amor. Quería decir yo simplemente una partida a cuatro bandas, un matrimonio mixto intermezclando nuestras conyugalidades. Ya sabe que siempre he tenido debilidad por usted. *(Sombríamente.)* Soy yo quien le mandé aquella carta de San Valentín con lo de querida gacela.

SEÑORA BREEN: Santo Dios, ¡qué espectáculo! Sencillamente matador. *(Extiende la mano inquisitivamente.)* ¿Qué tiene escondido detrás de la espalda? Dígamelo, sea bueno.

BLOOM: *(Le agarra la muñeca con su mano libre.)* Josie Powell la de otros tiempos, la chica más guapa de Dublín. ¡Cómo vuela el tiempo! ¿Se acuerda, volviendo atrás en reorganización retrospectiva, aquella Nochebuena en la inauguración de la casa de Georgina Simpson, cuando jugaban al juego de Irving Bishop, lo de encontrar el alfiler con los ojos vendados y leer el pensamiento? Problema: ¿qué hay en esta tabaquera?

SEÑORA BREEN: Usted fue el héroe de la fiesta con su recitado serio-cómico; el papel le iba muy bien. Siempre fue usted el favorito de las damas.

BLOOM: *(Caballero de las damas, de smoking, con solapas de seda, distintivo masónico azul en el ojal, corbata negra de lazo, gemelos de madreperla, una copa prismática de champán inclinada en la mano.)* Señoras y caballeros, brindo por Irlanda, por el hogar y por la belleza.

SEÑORA BREEN: Esos días queridos han muerto y no volverán. La vieja y dulce canción de amor.

BLOOM: *(Bajando la voz sugestivamente.)* Confieso

que estoy hirviendo de curiosidad por saber si cierta cosa de cierta persona está hirviendo un poquito en este momento.

SEÑORA BREEN: *(Expansiva.)* ¡Terriblemente hirviendo! Londres hierve y yo estoy toda hirviendo, sencillamente. *(Se restriega el costado contra él.)* Después de las adivinanzas de salón y los triquitraques del árbol nos sentamos en la otomana de la escalera. Bajo el muérdago. Dos es la mejor compañía.

BLOOM: *(Lleva un sombrero violeta a lo Napoleón con una media luna ámbar: le pasa a ella lentamente los dedos por la palma de la mano, que ella le entrega suavemente.)* La hora embrujadora de la noche. Saqué la astilla de esta mano, con cuidado, despacio. *(Tiernamente, mientras le desliza en el dedo un anillo de rubí.) Là ci darem la mano.*

SEÑORA BREEN: *(Con traje de noche de una sola pieza, realizado en azul clarodeluna, una diadema de sílfide, de oropel, en la frente, con su carnet de baile caído junto a la chinela de raso azul clarodeluna, curva suavemente la palma de la mano, respirando de prisa.) Voglio e non.* ¡Estás acalorado! ¡Estás abrasando! La mano izquierda es la más cercana al corazón.

BLOOM: Cuando elegiste al que hoy tienes dijeron que era la Bella y la Bestia. Eso no te lo puedo perdonar. *(Apretando el puño junto a la frente.)* Piensa lo que eso quiere decir. Todo lo que significaste entonces para mí. *(Roncamente.)* ¡Mujer, esto me destroza!

(Dennis Breen, con sombrero de copa blanco, como hombre-sandwich anunciador de Hely's, pasa por delante de ellos arrastrando sus pantuflas de lona, con su barba mortecina hacia delante, masculando a derecha e izquierda. El pequeño Alf Bergan, envuelto en el manto del as de piques, le acosa a derecha e izquierda, doblado de risa.)

ALF BERGAN: *(Señalando burlón a los carteles del hombre-sandwich.)* V. E.: Ve.

SEÑORA BREEN: *(A Bloom.)* Retozos por todo lo alto debajo de las escaleras. *(Le guiña el ojo.)* ¿Por

qué no me besaste el sitio para que se curara? Tenía ganas.

BLOOM: *(Horrorizado.)* ¡La mejor amiga de Molly! ¿Cómo podías?

SEÑORA BREEN: *(Con la pulposa lengua entre los labios, ofrece un beso de paloma.)* Hn-hn. La solución: Limón. ¿Tienes un regalito para mí ahí?

BLOOM: *(Al desgaire.)* Kosher. Un tentempié para cena. El hogar sin carne en conserva está incompleto. Estuve en *Leah.* Mrs. Bandman Palmer. Incisiva intérprete de Shakespeare. Por desgracia tiré el programa. Por allí hay un sitio fenomenal para los pies de cerdo. Toca.

(Richie Goulding, con tres sombreros de señora prendidos en la cabeza, aparece echado a un lado por el peso de la bolsa negra de los documentos del bufete Collis y Ward, que lleva pintada una calavera y unos huesos con enjalbegado blanco. La abre y enseña que está llena de salchichas, arenques ahumados, eglefinos Findon y píldoras bien empaquetadas.)

RICHIE: Por su precio, lo más arreglado de Dublín.

(El calvo Pat, fastidiado escarabajo, está parado en el bordillo, doblando la servilleta, para servir a servidores.)

PAT: *(Avanzando con un plato ladeado del que se sale salsa de carne.)* Filete y riñones. Botella de cerveza. Ji ji ji. Sirviendo un servidor.

RICHIE: Válgame Dios. Enmivi dahabíaco mido...

(Con la cabeza baja, avanza obstinadamente. El peón caminero, tambaleándose a su lado, le cornea con su horca llameante.)

RICHIE: *(Con un grito de dolor, la mano en la espalda.)* ¡Ay! ¡El mal de Bright! ¡El mal renal!

BLOOM: *(Señalando al peón.)* Un espía. No llame la atención. Me fastidian las multitudes estúpidas. No me siento inclinado al placer. Estoy en un estado de ánimo serio.

SEÑORA BREEN: Como de costumbre, las hipocresías y los enredos de tus cuentos chinos.

BLOOM: Quiero contarte un secretito de cómo he venido a parar aquí. Pero no lo tienes que contar nunca. Ni a Molly. Tengo una razón muy especial.

SEÑORA BREEN: *(Toda excitada.)* Por nada del mundo.

BLOOM: Vamos a andar un poco. ¿Te parece bien?

SEÑORA BREEN: Vamos.

(La alcahueta hace una señal no atendida. Bloom echa a andar con la señora Breen. Les sigue el terrier, gañendo lastimeramente y moviendo la cola.)

LA ALCAHUETA: ¡Entrañas de judío!

BLOOM: *(Con un traje sport color avena, una ramita de madreselva en el ojal, camisa cruda a la última, corbata escocesa con el plaid en cruz de San Andrés, botines blancos, trinchera flava al brazo, zapatos de golf rojo oscuro, gemelos en bandolera y un sombrero hongo gris.)* ¿Recuerdas hace mucho mucho tiempo, hace años y años, precisamente después de destetar a Milly, a Marionette como la llamábamos, cuando fuimos todos juntos a las carreras de Fairyhouse, verdad?

SEÑORA BREEN: *(En elegante traje sastre azul verdoso, sombrero blanco de terciopelo y velo de tul ilusión.)* A Leopardstown.

BLOOM: Eso quiere decir, a Leopardstown. Y Molly ganó siete chelines con un caballo de tres años llamado Nocontarlonunca y al volver a casa por Foxrock en aquel viejo cochecillo desvencijado de cinco asientos entonces tú estabas en tu época más florida y llevabas ese sombrero nuevo de terciopelo blanco con guarnición de topo que te aconsejó comprar la señora Hayes porque estaba rebajado a diecinueve con once, un poco de alambre y un trapo viejo de pana, y te apuesto lo que quieras a que lo hizo aposta...

SEÑORA BREEN: ¡Sí que lo hizo, claro, esa gata! ¡No me lo digas! ¡Buenos consejos!

BLOOM: Porque no te sentaba ni la cuarta parte de bien que aquel otro gorrito de toca con un ala de ave del paraíso encima con que te admiraba tanto yo y de veras que estabas arrebatadora con él aunque era una lástima matarlo, tú cruel criatura, aquel pobre animalito con un corazón como un punto.

SEÑORA BREEN: *(Le aprieta el brazo, sonriendo fijamente.)* ¡Qué mala y cruel era yo!

BLOOM: *(En voz baja, en secreto, cada vez más rápidamente.)* Y Molly iba comiendo un bocadillo que sacó del cesto del almuerzo de la señora Joe Gallaher, de carne con especias. Francamente, aunque tenía sus asesores o admiradores, nunca me importó mucho su estilo. Era...

SEÑORA BREEN: Demasiado...

BLOOM: Sí. Y Molly se reía porque Rogers y Maggot O'Reilly imitaban el gallo al pasar delante de una granja y Marcus Tertius Moses, el comerciante de té, nos adelantó en un cochecito con su hija, Dancer Moses se llamaba, y el perrito de lanas que llevaba en el regazo se alborotó y me preguntaste si había oído decir o había leído o si sabía o si me había encontrado...

SEÑORA BREEN: *(Ansiosamente.)* Sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí.

(Se desvanece de junto a él. Seguido por el perro que gañe, él avanza hacia las puertas del infierno. Bajo un pórtico, una mujer de pie, inclinada hacia delante, con los pies separados, orina como una vaca. Delante de una taberna cerrada, un grupo de vagos escuchan una historia que les cuenta roncamente, con áspero humor, su contramaestre, de jeta aplastada. Dos de ellos, sin brazos, luchan, se pelean, en mutilada lucha juguetona de muñones.)

EL CONTRAMAESTRE: *(Acurrucado, con la voz retorcida en la jeta.)* Y cuando Carins bajó del andamiaje en la calle Beaver, en dónde se lo fue a hacer sino en el cubo de cerveza que estaba ahí en medio de las virutas para los blanqueadores de Derwan.

LOS VAGOS: *(Risotada con paladares hendidos.)* ¡Su padre!

(Se agitan sus sombreros salpicados de pintura. Manchados de cola y cal de sus alojamientos, dan saltitos mutilados a su alrededor.)

BLOOM: Coincidencia también. Se creen que es gracioso. Cualquier cosa menos eso. En pleno día. Tratando de caminar. Menos mal que no hay mujeres por ahí.

LOS VAGOS: Coño, ésa sí que es buena. Sales purgantes. Coño, en la cerveza de los obreros.

(Pasa Bloom. Putas baratas, solas, en parejas, con chales, desgreñadas, llaman desde bocacalles, puertas, esquinas.)

LAS PUTAS:

¿Vas muy lejos, muchachito?
¿Qué tal tu pierna de en medio?
¿Tendrías una cerilla?
Ven acá y te la restriego.

(Se abre paso a través de su ciénaga hacia la calle iluminada, más allá. Desde un abultamiento de cortinas de ventana, un gramófono levanta su trompa metálica abollada. En la sombra, la patrona de una taberna sin licencia regatea con el peón caminero y los dos casacas rojas.)

EL PEÓN: *(Eructando.)* ¿Dónde está la jodida taberna?

LA PATRONA: En la calle Purdon. A chelín la botella de cerveza. Una mujer respetable.

EL PEÓN: *(Agarrando a los dos casacas rojas, avanza tambaleándose con ellos.)* ¡Adelante, ejército británico!

SOLDADO CARR: *(A sus espaldas.)* Le falta un tornillo.

SOLDADO COMPTON: *(Riendo.)* ¡Y que lo digas!

SOLDADO CARR: *(Al peón.)* En la cantina del cuartel de Portobello. Preguntas por Carr. Carr y basta.

EL PEÓN: *(Grita.)*

Somos los muchachos. De Wexford.

SOLDADO COMPTON: ¡Oye! ¿Qué te parece el sargento mayor?

SOLDADO CARR: ¿Bennett? Es compadre mío. Quiero mucho al viejo Bennett.

EL PEÓN: *(Grita.)*

La pesada cadena
y liberar a nuestra patria.

(Avanza tambaleándose, arrastrándoles con él. Bloom se detiene, sin saber qué hacer. Se acerca el perro, con la lengua colgando, jadeante.)

BLOOM: Esto es la caza del pato salvaje. Lugares de perdición. Dios sabe dónde se han metido. Los borrachos cubren la distancia al doble de velocidad. Bonita mescolanza. La escena en Westland

Row. Luego saltar a primera clase con billete de tercera. Además demasiado lejos. El tren con la máquina detrás. Podía haberme llevado a Malahide o a un desvío para toda la noche o a un choque. El repetir la bebida es lo malo. Una vez es la buena dosis. ¿Para qué le sigo? Sin embargo, es el mejor de esa pandilla. Si no hubiera oído hablar de la señora Beaufoy Purefoy no habría ido y no me habría encontrado con. Kismet. Perderá ese dinero. Aquí es la oficina de descarga. Buen trabajo para revendedores y organilleros. ¿Qué os falta? Como se viene, así se va. Podría haber perdido la vida también con ese hombretimbreruedavíatrolefaromastodonte si no es por mi presencia de ánimo. Pero no siempre le puede salvar a uno. Si hubiera pasado por delante de la ventana de Truelock aquel día me habrían pegado un tiro. Ausencia de cuerpo. Sin embargo, si la bala sólo me hubiera agujereado la chaqueta indemnización por el shock nervioso, quinientas libras. ¿Quién era ése? Un presumido del club de la calle Kildare. Dios salve a su guarda de caza.

(Mira hacia delante leyendo en la pared un letrero garrapateado con tiza Sueño Mojado *y un dibujo fálico.)*

¡Qué raro! Molly dibujando en el cristal empañado del compartimiento en Kingstown. ¿A qué se parece esto? *(Muñecas pintarrajeadas se balancean en los umbrales iluminados, en los huecos de las ventanas, fumando cigarrillos Birdseye. El olor de la hierba dulzona flota hacia él en lentas guirnaldas lentas y redondas.)*

LAS GUIRNALDAS: Dulces son los dulces. Dulzuras del pecado.

BLOOM: Tengo el espinazo un poco dolorido. ¿Sigo o vuelvo? ¿Y estas cosas de comer? Comerlo y ponerme todo pringado. Qué absurdo soy. Desperdicio de dinero. Un chelín y ocho peniques de más. *(El sabueso le roza contra la mano su frío hocico baboso, agitando la cola.)* Qué extraño cómo les da por mí. Hasta ese bruto de hoy. Mejor hablarle primero. Como a las mujeres, les gustan los *rencontres.* Apesta como una mofeta. *Chacun son goût.* Podría estar rabioso. Leal. Inseguro en sus

movimientos. ¡Buen chico! ¡Garryowen! *(El perro lobo se tiende sobre el lomo, retorciéndose obscenamente con zarpas pedigüeñas, colgándole la lengua negra.)* Influencia de su ambiente. Darle y acabar con esto. Con tal que nadie. *(Con palabras de estímulo se echa atrás con paso de cazador furtivo, acosado por el setter a un oscuro rincón hediondo. Desenvuelve un paquete y va a dejar caer el pie de cerdo suavemente pero lo retiene y palpa el de cordero.)* Buen tamaño, por tres peniques. Pero lo tengo en la mano izquierda. Requiere más esfuerzo. ¿Por qué? Más pequeña por falta de uso. Bueno, dejémoslo caer. Dos chelines con seis.

(De mala gana, deja resbalar las patas de cerdo y de cordero, desenvueltas. El mastín ataca torpemente el paquete y devora con gruñidora avidez, haciendo crujir los huesos. Dos guardias con esclavinas se acercan, silenciosos, vigilantes. Murmuran juntos.)

LOS GUARDIAS: Bloom. Para Bloom. Bloom.

(Ambos ponen una mano en el hombro a Bloom.)

GUARDIA PRIMERO: Sorprendido in fraganti. Prohibido tirar desperdicios.

BLOOM: *(Tartamudea.)* Estoy haciendo el bien a los demás.

(Una bandada de gaviotas y de petreles de tormenta se levanta del fango del Liffey, hambrienta, llevando pasteles de Banbury en el pico.)

LAS GAVIOTAS: Quié quió caqueque Cacuqui.

BLOOM: El amigo del hombre. Amaestrado por las buenas.

(Señala con el dedo. Bob Doran, dejándose caer desde un taburete alto de bar, se tambalea sobre el perro de aguas que masca.)

BOB DORAN: Perrito. Dame la patita. Da esa pata.

(El bulldog gruñe, con los pelos del cuello erizados, y con una coyuntura de la pata de cerdo entre las muelas por donde gotea una salivaespuma de rabia. Bob Doran cae silenciosamente en la parte baja delante de un semisótano.)

GUARDIA SEGUNDO: Protectores de animales.

BLOOM: *(Entusiasmado.)* ¡Un noble trabajo! Regañé a aquel conductor de tranvía en el puente de Harold's Cross por maltratar al pobre caballo con

la llaga debajo de las guarniciones. Buenos insultos recibí por mi trabajo. Claro que estaba helando y era el último tranvía. Todas esas historias de la vida del circo son altamente desmoralizadoras.

(El Signor Maffei, pálido de furor, en traje de domador de leones con botonadura de diamantes en la pechera, se adelanta llevando en la mano un aro de papel de circo, un ondulante látigo de cochero y un revólver con el que apunta al mastín, que se hincha de comer.)

SIGNOR MAFFEI: *(Con una sonrisa siniestra.)* Señoras y caballeros, mi galgo amaestrado. Fui yo quien domé a Ayax, el indomable potro, con mi silla de montar patentada, con puntas, para carnívoros. Dar latigazos bajo la tripa con una soga anudada. Un aparejo y una polea estranguladora podrán dominar a vuestro león, por rebelde que sea, incluso a este *Leo ferox*, el devorador libio de hombres. Una barra al rojo y un poco de frotación de linimento en la parte quemada produjo a Fritz de Ámsterdam, la hiena pensante. *(Sus ojos lanzan fulgores.)* Yo poseo el signo indio. El resplandor de mis ojos y estos relampagueos de mi pecho lo consiguen. *(Con una sonrisa embrujadora.)* Ahora les presento a Mademoiselle Ruby, el orgullo de la pista.

GUARDIA PRIMERO: Venga. Nombre y domicilio.

BLOOM: Se me ha olvidado en este momento. ¡Ah, sí! *(Se quita su sombrero alta calidad, saludando.)* Dr. Bloom, Leopold, cirujano dental. Ya habrán oído hablar ustedes de Von Bloom Pachá. Incontables millones. *Donnerwetter!* Es dueño de media Austria. Egipto. Primos.

GUARDIA PRIMERO: Pruebas.

(Una tarjeta cae dentro de la badana del sombrero de Bloom.)

BLOOM: *(Con fez rojo, manto de ceremonia de cadí con ancha faja verde, ostentando un distintivo falso de la Legión de Honor, recoge la tarjeta apresuradamente y la enseña.)* Permítanme. Mi club es el Junior Army and Navy. Mis abogados: John Henry Menton y Compañía, 27 Bachelor's Walk.

GUARDIA PRIMERO: *(Lee.)* Henry Flower. Sin domicilio fijo. Vagabundo ilegal y entorpecimiento del tráfico.

GUARDIA SEGUNDO: Una coartada. Queda usted notificado.

BLOOM: *(Saca del bolsillo sobre el corazón una flor amarilla arrugada.)* Ésta es la flor de Flower. Me la entregó un desconocido. *(Persuasivo.)* Ya conocen el viejo chiste, la Rosa de Castilla. *Bloom*, floración. El cambio de apellido Virag. *(Murmura en tono privado y confidencial.)* Estamos prometidos, comprende, sargento. Hay una señora por en medio. Una complicación amorosa. *(Da una palmada en el hombro al Guardia Primero.)* Claro que, sin embargo, a veces uno se encuentra su Waterloo. Véngan se por casa una tarde de éstas a tomar un vasito de viejo borgoña. *(Al Guardia Segundo, alegremente.)* Se la presentaré, inspector. Tiene mucho juego. Se le dará bien en menos que canta un gallo.

(Aparece una oscura cara mercurializada, guiando a una figura con velo.)

EL MERCURIO OSCURO: El Gobierno le busca. Fue degradado y expulsado del ejército.

MARTHA: *(Con un espeso velo, un escapulario carmesí en torno al cuello, un ejemplar del* Irish Times *en la mano, en tono de reproche, señalando.)* ¡Henry! ¡Leopold! ¡Leopold! ¡Lionel, tú que te me perdiste! Lava mi honor.

GUARDIA PRIMERO: *(Severamente.)* Venga a la comisaría.

BLOOM: *(Asustado, se pone el sombrero, da un paso atrás y luego, llevándose la mano al corazón y levantando el antebrazo derecho en ángulo recto, hace el signo masónico de defensa y confraternidad.)* No, no, venerable maestro, luz del amor. Error de identidad. El correo de Lyon. Lesurques y Dubosc. Ya recuerda el asunto Childs, el fratricidio. Nosotros los de medicina. Matándole a hachazos. Se me acusa por error. Mejor que escape un culpable antes que condenar a noventa y nueve por error.

MARTHA: *(Sollozando tras el velo.)* Quebrantamiento de promesa. Mi verdadero nombre es Peggy Grifin.

Me escribió que era muy desgraciado. Ya le contaré de ti a mi hermano, el defensa del equipo Bective de rugby, ya verás, seductor sin entrañas.

BLOOM: *(Cubriéndose la boca con la mano.)* Está borracha. Esta mujer está embriagada. *(Murmura vagamente el santo y seña de Efraín.)* Chist-volé.

GUARDIA SEGUNDO: *(Con lágrimas en los ojos, a Bloom.)* Debería estar absolutamente avergonzado de usted mismo.

BLOOM: Señores del jurado, permítanme explicarles. Es una pura mixtificación. Yo soy un hombre incomprendido. Me han hecho el chivo expiatorio de esto. Soy un respetable hombre casado, sin una mancha en mi reputación. Vivo en la calle Eccles. Mi esposa, soy la hija de un distinguido jefe militar, un valiente y eminente hombre de honor, cómo se llama, el Comandante general Brian Tweedy, uno de los combatientes británicos que más han ayudado a ganar nuestras batallas. Ascendió a comandante por la heroica defensa de Rorke's Drift.

GUARDIA PRIMERO: ¿Qué regimiento?

BLOOM: *(Volviéndose a la galería.)* El Royal Dublin, muchachos, la sal de la tierra, conocido en todo el mundo. Me parece ver ahí entre ustedes algunos viejos camaradas de armas. El R. D. F. Junto con nuestra policía metropolitana, custodios de nuestros hogares, los mozos más valientes y el más hermoso cuerpo militar, por lo que toca al físico, al servicio de nuestro soberano.

UNA VOZ: ¡Chaquetero! ¡Vivan los Bóers! ¿Quién abucheó a Joe Chamberlain?

BLOOM: *(Con la mano en el hombro del Guardia Primero.)* Mi viejo papá también era juez de paz. Yo soy un británico tan sólido como pueda serlo usted, señor mío. Luché bajo la bandera por el Rey y la Patria en la guerra de los distraídos a las órdenes del General Gough en el parque y me dejaron inválido en Spion Kop y Bloemfontein; me citaron en partes especiales. Hice todo lo que podía hacer un hombre blanco. *(Con sentimiento contenido.)* Jim Bludso. Pon la proa contra la orilla.

GUARDIA PRIMERO: Profesión u oficio.

BLOOM: Bueno, me dedico a una actividad literaria. Escritor-periodista. Precisamente vamos a publicar ahora una colección de cuentos premiados de que yo soy el ideador, algo que es una orientación completamente nueva. Estoy relacionado con la Prensa británica e irlandesa. Si da un telefonazo...

(Se adelanta, a sacudidas, Myles Crawford, una pluma de ganso entre los dientes. Su pico escarlata refulge en la aureola de su sombrero de paja. Balancea en una mano una ristra de cebollas españolas y sostiene con la otra mano un auricular de teléfono junto a su oído.)

MYLES CRAWFORD: *(Con sus barbas de gallo temblándole.)* Aló, setenta y siete ocho cuatro. Aquí el *Orinal del Hombre Libre* y el *Limpiaculo Semanal.* Paralicen Europa. ¿Que usted qué? ¿Blu qué? ¿Quién escribe? ¿Es Bloom?

(El señor Philip Beaufou, con rostro pálido, está de pie en la barra de los testigos, en impecable traje de mañana, el bolsillo en el pecho enseñando una punta de pañuelo, pantalones color lavanda con raya y botas de charol. Lleva una gran carpeta con la inscripción Golpes maestros de Matcham.*)*

BEAUFOY: *(Con voz arrastrada.)* No, usted no es, ni de lejos, se lo digo yo. No lo veo así, eso es todo. Ningún caballero de nacimiento, nadie que tenga los más elementales instintos de un caballero se rebajaría a una conducta tan especialmente repugnante. Uno de ésos, señor presidente. Un plagiario. Un untuoso intruso disfrazado de literato. Está perfectamente claro que con su más personal bajeza ha saqueado algunos de mis libros de más éxito, material realmente estupendo, una gema perfecta, unos pasajes amorosos que están por debajo de toda sospecha. Las Obras de Beaufoy, sobre el amor y el gran mundo, que sin duda a Su Señoría le son familiares, tienen fama en todo el reino.

BLOOM: *(Murmura con mansedumbre de perro apaleado.)* Ese trozo sobre la risueña brujita, dándose la mano, yo objetaría, si se me permite...

BEAUFOY: *(Arrugado el labio, sonríe desdeñosamente hacia el tribunal.)* ¡Burro ridículo, usted! ¡Es us-

ted demasiado bestialmente absurdo para poder expresarlo! No creo que necesite usted molestarse excesivamente en ese sentido. Mi agente literario, señor J. B. Pinker, está aquí presente. Supongo, señor presidente, que recibiremos los usuales honorarios como testigos, ¿no? Estamos en considerables apuros por culpa de este asqueroso emborronador de papeluchos, este cuervo de Rheims, que ni siquiera ha pisado una universidad.

BLOOM: *(Indistintamente.)* La universidad de la vida. Mal arte.

BEAUFOY: *(Grita.)* Es una mentira repugnantemente sucia que demuestra la podredumbre moral de este hombre. *(Extiende su carpeta.)* Aquí tenemos pruebas incriminadoras, el cuerpo del delito, señor presidente, una muestra de mi arte más maduro desfigurado por la marca de la bestia.

UNA VOZ DESDE LA GALERÍA:

Moisés el profeta, el rey de Israel,
se limpiaba el culo con el *Daily Mail.*

BLOOM: *(Valientemente.)* Cheque sin fondos.

BEAUFOY: ¡Vil bribón! ¡Deberían tirarle al bebedero de los caballos, so podrido! *(Al tribunal.)* ¡Ah, miren la vida privada de este hombre! ¡Lleva una cuádruple vida! Ángel en la calle y diablo en la casa. No se le debe nombrar en presencia de señoras. El mayor intrigante de esta época.

BLOOM: *(Al tribunal.)* Y él, que es soltero, cómo...

GUARDIA PRIMERO: Procedimiento de oficio contra Bloom. Llamen a la testigo Driscoll.

EL UJIER: ¡Mary Driscoll, fregona!

(Se acerca Mary Driscoll, una criadita en chancletas. Lleva un cubo en el brazo doblado y un escobón de fregar en la mano.)

GUARDIA SEGUNDO: ¡Otra! ¿Pertenece usted a la clase desafortunada?

MARY DRISCOLL: *(Indignada.)* No soy una de esas malas. Tengo buena fama y estuve cuatro meses en mi última casa. Era una buena casa, seis libras al año y lo que cayera, y salir los viernes, y tuve que marcharme debido a sus enredos.

GUARDIA PRIMERO: ¿De qué le acusa?

MARY DRISCOLL: Me hizo una proposición, pero yo me respeto a mí misma más que eso, pobre como soy.

BLOOM: *(En chaqueta de casa de lana peinada, pantalones de franela, pantuflas sin tacón, sin afeitar, el pelo ligeramente desordenado.)* Te traté con guantes blancos. Te di recuerdos, elegantes ligas esmeraldas muy por encima de tu clase. Incautamente me puse de tu parte cuando fuiste acusada de hurtar. Hay un justo medio en todas las cosas. Juega sin hacer trampas.

MARY DRISCOLL: *(Excitada.)* ¡Como que Dios me está viendo esta noche, que nunca he puesto la mano en esas ostras!

GUARDIA PRIMERO: ¿Y la infracción de que hay queja? ¿Ocurrió algo?

MARY DRISCOLL: Me sorprendió al fondo de las habitaciones, señoría, cuando la señora estaba de compras, una mañana, pidiéndome un imperdible. Me agarró y de resultas me quedé sin color en cuatro sitios. Y dos veces me enredó en la ropa.

BLOOM: Ella contraatacó.

MARY DRISCOLL: *(Despreciativamente.)* Tenía yo más respeto por el escobón, de veras. Le protesté, señoría, y él dijo: ¡No lo cuentes!

(Risas generales.)

GEORGES FOTTRELL: *(Ujier del juzgado, con voz resonante.)* ¡Orden en la sala! El acusado hará ahora una declaración embustera!

(Bloom, declarándose inocente y sosteniendo en la mano un nenúfar bien abierto, empieza un largo discurso ininteligible. Iban a oír lo que tenía que decir el abogado en su conmovedor alegato a los jurados. El era hombre acabado, pero, aunque marcado como oveja negra, si así podía decir, pensaba corregirse para rescatar el recuerdo del pasado de un modo puramente sororal y regresar a la naturaleza como animal puramente doméstico. Nacido sietemesino, le había criado y nutrido cuidadosamente un anciano progenitor enfermo en cama. Podría haber habido debilidades de un padre equivocado, pero él quería pasar la hoja y ahora, cuando en fin de fines se encontraba a la vista de la picota, llevar una vida casera en el crepúsculo de sus días, empapado del

afectuoso ambiente del palpitante seno de la familia. Aclimatado como británico, ese atardecer de verano desde la plataforma de una locomotora de la compañía de circunvalación mientras la lluvia se resistía a caer, había visto, como si dijera, a través de las ventanas de amorosas familias de la ciudad de Dublín y su distrito urbano, atisbos de escenas verdaderamente rústicas de felicidad de la tierra prometida con papel de pared Dockrell a uno con nueve peniques la docena, inocentes chiquillos británicos de nacimiento ceceando oraciones al Santo Niñito, juveniles estudiosos habiéndoselas con sus deberes, jóvenes damitas ejemplares tocando el pianoforte o al punto con fervor rezando el rosario en familia en torno al chisporroteante leño de Navidad mientras por los caminos en hondón y por los verdes senderos las zagalas con sus zagales paseaban a los sones del acordeón Britannia de voces de órgano armadura de metal con cuatro registros activos y fuelles de doce pliegues, una ganga, la mejor ocasión que jamás...)

(Risas renovadas. El masculla incoherentemente. Los reporteros se quejan de que no se oye.)

CALÍGRAFO Y TAQUÍGRAFO: *(Sin levantar la vista de sus cuadernos.)* Desátenle las botas.

EL PROFESOR MACHUGH: *(Desde la mesa de la Prensa, tose y grita.)* Desembucha, amigo. Échalo fuera poco a poco.

(Continúa el careo en referencia a Bloom y al cubo. Un gran cubo. El mismo Bloom. Dolor de tripas. En la calle Beaver. Retortijón, sí. Muy malo. Un cubo de blanquear. De andar con piernas rígidas. Sufrió dolores indecibles. Angustia mortal. Hacia mediodía. Amor o borgoña. Sí, un poco de espinacas. Momento crucial. No miró en el cubo. Nadie. Más bien en desorden. No del todo. Un número atrasado del Titbits.*)*

(Clamor y aullidos. Bloom, con levita desgarrada manchada de jalbegue, chistera abollada ladeada en la cabeza, una tira de esparadrapo en la nariz, habla inaudiblemente.).

J. J. O'MOLLOY: *(Con peluca gris y toga de abogado, hablando con voz de dolorida protesta.).* Éste no es lugar para ligerezas indecentes a expensas de un mortal que ha errado extraviado por la bebi-

da. No estamos en un reñidero de osos ni en una carnavalada de Oxford ni es ésta una parodia de la justicia. Mi cliente es un niño pequeño, un pobre inmigrante extranjero que empezó desde la nada como polizón y que ahora trata de ganarse la vida honradamente. El presunto delito fue debido a una momentánea aberración hereditaria, provocada por una alucinación, ya que familiaridades tales como ese presunto hecho culpable son sobradamente permitidas en la tierra natal de mi cliente, la tierra de Faraón. *Prima facie*, sostengo ante ustedes que no hubo intento de conocimiento carnal. No tuvo lugar ninguna intimidad y la culpa de que acusa la Driscoll, que su virtud fue puesta a prueba, no se repitió. Yo desearía referirme en especial al atavismo. Ha habido casos de naufragio y de sonambulismo en la familia de mi cliente. Si el acusado pudiera hablar podría contar una de las más extrañas historias que jamás se han narrado entre las tapas de un libro. Él mismo, señor presidente, está físicamente arruinado, por la tuberculosis de los zapateros. Su excusa es que es de origen mongólico e irresponsable de sus acciones. De hecho, no existe en absoluto.

BLOOM: *(Descalzo, con pecho de pollo, chaleco y pantalón de marinero, los dedos gordos de los pies encogidos como pidiendo excusas, abre sus diminutos ojos de topo y mira a su alrededor deslumbrado, pasándose la mano lentamente por la frente. Luego se sube el cinturón, como los marineros, y, con un encogimiento de hombros de obediencia al modo oriental, saluda al tribunal, señalando al cielo con un pulgar.)* Lí haci mucho buena nochi. *(Empieza a canturrear con simpleza.)*

Li li poble nenito
tlae pata de celdo todas las nochis
paga do chelí...

(Le abruman a aullidos.)

J. J. O'MOLLOY: *(Acalorado, al populacho.)* Esta lucha es demasiado desigual. Por los dioses del Hades, que no voy a consentir que un cliente mío sea amordazado y acosado de este modo por una

jauría de sucios perros y rientes hienas. El Código de Moisés ha superado la ley de la jungla. Digo esto y lo digo con todo énfasis, sin desear ni por un instante entorpecer el curso de la justicia, que el acusado no ha sido cómplice anterior al acto y que la querellante no ha sido molestada. Esa joven fue tratada por el acusado como si fuera su propia hija. *(Bloom toma la mano de J. J. O'Molloy y se la lleva a los labios.)* Requeriré testigos de defensa para probar a fondo que la mano oculta está otra vez en su viejo juego: En la duda, perseguir a Bloom. Mi cliente, hombre tímido por naturaleza, sería el último del mundo en hacer nada impropio de un caballero que pudiera parecer mal a la modestia ofendida ni lanzar una piedra contra una muchacha que se descarrió cuando un malvado, responsable de su estado, usó y abusó de ella a su gusto. Él quiere actuar sin desvíos. Yo le considero como el hombre más inmaculado que haya. Actualmente, está de mala suerte debido a haberse hipotecado sus extensas propiedades en Agendath Netaím en la remota Asia Menor, de que ahora se mostrarán unas diapositivas. *(A Bloom.)* Le aconsejo que ahora haga una oferta decente.

BLOOM: Un penique por libra.

(Se proyecta en la pared el espejismo del lago de Kinnereth con ganado borroso pastando en un halo plateado. Moses Dlugacz, albino de ojos de hurón, vestido de mono azul, está de pie en la galería teniendo en cada mano un limón y un riñón de cerdo.)

DLUGACZ: *(Roncamente.)* Bleibtreustrasse, Berlín, W. 13.

(J. J. O'Molloy sube a un pedestal bajo levantándose con solemnidad una solapa de la chaqueta. Se le alarga la cara y se le pone pálida y barbuda, con ojos hundidos, las manchas de tuberculoso y los pómulos éticos de John F. Taylor. Se lleva el pañuelo a la boca y escudriña la galopante marea de sangre rosada.)

J. J. O'MOLLOY: *(Casi sin voz.)* Perdonen ustedes, sufro un fuerte resfriado, acabo de levantarme de la cama. Unas pocas palabras bien elegidas. *(Asume la cabeza de ave, el bigote zorruno y la elo-*

cuencia proboscídea de Seymour Bushe.) Cuando llegue a abrirse el libro de los ángeles, si hay algo anímicamente transfigurado o transfigurador emprendido por el seno pensativo que merezca vivir digo yo concédase al prisionero en el banquillo el sagrado beneficio de la duda. *(Se presenta al tribunal un papel con algo escrito en él.)*

BLOOM: *(En traje de corte.)* Puedo dar mejores referencias. Los señores Callan, Coleman. El señor Wisdom Hely, juez de paz. Mi antiguo jefe Joe Cuffe. El señor V. B. Dillon, ex-alcalde de Dublín. Me he movido en el encantado círculo de las más altas... Reinas de la Sociedad de Dublín. *(Al descuido.)* Precisamente esta tarde estaba yo charlando en la residencia del virrey, durante el *lever*, con mis viejos compadres, Sir Robert y Lady Ball, astrónomo real. Sir Bob, le decía yo...

SEÑORA YELVERTON BARRY: *(En traje de baile ópalo muy escotado, con guantes marfil hasta el codo, llevando una capita forrada color ladrillo, guarnecida de marta, una peineta con brillantes y un penacho de avestruz en el pelo.)* Deténgale, guardia. Me escribió una carta anónima con letra deformada cuando mi marido estaba en el distrito norte de Tipperary en la sesión de Munster, firmada James Lovebirch. Decía que había visto desde el paraíso mis impares esferas cuando yo estaba en el palco del *Theatre Royal* en una representación de gala de *La Cigale*. Yo le había inflamado profundamente, decía. Me hacía proposiciones impropias de que me condujera como no era debido a las cuatro y media de la tarde del jueves siguiente, hora de Dunsink. Ofrecía enviarme por correo una obra de ficción, por Monsieur Paul de Kock, titulada *La chica de los tres corsés.*

SEÑORA BELLINGHAM: *(Con toca y mantilla de falsa foca, embozada hasta la nariz, desciende de su coche y escudriña a través de los impertinentes de concha que saca de su gran manguito de opossum.)* También a mí. Sí, creo que es la misma objetable persona. Porque me cerró la puerta del coche delante de la casa de Sir Thornley Stoker un día de nevisca durante la ola de frío de febrero del noventa y tres cuando hasta el tubo de

desagüe y el flotador del depósito de mi baño se habían helado. Posteriormente me envió una flor de edelweiss cogida en las cumbres, según dijo, en mi honor. La hice examinar por un experto en botánica y obtuve la información de que era una flor de la planta de la patata doméstica sustraída de un invernadero de la granja modelo.

SEÑORA YELVERTON BARRY: ¡Qué vergüenza!

(Una turba de fulanas y bribones avanza en oleada.)

LAS FULANAS Y BRIBONES: *(Chillando.)* ¡Al ladrón! ¡Hurra ahí, Barba-Azul! ¡Una ovación por Isaac Mosí!

GUARDIA SEGUNDO: *(Saca unas esposas.)* Aquí están las pulseras.

SEÑORA BELLINGHAM: Se me dirigió bajo diferentes caligrafías con repugnantes cumplimientos como a la Venus de las Pieles y alegó profunda compasión por mi aterido cochero Balmer aunque a continuación se manifestó envidioso de sus orejeras y sus pieles de cordero y de su afortunada proximidad a mi persona, de pie detrás de mi asiento ostentando mi librea con las armas de los Bellingham campo de sable con cabeza de ciervo cortada en oro. Elogiaba casi extravagantemente mis extremidades inferiores, mis curvas pantorrillas en medias de seda tensas hasta el límite, y elogiaba ardientemente mis otros tesoros escondidos en inestimable encaje que, decía, era capaz de conjurar ante sí. Me apremiaba, afirmando que sentía que su misión en la vida era apremiarme, a deshonrar el tálamo matrimonial, cometiendo adulterio en la más próxima oportunidad posible.

LA HONORABLE SEÑORA MERVYN TALBOYS: *(En traje de amazona, sombrero duro, botas altas con espuelas, chaleco bermellón, guantes de ante a la mosquetera con embocaduras bordadas, larga cola del traje al brazo y fusta de caza con la que se azota constantemente las botas.)* También a mí. Porque me vio en el campo de polo del Phœnix Park en el partido Nacional Irlanda contra Resto de Irlanda. Mis ojos, ya lo sé, brillaban divinamente mientras observaba al capitán de gastadores Dennehy, de los dragones de Innis, ganar el tiempo final en su potro favorito *Centauro*. Ese plebeyo

Don Juan me observó desde detrás de un coche de alquiler y me envió bajo doble sobre una fotografía obscena, de esas que se venden por la noche en los bulevares de París, insultante para cualquier señora. Todavía la conservo. Representa una *señorita* parcialmente desnuda, frágil y linda (su mujer, me aseguraba solemnemente, tomada por él al natural), practicando ilícito coito con un musculoso *torero*, evidentemente un chulo. Me apremiaba a hacer lo mismo, a portarme mal, a pecar con oficiales de la guarnición. Me imploraba que manchara su carta de una manera inmencionable, a que le castigara como se merece de sobra, a saltarle encima y cabalgarle, a darle una violenta tanda de latigazos.

SEÑORA BELLINGHAM: A mí también.

SEÑORA YELVERTON BARRY: A mí también.

(Varias señoras altamente respetables de Dublín muestran cartas indecentes recibidas de Bloom.)

LA HONORABLE SEÑORA MERVYN TALBOYS: *(Patalea con sus espuelas resonantes en un ataque repentino de furia.)* Sí que lo haré, como que Dios nos ve. Azotaré a ese perro de hígado de paloma mientras pueda estar encima de él. Le desollaré vivo.

BLOOM: *(Cerrando los ojos, se encoge en la expectativa.)* ¿Aquí? *(Se retuerce.)* ¡Más! *(Jadea agachándose.)* Me gusta el peligro.

LA HONORABLE SEÑORA MERVYN TALBOYS: ¡Ya lo creo! Se lo voy a dar en caliente. Le voy a hacer bailar una jiga para que vea.

SEÑORA BELLINGHAM: ¡Dele una buena azotaina a ese impostor! ¡Márquele las barras y estrellas!

SEÑORA YELVERTON BARRY: ¡Qué vergüenza! ¡No tiene excusa! ¡Un hombre casado!

BLOOM: Toda esta gente. Yo me refería sólo a la idea de los azotes. Un cálido cosquilleo encendido sin efusión de sangre. Un refinado vareo para estimular la circulación.

LA HONORABLE SEÑORA MERVYN TALBOYS: *(Riendo despectivamente.)* Ah, ¿conque sí, amiguito? Bueno, Bueno, como que nos ve Dios, le voy a dar ahora la sorpresa de su vida, créame, la desolladura más despiadada que nunca ha merecido un hombre.

Usted ha despertado a latigazos a la tigre que dormía en mi naturaleza.

SEÑORA BELLINGHAM: *(Sacudiendo con aire vengativo el manguito y los impertinentes.)* Haz que le escueza, querida Hana. Dale pimienta. Azota a este chucho hasta que agonice. El gato de nueve colas. Cástrale. Vivisecciónale.

BLOOM: *(Estremeciéndose, encogiéndose, junta las manos con aire de perro apaleado.)* ¡Qué frío! ¡Qué tiritones! Fue su belleza ambrosial. Olvide, perdone. Kismet. Déjeme ir por esta vez. *(Ofrece la otra mejilla.)*

SEÑORA YELVERTON BARRY: *(Severamente.)* ¡No le deje, se lo digo yo, señora Talboys! ¡Habría que darle una buena paliza!

LA HONORABLE SEÑORA MERVYN TALBOYS: *(Desabotonándose un guante violentamente.)* No voy a dejarle en absoluto. ¡Cerdo sucio, que no ha sido otra cosa desde que le destetaron! ¡Atreverse a dirigirse a mí! Le voy a azotar en la vía pública hasta dejarle negro y azul. Le hundiré las espuelas hasta meterle las rodajas. Es un cornudo bien conocido. *(Hace chascar salvajemente en el aire su fusta de caza.)* Bájenle los pantalones sin perder tiempo. ¡Venga usted acá, señor! ¡De prisa! ¿Preparado?

BLOOM: *(Temblando, empieza a obedecer.)* Está haciendo tanto calor últimamente... *(Pasa Davy Stephens, el pelo en ricitos, con una pandilla de chicos descalzos vendiendo periódicos.)*

DAVY STEPHENS: *El Mensajero del Sagrado Corazón* y el *Evening Telegraph* con el Suplemento del Día de San Patricio. Conteniendo las nuevas direcciones de todos los cornudos de Dublín.

(El muy reverendo Canónigo O'Hanlon, con revestimientos bordados en oro, eleva y expone un reloj de repisa de chimenea. Ante él, el Padre Conroy y el reverendo John Hughes S. J. hacen una profunda inclinación.)

EL RELOJ: *(Abriendo la puertecita.)*

Cucú.
Cucú.
Cucú.

(Se oyen tintinear las arandelas de bronce de una cama.)

LAS ARANDELAS: Tintín, tintirintín, tintín.

(Un panel de niebla se desliza a un lado rápidamente, revelando rápidamente en los bancos de los jurados los rostros de Martin Cunningham, presidente del jurado, con chistera, Jack Power, Simon Dedalus, Tom Kernan, Ned Lambert, John Henry Menton, Myles Crawford, Lenehan. Paddy Leonard, Nosey Flyn, M'Coy y el rostro sin facciones de un Innominado.)

EL INNOMINADO: Cabalgar en pelo. Peso según edad. Coño, se la organizó bien a ella.

LOS JURADOS: *(Volviendo todos la cara hacia su voz.)* ¿De veras?

EL INNOMINADO: *(Con un gruñido.)* El culo para arriba. Cien chelines contra cinco.

LOS JURADOS: *(Todos con la cabeza baja en asentimiento.)* Eso es lo que pensábamos la mayor parte de nosotros.

GUARDIA PRIMERO: Es un hombre marcado. Otra trenza cortada a una chica. Se busca: Jack el Destripador. Mil libras de recompensa.

GUARDIA SEGUNDO: *(Impresionado, susurra.)* Y de negro. Un mormón. Anarquista.

EL UJIER: *(En voz alta.)* Resultando que Leopold Bloom sin domicilio fijo es un conocido dinamitero, falsificador, bígamo, alcahuete y cornudo y una molestia pública para los ciudadanos de Dublín y resultando que en esta sesión del juzgado el Muy Honorable...

(El Muy Honorable Sir Frederick Falkiner, Presidente de la Magistratura de Dublín, en atuendo judicial de piedra gris, se levanta de su asiento, con barba de piedra. Sostiene en sus brazos un cetro en forma de paraguas. De su frente se elevan rígidamente los cuernos de carnero de Moisés.)

EL PRESIDENTE: Voy a poner fin a este tráfico de esclavas blancas y a librar a Dublín de esta odiosa pestilencia. ¡Qué escándalo! *(Se pone la toca negra.)* Que se le lleven, señor sub-sheriff, del banquillo donde está ahora y le retengan en prisión en la cárcel de Mountjoy hasta cuando decida Su Majestad y entonces será colgado del cuello hasta

que muera y sea cumplida esta orden bajo vuestra responsabilidad o si no el Señor tenga misericordia de vuestra alma. Lleváoslo.

(Un casquete negro desciende sobre su cabeza.)

(Aparece el sub-sheriff Long John Fanning, fumando un oloroso Henry Clay.)

LONG JOHN FANNING: *(Frunce el ceño y grita con ricas «erres» rulantes.)* ¿Quién va a ahorcar a Judas Iscariote?

(H. Rumbold, maestro barbero, con jubón color sangre y delantal de curtidor, una cuerda enrollada al hombro, sube al tajo. Lleva colgando del cinturón un rompecabezas y una maza claveteada. Se frota sombríamente las manos, dispuestas a aferrar, reforzadas con defensas metálicas en los nudillos.)

RUMBOLD: *(Al Presidente, con siniestra familiaridad.)* Majestad, soy Harry el Ahorcador, el terror del Mersey. Cinco guineas por una yugular. El cuello o nada.

(Las campanas de la iglesia de San Jorge redoblan lentamente, sonoro hierro oscuro.)

LAS CAMPANAS: ¡Ay-oh! ¡Ay-oh!

BLOOM: *(Desesperadamente.)* Espere. Alto. Las gaviotas. Buen corazón. Yo vi. Inocencia. Chica ante la jaula de monos. Zoo. Sucios chimpancés. *(Sin aliento.)* La cavidad pélvica. Su rubor ingenuo me desarmó. *(Abrumado de emoción.)* Abandoné el recinto. *(Se vuelve hacia una figura en la multitud, en apelación.)* Hynes, ¿me permite dirigirme a usted? Usted me conoce. Esos tres chelines se los puede quedar. Si quiere un poco más...

HYNES: *(Fríamente.)* No le conozco a usted en absoluto.

GUARDIA PRIMERO: *(Señala al rincón.)* Ahí está la bomba.

GUARDIA PRIMERO: Una máquina infernal con espoleta de relojería.

BLOOM: No, no. Una pata de cerdo. Estuve en un entierro.

GUARDIA PRIMERO: *(Saca la porra.)* ¡Embustero!

(El sabueso levanta el hocico, mostrando la cara gris y escorbútica de Paddy Dignam. Lo ha roído todo. Exhala un pútrido aliento harto de carroña. Crece hasta tomar tamaño y forma humana. Su pelo

de sabueso alemán se convierte en una mortaja parda. Sus ojos verdes centellean inyectados de sangre. La mitad de una oreja, toda la nariz y los dos pulgares se los han comido los vampiros.)

PADDY DIGNAM: *(Con voz hueca.)* Es verdad. Era mi entierro. El Doctor Finucane certificó mi fallecimiento cuando sucumbí a la enfermedad por causas naturales.

(Eleva hacia la luna su mutilada cara cenicienta y ladra lúgubremente.)

BLOOM: *(En triunfo.)* ¿Oyen?

PADDY DIGNAM: Bloom, soy el espíritu de Paddy Dignam. ¡Escucha, escucha, oh escucha!

BLOOM: La voz es la voz de Esaú.

GUARDIA SEGUNDO: *(Santiguándose.)* ¿Cómo es posible?

GUARDIA PRIMERO: Esto no está en el catecismo de a penique.

PADDY DIGNAM: Por metempsicosis. Espectros.

UNA VOZ: ¡Ah diablos!

PADDY DIGNAM: *(Seriamente.)* En otro tiempo estuve empleado por el señor J. H. Menton, procurador, comisionado para declaraciones juradas y atestados, en Bachelor's Walk 27. Ahora estoy difunto, con la pared del corazón hipertrofiada. Mala pata. La pobre mujer se ha quedado hecha polvo. ¿Cómo lo lleva? No le dejen a mano esa botella de jerez. *(Mira a su alrededor.)* Un farol. Tengo que satisfacer una necesidad animal. Esa leche agria no me sentó bien.

(Se adelanta la robusta figura de John O'Connell, el administrador del cementerio con un manojo de llaves atadas con crespón. A su lado está el Padre Malamud, capellán de panza de sapo, cuello torcido, con un roquete y un pañuelo de seda a modo de gorro de dormir, sosteniendo adormilado una vara de amapolas trenzadas.)

PADRE MALAMUD: *(Bostezando, luego salmodia con ronco croar.)* Namine, Mínobus Bíscoch. Amén.

JOHN O'CONNELL: *(Aulla tempestuosamente por su megáfono como una sirena de barco.)* Dignam, Patrick T., fallecido.

PADDY DIGNAM: *(Con las orejas aguzadas, se echa*

atrás.) Armónicos. *(Avanza retorciéndose, pone una oreja en el suelo.)* ¡La voz de mi amo!

JOHN O'CONNELL: Registro de inhumación letra y número V. E. ochenta y cinco mil. Sección diecisiete. Casa de Llaves. Concesión ciento uno.

(Paddy Dignam escucha con visible esfuerzo, pensando, la cola rígida, las orejas tensas.)

PADDY DIGNAM: Rogad por el descanso de su alma.

(Baja retorciéndose como un gusano por el agujero de una carbonera, con su hábito pardo arrastrando el cordón por guijarros resonantes. Detrás de él va trotando una obesa rata abuela con patas fungoides de tortuga bajo caparazón gris. Se oye la voz de Dignam, amortiguada, ladrando bajo tierra: Dignam murió y ha descendido abajo. *Tom Rochford, pecho de petirrojo, con gorra y calzones cortos, salta de su máquina de dos columnas.)*

TOM ROCHFORD: *(Con una mano en el esternón, hace una reverencia.)* Reuben J. Un florín a que le encuentro. *(Observa fijamente el agujero de bajada con aire decidido.)* Ahora me toca a mí. Seguidme hasta Carlow.

(Ejecuta en el aire un salto mortal de salmón y es engullido por el agujero de la carbonera. Dos discos en las columnas oscilan ojos de ceros. Todo se desvanece. Bloom vuelve a avanzar con paso pesado. Se detiene delante de una casa iluminada, escuchando. Los besos, aleteando desde sus escondrijos, vuelan alrededor de él, piando, gorjeando, arrullando.)

LOS BESOS: *(Gorjeando.)* ¡Leo! *(Piando.)* ¡Muic lamic mic peguic para Leo! *(Arrullando.)* ¡Ruuu ruurruu! ¡Ñamñam Uamuam! *(Gorjeando.)* ¡Grande vengrande! ¡Piruetea! ¡Leopold! *(Piando.)* ¡Liulí! *(Gorjeando.)* ¡Oh Leo!

(Le rozan, aletean sobre su ropa, se posan, brillantes motas enloquecidas, lentejuelas plateadas.)

BLOOM: Toque de hombre. Música triste. Música de iglesia. Quizás aquí.

(Zoe Higgins, joven puta en combinación zafiro, cerrada con tres hebillas de bronce, una fina cinta negra de terciopelo alrededor del cuello, asiente con la cabeza, baja los escalones tropezando y se le acerca.)

ZOE: ¿Busca usted a alguien? Está dentro con su amigo.

BLOOM: ¿Es aquí la señora Mack?

ZOE: No, en el ochenta y uno. Aquí es la señora Cohen. Si va más adelante le podría ir peor. La Mamá Chanclichanclo. *(Con familiaridad.)* Esta noche está de servicio ella misma con el veterinario, que la aconseja en las apuestas, y le da todos los ganadores y le paga por su hijo en Oxford. Horas extraordinarias, pero hoy anda de suerte. *(Suspicaz.)* No será usted su padre, ¿verdad?

BLOOM: ¡Yo, no!

ZOE: Los dos van de negro. ¿Tiene cosquillas esta noche el ratoncito?

(La piel de Bloom, alerta, nota que ella acerca las puntas de los dedos. Una mano se le desliza sobre el muslo izquierdo.)

ZOE: ¿Cómo andan las pelotitas?

BLOOM: Al otro lado. Curioso que estén a la derecha. Más pesadas, supongo. Uno en un millón, dice mi sastre, Mesias.

ZOE: *(Con alarma repentina.)* Tiene un chancro duro.

BLOOM: ¡Qué va!

ZOE: Lo noto.

(Ella le desliza la mano por el bolsillo izquierdo del pantalón y saca una patata negra, dura y encogida. Con mudos labios húmedos, ella la observa y observa a Bloom.)

BLOOM: Un talismán. Herencia de familia.

ZOE: ¿Para mí? ¿Me la quedo? Por ser tan simpática, ¿eh?

(Se mete la patata codiciosamente en el bolsillo, luego le agarra del brazo, apretándosele con calor flexible. El sonríe incómodo. Lentamente, nota a nota, se oye música oriental. Él mira fijamente el oscuro cristal de los ojos de ella, con kohol alrededor. Su sonrisa se ablanda.)

ZOE: Me reconocerás la próxima vez.

BLOOM: *(Abandonado.)* Nunca he amado a una dulce gacela sin que supiera que...

(Brincan gacelas, pastando en las montañas. Hay lagos cerca. En torno a sus orillas se alinean som-

bras negras de bosques de cedros. Se eleva un aroma, una fuerte cabellera de resina. El Oriente quema un cielo de zafiro, hendido por el vuelo broncíneo de las águilas. Bajo él se extiende la femineidad, desnuda, blanca, quieta, fresca, lujosa. Murmura una fuente entre rosas de Damasco. Mastodónticas rosas murmuran de uvas escarlata. Exuda un vino de vergüenza, lujuria, sangre, murmurando extrañamente.)

ZOE: *(Murmurando una cantilena con la música, sus labios de odalisca voluptuosamente ungidos de pomadas de grasa de cerdo y agua de rosas.) Schorach ani wenowach, benoith Hierushaloim.*

BLOOM: *(Fascinado.)* Ya pensaba yo que eras de buena clase por tu acento.

ZOE: ¿Y sabes lo que pasa por pensar?

(Le muerde la oreja suavemente con dientecitos con coronas de oro enviando sobre él un nauseabundo aliento de ajo pasado. Las rosas se abren, revelando un sepulcro del oro de los reyes con sus huesos deshaciéndose.)

BLOOM: *(Se echa atrás, acariciándole maquinalmente el pezón izquierdo con torpe mano plana.)* ¿Eres de Dublín?

ZOE: *(Agarra hábilmente un pelo suelto y lo enrolla en un rizo.)* No hay miedo. Soy inglesa. ¿Tienes un pitillo?

BLOOM: *(Como antes.)* Rara vez fumo, guapa. Algún cigarro de vez en cuando. Un recurso infantil. *(Indecente.)* La boca se puede ocupar en cosas mejores que en un cilindro de hierba apestosa.

ZOE: Sigue adelante. Haz con eso un discurso electoral.

BLOOM: *(En mono de obrero, de pana, jersey negro con corbata roja al viento y gorra de apache.)* La humanidad es incorregible. Sir Walther Raleigh trajo del Nuevo Mundo la patata y esa hierba, la una, destructora de la pestilencia por absorción, la otra, envenenadora del oído, del ojo, del corazón, de la memoria, de la voluntad, del entendimiento, de todo. Es decir, trajo el veneno cien años antes de que otra persona cuyo nombre no recuerdo trajera el alimento. Suicidio. Mentiras. Todas nuestras costumbres. Pues qué, ¡miren nuestra vida pública!

(Campanadas de la medianoche desde lejanos campanarios.)

LAS CAMPANAS: ¡Vuelve, Leopold! ¡Lord alcalde de Dublín!

BLOOM: *(Con toga y cadena de concejal.)* Electores de Arran Quay, Inns Quay, Rotunda, Mountjoy y North Dock, sería mejor, digo yo, trazar una línea de tranvías desde el mercado de ganado hasta el río. Ésa es la música del futuro. Ése es mi programa. *Cui bono?* Pero nuestros piratas de Vanderdeckens en su nave fantasma de finanzas...

UN ELECTOR: ¡Tres veces tres hurras por nuestro futuro primer magistrado municipal!

(Salta al cielo la aurora boreal de la procesión de antorchas.)

LOS PORTADORES DE ANTORCHAS: ¡Hurra!

(Varios prestigiosos burgueses, magnates de la ciudad y vecinos francos, estrechan la mano de Bloom y le felicitan. Timothy Harrington, que fue tres veces Lord Alcalde de Dublín, imponente en su púrpura de burgomaestre, cadena de oro y corbata blanca de seda, conversa con el concejal Lorcan Sherlock, alcalde accidental. Asienten vigorosamente en acuerdo.)

ALCALDE SALIENTE HARRINGTON: *(En manto escarlata, con vara, cadena de oro de alcalde y amplio plastrón blanco de seda.)* Que se imprima el discurso del concejal Sir Leo Bloom a expensas de los contribuyentes. Que la casa en que nació se ornamente con una lápida conmemorativa y que la vía pública conocida hasta ahora como calle de la Casa de la Vaca bocacalle de calle Cork sea denominada desde ahora Boulevard Bloom.

CONCEJAL LORCAN SHERLOCK: Se aprueba por unanimidad.

BLOOM: *(Apasionadamente.)* ¿Qué les importa a esos holandeses volantes u holandeses mangantes reclinados en sus almohadillas popas, jugando a los dados? Máquinas, es su grito, su quimera, su panacea. Aparatos para ahorrar trabajo, usurpadores, espantajos, monstruos manufacturados para el asesinato mutuo, repugnantes fantasmas engendrados por una horda de lujurias capitalistas en nuestra prostituida mano de obra. El pobre muere de hambre mientras ellos ceban sus ciervos reales

o cazan paisanos y ferdices en su perniciosa pompa de pasta y poder. Pero su reino se ha racabado para siempre ramás ram...

(Aplausos prolongados. Surgen hacia lo alto mástiles venecianos, árboles de mayo y arcos de triunfo. Una pancarta ostentando las inscripciones Cead Mile Faile *y* Mah Ttob Melek Israel *atraviesa la calle. Todas las ventanas están atestadas de observadores, principalmente damas. A lo largo de la ruta, los regimientos de Fusileros Reales de Dublín, Fronterizos Escoceses del Rey, Cameron Highlanders y Fusileros Galeses, en posición de firmes, contienen a la multitud. Hay muchachos de escuela encaramados en los faroles, postes del telégrafo, alféizares de ventanas, cornisas, canalones, chimeneas, barandillas, gárgolas, silbando y aclamando. Aparece la Columna de Nube. Se oyen en lontananza el pífano y el tambor tocando el* Kol Nidre. *Se acercan los gastadores con las águilas imperiales izadas, ondeando banderas y agitando palmas orientales. El estandarte crisoelefantino del Papa se eleva a lo alto, rodeado por pendones con los colores municipales. Aparece la cabecera de la procesión al frente de la cual van John Howard Parnell, maestro de ceremonias, en tabardo ajedrezado, el Heraldo de Athlone y el Rey de Armas del Ulster. Les siguen el Muy Honorable Joseph Hutchinson, alcalde de Dublín, el alcalde de Cork, sus señorías los alcaldes de Limerick, Galway, Sligo y Waterford, veintiocho Pares representativos de Irlanda, los sirdar, grandes y maharajás, con mantos de ceremonia, el Cuerpo de Bomberos de la Metrópoli de Dublín, el Cabildo de Santos de la Finanza, en orden plutocrático de precedencia, el obispo de Down y Connor, Su Eminencia Michael Cardenal Logue, arzobispo de Armagh, primado de toda Irlanda, Su Gracia el reverendísimo Dr. William Alexander, arzobispo de Armagh, primado de toda Irlanda, el rabino jefe, el moderador presbiteriano, los jefes de las iglesias baptista, anabaptista, metodista y moravia y el secretario honorario de la Sociedad de los amigos. Tras ellos marchan los gremios y los sindicatos y las milicias con banderas al viento: toneleros, pajareros, constructores de molinos, agentes de publicidad para los periódicos, escribientes*

de abogado, masajistas, viñadores, fabricantes de bragueros, deshollinadores, productores de grasas alimenticias, tejedores de bengalina y popelín, herradores, almacenistas italianos, decoradores de iglesias, fabricantes de calzados, enterradores, merceros en sedas, marmolistas, jefe de ventas, cortadores de tapones, asesores de pérdidas por incendios, teñidores y limpiadores, embotelladores para exportación, peleteros, impresores de etiquetas, grabadores de sellos heráldicos, mozos de picaderos, negociantes en metales preciosos, proveedores para cricket y tiro al arco, fabricantes de cedazos, representantes de huevos y patatas, medieros y guanteros, contratistas de fontanería. Tras ellos marchan los Gentilhombres de la Alcoba, de la Vara Negra, de la Jarretera, Bastón del Oro, el Maestre de la Caballería, el Lord Gran Chambelán, el Gran Mariscal, el Gran Condestable, llevando la espada de justicia, la corona de hierro de San Esteban, el cáliz y la Biblia. Cuatro trompeteros de a pie tocan atención. Responden los Territoriales del Rey haciendo sonar clarines de bienvenida. Bajo un arco de triunfo, aparece Bloom, la cabeza descubierta, con un manto de terciopelo carmesí guarnecido de armiño, llevando la vara de San Eduardo, la esfera y el cetro con la paloma y la espada Curtana. Va cabalgando un caballo blanco como la leche, de larga y fluyente cola carmesí, ricamente enjaezado, con frontal de oro. Loca emoción. Las damas lanzan pétalos de rosa desde sus balcones. El aire está perfumado de esencias. Los hombres aclaman. Los pajes de Bloom corren entre los espectadores con ramas de blancoespino y matas de retama.)

LOS PAJES DE BLOOM:

Reyezuelo, reyezuelo,
el rey de todas las aves,
el día de San Esteban
fue preso entre la retama.

UN HERRERO: *(Murmurando.)* ¡Por el Honor de Dios! ¿Y éste es Bloom? Apenas representa treinta y un años.

UN PAVIMENTADOR Y COLOCADOR DE BALDOSAS: Ese de ahí es el famoso Bloom, el mayor reformador del mundo. ¡Fuera sombreros!

(Todos se descubren. Las mujeres cuchichean afanosas.)

UNA MILLONARIA: *(Ricamente.)* ¿No es realmente maravilloso?

UNA DAMA NOBLE: *(Noblemente.)* ¡Cuánto habrá visto ese hombre!

UNA FEMINISTA: *(Masculinamente.)* ¡Y hecho!

UN COLOCADOR DE CAMPANAS: ¡Qué rostro clásico! Tiene frente de pensador.

(Hace tiempo blumoso. Aparece una irrupción de sol al noroeste.)

EL OBISPO DE DOWN Y CONNOR: Aquí os presento a vuestro legítimo emperador-presidente y rey-primer-ministro, el serenísimo y poderosísimo y potentísimo señor de este reino. ¡Dios salve a Leopoldo Primero!

TODOS: ¡Dios salve a Leopoldo Primero!

BLOOM: *(Con dalmática y manto púrpura, al obispo de Down y Connor, con dignidad.)* Gracias, algo eminente señor.

WILLIAM, ARZOBISPO DE ARMAGH: *(Con estola morada y sombrero de teja.)* ¿Hará vuestro poder que la ley y la misericordia se lleven a cabo en todas vuestras decisiones en Irlanda y territorios a ella pertenecientes?

BLOOM: *(Poniéndose la mano derecha en los testículos, jura.)* Así haga conmigo el Creador. Todo eso prometo hacer.

MICHAEL, ARZOBISPO DE ARMAGH: *(Vierte una alcuza de brillantina por la cabeza de Bloom.) Gaudium magnum annuntio vobis. Habemos corneficem!* Leopoldo, Patricio, Andrés, David, Jorge, ¡sé ungido!

(Bloom asume un manto de tejido de oro y se pone un anillo con rubí. Asciende y queda de pie en la piedra del destino. Los Pares representativos se ponen al mismo tiempo su veintiocho coronas. Campanas de gozo resuenan en la iglesia de Cristo, de San Patricio, de San Jorge y en alegre Malahide. Los fuegos artificiales de la tómbola Mirus suben de todos los lados con dibujos simbólicos falopirotécnicos. Los Pares rinden homenaje, uno tras otro, acercándose y haciendo una genuflexión.)

LOS PARES: Me declaro vuestro vasallo en vida y cuerpo para servicio en esta tierra.

(Bloom levanta la mano derecha, en que refulge el diamante Koh-i-Noor. Su palafrén relincha. Silencio inmediato. Hay transmisores sin hilos intercontinentantes e interplanetarios preparados para la recepción del mensaje.)

BLOOM: ¡Súbditos míos! Por la presente nombramos Gran Visir hereditario a nuestro fiel corcel Cópula Félix, y anunciamos que en el día de hoy hemos repudiado a nuestra anterior esposa y hemos concedido nuestra real mano a la princesa Selene, esplendor de la noche.

(La anterior esposa morganática de Bloom es retirada apresuradamente en el coche celular. La princesa Selene, con manto azul lunar, una media luna de plata en la cabeza, desciende de una silla de manos portada por dos gigantes. Explosión de aclamaciones.)

JOHN HOWARD PARNELL: *(Levanta el estandarte real.)* ¡Ilustre Bloom! ¡Sucesor de mi famoso hermano!

BLOOM: *(Abraza a John Howard.)* Os damos gracias de corazón, John, por esta bienvenida verdaderamente regia a la verde Erín, la tierra prometida de nuestros comunes antepasados.

(Le ofrecen los fueros de la ciudad encarnados en un documento. Le dan las llaves de Dublín, cruzadas en un cojín carmesí. Él enseña a todos que lleva calcetines verdes.)

TOM KERNAN: Sois merecedor de ello, Excelencia.

BLOOM: En tal día, hace veinte años, derrotamos al enemigo hereditario en Ladysmith. Nuestros obuses y nuestros cañones-revólver sobre camellos actuaron sobre sus líneas con efecto impresionante. ¡Media legua adelante! ¡Atacan! ¡Todo está perdido ya! ¿Nos rendimos? ¡No! ¡Nos lanzamos contra ellos a rienda suelta! ¡Ved! ¡Atacamos! Desplegada a la izquierda, nuestra caballería ligera barrió a través las alturas de Plevna y, lanzando su grito de guerra, *Bonafide Sabaoth*, sableó a los artilleros sarracenos hasta el último hombre.

LA ASOCIACIÓN DE TIPÓGRAFOS DEL «FREEMAN»: ¡Muy bien, muy bien!

JOHN WYSE NOLAN: Éste es el hombre que hizo escapar a James Stephens.

UN CHICO DEL HOSPICIO: ¡Bravo!

UN VIEJO CIUDADANO: Sois el orgullo de vuestro país, señor, eso es lo que sois.

BLOOM: Mis amados súbditos, una nueva era va a alborear. Yo, Bloom, os digo muy de veras que ya está muy cercana. Sí, palabra de Bloom, no tardaréis en entrar en la ciudad de oro que ha de venir, la nueva Bloomusalén en la Nueva Hibernia del futuro.

(Treinta y dos obreros con rosetas en el ojal, de todos los condados de Irlanda, construyen la nueva Bloomusalén, bajo la dirección de Derwan el constructor. Es un edificio colosal, con techo de cristal, construido en forma de un gran riñón de cerdo, conteniendo cuarenta mil habitaciones. A medida, que se extiende, son demolidos varios edificios y monumentos. Oficinas del Gobierno se trasladan temporalmente a barracones del ferrocarril. Numerosas casas quedan arrasadas hasta el suelo. Sus habitantes se alojan en barriles y cajas, todos marcados en rojo con las letras L. B. Varios pobres caen de una escalera. Se derrumba una parte de las murallas de Dublín, cargadas de leales observadores.)

LOS OBSERVADORES: *(Expirando.) Morituri te salutant. (Mueren.)*

(Un hombre con macintosh *pardo sale de un salto a través de una trampilla. Señala a Bloom con un largo dedo.)*

EL HOMBRE DEL MACINTOSH: No crean ni una palabra de lo que diga. Ese hombre es Leopold M'Intosh, el famoso incendiario. Su verdadero nombre es Higgins.

BLOOM: ¡Disparad contra él! ¡Perro de cristiano! ¡Se acabó con M'Intosh!

(Un cañonazo. Desaparece el hombre del macintosh. *Bloom con el cetro derriba amapolas. Se da noticia de las muertes inmediatas de muchos poderosos enemigos, ganaderos, diputados del Parlamento, miembros de comisiones permanentes. La guardia personal de Bloom distribuye limosnas de Jueves Santo, medallas conmemorativas, panes y peces, insignias de templanza, caros cigarros Henry Clay,*

huesos de vaca gratuitos para sopa, preservativos de goma, en sobres cerrados sellados con hilo de oro, caramelos blandos, roca de piña, billets doux *en forma de tricornio, trajes de confección, sartenadas de tortillas con embutidos, botellas de desinfectante Jeyes, vales para compras, indulgencias de 40 días, monedas falsas, salchichas de cerdo cebado en granja, pases para el teatro, billetes de temporada válidos para todas las líneas de tranvías, cupones de la Lotería con privilegio real de Hungría, bonos para comidas de un penique, reimpresiones baratas de los Doce Peores Libros del Mundo: Froggy y Fritz (político), Cuidado del Niño (infantílico), 50 Comidas por 7 Chelines y 6 Peniques (culínico), ¿Fue Jesús un Mito Solar? (histórico), Expulse ese Dolor (médico), Compendio Infantil del Universo (cósmico), A Carcajearse Todos (hilárico), Vademécum del Agente de Publicidad (periodístico), Cartas de Amor de la Madre Asistente (erótico), Quién es Quién en el Espacio (ástrico), Canciones que nos Llegaron al Corazón (melódico), Cómo Hacerse Rico, por el Doctor Tacaño (parsimónico). Tumulto y rebatiña general. Mujeres se adelantan para tocar la orla del manto de Bloom. Lady Gwendolen Dubedat se abre paso a través de la turba, salta hasta el caballo y le besa en ambas mejillas entre grandes aclamaciones. Se toma una foto con fogonazo de magnesio. Se levantan en alto niñitos y lactantes.)*

LAS MUJERES: ¡Padrecito! ¡Padrecito!

LOS NIÑITOS Y LACTANTES:

Palmas palmitas que Poldy vendrá,
y trae pastelitos a Leo na' más.

(Bloom, inclinándose, le da una suave metida en la tripa al Nene Boardman.)

NENE BOARDMAN: *(Hipando, con la leche cuajada saliéndole por la boca.)* Ajojojó.

BLOOM: *(Estrechando la mano a un muchacho ciego.)* ¡Mi más que Hermano! *(Pone los brazos en los hombros de una anciana pareja.)* ¡Mis queridos viejos amigos! *(Juega a las cuatro esquinas con niños y niñas andrajosos.)* ¿Me da usté lumbre? *(Pasea a unos gemelos en un cochecito.)*

Aserrín aserrán las campanas de San Juan. *(Realiza trucos de ilusionista, sacando de la boca pañuelos de seda rojos, naranja, amarillos, verdes, azules, índigo y violeta.)* Roygbiv, 32 pies por segundo. *(Consuela a una viuda.)* La ausencia hace más joven al corazón. *(Danza la jiga escocesa con piruetas grotescas.)* ¡Patas a lo alto, bribones! *(Besa las llagas de cama a un veterano paralítico.)* ¡Honrosas heridas! *(Echa la zancadilla a un policía gordo.)* V. E.: ve. *(Cuchichea al oído de una camarera ruborosa y se ríe bondadosamente.)* ¡Ah, pillina, pillina! *(Se come un nabo crudo que le ofrece Maurice Butterly, granjero.)* ¡Muy bueno! ¡Espléndido! *(Rehúsa aceptar los tres chelines que le ofrecía Joseph Hynes, periodista.)* ¡De ningún modo, querido compañero! *(Entrega su gabán a un mendigo.)* Acéptelo por favor. *(Toma parte en una carrera sobre la tripa con ancianos tullidos de ambos sexos.)* ¡Vamos allá, muchachos! ¡A retorcerse, chicas!

EL CIUDADANO: *(Sofocado de la emoción, enjuga una lágrima con su bufanda verde.)* ¡El buen Dios le bendiga!

(Suenan los cuernos de carnero imponiendo silencio. Se iza el estandarte de Sión.)

BLOOM: *(Se quita el manto majestuosamente, revelando obesidad, y desenrolla un papel que lee solemnemente.)* Aleph Beth Ghimel Daleth Hagadah Tephilim Kosher Yom Kippur Hanukah Roschaschana Beni Brith Bar Mitzvah Mazzoth Askenazim Meshuggah Talith.

(Jimmy Henry, vicesecretario municipal, lee la traducción oficial.)

JIMMY HENRY: Queda inaugurado ahora el Tribunal de Conciencia. Su Muy Católica Majestad administrará ahora justicia al aire libre. Asesoría médica y legal gratuita, solución de jeroglíficos y otros problemas. Todos cordialmente invitados. Dado en esta nuestra leal ciudad de Dublín en el año I de la Era Paradisíaca.

PADDY LEONARD: ¿Qué tengo que hacer con mis impuestos y tasas?

BLOOM: Pagarlos, amigo mío.

PADDY LEONARD: Gracias.

NOSEY FLYNN: ¿Puedo obtener una hipoteca sobre mi seguro de incendios?

BLOOM: *(Inexorablemente.)* Señor, tenga en cuenta que conforme a la ley de agravios queda usted condenado a pagar la suma de cinco libras en un término de seis meses bajo caución.

J. J. O'MOLLOY: ¿Un Daniel, dije? ¡No! ¡Un Peter O'Brien!

NOSEY FLYNN: ¿De dónde saco las cinco libras?

PISSER BURKE: ¿Para molestias de vejiga?

BLOOM:

Acid. nit. hydrochlor. dil., 20 gotas.
Tinct. mix. vom., 4 gotas.
Extr. taraxel. lig., 30 gotas.
Aq. dis. ter in die.

CHRIS CALLINAN: ¿Cuál es la paralaje de la eclíptica subsolar de Aldebarán?

BLOOM: Encantado de tener noticias suyas, Chris. K. 11.

JOE HYNES: ¿Por qué no está de uniforme?

BLOOM: Cuando mi progenitor de santa memoria llevaba el uniforme del déspota austríaco en una húmeda prisión, ¿dónde estaba el tuyo?

BEN DOLLAR: ¿Pensamientos?

BLOOM: Embellecen (hermosean) jardines de las afueras.

BEN DOLLARD: ¿Y cuando nacen gemelos?

BLOOM: El padre (pater, papá) empieza a cavilar.

LARRY O'ROURKE: Una licencia de ocho días para mi nuevo local. Usted me recordará, Sir Leo, cuando estaba usted en el número siete. Le haré mandar una docena de cerveza negra para la señora.

BLOOM: *(Fríamente.)* No tengo el gusto. Lady Bloom no acepta regalos.

CROFTON: Esta sí que es una fiesta.

BLOOM: *(Solemnemente.)* Usted la llama una fiesta. Yo la llamo un sacramento.

ALEXANDER LLAVEES: ¿Cuándo vamos a tener nuestra propia Casa de las Llaves?

BLOOM: Estoy a favor de la reforma de la moral municipal y a favor de los diez mandamientos puros y simples. Nuevos mundos en lugar de los viejos. Unión de todos, judíos, musulmanes y

gentiles. Una hectárea y una vaca para todos los hijos de la naturaleza. Coches fúnebres modelo berlina. Trabajo manual obligatorio para todos. Todos los parques abiertos al público día y noche. Lavaplatos eléctricos. La tuberculosis, la locura, la guerra y la mendicidad deben cesar inmediatamente. Amnistía general, carnaval todas las semanas, con las licencias del enmascaramiento, gratificaciones para todos, esperando, fraternidad universal. Se acabó el patriotismo de los políticos de taberna y de los impostores hidrópicos. Dinero libre, amor libre y una iglesia laica libre en un estado laico libre.

O'MADDEN BURKE: Zorro libre en gallinero libre.

DAVY BYRNE: *(Bostezando.)* ¡Iiiiiiiaaaaaaa!

BLOOM: Razas mixtas y matrimonio mixto.

LENEHAN: ¿Y qué tal baños mixtos?

(Bloom explica a los que están cerca de él sus proyectos para la regeneración social. Todos están de acuerdo con él. Aparece el conservador del museo de la calle Kildare, tirando de un carro en que van las estatuas tambaleantes de diversas diosas desnudas, Venus Calipigia, Venus Pandemos, Venus Metempsicosi, y figuras de escayola, también desnudas, representando a las nuevas nueve musas, Comercio, Música de Ópera, Amor, Publicidad, Manufactura, Libertad de Expresión, Sufragio Universal, Gastronomía, Higiene Íntima, Conciertos Recreativos en la Playa, Parto sin Dolor y Astronomía para el Pueblo.)

PADRE FARLEY: Es un episcopaliano, un agnóstico, un cualquiercosita que trata de subvertir nuestra santa fe.

SEÑORA RIORDAN: *(Rompe su testamento.)* ¡Me ha decepcionado usted! ¡Malvado!

ABUELA GROGAN: *(Se quita una bota para tirársela a Bloom.)* ¡Bestia! ¡Hombre abominable!

NOSELY FLYNN: A ver, Bloom, una melodía. Una de las dulces canciones viejas.

BLOOM: *(Con humorismo contagioso.)*

Juré que nunca la dejaría
y ella ha mostrado su gran falsía.
Con el tralará tralará tralará tralará.

HOLOGAN EL COJITO: ¡El buen viejo Bloom! No hay otro como él, después de todo.

PADDY LEONARD: ¡Irlandés de teatro!

BLOOM: ¿Qué ópera de carril se parece a una línea de tranvía en Gibraltar? La Rows de Casteela. *(Risas.)*

LENEHAN: ¡Plagiario! ¡Abajo Bloom!

LA SIBILA VELADA: *(Entusiásticamente.)* Yo soy bloomista y me glorio de ello. Creo en él a pesar de todo. Daría mi vida por él, el hombre más gracioso del mundo.

BLOOM: *(Guiña el ojo a los circunstantes.)* Apuesto a que es una chica como es debido.

THEODORE PUREFOY: *(Con gorra de pescar y chaqueta impermeable.)* Emplea un recurso mecánico para frustrar los sagrados objetivos de la naturaleza.

LA SIBILA VELADA: *(Se apuñala.)* ¡Mi héroe y dios! *(Muere.)*

(Muchas mujeres muy atractivas y entusiastas se suicidan también, apuñalándose, ahogándose, tomando ácido prúsico, acónito, arsénico, abriéndose las venas, rehusando el alimento, lanzándose bajo apisonadoras, desde lo alto de la Columna de Nelson, al gran tonel de la fábrica de cerveza Guinness, asfixiándose con la cabeza dentro de hornos de gas, colgándose de elegantes ligas, saltando por ventanas de diferentes pisos.)

ALEXANDER J. DOWIE: *(Con violencia.)* Compañeros cristianos y antibloomistas, ese hombre llamado Bloom viene de las raíces del infierno, una deshonra para la cristiandad. Libertino demoníaco desde sus más tempranos años, este hediondo chivo de Mendes dio precoces señales de depravación infantil, que recordaban las ciudades de la llanura, con una anciana disoluta. Este vil hipócrita, endurecido en la infamia, es el toro blanco mencionado en el Apocalipsis. Adorador de la Mujer Escarlata, la intriga es el aire mismo que alientan sus narices. Los haces de leña de la pira y el caldero de agua hirviendo son para él. ¡Calibán!

LA MASA: ¡Linchadle! ¡Asadle! Es tan malo como Parnell. ¡Señor Zorro!

(La Abuela Grogan le tira el zapato a Bloom. Varios tenderos de la calle Dorset, alta y baja, tiran objetos de poco o ningún valor comercial, huesos de jamón, botes de leche condensada, coles invendibles, pan mohoso, colas de carnero, recortes de tocino.)

BLOOM: *(Con excitación.)* Ésta es locura de una noche de verano, alguna broma macabra, otra vez. ¡Por los cielos, soy tan inocente como la nieve no tocada por el sol! Fue mi hermano Henry. Es mi doble. Vive en Dolphin's Barn, número 2. La calumnia, esa víbora, me ha acusado erróneamente. Conciudadanos míos, *sgenl inn ban bata coisde gan capall.* Apelo a mi viejo amigo, doctor Malachi Mulligan, especialista en sexología, para que preste testimonio médico a mi favor.

DR. MULLIGAN: *(Con chaquetón de cuero y gafas verdes de automovilista en la frente.)* El Dr. Bloom es bisexualmente anormal. Se ha escapado recientemente del asilo particular del Dr. Eustace para caballeros con enfermedades mentales. Hijo espúreo, ofrece epilepsia hereditaria, consecuencia de la lujuria sin riendas. Se han descubierto entre sus antepasados huellas de elefantiasis. También hay un ambidextrismo latente. Está prematuramente calvo por vicios solitarios, y, en consecuencia, es pervertidamente idealista, libertino arrepentido, y tiene dientes metálicos. A consecuencia de un complejo de familia, ha perdido temporalmente la memoria y creo que se ha pecado contra él más de lo que él ha pecado. He practicado un examen pervaginal, y previa aplicación de reactivo ácido a 5427 pelos anuales, axilares, pectorales y púbicos le declaro *virgo intacta. (Bloom se tapa los órganos genitales con su sombrero alta calidad.)*

DR. MADDEN: También hay una marcada hipospadia. En interés de las generaciones venideras, aconsejo que las partes afectadas se conserven en espíritu de vino en el Museo Teratológico Nacional.

DR. CROTTERS: He examinado la orina del paciente.

Es albuminoidea. La salivación es insuficiente, el reflejo patelar es intermitente.

DR. PUNCH COSTELLO: El *fetor judaicus* es muy perceptible.

DR. DIXON: *(Leyendo un informe médico.)* El Profesor Bloom es un ejemplo acabado del nuevo hombre femenil. Su naturaleza moral es sencilla y amable. Muchos le han encontrado hombre excelente, una gran persona. En conjunto, es un tío bastante raro, tímido pero no débil de mente en sentido médico. Ha escrito una carta realmente hermosa, un poema en sí misma, al delegado judicial de la Sociedad Protectora de Curas Arrepentidos, que lo pone todo en claro. Es prácticamente un abstemio total y puedo afirmar que duerme en yacija de paja y come el alimento más espartano, guisantes secos en frío. Lleva una camisa de pelo, invierno y verano, y se azota todos los sábados. Tengo entendido que durante algún tiempo estuvo en el Reformatorio Glencree como delincuente de primera. Otro informe señala que fue hijo muy póstumo. Apelo a vuestra clemencia en nombre de la palabra más sagrada que nuestros órganos vocales hayan sido llamados jamás a pronunciar: Va a ser madre.

(Conmoción y compasión general. Hay mujeres que se desmayan. Un rico americano hace una colecta callejera a favor de Bloom. Rápidamente se recogen monedas de oro y plata, cheques bancarios, billetes, joyas, bonos del tesoro, letras de cambio a punto de vencer, pagarés, anillos matrimoniales, cadenas de reloj, medallones, collares y pulseras.)

BLOOM: ¡Ah, tengo tantos deseos de ser madre!

SEÑORA THORTON: *(Con bata de enfermera.)* Abráceme fuerte. Sea valiente. Pronto habrá pasado. Fuerte, sin miedo.

(Bloom la abraza fuerte y da a luz ocho niños amarillos y blancos. Aparecen en una escalinata con alfombra roja adornada de plantas caras. Son todos muy guapos, con valiosas caras metálicas, bien formados, respetablemente vestidos y con buenos modales, hablando fluidamente cinco lenguas moder-

nas e interesados en diversas artes y ciencias. Cada cual lleva su nombre estampado en letras bien legibles en la pechera de la camisa: Nasodoro, Goldfinger, Chrysóstomos, Maindorée, Silversmile, Silberselber, Vifargent, Panargyros. Inmediatamente son designados para puestos de alta responsabilidad pública en diversos países como directores técnicos de bancos, jefes de movimiento de compañías ferroviarias, presidentes de sociedades de responsabilidad limitada, vicepresidentes de cadenas hoteleras.)

UNA VOZ: Bloom, ¿eres el Mesías Ben Josef o Ben David?

BLOOM: *(Oscuramente.)* Tú lo has dicho.

HERMANO ZUMBÓN: Entonces haz un milagro.

BANTAM LYONS: Profetiza quién ganará el premio Saint Leger.

(Bloom camina sobre una red, se cubre el ojo izquierdo con la oreja izquierda, atraviesa varias paredes, trepa a la Columna de Nelson, colgándose del borde superior por los párpados, se come doce docenas de ostras —conchas incluidas—, cura a diversos pacientes de escrófulas, contrae la cara hasta parecerse a diversos personajes históricos, Lord Beaconsfield, Lord Byron, Wat Tyler, Moisés de Egipto, Moisés Maimónides, Henry Irving, Rip van Winkle, Kossuth, Jean Jacques Rousseau, el Barón Leopold Rothschild, Robinsón Crusoe, Sherlock Holmes, Pasteur; vuelve ambos pies a la vez en diferentes direcciones, ordena a la marea volver atrás, eclipsa el sol extendiendo el meñique.)

BRINI, NUNCIO PAPAL: *(Con uniforme de zuavo pontificio, coraza de acero, brazales, quijotes, canilleras, grandes bigotes profanos y mitra de papel de estraza.) Leopoldi autem generatio.* Moisés engendró a Noé y Noé engendró a Eunuco y Eunuco engendró a O'Halloran y O'Halloran engendró a Guggenheim y Guggenheim engendró a Agendath y Agendath engendró a Netaím y Netaím a Le Hirsch y Le Hirsch engendró a Jesurum y Jesurum engendró a MacKay y MacKay engendró a Ostrolopsky y Ostrolopsky engendró a Smerdoz y Smerdoz en gendró a Weis y Weis engendró a Schwarz y Schwarz engendró a Adrianopoli y Adrianopoli engendró a Aranjuez y Aranjuez en-

gendró a Lewy Lawson y Lewy Lawson engendró a Ichabudonosor e Ichabudonosor engendró a O'Donell Magnus y O'Donell Magnus engendró a Christbaum y Christbaum engendró a Ben Maimun y Ben Maimun engendró a Dusty Rhodes y Dusty Rhodes engendró a Benamor y Benamor engendró a Jones-Smith y Jones-Smith engendró a Savorgnanovich y Savorgnanovich engendró a Jasperstone y Jasperstone engendró a Vingtetunieme y Vingtetunieme engendró a Szombathely y Szombathely engendró a Virag y Virag engendró a Bloom *et vocabitur nomen eius Emmanuel.*

UNA MANO DE MUERTO: *(Escribe en la pared)* Bloom es un merluzo.

UNA LADILLA: *(Vestida de guardabosques.)* ¿Qué hacías en el cobertizo de ganado detrás de Kilbarrack?

UNA NIÑITA: *(Sacudiendo un sonajero.)* ¿Y debajo del puente de Ballybough?

UN ACEBO: ¿Y en el Barranco del Diablo?

BLOOM: *(Enrojece furiosamente desde la frente a las nalgas, con tres lágrimas cayéndole del ojo izquierdo.)* Dejad en paz mi pasado.

LOS APARCEROS IRLANDESES EXPULSADOS: *(Con jubones, calzones hasta la rodilla y cachiporras de feria de Donnybrook.)* ¡A latigazos con él!

(Bloom, con orejas de burro, se sienta en la picota con los brazos cruzados, los pies sobresaliendo. Silba Don Giovanni, a cenar teco. *Algunos huérfanos de Artane, de la mano, dan vueltas en coro a su alrededor. Unas niñas de la Misión de Asistencia de Prisiones, de la mano, dan vueltas en corro en dirección opuesta.)*

LOS HUÉRFANOS DE ARTANE:

Puerco aquí, perro allá,
crees que todas te querrán.

LAS NIÑAS DE LA MISIÓN DE ASISTENCIA DE PRISIONES:

Si usted le ve
dígale que
si quiere té
se lo daré.

MATASIETE: *(Con efod y gorra de caza, anuncia.)* Y cargará sobre sí los pecados del pueblo y los llevará a Azazel, el espíritu que mora en el desierto, y a Lilith, la bruja de la noche. Y le lapidarán y le mancharán, en verdad, todos los de Agendath Netaím y los de Mizraím, la tierra de Cam.

(Todo el pueblo tira a Bloom piedras blandas de teatro. Muchos viajeros de buena fe y perros sin amo se acercan a él y le ensucian. Se aproximan Mastiansky y Citron, con gabardinas judías y largos rizos sobre las orejas. Agitan sus barbas hacia Bloom.)

MASTIANSKY Y CITRON: ¡Belial! ¡Laemlein de Istria! ¡Falso Mesías! ¡Abulafia!

(George S. Mesias, sastre de Bloom, con una plancha de sastrería bajo el brazo, aparece, presentando una factura.)

MESIAS: Por arreglo de unos pantalones once chelines.

BLOOM: *(Se frota las manos, animado.)* Igual que en los viejos tiempos. ¡Pobre Bloom! *(Reuben J. Dodd, Iscariote de barba negra, mal pastor, llevando sobre los hombres el cadáver de su hijo ahogado, se acerca a la picota.)*

REUBEN J.: *(Susurra roncamente.)* Se fastidió todo. Algún chivato ha ido a buscar a los polizontes. Agarremos el primer tren.

LOS BOMBEROS: ¡Praaa!

HERMANO ZUMBÓN: *(Inviste a Bloom de un hábito amarillo con bordados de llamas pintadas y un gorro alto en punta. Le cuelga al cuello una bolsa de pólvora y le entrega al brazo secular, diciendo.)* Perdonadle sus pecados. *(El teniente Myers, del Cuerpo de Bomberos de Dublín, a petición general, prende fuego a Bloom. Lamentos.)*

EL CIUDADANO: ¡Gracias a Dios!

BLOOM: *(Con túnica inconsútil marcada I. H. S., se yergue entre llamas de fénix.)* No lloréis por mí, oh hijas de Erín.

(Muestra a los periodistas de Dublín huellas de quemaduras. Las hijas de Erín, con ropajes negros,

grandes libros de oraciones y largas velas encendidas en la mano, se arrodillan y rezan.)

LAS HIJAS DE ERÍN:

Riñón de Bloom, ruega por nosotras.
Flor del Baño, ruega por nosotras.
Mentor de Menton, ruega por nosotras.
Agente del *Freeman*, ruega por nosotras.
Masón Caritativo, ruega por nosotras.
Jabón Errante, ruega por nosotras.
Dulzuras del Pecado, ruega por nosotras.
Música sin Palabras, ruega por nosotras.
Rechazador del Ciudadano, ruega por nosotras.
Amigo de las Ropas Interiores, ruega por nosotras.
Comadrona Misericordiosa, ruega por nosotras.
Patata Preservadora de la Peste y la Pelagra, ruega por nosotras.

(Un coro de seiscientas voces, dirigido por el señor Vincent O'Brien, canta el Alleluia, *acompañado al órgano por Joseph Glynn. Bloom queda mudo, encogido, carbonizado.)*

ZOE: Habla y no pares hasta que se te ponga negra la cara.

BLOOM: *(Con sombrero irlandés y pipa de barro metida en la faja, zapatones polvorientos, un hatillo de emigrante, envuelto en un pañuelo rojo, en la mano, tirando, con un cordel de esparto, de un cerdo color negro turba, una sonrisa en los ojos.)* Permitidme marchar ahora, ama de la casa, pues, por todos los chivos de Connemara, que me van a echar una peluca de padre y muy señor mío. *(Con lágrimas en los ojos.)* Locura todo. Patriotismo, dolor por los muertos, música, futuro de la raza. Ser o no ser. Se acabó el sueño de la vida. Acabarla en paz. Ellos pueden seguir viviendo. *(Mira a lo lejos tristemente.)* Estoy destruido. Unas pocas pastillas de acónito. Las persianas bajadas. Una carta. Entonces tenderme a descansar. *(Respira suavemente.)* Basta ya. He vivido. Adiós. Adiós para siempre.

ZOE: *(Secamente, el dedo en la cinta al cuello.)* ¿En serio? Hasta la próxima vez. *(Mueca burlona.)*

Imagino que te levantaste de la cama con mal pie o que te corriste antes de tiempo con tu mejor amiguita. Vamos, sé leerte el pensamiento.

BLOOM: *(Con amargura.)* Hombre y mujer, amor, ¿qué es? Un tapón y una botella.

ZOE: *(De morros, repentinamente.)* No puedo aguantar a un vicioso hipócrita. Hay que jugar limpio con una jodida puta.

BLOOM: *(Arrepentido.)* Soy muy desagradable. Eres un mal necesario. ¿De dónde eres? ¿De Londres?

ZOE: *(Charlatana.)* De Norton's Hog, donde los cerdos tocan el órgano. He nacido en Yorkshire. *(Le agarra la mano que le palpa el pezón.)* A ver, periquito hermanito. Deja eso, y empieza con algo peor. ¿Tienes dinero para uno rápido? ¿Diez chelines?

BLOOM: *(Sonríe, asiente lentamente.)* Más, hurí, más.

ZOE: ¿Y algo más que más? *(Le da golpecitos, desenvuelta, con zarpas de terciopelo.)* ¿Vienes al salón de música a ver nuestra pianola nueva? Ven y me pongo en cueros.

BLOOM: *(Tocándose el occipucio, dudoso, con el horrible aburrimiento de un vagabundo absorto en la visión de un bello ejemplo de simetría.)* Alguien tendría muchos celos si lo supiera. El monstruo de ojos verdes. *(En serio.)* Ya sabes qué difícil es. No necesito decírtelo.

ZOE: *(Halagada.)* Ojos que no ven corazón que no siente. *(Le da golpecitos.)* ¡Ven!

BLOOM: ¡Risueña brujita! La mano que mece la cuna.

ZOE: ¡Nenito!

BLOOM: *(En pelele de niño y toquilla, cabezudo, con un casquete de pelo oscuro, fija unos grandes ojos en la fluida combinación de ella y le cuenta sus hebillas de bronce con un dedito regordete, babeando y balbuceando con su lengua húmeda.)* Uno dos tles: tles dlos luno.

LAS HEBILLAS: Me quiere. No me quiere. Me quiere.

ZOE: El que calla otorga. *(Con pequeñas garras abiertas le captura la mano: su índice le da en la palma la contraseña de paso del enviado secreto, seduciéndole para su condenación.)* Manos calientes molleja fría.

(El vacila, entre aromas, música, tentaciones. Ella

le lleva hacia los escalones, atrayéndole con el olor de sus sobacos, el vicio de sus ojos pintados, el crujir de su combinación en cuyos pliegues acecha el hedor leonino de todos los brutales machos que la han poseído.)

LOS BRUTALES MACHOS: *(Exhalando sulfuro de celo y de excremento y rampando por su leonera con leves rugidos, las cabezas drogadas balanceándose a un lado y a otro.)* ¡Buena!

(Zoe y Bloom llegan al umbral, donde están sentadas dos compañeras putas. Ellas le examinan curiosamente por debajo de sus cejas de lápiz y sonríen a su apresurada inclinación. El tropieza torpemente.)

ZOE: *(Su mano afortunada le salva al instante.)* ¡Aúpa! No te caigas escaleras arriba.

BLOOM: El justo cae siete veces. *(Se echa a un lado en el umbral.)* Usted primero: eso es la buena educación.

ZOE: Las señoras primero, los caballeros después.

(Cruza el umbral. El vacila. Ella se vuelve y, extendiendo las manos, le atrae adentro. El da un brinco. En el perchero de cuernos de ciervo del vestíbulo, cuelgan un sombrero de hombre y un impermeable. Bloom se descubre pero, al verlos, frunce el ceño, luego sonríe, preocupado. Se abre de golpe una puerta en el descansillo del entresuelo. Un hombre de camisa violeta, pantalones grises y calcetines pardos, pasa, con andares de mono, levantando la cabeza calva y la barbita de chivo y agarrando un cántaro lleno de agua, con las dos colas de los tirantes negros colgándole hasta los talones. Volviendo la cara rápidamente, Bloom se inclina para examinar en la mesita de la entrada los ojos perrunos de un zorro a la carrera: luego, resoplando con la cabeza alta, sigue a Zoe al salón de música. Una pantalla de papel de seda malva atenúa la luz de la lámpara. Dando vueltas alrededor de ella, vuela una polilla, chocando, escapando. El suelo está cubierto de linóleum en mosaico de romboides, jade, azul celeste y cinabrio. Hay huellas marcadas en él, en todas direcciones, talón con talón, talón con arco, dedos con dedos, pies juntos, una danza morisca de pies chancleteantes sin fantasmas de cuerpos, todos en un enredo de ir y venir. Las paredes están revestidas de un papel con

matas de tejo y claros abiertos. En la rejilla de la chimenea se extiende una pantalla de plumas de faisán. Está Lynch, acurrucado, con las piernas cruzadas, sobre el pelo enredado de la alfombra de delante de la chimenea, con la gorra lo de atrás delante. Con una varilla lleva el compás lentamente. Kitty Ricketts, una pálida puta huesuda en traje azul marino, guantes de cabritilla doblados para dejar ver un brazalete de coral, un bolso con cadena en la mano, está sentada, encaramada en el borde de la mesa, balanceando la pierna y echándose ojeadas en el espejo del marco dorado sobre la chimenea. Una punta del cordón del corsé le cuelga ligeramente por debajo de la chaqueta. Lynch señala burlonamente a la pareja al piano.)

KITTY: *(Tose detrás de una mano.)* Ésa es un poco imbécil. *(Señala agitando el índice.)* Blemblem. *(Lynch le levanta la falda y la enagua blanca con su varilla. Ella se las vuelve a bajar rápidamente.)* Respétese a sí mismo. *(Hipa, luego se inclina de su pelo, rojo de alheña.)* ¡Ah, perdón!

ZOE: Más luz de candilejas, Charley. *(Va a la lámpara y abre el gas a tope.)*

KITTY: *(Observando el chorro de gas.)* ¿Qué le ocurre esta noche?

LYNCH: *(Con voz profunda.)* Entran en escena un duende y gnomos.

ZOE: Una palmada en la espalda a Zoe.

(La vara en la mano de Lynch lanza chispas: un atizador de latón. Stephen está junto a la pianola, sobre la cual se extienden su sombrero y su bastón de fresno. Con dos dedos, repite una vez más la serie de quintas vacías. Florry Talbot, una puta rubia, débil y de carnes de ganso, con una bata deshilachada de color fresa enmohecida, está repantigada en la esquina del sofá, con su flojo antebrazo colgando sobre el cabezal, escuchando. Un pesado orzuelo le desborda sobre el párpado soñoliento.)

KITTY: *(Hipa otra vez, con una patada de su pie caballuno.)* ¡Ah, perdón!

ZOE: *(Prontamente.)* Tu muchacho piensa en ti. Hazte un nudo en la camisa.

(Kitty Ricketts inclina la cabeza. Su boá se desenrolla, se desliza, se le resbala por el hombro, espalda, brazo, silla hastà el suelo. Lynch levanta en su varilla la rizada oruga. Ella serpentea el cuello, acomodándose como en un nido. Stephen lanza atrás ojeadas hacia la figura acurrucada con la gorra lo de atrás delante.)

STEPHEN: En realidad no tiene importancia si Benedetto lo encontró o lo hizo. El rito es el reposo del poeta. Puede ser un viejo himno a Deméter o también ilustrar *Cœla enarrant gloriam Domini.* Es susceptible de nodos o modos tan diversos entre sí como el hiperfrigio y el mixolidio y de textos tan divergentes como sacerdotes armando gresca alrededor del altar de David o sea de Circe o qué estoy diciendo de Ceres y la información de primerísima mano dada por David a su primer fagotista sobre su omnipotencia. *Mais, nom de nom,* eso es harina de otro costal. *Jetez la gourme. Faut que jeunesse se passe. (Se detiene, señala a la gorra de Lynch, sonríe, ríe.)* ¿En qué lado tienes el chichón del conocimiento?

LA GORRA: *(Con esplín saturnino.)* ¡Bah! Es así porque es así. Razonamiento de mujer. Judigriego es grieguijudío. Los extremos se tocan. La muerte es la forma más alta de la vida. ¡Bah!

STEPHEN: Tú recuerdas con bastante precisión todos mis errores, jactancias, equivocaciones. ¿Hasta cuándo seguiré cerrando mis ojos a la deslealtad? ¡Piedra de afilar!

LA GORRA: ¡Bah!

STEPHEN: Ahí te va otra. *(Frunce el ceño.)* La razón es porque la tónica y la dominante están separadas por el mayor intervalo posible que...

LA GORRA: ¿Qué? Termina. No puedes.

STEPHEN: *(Con un esfuerzo.)* Intervalo que. Es la mayor elipse posible. Correspondiente a. El retorno definitivo. La octava. Que.

LA GORRA: ¿Qué?

(Fuera, el gramófono empieza a trompetear La Ciudad Santa.*)*

STEPHEN: *(Bruscamente.)* Lo que se fue hasta los confines del mundo para no atravesarse a sí mis-

mo. Dios, el sol, Shakespeare, un viajante de comercio, habiéndose en realidad atravesado a sí mismo, llega a ser ese sí mismo. Espera un momento. Espera un segundo. Maldito ruido de ese tío en la calle. Ese sí mismo que ello mismo estaba ineluctablemente precondicionado para llegar a ser. *Ecco!*

LYNCH: *(Con un relincho burlón de risa, hace una mueca a Bloom y Zoe Higgins.)* Vaya un discurso sabio, ¿eh?

ZOE: *(Vivamente.)* Dios te ampare, éste sabe más de lo que tú has olvidado.

(Florry Talbot observa a Stephen con obesa estupidez.)

FLORRY: Dicen que el fin del mundo vendrá este verano.

KITTY: ¡No!

ZOE: *(Estalla en risa.)* ¡Gran Dios injusto!

FLORRY: *(Ofendida.)* Bueno, lo decían los periódicos, lo del Anticristo. Ay, me pica el pie.

(Muchachos andrajosos vendiendo periódicos, tiran de una cometa de cola agitada, y pasan pataleando y chillando.)

LOS VENDEDORES DE PERIÓDICOS: Edición extraordinaria. Resultado de las carreras de caballos de tío vivo. Serpiente marina en un canal real. Llegada del Anticristo sin novedad.

(Stephen se vuelve y ve a Bloom.)

STEPHEN: Un tiempo, unos tiempos y medio tiempo.

(Reuben J. Anticristo, judío errante, una mano rapaz abierta sobre el espinazo, avanza cojeando. A través de los riñones le cuelga una alforja de peregrino de que sobresalen pagarés y letras protestadas. En lo alto, sobre el hombro, lleva un largo bichero de barca de cuyo gancho pende la masa informe y empapada de su único hijo, salvado de las aguas de Liffey, colgando por el fondillo de los pantalones. Un gnomo a imagen de Punch Costello, coxálgico, jorobado, hidrocefálico, prognático, con frente huidiza y nariz a lo Ally Slopper, se revuelca en volteretas a través de la oscuridad creciente.)

TODOS: ¿Qué?

EL GNOMO: *(Castañeteando las mandíbulas, brinca de un lado para otro, con los ojos saltones, chillando, dando saltos de canguro, extendiendo sus brazos aferrantes, y luego de repente, se mete la cara sin labios por la ingle entre los muslos.) Il vient! C'est moi! L'homme qui rit! L'homme primigène! (Da vueltas en remolino con aullidos de derviche.) Sieurs et dames, faites vos jeux! (Se acurruca haciendo juegos de manos. Diminutos planetas-ruletas vuelan de sus manos.) Les jeux sont faits! (Los planetas se precipitan a la vez, lanzando chasquidos crepitantes.) Rien n'va plus. (Los planetas, globos en suspenso, se hinchan y el viento se los lleva. Él da un salto al vacío.)*

FLORRY: *(Hundiéndose en sopor, se santigua a escondidas.)* ¡El fin del mundo!

(Se desprende de ella un tibio efluvio femenino. Una oscuridad nebulosa ocupa el espacio. Fuera, a través de la niebla a la deriva, el gramófono sigue estrepitando por encima de toses y roces de pies.)

EL GRAMÓFONO: ¡Jerusalén!
Abre tus puertas y canta
Hosanna...

(Un cohete sube rápidamente al cielo y estalla. De él cae una estrella blanca, proclamando la consumación de todas las cosas y la segunda venida de Elías. A lo largo de una infinita cuerda invisible, tendida desde el cenit al nadir, el Fin del Mundo, un pulpo de dos cabezas con falda escocesa de gastador, gorro de pelo y filibeg de tartán, da vueltas a través de la bruma, patas arriba, en forma de las Tres Piernas del Hombre.)

EL FIN DEL MUNDO: *(Con acento escocés.)* ¿Quién va a la ronda, la ronda, la ronda?

(Por encima de la corriente a la deriva y de los sofocantes golpes de tos, estalla en lo alto la voz de Elías, áspera como graznido de cuervo. Se le ve, sudando en una amplia sobrepelliz de lino con mangas de embudo, con cara de sacristán, en lo alto de una tribuna drapeada con la bandera de las viejas glorias. Golpea con el puño el parapeto.)

ELÍAS: Nada de rebuznos, por favor, en este local. Jake Crane, Creole Sue, Dave Campbell, Abe

Kirschner, arreglároslas para toser con la boca cerrada. A ver, soy yo el que controlo todos los teléfonos de esta línea. Venga ya, muchachos. La hora de Dios es las 12 y 25. Decidle a mamá que estaréis allí. Haced vuestro pedido con urgencia y seguro que os sale el as. ¡Apuntarse aquí ahora mismo! Tomad billete para el enlace de la Eternidad, el viaje sin parada. Una palabra más. ¿Sois un dios o una mierda de perro? Si llega la Segunda Venida a Coney Island, ¿estamos preparados? Florry Cristo, Stephen Cristo, Zoe Cristo, Bloom Cristo, Kitty Cristo, Lynch Cristo, es asunto vuestro daros cuenta de esa fuerza cósmica. ¿Os da canguelo el cosmos? No. Estad del lado de los ángeles. Sed un prisma. Tenéis algo dentro, el yo superior. Podéis codearos con un Jesús, con un Gautama, con un Ingersoll. ¿Estáis todos en esta vibración? Seguro que sí. Una vez que lo diqueláis, hermanos míos, una excursión de domingo al paraíso es cosa de nada. A ver si me entendéis. Es un tónico para la vida, eso. La cosa más fenomenal. Es el pastel entero y bien relleno. Es lo más sensacional que se ha lanzado al mercado. Restaura. Hace vibrar. Lo sé yo, que soy un buen vibrador. Sin bromas y yendo al grano, A. J. Cristo Dowie y su filosofía armonial, ¿lo habéis calado? Okey. Sesenta y siete West, calle sesenta y nueve. ¿Entendido? Eso es. Un solofonazo a la hora que os venga bien. Ahorraros los sellos, granujas. *(Grita.)* Y ahora, nuestro cántico de gloria. Uniros todos de corazón al canto. ¡Bis! *(Canta.)* Jeru...

EL GRAMÓFONO: *(Ahogando su voz.)* Jodusalenabretusssrrsrrss... *(El disco raspa y araña contra la aguja.)*

LAS TRES PUTAS: *(Tapándose los oídos, chillan.)* ¡Ahhjk!

ELÍAS: *(En mangas de camisa remangadas, negro de cara, grita a todo pulmón, con los brazos levantados.)* Gran Hermano de allá arriba, Señor Presidente, ya has escuchado lo que acabo de decirte. Claro que creo la mar en ti, Señor Presidente. Claro que estoy convencido de que la señorita Higgins y la señorita Ricketts tienen ahora reli-

gión muy en lo hondo de ellas. Claro que creo que nunca he visto mujer más asustada de lo que estaba usté, señorita Florry, como la he visto hace un momentito ná más. Señor Presidente, ven acá y ayúdame a salvar a nuestras queridas hermanas. *(Guiña el ojo a su público.)* Este nuestro Señor Presidente, lo cala tó y no dice ni mú.

KITTY-KATTE: Me he olvidado de mí misma. Erré en un momento de debilidad y entonces hice lo que hice en Constitution Hill. Me confirmó el obispo. La hermana de mi madre se casó con un Montmorency. Fue un fontanero quien me echó a perder cuando yo era pura.

ZOE-FANNY: Yo le dejé que me la metiera dentro por puro gusto.

FLORRY-TERESA: Fue a consecuencia del vino de Oporto que bebí después de un Hennessy tres estrellas que me hice culpable cuando se me metió en la cama.

STEPHEN: En el principio era la palabra, en el final el mundo sin fin. Benditas sean las ocho bienaventuranzas.

(Las Bienaventuranzas, Dixon, Madden, Crotthers, Costello, Lenehan, Banon, Mulligan y Lynch, con batas blancas de estudiantes de cirugía, de cuatro en fondo, marcando el paso de la oca, pasan a rápidas zancadas en ruidoso marchar.)

LAS BIENAVENTURANZAS: *(Incoherentemente.)* Bebida buey barco bulldog bufetum barnum bujarronum beatorum.

LYSTER: *(En calzones grises de cuáquero y sombrero de ala ancha dice discretamente.)* Es nuestro amigo. No hace falta que diga nombres. Busca tú la luz.

(Pasa bailando courante. *Entra Best con bata de peluquero, refulgentemente lavada, los rizos en papillotes. Hace entrar a John Eglinton que lleva un kimono de mandarín de amarillo Nankín, con letras lagartiformes, y un alto gorro en pagoda.)*

BEST: *(Sonriendo, se levanta el sombrero y exhibe una cholla afeitada en cuya coronilla se eriza un tupé de coleta atado con un gran nudo naranja.)* Precisamente le estaba yo hermoseando, ya ven.

Una cosa de belleza, ya ven. Yeats lo dice, o mejor dicho, Keats lo dice.

JOHN EGLINTON: *(Saca una linterna sorda con tapa verde y lanza con ella un destello hacia un rincón: con acento capcioso.)* La estética y la cosmética son para el *boudoir*. Yo voy en busca de la verdad. Sencilla verdad para un hombre sencillo. Tanderagee quiere los hechos y va en serio a conseguirlos.

(En el cono del reflector, detrás del cubo de carbón, el sabio de Irlanda, con ojos huecos, Mananaan MacLir, barbuda figura, medita con la barbilla en las rodillas. Se levanta lentamente. Un frío viento marino sopla desde su manto druida. En torno a su cabeza se retuercen anguilas y congrios. En la mano derecha sostiene una bomba de bicicleta. En la mano izquierda agarra una gran langosta por las dos pinzas.)

MANANAAN MACLIR: *(Con voz de olas.)* ¡Aum! ¡Hek! ¡Wal! ¡Ak! ¡Lub! ¡Mor! ¡Ma! Blancos yoghi de los Dioses. Oculto pimandro de Hermes Trismegistos. *(Con voz de viento marino silbante.)* ¡Punarjanam patsypunjaub! No quiero que me tomen el pelo. Lo ha dicho alguien: cuidado a la izquierda, el culto de Shakti. *(Con un grito de pájaros de tormenta.)* ¡Shakti, Shiva! ¡Oscuro Padre escondido! *(Golpea con la bomba de bicicleta la langosta que tiene en la mano izquierda. En su cuadrante servicial, refulgen los doce signos del zodíaco. Gime con la vehemencia del océano.)* ¡Aum! ¡Baum! ¡Pyjaum! Yo soy la luz del hogar, yo soy la manteca cremosa sueñosa.

(Una esquelética mano de Judas estrangula la luz. La luz verde se esfuma en malva. El chorro de gas gime silbando.)

EL CHORRO DE GAS: ¡Puuah! ¡Pfuiiiii!

(Zoe corre a la lámpara y, doblando la pierna, le ajusta el manguito.)

ZOE: ¿Quién tiene un pitillo, ya que estoy por aquí?

LYNCH: *(Lanzando un cigarrillo a la mesa.)* Ahí va.

ZOE: *(Con la cabeza echada a un lado en fingido orgullo.)* ¿Es ésa la manera de darle el asunto a una señora? *(Se estira hacia arriba para encender el cigarrillo en la llama, dándole vuelta despacio, en-*

señando los oscuros matojos de los sobacos. Lynch con el atizador le levanta descaradamente un lado de la combinación. Desnuda desde las ligas, su carne bajo el zafiro aparece de un verde de ondina. Ella da chupadas tranquilamente a su cigarrillo.) ¿Ves el lunar que tengo en el trasero?

LYNCH: No miro.

ZOE: *(Poniendo ojos tiernos.)* ¿No? Claro que no harías tal cosa. ¿No te dice nada esto?

(Bizqueando de fingida vergüenza, lanza una ojeada significativa de medio lado hacia Bloom, luego se tuerce hacia él, dando un tirón para librar la combinación del atizador. El fluido azul vuelve a correr sobre su piel. Bloom se pone de pie, sonriendo deseoso, haciendo girar los pulgares. Kitty Ricketts se moja de saliva el dedo medio y, mirando al espejo, se alisa las cejas. Lipoti Virag, basilicográmata, cae resbalando por dentro de la campana de la chimenea y se contonea dando dos pasos a la izquierda sobre torpes zancas rosa. Va embutido en varios gabanes y lleva un macintosh *pardo bajo el cual sostiene un rollo de pergamino. En el ojo izquierdo le reluce el monóculo de Cashel Boyle O'Connor Fitzmaurice Tisdall Farrell. En su cabeza está posado un* pshent *egipcio. Dos plumas de ganso le salen por detrás de las orejas.)*

VIRAG: *(Talones unidos, hace una reverencia.)* Me llamo Virag Lipoti, de Szombathely. *(Tose pensativamente, con sequedad.)* La desnudez promiscua resulta muy evidente por estas inmediaciones, ¿no? Inadvertidamente su visión posterior reveló el hecho de que ella no lleva esas prendas más bien íntimas de que tú eres particularmente devoto. Espero que te dieras cuenta de la señal de la inyección en el muslo, ¿no? Muy bien.

BLOOM: Granpapachi, pero...

VIRAG: El número dos del otro lado, la del colorete cereza y la peinadora blanca, cuyo pelo debe no poco a nuestro elixir tribal de ciprés, está en traje de paseo y ajustadamente encorsetada a juzgar por cómo se sienta, diría yo. Corrígeme si me equivoco, pero siempre he pensado que el acto así realizado por alocadas personas con atisbos

de ropa interior te atrajera en virtud de su exhibicionismo. En una palabra. Hipogrifo. ¿Tengo razón?

BLOOM: Está más bien flaca.

VIRAG: *(No sin amabilidad.)* ¡Ya lo creo! Bien observado: y esos bolsillos en cesto de la falda y ese efecto ligeramente acampanado tienen la finalidad de sugerir rotundidad de caderas. Una nueva adquisición en algún saldo monstruo, por la cual algún panoli ha pagado el pato. Meretricia elegancia para engañar a los ojos. Observa el cuidado de los detalles hasta lo más menudo. Nunca te pongas mañana lo que puedas vestir hoy. ¡Paralaje! *(Con una sacudida nerviosa de la cabeza.)* ¿Has oído ese chasquido de mi cerebro? ¡Polisilabaje!

BLOOM: *(Con un codo apoyado en una mano, un índice en la mejilla.)* Ella parece triste.

VIRAG: *(Cínicamente, con sus dientes de comadreja descubiertos en amarillo, se baja el ojo izquierdo con el dedo y ladra roncamente.)* ¡Impostura! Cuidado con las niñitas con trenzas y las falsas enlutadas. Lirio de la calle. Todas poseen el capullo del soltero descubierto por Rualdus Columbus. Revuélcala. Colúmbiala. Camaleón. *(De mejor humor.)* Bueno, entonces, permíteme llamar tu atención hacia la número tres. Hay mucho de ella visible a simple vista. Observa la masa de materia vegetal oxigenada sobre su cráneo. ¡Ahí va, se arrima! El patito feo del grupo, mal equilibrado y pesado de quilla.

BLOOM: *(Lamentándolo.)* Cuando uno sale sin escopeta.

VIRAG: Tenemos todas las marcas, suave, media y fuerte. Paguen su dinero, elijan lo que se van a llevar. Qué feliz podrías ser con cualquiera de las dos...

BLOOM: ¿Con...?

VIRAG: *(Retorciéndose la lengua.)* ¡Ñam! Mira. Está bien construida. Está revestida de una capa de grasa bastante considerable. Obviamente mamífera en cantidad de pecho, observas que tiene delante bien avanzadas dos protuberancias de dimensiones muy respetables, inclinadas a caer en el

plato de sopa del mediodía, mientras que en la parte posterior a nivel inferior hay otras dos protuberancias que sugieren un potente recto y son tumescentes a la palpación sin dejar nada que desear salvo en lo compacto. Tales partes carnosas son producto de una cuidadosa nutrición. Cuando se ceban en corral sus hígados alcanzan un tamaño elefantino. Bolitas de pan fresco con hinojo y benjuí hechas bajar con pociones de té verde, las dotan durante su breve existencia de unos acericos naturales de colosal grasa cetácea. Eso te va a modo, ¿eh? Las ollas de carne de Egipto, para hacerte la boca agua. Revuélcate en ello. *(Se le contrae la garganta.)* ¡Patapán! Ahí va ése otra vez.

BLOOM: No me gusta el orzuelo.

VIRAG: *(Enarca las cejas.)* Tocarlo con un anillo de oro, dicen. *Argumentum ad feminam*, como decíamos en la vieja Roma y en la antigua Grecia durante el consulado de Diplodocus y de Iictisaurus. Para lo demás el remedio soberano de Eva. No está en venta. Se alquila sólo. Hugonote. *(Se contrae.)* Es un ruido curioso. *(Tose estimulantemente.)* Pero es posible que sea sólo una verruga. Supongo que te habrás acordado de lo que te había enseñado sobre ese asunto: Harina de trigo con miel y nuez moscada.

BLOOM: *(Reflexionando.)* Harina de trigo con licopodio y silabaje. Este interrogatorio agotador. Ha sido un día desacostumbradamente fatigoso, una serie de accidentes. Espero. Quiero decir, sangre de verrugas extiende las verrugas, decías...

VIRAG: *(Severamente, con la nariz muy en caballete, el ojo guiñando a un lado.)* Deja de dar vueltas a los pulgares y piensa y cavila un poco. Ya ves, te has olvidado. Ejercita tu mnemotecnia. *La causa è santa. Tará. Tará. (Aparte.)* Seguro que se acuerda.

BLOOM: Del romero también te he oído hablar o de la fuerza de voluntad sobre los tejidos paralíticos. Y además, no, no, tengo un barrunto. El toque de una mano de muerto, cura. ¿Mnemo?

VIRAG: *(Excitado.)* Eso es. Eso es. Exactamente. Técnica. *(Golpea enérgicamente su rollo de pergami-*

no.) Este libro te dice cómo actuar, con todos los detalles descriptivos. Consúltese el índice, para la fobia delirante del acónito, la fobia melancólica del ácido muriático, la fiebre priápica de la pulsatilla. Virag va a hablarles de amputación. Nuestro viejo amigo el cáustico. Hay que matarlas de hambre. Hacerlas saltar con una crin de caballo en el cuello fistuloso. Pero, para cambiar el debate hacia los búlgaros y los vascos, ¿has decidido si te gustan o no te gustan las mujeres en vestimenta masculina? *(Con una seca risita.)* Pensaba dedicar un año entero al estudio del problema religioso y los meses de verano de 1822 a cuadrar el círculo y a ganar ese millón. ¡Naranjas! De lo sublime a lo ridículo no hay más que un paso. ¿En pijama, digamos? ¿O en culots de ganchillo a media pierna, cerrados? ¿O, supongamos, en esas complicadas combinaciones, camiculots? *(Canta como un gallo, con desprecio.)* ¡Quiquiriquí!

(Bloom observa con incertidumbre a las tres putas, luego mira a la luz malva velada, oyendo la polilla que vuela sin cesar.)

BLOOM: Entonces quería haber concluido ahora. Camisón de dormir nunca fue. Después esto. Pero mañana será otro día. El pasado era es hoy. Lo que es ahora será entonces mañana como ahora era ser antea.

VIRAG: *(Le apunta al oído en cuchicheo.)* Los insectos de un día pasan su breve existencia en reiterado coito, seducidos por el olor de la hembra inferiormente pulcritudinosa por su posesión de una extensificada vitalidad pudendal en la región dorsal. ¡Lorito real! *(Su pico de loro amarillo charlotea nasalmente.)* Tienen un refrán en los Cárpatos o en alrededor del año cinco mil quinientos cincuenta de nuestra era: Una cucharadita de miel atrae el oso pardo más que media docena de barriles de vinagre de vino de primera clase. El zumbido del oso espanta a las abejas. Pero de eso, aparte. En otro momento podemos reanudarlo. Estábamos muy complacidos, por nuestra parte. *(Tose e, inclinando la frente, se restriega la nariz, pensativo, con mano en cuchara.)* Encontra-

rás que estos insectos nocturnos siguen la luz. Una ilusión, porque acuérdate de sus ojos complejos no adaptables. Para todos estos puntos espinosos, mira el libro diecisiete de mis Fundamentos de Sexología o La Pasión del Amor, que el doctor L. B. dice que es el libro más sensacional del año. Algunos, por ejemplo, hay también cuyos movimientos son automáticos. Observa. Éste es su sol apropiado. Ave nocturna sol nocturno barrio nocturno. ¡Persígueme, Charley! ¡Zumba!

BLOOM: Abeja o abejorro también el otro día batiendo contra la sombra en la pared se aturdió entonces yo erré aturdido camisa abajo suerte que yo...

VIRAG: *(Con la cara impasible, ríe con rica tonalidad femenina.)* ¡Espléndido! Una cantárida en la bragueta o una cataplasma de mostaza en el instrumento. *(Balbucea glotonamente con barbas y moco de pavo.)* ¡Blublublú, blublublú! ¿Dónde estamos? ¡Ábrete, sésamo! ¡Resucita! *(Desarrolla rápidamente el pergamino y lee, con su nariz de luciérnaga corriendo hacia atrás por las letras que marca con su garra.)* Espera, buen amigo. Te ofrezco tu respuesta. Las ostras del Red Bank estarán en seguida con nosotros. Soy el supercocinero. Esos suculentos bivalvos pueden venirnos bien, y las trufas del Périgord, tubérculos desalojados mediante el señor puerco omnívoro, no tenían rival en casos de debilidad nerviosa o viraguitis. Aunque hieden sin embargo punzan. *(Agita la cabeza con cacareante sorna.)* Bromista. El monóculo en la vista.

BLOOM: *(Ausente.)* A simple vista el caso bivalvo de la mujer es peor. Siempre sésamo abierto. El sexo hendido. Por eso tienen miedo de bichos, de cosas que se arrastran. Sin embargo Eva y la serpiente lo contradicen. No es un hecho histórico. Evidente analogía con mi idea. Las serpientes también son golosas de la leche de mujer. Se abren camino retorciéndose por millas de bosque omnívoro para suculentisuccionarles el pecho hasta dejárselo seco. Como esas ubrebromistas matronas romanas de que uno lee en la Elephantuliasis.

VIRAG: *(Con la boca proyectada en arrugas duras, los ojos pétreamente abandonados y cerrados, salmodia en exótica cantilena.)* Que las vacas con esas ubres distendidas que tienen que se ha sabido que ellas...

BLOOM: Voy a chillar. Con perdón. ¿Ah? Eso. *(Repite.)* Espontáneamente a buscar la madriguera del saurio para confiar sus tetas a su ávida succión. La hormiga ordeña al pulgón. *(Profundamente.)* El instinto rige el mundo. En la vida. En la muerte.

VIRAG: *(La cabeza de medio lado, enarca la espalda y agobiando sus hombros-alas, observa la polilla con legañosos ojos abultados, señala con una garra córnea y grita.)* ¿Quién es Ger Ger? ¿Quién es el querido Gerald? Oh, mucho temo yo que se queme de mala manera. Pog pavog ¿quiegue alguna pegsona ahogada impedig catástgofe *mit* agitación de segvilleta de pguimega clase? *(Maúlla.)* ¡Mis mis mis mis mis! *(Suspira, echa atrás y mira fijamente abajo, de medio lado, con la mandíbula caída.)* Bueno, bueno. Él descansa agora.

Soy una cosa hechicera
que vuela en la primavera
y baila en ronda ligera.
Una reina yo antes era
y hoy ando de esta manera:
Volar y volar quisiera:
¡Fuera!

(Se precipita contra la pantalla malva aleteando ruidosamente.) Bonitas bonitas bonitas bonitas bonitas enagüitas.

(Por la entrada al fondo a la izquierda, con dos pasos deslizantes, avanza Henry Flower, hacia la izquierda del primer término. Viste un manto oscuro y un ancho sombrero inclinado con penacho de plumas. Lleva un dulcémer de cuerdas de plata, con incrustaciones, y una larga pipa de Jacob, de tubo de bambú, con la cazoleta de barro en forma de cabeza de mujer. Va en calzón corto de terciopelo oscuro y escarpines de hebilla de plata. Tiene la cara romántica del Salvador, con rizos fluyentes, fina barba y

mostacho. Sus flacas zancas y pies de gorrión son los del tenor Mario, príncipe de Candía. Se acomoda los puños de encaje plisado y se humedece los labios pasando su amorosa lengua.)

HENRY: *(En voz baja dulzaina, tocando las cuerdas de su guitarra.)* Hay una flor que florece.

(Virag, truculento, la mandíbula apretada, mira fijo a la lámpara. El grave Bloom observa el cuello de Zoe. Henry el galante vuelve su sotabarba colgante hacia el piano.)

STEPHEN: *(Para sí.)* Tocar con los ojos cerrados. Imitar a papá. Llenándome la barriga con cortezas de cerdo. Demasiado de esto. Me levantaré e iré a. Es de esperar que esto sea. Steve, estás en camino perloso. Tengo que visitar al viejo Deasy o telegrafiarle. Nuestra entrevista de esta mañana ha dejado en mí una profunda impresión. Aunque nuestras edades. Le escribiré mañana del todo. Estoy en parte borracho, a propósito. *(Vuelve a tocar las teclas.)* El acorde en menor viene ahora. Sí. No mucho sin embargo.

(Almidano Artifoni sostiene una batuta de rollo de música con vigoroso movimiento de bigotes.)

ARTIFONI: *Ci rifletta. Lei rovina tutto.*

FLORRY: Cántanos algo. La dulce y vieja canción de amor.

STEPHEN: No tengo voz. Soy un artista completamente acabado. Lynch, ¿te enseñé la carta sobre el laúd?

FLORRY: *(Con sonrisa tonta.)* El pájaro que sabe cantar y no quiere.

(Los hermanos siameses, Philip Borracho y Philip Lúcido, dos profesores de Oxford, aparecen en el hueco de la ventana con segadoras de césped. Los dos están enmascarados con la cara de Matthew Arnold.)

PHILIP LÚCIDO: Acepta la opinión de un tonto. No todo está bien. Desarróllalo con una colilla de lápiz, como un buen joven idiota. Tres libras con doce es lo que tienes, dos billetes, un soberano, dos coronas, si la juventud supiera. Mooney-en-ville, Mooney-sur-mer, el Moira, en Larchet, en el hospital de la calle Holles, en Burke. ¿Eh? Te vigilo.

PHILIP BORRACHO: *(Impaciente.)* Ah, bobadas, hombre. ¡Vete al infierno! He pagado siempre. Si por lo menos lograse averiguar lo de las octavas. Reduplicación de personalidad. ¿Quién fue quien me dijo su nombre? *(Su segadora empieza a ronronear)* Ah, sí. *Zoe mou sas agapó.* Tengo la impresión de que ya he estado antes aquí. ¿Cuándo fue?, no Atkinson, su tarjeta la tengo por algún sitio. Mac no sé qué. Unmack, ya lo tengo. Me habló de, espera, Swinburne, era eso, ¿no?

FLORRY: ¿Y la canción?

STEPHEN: El espíritu está pronto pero la carne es débil.

FLORRY: ¿Usted no es de Maynooth? Se parece a alguien que conocía.

STEPHEN: Ahora he salido de eso. *(Para sí.)* Listo.

PHILIP BORRACHO Y PHILIP LÚCIDO: *(Con las segadoras ronroneando en un rigodón de briznas de hierba.)* Listo, visto. Salido de eso. Salido de eso. A propósito, ¿tienes el libro, la cosa, el bastón? Sí, ahí está, sí. Listo, visto, salido de eso ya. Consérvate en forma. Haz como nosotros.

ZOE: Estuvo aquí un cura hace dos noches haciendo sus cositas con la chaqueta abotonada hasta arriba. No es necesario que intente esconderle, le digo yo. Sé que lleva alzacuello.

VIRAG: Perfectamente lógico desde su punto de vista. La caída del hombre. *(Asperamente, con las pupilas dilatadas.)* ¡Al demonio con el Papa! No hay nada nuevo bajo el sol. Yo soy el Virag que descubrió los secretos sexuales de monjes y doncellas. Por qué dejé la Iglesia de Roma. Lean El Cura, la Mujer y el Confesionario. Penrose, Flipperty Jippert. *(Se retuerce.)* La Mujer, desciñéndose con dulce pudor su cinturón de juncos, ofrece su yoni de suprema humedad a la lingam del Hombre. Poco después, el Hombre obsequia a la Mujer con trozos de carne de jungla. La Mujer muestra alegría y se cubre con mantos de plumas. El Hombre le ama su yoni salvajemente con gran lingam, la tiesa. *(Grita.) Coactus volui.* Después la frívola Mujer se quiere ir por ahí. El fuerte Hombre agarra a la Mujer por la muñeca. La Mujer chilla, muerde, echa espumarajos. El Hombre, ahora sal-

vajemente furioso, golpea el grueso yadgana de la Mujer. *(Se persigue la cola.)* ¡Pif-paf! ¡Pom-pom! *(Se detiene, estornuda.)* ¡Atchís! *(Se manosea la punta.)* ¡Prrrrt!

LYNCH: Espero que le pondrías una penitencia al buen padre. Nueve glorias por disparar contra un obispo.

ZOE: *(Lanza humo de marsopa por las narices.)* No pudo conseguir comunicación. Sólo la sensación, ya comprendes. A palo seco.

BLOOM: ¡Pobre hombre!

ZOE: *(Con descuido.)* Sólo por lo que ocurrió.

BLOOM: ¿Cómo?

VIRAG: *(Un rictus diabólico de luminosidad le contrae el rostro mientras tiende adelante el cuello descarnado. Levanta un hocico de becerro monstruoso y aúlla.) Verfluchte Goim!* Tenía un padre, cuarenta padres. Nunca existió. ¡Cochino Dios! Tenía dos pies izquierdos. Era Judas Yaquías, un eunuco libio, el bastardo del Papa. *(Se inclina hacia delante sobre atormentadas patas anteriores, los codos inclinados con rigidez, los ojos agonizantes en su liso cuello y cráneo, ladrando sobre el mundo mudo.)* El hijo de una prostituta. Apocalipsis.

KITTY: Y Mary Shortall que estaba en el hospital con la sífilis que había pillado de Jimmy Pidgeon el de la gorra azul tuvo un hijo de él que no podía tragar y quedó ahogado con las convulsiones en el colchón y todos nos subscribimos para el entierro.

PHILIP BORRACHO: *(Gravemente.) Qui vous a mis dans cette fichue position, Philippe?*

PHILIP LÚCIDO: *(Alegremente.) C'était le sacré pigeon, Philippe.*

(Kitty se quita el alfiler del sombrero y lo deja a un lado con calma, dándose golpecitos en su pelo de alheña. Y jamás se vio una cabellera más linda y más delicada, de rizos seductores, sobre los hombros de una puta, Lynch se pone el sombrero de Kitty. Ella se lo arranca de un tirón.)

LYNCH: *(Se ríe.)* Y para tales placeres ha inoculado Metchnikoff monos antropoides.

FLORRY: Tres vírgenes prudentes.

VIRAG: *(Sacudido de tercianas, abundante baba amarilla espumeando en sus huesudos labios epilépticos.)* Ella vendía filtros de amor, cera blanca, flor de azahar. Pantera, el centurión romano, la polucionó con sus genitorios. *(Saca una lengua de escorpión, vibrante y fosforescente, con la mano en la ingle.)* ¡Mesías! Le rompió el tímpano a ella. *(Con gritos balbucientes de babuino sacude las caderas en el cínico espasmo.)* ¡Hic! ¡Hec! ¡Hac! ¡Hoc! ¡Hoc! ¡Huc! ¡Coc! ¡Cuo!.

(Ben Jumbo Dollard, rubicundo, musculoso, con pelos saliéndole por las narices, gran barba, orejas de repollo, pecho velloso, melena hirsuta, tetillas gordas, se adelanta, con los lomos y los genitales apretados en un pantaloncito de baño.)

BEN DOLLARD: *(Tocando castañuelas de hueso en sus grandes zarpas almohadilladas, canta en jovial yódel con voz de bajo barríltono.)* Cuando el amor absorbe mi alma ardiente.

(Las vírgenes, Hermana Callan y Hermana Quigley, se abren paso precipitadamente por entre las cuerdas y los segundos del ring y le abruman cayendo sobre él con los brazos abiertos.)

LAS VÍRGENES: *(Desbordadas.)* ¡Big Ben! ¡Ben MacChree!

UNA VOZ: ¡Sujetad a ese de los calzones!

BEN DOLLARD: *(Se da un golpe en el muslo con abundante risa.)* ¡A ver, agarradle ya!

HENRY: *(Acariciando sobre su pecho una cabeza cortada de mujer, murmura.)* Corazón tuyo, amor mío. *(Pulsa las cuerdas del laúd.)* La primera vez que vi...

VIRAG: *(Cambiando de piel y pelechando su multitudinario plumaje.)* ¡Canallas! *(Bosteza, enseñando una garganta negra como carbón y se cierra las mandíbulas dando un empujón hacia arriba con su rollo de pergamino.)* Dicho lo cual, emprendí mi retirada. Hasta más ver. Adiós para siempre. *Dreck!*

(Henry Flower se peina rápidamente bigote y barba con un peine de bolsillo y se da en el pelo una alisada con saliva. Siguiendo el rumbo de su estoque, se desliza hacia la puerta, su arpa bárbara

en bandolera. Virag alcanza la puerta en dos torpes saltos de zancuda, la cola erguida, y prende diestramente en la pared, ladeado, un volante amarillo-pus, pegándolo de un cabezazo.)

EL VOLANTE: K 11. córteselo. Estrictamente confidencial. Dr. Hy Franks.

HENRY: Todo está perdido ya.

(Virag se desatornilla la cabeza en un periquete y la sujeta bajo el brazo.)

LA CABEZA DE VIRAG: ¡Curandero! ¡Cuac!

(Hacen mutis por separado.)

STEPHEN: *(Por encima del hombro, a Zoe.)* Habrías preferido el batallador párroco que fundó el error protestante. Pero cuidado con Antístenes, el sabio perruno, y el modo como acabó Arrio el Heresiarca. La agonía en el retrete.

LYNCH: Para ella todo es uno y el mismo Dios.

STEPHEN: *(Devotamente.)* Y Señor soberano de todas las cosas.

FLORRY: *(A Stephen.)* Estoy segura de que eres un cura que ha colgado la sotana. O un fraile.

LYNCH: Lo es. Es hijo de un cardenal.

STEPHEN: Pecado cardinal. Frailes del sacacorchos.

(Aparece en la puerta Su Eminencia Simon Stephen Cardenal Dedalus, Primado de toda Irlanda, vestido con sotana, sandalias y calcetines rojos. Le llevan la cola siete acólitos enanos y simiescos, también de rojo, los pecados cardinales, atisbando por debajo. Él lleva una chistera abollada en la cabeza, ladeada. Tiene los pulgares metidos por los sobacos con las palmas extendidas. En torno al cuello le cuelga un rosario de corchos que termina sobre el pecho en un sacacorchos en cruz. Dejando libres los pulgares, invoca la gracia de lo alto con grandes gestos ondeantes y proclama con hinchada pompa.)

EL CARDENAL:

Conservio yace en prisión.
Está en la más profunda mazmorra
con grillos y cadenas en pies y manos
que pesan más de tres toneladas.

(Mira a todos por un momento, con el ojo derecho cerrado fuerte, la mejilla izquierda hinchada.

Luego, incapaz de contener su regocijo, se balancea de un lado a otro, con los brazos en jarras, y canta con desbordante humor contagioso.)

Ah, el pobrecillo
las pa las pa las pa las patas de amarillo
era grueso, carnoso, vivo como una anguila, y bien [gordito,
pero algún jodido bribón
para comérsele el blanco riñón
le asesinó a Nell Flaherty su querido patito.

(Una multitud de mosquitos le hormiguea por el manto. Se rasca las costillas con los brazos cruzados, haciendo muecas, y exclama:)

Sufro la angustia de los condenados. Por el santo violín, gracias sean dadas a Jesús de que estos graciosos pequeñitos no son unánimes. Si lo fueran, me barrerían de la faz del jodido mundo.

(Con la cabeza ladeada, bendice sumariamente con los dedos índice y medio, impartiendo el beso pascual, y se retira cómicamente en un pasodoble, balanceando el sombrero de un lado a otro y encogiéndose rápidamente hasta el tamaño de los que le llevan la cola. Los acólitos enanos, risoteando, atisbando, dándose codazos, lanzándose ojeadas, dándose el beso de Pascua, zigzaguean detrás de él. Se oye su voz suavemente desde lejos, misericordiosa, masculina, melodiosa.)

Te llevará mi corazón
te llevará mi corazón
y el aliento de la noche perfumada
te llevará mi corazón.

(El pestillo de la puerta gira como por un truco.)

EL PESTILLO: Teeee.

ZOE: El diablo está en esa puerta.

(Una figura masculina desciende por la crujiente escalera y se le oye tomar del pechero el impermeable y el sombrero. Bloom se adelanta involuntariamente en sobresalto y, medio cerrando la puerta al pasar, saca del bolsillo el chocolate y se lo ofrece nerviosamente a Zoe.)

ZOE: *(Le restriega el pelo vivamente.)* Humm. Gracias a tu madre por los consejos. Me encantan de veras las cosas que me gustan.

BLOOM: *(Oyendo una voz masculina que habla con las putas en el umbral, aguza las orejas.)* ¿Y si fuera él? ¿Después? ¿O porque no? ¿O por partida doble?

ZOE: *(Desgarra el papel de estaño.)* Los dedos se hicieron antes que los tenedores. *(Parte y roe un pedazo, da otro a Kitty Ricketts y luego se vuelve como una gatita a Lynch.)* ¿No te parece mal una tableta de laxante? *(Él asiente. Ella le toma el pelo.)* ¿La tomas ahora o esperas a cogerla? *(Él abre la boca, la cabeza echada atrás. Ella da vueltas al premio a la izquierda. Él lo sigue con la cabeza. Ella le da vueltas a la derecha. Él la observa.)* Coge. *(Ella le lanza un trozo. Con hábil agarre, él lo caza el vuelo y lo parte de un mordisco con un crujido.)*

KITTY: *(Masticando.)* El ingeniero con que estaba yo en la tómbola los tiene deliciosos. Llenos de los mejores licores. Y el Virrey estaba allí con su señora. Qué bien lo pasamos en los caballitos de Toft. Todavía estoy mareada.

BLOOM: *(Con abrigo de pieles a lo Svengali, los brazos cruzados y rizo en la frente a lo Napoleón, frunce el ceño en exorcismo ventriloquial con penetrante mirada de águila hacia la puerta. Luego, rígido, con el pie izquierdo adelantado, en rápido gesto, con dedos imperativos, hace la señal del Gran Maestre y deja caer el brazo derecho del hombro izquierdo.)* Ve, ve, ve, te conjuro, quienquiera que seas.

(Se oye pasar a través de la niebla de fuera una tos y unos pasos de hombre. Las facciones de Bloom se relajan. Se pone una mano en el chaleco, tomando una actitud tranquila. Zoe le ofrece chocolate.)

BLOOM: *(Solamente.)* Gracias.

ZOE: Haz como te mandan. Aquí.

(Se oye un firme taconazo en las escaleras.)

BLOOM: *(Tomando el chocolate.)* ¿Afrodisíaco? Pero me lo suponía. ¿La vainilla calma o no? Mnemo. La luz confusa confunde la memoria. El rojo influye sobre el lupus. Los colores afectan al ca-

rácter de las mujeres, suponiendo que lo tengan. Este negro me pone triste. Come y alégrate porque mañana. *(Come.)* Influye también en el sabor, el violeta. Pero hace tanto tiempo que yo no. Parece nuevo. Afro. Ese cura. Tiene que venir. Más vale tarde que nunca. Probar las trufas en Andrews.

(Se abre la puerta. Entra Bella Cohen, una maciza patrona de putas. Va vestida con un traje tres cuartos marfil, con el borde adornado de borlas: se refresca agitando un abanico negro de cuerno como Minnie Hauck en Carmen. *Lleva en la mano izquierda un anillo de matrimonio y una sortija de seguridad. Los ojos abundantemente sombreados de carbón. Tiene un principio de bigotillo. Su cara aceitunada es pesada, ligeramente sudada y con gran nariz, las aletas teñidas de naranja. Lleva grandes pendientes con colgantes de berilo.)*

BELLA: ¡Palabra! Estoy deshecha en sudor.

(Lanza una ojeada alrededor a las parejas. Luego posa los ojos con dura insistencia en Bloom. Su gran abanico cierne viento hacia su cara acalorada, su cuello y su gordura. Relampaguean sus ojos de halcón.)

EL ABANICO: *(Revoloteando deprisa, luego despacio.)* Casado, ya veo.

BLOOM: Sí... En parte, he extraviado...

EL ABANICO: *(Medio abriéndose, luego cerrándose.)* Y la señora es la dueña. Gobiernan las faldas.

BLOOM: *(Baja los ojos con sonrisa de oveja.)* Así es.

EL ABANICO: *(Cerrándose del todo, se apoya contra el pendiente.)* ¿Me has olvidado?

BLOOM: Sí. No.

EL ABANICO: *(Plegado en jarras contra su cintura.)* ¿Soy yo la que soñaste un día? ¿Era entonces ella él tú nosotros después conocidos? ¿Soy todos ellos y lo mismo ahora nosotros?

(Bella se acerca, dando suaves golpecitos con el abanico.)

BLOOM: *(Estremeciéndose.)* Poderoso ser. En mis ojos lee ese sopor que encanta a las mujeres.

EL ABANICO: *(Golpeando.)* Nos hemos encontrado. Eres mío. Es el destino.

BLOOM: *(Acobardado.)* Hembra exuberante. Enor-

memente deseo yo tu dominación. Estoy agotado, abandonado, ya nada joven. Me he quedado, por decirlo así, con una carta sin echar llevando el sello de la recogida especial delante del buzón de alcance de la oficina central de correos de la vida humana. La puerta y la ventana abiertas en ángulo recto producen una corriente de treinta y dos pies por segundo conforme a la ley de la caída de los cuerpos. He sentido en este momento una punzada de ciática en mi músculo glúteo izquierdo. Viene de familia. El pobrecillo papá, viudo, era como un verdadero barómetro en esto. Creía en el calor animal. Tenía el chaleco de invierno forrado de piel de gato. Hacia el final, recordando al rey David y la Sunamita, compartía la cama con Athos, fiel más allá de la muerte. La baba del perro, como probablemente habrás... *(Se estremece.)* ¡Ah!

RICHIE GOULDING: *(Cargado con una bolsa, pasa el umbral.)* El cazador caza. Lo más arreglado de Dublín por ese pre. Digno de un príncipe hígado y riñón.

EL ABANICO: *(Golpeando.)* Todas las cosas terminan. Sé mío. Ahora.

BLOOM *(Sin decidirse.)* ¿Ahora mismo? No debería haberme separado de mi talismán. La lluvia, quedar al relente en las rocas de la playa, un pecadillo a mi edad. Todo fenómeno tiene una causa natural.

EL ABANICO: *(Señalando hacia abajo lentamente.)* Puedes.

BLOOM: *(Baja los ojos y se da cuenta de que ella lleva el botín desatado.)* Nos observan.

EL ABANICO: *(Señalando abajo rápidamente.)* Debes.

BLOOM: *(Con deseo, con reluctancia.)* Sé hacer un verdadero nudo marinero. Lo aprendí cuando hacía mi aprendizaje trabajando en el servicio de envíos por correo en Kellet. Mano experta. Un nudo ahorra mucho. Permíteme. Es cortesía. Ya me he arrodillado otra vez hoy. ¡Ah!

(Bella se levanta ligeramente la falda y, tomando una actitud fija, sube hasta el borde de una silla una gruesa pata con botín y una pantorrilla bien llena, con media de seda. Bloom, rígido de piernas,

envejeciendo, se inclina sobre esa pata y con dedos suaves le saca y mete el cordón.)

BLOOM: *(Murmura amorosamente.)* Ser dependiente de zapatería en Mansfield era mi sueño de amor de juventud, los deliciosos goces del abotonar, de atar cordones entrecruzados hasta la rodilla en los elegantes botines de cabritilla con forro de raso, tan increíblemente pequeños, de las señoras de Clyde Road. Incluso el maniquí de cera, Raymonde, que visitaba yo todos los días para admirar las medias de telaraña y el dedo gordo del pie como un tallo de ruibarbo a la moda de París.

LA PATA: Huele mi piel de cabra caliente. Nota mi regio peso.

BLOOM: *(Cruzando los cordones.)* ¿Demasiado apretado?

LA PATA: Como te armes un lío, guapo mío, te doy una patada en alguna pelota.

BLOOM: Cuidado con equivocarme de agujero para el cordón, como hice la noche del baile de la tómbola. Mala suerte. El agujero que no era en otro sitio de su... la persona que mencionabas. Esa noche ella se encontró... ¡Ya!

(Anuda el cordón. Bella pone el pie en el suelo. Bloom levanta la cabeza. La cara pesada y los ojos de ella le golpean en plena frente. Los ojos de Bloom se velan, más oscuros y con bolsas, su nariz se hace más gruesa.)

BLOOM: *(Masculla.)* En espera de sus gratas órdenes, caballeros, quedamos...

BELLO: *(Con dura mirada de basilisco y voz de barítono.)* ¡Perro deshonroso!

BLOOM: *(Enfatuado.)* ¡Emperatriz!

BELLO: *(Con masculinas mejillas-chuletas colgándole pesadamente.)* ¡Adorador del trasero adulterino!

BLOOM: *(Quejosamente.)* ¡Grandeza!

BELLO: ¡Devorador de estiércol!

BLOOM: *(Con los tendones semiflexionados.)* ¡Magnificencia!

BELLO: ¡Abajo! *(La golpea en el hombro con su abanico.)* ¡Inclínate con los pies por delante! Desli-

za el pie izquierdo un paso atrás. Te caerás. Te estás cayendo. ¡Abajo, sobre las manos!

BLOOM: *(Sus ojos femeniles, elevados en admiración, se entrecierran.)* ¡Trufas! *(Con penetrante grito de epiléptica, se desploma a cuatro patas, gruñendo, olfateando, escarbando a los pies de él, luego se tiende, haciéndose la muerta con los ojos bien cerrados, párpados temblorosos, inclinada hacia el suelo como ante su Excelentísimo Dueño y Señor.)*

BELLO: *(Con el pelo a lo hombruno, agallas violáceas, gruesos anillos de bigote en torno a la boca bien afeitada, con polainas de montañero, chaqueta verde con botones de plata, camisa deportiva y sombrero alpino con pluma de urogallo, las manos bien metidas en los bolsillos de los calzones, le pone a ella el tacón en el cuello y se lo incrusta.)* Nota todo mi peso. Inclínate, esclava y sierva, ante el trono de los gloriosos tacones de tu déspota, tan resplandecientes en su orgullosa erección.

BLOOM: *(Fascinada, balando.)* Prometo no desobedecer nunca.

BELLO: *(Se ríe ruidosamente.)* ¡Por San Apapucio! Bien poco sabes lo que te espera. Yo soy el bárbaro que te va a arreglar las cuentas y te va a leer la cartilla. Convido a beber a todos si no te saco del cuerpo la malicia, criatura. Levanta la cresta, si te atreves. Si lo haces, tiembla esperando la disciplina de tacón que se te va a propinar en traje de gimnasia.

(Bloom se desliza bajo el sofá y atisba afuera a través de los flecos.)

ZOE: *(Desplegando la combinación para taparla.)* Aquí no está ésa.

BLOOM: *(Cerrando los ojos.)* Aquí no está ésa.

FLORRY: *(Escondiéndola con la falda.)* Ella no lo hizo en serio, señor Bello. Va a ser buena, señor.

KITTY: No sea muy dura con ella, señor Bello. ¿Verdad que no, señorseñora?

BELLO: *(Con dulzura.)* Ven, patita mía. Quiero decirte unas palabritas, guapa, sólo para corregirte un poco. Nada más que una pequeña conversación íntima, monina. *(Bloom saca la cabeza, tí-*

mida.) Así me gustan las niñas buenas. *(Bello la agarra violentamente por el pelo y la saca a rastras.)* Sólo quiero castigarte por tu bien en un sitio blando y sin peligro. ¿Qué tal ese tierno trasero? Ah, iré suavecito, guapa. Empieza a prepararte.

BLOOM: *(Desmayándose.)* No me rompas las...

BELLO: *(Ferozmente.)* El anillo en la nariz, las pinzas, los estacazos, el gancho de colgar, el knut, todo eso te voy a hacer besar mientras tocan las flautas, como a la esclava nubia de antaño. Esta vez te toca a ti. Te vas a acordar de mí para el resto de tu vida natural. *(Con las venas de la frente hinchadas, y la cara congestionada.)* Me voy a sentar todas las mañanas en tu grupa ensillada a la otomana después de engullir mi buen desayuno de tajadas de jamón con tocino Matterson y una botella de cerveza Guinnes. *(Eructa.)* Y chupando mi buen cigarro de bolsista mientras leo la Gaceta de los Establecimientos de Alimentación. Muy posiblemente te haré sacrificar en mi cuadra poniéndote en brochetas para disfrutar una tajada tuya con chicharrones crujientes recién salidos del horno, y asada con mantequilla como un cochinillo con arroz y limón o salsa de grosellas. Te hará daño.

(Le retuerce el brazo. Bloom lanza chillidos, revolviéndose boca arriba como tortuga.)

BLOOM: ¡No seas cruel, tata! ¡No!

BELLO: *(Retorciendo.)* ¡Otra!

BLOOM: *(Grita.)* ¡Ah, esto es el mismo infierno! ¡Me duelen todos los nervios del cuerpo como locos!

BELLO: *(Grita.)* ¡Muy bien, por cien mil de a caballo! Ésa es la mejor noticia que he recibido desde hace seis semanas. Ea, no me tengas esperando, maldita seas. *(La abofetea.)*

BLOOM: *(Lloriquea.)* Me quieres pegar. Se lo diré a...

BELLO: Sujetadle, chicas, que le patee a éste.

ZOE: Sí. ¡Písale bien! Yo también.

FLORRY: Yo también. No seas avariciosa.

KITTY: No, yo. Prestádmela a mí.

(La cocinera del burdel, señora Keogh, arrugada, barbuda y cana, con delantal grasiento, calcetines grises y verdes y zapatones de hombre, espolvoreada

de harina, con un rodillo de amasar con masa cruda incrustado en su mano y brazo desnudo y rojo, aparece en la puerta.)

SEÑORA KEOGH: *(Ferozmente.)* ¿Puedo ayudar? *(Sujetan y dejan inmóvil a Bloom.)*

BELLO: *(Se pone en cuclillas, con un gruñido, sobre la cara de Bloom boca arriba, lanzando humo de cigarrillo acariciándose una gruesa pierna.)* Ya veo que Keating Clay ha sido elegido director del Asilo de Richmond y a propósito las acciones preferentes de Guinness están a dieciséis y tres cuartos. Qué imbécil he sido de no comprar ese paquete que me dijeron Craig y Gardner. Mi suerte infernal, maldita sea. Y ese condenado intruso de *Por Ahí* a veinte por una. *(Con ira, apaga el cigarro en la oreja de Bloom.)* ¿Dónde está ese jodido cenicero maldito?

BLOOM: *(Punzado, ahogado de nalgas.)* ¡Oh, oh! ¡Monstruos! ¡Cruel!

BELLO: Pídelo cada diez minutos. Implora, reza por ello como no has rezado nunca. *(Le mete un puño haciendo la higa y el inmundo cigarro.)* Ea, besa esto. Las dos cosas. Besa. *(Se pone a horcajadas sobre Bloom, y, apretando con rodillas de jinete, grita con voz dura.)* ¡Arre! Arre, caballito, vamos a Belén. Le voy a montar en el gran premio Eclipse. *(Se inclina a un lado y le aprieta ásperamente los testículos a su montura, gritando.)* ¡Eh, allá vamos! Te voy a mimar como es debido. *(Cabalga como en un caballito de balancín, brincando en la silla.)* La señora al paso al paso el cochero al trote al trote el señor al galope al galope al galope.

FLORRY: *(Tira de la manga a Bello.)* Déjame ahora sobre él. Ya has tenido bastante. Lo había pedido yo antes.

ZOE: *(Tira de la manga a Florry.)* A mí. A mí. ¿No has terminado todavía con él, mamona?

BLOOM: *(Ahogándose.)* No puedo más.

BELLO: Todavía no. Esperad. *(Retiene el aliento.)* Maldita sea. Ahí va. El tapón está a punto de saltar. *(Se descorcha por atrás y, retorciendo las facciones, lanza un ruidoso pedo.)* ¡Ahí os va eso!

(Se retapona.) Sí, qué caray, dieciséis y tres cuartos.

BLOOM: *(Cubriéndose de sudor.)* No hombre. *(Olfatea.)* Mujer.

BELLO: *(Se pone de pie.)* Basta de soplar frío y caliente. Lo que deseabas se ha cumplido. De ahora en adelante quedas desvirilizado y eres mío en serio, criatura bajo el yugo. Ahora, tu vestidura de castigo. Te despojarás de tus ropas masculinas ¿entendido, Ruby Cohen? y te encajarás por la cabeza y los hombros la seda de lujoso frufrú, y además deprisa.

BLOOM: *(Se encoge.)* ¡Seda, dijo la señora! ¡Ah crujiente, cresposa! ¿Debo tocarla con la punta de las uñas?

BELLO: *(Señala a sus putas.)* Tal como son ahora éstas, así serás tú, empelucada, permanentada, rociada de perfume, empolvada de arroz, con sobacos afeitados. Se te tomarán las medidas con cinta sobre la piel desnuda. Se te encajará con cruel fuerza en corsés como pinzas con tornillo, de suave cutí de paloma, con varillas de ballena, hasta la pelvis tallada en diamante, el absoluto borde exterior, mientras tu figura, más metida en carnes que cuando andaba suelta, será encerrada en vestidos apretados como redes, lindas enaguas de dos onzas, y orlas y cositas, por supuesto estampadas con la bandera de mi casa, creaciones de linda lencería para Alice y un buen perfume para Alice. Alice sentirá también sus mases y sus menos. Martha y Mary al principio tendrán un poco de frío en tan delicada envoltura de muslos pero la suave ligereza de encaje en torno a tus rodillas desnudas te recordará...

BLOOM: *(Encantadora vicetiple con mejillas pintadas, pelo de mostaza, grandes manos y nariz de hombre y boca en mueca burlona.)* Me probé las cosas de ella sólo una vez, por hacer una bromita, en la calle Holles. Cuando andábamos en estrecheces las lavaba yo para ahorrar de lavandera. Les daba vuelta a mis camisas. Era el más puro y simple ahorro.

BELLO: *(Sarcásticamente.)* Trabajitos para contentar a mamá, ¿eh? y te exhibías en tu dominó ante el

espejo con las cortinas echadas enseñando tus muslos sin faldas y ubres de macho cabrío en diversas posturas de entrega, ¿eh? ¡Jo, jo! ¡Es para reírse! Aquella enagua negra de ocasión, tan fenomenal, una camisa de baile con braguitas a medio muslo que se habían abierto por las costuras en la última violación de la señora Miriam Dandrade que te las vendió en el Hotel Shelbourne, ¿eh?

BLOOM: Miriam. De negro. *Demimondaine.*

BELLO: *(Con una risotada.)* Dios todopoderoso, ¡eso sí que es gracioso! Eras una bella Miriam cuando te cortabas los pelos de la puerta falsa y te echabas en la cama en desmayo como la señora Dandrade a punto de ser violada por el Teniente Smythe-Smythe; por el señor Philip Augustus Blocwell, diputado del Parlamento; por el Signore Laci Daremo, robusto tenor; por Bert de los ojos azules, chico del ascensor; por Henry Flaury, famoso por la Gordon Bennet; por Sheridan, el Creso mulato, remero número ocho del equipo de la vieja Trinity; por Ponto, su espléndido terranova; y por Bobs, duquesa viuda de Manorhamilton. *(Otra risotada.)* Caray, ¿no haría reír esto a un gato siamés?

BLOOM: *(Agitando manos y facciones.)* Fue Gerald quien me convirtió en amante de veras de los corsés cuando yo hacía un papel femenino en la escuela en la comedia *Vice Versa.* Fue mi querido Gerald. A él le había dado por ahí fascinado por el corsé de su hermana. Ahora el queridísimo Gerald usa pomada color rosa y se dora los párpados. El culto a la belleza.

BELLO: *(Con maligno júbilo.)* ¡La belleza! ¡Déjanos respirar un poco! Cuando te sentabas con cuidado mujeril, levantando los volantes ondulados, sobre el trono reluciente por el uso...

BLOOM: Ciencia. Comparar los diversos goces que experimentamos cada cual. *(En serio.)* Y realmente es mejor la posición... porque muchas veces yo mojaba...

BELLO: *(Severamente.)* Nada de insubordinación. Ahí tienes el serrín en el rincón. Te he dado instrucciones rigurosas, ¿no? ¡Hazlo de pie, señor mío!

¡Ya te enseñaré yo a portarte como un caballero! Como te pille una huella en los pañales... ¡Ajá! Por todos los demonios, vas a ver quién soy yo. Los pecados de tu vida pasada se levantan contra ti. Muchos. Centenares.

LOS PECADOS DE LA VIDA PASADA: *(En una algarabía de voces.)* Ha contraído cierta forma de matrimonio clandestino por lo menos con una mujer a la sombra de la Iglesia Negra. Ha telefoneado mentalmente mensajes impronunciables a la señorita Dunn en cierta dirección de la calle D'Olier mientras se exhibía indecentemente ante el aparato de la cabina. Con palabras y acciones estimuló a una bribona nocturna a que depositara material fecal y de otro tipo en una caseta nada higiénica unida a unos locales vacíos. En cinco urinarios públicos escribió mensajes a lápiz ofreciendo su compañera nupcial a todos los machos de fuerte miembro. Y ¿no pasaba noche tras noche junto a la fábrica de molesto olor a vitriolo cerca de las parejas en amoroso cortejo a ver si y qué y cuánto podía ver? ¿No yacía en la cama, grosero jabalí, deleitándose en un nauseabundo fragmento de papel higiénico muy usado con que le había obsequiado una sucia ramera, estimulada por pan de gengibre y un giro postal?

BELLO: *(Silba ruidosamente.)* ¡A ver! ¿Cuál ha sido la obscenidad más repugnante de toda su carrera delictiva? Llega al fondo. Desembucha. Sé sincero de una vez para todas.

(Mudas caras inhumanas se agolpan avanzando, haciendo muecas, desvaneciéndose, armando guirigay; Blooloohoom, Poldy Kock, Cordones de zapato a penique, el muchacho ciego, Larry Rinoceronte, la muchacha, la mujer, la puta, la otra, la...)

BLOOM: No me preguntes a mí: nuestro juramento recíproco. Calle Pleasants. Yo no pensaba más que la mitad de... Juro por lo más sagrado...

BELLO: *(Perentoriamente.)* Contesta. ¡Granuja repugnante! Insisto en saber. ¡Cuéntame algo que me divierta, algo sucio o una jodida historia de fantasmas o unos versos, deprisa, deprisa, deprisa! ¿Dónde? ¿Cómo? ¿En qué momento? ¿Con cuán-

tas personas? Te doy tres segundos nada más. ¡Uno! ¡Dos! ¡Tr...!

BLOOM: *(Dócil, gorgotea.)* Yo rererepugnaricé en rererepugnante...

BELLO: *(Imperiosamente.)* ¡Ea, márchate, bestia maloliente! ¡Alto la lengua! Habla sólo cuando te hablen.

BLOOM: *(Se inclina.)* ¡Amo! ¡Ama! ¡Domadora de hombres! *(Levanta los brazos. Se le caen los brazaletes.)*

BELLO: *(En tono satírico.)* Por el día, pondrás a remojar y restregarás nuestra olorosa ropa interior, también cuando nosotras las señoras no nos encontramos bien, y fregarás nuestros retretes con el traje recogido y una bayeta atada a la cola. Qué bonito será, ¿no es verdad? *(Le pone un anillo con rubí en el dedo.)* ¡Ya está! Con este anillo tomo posesión de ti. Di, gracias, ama.

BLOOM: Gracias, ama.

BELLO: Harás las camas, me prepararás la bañera, vaciarás los orinales de todos los cuartos, incluido el de la vieja señora Keogh, la cocinera, uno de color naranja. Sí, y los enjuagarás bien los siete, fíjate, o si no te los vas a sorber como champán. Te me los vas a beber calientes de abrasar. ¡Aúpa! A servir como un clavo, o si no, te voy a sermonear sobre tus malas acciones, Miss Ruby, y te voy a dar buenos azotes a culito descubierto, señorita, con el cepillo del pelo. Se te enseñará lo errado de tus caminos. Por la noche, tus manos bien locionadas y con brazaletes se pondrán guantes de cuarenta y tres botones recién empolvados con talco y con las puntas de los dedos delicadamente perfumadas. Por prendas así, los caballeros de antaño ponían en juego sus vidas. *(Risotada.)* Mis muchachos estarán encantadísimos de verte tan hecha una señora, sobre todo el coronel; cuando vengan aquí la noche antes de casarse a hacer cariñitos a mi nueva atracción en tacones dorados. Primero, yo mismo te voy a hacer una prueba. Uno del hipódromo que conozco, que se llama Charles Alberta Marsh (acabo de estar en la cama con él y con otro caballero del Despacho de Bolsas y Canas-

tos) anda buscando una muchacha para todo que tomar en seguida. Hincha el pecho. Sonríe. Baja los hombros. ¿Qué ofrecen? *(Señala.)* Por este artículo, amaestrado por el propietario para ir a buscar y traer, con la cesta en la boca. *(Se desnuda un brazo y lo sumerge hasta el codo en la vulva de Bloom.)* ¡Aquí sí que tienen una buena profundidad! ¿Qué, muchachos? ¿Os la pone dura? *(Le mete el brazo en la cara a un postor.)* ¡Ea, a baldear la cubierta y a dejarla bien limpia!

UN POSTOR: ¡Un florín!

(El portero de Dillon toca su campanilla.)

UNA VOZ: Un chelín y ocho peniques de más.

EL PORTERO: ¡Talán!

CHARLES ALBERTA MARSH: Debe ser virgen. Buen aliento. Limpia.

BELLO: *(Da un golpe con el martillo.)* Dos chelines. Es una cifra mínima, barata a ese precio. Catorce manos de altura. Tocadle y examinadle sus cualidades. Manejadle. Esta piel de plumón, estos músculos blandos, esta carne tierna. ¡Lástima no tener aquí mi punzón de oro! Y muy fácil de ordeñar. Tres galones al día, bien frescos. Un animal de reproducción de primera, que pondrá su huevo dentro de una hora. El record de leche de su padre fue mil galones de leche entera en cuarenta semanas. ¡A ver, tesoro mío! ¡Lúcete! ¡A ver! *(Hierra la grupa de Bloom con su inicial C.)* ¡Ea! ¡Un Cohen garantizado! ¿Quién da más de dos chelines, caballeros?

UN HOMBRE DE ROSTRO OSCURO: *(Con acento disfrazado.)* Sien librras esterrlinas.

VOCES: *(Por lo bajo.)* Para el Califa Harún Al Raschid.

BELLO: *(Alegremente.)* Muy bien. Adelante todos. La breve falda, atrevidamente corta, subiendo por encima de la rodilla para mostrar un atisbo de braguita blanca, es un arma poderosa, y las medias transparentes, con ligas esmeralda, con esas largas costuras derechas que se prolongan más allá de la rodilla, apelan a los mejores instintos del hombre de mundo *blasé*. Aprende el flúido paso menudo sobre tacones Luis XV de cuatro pulgadas, el ladeo griego con provocadora grupa,

los muslos fluyentes, las rodillas besándose modestamente. Lanza sobre ellos todo tu poder de fascinación. Alcahueta a todos sus vicios gomorreos.

BLOOM: *(Se mete la cara ruborosa bajo el sobaco y sonríe bobamente con el índice en la boca.)* Ah, ya sé a qué quiere aludir ahora.

BELLO: ¿Para qué otra cosa sirves, criatura impotente que eres? *(Se agacha y, observando, da una brutal metida con su abanico por debajo de los gruesos pliegues de sebo de las ancas de Bloom.)* ¡Arriba! ¡Arriba! ¡Gato sin cola! ¿Qué tenemos ahí? ¿A dónde ha ido a parar tu mango retorcido, o quién te lo ha cortado, mamoncillo? Canta, pajarito, canta. Está tan flojo como el de un niño de seis años haciendo pipí detrás del cochecito. Cómprate un cubo o vende la bomba. *(En alta voz.)* ¿Eres capaz de hacer lo de un hombre?

BLOOM: En la calle Eccles...

BELLO: *(Sarcásticamente.)* No querría herir tus sentimientos por nada del mundo pero allí hay un hombre bien macho en posesión del terreno. ¡La cosa se ha vuelto del revés, mi alegre amiguito! Ése es algo así como un hombre de tamaño natural, criado al aire libre. No te iría mal, desgraciado, si tuvieras esa arma toda con nudos y bultos y verrugas por encima. Ha echado el cerrojo, te lo digo yo. Pies con pies, rodillas con rodillas, tripa con tripa, tetas con pecho. No es ningún eunuco. Le sale por detrás un mechón de pelo rojizo como una mata de tojo. ¡Espera nueve meses, muchacho! ¡Válgame Dios, ya está dando patadas y tosiendo de arriba para abajo en las tripas de ella! Eso te da rabia, ¿no? ¿Te toca el punto sensible? *(Escupe con desprecio.)* ¡Escupidera!

BLOOM: Se me ha tratado de un modo indecente, yo... informaré a la policía. Cien libras. Incalificable. Yo...

BELLO: Querrías si pudieras, patito cojo. Un aguacero es lo que nos hace falta, no tus cuatro gotas.

BLOOM: ¡Para volverme loco! ¡Moll! ¡Se me olvidó! ¡Perdona! ¡Moll! Nosotros... Todavía...

BELLO: *(Inexorable.)* No, Leopold Bloom, todo está

cambiado por voluntad de mujer desde que dormiste horizontal en el Valle del Sueño tu noche de veinte años. Vuelve y verás.

(El Viejo Valle del Sueño llama por encima de la llanura.)

VALLE DEL SUEÑO: ¡Rip van Winkle! ¡Rip van Winkle!

BLOOM: *(Con mocasines desgarrados y una escopeta enmohecida, de puntillas, a tientas, su descolorida cara, huesuda y barbuda, atisba a través de los cristales emplomados, y grita fuerte.)* ¡La veo! ¡Es ella! ¡La primera noche en casa de Mat Dillon! ¡Pero ese vestido, el verde! Y tiene el pelo teñido de oro y él...

BELLO: *(Ríe burlón.)* Ésa es tu hija, lechuzo, con un estudiante de Mullingar.

(Milly Bloom, pelo rubio, falda verde, sandalias ligeras, con su chal azul al viento marino dando vueltas, se desprende de los brazos de su amante y llama, con su ojos jóvenes muy abiertos de asombro.)

MILLY: ¡Cómo! ¡Es Papi! Pero... Oh Papi, ¡qué viejo te has puesto!

BELLO: Cambiado, ¿eh? Nuestra rinconera, nuestra escribanía donde nunca escribimos, la butaca de la tía Hegarty, nuestras reproducciones clásicas de maestros antiguos. Un hombre y sus amigos están viviendo muy a gusto. *¡El nidito del Cocú!* ¿Por qué no? ¿Cuántas mujeres has tenido tú, di? Siguiéndolas por calles oscuras, pies planos, excitándolas con tus gruñidos sofocados. ¿Qué, so prostituto? Virtuosas damas con paquetes comestibles. Ahora te toca a ti. A cada cerdo le llega su San Martín.

BLOOM: Ellos... yo...

BELLO: *(Tajante.)* Las huellas de sus tacones se marcarán en la alfombra de falso Bruselas que compraste en la subasta de Wren. En sus trotes con la jaca Moll, buscándole la pulga en las bragas, mutilarán la estatuilla que llevaste a casa bajo la lluvia por amor al arte por el arte. Violarán los secretos de tu cajoncito. Se arrancarán hojas de tu manual de astronomía para limpiar las pipas. Y escupirán en tu guardafuego de bronce de diez chelines de Hampton Leedom.

BLOOM: Diez con seis. Una acción de viles bribones. Déjame marchar. Volveré. Demostraré.

UNA VOZ: ¡Jura!

(Bloom aprieta el puño y avanza reptando, con un cuchillo de monte entre los dientes.)

BELLO: ¿Como huésped de pago o como hombre mantenido? Demasiado tarde. Has hecho tu segunda cama y otros deben acostarse en ella. Tu epitafio está escrito. Estás liquidado, no lo olvides, viejito.

BLOOM: ¡Justicia! ¡Toda Irlanda contra uno solo! ¿Nadie tiene...?

(Se muerde el pulgar.)

BELLO: Muérete y condénate si tienes el menor sentido de decencia o de gracia. Te puedo dar un raro vino viejo que te mandará disparado al infierno y de vuelta. Haz testamento y déjanos el dinero suelto que tengas. Si no lo tienes ¡más vale que te lo busques, que lo robes, que lo mangues! Te enterraremos en nuestro retrete del jardín, donde estarás muerto y podrido con el viejo Cuck Cohen, mi sobrinastro con quien me casé, el puñetero del viejo procurador, gotoso y sodomita, con el cuello torcido, y mis otros diez u once maridos, no me acuerdo cómo se llamaban esos maricones, ahogados en el mismo pozo negro. *(Explota en una ruidosa risa con flemas.)* ¡Te vamos a estercolar, señor Flower! *(Pía burlonamente.)* ¡Adiós, Poldy! ¡Adiós, Papi!

BLOOM: *(Se agarra la cabeza.)* ¡Mi fuerza de voluntad! ¡La memoria! ¡He pecado! He suf...

(Llora sin lágrimas.)

BELLO: *(Burlón.)* ¡Llorón! ¡Lágrimas de cocodrilo!

(Bloom, abatido, espesamente velado para el sacrificio, solloza, con la cara en tierra. Se oye la campana de difuntos. Las figuras, en velos negros, de los circundados, están de pie ante el Muro de las Lamentaciones: M. Shulomowitz, Joseph Goldwater, Moses Herzog, Harris Rosenberg, M. Moisel, J. Citron, Minnie Watchman, O. Mastiansky, el Reverendo Leopold Abramowitz, Chazen. Con brazos balanceantes, se lamentan en pneuma por el renegado Bloom.)

LOS CIRCUNCIDADOS: *(En una oscura salmodia gutural, lanzando sobre él frutos del Mar Muerto, sin flores.) Shema Israel Adonai Elohenu Adonai Echad.*

VOCES: *(Suspirando.)* Así que se fue. Ah, sí. Sí, claro. ¿Bloom? Nunca he oído hablar de él. ¿No? Tío raro. Ahí está la viuda. ¿Conque sí? Ah, sí. *(De la pira india de la viuda se eleva la llama de resina de alcanfor. El palio de humo de incienso la recubre y se dispersa. Saliendo de su marco de roble, una ninfa con el pelo desatado, vestida ligeramente en colores artísticos pardo-té, desciende de su gruta y, pasando bajo los tejos entrelazados, se sitúa sobre Bloom.)*

LOS TEJOS: *(Con sus hojas susurrando.)* Hermana. Nuestra hermana. Chsst.

LA NINFA: *(Suavemente.)* ¡Mortal! *(Benignamente.)* No, en verdad no debierais llorar.

BLOOM: *(Avanza reptando gelatinosamente bajo las ramas, veteado por la luz del sol, con dignidad.)* Esta postura. Me pareció que se esperaba de mí. La fuerza de la costumbre.

LA NINFA: ¡Mortal! Me has hallado en malas compañías, bailarinas de patas por alto, juerguistas domingueros, boxeadores, generales famosos, actores inmorales de pantomima en mallas ajustadas y las frívolas que bailan el *shimmy*, La Aurora y Karini, espectáculo musical, el éxito del siglo. Yo estaba escondida en barato papel rosado que olía a aceite mineral. Me rodeaba la obscenidad trasnochada de los hombres de los clubs, relatos para turbar a la tierna juventud, anuncios de transparencias, dados trucados, almohadillados para el busto, artículos especiales y por qué llevar braguero, con testimonio de un caballero herniado. Consejos útiles a los casados.

BLOOM: *(Eleva una cabeza de tortuga hacia el regazo de ella.)* Nos hemos conocido ya antes. En otra estrella.

LA NINFA: *(Tristemente.)* Artículos de goma. Irrompibles. La marca preferida de la aristocracia. Corsés para hombres. Curo las convulsiones o se reembolsa el dinero. Testimonios no solicitados

a favor del maravilloso pectógeno del Profesor Waldman. Mi busto se desarrolló cuatro pulgadas en tres semanas, informa la señora Gus Rublin con foto.

BLOOM: ¿Quieres decir *Photo Bits*?

LA NINFA: Eso es. Tú te me llevaste, enmarcada en roble ya oropel, me pusiste sobre tu lecho matrimonial. Sin ser visto, un atardecer estival, me besaste en cuatro sitios. Y con lápiz amoroso sombreaste mis ojos, mi seno y mis vergüenzas.

BLOOM: *(Besando humildemente su largo pelo.)* Tus curvas clásicas, bella inmortal. Me alegraba mirarte, alabarte, oh cosa de belleza, casi rezarte.

LA NINFA: Durante largas noches te oí alabarme.

BLOOM: *(Rápidamente.)* Sí, sí. Quieres decir que yo... El sueño releva el lado peor de cada cual, quizá con excepción de los niños. Sé que me caí de la cama o más bien que me empujaron. Se dice que el vino ferruginoso cura el roncar. Por lo demás está ese invento inglés, del que recibí un folleto el otro día, con la dirección equivocada. Asegura procurar un escape inofensivo y sin ruido. *(Suspira.)* Siempre ha sido así. Fragilidad, tu nombre es matrimonio.

LA NINFA: *(Con los dedos en los oídos.)* Y palabras. No están en mi diccionario.

BLOOM: ¿Las comprendías?

LOS TEJIDOS: Chsss.

LA NINFA: *(Se tapa la cara con la mano.)* ¿Qué no he visto en este cuarto? ¿Qué deben mis ojos seguir mirando?

BLOOM: *(Excusándose.)* Ya sé. Ropa interior manchada, puesta cuidadosamente del revés. Las arandelas están sueltas. De Gibraltar por larga mar, hace mucho.

LA NINFA: *(Inclinada la cabeza.)* ¡Peor! ¡Peor!

BLOOM: *(Reflexiona cautamente.)* Esa cómoda anticuada. No era para su peso. Ella no pesaba entonces nada más que setenta kilos. Ganó nueve libras después del destete. Estaba agrietada y no tenía cola. ¿Eh? Y ese absurdo utensilio con greca naranja que tiene sólo un mango.

(Aclaman.)

(Se oye el ruido de una catarata, en clara cascada.)

LA CATARATA:

Poulaphouca Poulaphouca
Poulaphouca Poulaphouca

LOS TEJOS: *(Mezclando sus ramas.)* Escucha. Susurra. Tiene razón, nuestra hermana. Crecimos junto a la catarata de Poulaphouca. Dábamos sombra en lánguidos días de verano.

JOHN WYSE NOLAN: *(Al fondo, en uniforme de Guardia Forestal Nacional de Irlanda, se levanta el sombrero emplumado.)* ¡Prosperad! ¡Dad sombra en días lánguidos, árboles de Irlanda!

LOS TEJOS: *(Murmurando.)* ¿Quién vino a Poulaphouca con la excursión de escuela media? ¿Quién dejó a sus compañeros buscando nueces para buscar nuestra sombra?

BLOOM: *(Pecho de pollo, hombros de botella, con hombreras rellenas, en borroso traje juvenil gris y negro a rayas, demasiado pequeño para él, zapatos blancos de tenis, calcetines ribeteados dados vueltas y una gorra roja de escuela, con emblema.)* Yo era un muchachito, en pleno crecimiento. Poco bastaba entonces, el traqueteo de un coche, los olores mezclados del guardarropas y el lavabo de señoras, la multitud apretada en las escalinatas del viejo Royal, pues les gustan los apretones, los instintos del rebaño, y el oscuro teatro oliente a sexo desencadena el vicio. Incluso una lista de precios de medias de ellas. Y luego el calor. Ese verano había manchas solares. Fin de curso. Y el bizcocho borracho. Días alciónicos.

(Los Días Alciónicos, muchachos de escuela media con jerseys de fútbol azul y blanco y pantalones cortos, Señorito Donald Turnbull, Señorito Abraham Chatterton, Señorito Owen Goldberg, Señorito Jack Meredith, Señorito Percy Apjohn, se detienen en un claro de árboles y gritan al Señorito Leopold Bloom.)

LOS DÍAS ALCIÓNICOS: ¡Merluzo! ¡A ver si resucitas! ¡Hurra!

BLOOM: *(Muchachote torpe, de guantes calientes y bufanda de mamá, atontado de bolsas de nieve sin fuerza, se esfuerza por levantarse.)* ¡Otra vez! ¡Siento que tengo dieciséis años! ¡Qué juerga! Vamos a tocar todas las campanillas de la calle Montague. *(Aclama débilmente.)* ¡Hurra por los de la Escuela!

EL ECO: ¡Tu abuela!

LOS TEJOS: *(Rozando sus ramas.)* Tiene razón nuestra hermana. Susurrad. *(Se oyen en el bosque besos susurrados. Caras de hamadríadas asoman de los troncos y entre las hojas y se abren bloomifloreciendo.)* ¿Quién profanó nuestra sombra silenciosa?

LA NINFA: *(Tímidamente a través de los dedos medio separados.)* ¡Ahí! ¿Al aire libre?

LOS TEJOS: *(Inclinándose abajo.)* Hermana, sí. Y en nuestro césped virgen.

LA CATARATA:

Poulaphouca Poulaphouca
Phoucaphouca Phoucaphouca.

LA NINFA: *(Con los dedos abiertos.)* ¡Oh! ¡Infamia!

BLOOM: Yo era precoz. La juventud. Los faunos. Sacrifiqué al dios de la floresta. Las flores que florecen en la primavera. Era la época de aparearse. La atracción capilar es un fenómeno natural. Lotty Clarke, la de cabellos de lino, la vi en sus arreglos nocturnos a través de cortinas mal cerradas, con los gemelos del pobre papá. La muy loca comía hierba salvajemente. Se dejó rodar abajo en el puente de Rialto para tentarme con su efluvio de espíritus animales. Trepó a aquel árbol retorcido y yo... Un santo no lo podría resistir. El demonio me poseyó. Además, ¿quién lo vio?

(Staggering Bob, un ternero recién nacido, de testuz blanca, asoma su cabeza rumiante, con narices húmedas, a través del follaje.)

STAGGERING BOB: Yo. Yo ver.

BLOOM: Simplemente satisfaciendo una necesidad. *(Con patetismo.)* Ninguna chica quería cuando yo

iba buscando chicas. Demasiado feo. No querían seguir el juego...

(Allá arriba en Ben Howth, a través de rododendros, pasa una cabrita, de ubres hinchadas, rabo mocho, dejando caer sus pasas.)

LA CABRITA: *(Bala.)* ¡Beeg-eg-ageeegg! ¡Caaaabr!

BLOOM: *(Sin sombrero, sofocado, cubierto de arrancamoños de cardos y brezos.)* Comprometidos seriamente. Las circunstancias alteran los casos. *(Mira hacia abajo, atentamente, al agua.)* Treinta y dos vueltas de campana por segundo. Pesadilla periodística. Elías con vértigo. Caída de una escollera. Triste final de empleado de la Imprenta del Gobierno. *(A través del aire veraniego silencioso en plata, el maniquí de Bloom, envuelto como una momia, baja rodando desde la escollera de Lion's Head a las violáceas aguas en espera.)*

EL MOMIMANIQUÍ: ¿Bbbbbllllbbblblodschlog?

(Allá lejos, al largo de la bahía, entre los faros de Bailey y Kish, navega el Erin's King, lanzando un ensanchado penacho de humo de carbón por la chimenea, hacia tierra.)

EL CONCEJAL NANETTI: *(Solo en la cubierta, de alpaca oscura, cara amarilla de milano, la mano en la abertura del chaleco, declama.)* Cuando mi país ocupe su lugar entre las naciones de la tierra, entonces, y sólo entonces, sea escrito mi epitafio. He...

BLOOM: Terminado. Prff.

LA NINFA: *(Altanera.)* Nosotras las inmortales, como has visto hoy, no tenemos tal sitio, ni tampoco pelo ahí. Somos frías como la piedra y puras. Comemos luz eléctrica. *(Enarca el cuerpo en crispación lasciva, metiéndose el índice en la boca.)* Me habló. Lo oí por atrás. ¿Cómo pudiste entonces...?

BLOOM: *(Dando zancadas por la llanura, abyecto.)* Ah, he sido un perfecto cerdo. También lavativas he administrado. Un tercio de pinta de cuasia, añadiendo una cucharadita de sal gema. Por la base arriba. Con la jeringa Hamilton Long, la amiga de las señoras.

LA NINFA: En mi presencia. La borla de los polvos. *(Se ruboriza y hace una reverencia.)* Y lo demás.

BLOOM: *(Abatido.)* Sí. *Peccavi!* He rendido homenaje en ese altar vivo donde la espalda cambia de nombre. *(Con súbito fervor.)* Pues ¿por qué debería esa mano enjoyada, delicadamente perfumada, la mano que rige...?

(Pasan unas figuras serpenteando en lento diseño boscoso en torno a los troncos de los árboles, arrullando.)

LA VOZ DE KITTY: *(En la espesura.)* Enséñanos uno de esos cojines.

LA VOZ DE FLORRY: Aquí está.

(Un gallo de bosque aletea torpemente a través del monte bajo.)

LA VOZ DE LYNCH: *(En la espesura.)* ¡Uf! ¡Caliente que abrasa!

LA VOZ DE ZOE: *(Desde la espesura.)* Salió de un sitio caliente.

LA VOZ DE VIRAG: *(Jefe piel roja, con vetas azules y plumas en su atuendo de guerra, con su azagaya, atraviesa a zancadas un crujiente cañaveral pisando hayucos y bellotas.)* ¡Caliente! ¡Caliente! ¡Cuidado con Toro Sentado!

BLOOM: Puede más que yo. La cálida huella de su cálida forma. Incluso sentarme donde se ha sentado una mujer, especialmente con muslos abiertos, como para conceder el favor supremo, muy especialmente con los faldones de raso de la chaqueta previamente bien levantados. Tan femeninamente llena. Me llena plenamente.

LA CATARATA:

Philallena Poulaphouca
Poulaphouca Poulaphouca.

LOS TEJOS: ¡Chss! ¡Hermana, habla!

LA NINFA: *(Sin ojos, en hábito blanco de monja, cofia y toca de anchas alas, suavemente, con remota mirada.)* Convento Tranquilla. Sor Ágata. Monte Carmelo, las apariciones de Knoch y Lourdes. Ya no más deseos. *(Reclina la cabeza, suspirando.)* Sólo lo etéreo. Donde la soñosa cremosa gaviota sobre el agua turbia flota.

(Bloom se levanta a medias. El botón del bolsillo de atrás le salta.)

EL BOTÓN: ¡Bip!

(Dos fulanas del Coombe pasan bailando bajo la lluvia, con chales, aullando sordamente.)

LAS FULANAS:

Oh Leopold perdió el alfiler de las bragas
no sabía qué hacer
para sostenerla
para sostenerla.

BLOOM: *(Fríamente.)* Habéis roto el hechizo. La gota de agua que rebosa. Si no hubiera más que lo etéreo, ¿dónde estaríais todas, postulantes y novicias? Tímida pero deseosa, como un burro que orina.

LOS TEJOS: *(Precipitando el papel de plata de sus hojas, con los flacos brazos envejeciendo y vacilando.)* ¡Caedizamente!

LA NINFA: ¡Qué sacrilegio! ¡Atentar contra mi virtud! *(Aparece en su túnica una gran mancha rojada.)* ¡Manchar mi inocencia! No eres digno de tocar la vestidura de una mujer pura. *(Se aprieta la túnica.)* Espera, Satán. No cantarás más canciones de amor. Amén. Amén. Amén. Amén. *(Saca un puñal y, revestida de la cota de malla de un caballero elegido entre nueve, le hiere en los lomos.)* *Nenkum!*

BLOOM: *(Poniéndose en pie de un salto, le agarra la mano.)* ¡Eh! ¡Nebrakada! ¡Gata de siete vidas! Juego limpio, señora. Nada de cuchillo de podar. La zorra y las uvas, ¿no? ¿Qué tenemos de malo, para vuestro alambre de espino? ¿No es bastante grueso el crucifijo? *(Le agarra el velo.)* ¿Un santo abad es lo que necesitas, o Brophy, el jardinero cojo, o la estatua sin pitorro del aguador, o la buena Madre Alphonsus, eh lagarta?

LA NINFA: *(Con un grito, se escapa de él sin velo, su envoltura de escayola agrietándose, con una nube de hedor escapando por las grietas.)* ¡Poli...!

BLOOM: *(Le grita siguiéndola.)* Como si vosotras no lo recibierais por partida doble, vosotras mismas.

Sin sacudidas ni mucosidades múltiples por todas partes. Yo lo probé. Vuestra fuerza es nuestra debilidad. ¿Cuál es nuestro honorario de garañones? ¿Qué nos vais a pagar a tocateja? He leído que alquiláis bailarines en la Riviera. *(La ninfa fugitiva da altos gritos.)* ¡Eh! Yo tengo detrás de mi dieciséis años de trabajo de negros. ¿Y me daría un jurado mañana cinco chelines por alimentos, eh? Engaña a otro, no a mí. *(Olfatea.)* Pero. Cebollas. Rancio. Azufre. Grasa.

(La figura de Bella Cohen se yergue ante él.)

BELLA: La próxima vez te acordarás de mí.

BLOOM: *(Compuesto, la observa.)* *Passée.* Carnero disfrazado de lechal. Dientes largos y vello superfluo. Una cebolla cruda para terminar por la noche le sentaría bien a su tez. Y algunos ejercicios para rebajar papada. Tus ojos están tan vaporosos como los ojos de cristal de tu zorro disecado. Tienen las dimensiones de tus otras facciones, eso es todo. Yo no soy un torpedo de tres hélices.

BELLA: *(Con desprecio.)* Tú no estás para nada, en realidad. *(Su coño de fulana ladra.)* ¡Foh-racht!

BLOOM: *(Con desprecio.)* Límpiate primero el dedo medio sin uña; el jugo frío de tu chulo te está goteando de tu cresta de gallo. Toma un puñado de heno y límpiate.

BELLA: ¡Te conozco, agente de publicidad! ¡Besugo muerto!

BLOOM: ¡Yo le vi, madama de putas! ¡Revendedora de sífilis y purgaciones!

BELLA: *(Se vuelve al piano.)* ¿Quién de vosotras tocaba la marcha fúnebre de *Saúl*?

ZOE: Yo. Ocúpate de tus juanetes. *(Va disparada al piano y golpea acordes en él con los brazos cruzados.)* El paseo del gato por las escorias. *(Echa una ojeada atrás.)* ¿Eh? ¿Quién hace el amor con mis nenitas? *(Vuelve disparada a la mesa.)* Lo que es tuyo es mío y lo que es mío es tuyo. *(Kitty, desconcertada, se recubre los dientes con el papel de plata. Bloom se acerca a Zoe.)*

BLOOM: *(Amablemente.)* Devuélveme esa patata. ¿quieres?

ZOE: Prenda perdida: cosa fina y cosa más que fina.

BLOOM: *(Con sentimiento.)* No es nada, pero no deja de ser una reliquia de la pobre mamá.

ZOE:

Si reclamas lo que diste
Dios pregunta dónde está:
si dices que no lo sabes
al fuego te mandará.

BLOOM: Hay recuerdos unidos a ella. Me gustaría tenerla.

STEPHEN: Tener o no tener, ésa es la cuestión.

ZOE: Aquí está. *(Se levanta el borde de la combinación, mostrando el muslo desnudo y desenvuelve la patata de lo alto de la media.)* Quien esconde sabe dónde encontrar.

BELLA: *(Frunce el seño.)* Ea. Esto no es una barraca de exhibiciones. Y tú no destroces ese piano. ¿Quién paga aquí?

(Va hacia la pianola. Stephen hurga en el bolsillo, y, sacando un billete por una esquina, se lo entrega.)

STEPHEN: *(Con exagerada cortesía.)* Esta bolsa de seda la he sacado de la oreja de la cerda del público. Señora, me excuso. Si me lo permite. *(Indica vagamente a Lynch y a Bloom.)* Estamos todos en el mismo juego, Kinch y Lynch. *Dans ce bordel où tenons nostre état.*

LYNCH: *(Llama desde junto a la chimenea.)* ¡Dedalus! Dale tu bendición por mí.

STEPHEN: *(Entrega a Bella una moneda.)* Oro. Ella lo tiene.

BELLA: *(Mira al dinero, y luego a Zoe, Florry y Kitty.)* ¿Quiere tres chicas? Son diez chelines aquí.

STEPHEN: *(Complicado.)* Cien mil excusas. *(Vuelve a hurgar en el bolsillo y saca y le entrega dos coronas.)* Permítame, *brevi manu*, tengo la vista algo trastornada.

(Bella va a la mesa y cuenta el dinero mientras Stephen habla consigo mismo en monosílabos. Zoe da un salto hasta la mesa. Kitty se inclina sobre el cuello de Zoe. Lynch se levanta, se endereza la gorra, y, agarrando a Kitty por la cintura, añade su cabeza al grupo.)

FLORRY: *(Golpea pesadamente para levantarse.)* ¡Au! Se me ha dormido el pie.

(Cojea hasta la mesa. Bloom se acerca.)

BELLA, ZOE, KITTY, LYNCH, BLOOM: *(Charlando y peleándose.)* El caballero... diez chelines... paga por los tres... permítame un momento... este caballero paga aparte... ¿quién lo toca?... ay... cuidado a quién pellizca... ¿se quedan toda la noche o un rato?... ¿quién fue?... perdone, es usted un embustero... el caballero ha pagado como un caballero... beber... son mucho más de las once.

STEPHEN: *(A la pianola, hace un gesto de aborrecimiento.)* ¡Nada de botellas! ¿Cómo, las once? Adivina adivinanza.

ZOE: *(Levantándose la enagua y doblando medio soberano en lo alto de la media.)* Ganado trabajando duro con el sudor de mi espalda.

LYNCH: *(Levantando a Kitty de la mesa.)* ¡Ven!

KITTY: Espera. *(Agarra las dos coronas.)*

LYNCH: ¡Aúpa! *(La levanta, se la lleva y la deja caer en el sofá.)*

STEPHEN:

El zorro cantó, los gallos volaban,
las campanas del cielo
las once daban.
Es hora de que su pobre alma
salga del cielo.

BLOOM: *(Tranquilamente deja medio soberano en la mesa, entre Bella y Florry.)* Aquí tienen. Permítanme. *(Recoge el billete de una libra.)* Tres por diez. Estamos en paz.

BELLA: *(Con admiración.)* Qué astuto eres, viejo loro. Casi estoy por darte un beso.

ZOE: *(Señalándole.)* ¿Hm? Profundo como un pozo. *(Lynch echa a Kitty hacia atrás en el sofá y la besa. Bloom va con el billete de libra hacia Stephen.)*

BLOOM: Esto es tuyo.

STEPHEN: ¿Cómo es eso? *Le distrait* o el mendigo distraído. *(Vuelve a hurgarse en el bolsillo y saca un puñado de monedas. Cae un objeto.)* Se ha caído eso.

BLOOM: *(Agachándose, recoge y entrega una caja de cerillas.)* Esto.

STEPHEN: Fósforos. Gracias.

BLOOM: Más valdría que me entregara ese dinero a mí para que lo cuidara. ¿Por qué pagar más?

STEPHEN: *(Le entrega todas sus monedas.)* Sea justo antes de ser generoso.

BLOOM: Sí, pero ¿es prudente? *(Cuenta.)* Uno, siete, once, y cinco. Seis. Once. No respondo de lo que haya perdido.

STEPHEN: ¿Por qué daban las once? Proparoxítono. El momento antes del siguiente, dice Lessing. Zorro sediento. *(Se ríe ruidosamente.)* Enterrando a su abuela. Probablemente la mató.

BLOOM: Son una libra seis chelines y once peniques. Una libra con siete chelines, digamos.

STEPHEN: No me importa un pito.

BLOOM: No, pero...

STEPHEN: *(Se acerca a la mesa.)* Un cigarrillo, por favor. *(Lynch lanza un cigarrillo desde el sofá a la mesa.)* Así que Georgina Johnson está muerta y casada. *(Aparece un cigarrillo en la mesa. Stephen lo mira.)* Milagro. Magia de salón. Casada. Humm. *(Enciende una cerilla y se pone a dar lumbre al cigarrillo con enigmática melancolía.)*

LYNCH: *(Observándole.)* Tendrías más probabilidades de dar lumbre si acercaras más la cerilla.

STEPHEN: *(Acerca más la cerilla al ojo.)* Ojo de lince. Tengo que buscarme unas gafas. Las rompí ayer. Hace dieciséis años. La distancia. El ojo lo ve todo plano. *(Aleja la cerilla. Se apaga.)* El cerebro piensa. Cerca: lejos. Ineluctable modalidad de lo visible. *(Frunce el ceño misteriosamente.)* Humm. La esfinge. La bestia que tiene dos espaldas a medianoche. Casada.

ZOE: Fue un viajante de comercio que se casó con ella y se la llevó.

FLORRY: *(Asiente.)* El señor Cordero, de Londres.

STEPHEN: Cordero de Londres, que quitas los pecados del mundo.

LYNCH: *(Abrazando a Kitty en el sofá, salmodia con voz profunda.) Dona nobis pacem.*

(El cigarrillo resbala de los dedos de Stephen. Bloom lo recoge y lo tira a la chimenea.)

BLOOM: No fume. Debería comer. Maldito ese perro que me encontré. *(A Zoe.)* ¿No tienes nada?

ZOE: ¿Tiene hambre éste?

STEPHEN: *(Extiende la mano hacia la sonrisa de ella y entona con la melodía del pacto de sangre del* Crepúsculo de los Dioses*).*

Hangende Hunger,
Fragende Frau,
Macht uns alle kaput.

ZOE: *(Trágicamente.)* ¡Hamlet, soy la barrena de tu padre! *(Le toma la mano.)* Belleza de ojos azules, te voy a leer la mano. *(Le señala a la frente.)* Ni ingenio ni arrugas. *(Cuenta.)* Dos, tres, Marte, eso es valentía. *(Stephen mueve la cabeza.)* No eres un chiquillo.

LYNCH: Valentía de trueno. El muchacho que no sabía lo que era miedo. *(A Zoe.)* ¿Quién te enseñó quiromancia?

ZOE: *(Se vuelve.)* Pregúntaselo a las pelotas que no tengo. *(A Stephen.)* Te lo veo en la cara. Los ojos, así. *(Frunce el ceño con la cabeza baja.)*

LYNCH: *(Riendo, da un par de azotes a Kitty.)* Así. Doña Palmeta.

(Por dos veces, con ruido, chasca una palmeta: el féretro de la pianola se abre de golpe, y salta fuera la cabecita calva, de muñeco de sorpresa, del Padre Dolan.)

PADRE DOLAN: ¿Algún chico necesita palmetazos? ¿Que se le rompieron las gafas? Perezosillo intrigante, vago. Te lo veo en los ojos.

(Suave, benigno, rectoral, reprobador, la cabeza de Don John Conmee sale del féretro de la pianola.)

DON JOHN CONMEE: ¡Vamos, Padre Dolan! Estoy seguro de que Stephen es un chico muy bueno.

ZOE: *(Examinando la palma de Stephen.)* Mano de mujer.

STEPHEN: *(Murmura.)* Sigue. Miente. Agárrame la mano. Acaríciame. Nunca he sabido leer Su letra excepto Su delincuente huella digital en el róbalo.

ZOE: ¿Qué día naciste?

STEPHEN: Jueves. Hoy.

ZOE: El nacido en jueves llegará muy lejos. *(Traza líneas en la mano.)* Línea del destino. Amigos influyentes.

FLORRY: *(Señalando.)* Imaginación.

ZOE: Montaña de la luna. Encontrarás una... *(De repente se pone a escudriñar la mano.)* No te diré lo que no sea bueno para ti. ¿O quieres saberlo?

BLOOM: *(Le desprende los dedos y ofrece su palma.)* Más de malo que de bueno. Toma. Léeme la mía.

BELLA: Enseña. *(Le da la vuelta a la mano de Bloom.)* Ya me lo imaginaba. Nudillos nudosos, bueno para las mujeres.

ZOE: *(Escudriñando la palma de Bloom.)* Rejilla. Viajes cruzando el mar y casamiento con dinero.

BLOOM: Te equivocas.

ZOE: *(Rápidamente.)* Ah, ya veo. Meñique corto. Marido cornudo. ¿Equivocado esto?

(Lisa la Negra, una enorme gallina, poniendo, en un círculo de tiza, extiende las alas y cacarea.)

LISA LA NEGRA: Carac, cluc, cluc, cluc.

(Se aparta del huevo apenas puesto y se va contoneándose.)

BLOOM: *(Se señala la mano.)* Esa señal de ahí es un accidente. Me caí y me corté hace veintidós años. Tenía yo dieciséis.

ZOE: Ya veo, dice el ciego. Dinos algo nuevo.

STEPHEN: ¿Ves? Avanza a una sola gran meta. Yo también tengo veintidós años. Hace dieciséis yo con veintidós me caí, hace veintidós él con dieciséis se cayó de su caballito de madera. *(Mueca dolorosa.)* Me he hecho daño en la mano no sé dónde. Tengo que ir al dentista. ¿Dinero?

(Zoe susurra a Florry. Risotean. Bloom deja suelta la mano y escribe ociosamente en la mesa de atrás adelante, trazando a lápiz lentas curvas.)

FLORRY: ¿Qué?

(Pasa al trote un coche de punto, número trescientos veinticuatro, con una jaca de hermosas ancas, conducido por James Barton, avenida Harmony, Donnybrook. Blazes Boylan y Lenehan se bambolean repantigados en los asientos laterales. El botones del Ormond está acurrucado detrás, sobre el eje. Lydia Douce y Mina Kennedy observan tristemente por encima de la cortina.)

EL BOTONES: *(Traqueteado, se burla de ellas con el pulgar y agitados dedos de gusano.)* Eh, eh, ¿os pican los cuernos?

(Bronce, junto a Oro, susurran.)

ZOE: *(A Florry.)* Susurra.

(Vuelven a susurrar.)

(Blazes Boylan se inclina hacia el pescante, ladeado el sombrero de paja de remero, una flor roja en la boca. Lenehan, con gorra de yachtsman y zapatos blancos, le quita servicialmente a Blazes Boylan un pelo del hombro.)

LENEHAN: ¡Ahí va! ¿Qué veo aquí? ¿Les has cepillado las telarañas a unas cuantas pájaras?

BOYLAN: *(Sentado, sonríe.)* Desplumando una pava.

LENEHAN: Buen trabajo para una noche.

BOYLAN: *(Levantando cuatro dedos de uñas romas, guiña el ojo.)* ¡Le nena de Blazes! Conforme a la muestra o se devuelve el dinero. *(Levanta el índice.)* Huele esto.

LENEHAN: *(Huele con júbilo.)* ¡Ah! Langosta con mayonesa.

ZOE A FLORRY: *(Rien juntas.)* Ja ja ja ja.

BOYLAN: *(Baja de un salto, seguro, del coche y grita en alto para que oigan todos.)* ¡Hola, Bloom! ¿Está levantada ya la señora Bloom?

BLOOM: *(Con chaqueta de lacayo de pana color ciruela y calzones cortos, medias color gamuza y peluca empolvada.)* Me temo que no, señor; los últimos artículos...

BOYLAN: *(Le lanza seis peniques.)* Toma, ahí tienes para tomarte una ginebra con gaseosa. *(Cuelga con desenvoltura el sombrero en un pico de la cabeza de Bloom con cuernos de ciervo.)* Enséñame el camino. Tengo un pequeño asunto privado con tu mujer. ¿Entiendes?

BLOOM: Gracias, señor. Sí, señor, la señora Tweedy está en el baño, señor.

MARION: Debería sentir que es un alto honor para él. *(Salta fuera del agua, salpicando acá y allá.)* Raoul, querido, ven a secarme. Estoy en cueros. Sólo mi sombrero nuevo y una esponja de cochero.

BOYLAN: *(Con un alegre chispear en los ojos.)* ¡Fenomenal!

BELLA: ¿Qué? ¿Qué es eso?

(Zoe le susurra.)

MARION: ¡Que mire si quiere, ese desgraciado! ¡Alcahuete! ¡Y que se dé azotes! Escribiré a una poderosa prostituta o a Bartholomona, la mujer barbuda, para que le levante ampollas de una pulgada de gordas y que le haga traerme un recibo firmado y sellado.

BELLA: *(Riendo.)* Jo jo jo jo.

BOYLAN: *(A Bloom, por encima del hombro.)* Puedes aplicar el ojo a la cerradura y jugar contigo mismo mientras yo paso por ella unas cuantas veces.

BLOOM: Gracias, señor; sí, señor. ¿Me permite traer dos compadres para ser testigos del hecho y tomar una instantánea? *(Tiene en la mano un tarro de pomada.)* ¿Vaselina, señor? ¿Azahar?... ¿Agua tibia?...

KITTY: *(Desde el sofá.)* Cuéntanos, Florry. Cuéntanos. Qué.

(Florry le susurra. Susurrantes palabras de amor murmuran labiolamiendo sonoras, salpichapoteando amapolisismicamente.)

MINA KENNEDY: *(Con los ojos en alto.)* ¡Oh, debe ser como el aroma de los geranios y de los deliciosos melocotones! ¡Oh, él sencillamente idolatra hasta el último pedacito de ella! ¡Pegados juntos! ¡Cubiertos de besos!

LYDIA DOUCE: *(Abriendo la boca.)* Ñamñam. ¡Oh, él la lleva dando vueltas por el cuarto mientras se lo hace! Al trote, al trote, al galope. Se les oiría en París y en Nueva York. Como bocados de fresas con nata.

KITTY: *(Riendo.)* Ji ji ji.

LA VOZ DE BOYLAN: *(Dulcemente, roncamente, por la boca del estómago.)* ¡Aj! Bueblazcracbrucarchkracht!

LA VOZ DE MARION: *(Roncamente, dulcemente subiéndole a la garganta.)* ¡Oh! ¡Uiichuachtbesisimpuisznapuuhuc!

BLOOM: *(Los ojos locamente dilatados, se agarra a sí mismo.)* ¡Enseña! ¡Esconde! ¡Enseña! ¡Árala! ¡Más! ¡Dispara!

BELLA, ZOE, FLORRY, KITTY: ¡Jo, jo! ¡Ja ja! ¡Ji ji!

LYNCH: *(Señala.)* El espejo presentado a la naturaleza. *(Ríe.)* Ju ju ju ju ju ju.

(Stephen y Bloom observan en el espejo. Aparece en él la cara de William Shakespeare, sin barba, rígido en parálisis facial, coronado por el reflejo del perchero con cuernos de ciervo que hay en el vestíbulo.)

SHAKESPEARE: *(En ventrilocuismo con dignidad.)* En la risa ruidosa échase de ver la mente vacía. *(A Bloom.)* Creíaste tú cual si invisible fueras. Observa. *(Canta con risotada de capón negro.)* ¡Yagogo! ¡Cómo estrangurriló mi Olbello a su Desdeñomomia! ¡Yagogogo!

BLOOM: *(Sonríe en amarillo a las putas.)* ¿Cuándo voy a oír el chiste?

ZOE: Antes que seas dos veces casado y una vez viudo.

BLOOM: Los deslices se perdonan. Incluso el gran Napoleón, cuando le tomaron las medidas desnudo después de su muerte...

(La señora Dignam, esposa y viuda, la nariz remangada y las mejillas sofocadas de tanto hablar de muerte, de las lágrimas y el jerez tostado de Tunny, llega apresuradamente en sus lutos, el sombrero ladeado, empolvándose y dándose colorete en mejillas, labios y nariz, cisne madre llevando por delante su camada de patitos. Por debajo de la falda le asoman los pantalones de estar en casa de su difunto marido y sus botas de puntera para arriba, número cuarenta y cinco. Lleva en la mano una póliza de seguros de la Viuda Escocesa y una amplia sombrilla-marquesina bajo la cual sus pequeños corren con ella; Patsy cojeando con un pie más corto, el cuello de la camisa abierto, una ristra de chuletas de cerdo colgando; Freddy gimoteando; Susy con morros de merluza llorona; Alice luchando con el nene. Ella les echa adelante a golpes, con sus velos flotando al viento.)

FREDDY: ¡Ay, mamá, me llevas a rastras!

SUSY: ¡Mamá, que se sale el caldo!

SHAKESPEARE: *(Con cólera paralítica.)* Case cosegu quienmato prime.

(La cara de Martin Cunningham, con barba, se modela sobre la cara sin barba de Shakespeare. La sombrilla-marquesina se balancea ebriamente, los chicos se apartan corriendo. Bajo la sombrilla apare-

ce la señora Cunningham con sombrero de Viuda Alegre y un kimono. Se desliza a los lados y hace reverencias, retorciéndose japonesitamente.)

SEÑORA CUNNINGHAM: *(Canta.)*

Y me llaman la joya de Asia.

MARTIN CUNNINGHAM: *(La observa impasible.)* ¡Enorme! ¡Jodidísima horrible mediospelos!

STEPHEN: *Et exaltabuntur cornua iusti.* Reinas yacieron con toros premiados. Recordad a Pasífae para cuya lujuria mi tatarata tatarabuelo construyó el primer confesonario. No olvidéis a Madame Grissel Steevens ni a los retoños porcinos de la familia de Lambert. Y Noé se embriagó de vino. Y su arca estaba abierta.

BELLA: Nada de eso aquí. Te equivocas de tienda.

LYNCH: Déjale en paz. Ha vuelto de París.

ZOE: *(Corre a Stephen y le da el brazo.)* ¡Anda, vamos! Danos un poco de parlevú. *(Stephen se encaja el sombrero en la cabeza y salta hacia la chimenea, donde queda parado, con los hombros encogidos, las manos extendidas como aletas, una sonrisa pintada en la cara.)*

LYNCH: *(Tamborileando en el sofá.)* Trrrm Trrrm Trrrm Trrrrrmmmmm.

STEPHEN: *(Charlotea, con sacudidas de marioneta.)* Mil lugares diversión para pasar noches con deliciosas damas que venden guantes y otras cosas quizá su corazón cervecería establecimiento perfecto a la moda muy excéntrico donde montones de *cocottes* bellamente vestidas casi princesas como bailando cancán y paseando allí payasadas parisinas extra locas para solteros extranjeros lo mismo si hablan mal inglés qué listas son en cosas amor y voluptuosas sensaciones. Míster muy selecto para su placer debe visitar cielo e infierno espectáculo con velas fúnebres y ellos lágrimas plata que ocurre cada noche. Perfectamente chocante tremenda de cosas de religión burla vista en todo el universo. Todas mujeres chic lo cual llegan llenas de modestia luego desnudan y chillan fuerte de ver hombre vampiro violar monja muy fresca joven con *dessous troublants. (Chasca fuerte la lengua.) Ho, la la! Ce pif qu'il a!*

LYNCH: *Vive le vampire!*

LAS PUTAS: ¡Bravo! ¡Parlevú!

STEPHEN: *(Haciendo muecas, con la cara para atrás, ríe fuerte, aplaudiéndose a sí mismo.)* Gran éxito de risa. Ángeles mucho gustar prostitutas y santos apóstoles grandes condenados de chulos. *Demimondaines* muy guapas resplandeciendo de diamantes muy amablemente vestidas. ¿O usted ser más gustoso de lo que toca placeres esos modernos vicios de viejos? *(Señala a su alrededor con gestos grotescos, a que replican Lynch y las putas.)* Estatua de mujer de caucho reversible o tamaño natural mirones vírgenes desnudeces muy lesbianas el beso cinco diez veces. Pasen caballeros a ver en espejos todas posiciones trapecios toda esa maquinaria además también si desear acto terriblemente bestial mozo de carnicero fornica en hígado de buey caliente o tortilla en la tripa *pièce de Shakespeare.*

BELLA: *(Golpeándose en el vientre, se deja caer en el sofá con un grito de risa.)* Una tortilla en la... ¡Jo, jo, jo, jo!... Tortilla en la...

STEPHEN: *(Cursi.)* Te amo, querido Sir. Hablar usted lengua inglés para *double entente cordiale.* Ah, sí, *mon loup.* ¿Cuánto costar? Waterloo. Watercloset. *(Se interrumpe de pronto y levanta un índice.)*

BELLA: *(Riendo.)* Tortilla...

STEPHEN: Háganme caso. He soñado con una sandía.

ZOE: Vete al extranjero y ama a una señora extranjera.

LYNCH: A través del mundo en busca de mujer.

FLORRY: Los sueños van por contrarios.

STEPHEN: *(Extendiendo los brazos.)* Fue aquí. Calle de putas. En Serpentine Avenue, me la enseñó Belcebú, una viuda regordeta. ¿Dónde está extendida la alfombra roja?

BLOOM: *(Acercándose a Stephen.)* Mira...

STEPHEN: No, yo volé. Mis enemigos a mis pies. Por los siglos de los siglos. Mundo sin fin. *(Grita.) Pater!* ¡Libre!

BLOOM: Vamos, escucha...

STEPHEN: ¿Quiere domeñar mi espíritu? *O merde*

alors! (Grita, con sus garras de buitre aguzadas.) ¡Olá! ¡Hi-ho!

(La voz de Simon Dedalus responde en hi-hó, algo soñolienta pero dispuesta.)

SIMON: Está bien. *(Se cierne, incierto, por el aire, dando vueltas, lanzando gritos de estímulo, sobre fuertes y pesadas alas de águila ratonera.)* ¡Eh, muchacho! ¿Vas a ganar? ¡Huup! ¡Pschatt! ¡En la cuadra con esos bastardos! Yo no les dejaría acercarse ni a rebuzno de asno. ¡La cabeza alta! ¡En alto ondeando la bandera! Águila en gules volando desplegada en campo de plata. ¡Rey de armas del Ulster! ¡Hey huup! *(Imita la llamada del sabueso dando a la lengua.)* ¡Bulbul! ¡Burblblbrurblbl! ¡Eh, muchacho! *(Las frondas y los claros del papel de la pared corren rápidamente a través del campo. Un grueso zorro, sacado de su escondite, cola tiesa, habiendo enterrado a su abuela, corre velozmente hacia lo abierto, con ojos brillantes, buscando una madriguera de tejón, bajo las hojas. Le sigue la jauría de sabuesos, nariz en el suelo, olfateando la presa, ladrabuesando, ladrbuesrdrando para agrarbrdrar la presa. Cazadores y cazadoras de la Ward Union se unen a ellos, acalorados por matar. Desde Six Mile Point, Flathouse, Nine Mile Stone, les siguen los de a pie con garrotes nudosos, arpones de salmones, lazos; mayorales, toreros con estoques, negros agrisados blandiendo antorchas. Aúlla la turba de fulleros, de jugadores de brisca, de rufianes, de tahúres. Apostadores, soplones, agentes de apuestas, roncos, con gorros altos de mago, clamorean ensordecedoramente.)*

LA MULTITUD:

Programa de las carreras. ¡Programa oficial!
¡Diez a uno el colocado!
¡El fijo de la tarde! ¡El que se pasea!
¡Diez a uno todos menos uno! ¡Diez a uno todos menos uno!
¡Prueben suerte en los caballitos!
¡Diez a uno todos menos uno!
¡Vender el mono, muchachos! ¡Vender el mono!
¡Doy diez a uno!
¡Diez a uno todos menos uno!

(Un caballo desconocido, sin jockey, se dispara como un fantasma más allá del poste de llegada, la melena espumosa de luna, las esferas de los ojos como estrellas. Le sigue el pelotón, un montón de monturas remontadas: caballos en esqueleto, Cetro, Máximo, Segundo, Zinfandel, Disparado del Duque de Westminster, Repulsa, Ceylán del Duque de Beaufort, Prix de Paris. Los cabalgan enanos, con enmohecidas armaduras, brincando y brincando en las sillas. En último lugar, entre una llovizna, en un rocín amarillento sin aliento, Gallo del Norte, el favorito, gorra color miel, chaquetilla verde, mangas naranjas, el jockey Garrett Deasy, agarrando las riendas, un palo de hockey preparado. Su rocín, tropezando con sus patas con defensas blancas, va al trote corto por el camino pedregoso.)

LAS LOGIAS ORANGISTAS: *(Con ironía.)* Bájese a empujar, caballero. ¡Última vuelta! ¡Va a llegar a casa de noche!

GARRETT DEASY: *(Muy derecho, con la cara arañada emplastada de sellos de correo, blande su palo de hockey, con ojos azules que chispean en el prisma de la lámpara mientras su montura pasa a un galope de escuela.) Per vias rectas!*

(Una pértiga con dos cubos cae, como un leopardo, toda por encima de él y de su encabritado rocín; un torrente de caldo de cordero con monedas danzantes de zanahorias, cebada, cebollas, nabos, patatas.)

LAS LOGIAS VERDES: ¡Hermoso día, Sir John! ¡Hermoso día, Su Honor!

(El Soldado Carr, el Soldado Compton y Cissy Caffrey pasan al pie de las ventanas, cantando desacordes.)

STEPHEN: ¡Oíd! Amigo nuestro, ¡ruido en la calle!

ZOE: *(Levanta la mano.)* ¡Alto!

SOLDADO CARR, SOLDADO COMPTON Y CISSY CAFFREY:

Siento un gran querer
por mi rosa de Yorkshire...

ZOE: Ésa soy yo. *(Da una palmada.)* ¡Bailad! ¡Bailad! *(Corre a la pianola.)* ¿Quién tiene dos peniques?

BLOOM: ¿Quién va a...?

LYNCH: *(Entregándole monedas.)* Aquí están.

STEPHEN: *(Chascando los dedos con impaciencia.)* ¡De prisa! ¡De prisa! ¿Dónde está mi vara de augur? *(Corre al piano y toma el bastón de fresno, golpeando con el pie en danza sacerdotal.)*

ZOE: *(Da vueltas a la manivela.)* Ya está.

(Deja caer dos peniques en la ranura. Se encienden luces doradas rosas y violetas. Gira el cilindro ronroneando un vals con sorda vacilación. El Profesor Goodwin, en peluca con coleta, traje de ceremonia, llevando una manchada capa con cuello vuelto, doblado en dos por su increíble ancianidad, avanza vacilante por el cuarto, con las manos temblando. Se sienta, diminuto, en la banqueta del piano y golpea palillos de brazos sin manos contra el teclado, inclinando la cabeza con gracia de damisela, la coleta subiendo y bajando.)

ZOE: *(Gira sobre sí misma, golpeando con el tacón.)* Bailad. ¿Nadie me saca? ¿Quién quiere bailar?

(La pianola, con luces cambiantes, toca en compás de vals el preludio de Mi chiquilla es de Yorkshire. *Stephen tira en la mesa su bastón y agarra a Zoe por la cintura. Florry y Bella empujan la mesa hacia la chimenea. Stephen, moviendo entre los brazos a Zoe con gracia exagerada, empieza a valsar con ella dando vueltas por el cuarto. La manga de Zoe, caída de su brazo agraciado, revela una blanca flor carnosa de vacuna. Bloom está de pie a un lado. Entre las cortinas, el Profesor Maginni inserta una pierna en cuya punta del dedo del pie da vueltas una chistera. Con un diestro puntapié, lo envía dando vueltas hasta su coronilla y entra en escena patinando chisterochistoso. Lleva una levita pizarra con solapas de seda color clarete, alzacuello de tul crema, chaleco verde muy abierto, cuello duro con plastrón blanco, pantalones ajustados color lavanda, escarpines de charol y guantes canario. En el ojal lleva una dalia. Da vueltas en direcciones opuestas a un bastón ondulado, y luego se lo encaja apretando en el sobaco. Se pone una mano flojamente en el esternón, hace una reverencia y se acaricia la flor y los botones.)*

MAGINNI: La poesía del movimiento, el arte de la calisténica. Ninguna relación con la escuela de la

señora Legget Byrne o la de Levinstone. Se organizan bailes de máscaras. Lecciones de buen porte. Los pasos de Katty Lanner. Así. ¡Mírenme! Mis habilidades terpicóreas. *(Avanza tres pasos en minuet sobre menudas patitas de abeja.) Tout le monde en avant! Révérence! Tout le mond en place!*

(Acaba el preludio. El Profesor Goodwin, agitando vagamente los brazos, se empequeñece, se encoge, con su capa viva cayendo alrededor de la banqueta. Tamborilea la melodía, en tiempo de vals más firme. Stephen y Zoe dan vueltas libremente. Las luces cambian, fulgen, se desvanecen, doradas, rosas, violetas.)

LA PIANOLA:

Dos muchachos hablaban de sus chicas,
las novias que quedaron allá lejos...

(Desde un rincón, salen corriendo las Horas de la Mañana, con pelo de oro, esbeltas, en azul juvenil, cintura de avispa, manos inocentes. Ágilmente bailan, haciendo girar sus combas de saltar. Les siguen las Horas del Mediodía en ámbar dorado. Riendo enlazadas, con altas peinetas relucientes, captan el sol en espejos burlones, levantando los brazos.)

MAGINNI: *(Palmipalmotea manos silencienguantadas.) Carré! Avant deux!* ¡Respiren por igual! *Balance!*

(Las Horas de la Mañana y del Mediodía valsan en sus lugares, volviéndose, avanzando unas hacia otras, modelando sus curvas, haciéndoles reverencias mutuamente. Detrás de ellas, sus caballeros enarcan y suspenden los brazos, con las manos bajando, tocando, levantándose de sus hombros.)

HORAS: Puedes tocarme el...

CABALLEROS: ¿Puedo tocarte el?

HORAS: ¡Ah, pero ligeramente!

CABALLEROS: ¡Ah, y tan ligeramente!

LA PIANOLA:

Mi niña esquiva tiene una cintura.

(Zoe y Stephen dan vueltas impetuosamente, con brío más suelto. Avanzan las Horas del Crepúsculo, desde largas sombras de tierra, dispersas, demorán-

dose, lánguidas de ojos, con mejillas delicadas de polvos y de falsa floración sutil. Van de gasa gris con oscuras mangas de murciélago que aletean en la brisa de tierra.)

MAGINNI: *Avant! huit! Traversé! Salut! Cours de mains! Croisé!*

(Las Horas de la Noche se deslizan furtivamente al último lugar. Las Horas de la Mañana, del Mediodía y del Crepúsculo se retiran ante ellas. Van enmascaradas, con puñales en el pelo y brazaletes de campanillas de ruido sordo. Fatigadas, velivolublean bajo velos.)

LOS BRAZALETES: ¡Ay-oh! ¡Ay-oh!

ZOE: *(Retorciéndose, con una mano en la frente.)* ¡Oh!

MAGINNI: *Les tiroirs! Chaîne de dames! La corbeille! Dos à dos!*

(En fatigados arabescos, tejen una figura en el suelo, tejiendo, destejiendo, haciendo reverencias, retorciendo, hasta que les hierve la cabeza.)

ZOE: Me hierve la cabeza.

(Se desprende, se deja caer en una silla; Stephen agarra a Florry y da vueltas con ella.)

MAGINNI: *Boulangère! Les ronds! Les ponts! Cheveaux de boix! Escargots!*

(Emparejándose, retirándose, con manos intercambiantes, las Horas de la Noche se enlazan, cada cual con brazos en arco, en un mosaico de movimientos. Stephen y Florry dan vueltas pesadamente.)

MAGINNI: *Dansez avec vos dames! Changez des dames! Donnez le petit bouquet à votre dame! Remerciez!*

LA PIANOLA:

> La mejor, la mejor de todas
> porrompón!

KITTY: *(Se pone de pie de un salto.)* ¡Ah, eso lo tocaban en los caballitos de la tómbola Mirus!

(Corre hacia Stephen. Él deja bruscamente a Florry y agarra a Kitty. Chilla un áspero silbido agudo de estridente alcaraván. El mastodóntico tiovivo Toft

gimiengruñiengorgoteando hace girar despacio el cuarto alrededor del cuarto.)

LA PIANOLA:

Mi chiquilla es de Yorkshire.

ZOE:

De Yorkshire de verdad.

¡Vamos allá todos!

(Agarra a Florry y valsa con ella.)

STEPHEN: *Pas seul!*

(Envía dando vueltas a Kitty a los brazos de Lynch, agarra el bastón de la mesa y dirige el baile. Todos giran, dan vueltas, valsan, remolinean. Bloombella, Kittylynch, Florryzoe, mujeres chupachupis. Stephen con su bastón de fresno salta rana en medio pies por alto pataleando al cielo boca cerrada mano agarra parte bajo muslo, con clanclán tintín martillopilón alalí cuernocazar relámpagos azul verde amarillo. El mastodóntico de Toft gira con jinetes de caballitos de madera colgando de serpientes doradas, tripas en fandango saltando golpea suelo pie y cae otra vez.)

LA PIANOLA:

Aunque sea una chica de taller
y no tenga vestidos elegantes.

(Agarrados estrecho de prisa más de prisa con fulgorresplandorestentor se deslizan ellos disparrresbalacarreran pasando en pesadesplomar. ¡Porrompón!)

TUTTI: ¡Otra vez! ¡Bis! ¡Otra vez!

SIMON: Piensa en la familia de tu madre!

STEPHEN: La danza de la muerte.

(Tan bis talán tan de campanilla de portero, caballo, rocín, novillo, lechones, Conmee en el asno de Cristo cojo muleta y pierna marinero en chalupa cruzado de brazos tiracables izando patear danza marinerashire de verdad. ¡Porrompón! En rocines, cerdos, caballos con cascabeles, cerdos gadarenos, Corny en el ataúd. Acero tiburón piedra manco Nelson, dos

enredonas Frauenzimmer manchadas de ciruela de cochecito de niño cayendo aullando. Caray, es un campeón. Azulespoleta atisbar desde barril. Rev. Angelus Love en calesín tacatán Blazes cortina ciclistas doblados como pescadillas Dilly con merengue sin vestidos elegantes. Luego en último girogiratrás pesadesplomando arriba y abajo chocar destrozabañera especie de virrey y reina saborear pesadobañera rosa del chocshire. ¡Porrompón!)

(Las parejas se separan. Stephen gira con vértigo. El cuarto gira hacia atrás. Él se tambalea, con los ojos cerrados. Raíles rojos vuelan hacia el espacio. Estrellas en torno a soles giran a la redonda. Luminosos mosquitos bailan en la pared. Él se detiene en seco.)

STEPHEN: ¡Oh!

(La madre de Stephen, macilenta, se levanta rígida a través del suelo en gris de lepra con una guirnalda de azahar marchito y un velo de novia desgarrado, la cara gastada y sin nariz, verde de moho de la tumba. Su pelo es escaso y lacio. Fija en Stephen sus órbitas huecas rodeadas de azul y abre la boca sin dientes lanzando una palabra silenciosa. Un coro de vírgenes y confesores canta sin voz.)

EL CORO:

Liliata rutilantium te confessorum...
Iubilantium te virginum...

(Desde lo alto de una torre Buck Mulligan, en traje multicolor de bufón, pulga y amarillo, y gorro de payaso con cascabel, se la queda mirando con la boca abierta, teniendo en la mano, partido, un scone humeante y con mantequilla.)

BUCK MULLIGAN: Se ha muerto como una bestia. ¡Qué lástima! Mulligan se encuentra con la afligida madre. *(Eleva los ojos.)* Mercurial Malachi.

LA MADRE: *(Con la sutil sonrisa de la locura de la muerte.)* En otros tiempos fui la bella May Goulding. Estoy muerta.

STEPHEN: *(Abrumado de horror.)* ¿Quién eres, lémur? ¿Qué truco del coco es éste?

BUCK MULLIGAN: *(Agita su gorro con cascabel.)* ¡Qué burla! Kinch mató a su cuerpodeperro de cuerpo-

deperra. Ella estiró la pata. *(Lágrimas de mantequilla derretida caen de sus ojos al scone.)* ¡Nuestra gran madre dulce! *Epi oinopa ponton.*

LA MADRE: *(Se acerca, respirando suavemente sobre él su aliento de cenizas mojadas.)* Todos tienen que pasar por ello, Stephen. Más mujeres que hombres en el mundo. Tú también. Llegará la hora.

STEPHEN: *(Sofocado de terror, remordimiento y horror.)* Dijeron que yo te maté, madre. Él ofendió tu memoria. Fue el cáncer, yo no. El destino.

LA MADRE: *(Un verde arroyuelo de bilis escurriéndole de un lado de la boca.)* Me cantaste esa canción a mí. *El amargo misterio del amor.*

STEPHEN: *(Ansiosamente.)* Dime la palabra, madre, si la sabes ahora. La palabra conocida por todos los hombres.

LA MADRE: ¿Quién te salvó la noche que saltaste al tren en Dalkey con Paddy Lee? ¿Quién tuvo compasión de ti cuando estabas triste entre los extraños? La oración es todopoderosa. La oración por las almas en pena en el manual de las ursulinas, y cuarenta días de indulgencia. Arrepiéntete, Stephen.

STEPHEN: ¡El vampiro! ¡Hiena!

LA MADRE: Rezo por ti en mi otro mundo. Dile a Dilly que te haga todas las noches ese arroz hervido después de tu trabajo de cabeza. Años y años te he querido, oh hijo mío, mi primogénito, cuando estabas en mi vientre.

ZOE: *(Abanicándose con el soplillo de la chimenea.)* ¡Me estoy derritiendo!

FLORRY: *(Señalando a Stephen.)* ¡Mira! Está blanco.

BLOOM: *(Va a la ventana para abrirla más.)* Mareado.

LA MADRE: *(Con ojos como ascuas.)* ¡Arrepiéntete! ¡Ah, el fuego del infierno!

STEPHEN: *(Jadeando.)* ¡La masticadora de cadáveres! ¡Cabeza en carne viva y huesos sangrientos!

LA MADRE: *(Su cara acercándose cada vez más, lanzando un aliento de cenizas.)* ¡Cuidado! *(Levanta su brazo derecho ennegrecido y marchito hacia el pecho de Stephen con los dedos extendidos.)* ¡Cuidado! ¡La mano de Dios! *(Un cangrejo verde de*

malignos ojos rojos clava profundamente sus pinzas en mueca en el corazón de Stephen.)

STEPHEN: *(Estrangulado de cólera.)* ¡Mierda! *(Sus rasgos se ponen tensos y grises y viejos.)*

BLOOM: *(En la ventana.)* ¿Qué?

STEPHEN: *Ah non, par exemple!* ¡La imaginación intelectual! Conmigo todo o nada en absoluto. *Non serviam!*

FLORRY: Dadle agua fría. Esperad. *(Sale de prisa.)*

LA MADRE: *(Se retuerce las manos lentamente, gimiendo con desesperación.)* ¡Oh Sagrado Corazón de Jesús, ten misericordia de él! ¡Sálvale del infierno, oh Sagrado Corazón divino!

STEPHEN: ¡No! ¡No! ¡No! ¡Domeñad mi espíritu todos vosotros si sois capaces! ¡Os puedo poner a todos bajo mis pies!

LA MADRE: *(En la agonía de los estertores de muerte.)* ¡Ten misericordia de Stephen, Señor, por amor mío! Mi sufrimiento fue indecible al expirar con amor, dolor y angustia en el Monte Calvario.

STEPHEN: *Nothung!*

(Levanta en alto el bastón con las dos manos y destroza la lámpara. La lívida llama final del tiempo da un salto y, en la oscuridad subsiguiente, ruina de todo el espacio, cristal destrozado y mampostería que se derrumba.)

EL CHORRO DE GAS: ¡Ppfungg!

BLOOM: ¡Alto!

LYNCH: *(Se precipita adelante y le agarra la mano a Stephen.)* ¡Ea! ¡Basta! ¡No haga el loco!

BELLA: ¡Policía!

(Stephen, abandonado su bastón, la cabeza y los brazos rígidos hacia atrás, da patadas en el suelo y huye del cuarto pasando ante las putas a la puerta.)

BELLA: *(Chilla.)* ¡Detrás de él!

(Las dos putas se precipitan a la puerta de entrada. Lynch y Kitty y Zoe salen de estampia del cuarto. Hablan excitados. Bloom les sigue, y regresa.)

LAS PUTAS: *(Agolpadas en la puerta, señalando.)* Ahí abajo.

ZOE: *(Señalando.)* Ahí. Ahí pasa algo.

BELLA: ¿Quién paga la lámpara? *(Agarra a Bloom por*

los faldones de la chaqueta.) A ver. Usted venía con él. Se ha roto la lámpara.

BLOOM: *(Se precipita al vestíbulo y vuelve precipitado.)* ¿Qué lámpara, mujer?

UNA PUTA: Le ha roto la chaqueta.

BELLA: *(Los ojos duros de cólera y codicia, señala.)* ¿Quién va a pagar esto? Diez chelines. Usted es testigo.

BLOOM: *(Agarra el bastón de Stephen.)* ¿Yo? ¿Diez chelines? ¿No le ha sacado bastante a él? ¿No ha...?

BELLA: *(En voz alta.)* A ver, nada de bromas. Esto no es un burdel. Es una casa de diez chelines.

BLOOM: *(La mano bajo la lámpara, tira de la cadena. Al tirar, el chorro de gas ilumina una pantalla malva destrozada. Él levanta el bastón.)* Se ha roto sólo el manguito. Esto es todo lo que él...

BELLA: *(Se echa atrás chillando.)* ¡No por Dios! ¡No!

BLOOM: *(Parando un golpe.)* Para enseñarle cómo dio en el papel. No hay ni seis peniques de destrozo. ¡Diez chelines!

FLORRY: *(Entrando con un vaso de agua.)* ¿Dónde está ése?

BELLA: ¿Quiere que llame a la policía?

BLOOM: Ah, ya sé. El perro guardián en la casa. Pero es un estudiante de Trinity. Clientes de su establecimiento. Caballeros que pagan su renta. *(Hace un signo masónico.)* ¿Sabe lo que quiero decir? Sobrino del vicecanciller. Usted no querrá un escándalo.

BELLA: *(Iracunda.)* ¡Trinity! Bajan aquí armando escándalo después de las regatas y no pagan nada. ¿Es usted mi jefe aquí? ¿Dónde está ése? Le denunciaré. Le voy a hundir, de veras. *(Grita.)* ¡Zoe! ¡Zoe!

BLOOM: *(Apremiante.)* ¡Y si fuera su propio hijo en Oxford! *(Amonestando.)* Lo sé todo.

BELLA: *(Casi sin habla.)* ¿Quién es usted de incógnito?

ZOE: *(En la puerta.)* Ahí hay una pelea.

BLOOM: ¿Qué? ¿Dónde? *(Echa un chelín en la mesa y grita.)* Esto es por el manguito. ¿Dónde? Necesito aire de montaña.

(Sale de prisa por el vestíbulo. Las putas señalan

con el dedo. Florry le sigue, vertiendo agua de su vaso inclinado. En el umbral, todas las putas, agolpadas, hablan volublemente señalando a la derecha, donde se ha levantado la niebla. Llega de la izquierda un coche de punto tintineante. Se va deteniendo delante de la casa. Bloom en la entrada observa a Corny Kelleher a punto de desmontar del coche con dos silenciosos libertinos. Vuelve la cara. Bella desde dentro del vestíbulo empieza a apremiar a sus putas. Estas soplan besos damelamepegamenñamñam. Corny responde con una fantasmal sonrisa lujuriosa. Los libertinos silenciosos se vuelven para pagar al cochero. Zoe y Kitty siguen señalando a la derecha. Bloom, apartándolas rápidamente, se echa sobre los ojos su capucha de califa y su poncho y baja de prisa los escalones con la cara ladeada. Harún al Raschid de incógnito, pasa como una ráfaga detrás de los silenciosos libertinos y sigue de prisa junto a las verjas con ágil paso de leopardo que esparce sus huellas tras de sí, sobre rotos empapados en anisete. El bastón señala su zancada. Una jauría de sabuesos, guiada por Matasiete de Trinity, blandiendo una fusta de perros, con gorra de cazador a caballo y unos viejos pantalones grises, le sigue desde lejos, olfateándole el rastro, más cerca, ladrando, jadeando, perdiendo la pista, dispersándose, con la lengua fuera, mordiéndole los talones, saltando a su cola. Bloom anda, corre, zigzaguea, galopa, las orejas echadas atrás. Le tiran encima grava, tronchos de col, cajas de galletas, huevos, patatas, bacalao muerto, chanclichancletas de mujer. Detrás de él, recién descubierto, la clamorosa turbamulta zigzaguea galopa en persecución acalorada en fila india: guardias nocturnos 65 C y 66 C, John Henry Menton, Wisdom Hely, V. B. Dillon, el Concejal Nannetti, Alexander Llavees, Larry O'Rourke, Joe Cuffe, la señora O'Dowd, Pisser Burke, el Innominado, la señora Riordan, el Ciudadano, Garryowen, Comosellame, Caraextraña, Elqueseparece, Lehevistoantes, Elquevacon, Chris Callinan, Sir Charles Cameron, Benjamin Dollard, Lenehan, Bartell d'Arcy, Joe Hynes, el rojo Murray, el director de periódico Brayden, T. M. Healy, el señor Juez Fitzgibbon, John Howard Parnell, el Reverendo Salmon Enlata, el Profesor Joly, la señora Breen, De-

nis Breen, Theodore Purefoy, Mina Purefoy, la empleada de correos de Westland Row, C. P. M'Coy, el amigo de Lyons, el Cojito Holohan, el hombre de la calle, el otro hombre de la calle, Botasdefútbol, el conductor de nariz arrugada, la señora protestante rica, Davy Byrne, la señora Ellen M'Guinness, la señora Joe Gallaher, George Lidwell, Jimmy Henry con sus callos, el Superintendente Laracy, Padre Cowley, Crofton el de la Oficina de Impuestos, Dan Dawson, el cirujano dental Bloom con sus tenazas, la señora Bob Doran, la señora Kennefick, la señora Wyse Nolan, John Wyse Nolan, la guapacasadaqueélserestregócontrasuanchotraseroeneltranviaaClonskeea, el librero de Dulzuras del Pecado, *la señorita Dubedotyaceptótcómonot, las señoras Gerald y Stanislaus Moran de Roebuck, el director de los almacenes Drimmie, el coronel Hayes, Mastiansky, Citron, Penrose, Aaron Figatner, Moses Herzog, Michael E. Geraghty, el Inspector Troy, la señora Galbraith, el guardia en la esquina de la calle Eccles, el viejo doctor Brady con estetoscopio, el hombre misterioso de la playa, un perro de caza, la señora Miriam Dandrade y todos sus amantes.)*

LA TURBAMULTA: *(En revoltijostrepitajaleolío.)* ¡Ése es Bloom! ¡Detened a Bloom! ¡Altobloom! ¡Al ladrón! ¡Eh! ¡Eh! ¡Sujetadle en la esquina!

(En la esquina de la calle Beaver, bajo el andamiaje, Bloom se detiene sin aliento al borde del ruidoso nudo de la pelea, y jadea sin idea de qué sea y qué jalea ese ¡eh ¡eh! que riñe y se enreda en torno al quinqué en todaluchalavez.)

STEPHEN: *(Con gestos rebuscados, respirando hondo y despacio.)* Sois mis huéspedes. Los no invitados. En virtud del quinto de los Jorges y el séptimo de los Eduardos. La historia tiene la culpa. Fabulada por las madres de la memoria.

SOLDADO CARR: *(A Cissy Caffrey.)* ¿Te estaba insultando?

STEPHEN: Me dirigí a ella en vocativo femenino. Probablemente neutro. Ingenitivo.

VOCES: No, nada de eso. La chica cuenta mentiras. Él estaba en casa de la Cohen. ¿Qué pasa? Soldados y paisanos.

CISSY CAFFREY: Yo estaba en compañía de los solda-

dos y ellos me dejaron para ir a hacer... ya saben y el joven corrió siguiéndome. Pero yo soy fiel al hombre que me invita aunque sólo soy una puta de a chelín.

STEPHEN: *(Observa las cabezas de Kitty y Lynch.)* Salve, Sísifo. *(Se señala a sí mismo y a los demás.)* Poético. Neopoético.

VOCES: Es fielalhombre.

CISSY CAFFREY: Sí, para ir con él. Y yo iba con un amigo soldado.

SOLDADO COMPTON: Me parece que éste tiene ganas de que le partan la cara. Dale una buena, Harry.

SOLDADO CARR: *(A Cissy.)* ¿Te ofendió mientras que yo y éste estábamos meando?

LORD TENNYSON: *(Con chaqueta de sport con la bandera británica y pantalones de cricket, cabeza descubierta, barba fluyente.)* No les es menester mucho razonar por qué.

SOLDADO COMPTON: Dale fuerte, Harry.

STEPHEN: *(Al soldado Compton.)* No sé cómo se llama usted pero tiene mucha razón. El doctor Swift dice que un solo hombre con armadura puede derrotar a diez hombres en camisa. Camisa es una sinécdoque. La parte por el todo.

CISSY CAFFREY: *(A la multitud.)* No, yo estaba con el soldado.

STEPHEN: *(Amablemente.)* ¿Por qué no? El valiente soldadito. En mi opinión toda señora por ejemplo...

SOLDADO CARR: *(La gorra ladeada, avanzando hacia Stephen.)* A ver, jefe, ¿qué le parecería que le partiera la boca?

STEPHEN: *(Levanta los ojos al cielo.)* ¿Qué? Muy desagradable. El noble arte de la autopretensión. Personalmente, detesto la acción. *(Agita la mano.)* La mano me hace un poco de daño. *Enfin, ce sont vos oignons. (A Cissy Caffrey.)* Aquí hay algún problema. ¿Qué ocurre, exactamente?

DOLLY GRAY: *(Desde su balcón, agita el pañuelo, haciendo la señal de la heroína de Jericó.)* Rahab. Hijo de cocinera, adiós. Regresa a salvo junto a tu Dolly. Sueña con la chica que dejaste allá lejos y ella soñará contigo. *(Los soldados revuelven los ojos aguanosos.)*

BLOOM: *(A codazos entre la multitud, tira de la manga vigorosamente a Stephen.)* Vamos allá, profesor, el cochero está esperando.

STEPHEN: *(Se vuelve.)* ¿Eh? *(Se desprende.)* ¿Por qué no voy a hablar con él o con cualquier ser humano que ande en dos pies sobre esta naranja oblonga? *(Señala con el dedo.)* No tengo miedo de a quién hablo con tal que le vea los ojos. Conservando la perpendicular.

(Da un paso atrás vacilante.)

BLOOM: *(Apuntándole.)* Conserve la suya.

STEPHEN: *(Ríe vacuamente.)* Mi centro de gravedad está desplazado. He olvidado el truco. Sentémonos en algún sitio a discutirlo. La lucha por la vida es la ley de la existencia pero los modernos filirenistas, especialmente el zar y el rey de Inglaterra, han inventado el arbitraje. *(Se golpea en la frente.)* Pero aquí dentro es donde debo matar al cura y al rey.

BIDDY LA PURGACIONES: ¿Han oído lo que ha dicho el profesor? Es un profesor de la Universidad.

KATE LA COÑI: Sí. Ya lo he oído.

BIDDY LA PURGACIONES: Se expresa con marcado refinamiento de fraseología.

KATE LA COÑI: Ya lo creo. Y al mismo tiempo con tan apropósita incisividad.

SOLDADO CARR: *(Se suelta de un tirón y avanza.)* ¿Qué es lo que dice de mi rey?

(Aparece Eduardo Séptimo bajo un marco. Viste un jersey blanco en que está cosida una imagen del Sagrado Corazón, con la insignia de la Jarretera y el Cardo, del Toisón de Oro, del Elefante de Dinamarca, del regimiento de caballería Skinner y Probyn, de abogado de Lincoln's Inn y de la antigua y honorable compañía de artillería de Massachusetts. Chupa una yuyuba roja. Lleva manto de gran maestre electo perfecto y sublime de la masonería con llana y mandil, marcados Made in Germany. *En la mano izquierda tiene un cubo de enjalbegador en que está impreso:* Défense d'uriner. *Un rugido de bienvenida le saluda.)*

EDUARDO SÉPTIMO: *(Lento y solemne pero con voz confusa.)* Paz, paz perfecta. Para identificación, cubo en mano. A vuestra salud, muchachos. He-

mos venido aquí para ser testigos de una pelea limpia y justa y deseamos cordialmente a ambos hombres la mejor suerte. Mahak makar a back. *(Da la mano al Soldado Carr, al Soldado Compton, a Stephen, a Bloom y a Lynch. Aplauso general. Eduardo Séptimo levanta el cubo graciosamente en agradecimiento.)*

SOLDADO CARR: *(A Stephen.)* Repítalo.

STEPHEN: *(Nervioso, amistoso, conteniéndose.)* Comprendo su punto de vista, aunque yo mismo no tenga rey por el momento. Vivimos en la época de los específicos. Una discusión aquí es difícil. Pero el punto es éste. Usted muere por su patria, supongo. *(Pone el brazo en la manga del Soldado Carr.)* No es que yo se lo desee. Pero yo digo: Que mi patria muera por mí. Hasta ahora lo ha hecho así. Yo no quiero que muera. Maldita sea la muerte. ¡Viva la vida!

EDUARDO SÉPTIMO: *(Levita sobre montones de muertos en muerte violenta, y con el halo del Jovial Jesús una yuyuba blanca en su cara fosforescente.)*

Mis métodos son muy nuevos y a algunos les dan [enojos:
Para dar vista a los ciegos les echo tierra en los [ojos.

STEPHEN: ¡Reyes y unicornios! *(Se echa atrás un paso.)* Venga a algún sitio y vamos a... ¿Qué decía esa chica?

SOLDADO COMPTON: Eh, Harry, dale un puntapié en el trasero. Patéale el culo.

BLOOM: *(A los soldados, suavemente.)* No sabe lo que dice. Ha estado bebiendo un poco más de lo conveniente. El ajenjo, el monstruo de ojos verdes. Le conozco. Es un caballero, un poeta. Está bien ya.

STEPHEN: *(Asiente, sonriendo y riendo.)* Caballero, patriota, erudito y juez de impostores.

SOLDADO CARR: No me importa un pito quién sea.

SOLDADO COMPTON: No nos importa un pito quién sea.

STEPHEN: Parece que les molesto. Trapo verde para un toro.

(Kevin Egan de París, con camisa negra española con borlas y sombrero de rebelde irlandés, hace una señal a Stephen.)

KEVIN EGAN: Hola. *Bonjour!* La *vieille ogresse* con los *dents jaunes.*

(Patrice Egan atisba desde atrás, su cara de conejo mordisqueando una hoja de melocotonero.)

PATRICE: *Socialiste!*

DON EMILE PATRIZIO FRANZ RUPERT POPE HENNESSY: *(En cota de malla medieval, en el yelmo dos gansos salvajes con alas extendidas, con noble indignación, alarga una mano enmallada hacia los soldados.)* ¡Werf esos ocos al fusboden, grandísimos porcos de anglófilos *todos* cubiertos de salsa!

BLOOM: *(A Stephen.)* Vamos a casa. Te vas a meter en un lío.

STEPHEN: *(Balanceándose.)* No lo evito. Éste provoca a mi inteligencia.

BIDDY LA PURGACIONES: Uno observa inmediatamente que es de linaje patricio.

LA MARIMACHO: Verde sobre el rojo, dice. Wolfe Tone.

LA ALCAHUETA: El rojo es tan bueno como el verde, y mejor. ¡Arriba los soldados! ¡Arriba el rey Eduardo!

UN CHULO: *(Ríe.)* ¡Eso! Manos arriba, rendirse a De Wet.

EL CIUDADANO: *(Con una gran bufanda esmeralda y un garrote irlandés grita.)*

> Así quiera el Dios del cielo
> mandar acá abajo un fulano
> de dientes agudos como navajas
> a cortarles la garganta
> a los perros ingleses
> que colgaron a nuestros jefes irlandeses.

EL MOZO REBELDE IRLANDÉS: *(El lazo de cuerda en torno al cuello, trata de volverse a meter con las dos manos las tripas que se le salen.)*

> Yo no odio a ningún ser de buena ley
> pero amo a mi país aún más que al rey.

RUMBOLD, BARBERO DEMONIO: *(Acompañado por dos asistentes con máscaras negras, avanza con una cartera de mano, que abre.)* Señoras y caballeros, la cuchilla adquirida por la señora Pearcy para matar a Mogg. El cuchillo con que Voisin descuartizó a la mujer de un compatriota y escondió los restos en una sábana en el sótano, siendo cortada la garganta de la infortunada mujer de oreja a oreja. La ampolla que contiene arsénico obtenido del cuerpo de la señorita Barrow, y que mandó a Seddon a la horca.

(Da un tirón de la cuerda, los ayudantes saltan a las piernas de la víctima y tiran de él para abajo, dando gruñidos: la lengua del joven rebelde irlandés se le sale violentamente.)

EL MOZO REBELDE IRLANDÉS:

Joljidé jezar jor ej jescjanso je mji jmajdre.

(Entrega el espíritu. Una violenta erección del ahorcado envía gotas de esperma chorreando a través de sus ropas mortuorias hasta las piedras del pavimento. La señora Bellingham, la señora Yelverton Barry y la Honorable señora Mervyn Talboys se adelantan precipitadamente para empaparlo en sus pañuelos.)

RUMBOLD: Yo también estoy cerca de eso. *(Deshace el corredizo.)* La cuerda que ahorcó al terrible rebelde. Diez chelines por cada vez, según lo solicitado a Su Alteza Real. *(Hunde la cabeza en la tripa abierta del ahorcado y la vuelve a sacar encuajaronada de entrañas enroscadas y humeantes.)* Mi penoso deber ya está cumplido. ¡Dios salve al rey!

EDUARDO SÉPTIMO: *(Baila lentamente, repiqueteando en el cubo y cantando con suave satisfacción.)*

En la ocasión de la Coronación,
en la ocasión de la Coronación,
ah qué día, qué día divino,
bebiendo whisky, cerveza y vino.

SOLDADO CARR: Bueno. ¿Qué dice usted de mi rey?

STEPHEN: *(Levanta las manos.)* ¡Oh, esto es demasia-

do monótono! Nada. Él necesita mi dinero y mi vida, aunque la necesidad tenga que hacerse dueña de él, para no sé qué sucio imperio suyo. Dinero no tengo. *(Se busca vagamente en los bolsillos.)* Se lo he dado a alguien.

SOLDADO CARR: ¿Quién necesita su jodido dinero?

STEPHEN: *(Trata de marcharse.)* ¿Tiene alguien la bondad de decirme dónde es menos probable que encuentre esos males necesarios? *Ça se voit aussi à Paris.* No es que yo... Pero ¡por San Patricio!

(Las cabezas de las mujeres se funden en una. La vieja Abuela Sindientes con sombrero en pan de azúcar aparece sentada en una seta venenosa, con la mortífera flor de la peste de la patata en el pecho.)

STEPHEN: ¡Ajá! ¡Te conozco, abuelita! ¡Hamlet, venganza! ¡La vieja cerda que se come su lechigada!

VIEJA ABUELA SINDIENTES: *(Meciéndose de un lado para otro.)* La novia de Irlanda, la hija del rey de España, *alanna.* ¡Extraños en mi casa, mala peste les caiga! *(Se lamenta con aflicción de hada anunciadora de muertes.)* ¡Ochone! ¡Ochone! Seda de las vacadas. *(Gime.)* Has conocido a la pobre vieja Irlanda, y ¿cómo se aguanta?

STEPHEN: ¿Cómo te aguanto yo a ti? ¡El truco del sombrero! ¿Dónde está la tercera persona de la Santísima Trinidad? ¡Soggarth Aroon! El reverendo Carroña Cuervo.

CISSY CAFFREY: *(Chillona.)* ¡No dejen que se peguen!

UN CHULO: Nuestros hombres se han retirado.

SOLDADO CARR: *(Dándose un tirón del cinturón.)* Yo le voy a retorcer el pescuezo al maricón que diga una palabra contra mi puñetero rey.

BLOOM: *(Aterrado.)* Él no ha dicho nada. Ni palabra. Un puro malentendido.

EL CIUDADANO: *Erin go bragh!*

(El Comandante Tweedy y el Ciudadano se exhiben mutuamente medallas, condecoraciones, trofeos de guerra, heridas. Los dos se saludan militarmente con feroz hostilidad.)

SOLDADO COMPTON: Anda allá, Harry. Dale una en el ojo. Está a favor de los bóers.

STEPHEN: ¿Ah, sí? ¿Cuándo?

BLOOM: *(A los casacas rojas.)* Combatimos por vosotros en Sudáfrica. tropas de choque irlandesas.

¿No es eso historia? Los Fusileros Reales de Dublín. Honrados por nuestro monarca.

EL PEÓN: *(Pasa tambaleándose.)* Ah, sí. ¡Ah, sí! ¡Ah, haz la kguerra kte akterra! ¡Ah! ¡Buh!

(Alabarderos con casco y coraza proyectan adelante una muralla de puntas de lanzas con tripas colgando. El Comandante Tweedy, con mostachos como Turko el Terrible, gorro alto de pelo con penacho, y uniforme de gala, charreteras y galones de oro y estuche en bandolera, el pecho brillante de medallas, se alinea para el ataque. Hace la señal del guerrero peregrino de los caballeros templarios.)

COMANDANTE TWEEDY: *(Refunfuña ásperamente.)* ¡Rorke's Drift! ¡Arriba, guardias, y a ellos! Mahal shalal hashbaz.

SOLDADO CARR: Le voy a sacudir.

SOLDADO COMPTON: *(Echa atrás a la multitud agitando los brazos.)* Juego limpio aquí. Va a dejar a este maricón hecho una jodida carnicería.

(Bandas de música reunidas ejecutan Garryowen *y* Dios salve al Rey.*)*

CISSY CAFFREY: Se van a pelear. ¡Por mí!

KATE LA COÑI: Los valientes y las hermosas.

BIDDY LA PURGACIONES: Paréceme que aquel caballero de las armas en sable ha de justar de la mejor guisa.

KATE LA COÑI: *(Ruborizándose profundamente.)* No a fe mía, señora. ¡Para mí el jubón de gules y el alegre San Jorge!

STEPHEN:

> De la ramera el grito, por las calles,
> teje el sudario de la vieja Irlanda.

SOLDADO CARR: *(Aflojándose el cinturón, grita.)* Le voy a retorcer el pescuezo al primer jodido hijodeputa que diga una palabra contra el puñetero cabrón de mi rey.

BLOOM: *(Sacude a Cissy Caffrey por los hombros.)* ¡Habla, tú! ¿Te has quedado muda? Tú eres el eslabón entre naciones y generaciones. Habla, mujer, sagrada dadora de vida.

CISSY CAFFREY: *(Alarmada, agarra al Soldado Carr por la manga.)* ¿No estoy contigo? ¿No soy tu chica? Cissy, tu chica. *(Grita.)* ¡Policía!

STEPHEN: *(Extáticamente, a Cissy Caffrey.)*

Blancas tus patas, roja tu jeta,
y tus magras son bien duras.

VOCES: ¡Policía!

VOCES LEJANAS: ¡Dublín está ardiendo! ¡Dublín está ardiendo! ¡Fuego, fuego!

(Surgen llamas de azufre. Densas nubes pasan rodando. Retumban pesados cañones-revólver. Pandemónium. Se despliegan tropas. Cascos al galope. Artillería. Roncas órdenes. Resuenan campanas. Gritan apostadores. Vociferan borrachos. Chillan putas. Sirenas de barco ululan. Gritos de valentía. Aullidos de agonizantes. Picas chocan en corazas. Ladrones roban a los caídos. Aves de presa, volando desde el mar, levantando el vuelo desde tierras pantanosas, cayendo desde sus nidos en riscos, se ciernen gritando; ocas, cormoranes, buitres, azores, chochas trepadoras, peregrinos, esmerejones, chachalacas negras, águilas marinas, gaviotas, albatros, ocas de percebes. Se oscurece el sol de medianoche. Tiembla la tierra. Los muertos de Dublín, de los cementerios Prospect y Mount Jerome, con gabanes blancos de piel de oveja y capas negras de piel de cabra, resucitan y se aparecen a muchos. Se abre un abismo con un bostezo sin ruido. Tom Rochford, el ganador, en camiseta y calzón de atleta, llega a la cabeza de la carrera de vallas hándicap nacional y salta al vacío. Le sigue un pelotón de corredores y saltadores, que saltan desde el borde, en actitudes frenéticas. Sus cuerpos se desploman. Chicas de taller con vestidos elegantes lanzan porrombombas de Yorkshire al rojo vivo. Señoras de alta sociedad se levantan las faldas por la cabeza para protegerse. Risueñas brujitas con cortas falditas rojas cabalgan por el aire en escobas. El cuáquero míster Lyster administra un clíster. Llueven dientes de dragón. Héroes armados nacen de surcos. Intercambian en señal de amistad el signo de los caballeros de la Cruz Roja y combaten duelos con sables de caballería: Wolfe Tone contra Henry Grat-

tan, Smith O'Brien contra Daniel O'Connell, Michael Davitt contra Isaac Butt, Justin M'Carthy contra Parnell, Arthur Griffith contra John Redmond, John O'Leary contra Lear O'Johnny, Lord Edward Fitzgerald contra Lord Gerald Fitzedward, Los O'Donoghue de los Glens contra Los Glens del Donoghue. En una altura, el centro de la tierra, se eleva el altar de campaña de Santa Bárbara. Velas negras se levantan en sus lados, el del evangelio y el de la epístola. Desde las altas troneras de la torre caen dos lanzadas de luz sobre la piedra del altar cubierta de un palio de humo. Sobre la piedra del altar, la señora Mina Purefoy, diosa de la sinrazón, yace desnuda, encadenada, con un cáliz descansando en su vientre hinchado. El Padre Malachi O'Flynn, en larga enagua y casulla del revés, sus dos pies izquierdos lo de delante atrás, celebra misa de campaña. El Reverendo señor Hugh G. Haines Love, M. A., con sotana simple y birrete académico, sostiene un paraguas abierto sobre la cabeza del celebrante.)

PADRE MALACHI O'FLYNN: *Introibo ad altare diaboli.*

EL REVERENDO SEÑOR HAINES LOVE: Al diablo que es la alegría de mi juventud.

PADRE MALACHI O'FLYNN: *(Saca del cáliz y eleva una hostia goteando sangre.) Corpus Meum.*

EL REVERENDO SEÑOR HAINES LOVE: *(Levanta muy en alto las enaguas del celebrante, mostrando sus nalgas desnudas grises y peludas, entre las cuales está encajada una zanahoria.)* Mi cuerpo.

LA VOZ DE TODOS LOS CONDENADOS: ¡Osoredopodot Soid Roñes le anier seup, Ayulela!

(Desde lo alto grita la voz de Adonai.)

ADONAI: ¡Soooooooooooid!

LA VOZ DE TODOS LOS BIENAVENTURADOS: ¡Aleluya, pues reina el Señor Dios Todopoderoso!

(Desde lo alto grita la voz de Adonai.)

ADONAI: ¡Dioooooooooooos!

(En discordancia estridente, campesinos y ciudadanos de las facciones Orangista y Verde cantan Fuera el Papa a patadas *y* Cada día, cada día, cantemos a María.*)*

SOLDADO CARR: *(Silabeando con ferocidad.)* ¡Le voy a liquidar, así me ayude el puñetero Cristo! ¡Le voy a retorcer el jodido gañote a ese cabrón hijoputa!

VIEJA ABUELA SINDIENTES: *(Alarga un puñal hacia la mano de Stephen.)* Quítale de en medio, *acushla.* A las 8.35 de la mañana estarás en el paraíso e Irlanda será libre. *(Reza.)* ¡Oh buen Dios, llévale contigo!

BLOOM: *(Corre a Lynch.)* ¿No se le puede llevar de aquí?

LYNCH: Le gusta la dialéctica, el lenguaje universal. ¡Kitty! *(A Bloom.)* Llévesele usted. A mí no me hace caso.

(Se lleva arrastrando a Kitty.)

STEPHEN: *(Señala.) Exit Judas. Et laqueo se suspendit.*

BLOOM: *(Corre hacia Stephen.)* Vente conmigo antes que ocurra algo peor. Aquí tienes tu bastón.

STEPHEN: El bastón, no. La razón. Esta fiesta de la razón pura.

CISSY CAFFREY: *(Tirando del Soldado Carr.)* Vamos allá, estás bebido. Me insultó pero yo le perdono. *(Gritándole al oído.)* Le perdono por insultarme.

BLOOM: *(Sobre el hombro de Stephen.)* Sí, váyase. Ya ve que está incapaz.

SOLDADO CARR: *(Se desprende.)* Yo le voy a insultar. *(Se precipita hacia Stephen, con los puños extendidos, y le golpea en la cara. Stephen, vacila, se desploma, cae aturdido. Queda tumbado boca arriba, cara al cielo, el sombrero rodando a la pared. Bloom lo sigue y lo recoge.)*

COMANDANTE TWEEDY: *(En voz alta.)* ¡Armas al hombro! ¡Alto el fuego! ¡Saluden!

EL SABUESO: *(Ladrando furiosamente.)* Ut ut ut ut ut ut ut.

LA MULTITUD: ¡Déjele levantarse! ¡No le pegue cuando está caído! ¡Aire! ¿Quién? El soldado le pegó. Es un profesor. ¿Se ha hecho daño? ¡No le maltrate! ¡Se ha desmayado!

(El sabueso, olfateando alrededor de la multitud, ladra ruidosamente.)

UNA BRUJA: ¿Con qué derecho le pegó al caballero ese casaca roja, y estando bebido? ¡Que se vayan a luchar con los bóers!

LA ALCAHUETA: ¡Miren quién habla! ¿No tiene derecho el soldado a ir con su chica? El otro le atacó a traición.

(Se agarran del pelo una a otra, arañándose y escupiéndose.)

EL SABUESO: *(Ladrando.)* Uau uau uau.

BLOOM: *(Echándolas atrás, en voz alta.)* ¡Atrás, échense atrás!

SOLDADO COMPTON: *(Tirando de su camarada.)* Ea, Harry, arreando. Ahí vienen los guardias.

(Dos guardias con capas impermeables, altos, se detienen entre el grupo.)

GUARDIA PRIMERO: ¿Qué pasa aquí?

SOLDADO COMPTON: Estábamos con aquí esta señorita y él nos insultó y atacó a mi compañero. *(El sabueso ladra.)* ¿Quién es el amo de este jodido chucho?

CISSY CAFFREY: *(Con expectación.)* ¿Está sangrando?

UN HOMBRE: *(Que estaba de rodillas, levantándose.)* No. Se desmayó. Volverá en sí.

BLOOM: *(Lanza una brusca ojeada al hombre.)* Déjemele a mí. Yo puedo fácilmente...

GUARDIA SEGUNDO: ¿Quién es usted? ¿Le conoce?

SOLDADO CARR: *(Avanza tambaleándose hacia los guardias.)* Insultó a esta señorita amiga mía.

BLOOM: *(Colérico.)* Usted le golpeó sin provocación. Yo soy testigo. Guardia, tome su número en el regimiento.

GUARDIA SEGUNDO: No necesito sus instrucciones para el cumplimiento de mi deber.

SOLDADO COMPTON: *(Tirando de su camarada.)* Vamos, arreando, Harry. O si no, Bennett te mete en el calabozo.

SOLDADO CARR: *(Tambaleándose mientras tiran de él.)* ¡Me la trae floja el viejo Bennett! Es un maricón de culo blanco. Me importa una mierda.

GUARDIA PRIMERO: *(Sacando su bloc.)* ¿Cómo se llama?

BLOOM: *(Mirando por encima de la multitud.)* Precisamente veo ahí un coche. Si me echa una mano un momento, sargento...

GUARDIA PRIMERO: Nombre y dirección.

(Corny Kelleher, crespón negro en torno al sombrero, corona fúnebre en la mano, aparece entre los circunstantes.)

BLOOM: *(Rápidamente.)* ¡Ah, el que hacía falta! *(Susurra.)* El hijo de Simon Dedalus. Un poco bebido. Haga que estos guardias pongan en marcha a estos mirones.

GUARDIA SEGUNDO: Buenas noches, señor Kelleher.

CORNY KELLEHER: *(Al Guardia, con ojos soñolientos.)* Todo está bien. Le conozco. Ha ganado un poquito en las carreras. La Copa de Oro. *Por ahí. (Se ríe.)* Veinte a uno. ¿Me entiende?

GUARDIA PRIMERO: *(Se vuelve a la multitud.)* Vamos, ¿qué miran ahí pasmados? Fuera de aquí, circulen.

(La multitud se dispersa lentamente, murmurando, por el callejón abajo.)

CORNY KELLEHER: Déjemelo a mí, sargento. Todo se arreglará. *(Se ríe, moviendo la cabeza.)* Muchas veces también nosotros nos hemos portado mal, ya lo creo, y aún peor. ¿No? ¿No, eh?

GUARDIA PRIMERO: *(Se ríe.)* Imagino que sí.

CORNY KELLEHER: *(Da un codazo al Guardia Segundo.)* Vamos, borrón y cuenta nueva. *(Canturrea, balanceando la cabeza.)* Con el tralará tralará tralará. ¿Qué, me entiende, no?

GUARDIA SEGUNDO: *(Con simpatía.)* Ah, claro, también en nuestros tiempos.

CORNY KELLEHER: *(Guiñando el ojo.)* La juventud es la juventud. Tengo un coche aquí a la vuelta.

GUARDIA SEGUNDO: Muy bien, señor Kelleher. Buenas noches.

CORNY KELLEHER: Ya me ocupo yo de esto.

BLOOM: *(Da la mano a los dos guardias sucesivamente.)* Muchas gracias, caballeros, gracias. *(Musita confidencialmente.)* Más vale que no haya ningún escándalo, ya comprenden. El padre es un ciudadano muy conocido, altamente respetado. Locurillas de juventud, ya comprenden.

GUARDIA PRIMERO: Ah, ya comprendo, señor.

GUARDIA SEGUNDO: Está bien, señor.

GUARDIA PRIMERO: Era solamente en caso de lesiones corporales cuando tendríamos que dar parte en la comisaría.

BLOOM: *(Asiente rápidamente.)* Naturalmente. Muy bien. Solamente su deber profesional.

GUARDIA SEGUNDO: Es nuestro deber.

CORNY KELLEHER: Buenas noches, muchachos.

LOS GUARDIAS: *(Saludando a la vez.)* Buenas noches, caballeros. *(Se alejan con paso lento y pesado.)*

BLOOM: *(Respirando.)* Providencial su llegada a la escena. ¿Tiene un coche?...

CORNY KELLEHER: *(Ríe, señalando con el pulgar por encima del hombro derecho hacia el coche parado junto al andamiaje.)* Dos viajantes de comercio que convidaban a champán en Jammet. Como príncipes, de veras. Uno de ellos perdió dos pavos en la carrera. Ahogando su dolor; y luego iban a probar con las niñas alegres. Así que les cargué en el coche de Behan y les descargué en el barrio éste.

BLOOM: Yo iba a casa simplemente por la calle Gardiner cuando por casualidad...

CORNY KELLEHER: *(Ríe.)* Claro que querían que me metiera con ellos con las furcias. No, por Dios, digo yo. No para veteranos como usted y como yo. *(Se vuelve a reír y mira burlón con ojos opacos.)* Gracias a Dios lo tenemos en casa; qué, me comprende, ¿no? ¡Ja, ja, ja!

BLOOM: *(Trata de reír.)* ¡Je, je, je! Sí. En realidad yo venía a visitar a un viejo amigo de por aquí, Virag, usted no le conoce (el pobrecillo lleva una semana en cama) y tomamos un trago juntos y yo me marchaba ya para casa...

(El caballo relincha.)

EL CABALLO: ¡Cahahahahaha! ¡Cahaaaaahasa!

CORNY KELLEHER: En realidad fue Behan, nuestro cochero, ahí, que me lo dijo después que dejamos a los dos viajantes en casa de la Cohen y yo le dije que parara y me apeé a ver. *(Ríe.)* Cocheros fúnebres abstemios, es mi especialidad. ¿Le llevo a éste a casa? ¿Por dónde vive? Por ahí por Cabra, ¿no?

BLOOM: No, en Sandycove, me parece, por lo que dejó caer.

(Stephen, boca arriba, respira hacia las estrellas. Corny Kelleher, mirándole de soslayo, gruñe algo al caballo. Bloom sombrío contempla el suelo.)

CORNY KELLEHER: *(Se rasca la nuca.)* ¡Sandycove! *(Se inclina y llama a Stephen.)* ¡Eh! *(Vuelve a lla-*

marle.) ¡Eh! Está cubierto de virutas, de todos modos. Tenga cuidado no le hayan mangado algo.

BLOOM: No, no. Tengo aquí su dinero y su sombrero.

CORNY KELLEHER: Ah, bueno, se le pasará. No hay huesos rotos. Bueno, me las piro. *(Ríe.)* Tengo una cita por la mañana. Enterrar a los muertos. ¡A casa a salvo!

EL CABALLO: *(Relincha.)* Cahahahahasa.

BLOOM: Buenas noches. Yo esperaré un poco y me le llevaré dentro de...

(Corny Kelleher vuelve al coche y sube. Tintinean los aparejos del caballo.)

CORNY KELLEHER: *(Desde el coche, de pie.)* Buenas.

BLOOM: Buenas.

(El cochero sacude las riendas y levanta el látigo estimulando. El coche y el caballo retroceden lenta, torpemente y giran. Corny Kelleher en el asiento lateral mueve la cabeza de un lado para otro en señal de regocijo por la situación de Bloom. El cochero le acompaña en mudo regocijo pantomímico desde su más lejano asiento. Bloom mueve la cabeza en muda respuesta regocijada. Con pulgar y palma Corny Kelleher le tranquiliza de que los dos guardias le dejarán seguir durmiendo, porque qué otra cosa hay que hacer. Con lento asentimiento de cabeza Bloom transmite su gratitud en cuanto que eso es exactamente lo que necesita Stephen. El coche tintinea tralará volviendo la esquina del callejón tralará. Corny Kelleher vuelve a tranquilitralará con la mano. Bloom con la mano aseguralará a Corny Kelleher que está tranquilitralarado. Los repiqueteantes cascos y los tintineantes aparejos se van haciendo más débiles en su tralaralarirear. Bloom, sosteniendo en la mano el sombrero de Stephen festoneado de virutas y el bastón, se queda indeciso. Luego se inclina hacia él y le sacude por el hombro.)

BLOOM: ¡Eh! ¡Ho! *(No hay respuesta: se inclina otra vez.)* ¡Señor Dedalus! *(No hay respuesta.)* El nombre de pila si se llama. Sonámbulo. *(Se inclina otra vez y, vacilando, acerca la boca a la cara de la figura postrada.)* ¡Stephen! *(No hay respuesta. Llama otra vez.)* ¡Stephen!

STEPHEN: *(Gime.)* ¿Quién? Pantera negra vampiro. *(Suspira y se estira, luego murmura estropajosamente arrastrando las vocales.)*

¿Quién... guía... Fergus ahora,
y penetra... la entretejida sombra del bosque?...

(Se vuelve a la izquierda, suspirando, doblándose.)

BLOOM: Poesía. Bien instruido. Lástima. *(Se vuelve a inclinar y le desabrocha a Stephen los botones del chaleco.)* Que respire. *(Le quita las virutas del traje a Stephen con manos y dedos ligeros.)* Una libra siete chelines. No se ha hecho daño sin embargo. *(Escucha.)* ¡Caramba!

STEPHEN: *(Murmura.)*

...blanco pecho... oscuro...
...sombras... los bosques...

(Extiende los brazos, vuelve a suspirar y encoge el cuerpo. Bloom sigue erguido sosteniéndole el sombrero y el bastón. Un perro ladra a lo lejos. Bloom se tensa y afloja la mano con que agarra el bastón. Baja los ojos a la cara y la figura de Stephen.)

BLOOM: *(En comunión con la noche.)* La cara me recuerda a su pobre madre. En el bosque sombreado. El hondo blanco pecho. Ferguson, me parece que le entendí. Una chica. Alguna chica. Lo mejor que le podría ocurrir... *(Murmura.)* ...juro que siempre reconoceré, siempre ocultaré, jamás revelaré, parte o partes, arte o artes... *(Murmura.)* ...en las ásperas arenas del mar... a un cable de distancia de la orilla... donde la marea refluye... y sube...

(Silencioso, pensativo, alerta, está en guardia, los dedos en los labios, en la actitud de maestre secreto. Contra la pared oscura, aparece lentamente una figura, un niño de once años, marcado por las hadas, cambiado por otro, raptado, vestido con traje Eton con zapatos de cristal y un pequeño casco de bronce, llevando un libro en la mano. Lee de derecha a izquierda inaudiblemente, sonriendo, besando la página.)

BLOOM: *(Abrumado de asombro, le llama inaudiblemente.)* ¡Rudy!

RUDY. *(Mira fijamente, sin ver, a los ojos de Bloom y sigue leyendo, besando, sonriendo. Tiene una delicada cara malva. En el traje lleva botones de diamante y rubí. En su mano izquierda, libre, tiene un fino bastón de marfil con un lazo violeta. Un borreguito blanco le asoma por el bolsillo del chaleco.)*

Como preliminar a cualquier otra cosa, el señor Bloom le sacudió de encima a Stephen el grueso principal de las virutas, le alargó el sombrero y el bastón, y, en general, le adecentó de la manera más ortodoxamente samaritana, lo que le hacía buena falta. Su mente (la de Stephen) no estaba exactamente lo que se llama extraviada, pero sí un poco insegura, y ante su expresado deseo de algo que beber, el señor Bloom, en vista de la hora que era y no habiendo allí a mano bombas de agua de Vartry para sus abluciones, cuanto más para finalidades de bebida, dio con un recurso sugiriendo, por las buenas, la adecuación del Refugio del Cochero, según se le llamaba, apenas a un tiro de piedra, cerca del puente Butt, donde podrían hallar algún artículo potable en forma de leche con seltz o de agua mineral. Pero el problema estaba en cómo llegar allí. Por el momento se hallaba un tanto desconcertado, pero como quiera que el deber le imponía claramente tomar algunas medidas sobre el particular, consideró medios y maneras adecuados, en tanto que Stephen bostezaba repetidamente. En la medida en que él podía verlo, Stephen estaba más bien pálido de cara, así que se le ocurrió que sería altamente aconsejable obtener algún vehículo de cualquier tipo que respondiera a la situación en que se hallaban, estando ambos, particularmente Stephen, fuera de quicio, siempre en la hipótesis de que se pudiera encontrar tal cosa. En consecuencia, tras de unos pocos preliminares semejantes, tal como, a pesar de haber olvidado recoger su más

bien jabonoso pañuelo tras de sus leales servicios en materia de afeitado, un buen despolvoreamiento, ambos caminaron juntos por la calle Beaver, o, más propiamente, por el callejón Beaver, hasta la altura de la herrería y de la atmósfera sensiblemente fétida de las cuadras en la esquina de la calle Montgomery, donde pusieron rumbo a la izquierda desembocando de allí a la calle Amiens, y doblando la esquina de Dan Bergin. Pero, según él preveía con certidumbre, no había señal de auriga ofreciéndose en alquiler por parte alguna, excepto por lo que toca a una victoria, probablemente comprometida por algunos juerguistas en el interior, a la puerta del hotel Estrella del Norte, y que no ostentó síntoma de que se fuera a mover ni un cuarto de pulgada cuando el señor Bloom, que era cualquier cosa menos un silbador profesional, intentó reclamarla emitiendo una suerte de silbido, mientras sostenía los brazos en arco sobre la cabeza, por dos veces.

Era una situación sin salida, pero, aplicando el sentido común a ella, no había evidentemente nada que hacer sino poner buena cara y apechugar con todo, lo que consiguientemente hicieron. Así pues, dando la vuelta por Mullet y Signal House, que alcanzaron en breve, continuaron forzosamente en dirección de la estación terminal de la calle Amiens, estando el señor Bloom en desventaja por la circunstancia de que uno de los botones posteriores de sus pantalones, para adaptar el adagio acreditado por la tradición, había sufrido el destino común de todos los botones, aunque él, identificándose por completo con el espíritu de la cosa, se adaptara sin más a la desventura. Así, dado que ninguno de los dos estaba especialmente apremiado en cuando al tiempo, según era el caso, y habiendo refrescado la temperatura desde que aclaró tras la reciente visitación de Júpiter Pluvius, avanzaron flaneando por delante de donde el vacío vehículo aguardaba sin pasajero ni cochero. Como aconteciera que un vehículo de obras de la Compañía Unida de Tranvías de Dublín estuviera entonces regresando, el de más edad de los dos discurrió con su compañero *à propos* del incidente de su verdaderamente milagroso escape de poco antes. Pasaron ante la entrada principal de la estación

ferroviaria Great Northern, punto de partida para Belfast, donde, por supuesto, todo tráfico estaba suspendido a tan tardía hora, y, dejando atrás la puerta trasera del depósito de cadáveres (un lugar no muy atractivo, para no decir tétrico hasta cierto punto, y más especialmente de noche), acabaron por alcanzar la Dock Tavern y, en su momento, entraron en la calle Store, famosa por su comisaría de policía, sección C. Entre este punto y los altos almacenes, en ese momento sin iluminar, de Beresford Place, Stephen se puso a pensar en Ibsen, asociándolo, no se sabe cómo, en su mente, con Baird el marmolista, situado en Talbot Place, primero doblando a la derecha, mientras el otro, que actuaba como su *fidus Achates*, inhalaba con íntima satisfacción el olor de la Panadería Ciudadana de James Rourke, situada en gran proximidad a donde estaban, el olor realmente apetitoso del pan nuestro de cada día, la más primaria y más indispensable para el público entre todas las mercancías. Pan, sustento de la vida, ganad el pan. Ah, decid, ¿dónde está el pan de fantasía? Ya es sabido que en Rourke, en su panadería.

En route, a su taciturno, y para no ponerlo demasiado de relieve, a su todavía no completamente lúcido compañero, el señor Bloom, quien, en todo caso, estaba en completa posesión de sus facultades, y más que nunca, e incluso repugnantemente, sobrio, le dirigió unas palabras de cautela en cuanto a los peligros de los barrios nocturnos, las mujeres de mala fama y los granujas de alto bordo, todo lo cual, si apenas permisible una vez de tanto en tanto, ya que no como práctica habitual, adquiría caracteres de auténtica trampa mortal para jóvenes de su edad especialmente si habían adquirido hábitos de bebida bajo el influjo del alcohol, a no ser que se supiera un poco de jiujitsu para cualquier contingencia, ya que incluso un tipo de espaldas en el suelo puede propinar una maligna patada si el otro no mira. Altamente providencial había sido la aparición en escena de Corny Kelleher cuando Stephen estaba en bienaventurada inconsciencia, ya que, de no ser por aquel hombre en la brecha que se presentaba en la undécima hora, el desenlace podría haber sido que resultara candidato a la casa de socorro, o, en ausencia

de esto, la comisaría y una comparecencia ante el juzgado al día siguiente ante el señor Tobias o, siendo éste procurador, más bien ante el viejo Wall, quería decir, a Malony, lo que significaba simplemente la ruina para un individuo cuando la cosa se llegara a saber. La razón por la que mencionaba el asunto era que un montón de esos guardias, a los que detestaba cordialmente, eran reconocidamente poco escrupulosos en el servicio a la Corona y, como indicó el señor Bloom, recordando algún que otro caso en la Sección A de la calle Clanbrassil, estaban dispuestos a jurar que era de día cuando era de noche. Nunca en su sitio cuando hacían falta, sin embargo, en zonas tranquilas de la ciudad, por ejemplo, Pembroke Road, los custodios de la ley estaban muy en evidencia, siendo la razón obvia que se les pagaba para proteger a las clases superiores. Otra cosa que discutió fue el equipar a los soldados con armas de fuego largas o cortas de cualquier tipo, capaces de dispararse en cualquier momento, lo que era equivalente a incitarles contra la población civil en cualquier circunstancia en que se pelearan por algo. Uno echaba a perder el tiempo, afirmó muy sensatamente, y la salud y además la buena fama, aparte de lo cual estaba el aspecto derrochón del asunto, las mujeres alegres del *demimonde* que se marchaban con un montón de libras, chelines y peniques, por añadidura, y el mayor peligro de todo era con quién se emborrachaba uno, por más que, tocante a la discutida cuestión de los estimulantes, a él le encantaba un vasito de vino viejo selecto y en su punto, en cuanto nutritivo y reconstituyente de la sangre y dotado de virtudes aperitivas (especialmente un buen borgoña de que él era firme partidario), sin embargo nunca más allá de cierto punto donde no dejaba de trazar la línea, ya que simplemente se metía uno en toda clase de líos para no decir nada de que uno quedaba a la compasiva merced de los demás, prácticamente. Sobre todo comentó con reprobación la deserción de Stephen por parte de sus *confrères* frecuentadores de tabernas, excepto uno, notorio caso de traición, desde cualquier punto de vista, por parte de sus cofrades estudiosos de la medicina.

—Y ese uno era Judas —dijo Stephen, que hasta entonces no había dicho nada en absoluto.

Comentando estos y análogos temas, avanzaban en línea recta por detrás de la Aduana y pasaban bajo el puente de la línea de circunvalación, cuando un brasero de cok que ardía frente a una garita o cosa análoga, atrajo sus más bien arrastrados pasos. Stephen, por su propia iniciativa, se detuvo sin razón especial ante el montón de baldíos adoquines y a la luz que emanaba del brasero pudo apenas entrever la figura del guarda municipal, aún más oscura dentro de la garita. Empezaba a recordar que algo había ocurrido, o que se había mencionado que había ocurrido antes, pero no le costó poco esfuerzo a su memoria reconocer en el centinela a un ex amigo de su padre, Gumley. Para evitar un encuentro se acercó a las pilastras del puente de las vías.

—Alguien le ha saludado —dijo el señor Bloom.

Una figura de altura media, evidentemente alerta, bajo los arcos, volvió a saludar, gritando: *¡Buenas!* Stephen, naturalmente, se sobresaltó un tanto aturdidamente y se detuvo para devolver el cumplimiento. El señor Bloom, inspirado por motivos de delicadeza innata, en cuanto que era partidario de que cada cual no se metiera más que en sus propios asuntos, se echó a un lado, aunque no obstante permaneció en estado de alarma con un leve toque de ansiedad pero en absoluto sin llegar a canguelo. Aunque desacostumbrado en el área de Dublín, sabía que no era en absoluto inaudito que desesperados que no tenían apenas de qué vivir anduvieran por ahí atracando y en general aterrorizando a los pacíficos peatones poniéndoles una pistola en la cabeza en algún punto apartado fuera de la ciudad propiamente dicha, y famélicos vagabundos de la categoría de los de las orillas del Támesis podían andar dando vueltas por allí, o simplemente merodeadores dispuestos a desaparecer con cualquier botín a que echaran mano en un instante, la bolsa o la vida, dejándole a uno allí para ilustrar una lección, amordazado y atado.

Stephen, esto es, cuando la figura sobrevenida llegó a su cercanía, por más que no estuviera él mismo en ningún estado de lucidez, reconoció que el aliento de Corley trascendía a jugo de maíz fermen-

tado. Lord John Corley, le llamaban algunos, y su genealogía resultaba ser de esta guisa. Era el hijo mayor del Inspector Corley de la Sección G, recientemente fallecido, el cual se había casado con una tal Katherine Brophy, hija de un agricultor de Louth. Su abuelo, Patrick Michael Corley, de New Ross, se había casado con la viuda de un tabernero cuyo nombre de soltera había sido Katherine —también— Talbot. Según rumores, aunque no confirmados, ella descendía de la casa de los Lord Talbot de Malahide en cuya mansión, realmente una residencia indiscutiblemente selecta en su género y muy digna de verse, su madre o su tía o alguna pariente había disfrutado de la distinción de estar de servicio en la pila de fregar. Ésta, por consiguiente, era la razón por la que el aún relativamente joven pero disoluto individuo que ahora se dirigía a Stephen era designado por algunos inclinados a la facecia como Lord John Corley.

Tomando a un lado a Stephen, hubo de contarle la acostumbrada elegía lastimosa. Ni unas monedas con que obtener alojamiento nocturno. Sus amigos le habían abandonado todos. Además, se había peleado con Lenehan y, ante Stephen, le llamó asqueroso cerdo jodido con una rociada de otras expresiones no solicitadas. Estaba sin trabajo e imploraba a Stephen que le dijera dónde demonios podía conseguir algo que hacer, algo, lo que fuera. No, no, era la hija de la madre fregona la que era hermana de leche del heredero de la casa, o si no, estaban relacionados a través de la madre de alguna manera, teniendo lugar ambos casos al mismo tiempo si es que todo el asunto no era una invención completa de pies a cabeza. Sea como sea, él estaba hundido.

—No se lo pediría, solamente —prosiguió—, se lo juro solemnemente y bien lo sabe Dios, que estoy de malas.

—Habrá un empleo mañana o pasado —le dijo Stephen— en la escuela de niños de Dalkey, como inspector. El señor Garret Deasy. Pruebe a ver. Puede mencionar mi nombre.

—Ah, Dios mío —contestó Corley—, seguro que no sabría enseñar en una escuela, hombre. Nunca he sido uno de los listos como vosotros —añadió, medio

riendo—. Dos veces me catearon en la elemental en los Hermanos Cristianos.

—Yo tampoco tengo dónde dormir —le informó Stephen.

Corley, a las primeras del cambio, se inclinó a sospechar que tendría algo que ver con que a Stephen le habrían echado de la madriguera por haber metido alguna jodida fulana de la calle. Había un tabuco en la calle Marlborough, señora Maloney, pero no era más que un agujero de perra gorda y lleno de indeseables pero M'Conachie le había dicho que se podía encontrar un arreglo decente en La Cabeza de Bronce ahí en la calle Winetavern (lo que sugirió lejanamente a Fray Bacon a la persona interpelada) por un chelín. También se estaba muriendo de hambre aunque no había dicho ni palabra de ello.

Aunque este tipo de cosa se repetía una noche sí y otra no o poco menos, los sentimientos de Stephen pudieron con él en cierto sentido aunque sabía que la flamante retahíla de Corley, a la altura de las demás, apenas merecía crédito. Sin embargo, *haud ignarus malorum miseris succurrere disco*, etc., como observa el poeta latino, especialmente ahora que por suerte le pagaban sus dineros al cabo de cada medio mes el dieciséis que era el día del mes en realidad aunque un buen poco del asunto se había liquidado. Pero la gracia del chiste estaba en que nadie le quitaría de la cabeza a Corley que él vivía en la opulencia y no tenía otra cosa que hacer sino socorrer a los necesitados; cuando en realidad. Sin embargo se metió la mano en el bolsillo, no con idea de encontrar allí nada de comer, sino pensando que en vez de eso le podría prestar algo hasta un chelín o cosa así de manera que pudiera intentar en todo caso buscarse algo suficiente para comer. Pero el resultado fue negativo pues, para su consternación, encontró que le faltaba su dinero en efectivo. Unas pocas galletas rotas fueron todo el resultado de su investigación. Intentó lo mejor que pudo recordar por el momento si lo había perdido, como bien podía haber sido, o se lo había dejado, porque tal contingencia no era ninguna perspectiva grata, sino más bien al contrario, de hecho. En conjunto, estaba demasiado atontado todavía para emprender una búsqueda a

fondo aunque al tratar de recordar sobre las galletas tuvo un vago recuerdo. ¿Quién, entonces, exactamente, se las había dado, o dónde fue, o si las compró? Sin embargo, en otro bolsillo tropezó con lo que supuso en lo oscuro que eran peniques, erróneamente, sin embargo, según resultó.

—Ésas son medias coronas, hombre —le corrigió Corley.

Y así resultaron ser en la realidad. Stephen le prestó una de ellas.

—Gracias —contestó Corley—. Es usted un caballero. Le pagaré algún día. ¿Quién es el que va con usted? Le he visto varias veces en el Bleeding Horse, en la calle Camden, con Boylan, el pegador de carteles. Podría recomendarme usted a ver si me toman allí. Yo llevaría anuncios de hombre-sandwich sólo que la chica de la oficina me dijo que están completos para las tres semanas que vienen, caray. Válgame Dios, hay que apuntarse por adelantado, caray, ni que fuera para los de Carl Rosa. De todos modos me importa un pito con tal de tener un trabajo aunque sea de barrendero.

A continuación, no estando ya tan en mala situación después de los dos y medio chelines recibidos, informó a Stephen sobre un tipo llamado Bags Comisky que decía que Stephen conocía bien, el contable de Fullam el proveedor de marina, que solía andar en el reservado de Nagle con O'Mara y uno pequeño, que tartamudeaba, llamado Tighe. En todo caso, se le habían llevado la otra noche y le habían encajado diez chelines por embriaguez y alteración del orden y resistencia a la fuerza pública.

El señor Bloom mientras tanto seguía dando vueltas en las inmediaciones de los adoquines junto al brasero de cok delante de la garita del guarda municipal, quien, evidentemente ávido de trabajar, a su juicio, descabezaba un tranquilo sueñecito por su cuenta y riesgo, a todo efecto y propósito, mientras Dublín dormía. Al mismo tiempo, de vez en cuando lanzaba una ojeada al interlocutor de Stephen, de atuendo cualquier cosa menos inmaculado, como si hubiera visto en alguna parte a aquel hidalgo aunque no estaba en condiciones de afirmar con verdad dónde ni tenía la más remota idea de cuándo. Siendo

hombre de mentalidad equilibrada, capaz de dar ciento y raya a no pocos en punto de astuta observación, también echó de ver su estropeadísimo sombrero y su indumentaria echada a perder, testimonios de impecuniosidad crónica. Probablemente era uno de esos parásitos, pero en cuanto a esto, era cuestión meramente de que cada uno explota al vecino de al lado, y éste lo mismo, por decirlo así, a pillo pillo y medio y en este asunto si el hombre de la calle se encontrara él mismo en el banquillo, los trabajos forzados, con o sin opción a multa, sería una muy *rara avis* en verdad. En cualquier caso tenía una buena cantidad de frescura y tranquilidad para interceptar a la gente a esas horas de la noche o de la mañana. Buena cara dura, ciertamente.

La pareja se separó y Stephen volvió a reunirse con el señor Bloom quien, con su ojo experto, no dejó de percibir que aquél había sucumbido a la blandilocuencia del otro parásito. Aludiendo al encuentro, dijo —esto es, Stephen—, risueñamente:

—Anda mal de suerte. Me ha pedido que le pidiera a usted que pidiera a un tal Boylan, un pegador de carteles, que le diera un trabajo como hombre-sandwich.

Ante esta información, por la que evidenció al parecer poco interés, el señor Bloom se quedó mirando abstraídamente por espacio de alrededor de medio segundo en dirección a una draga, que gozaba del ilustre nombre de Eblana, amarrada junto al muelle de la Aduana y posiblemente incapaz de reparación, tras lo cual observó evasivamente:

—Cada cual recibe su ración de suerte, dicen. Ahora que lo dice, su cara me resultaba conocida. Pero dejando esto por el momento, ¿de cuánto se ha desprendido usted —interrogó—, si no soy demasiado inquisitivo?

—Media corona —respondió Stephen—. Estoy seguro de que lo necesita para dormir en algún sitio.

—Lo necesita —exclamó el señor Bloom, sin manifestar ninguna sorpresa ante la información—: puedo dar crédito a la aserción y garantizo que siempre lo necesita. Cada cual conforme a sus necesidades y cada cual conforme a sus acciones. Pero hablando de las cosas en general —añadió con una sonrisa—,

¿dónde va a dormir usted mismo? Ir andando a Sandycove queda fuera de consideración, y, aun suponiendo que lo hiciera, no podrá entrar después de lo ocurrido en la estación de Westland Row. Se agotaría por nada. No tengo intención de dictarle nada en absoluto, pero ¿por qué ha dejado la casa de su padre?

—Para buscar la desgracia —fue la respuesta de Stephen.

—He encontrado a su respetado padre en una ocasión reciente —replicó diplomáticamente el señor Bloom—. Hoy, en realidad, o, para ser estrictamente exacto, ayer. ¿Dónde vive él ahora? Por el transcurso de la conversación inferí que se ha mudado.

—Creo que está en Dublín no sé dónde —contestó Stephen sin darse por aludido—. ¿Por qué?

—Un hombre dotado —dijo el señor Bloom sobre el señor Dedalus *senior*—, en más de un aspecto, y un *raconteur* de nacimiento como hay pocos. Quizá podría usted volver —arriesgó, aún pensando en la desagradabilísima escena en la estación de Westland Row en que se hizo perfectamente evidente que los otros dos, esto es, Mulligan, y aquel amigo suyo, el turista inglés, que acabaron por engañar al tercer compañero, estaban intentando visiblemente, como si la maldita estación entera les perteneciera, dar esquinazo a Stephen en la confusión.

No hubo respuesta consiguiente a la sugerencia, sin embargo, en realidad estando demasiado atareadamente ocupados los ojos de la imaginación de Stephen en pintarse el hogar familiar la última vez que lo vio, con su hermana, Dilly, sentada junto a la lumbre, el pelo caído, esperando a que se hiciera un cacao flojo de Trinidad que estaba en el puchero manchado de hollín para poderlo tomar con caldo de avena en vez de leche después de los arenques del viernes que habían comido a dos por penique, con un huevo por cabeza para Maggy, Boody y Katey, mientras que el gato bajo la calandria devoraba una masa de cáscaras de huevo y cabezas chamuscadas de pescado y huesos en un trozo de papel de estraza de acuerdo con el tercer mandamiento de la Iglesia de ayunar y guardar abstinencia en los días de pre-

epto, siendo entonces las témporas o, si no, miér-oles de ceniza o algo así.

—No —repitió el señor Bloom—, yo personal-nente no pondría mucha confianza en ese jovial ompañero suyo que aporta el elemento humorístico, l doctor Mulligan, como guía, filósofo y amigo, si stuviera en su pellejo. Él sabe dónde le aprieta el apato aunque con toda probabilidad nunca se ha lado cuenta de lo que es estar privado de las comi-las a sus horas. Claro que usted no se fijó tanto omo yo pero no me produciría la menor sorpresa nterarme de que había en su bebida un pellizco de abaco o de algún narcótico, echado con algún obje-ivo posterior.

Comprendía, sin embargo, por cuanto había oído, ue el doctor Mulligan era hombre versátil y univer-al, de ningún modo limitado a la medicina sola-nente, que se iba abriendo paso rápidamente al pri-ner plano en su especialidad y, si los informes se onfirmaban, se disponía a disfrutar en un futuro o demasiado lejano de una próspera actividad como nédico de gran tono en ejercicio, en adición a cuyo ango profesional, su salvamento de aquel hombre le cierto ahogamiento mediante la respiración artifi-ial y lo que llaman auxilios de urgencia en Skerries o era en Malahide? fue, estaba obligado a admitirlo, una acción enormemente valiente que él no sabría logiar demasiado alto, de modo que francamente le esultaba difícil sondear qué diablos de razón podría aber en el fondo de todo aquello a no ser que se tribuyera a mera malignidad o a celos, puros y sim-les.

—A no ser que se reduzca simplemente a una cosa y es a lo que llaman robar las ideas —se aventuró a lanzar.

La cauta ojeada, medio de solicitud, medio de cu-iosidad, aumentada por la amistosidad, que lanzó a a expresión de facciones de Stephen, entonces moro-sa, no arrojó un raudal de luz, ni ninguna en abso-luto, en realidad, sobre el problema de si se había dejado tomar el pelo por las buenas, a juzgar por dos o tres observaciones deprimidas que dejó caer, o, en sentido contrario, si había visto claro todo el asunto, y por alguna razón que sólo él conocía, había dejado

correr la cosa más o menos... La pobreza abrumadora tenía ese efecto y para él era algo más que una conjetura que, por altas capacidades educativas que tuviera, experimentaba no pocas dificultades para llegar a fin de mes.

Adyacente al urinario público de hombres, percibió un carrito de helados en torno al cual un grupo presumiblemente de italianos en acalorado altercado se desahogaba en volubles expresiones en su vívida lengua de un modo particularmente animado, habiendo unas pequeñas diferencias entre las partes.

—*Putana madonna, che ci dia i quattrini! Ho ragione? Culo rotto!*

—*Intendiamoci. Mezzo sovrano più...*

—*Dice lui, però...*

—*Farabutto! Mortacci sui!*

El señor Bloom y Stephen entraron en el Refugio del Cochero, una construcción de madera sin pretensiones, donde, en anterioridad, rara vez, o nunca, habían estado, habiendo el primero previamente susurrado al segundo unas pocas alusiones referentes a su custodio, que se decía ser el antaño famoso Desuellacabras, Fitzharris, el Invencible, aunque no respondería de la realidad de los hechos, en que muy posiblemente no había ni un vestigio de verdad. Unos pocos momentos después vieron a nuestros dos noctámbulos sentados a salvo en un discreto rincón, sólo para ser saludados por miradas de la colección realmente miscelánea de abandonados y vagabundos y otros borrosos ejemplares del género *homo*, ya ocupados allí en comer y beber, diversificados por la conversación, y para quienes ellos al parecer constituían un objeto de señalada curiosidad.

—Ahora, en cuanto a una taza de café —se aventuró el señor Bloom plausiblemente a sugerir para romper el hielo—, pienso que debería usted probar algo en forma de alimento sólido, digamos un panecillo de alguna clase.

En consecuencia, su primer acto fue, con su característica sangre fría, encargar tranquilamente esas mercancías. Los *hoi polloi* de cocheros y estibadores, o lo que fueran, tras un examen superficial, apartaron los ojos, al parecer decepcionados, aunque un individuo de barba roja y un tanto bebido, con una

porción del pelo ya medio gris, probablemente un marinero, siguió mirando fijamente durante un rato apreciable antes de trasladar su arrebatada atención al suelo.

El señor Bloom, haciendo uso del derecho de libre expresión, y teniendo un ligero conocimiento de la lengua en la discusión por más que, ciertamente, en perplejidad en cuanto a *voglio*, hizo observar a su *protégé* en tono inaudible de voz, *à propos*, de la batalla campal que aún seguía viva y furiosa en la calle:

—Una hermosa lengua. Quiero decir, para propósitos de cantar. ¿Por qué no escribe usted su poesía en esa lengua? *Bella Poetria!* Es tan melodiosa y llena. *Belladonna voglio.*

Stephen, que hacía lo posible por bostezar si podía, sufriendo en general de una laxitud mortal, contestó:

—Para llenarle las orejas a una elefanta. Se peleaban por dinero.

—¿Ah, sí? —preguntó el señor Bloom—. Claro —añadió pensativo, reflexionando interiormente que habiendo para empezar más lenguas de las que son absolutamente necesarias, quizá sea sólo la fascinación meridional que la rodea.

El cuidador del refugio, en medio de este *tête-à-tête*, puso en la mesa una taza hirviente, rebosante de un selecto cocimiento rotulado café y un tipo más bien antediluviano de panecillo, o algo que lo parecía, tras lo cual se batió en retirada a su mostrador, mientras el señor Bloom decidía fijarse en él bien despacio después para no parecer que... por cuya razón animó a Stephen, con una mirada, a empezar, mientras él hacía los honores empujando subrepticiamente cada vez más cerca de él la taza de lo que temporalmente había de llamarse café.

—Los sonidos son imposturas —dijo Stephen tras un rato de pausa—. Como los nombres, Cicerón, Podmore, Napoleón, Mr. Goodbody, Jesús, Mr. Doyle. Los Shakespeares eran tan corrientes como los Murphy. ¿Qué hay en un nombre?

—Sí claro —asintió el señor Bloom sin afectación—. Por supuesto. Nuestro nombre también se

cambió —añadió, empujando al otro lado el llamado panecillo.

El marinero de barba roja, que tenía fijo en los recién llegados su ojo de vigía, abordó a Stephen, a quien había elegido para su particular atención, y le preguntó por las buenas:

—¿Y su nombre cuál podría ser?

Antes que fuera tarde el señor Bloom le tocó la bota a su compañero, pero Stephen, al parecer sin hacer caso de la tibia presión desde un lado inesperado, contestó:

—Dedalus.

El marinero le miraba fijamente con unos ojos turbios con bolsas, más bien hinchados del excesivo uso del trago, con preferencia el buen viejo Hollands con agua.

—¿Conoce usted a Simon Dedalus? —preguntó por fin.

—He oído hablar de él —dijo Stephen.

El señor Bloom se sintió por un momento azorado, al ver que los demás evidentemente también tendían la oreja.

—Es irlandés —afirmó decididamente el marinero, mirando fijo del mismo modo y asintiendo con la cabeza—. Irlandés del todo.

—Demasiado irlandés —confirmó Stephen.

En cuanto al señor Bloom, no entendía ni pizca del asunto y se empezaba a preguntar qué posible conexión habría, cuando el marinero, por su propia iniciativa, se volvió a los demás ocupantes del refugio con la observación:

—Le he visto romper dos huevos en dos botellas disparando por encima del hombro a cincuenta yardas. No falla con la mano izquierda.

Aunque ligeramente estorbado por un tartamudeo ocasional y aun sabiendo sus gestos tan torpes como eran sin embargo hacía lo mejor que podía por explicarse.

—Una botella ahí, digamos. Cincuenta yardas medidas. Huevos en las botellas. Echa la escopeta sobre el hombro. Apunta.

Se volvió a medias, cerró el ojo derecho completamente, luego retorció sus facciones levantándolas de cierto modo de lado y miró fulgurantemente hacia la

noche, afuera, con una desagradable actitud en el rostro.

—Pom —gritó luego una vez.

El público entero aguardó, esperando una detonación adicional, ya que había aún otro huevo.

—Pom —gritó por segunda vez.

Los dos huevos evidentemente demolidos, asintió con la cabeza y guiñó el ojo, añadiendo sanguinariamente:

—Buffalo Bill tira a matar,
nunca erró y nunca ha de errar.

Siguió un silencio hasta que el señor Bloom en obsequio a la amabilidad se sintió inclinado a preguntarle si era en una competición de tiro al blanco como la de Bisley.

—¿Cómo dice? —dijo el marinero.

—¿Hace mucho? —prosiguió el señor Bloom, sin desviarse ni un pelo.

—Bueno —contestó el marinero, ablandándose hasta cierto punto bajo la mágica influencia de que «diamante corta diamante»—, podría ser hace cosa de diez años. Daba la vuelta al mundo con el Circo Real de Hengler. Se lo vi hacer en Estocolmo.

—Curiosa coincidencia —confió el señor Bloom a Stephen, marginalmente.

—Me llamo Murphy —continuó el marinero—, W. B. Murphy, de Carrigaloe. ¿Saben dónde es?

—En Queenstown Harbour —contestó Stephen.

—Eso es —dijo el marinero—. Fort Camden y Fort Carlisle. De allí es de donde soy. Mi mujercita está allí. Me espera, lo sé. *Por Inglaterra, el hogar y la belleza.* Es mi legítima esposa, a la que hace diecisiete años que no veo, navegando por ahí.

El señor Bloom podía representarse fácilmente su llegada a esa escena —el retorno del marinero a su hogar junto al camino después de haber dejado con un palmo de narices a papá Neptuno— una noche lluviosa con la luna cubierta. A través del mundo en busca de esposa. Había muchos relatos sobre ese tema particular, sobre Alice Ben Bolt, Enoch Arden y Rip van Winkle, y ¿no se acuerda nadie por aquí de Caoc O'Leary, una pieza favorita de declamación,

sumamente difícil, por cierto, del pobre John Casey, y, aun en su estilo menor, un ejemplo de poesía perfecta? Nunca es sobre una esposa escapada que regresa, por más que encariñada con el querido ausente. ¡El rostro en la ventana! Júzguese su asombro cuando por fin llegó a la meta y se empezó a hacer luz en él sobre la terrible verdad referente a su media naranja, naufragada en su afecto. Bien poco que me esperabas pero he venido para quedarme y para empezar desde el principio. Ahí está sentada, viuda postiza, en el mismísimo hogar. Me cree muerto. Mecido en la cuna del abismo. Y ahí está sentado el tío Chubb o Tomkin, según sea el caso, el tabernero de La Corona y el Ancla, en mangas de camisa, comiendo filete con cebollas. No hay silla para el padre. ¡Buu! ¡El viento! El último llegado está en sus rodillas, hijo *post mortem*. ¡Con el tra, con el la, y con el tralaralaralá, oh! Inclinarse ante lo inevitable. Sonreír y aguantarlo. Con sincero afecto quedo de ti tu consternado esposo, W. B. Murphy.

El marinero, que no parecía apenas ser residente de Dublín, se volvió a uno de los cocheros con la petición:

—¿No tendría por casualidad algo así como una mascada de sobra, eh?

El cochero interpelado, según resultó, no la tenía pero el encargado sacó un dado de tabaco prensado de su buen chaquetón colgado de un clavo y el objeto deseado pasó de mano en mano.

—Gracias —dijo el marinero.

Depositó la mascada en su jeta y, mascando, y con algunos lentos tartamudeos, continuó:

—Llegamos esta mañana a las once. El *Rosevean*, de tres palos, con una carga de ladrillos, de Bridgwater. Me embarqué para pasar al otro lado. Me han pagado esta tarde. Aquí está mi hoja de licencia. ¿Ven? W. B. Murphy, marinero registrado.

En confirmación de la cual afirmación extricó de un bolsillo interior y alargó a sus vecinos un documento doblado de aspecto no muy limpio.

—Debe usted haber visto una buena porción del mundo —observó el encargado, apoyándose en el mostrador.

—Vaya —respondió el marinero, después de re-

flexionar sobre ello—, he circunnavegado un poco desde la primera vez que me enrolé. Estuve en el mar Rojo. Estuve en China y en Norteamérica y en Sudamérica. He visto muchos icebergs, de los que hacen ruido. Estuve en Estocolmo y en el mar Negro, en los Dardanelos, a las órdenes del Capitán Dalton, el cabrón más valiente que ha mandado nunca a pique su barco. He visto Rusia. *Gospodi pomilooy.* Así es como rezan los rusos.

—Habrá visto cosas raras, no diga que no —interpuso un cochero.

—Vaya —dijo el marinero, desplazando el tabaco parcialmente mascado—. He visto cosas raras, buenas y malas. He visto a un cocodrilo morder la punta de un ancla igual que yo masco este tabaco.

Se sacó de la boca la pulposa mascada y, poniéndosela entre los dientes, mordió ferozmente.

—¡Jaam! Así. Y he visto caníbales en el Perú que se comen los cadáveres y los hígados de los caballos. Miren aquí. Aquí están. Me lo mandó un amigo.

Tras de palparse, sacó una postal ilustrada del bolsillo interior, que parecía ser a su manera una especie de trastero, y la empujó a lo largo de la mesa. Lo impreso en ella afirmaba: *Choza de Indios. Beni, Bolivia.*

Todos concentraron su atención sobre la escena exhibida, un grupo de mujeres salvajes en taparrabos rayados, en cuclillas, haciendo guiños, amamantando, frunciendo el ceño, durmiendo, entre un enjambre de niñitos (debía haber una veintena de ellos) delante de unas primitivas cabañas de ramas de suce.

—Mascan coca todo el santo día —añadió el comunicativo lobo de mar—. Tienen los estómagos como ralladores de pan. Se cortan las tetitas cuando ya no pueden tener más hijos. Ahí las ven en pelota comiéndose crudo el hígado de un caballo muerto.

La postal resultó ser un centro de atracción para los inexpertos caballeros durante varios minutos, si no más.

—¿Saben cómo se les tiene a distancia? —preguntó con simpatía.

No arriesgándose nadie a una afirmación, hizo un guiño y dijo:

—Con cristal. Eso les atonta. Cristal.

El señor Bloom, sin evidenciar sorpresa, dio la vuelta a la postal con disimulo para leer la dirección parcialmente borrada y el matasellos. Decían como sigue: *Tarjeta Postal. Señor A. Boudin, Galería Becche, Santiago, Chile.* No había mensaje, evidentemente, según observó de modo particular. Aunque sin ser implícito creyente en el atroz relato narrado (ni, puestos a hablar de eso, en la cuestión de los huevos como blanco, a pesar de Guillermo Tell y del incidente Lazarillo-Don César de Bazán descrito en *Maritana* en cuya ocasión la bala del primero atravesó el sombrero de este último), habiendo detectado una discrepancia entre su nombre (suponiendo que fuera la persona que afirmaba ser y no navegara bajo falsa bandera después de haber chaqueteado a escondidas en algún sitio) y el ficticio destinatario de la misiva que le hizo abrigar algunas sospechas sobre la *bona fides* de nuestro amigo, sin embargo ello le recordó sin saber cómo un plan largamente acariciado que pensaba realizar algún día, algún miércoles o sábado, de ir a Londres por vía marítima lo que no es decir que hubiera viajado nunca por extenso pero sí era en su corazón un aventurero de nacimiento aunque por crueldad del destino no había dejado nunca de ser un lobo de tierra salvo lo que se llama ir a Holyhead que fue su viaje más largo. Martin Cunningham decía frecuentemente que le conseguiría un pase por medio de Egan pero eternamente surgía algún endemoniado inconveniente con el resultado práctico de que se malograban los planes. Pero aun en el caso de tener que llegar a aflojar la mosca destrozándole el corazón a Boyd, no era tan caro, si la bolsa lo permitía, unas pocas guineas como mucho, considerando el trayecto a Mullingar a donde calculaba que salía por cinco con seis ida y vuelta. El viaje le beneficiaría en su salud teniendo en cuenta el ozono que fortalece y sería placentero en todos los aspectos, especialmente para uno que tenía el hígado averiado, el ver los diferentes sitios a lo largo de la ruta, Plymouth, Falmouth, Southampton y demás, culminando en una gira instructiva de los puntos más es-

pectaculares de la gran metrópoli, el espectáculo de nuestra moderna Babilonia, donde sin duda vería las mayores mejoras, renovando su conocimiento con la torre, la abadía y toda la riqueza de Park Lane. Otra cosa que se le ocurrió como una idea nada mala era que podría echar una mirada alrededor para ver si intentaba hacer arreglos para una gira de conciertos estivales comprendiendo los lugares de veraneo más sobresalientes, Margate con sus baños mixtos y sus termas y balnearios de primera, Eastbourne, Scarborough, Margate y demás, la hermosa Bournemouth, las Islas del Canal y semejantes joyas de lugares, que podría resultar altamente remunerativo. No, claro, con una compañía rebañada de cualquier manera y con señoras aficionadas locales, por ejemplo tipo señora C. P. M'Coy —préstame su maleta y le mandaré por correo la entrada. No, algo de postín, una compañía de grandes estrellas de Irlanda, la gran compañía de ópera Tweedy-Flower con su propia consorte legítima como primera dama a modo de réplica a los Elster Grimes y Moody-Manners, un asunto perfectamente sencillo y él era muy optimista sobre el éxito, con tal que el darle bombo en los periódicos locales lo pudiera arreglar algún tío con un poco de empuje que tirara de los hilos indispensables combinando así el negocio con el placer. Pero ¿quién? Ahí estaba el problema.

También, sin estar de hecho seguro, se le ocurrió que se iba a ofrecer un vasto campo por lo que toca a abrir nuevas rutas para mantenerse a la altura de los tiempos en relación con la ruta Fishguard-Rosslare que, según se corría por ahí, estaba una vez más sobre el tapete en los departamentos de circunlocución con la acostumbrada dosis de papeleo y de dilaciones por parte de los eunucos de la burocracia y demás necios en general. Cierto que había una gran oportunidad para promotores y emprendedores que saliesen al encuentro de las necesidades viajeras del público en general, el hombre medio, esto es, Brown, Robinson y Cía.

Era tema de lamentación y no menos absurdo a simple vista y no pequeña culpa de nuestra alabada sociedad que el hombre de la calle, cuando el organismo realmente necesitaba tonificarse, por cuestión

de asunto de un par de miserables libras, quedara privado de ver algo más del mundo en que se vivía en vez de estar siempre en el gallinero desde que mi viejo tarugo me tomó por mujer. Después de todo, al demonio con ello, habían tenido más de once meses de monotonía y merecían un cambio radical de *venue* después de la agitación de la vida ciudadana en verano, de preferencia cuando la Madre Naturaleza está en su momento más espectacular, lo que constituye nada menos que un nuevo suplemento de vida. Había oportunidades igualmente excelentes para veraneantes en la isla patria, deliciosos lugares silvanos para rejuvenecimiento, ofreciendo una plétora de atracciones así como un tónico fortalecedor para el organismo en y en torno a Dublín y sus pintorescos alrededores, incluso, Poulaphouca, a donde había un tranvía de vapor, pero también más allá, lejos de la enloquecida multitud, en Wincklow, justamente denominada el jardín de Irlanda, un ambiente ideal para velocipedistas maduros, en tanto que no se eche a perder, y en las soledades de Donegal, donde si decía la verdad la fama, el *coup d'œil* era realmente grandioso, por más que la recién nombrada localidad no fuera fácilmente accesible de modo que el aflujo de visitantes no era todavía todo lo que podía ser considerando los señalados beneficios a obtener de ello, mientras que Howth con sus recuerdos históricos y de otro tipo, Thomas el Sedoso, Grace O'Malley, Jorge IV, los rododendros a varios centenares de pies sobre el nivel del mar era lugar favorito para todas clases y especies de hombres, especialmente en primavera cuando la fantasía de la juventud, aunque ya había obtenido su tributo de muertes por caída desde escolleras, intencional o accidental, habitualmente, por cierto, sobre la pierna izquierda, a sólo tres cuartos de hora de la columna. Porque por supuesto el viaje de turismo en su sentido actual estaba todavía meramente en pañales, por decirlo así, y el acomodo dejaba mucho que desear. Interesante de sondear, le parecía, por motivos de pura y simple curiosidad, si era el tráfico el que creaba la ruta o viceversa o las dos cosas en realidad. Volvió la postal del otro lado y se la pasó a Stephen.

—Vi una vez un chino —relataba el brioso na-

rrador— que tenía unas pildoritas como de masilla y las echaba en agua y se abrían y cada píldora era algo diferente. Una era un barco, otra era una casa, otra era una flor. Guisan ratas en la sopa —añadió, con aire estimulante del apetito—, los chinos hacen eso.

Posiblemente percibiendo una expresión de duda en sus rostros, el globe-trotter siguió adhiriéndose a sus aventuras.

—Y vi un hombre en Trieste que lo mató un italiano. Una navaja en la espalda. Una navaja así.

Mientras hablaba sacó una navaja de peligroso aspecto, muy en armonía con su persona, y la mantuvo en posición de herir.

—Era en una casa de putas a causa de un lío entre dos contrabandistas. Un tío se escondió detrás de una puerta y saltó por detrás de él. Así. *Prepárate a encontrarte con tu Dios*, dice. ¡Chac! Le entró por la espalda hasta el mango.

Su pesada mirada, vagando soñolienta en torno, parecía desafiarles a más preguntas si por casualidad tenían ganas de hacérselas. Éste sí que es un buen trozo de acero, repetía, examinando su temible *stiletto*.

Tras de ese escalofriante *dénouement*, suficiente para horrorizar a los más robustos, cerró la hoja y guardó el arma en cuestión como antes en su cámara de los horrores, por otro nombre bolsillo.

—Les da mucho por el arma blanca —dijo, en beneficio de todos, alguien que estaba evidentemente a oscuras—. Por eso creían que los crímenes de los Invencibles en el parque eran cosa de extranjeros, porque usaban cuchillos.

Ante esta observación, obviamente ofrecida en el espíritu de que donde hay ignorancia hay felicidad, el señor Bloom y Stephen, cada cual a su manera particular, intercambiaron instintivamente miradas significativas, en un religioso silencio de la más pura índole de *entre nous*, sin embargo, hacia donde Desuellacabras, *alias* el encargado, extraía chorros de líquido de su utensilio de servir. Su rostro inescrutable, que era realmente una obra de arte, daba la impresión de que no entendía ni jota de lo que sucedía. Gracioso, mucho.

Entonces tuvo lugar una pausa algo prolongada. Un hombre leía, a tirones, un diario de la tarde manchado de café; otro, la postal con la *choza* de indígenas; otro, la licencia del marinero. El señor Bloom, en la medida en que le concernía personalmente, estaba simplemente cavilando en pensativo estado de ánimo. Recordaba de modo vívido cuando el aludido suceso tuvo lugar, como si fuera ayer, hacía unos veinte años, en los días de las agitaciones campesinas, cuando aquello cayó sobre el mundo civilizado como una bomba, para hablar figurativamente, a principios de los años ochenta, el ochenta y uno para ser exactos, cuando acababa de cumplir quince años.

—Ea, jefe —intervino el marinero—. Devuélvame esos papeles.

Cumplida la solicitud, les echó la garra de un zarpazo.

—¿Ha visto usted el Peñón de Gibraltar? —inquirió el señor Bloom.

El marinero hizo una mueca, mascando, de un modo que podía interpretarse como sí, ya lo creo, o no.

—Ah, también ha tocado allí —dijo el señor Bloom—, la punta de Europa —pensando que sí, en la esperanza de que el vagabundo pudiera con algunas reminiscencias... pero no lo hizo así, dejando simplemente escapar un chorro de saliva hacia el serrín, y movió la cabeza con una suerte de perezoso desprecio.

—¿Hacia qué año sería? —intercaló el señor Bloom—. ¿Recuerda usted los barcos?

Nuestro sedicente marinero mordió pesadamente un rato, hambriento, antes de contestar.

—Estoy cansado de todas esas peñas en el mar —dijo—, y barcos y naves. Carne salada todo el tiempo.

Cansado, al parecer, calló. Su interlocutor, percibiendo que no tenía grandes probabilidades de obtener muchos resultados con aquel viejo astuto, se entregó a nebulosas especulaciones sobre las enormes dimensiones del agua sobre el globo terráqueo. Baste decir que, como revelaba una ojeada casual al mapa, cubría plenamente sus tres cuartas partes y él se daba cuenta plenamente, en consecuencia, de

lo que significaba dominar las olas. En más de una ocasión —una docena por lo menos— cerca del North Bull en Dollymount, él había observado a un añoso lobo de mar, evidentemente abandonado, sentado de modo habitual cerca del no especialmente bienoliente muro sobre el mar, mirando en olvido al mar mientras el mar le miraba a él, soñando con frescos bosques y prados intactos, como canta no sé quién no sé dónde. Y eso le dejaba preguntándose por qué. Acaso ése había tratado de averiguar el secreto por sí mismo, zarandeado de acá para allá hasta las antípodas y todas esas cosas y de arriba para abajo —bueno, no exactamente para abajo— tentando al destino. Y se podía apostar veinte contra nada a que realmente no había ningún secreto en absoluto en ello. Sin embargo, sin entrar en las *minutiae* del asunto, el hecho elocuente seguía siendo que el mar estaba ahí en toda su gloria y en el transcurso natural de las cosas alguien tenía que navegar por él y desafiar a la Providencia aun cuando ello fuera a parar meramente en mostrar cómo se las arregla la gente para cargar esa clase de peso sobre los demás, como la idea del infierno y la lotería y los seguros, que se han organizado idénticamente según las mismas líneas, de modo que por esa misma razón, si no por otra, el Domingo de la Barca de Salvamento era una institución muy laudable hacia la que el público en general, no importa dónde viviera, tierra adentro o en la costa, según fuera el caso, una vez que se le presentaba así a su atención, debería ofrecer su gratitud así como a los capitanes de puerto y el servicio de vigilancia de costas que tenían que aparejar y zarpar haciendo frente a los elementos, en cualquier época del año, cuando el deber les llamaba *Irlanda espera que cada cual* y así sucesivamente, y a veces lo pasaban muy mal en invierno sin olvidar los fuegos flotantes, el Kish y los demás, expuestos a zozobrar en cualquier momento, en torno al cual él una vez con su hija había experimentado un mar notablemente picado, por no decir tormentoso.

—Había uno que navegaba conmigo en el *Vagabundo* —continuó el viejo lobo de mar, vagabundo también él—. Vuelto a tierra, tomó un trabajo cómodo, como criado de caballero a seis libras al mes.

Estos pantalones son suyos, los que llevo puestos, y me dio un impermeable y esta navaja. Yo serviría para ese trabajo, barba y pelo. No me gusta andar vagabundeando por ahí. Ahí está ahora mi hijo, Danny, que se ha escapado a la mar y su madre le había buscado un sitio con un pañero en Cork donde podía ganar dinero fácil.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó un oyente, que, por cierto, visto de lado, ofrecía un remoto parecido con Henry Campbell, el secretario municipal, lejano de los abrumadores cuidados de su cargo, sin lavar, por supuesto, y con desastrada vestimenta y una fuerte sospecha de color en torno al apéndice nasal.

—Bueno —respondió el marinero con lenta pronunciación desconcertada—. ¿Mi hijo Danny? Debe andar por los dieciocho ahora, según mis cuentas.

Tras de lo cual aquel padre de Skibbereen se abrió con las dos manos de un tirón su camisa gris o en todo caso nada limpia y se empezó a rascar el pecho en lo que se vio que era una imagen tatuada con tinta china azul, intentando representar un ancla.

—Había piojos en aquella hamaca en Bridgewater —observó—. Como un clavo. Tengo que darme un lavado mañana o pasado. Son esos negros lo que me molesta. Me revientan esos maricones. Le chupan a uno la sangre, de veras.

Viendo que todos le miraban al pecho, amablemente tiró de la camisa para abrirla más, de modo que, encima del largamente acreditado símbolo de la esperanza y el reposo del marinero, obtuvieron una vista completa de la cifra 16 y de una cara de joven de perfil con aire más bien ceñudo.

—Un tatuaje —explicó el exhibidor—. Me lo hicieron cuando estábamos en una calma chicha al largo de Odessa en el mar Negro con el capitán Dalton. Un tipo que se llamaba Antonio lo hizo. Ese de ahí es él mismo, un griego.

—¿No le hizo mucho daño? —preguntó uno al marinero.

Aquel ilustre, sin embargo, estaba diligentemente ocupado en recoger algo alrededor del no sé qué en su... Apretando o...

—Vean aquí —dijo, enseñando a Antonio—. Ahí está, maldiciendo al segundo de a bordo. Y ahora ahí está —añadió—. El mismo tío —tirando de la piel con los dedos, algún truco especial evidentemente—, y riéndose de algún cuento.

Y en efecto la lívida cara del joven llamado Antonio parecía de veras sonreír forzadamente, curioso efecto que provocó la admiración sin reservas de todo el mundo, incluyendo a Desuellacabras, que esta vez se estiró hacia allá.

—Eso, eso —suspiró el marinero, bajando los ojos hacia su viril pecho—. También él se fue. Se lo comieron los tiburones después. Eso, eso.

Dejó ir la piel de modo que el perfil volvió a asumir la expresión normal de antes.

—Bonito trabajo —dijo el descargador número uno.

—¿Y para qué es el número? —interrogó el vago número dos.

—¿Se lo comieron vivo? —preguntó un tercero al marinero.

—Eso, eso —volvió a suspirar el recién mencionado personaje, esta vez más animadamente, con una especie de media sonrisa, sólo de breve duración, en dirección al que preguntaba sobre el número—. Era un griego.

Y luego añadió, con humor más bien macabro, considerando su presunto fin:

—Malo como el viejo Antonio
que me ha mandado al demonio.

El rostro de una corretona, vidrioso y extraviado bajo un sombrero negro de paja, atisbó al soslayo por la puerta del refugio, palpablemente explorando por su cuenta con el objetivo de llevar más agua a su molino. El señor Bloom, no sabiendo apenas a qué lado mirar, volvió la cara al momento, agitado pero exteriormente tranquilo, y recogiendo de la mesa el papel rosa del periódico de la calle Abbey que el cochero, si es que lo era aquél, había puesto a un lado, lo levantó y miró al rosa del papel aunque ¿por qué rosa? Su motivo para obrar así fue que reconoció al momento al otro lado de la puerta la

misma cara de que había captado un atisbo fugitivo esa misma tarde en el Ormond Quay, aquella hembra parcialmente idiotizada, a saber, la del callejón, que sabía que la señora del vestido marrón es tu señora (Mrs. B.), y le pidió la oportunidad del lavado. También ¿por qué lavado, que parecía más bien vago?

Tu lavado. Sin embargo, la franqueza le obligaba a admitir que él había lavado la ropa interior de su esposa cuando estaba sucia en la calle Holles y las mujeres querían hacerlo y lo hacían con análogas ropas de hombres con iniciales en tinta de marcar Bewley y Draper (las de ella, esto es) si realmente le amaban a él, es decir. Quien me quiere a mí, quiere a mi camisa sucia. Sin embargo, precisamente entonces, estando en ascuas, deseaba más la ausencia que la presencia de esa mujer, así que fue para él un auténtico alivio cuando el encargado le hizo una grosera señal a ella para que se quitara de ahí. Por encima del borde del *Evening Telegraph* captó apenas un atisbo fugitivo de su cara más allá del lado de la puerta con una suerte de demencial sonrisa vidriosa que mostraba que no estaba exactamente en sí misma, observando con evidente diversión al grupo de mirones en torno al náutico pecho del patrón Murphy, y luego no hubo más de ella.

—La cañonera —dijo el encargado.

—Me pasma —confió el señor Bloom a Stephen—, hablo desde un punto de vista médico, cómo una desgraciada criatura como ésa, salida de la cuarentena del hospital, rezumando enfermedad, puede ser tan descarada como para solicitar, ni cómo un hombre en su juicio, si estima en lo más mínimo su salud... ¡Criatura desgraciada! Claro, supongo que algún hombre es responsable en definitiva de su situación. Sin embargo cualquiera que sea la causa...

Stephen no la había advertido y se encogió de hombros, observando meramente:

—En este país la gente vende mucho más de lo que ella ha tenido nunca y hacen muy buen negocio. No tengáis miedo de los que venden el cuerpo pero no tienen poder para comprar el alma. Ésa es una mala comerciante. Compra caro y vende barato.

El hombre de más edad, aun no siendo en modo alguno una solterona ni una beata, dijo que era ni

más ni menos que un escándalo intolerable a que habría que poner fin *instanter*, es decir que mujeres de tal cuño (muy al margen de cualquier escrupulosidad de solterona sobre ese tema), un mal necesario, no estuvieran licenciadas e inspeccionadas médicamente por las autoridades competentes, cosa sobre la que con toda verdad podía afirmar que él, en cuanto *paterfamilias*, había abogado firmemente desde el primerísimo principio. Quienquiera que emprendiera una política de esa índole, dijo, y ventilara la cuestión a fondo otorgaría un beneficio duradero a cuantos estuvieran concernidos.

—Usted, como buen católico —observó—, hablando de cuerpo y alma, cree en el alma. ¿O se refiere usted a la inteligencia, a la fuerza cerebral en cuanto tal, distinta de cualquier objeto exterior, la mesa, digamos, esa taza? Yo también creo en eso porque personas competentes lo han explicado como las convoluciones de la materia gris. De otro modo nunca tendríamos inventos tales como los rayos X, por ejemplo. ¿No cree?

Así acorralado, Stephen tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano de memoria para intentar concentrarse y recordar antes de poder decir:

—Me dicen, según las mejores autoridades, que es una sustancia simple y por tanto incorruptible. Sería inmortal, entiendo, a no ser por la posibilidad de su aniquilación por su Causa Primera, que, según he oído decir, es muy capaz de añadir ésa al número de sus demás bromas pesadas, ya que la *corruptio per se* y la *corruptio per accidens* quedan ambas excluidas por la etiqueta de corte.

El señor Bloom asintió por completo a la sustancia general de esto aunque la *finesse* mística implícita en ello estaba un tanto fuera de su alcance sublunar y sin embargo se sintió obligado a presentar una objección en cuanto al capítulo de ese «simple», añadiendo prontamente:

—¿Simple? Yo no diría que ésa es la palabra justa. Claro, le concedo, por hacerle una concesión, que uno se tropieza con un alma simple de Pascuas a Ramos. Pero a lo que estoy deseoso de llegar es que una cosa es por ejemplo inventar esos rayos como Röntgen, o el telescopio como Edison, aunque creo

que fue antes de sus tiempos, Galileo fue, quiero decir. Lo mismo se aplica a las leyes, por ejemplo, de un fenómeno natural de tan amplio alcance como la electricidad pero es harina de otro costal decir que uno cree en la existencia de un Dios sobrenatural.

—Ah, eso —postuló Stephen— está probado definitivamente por varios de los más famosos pasajes de la Sagrada Escritura, aparte de las pruebas circunstanciales.

Sobre este punto espinoso, sin embargo, entraron en conflicto las opiniones de la pareja, estando como estaban ellos en polos opuestos, tanto en instrucción como en todo lo demás, junto con la señalada diferencia de sus respectivas edades.

—¿Está probado? —objetó el más experto de los dos, sujetándose a su punto original—. No estoy tan seguro de eso. Es asunto para la opinión de cada cual y sin caer en el lado sectario del asunto, me permito discrepar con usted ahí *in toto*. Mi creencia es, para decirle la verdad sinceramente, que esos trozos fueron todos ellos auténticas falsificaciones intercaladas por los monjes muy probablemente o es una vez más la cuestión de nuestro poeta nacional, quién precisamente los escribió, como *Hamlet* y Bacon, como a usted que conoce su Shakespeare infinitamente mejor que yo, claro que no hace falta que se lo diga. A propósito, ¿no se puede tomar ese café? Permítame removerlo y tomar un trozo del panecillo. Es como uno de los ladrillos de ese patrón, disfrazados. Sin embargo, nadie puede dar lo que no tiene. Pruebe un pedacito.

—No podría —se las arregló Stephen para pronunciar, negándose sus órganos mentales por el momento a dictarle más.

Como el poner inconvenientes es proverbialmente un mal oficio, el señor Bloom se ocupó muy bien de remover, o intentarlo, el azúcar encostrado en el fondo y reflexionó con algo próximo a la acritud sobre el Palacio del Café y su obra de temperancia (y su lucro). Claro que era un objetivo legítimo y sin lugar a discusión hacía mucho bien. Se organizaban refugios como el presente, con criterios abstemios, para los vagabundos noctámbulos, así como concier-

tos, veladas dramáticas y conferencias útiles (entrada gratuita) por personas cualificadas, para las clases inferiores. Por otra parte, él tenía un claro y doloroso recuerdo de que a su mujer, Madam Marion Tweedy, que estuvo en activa relación con ellos durante algún tiempo, le pagaron una remuneración realmente modestísima por sus colaboraciones al piano. La idea, se inclinaba fuertemente a creer, era hacer el bien y embolsarse un beneficio, no habiendo competencia digna de tal nombre. Veneno de sulfato de cobre, SO_4 o algo así en los guisantes secos recordaba haber leído que había en una casa barata de comidas en alguna parte, pero no podía recordar cuándo fue ni dónde. En todo caso, la inspección, la inspección médica de todos los comestibles le parecía más necesaria que nunca lo que quizá explicara la moda del Vi-Cacao del Dr. Tibble a causa del análisis médico que suponía.

—Tome un sorbo de él ahora —se atrevió a decir sobre el café después que estuvo removido.

Así persuadido al menos a probarlo, Stephen levantó el pesado tazón de su charco marrón —chasqueó al despegarse cuando fue levantado —por el asa y tomó un sorbo del ofensivo brebaje.

—Sin embargo, es alimento sólido —apremió su genio bueno—, yo soy un fanático del alimento sólido —siendo su sola y única razón no la golosinería sino las comidas a sus horas como la condición *sine quan non* para cualquier tipo de trabajo decente, mental o manual—. Debería usted comer más alimento sólido. Se sentiría otro hombre.

—Líquidos sí puedo comer —dijo Stephen—. Pero tenga la bondad de apartar ese cuchillo. No puedo mirarle la punta. Me recuerda la historia de Roma.

El señor Bloom hizo prontamente lo sugerido y apartó el objeto incriminado, un cuchillo corriente romo, con mango de cuerno, sin nada especialmente de romano ni de antigüedad para ojos legos, haciendo observar que la punta era el punto menos saliente en él.

—Las historias de nuestro común amigo son como él mismo —*à propos* de cuchillos observó el señor Bloom a su confidente *sotto voce*—. ¿Cree usted que son auténticas? Sería capaz de contar tales cuentos

horas y horas seguidas toda la noche y mentir como un sacamuelas. Mírele.

Y sin embargo, aunque sus ojos estaban espesos de sueño y de aire marino, la vida estaba llena de una multitud de cosas y coincidencias de naturaleza terrible y quedaba muy dentro de los límites de lo posible que no fuera una invención completa aunque a simple vista no había mucha verosimilitud intrínseca de que todos los camelos que desembuchaba fueran estrictamente el evangelio.

Mientras tanto él había estado tomándole las medidas al individuo que tenía delante y serlockholmesizándolo de arriba abajo, desde el primer instante en que le puso los ojos encima. Aunque hombre bien conservado y de no poca vitalidad, si bien un poco inclinado a la calvicie, había algo espúreo en su corte y su aire que sugería su procedencia de la penitenciaría y no era preciso un violento esfuerzo de imaginación para asociar a un ejemplar de tan peculiar aspecto con la hermandad del sol entre rejas. Quizá incluso podía haber quitado de en medio a su hombre, suponiendo que fuera suyo el caso de que había hablado, como a menudo hacía la gente hablando de otros, es decir, que él mismo le hubiera matado y hubiera cumplido sus buenos cuatro o cinco años a la sombra para no hablar de ese personaje Antonio (sin relación con el personaje dramático de idéntico nombre que surgió de la pluma de nuestro poeta nacional) que expió sus delitos de la melodramática manera descrita más arriba. Por otro lado podría estar sólo tirándose un farol, una debilidad comprensible, porque el conocer a tales inconfundibles papanatas, vecinos de Dublín, como aquellos cocheros ansiosos de noticias del extranjero, tentaría a cualquier anciano marinero que navegue por los océanos a inventar hermosos cuentos sobre el schooner *Hesperus*, etcétera. Y dígase lo que se quiera, las mentiras que uno diga sobre sí mismo no pueden llegar a la proverbial suela del zapato a los camelos al por mayor que otros acuñen sobre él.

—Entiéndame, no es que yo diga que todo eso es pura invención —continuó—. Escenas parecidas se encuentran alguna vez, aunque no a menudo. Los gigantes, sin embargo, no se ven más que si acaso

de Pascuas a Ramos. Marcella, la reina de los enanos. En esas figuras de cera de la calle Henry yo mismo vi unos aztecas, como les llaman, sentados en cuclillas. No podrían enderezar las piernas aunque les pagaran porque los músculos de aquí, ya ve —continuó, trazando sobre su compañero un rápido contorno—, los tendones, o como quiera usted llamarlos, detrás de la rodilla derecha, estaban completamente sin fuerzas de tanto tiempo sentados en contracción, recibiendo adoración como dioses. Ahí tiene otro ejemplo de almas simples.

Sin embargo, para volver al amigo Simbad y a sus horripilantes aventuras (que le recordaban un poco a Ludwig, alias Ledwidge, cuando ocupaban las tablas en el Gaiety, cuando Michael Gunn formaba parte de la dirección en *El holandés volante*, un éxito fenomenal, y su hueste de admiradores acudía en grandes números, todos sencillamente en manada a escucharle aunque los barcos de cualquier tipo, fantasmas o lo contrario, solían resultar más bien mal en escena, lo mismo que los trenes), no había en ello nada intrínsecamente incompatible, lo concedía. Al contrario, el toque de la puñalada por la espalda quedaba muy en armonía con esos italianos, aunque puestos a ser sinceros él también estaba muy dispuesto a admitir que aquellos heladeros y freidores de pescado, para no hablar de los dedicados a las patatas fritas y demás, de la Pequeña Italia de ahí cerca del Coombe, eran unos tipos sobrios, ahorrativos y trabajadores, salvo que quizá un poco demasiado dados a la persecución nocturna del innocuo animal necesario de carácter felino, propiedad ajena, con vistas a disfrutar a costa de él, o de ella, al día siguiente, de un buen guisado suculento con el tradicional ajo *de rigueur*, a escondidas, y añadía él, por lo barato.

—Los españoles, por ejemplo —continuó—, siendo temperamentos apasionados, impetuosos como Satanás, son dados a tomarse la justicia por su mano y a liquidarle a uno en un santiamén con esos puñales que llevan en el abdomen. Eso procede del gran calor, el clima en general. Mi mujer es, por decirlo así, española, a medias, mejor dicho. En realidad podría reclamar la nacionalidad española si quisiera,

habiendo nacido (técnicamente) en España, esto es, en Gibraltar. Tiene tipo español. Más bien oscura, una auténtica morena, pelo negro. Yo, por mi parte, sin duda que creo que el clima explica el carácter. Por eso le preguntaba si usted escribe sus poesías en italiano.

—Esos temperamentos de ahí a la puerta —intercaló Stephen— estaban muy apasionados por diez chelines. *Roberto ruba roba sua.*

—Eso es —coreó el señor Bloom.

—Entonces —dijo Stephen, mirando al vacío y continuando sus divagaciones como para sí o para algún desconocido oyente no se sabía dónde—, tenemos la impetuosidad de Dante y el triángulo isósceles, la señorita Portinari, de quien él se enamoró y Leonardo y San Tommaso Mastino.

—Está en la sangre —admitió inmediatamente el señor Bloom—. Todos están lavados en la sangre del sol. Qué coincidencia, por casualidad estaba yo hoy en el museo de la calle Kildare, poco antes de nuestro encuentro, si así puedo llamarlo, mirando esas estatuas antiguas que hay allí. Espléndidas proporciones de caderas, de pecho. Sencillamente, hoy día no se tropieza uno con esa clase de mujeres. Una excepción de vez en cuando. Guapas, sí, bonitas a su manera sí se encuentran, pero lo que yo quiero decir es la forma femenina. Además, tienen muy poco gusto en el vestir, la mayor parte de ellas, cosa que realza grandemente la belleza natural de la mujer, dígase lo que se quiera. Las medias arrugadas, quizá sea acaso una manía mía, pero sin embargo es algo que sencillamente me fastidia ver.

El interés, sin embargo, empezaba a decaer en torno y los demás se pusieron a hablar de accidentes en el mar, barcos perdidos en la niebla, colisiones con icebergs, y toda esa clase de cosas. Por supuesto que Iza-el-Ancla tenía lo suyo que decir. Había doblado el Cabo unas pocas veces y había hecho frente a un monzón, una clase de viento, en los mares de la China y a través de todos esos peligros en el abismo había una sola cosa, declaró, que siempre estuvo de su parte, o palabras análogas: una piadosa medalla que le había salvado.

Así pues, tras de eso, derivaron al naufragio de

la roca de Daunt, el naufragio de aquella malhadada embarcación noruega —nadie se acordaba de su nombre durante un rato hasta que el cochero que se parecía realmente mucho a Henry Campbell lo recordó, *Palme*, en la playa de Booterstown, aquello fue el tema de conversación de la ciudad ese año (Albert William Quill escribió una hermosa composición en originales versos de sobresaliente mérito sobre ese tema en el *Irish Times*) las rompientes cayendo sobre ella y multitudes y multitudes en la orilla conmocionadas y petrificadas de horror. Entonces alguien dijo algo sobre el caso del velero *Lady Cairns* de Swansea, pasado por ojo por el *Mona*, que iba en rumbo opuesto en tiempo más bien brumoso, y que se perdió con toda la tripulación en cubierta. No se prestó ayuda. El capitán, el del *Mona*, dijo que temía que sus compartimentos estancos cedieran con el choque. Parece ser que no tenía agua en la sentina.

En este punto tuvo lugar un incidente. Habiéndosele hecho necesario aflojar un rizo, el marinero dejó vacante su asiento.

—Permítame cruzarle por la proa —dijo a su vecino, que precisamente estaba entrando con suavidad en pacífico sopor.

Puso rumbo con pesada lentitud y con una suerte de andares culibajos hacia la puerta, bajó pesadamente por el escalón que había en la salida y viró hacia la izquierda. Mientras se disponía a orientarse, el señor Bloom, quien, cuando se incorporó, notó que llevaba dos frascos, seguramente de ron de mar, saliéndole por ambos bolsillos, para consumo particular de sus ardientes entrañas, le vio sacar una de las botellas, descorcharla o desenroscarla, y, aplicando el pico a los labios, tomarse un buen trago deleitable con ruido de gorgoteo. El irreprimible Bloom, que también tenía una astuta sospecha de que el viejo comediante saliera de maniobras en seguimiento de la contraatracción en forma de una hembra, que, sin embargo, había desaparecido a todo efecto y propósito, pudo, esforzándose, divisarle apenas cuando, debidamente reforzado por su episodio con el ponche al ron, levantaba la mirada hacia las pilastras y vigas de la línea de circunvalación, más bien a oscuras, ya

que por supuesto desde su última visita aquello había cambiado radicalmente con grandes mejoras. Alguna persona o personas invisibles le dirigieron hacia el urinario masculino erigido con ese objeto en aquellas inmediaciones por el Comité de Higiene, pero, tras un breve intervalo de tiempo en que reinó el silencio sin rival, el marinero, evidentemente pasando al largo de él, se desahogó en su inmediata proximidad, con el subsiguiente ruido del agua de su sentina salpicando en el suelo donde al parecer despertó a un caballo de la parada de coches.

En todo caso, un casco hirió el suelo en busca de una nueva posición de sustento y unos aparejos tintinearon. Levemente intranquilizado en su garita junto al brasero de ascuas de cok, el guarda municipal, que aunque ya de malas y rápidamente hundiéndose, no era otro, en estricta verdad, que el susodicho Gumley, ahora prácticamente a cargo de la beneficencia parroquial, y a quien con toda probabilidad verosímil le había dado ese trabajo interino Pat Tobin por consideraciones humanitarias, conociéndole de sobra se removió y se agitó en su garita antes de volver a reordenar sus miembros en brazos de Morfeo. Un ejemplo verdaderamente impresionante de ruina en su forma más virulenta, caída sobre una persona con las más respetables relaciones y acostumbrada toda su vida a las decentes comodidades de un hogar y con sus buenas 100 libras al año de renta en otros tiempos que por supuesto ese burro de siete suelas tiró en seguida por la ventana. Y ahí estaba sin tener dónde caerse muerto después de haberla armado buena muchas veces por la ciudad, sin un céntimo encima. Ni que decir tiene que bebía, y una vez más la cosa podía servir de escarmiento y de enseñanza moral, cuando muy bien podía estar tranquilamente metido en negocios por todo lo alto si —un «si» muy grave, sin embargo— se las hubiera arreglado para curarse de esa determinada inclinación.

Todos, mientras tanto, lamentaban la decadencia de la navegación irlandesa, de cabotaje y al extranjero, lo que era parte integrante del mismo asunto. Se había botado un barco de Palgrave Murphy en el Muelle Alexandra, la única botadura de ese año.

Y era mucha verdad que había puertos, sólo que ningún barco los visitaba.

Había naufragios y naufragios, dijo el encargado, lo cual evidentemente era *au fait*.

Lo que él quería averiguar era por qué ese barco había ido a chocar contra el único escollo de la bahía de Galway cuando un tal señor Wortington o algo así puso en tela de juicio el proyecto del puerto de Galway, ¿eh? Pregúntenle a su capitán, les aconsejó, con cuánto le untó la mano el Gobierno Británico por su trabajo de ese día. El capitán John Lever, de la Lever Line.

—¿No tengo razón, patrón? —preguntó al marinero que volvía ya después de sus libaciones particulares y demás actividades.

Aquel digno hombre, cazando al vuelo la cola de la canción o de la letra, gruñó en lo que quería ser música, pero con ímpetu, una suerte de canturreo en segundas o terceras. Los agudos oídos del señor Bloom le oyeron entonces expectorar probablemente la mascada de tabaco (y así era), de modo que debía haberla alojado provisionalmente en el puño mientras que se ocupaba de las tareas de beber y hacer aguas y la había encontrado un tanto agriada después del fuego líquido aludido. En todo caso entró bamboleándose después de su feliz libación-*cum*-potación, introduciendo una atmósfera de taberna en la *soirée*, y aullando estrepitosamente como auténtico hijo de la mar:

—La galleta estaba como un mulo,
la cecina tan salada como el culo
de la mujer de Lot, ¡oh Johnny Lever, oh,
oh Johnny Lever, oh!

Tras de la cual efusión, el temible ejemplar volvió a entrar en escena como es debido, y, llegando otra vez a su asiento, se hundió más bien que se sentó pesadamente en el banco.

Desuellacabras, suponiendo que lo fuera, evidentemente con una cuenta que saldar, estaba poniendo de manifiesto sus agravios en una filípica tan esforzada como decaída en referencia a los recursos naturales, o algo parecido, de Irlanda, que él describía

en su prolija disertación como el más rico de los países, sin exceptuar a ninguno, sobre la faz de toda la santa tierra, muy superior y por encima de Inglaterra, con carbón en grandes cantidades, seis millones de esterlinas de carne de cerdo exportadas al año, diez millones entre mantequilla y huevos, y todas las riquezas que le chupaba Inglaterra poniendo impuestos a los pobres que siempre pagaban a tocateja, y devorando la mejor carne en venta, y un montón más de exceso de vapor en la misma vena. En consecuencia la conversación se hizo general y todos estuvieron de acuerdo en que ésa era la realidad. En la tierra de Irlanda se podía cultivar cualquier cosa del mundo, afirmó, y ahí en Cavan estaba el coronel Everard cultivando tabaco. ¿Dónde se podía encontrar nada semejante al tocino irlandés? Pero a la poderosa Inglaterra le estaba reservado, afirmó *in crescendo* con voz nada vacilante, un día de rendición de cuentas por sus delitos, a pesar del poderío de su metal. Habría una caída, la caída más grande de la historia. Los alemanes y los japonesitos iban a salirse con la suya, afirmó. Los bóers eran el principio del fin. La pretenciosa Inglaterra ya se estaba derrumbando y su ruina sería Irlanda, su talón de Aquiles, lo cual les explicó como el punto vulnerable de Aquiles, el héroe griego —un punto que sus oyentes captaron en seguida ya que él se hizo dueño de completo de su atención señalándoles el aludido tendón en la bota—. Su consejo a todos los irlandeses era: quedaos en la tierra donde nacisteis y trabajad por Irlanda y vivid para Irlanda. Irlanda, ya dijo Parnell, no podía prescindir de uno solo de sus hijos.

Un silencio general señaló la terminación de su *finale*. El impertérrito navegante había oído esas terribles nuevas sin consternación.

—Se dice pronto, jefe —replicó ese diamante en bruto palpablemente un poco provocado en reacción a la precedente perogrullada.

A cuya ducha fría, aludiendo a la caída y esas cosas, el encargado asintió, ateniéndose no obstante a lo sustancial de su opinión.

—¿Cuáles son las mejores tropas en el ejército? —interrogó airadamente el encanecido veterano—.

¿Y los mejores en salto y carreras? ¿Y los mejores almirantes y generales que tenemos? Díganmelo.

—Los irlandeses, puestos a elegir —replicó el cochero parecido a Campbell, manchas faciales aparte.

—Eso es —corroboró el viejo lobo de mar—. El campesino católico irlandés. Él es la columna vertebral de nuestro imperio. ¿Conocen a Jem Mullins?

Aun respetándole sus opiniones personales, como a cada cual, el encargado añadió que no le importaba nada ningún imperio, el nuestro o el suyo, y consideraba que un irlandés que lo sirviera no merecía tal nombre. Entonces empezaron a cruzar unas pocas palabras irascibles, y la cosa se fue acalorando, ambos, ni que decir tiene, apelando a los oyentes, que seguían aquel paso de armas con interés en la medida en que no se entregaran a recriminaciones ni llegaran a las manos.

Por informaciones íntimas que se extendían a través de una serie de años, el señor Bloom más bien se inclinaba a tirar al cesto la sugerencia como absoluta majadería, pues, en tanto tuviera lugar aquella consumación, lo mismo si había de ser fervientemente deseaba como si no, él tenía plena conciencia del hecho de que sus vecinos de al otro lado del Canal, a no ser que fueran mucho más estúpidos de lo que él suponía, más bien ocultaban su fuerza en vez de lo contrario. Ello estaba en concordancia con la quijotesca idea de ciertos círculos de que dentro de un centenar de millones de años el carbón de la isla hermana se agotaría y si, con el correr del tiempo, por ahí resultaba por donde saltaba la liebre, lo único que él podía decir personalmente sobre la cuestión era que, como hasta entonces podrían suceder un sinnúmero de contingencias igualmente importantes para el asunto, resultaba altamente aconsejable en el ínterin tratar de sacar el mayor partido posible de ambos países, por más que diametralmente opuestos. Otra pequeña cuestión de interés, los devaneos de las putas con los quintos, para decirlo en términos vulgares, le recordaba que los soldados irlandeses habían combatido a favor de Inglaterra con no menor frecuencia que contra ella, e incluso más, de hecho. Y ahora, ¿por qué? Así la escena entre esa pareja, el concesionario del lugar,

de quien se rumoreaba que era o había sido Fitzharris, el famoso Invencible, y el otro, obviamente un impostor, le obligaba a pensar en el truco de los dos compadres, es decir, en la suposición de que estaban previamente de acuerdo; siendo el observador un estudioso del alma humana como pocos, mientras que los demás no veían bien el juego. Y en cuanto al gerente o encargado, que probablemente no era en absoluto aquella otra persona, él (Bloom) no podía menos de opinar, y con mucha razón, que era mejor mantenerse a distancia de gente así a no ser que uno fuera absolutamente un idiota sin remedio y negarse a tener que ver con ellos y con semejantes granujas como regla de oro en la vida privada, habiendo siempre una probabilidad de que alguno de esos bandidos se presentara a declarar a favor del fiscal de la reina —o ahora del rey— como Denis o Peter Carey, idea que él repudiaba por completo. Muy aparte de eso, a él le desagradaban por principio esas carreras de delito y crimen. Sin embargo, aunque tales inclinaciones delictivas nunca se habían albergado en su pecho bajo ninguna forma o condición, ciertamente sí que sentía, sin que cupiera negarlo (aunque interiormente siguiera siendo lo que era) cierta especie de admiración por un hombre que realmente había blandido un cuchillo, el frío acero, con la valentía de sus convicciones políticas, aunque, personalmente, él nunca tomaría parte en cosas semejantes, que corren parejas con esas vendettas de amor en el Sur —conseguirla o hacerse ahorcar por ella— cuando el marido frecuentemente, tras unas palabras entre los dos en referencia a las relaciones de ella con el otro feliz mortal (habiendo hecho vigilar el marido a la pareja), infligía fatales lesiones a su adorada como resultado de una *liaison* postnupcial alternativa clavándole el cuchillo a ella, hasta que cayó en la cuenta de que Fitz, alias Desuellacabras, no había hecho más que conducir el coche para los efectivos perpetradores del ultraje, lo cual, en realidad, fue el punto gracias al cual le salvó el pellejo cierta lumbrera jurídica. En cualquier caso todo eso era ya historia muy antigua y en cuanto a nuestro amigo, el falso Desuellaetcétera, evidentemente había sobrevivido ya a su gloria. Debería haber muerto de modo

natural o en lo alto del patíbulo. Como las actrices, siempre despedidas —absolutamente última actuación y luego reaparecen sonriendo—. Generosas hasta el exceso, por supuesto, temperamentalmente, sin ahorrar y sin idea de nada por el estilo, siempre tomando el hueso por la sombra. De modo análogo tenía él una muy sutil sospecha de que el señor Johnny Lever se había desprendido de algún efectivo en el curso de sus deambulaciones por los muelles en la atmósfera congenial de la taberna *Old Ireland*, vuelve a Erin y demás. Luego, en cuanto a los demás, no hacía mucho que había oído la mismísima jerga idéntica, según contó a Stephen cómo había hecho callar al ofensor, de modo sencillo pero eficaz.

—Tomó a mal no sé qué cosa —dijo ese personaje tan ofendido pero en conjunto de tan buen carácter—, que se me había escapado. Me llamó judío, y de un modo acalorado, con ofensa. Entonces yo, sin desviarme en lo más mínimo de la simple realidad, le dije que su Dios, o sea Cristo, era también judío, y toda su familia, como yo, aunque en realidad yo no lo soy. Eso le dejó parado. Una respuesta suave desvía la ira. No tuvo una palabra que decir a su favor, como todo el mundo vio claramente. ¿No tengo razón?

Volvió hacia Stephen una larga mirada de no-tienes-razón con temeroso orgullo oscuro en su blanda acusación, con otra mirada también de súplica, pues le parecía entrever de algún modo que no era así exactamente.

—*Ex quibus* —murmuró Stephen en tono de no comprometerse, con sus dos o sus cuatro ojos conversando—, *Christus* o Bloom se llama, o, después de todo, de cualquier otra manera, *secundum carnem*.

—Por supuesto —continuó estipulando el señor Bloom—, hay que mirar los dos lados de la cuestión. Es difícil establecer reglas firmes y fijas en cuanto a la razón y la sinrazón, pero cierto que hay mucho margen para mejoras por todas partes aunque cada país, dicen, incluido el desventurado nuestro, tenga el gobierno que se merece. Pero con un poco de buena voluntad por parte de todos... Está muy bien presumir de superioridad mutua pero ¿y qué de la

igualdad mutua? Aborrezco la violencia y la intolerancia en cualquier forma o manera. Nunca consigue nada ni impide nada. Una revolución tiene que establecerse a plazos. Es un absurdo patente que salta a los ojos odiar a otros porque viven a la vuelta de la esquina o porque hablan otra lengua vernácula.

—La memorable batalla sangrienta del puente, la guerra de los siete minutos, entre el callejón de Skinner y el mercado de Ormond.

—Sí —asintió el señor Bloom, respaldando enteramente la observación; aquello era absolutamente cierto y el mundo entero estaba absolutamente lleno de esa clase de cosas.

—Me ha quitado las palabras de la boca —dijo—. Un guirigay de declaraciones contradictorias que, con toda sinceridad, uno no podría ni remotamente...

Todas aquellas míseras disputas, en su humilde opinión, provocando malas voluntades —por el bulto craneal de la combatividad o alguna glándula de esa especie, erróneamente atribuidas a un puntillo de honor y una bandera— eran en buena medida una cuestión de dinero, cuestión que estaba en el fondo de todo, codicia y celos, sin que la gente sepa dónde detenerse.

—Acusan —hizo observar audiblemente. Se volvió de espalda a los demás, que probablemente... y habló más cerca, de modo que los demás... en caso de que...—. A los judíos —comunicó en un soplo al oído de Stephen—, se les acusa de causar ruina. No hay ni vestigio de verdad en eso, puedo decirlo sin temor. La historia ¿le sorprende saberlo? demuestra hasta la saciedad que España decayó cuando la Inquisición echó fuera a los judíos mientras que Inglaterra prosperó cuando les importó Cromwell, un bribón extraordinariamente capaz que, en otros aspectos, tiene mucho de que responder. ¿Por qué? Porque son gente práctica y han demostrado serlo. Yo no quiero extenderme en... porque usted ya conoce las obras básicas sobre el tema, y además, siendo ortodoxo como es usted... Pero en economía, sin tocar a la religión, el cura significa pobreza. España, ya lo vio en la guerra, comparada con la progresiva América. Los turcos, está en el dogma. Porque si no creyeran que van derechos al cielo cuando

mueren tratarían de vivir mejor... por lo menos, eso me parece. Ésos son los juegos de manos con que los curas arman su tinglado bajo falsas pretensiones. Yo —continuó— soy tan buen irlandés como ese grosero de que le hablaba al principio y quiero ver a cada cual —concluyó—, todos los credos y clases a prorrateo recibiendo una cómoda renta de un tamaño decentito, y sin tacañería tampoco, algo como alrededor de 300 libras al año. Ésa es la cuestión vital en juego, y es factible, y daría lugar a mejores relaciones de amistad entre hombre y hombre. Por lo menos, ésa es mi idea por lo que pueda valer. Yo a eso lo llamo patriotismo. *Ubi patria*, como aprendimos en aquel poco de barniz de estudios clásicos en la *Alma Mater, vita bene.* Donde uno puede vivir bien, ése es el sentido, si uno trabaja.

Por encima de su improbable sustitución de taza de café, oyendo esa sinopsis de las cosas en general, Stephen miraba pasmado hacia nada en particular. Oía, desde luego, toda clase de palabras cambiando de color como aquellos cangrejos por Ringsend por la mañana, hurgando rápidamente en todos los colores de diferentes clases de la misma arena donde tenían su refugio por algún sitio allá abajo o parecían tenerlo. Luego levantó los ojos y vio los ojos que decían o no decían las palabras que decía la voz que oía —si uno trabaja.

—No cuente conmigo —se las arregló para decir, aludiendo al trabajo.

Los ojos se sorprendieron ante esta observación porque él, como observó la persona que era su propietario interino, o mejor dicho la voz que hablaba observó: Todos deben trabajar, tienen que hacerlo, juntos.

—Me refiero, claro —se apresuró a afirmar el otro—, a trabajar en el sentido más amplio posible. También el esfuerzo literario, no por la mera gloria de la cosa. Escribir para los periódicos, que es hoy día el conducto más a mano. Eso es trabajo también. Trabajo importante. Al fin y al cabo, por lo poco que sé de usted, después de todo el dinero que se ha gastado en su educación, usted tiene derecho a recuperarse y a fijar su precio. Tiene tanto derecho, por completo, a vivir de su pluma a la búsqueda

de su filosofía como pueda tenerlo el campesino. ¿Cómo? Ambos pertenecen a Irlanda, el cerebro y el músculo. Ambos son igualmente importantes.

—Usted sospecha —replicó Stephen con una especie de media risa— que yo sea importante porque pertenezco al *faubourg Saint-Patrice* llamado Irlanda en obsequio a la brevedad.

—Yo iría aún más allá —insinuó el señor Bloom.

—Pero yo sospecho —interrumpió Stephen— que Irlanda debe ser importante porque me pertenece a mí.

—¿Qué pertenece? —preguntó el señor Bloom, echándose adelante, antojándosele que quizá había entendido mal—. Perdone. Por desgracia se me ha escapado la segunda parte. ¿Qué es lo que usted...?

Stephen, visiblemente malhumorado, lo repitió y echó a un lado sin demasiada cortesía el tazón de café o como quiera que se lo desee llamar, añadiendo:

—No podemos cambiar de país. Cambiemos de tema.

Ante esta pertinente sugerencia, de cambiar de tema, el señor Bloom bajó los ojos, pero con perplejidad, pues no sabía exactamente qué interpretación dar a ese «pertenece» que parecía no venir a cuento. El rechazo, de un tipo o de otro, estaba más claro que lo demás. Ni que decir tiene, los vapores de su reciente orgía hablaban entonces con cierta aspereza, de un modo curiosamente agrio, ajeno a su condición cuando no bebido. Probablemente la vida del hogar, a que el señor Bloom atribuía la más alta importancia, no había sido todo lo que era necesario o no se había familiarizado con la clase apropiada de gente. Con un toque de temor por el joven de al lado, a quien escudriñaba furtivamente con aire de cierta consternación recordando que acababa de volver de París, los ojos, sobre todo, recordándole más intensamente a su padre y su hermana, pero sin poder arrojar mucha luz sobre el tema, sin embargo, evocó en su mente ejemplos de personas cultas que prometían tan brillantemente, malogradas en el capullo de la decadencia prematura, sin poder echar la culpa más que a ellos mismos. Por ejemplo, estaba el caso de O'Callaghan, por mencionar uno, el maniático

medio loco, de respetable parentela pero de medios insuficientes, con sus fantasías dementes, entre cuyas demás caprichosas ocurrencias, cuando estaba ya echado a perder y se había convertido en una molestia para todos los que le rodeaban, tenía la costumbre de exhibir ostentosamente en público un traje de papel de estraza (hecho auténtico). Y luego el acostumbrado desenlace, en cuanto dejaron de reírle la gracia, de buenas a primeras se encontró metido en un laberinto hasta el cuello y tuvieron que hacerle poner tierra por medio unos cuantos amigos —después de una seria advertencia, porque no hay peor sordo que el que no quiere oír, por parte de John Mallon, de la policía del Gobierno regional, para no quedar sujeto a la sección dos de los Decretos Adicionales al Código Penal, habiendo sido notificados pero no divulgados ciertos nombres de los requeridos a juicio, por razones que se le pueden ocurrir a cualquiera que tenga dos dedos de frente. En una palabra, echando las cuentas, ese seis dieciséis a que señaladamente hizo oídos de mercader, Antonio y compañía, los jockeys y los estetas y el tatuaje que hacía furor en los años setenta más o menos, incluso en la Cámara de los Lores, porque aún en sus verdes años el ocupante del trono, entonces príncipe heredero, y los otros miembros de los diez de arriba y otros altos personajes sencillamente siguiendo las huellas del jefe del Estado, él reflexionaba sobre los errores de los famosos y las testas coronadas yendo a contrapelo de la moralidad tal como en la causa Cornwall hacía unos cuantos años por debajo de su barniz de un modo no muy de acuerdo con los designios de la naturaleza, cosa terriblemente mal vista por Doña Opinión Pública conforme a las leyes, aunque no por la razón que probablemente se imaginaban, cualquiera que fuera, excepto las mujeres sobre todo, que siempre andaban cortándose un traje unas a otras, siendo sobre todo cuestión de ropas y lo demás. Las señoras a quienes les gusta la ropa interior distinguida deberían, y todo hombre bien vestido debe, tratar de ensanchar más el intervalo entre ellos mediante insinuaciones y dar más auténtico sabor a los actos de indecencia entre ambos, ella le desabotonó el y entonces él le desató el, cuidado

con el alfiler, mientras que los salvajes en las islas caníbales, digamos, a noventa grados a la sombra, se ponen el mundo por montera. Sin embargo, volviendo al punto de partida, había por otra parte otros que se habían abierto paso a la fuerza hasta la cumbre desde los más bajos estratos, a fuerza de codos. Pura fuerza de genio de nacimiento, eso. Cuestión de cabeza, señor mío.

Por la cual y ulteriores razones él sentía que entraba en su interés e incluso en su obligación seguir insistiendo y aprovechar la ocasión imprevista, aunque no sabría decir exactamente por qué, habiéndose desprendido, como lo había hecho, de varios chelines, sin podérselo echar en cara a nadie más. Sin embargo, cultivar el conocimiento de alguien de calibre nada común que podía proporcionar pasto a la reflexión compensaría de sobra cualquier pequeño... El estímulo intelectual en cuanto tal, le parecía a él, de vez en cuando, un tónico de primera para la mente. A lo cual se añadía la coincidencia del encuentro, la discusión, el baile, la riña, el viejo marinero, del tipo de si te he visto no me acuerdo, vagabundos nocturnos, toda la galaxia de acontecimientos, todo ello iba a constituir un camafeo en miniatura del mundo en que vivimos, especialmente en cuanto que las vidas de la décima parte sumergida, esto es, mineros de carbón, buzos, hombres de las alcantarillas, etcétera, estaban últimamente muy bajo el microscopio. Para mejorar esa fúlgida hora se preguntaba si podría encontrar algo que se pareciera a la suerte del señor Philip Beaufoy si lo ponía por escrito. Supongamos que redactara algo fuera del camino trillado (como pensaba decididamente hacer) a razón de una guinea por columna, *Mis experiencias*, digamos, *en un Refugio del Cochero*.

La edición rosa, extra de deportes, del *Telegraph*, el Te Le Agarro, estaba, por suerte, junto a su codo y mientras se ponía otra vez a cavilar, nada convencido, sobre un país que le perteneciera a él y todo el jeroglífico de antes, el barco venía de Bridgewater y la postal estaba dirigida a A. Boudin, encontrar la edad del capitán, sus ojos erraban sin objetivo sobre los titulares correspondientes que quedaban en su dominio especial, la omnicomprensiva la prensa nues-

tra de cada día dánosla hoy. Primero tuvo una especie de sobresalto pero resultó ser sólo algo sobre uno llamado H. du Boyes, representante de máquinas de escribir o algo así. Gran batalla Tokyo. Enredo amoroso en irlandés 200 libras indemnización. Gordon Bennett. Estafa de emigración. Carta de Su Gracia William †. El Ascot de *Por Ahí* recuerda el Derby del 92 cuando el caballo desconocido del capitán Marshall, *Sir Hugo*, conquistó la cinta azul contra toda previsión. Desastre en Nueva York, mil vidas perdidas. Glosopeda. Entierro del difunto señor Patrick Dignam.

Así para cambiar de tema leyó sobre Dignam, R. I. P., lo cual, reflexionó, no era precisamente un comienzo aliegre.

—*Esta mañana* (lo ha metido Hynes, claro) *los restos del difunto señor Patrick Dignam fueron retirados de su residencia en el n.º 9 de Newbridge Avenue, Sandymount, para su sepelio en Glasnevin. El fallecido caballero era una personalidad muy conocida y simpática en la vida de la ciudad y su pérdida, tras breve enfermedad, ha causado gran impresión a los ciudadanos de todas las clases, los cuales lamentan vivamente su desaparición. Las exequias, en que estuvieron presentes muchos amigos del difunto, tuvieron lugar a cargo* (seguro que Hynes lo escribió con un soplo de Corny) *de la empresa H. J. O'Neill & Hijo, 164 North Strand Road. Entre el duelo figuraban: Patk. Dignam (hijo), Bernard Corrigan (cuñado), John Henry Menton, procur., Martin Cunningham, John Power comerdph 1/8 ador dorador doura-dora* (debe ser cuando llamó a Monks el cronista jefe por lo del anuncio de Llavees), *Thomas Kernan, Simon Dedalus, Stephen Dedalus, B. A., Edward J. Lambert, Cornelius Kelleher, Joseph M'C. Hynes, L. Boom, C. P. M'Coy, MacIntosh y otros varios.*

No poco picado por *L. Boom* (como incorrectamente estaba puesto) y la línea de tipografía echada a perder, pero al mismo tiempo cosquilleando hasta morir por C. P. M'Coy y Stephen Dedalus, B. A., quienes, ni que decir tiene, habían brillado por su ausencia (para no hablar de MacIntosh), L. Boom se lo señaló a su compañero B. A., ocupado en sofocar

otro bostezo, medio de nerviosismo, sin olvidar la acostumbrada cosecha de erratas idiotas.

—¿Está ahí esa Primera Epístola a los Hebreos? —preguntó éste, tan pronto como se lo permitió la mandíbula inferior—. Texto: Abre la boca y métete el pie dentro.

—Está, realmente —dijo el señor Bloom (aunque primero se le antojó que aludía al arzobispo hasta que añadió lo del pie y la boca, la glosopeda, con que no podría haber relación posible), muy contento de quedar tranquilo en su ánimo y un poco desconcertado de que Myles Crawford, al fin y al cabo, se las hubiera arreglado para meter ahí la cosa.

Mientras el otro lo leía en la página dos, Boom (para darle por el momento su nuevo mal nombre) dejó pasar unos pocos momentos de ocio a trancas y barrancas con la información sobre la tercera carrera en Ascot en página tres, premio 1.000 soberanos con 3.000 soberanos en especie por todos los potros y potrillas: 1.º: *Por Ahí* del señor F. Alexander, c.b. de *Tododerecho*, 5 años, peso 60, Thrale, montado por W. Lane, ganador. 2.º: *Zinfandel*, de Lord Howard de Walden (M. Cannon). 3.º: *Cetro*, del Sr. W. Bass. Apuestas 5 a 4 por *Zinfandel*, 20 a 1 por *Por Ahí* (fuera). *Por Ahí* y *Zinfandel* cabeza con cabeza. No cabían previsiones, luego el caballo desconocido tomó la vanguardia y se puso a la cabeza, a distancia, dejando atrás al potro castaño de Lord Howard de Walden y a la yegua baya del Sr. W. Bass, *Cetro*, en un recorrido de 2 millas y media. El ganador entrenado por Braine, de modo que la versión de Lenehan sobre el asunto era puro cuento. Se aseguró el veredicto hábilmente por un largo 1.000 soberanos con 3.000 en especie. No colocado *Máximo II* (el caballo francés por el que Bantam Lyons andaba preguntando afanosamente todavía no llegó pero se espera en cualquier momento) de J. de Bremond. Diferentes maneras de dar el golpe. Indemnización por hacer el amor. Aunque ese chiflado de Lyons se salió por la tangente en su ímpetu porque le dejaran fuera. Claro, el juego se presta muy especialmente a esa clase de cosas aunque, tal como resultó la cosa, el pobre idiota no tenía muchos motivos para feli-

citarse por su elección, esa esperanza perdida. En definitiva, todo se reducía a adivinar.

—Todas las indicaciones eran de que llegarían a eso —dijo el señor Bloom.

—¿Quién? —dijo el otro, que, por cierto, se había hecho daño en la mano.

Una mañana uno abriría el periódico, afirmó el cochero, y leería, *Parnell ha vuelto*. Les apostaba lo que quisieran. Un fusilero de Dublín estuvo en ese refugio una noche y dijo que le había visto en Sudáfrica. El orgullo fue lo que le mató. Debía haberse quitado de en medio él mismo o esconderse algún tiempo después de lo del Comité N.º 15 hasta que hubiera vuelto a ser el de antes sin que nadie le pudiera señalar con el dedo. Entonces todos como un solo hombre se habrían puesto de rodillas para rogarle que regresara cuando volviera en sí. Muerto no estaba. Sencillamente oculto en algún sitio. El ataúd que trajeron estaba lleno de piedras. Cambió su nombre por De Wet, el general bóer. Cometió un error en enfrentarse con los curas. Etcétera, etcétera.

Con todo eso, Bloom (propiamente así denominado) estaba más bien sorprendido de la buena memoria de aquéllos, pues en nueve casos de cada diez se trataba de un bulo y no aislado sino por millares, y luego olvido completo porque hacía ya sus buenos veinte años. Altamente improbable, por supuesto, que hubiera ni sombra de verdad en sus historias y, aun suponiéndolo, consideraba muy desaconsejable el regreso, teniéndolo todo en cuenta. Evidentemente había algo en su muerte que les irritaba. O bien se había desvanecido demasiado mansamente de una pneumonía aguda precisamente cuando sus variados y diferentes arreglos estaban aproximándose a su objetivo o bien se llegó a saber que debía su muerte a haber descuidado cambiarse de calzado y ropa tras una mojadura de lo cual resultó un resfriado y sin consultar a un especialista quedándose simplemente en cama hasta que se murió de eso antes de una quincena o muy posiblemente les trastornaba encontrar que les habían quitado el asunto de las manos. Claro que no conociendo nadie sus movimientos desde hacía tiempo, no había en absoluto ninguna clave en cuanto a su paradero que era decididamente como

en *Alice, ¿dónde estás?* incluso antes de que empezara a andar bajo alias diferentes como Fox y Stewart, así que la observación procedente del amigo cochero podría caber en los límites de lo posible. Naturalmente, entonces, esto se le haría una espina en el corazón a aquel capitán de hombres por naturaleza, como indudablemente lo era, una figura dominante, con sus seis pies de altura o en todo caso cinco pies y diez pulgadas u once sin zapatos, mientras que ciertos caballeros, aunque no le llegaban a la cintura, se habían hecho los amos del cotarro, a pesar de que tuvieran muy poco de recomendables. Esto ciertamente ofrecía una lección, la del ídolo con pies de barro. Y además setenta y dos de sus fieles acólitos echándosele encima y tirándose fango unos a otros. Y lo mismo con los asesinos. Hay que volver —esa sensación obsesiva que tira de uno— para enseñar al sustituto cómo se hace de protagonista. Él le vio una vez en la ocasión sonada en que destrozaron los tipos de imprenta en el *Insuprimible* ¿o era en *Irlanda Unida*?, un privilegio que él agradeció profundamente, y, de hecho, le alargó la chistera cuando se la derribaron y él dijo *Gracias*, excitado como sin duda estaba bajo su expresión fría, a pesar de la pequeña desventura que le había ocurrido en las últimas del cambio —lo que se lleva en la sangre—. Sin embargo, por lo que hace al regresar, hay que ser un bicho con suerte para que no le echen a uno los perros encima en cuanto vuelve. Luego ocurren un montón de tiras y aflojas. Fulano está a favor y Mengano y Zutano en contra. Y, entonces, de buenas a primeras, te encuentras con el que está a cargo de la cosa y tienes que presentar las credenciales, como el pretendiente de la herencia Tichborne. Roger Charles Tichborne, *Bella* era el nombre del barco por lo que él podía recordar en que se hundió el heredero, como demostraron las pruebas, y había un tatuaje en tinta china, ¿Lord Bellew, no? Le habría sido muy fácil enterarse de los detalles por algún compañero de a bordo y luego, una vez cuadrara con la descripción dada, presentarse diciendo *Perdone, me llamo fulano de tal* o cualquier otra observación corriente. Una línea de conducta más prudente, dijo el señor Bloom al no demasiado ex-

pansivo personaje de al lado, en realidad parecido al distinguido personaje en discusión, habría sido sondear primero si había moros en la costa.

—Esa perra, esa puta inglesa acabó con él —comentó el dueño del tinglado—. Clavó el primer clavo en su ataúd.

—Buen pedazo de mujer, sin embargo —observó el sedicente secretario municipal, Campbell—, y abundante. He visto su retrato en la barbería. Su marido era un capitán o un oficial.

—Eso —añadió, divertido, Desuellacabras—. Lo era, de balas de algodón.

Esa contribución gratuita de carácter humorístico ocasionó una decente dosis de risas entre su *entourage*. Por lo que toca a Bloom, éste, sin la menor sospecha de sonrisa, se limitó a mirar hacia la puerta y reflexionó sobre aquel relato histórico que había provocado extraordinario interés en su tiempo, cuando los hechos, para más desgracia, se hicieron públicos, con las inevitables cartas amorosas intercambiadas, llenas de dulces naderías. Primero, era estrictamente platónico, hasta que intervino la naturaleza y surgió un vínculo entre ellos, y poco a poco las cosas llegaron a su apogeo y el asunto se hizo la comidilla de la ciudad hasta que llegó el golpe de gracia que sin embargo fue noticia bien venida para no pocos malintencionados, que estaban decididos a contribuir a su ruina, por más que la cosa era de dominio público hacía tiempo aunque no en el grado sensacional que luego llegó a alcanzar. Puesto que sus nombres estaban emparejados, sin embargo, puesto que ella era su favorita reconocida, qué necesidad había de proclamarlo a voz en cuello ante tirios y troyanos, esto es, concretamente, el hecho de que él había compartido su alcoba, lo cual salió a relucir en las declaraciones ante el tribunal, cuando un escalofrío atravesó la atestada sala electrizando literalmente a todos en forma de testigos jurando haberle observado a él en tal o cual fecha determinada en el momento de escabullirse de un apartamento en el piso de arriba con ayuda de una escalerilla en indumentaria nocturna, habiendo obtenido entrada del mismo modo, un hecho con el que los semanarios, un poco adictos de lo lúbrico, ganaron dinero a carretadas. Cuando la sim-

ple verdad del asunto era sencillamente un caso de un marido que no está a la altura de las circunstancias y sin nada en común entre ellos más que el nombre y entonces un hombre de verdad que entra en escena, fuerte hasta el borde de la debilidad, siendo víctima de sus encantos de sirena y olvidando los vínculos del hogar. La acostumbrada consecuencia, vivir a la sombra de las sonrisas de la amada. Ni que decir tiene que se puso sobre el tapete la eterna cuestión de la vida conyugal. ¿Puede existir un amor de verdad entre casados, suponiendo que haya otro sujeto en el asunto? Aunque no era asunto de la incumbencia de ellos si él la miraba con afecto, arrastrado por una ráfaga de locura. Un espléndido ejemplar de masculinidad era él en verdad, realzado por dones de elevada condición si se comparaba con el otro, el comparsa militar, esto es (que era simplemente el acostumbrado tipo de *Adiós, mi valiente capitán*, en la caballería ligera, el 18.º de húsares para ser exactos), y sin duda inflamable (o sea, el jefe caído, no el otro) a su manera peculiar, que ella, claro, mujer al cabo, se dio cuenta en seguida de que tenía grandes probabilidades de esculpirse un camino hacia la fama, lo que ya estaba a punto de hacer en el momento en que los curas y ministros del evangelio en conjunto, sus firmes partidarios de antaño y sus amados aparceros desposeídos a favor de los cuales había prestado leales servicios en las regiones rurales del país batiéndose el cobre por ellos de un modo que superaba a sus más optimistas previsiones, con mucha eficacia le guiaron un pastel matrimonial, poniéndole así entre la espada y la pared, de modo muy parecido a la coz de la mula de la fábula. Volviendo atrás la mirada en una suerte de reorganización retrospectiva, todo eso parecía algo como un sueño. Y el regreso era lo peor que se podía hacer porque, ni que decir tenía, que uno se sentiría fuera de su sitio ya que las cosas siempre cambian con los tiempos. Incluso, ahora que lo pensaba, Irishtown Strand, una localidad donde no había estado hacía unos pocos años, tenía un aire diferente, no se sabe cómo, desde que, como ocurría, había ido a residir en la parte norte. Norte o sur, sin embargo, era simplemente el bien conocido caso de

pasión acalorada, pura y simple, mandándolo todo a paseo, y eso no hacía más que confirmar lo mismo que estaba diciendo, como ella también era española o a medias, gente que no hace las cosas a medias, la apasionada entrega del sur, echando al agua hasta la última brizna de decencia.

—Eso simplemente confirma lo que estaba diciendo —dijo a Stephen el del refulgente seno—. Y, si no estoy muy equivocado, ella era española también.

—La hija del rey de España —contestó Stephen, añadiendo algo bastante confuso sobre adiós para siempre cebollas de España y esa primera tierra fue llamada el Muerto y desde a Ramshead a Scilly había tantas y tantas...

—¿De veras? —exclamó Bloom con sorpresa pero no estupefacto de ningún modo—. Nunca había oído ese rumor. Es posible, tanto más cuanto que lo había cuando ella vivía allí. Eso, España.

Cuidadosamente evitando en su bolsillo un libro *Dulzuras del*, que por cierto le recordó ese libro de fecha vencida en la biblioteca de la calle Capel, sacó su cartera, y pasando rápidamente revista a su contenido, finalmente...

—Por cierto, ¿no considera usted —dijo, seleccionando reflexivamente una foto que puso sobre la mesa— que ése es un tipo español?

Stephen, obviamente interpelado, miró la foto, que representaba una señora de gran tamaño, con sus encantos carnales en evidencia de manera patente, pues estaba en plena madurez de su feminidad, en traje de noche ostentosamente escotado para la ocasión ofreciendo una generosa exhibición de seno, con algo más que un atisbo de pechos, los labios carnosos entreabiertos, y unos dientes perfectos, con visible seriedad, de pie junto a un piano en cuyo atril estaba *En el viejo Madrid*, una romanza, bonita a su manera, que entonces estaba muy de moda. Sus ojos (los de la dama), oscuros, grandes, miraban a Stephen, a punto de sonreír sobre algo digno de admiración, siendo responsable de la ejecución estética Lafayette de la calle Westmoreland, primer fotógrafo artístico de Dublín.

—La señora Bloom, mi mujer, la *prima donna*, Madam Marion Tweedy —indicó Bloom—. Tomada

hace unos cuantos años. En el 96 o por ahí. Muy como era ella entonces.

Al lado del joven, él también miraba la foto de la señora ahora su legítima esposa, quien, como indicó, era la bien dotada hija del Comandante Brian Tweedy y desde edad temprana había mostrado notables disposiciones para el canto habiendo hecho su debut ante el público cuando apenas contaba los dulces diecisiete años. En cuanto a la cara, estaba hablando por lo que toca a la expresión pero no hacía justicia a su figura que solía hacerse notar mucho y que no acababa de resultar bien con esa *toilette*. Sin dificultad, dijo él, podría haber posado de cuerpo entero, para no extenderse en ciertas opulentas curvas del... Se extendió, teniendo algo de artista en sus ratos libres, sobre la figura femenina en general en cuanto a su desarrollo porque, daba la casualidad, esa tarde sin ir más lejos, había estado viendo esas estatuas griegas, perfectamente desarrolladas como obras de arte, en el Museo Nacional. El mármol era capaz de dar el original, hombros, lo de atrás, toda la simetría. Todo lo demás, sí, puritanismo. Sin embargo, el soberano de San José... mientras que ninguna foto es capaz, porque simplemente no era arte, en una palabra.

Movido por el espíritu, le habría gustado mucho seguir el buen ejemplo del lobo de mar y dejar la imagen allí unos cuantos minutos para que hablara por sí misma con el pretexto de que él... para que el otro pudiera absorber por sí mismo la belleza, ya que su presencia en escena era, francamente, un regalo por sí misma a que la cámara no podía hacer justicia en absoluto. Pero no era precisamente etiqueta profesional, así que aunque era una noche más bien tibia y agradable ahora pero estupendamente fresca para la época del año, pues después de la tormenta sale el sol... Y sentía una determinada necesidad allí mismo que poner en práctica como una suerte de voz interior y satisfacer una posible necesidad poniéndose en movimiento. Sin embargo, se quedó sentado, nada más que observando la foto ligeramente manchada con surcos de opulentas curvas, no empeorada por el uso, sin embargo, y apartó los ojos, pensativo, con la intención de no aumentar

más la posible cohibición del otro calibrando su simetría de palpitante opulencia. En realidad, las leves manchas más bien aumentaban el encanto, como en el caso de la ropa interior ligeramente manchada, tan buena como nueva, mucho mejor, de hecho, ya sin el almidonado. ¿Y si ella se hubiera ido cuando él...? Busqué la luz que ella me dijo, se le vino a la mente, pero meramente como un capricho pasajero suyo porque entonces se acordó de la cama de por la mañana llena de desperdicios etcétera y el libro sobre Ruby con metense cosas (*sic*) dentro que debía haberse caído de modo muy adecuado al lado del orinal doméstico con excusas para Lindley Murray.

Ciertamente disfrutaba de la vecindad del joven, educado, distinguido e impulsivo por si fuera poco, con mucho la flor y nata de sus iguales, aunque uno no pensaría que tuviera dentro... pero sí que lo tenía. Además decía que el retrato era bonito lo cual, dígase lo que se quiera, era verdad, aunque en este momento ella había engordado decididamente. ¿Y por qué no? Andaban por ahí un montón de mentiras sobre ese tipo de cosas que daban lugar a un enfrentamiento para toda la vida con las acostumbradas salpicaduras de las crónicas sensacionales sobre el mismo viejo enredo matrimonial alegando una relación ilícita con jugador profesional de golf o el más reciente favorito de la escena, en vez de ser honrados y tratar todo el asunto con altura. Cómo era su destino encontrarse y un afecto surgió entre los dos de modo que sus nombres quedaban emparejados ante los ojos del público, se contaba ante el tribunal con cartas que contenían las habituales expresiones sensibleras y comprometedoras, sin dejar resquicio, demostrando que cohabitaban patentemente dos o tres veces por semana en algún conocido hotel de playa, y sus relaciones, una vez que las cosas entraron por su cauce natural, llegaron a ser íntimas en un momento dado. Entonces la sentencia judicial tras requisitoria del Procurador del Rey, y no habiendo podido él oponerse, la sentencia se hacía firme. Pero en cuanto a eso, los dos delincuentes, tan ampliamente absorbidos como estaban el uno en el otro, podían permitirse tranquilamente no hacer caso, como efectivamente ocurría en buena medida, hasta

que el asunto se ponía en manos de un procurador, que presentaba una querella en momento oportuno en nombre de la parte ofendida. Él, Bloom, disfrutó de la distinción de estar cerca del rey sin corona de Erin en carne y hueso cuando ocurrió la cosa en aquel histórico escándalo en que los fieles acólitos del jefe caído —quien notoriamente se mantuvo en sus trece hasta la última gota aun después de revestido de la librea del adulterio—, los fieles acólitos, en número de diez o doce o quizá incluso más penetraron en la tipografía del *Insuprimible* o ¿no era *Irlanda Unida*? (por cierto, una denominación nada apropiada) y destrozaron las cajas con martillos o algo así por culpa de algunas efusiones de mal gusto por parte de las fáciles plumas de los escribas O'Brienistas en su acostumbrada tarea de lanzar fango, a propósito de la moral privada del ex-tribuno. Aunque palpablemente fuera ya un hombre radicalmente alterado, seguía siendo una figura dominante, por más que de indumentaria descuidada como de costumbre, con ese aire de propósito decidido que impresionaba mucho a los indecisos hasta que descubrieron que su ídolo tenía pies de barro, después de ponerle en un pedestal, lo cual, sin embargo, ella fue la primera en percibir. Como los tiempos en general estaban bastante tormentosos, en la confusión general Bloom sufrió una lesión secundaria por la maligna metida del codo de un individuo de la multitud que por supuesto se congregó, no lejos de la boca del estómago, afortunadamente sin carácter grave. Su sombrero (el de Parnell) fue derribado inadvertidamente y, como materia estrictamente histórica, Bloom fue el hombre que lo recogió en la apretura después de presenciar el suceso con intención de devolvérselo (y sí que se lo devolvió con la mayor celeridad) a él, que jadeando y sin sombrero y con sus pensamientos a muchas millas del sombrero en ese momento, siendo un caballero por nacimiento con intereses en el país, pues él, en realidad había entrado en ello más por la gloria del asunto que por otra cosa, lo que se lleva en la sangre, instilado en él en su niñez sobre las rodillas de su madre en forma de saber lo que eran buenas formas, se echó de ver al momento, porque se volvió hacia el donador y le dio

las gracias con perfecto aplomo, diciendo: *Gracias, señor*, aunque en un tono de voz muy diferente del de aquel ornamento de la profesión legal cuyo cubrecabezas había enderezado Bloom en una hora anterior del día, ya que la historia se repite pero con diferencias: tras el sepelio de un común amigo cuando le dejaron solo en su gloria después de la triste tarea de encomendar sus restos a la tumba.

Por otra parte lo que más le irritaba en su interior eran las desaforadas bromas de los cocheros y demás gente, que lo echaban todo a broma, riendo sin medida, fingiendo comprenderlo todo, el porqué y el para qué, y en realidad sin saber ni qué pensaban, tratándose de un asunto sólo para las dos partes interesadas a no ser que como resultado el legítimo marido llegara a estar al corriente de ello debido a alguna carta anónima del acostumbrado Fulanito que por casualidad se había tropezado con ellos en el momento crucial en posición amatoria enlazados el uno en brazos de la otra y que llamaba la atención sobre sus ilícitas actividades dando lugar a una tempestad doméstica con la bella extraviada pidiendo de rodillas el perdón de su dueño y señor y prometiendo cortar la relación y no recibir más sus visitas con tal de que el ofendido marido pasara por alto el asunto y dejara lo pasado pasado, con lágrimas en los ojos, aunque posiblemente al mismo tiempo con la lengua en la bella mejilla, ya que posiblemente habría varios otros. Él, personalmente, siendo propenso al escepticismo, creía, y no se andaba con chiquitas tampoco en decirlo, que algún hombre, u hombres en plural, siempre andaban rondando en la lista de espera en torno a una dama, aun suponiendo que ella fuera la mejor esposa del mundo y se llevasen los dos muy bien en amor y compaña, hasta que ella, descuidando sus deberes, decidía cansarse de la vida matrimonial, y concederse una pequeña emoción de depravación elegante atrayendo las atenciones de ellos con intenciones indebidas, siendo el saldo final que su afecto se centraba en otro, causa de muchas *liaisons* entre mujeres casadas aún atractivas frisando en sus buenos cuarenta y hombres más jóvenes, como sin duda probaban hasta la saciedad diversos casos famosos de infatuación femenina.

Era una lástima, mil veces, que un joven dotado de tan buena porción de inteligencia como era obviamente su vecino, desperdiciara su valioso tiempo con mujeres echadas a perder que podrían obsequiarle con un bonito regalo que le durara toda la vida. Siguiendo la naturaleza de la bienaventurada soltería él tomaría algún día para sí una esposa cuando entrara en escena la mujer de sus sueños pero en el ínterin la compañía femenina era una condición *sine qua non* aunque él tenía las más graves dudas, no porque quisiera en lo más mínimo sondear a Stephen sobre esa señorita Ferguson (quien muy posiblemente era el astro tutelar que le había atraído a Irishtown a tan tempranas horas de la madrugada) en cuanto a si él encontraría mucha satisfacción solazándose en la idea de un cortejamiento haciendo manitas y la compañía de alguna sonriente señorita sin un penique dos o tres veces por semana con el preliminar jugueteo ortodoxo de rendir cumplimientos y dar esos paseítos que llevan a tiernos cariñitos de enamorados, y flores y bombones. Pensarle sin casa ni hogar, a merced de cualquier patrona peor que una madrastra, era realmente demasiado malo para su edad. Las rarezas con que salía de repente atraían al hombre de más edad, el cual le llevaba varios años o podía ser su padre. Pero tenía que comer algo sustancioso, aunque sólo fuera un ponche de huevo hecho a base del alimento maternal sin adulterar, o, a falta de eso, el doméstico huevo duro.

—¿A qué hora ha comido? —preguntó el de la delgada figura y de fatigado aunque no arrugado rostro.

—Ayer no sé a qué hora —dijo Stephen.

—Ayer —exclamó Bloom, hasta que se acordó de que ya era mañana, viernes—. ¡Ah, quiere decir que ya son más de las doce!

—Anteayer —dijo Stephen, corrigiéndose.

Literalmente atónito ante esa información, Bloom reflexionó.

Aunque no fueran uña y carne en todo, había cierta analogía, no se sabe cómo, en cuanto que sus mentes viajaban, por decirlo así, siguiendo el mismo tren de pensamientos. A la edad de él, cuando enredaba en política, aproximadamente hacía unos veinte años,

siendo *quasi* aspirante a los honores parlamentarios en los tiempos de Buckshot Foster, también él, recordaoa retrospectivamente (lo cuai por sí mismo era una fuente de profunda satisfacción), sentía un respeto furtivo hacia aquellas mismas ideas radicales. Por ejemplo, cuando la cuestión de los aparceros desposeídos, entonces en sus primeros comienzos, empezó a abrirse paso en la mente de la gente, aunque, ni que decir tiene, sin contribuir ni con una perra ni tomar como artículo de fe en absoluto aquellos principios, algunos de los cuales no se sostenían en absoluto de pie, él inicialmente y en principio, en todo caso, se sintió en plena simpatía con la posesión de los campesinos, una inclinación, sin embargo, de que, al darse cuenta de su error, se curó luego parcialmente, e incluso se le reprochó ir un paso más allá que Michael Davitt en las sorprendentes teorías que durante algún tiempo preconizó en favor de un retorno a la tierra, lo cual era una razón por la que ofendió intensamente la insinuación vertida sobre él de un modo tan descarado en la reunión de los clanes en Barney Kiernan de modo que, aunque a menudo considerablemente malentendido y el menos polémico de los mortales, nunca se repetirá bastante, se apartó de su habitual costumbre para darle (metafóricamente) una en los morros aunque, en la medida en que se refería a la política misma, se daba cuenta sobradamente de los destrozos producidos inevitablemente por la propaganda y las demostraciones de animosidad mutua y toda la desgracia y sufrimiento que ello entrañaba como resultado implícito en excelentes jóvenes, principalmente, en una palabra, la destrucción de los más capaces.

En todo caso, tras de pesar los pros y los contras, estando ya para dar la una, era más que hora de retirarse a descansar. El punto crítico era que resultaba un poco arriesgado llevársele a casa en cuanto que podrían ocurrir ciertas eventualidad (dado el humor a veces agresivo de cierta señora) y echarse a perder el asunto por completo como aquella noche en que temerariamente llevó a casa un perro (raza desconocida) con una pata herida, no es que los casos fueran idénticos ni lo contrario, en Ontario Terrace, como recordaba muy claramente, igual que

si lo viera, como quien dice. Por otra parte era ya demasiado tarde para la idea de Sandymount o Sandycove de modo que estaba un tanto perplejo en cuanto a cuál de las dos alternativas... Todo apuntaba a la realidad de que le tocaba valerse al máximo de la oportunidad, considerándolo todo. Su impresión inicial era que el otro era un poco distanciado o no demasiado efusivo pero eso no se sabe cómo le iba atrayendo más. Por ejemplo, él podría muy bien haberse lanzado sobre la idea, una vez que se le planteaba, y lo que más le preocupaba era que no sabía cómo ir a parar a ella o formularla exactamente, suponiendo que el otro admitiera la propuesta, ya que a él le produciría el mayor placer personal si le fuera posible ayudarle a dar con algún dinero o prenda de vestir, si viniera a mano. En todo caso, terminó por concluir, eludiendo por el momento las fórmulas habituales, una taza de cacao Epps y un sitio donde echarse por la noche más el uso de un par de mantas y un abrigo doblado a modo de almohada. Por lo menos estaría en buenas manos y calentito como un pájaro en el nido. No veía por qué debía haber ninguna dosis importante de perjuicio en aquello siempre con la condición de que no se armara ninguna clase de follón. Había que tomar una determinación porque aquel viejo bromista, el viudo alegre en cuestión, que parecía estar pegado al sitio, no parecía tener prisa especial de poner rumbo a su casa, hacia su querida y amada Queenstown, y había muchas probabilidades de que la patrona sacacuartos de alguna mala casa de bellezas enclaustradas junto a la calle baja Sheriff sería la mejor referencia durante los próximos días en cuanto al paradero de aquel equívoco personaje, unas veces hiriendo sus sentimientos (los de las sirenas) con anécdotas de revólver de seis tiros rayanas en lo tropical y otras veces maltratando a ratos sus encantos de tamaño extra con ásperos y gustosos revolcones, todo ello acompañado de amplios tragos de whisky irlandés y los acostumbrados camelos sobre sí mismo pues en cuanto a quién era él en realidad llamemos X y X a mi verdadero nombre y dirección como señala la señora Álgebra *passim*. Al mismo tiempo se reía para adentro a propósito de su réplica a aquel campeón

en nombre de todo lo divino con lo de que su Dios era judío. La gente podía aguantar que les mordiera un lobo pero lo que verdaderamente les reventaba era que les mordiera un cordero. El punto más vulnerable también de la ternilla del tierno Aquiles, vuestro Dios era judío, porque muchos parece que se imaginan que era de Carrickon-Shannon o de algún sitio del condado de Sligo.

—Propongo —sugirió por fin nuestro héroe, tras madura reflexión, mientras se embolsaba prudentemente la foto de ella—, como aquí el aire está muy cargado, que se venga usted conmigo simplemente y hablemos de estas cosas. Por aquí cerca, en el barrio, es donde vivo yo. No es usted capaz de beberse eso. Espere, yo pagaré todo esto.

Siendo claramente el mejor plan quitarse de en medio, tras de lo cual todo iría sobre ruedas, hizo una señal, mientras se embolsaba prudentemente la foto de ella, al encargado de la barraca, quien no pareció...

—Sí, eso es lo mejor —aseguró a Stephen, para quien, por lo que toca a aquello, la Cabeza de Bronce o la casa de Bloom o cualquier otro sitio le era más o menos...

Toda clase de planes utópicos relampagueaban por su atareado cerebro (el de Bloom). Educación (de clase genuina), literatura, periodismo, relatos premiados del *Titbits*, publicidad a la moda, balnearios y giras de conciertos en lugares de playas ingleses abundantes en teatros, entradas agotadas, dúos en italiano con acento absolutamente fiel a la realidad, sin necesidad por supuesto de pregonarlo a los cuatro vientos, sólo un poco de suerte. Una oportunidad era lo único que necesitaba. Porque él sospechaba que el otro tenía la voz de su padre en que fundar sus esperanzas lo cual era más que probable así que se podía contar con ello, nada se perdía con probar, orientando la conversación en dirección a esa determinada utopía.

El cochero leyó en el periódico de que se había apoderado que el ex-virrey, Conde de Cadogan, había presidido el banquete de la asociación de cocheros en alguna parte de Londres. El silencio más uno o dos bostezos acompañaron a ese emocionante anun-

cio. Luego el viejo ejemplar del rincón, a quien parecía quedarle alguna chispa de vitalidad, leyó en voz alta que Sir Anthony MacDonnell había dejado Euston dirigiéndose a la residencia del jefe de gabinete o algo por el estilo. Ante la cual absorbente información, el eco respondió por qué.

—Déjeme echar una ojeada a esa literatura, abuelo —intervino el anciano marinero, manifestando alguna impaciencia natural.

—No faltaba más —respondió el anciano personaje así interpelado.

El marinero sacó de un estuche que llevaba un par de gafas verdosas que se enganchó muy lentamente sobre la nariz y orejas.

—¿Tiene los ojos malos? —interrogó el comprensivo personaje parecido al secretario municipal.

—Bueno —contestó el navegante con barba de tartán, que al parecer tenía algo de literato a su modo y en pequeño, mirando a través de unas portas verdemar, como bien podrían describirse— yo gasto gafas para leer. La arena del mar Rojo tiene la culpa. En otros tiempos podía leer un libro a oscuras, como quien dice. *Las mil y una noches* eran lo que más me gustaba, y *Roja como una rosa es ella.*

Tras de lo cual abrió el periódico de un zarpazo y escudriñó Dios sabe qué, encontrado ahogado o las hazañas del rey del cricket, Iremonger de los Notts que había marcado ciento y pico en el segundo wicket, sin un fallo, durante cuyo tiempo el encargado (completamente sin atención hacia Ire) estaba intensamente ocupado en aflojarse una bota al parecer nueva o de segunda mano que por lo que se ve le apretaba, mientras mascullaba contra quien se la hubiera vendido, mientras que todos los que estaban suficientemente despiertos como para ser reconocidos por sus expresiones faciales, como suele decirse, o bien simplemente miraban con aire sombrío o dejaban caer una observación trivial.

Para abreviar lo más posible, Bloom, dándose cuenta de la situación, fue el primero en ponerse de pie como para no hacerse pesado. habiendo tomado primero la precaución prudente, como de palabra en cuanto a que se haría cargo de la cuenta en esa ocasión, de hacer un gesto disimulado al anfitrión

como maniobra de despedida, una señal apenas perceptible cuando los demás no miraban, en sentido de que la suma debida estaba a su disposición, por una suma total de cuatro peniques (la cual cantidad él depositó sin ostentación en cuatro monedas de cobre, literalmente los últimos mohicanos) habiendo previamente localizado en la lista de precios impresa para todos los que desearan verla enfrente de él las cifras inconfundibles, café 2 peniques, panecillo íd., y honradamente valiendo el doble de ese dinero por una vez, como solía decir Wetherup.

—Vamos —aconsejó, para levantar la sesión.

Viendo que funcionaba el truco y no había moros en la costa, dejaron el refugio o caseta así como a la selecta sociedad de impermeable y compañía a quien nada que no fuera un terremoto sacaría de su *dolce far niente*. Stephen, que confesó sentirse aún mal y fuera de quicio, se detuvo en la, por un momento, la puerta para...

—Una cosa que no he entendido nunca —dijo, siguiendo la inspiración del momento— es por qué ponen las mesas patas arriba por la noche, quiero decir, las sillas patas arriba sobre las mesas en los cafés.

A cuya ocurrencia el infalible Bloom replicó sin vacilar un momento, diciendo a bocajarro:

—Para barrer el suelo por la mañana.

Así diciendo, dio saltitos alrededor, considerando con franqueza a la vez que pidiendo excusas, si ponerse a la derecha de su compañero, una costumbre suya, por cierto, siendo la derecha, en la locución clásica, su tendón de Aquiles. El aire de la noche era ahora ciertamente una delicia de respirar aunque Stephen andaba un poco flojo de remos.

—Le sentará bien, el aire —dijo Bloom, queriendo decir también el caminar—, dentro de un momento. No hay cosa como caminar y se siente uno otro hombre. No es lejos. Apóyese en mí.

En consecuencia pasó su brazo izquierdo por el derecho de Stephen y le guió en consecuencia.

—Sí —dijo Stephen con incertidumbre, porque le parecía notar una extraña especie de carne de un hombre diferente acercándosele, sin tendones y floja y todo eso.

En todo caso, dejaron atrás la garita con las piedras, brasero, etcétera, donde el interino municipal, el ex-Gumley, seguía a todo efecto en brazos de Murphy, o Morfeo, como dice el proverbio, soñando en campos nuevos y praderas recientes. Y a propósito de ataúd lleno de piedras, la analogía no estaba del todo mal, pues en efecto le habían apedreado hasta matarle aquellas setenta y dos de las ochenta circunscripciones que le traicionaron en el momento de la escisión y sobre todo la decantada clase campesina, probablemente los mismísimos aparceros desposeídos a quienes él había repuesto en sus tierras.

Así pasaron a charlar sobre música, una forma de arte hacia la cual Bloom, como puro amateur, sentía el mayor amor, mientras avanzaban del brazo a través de Beresford Place. La música wagneriana, aunque reconocidamente grandiosa a su manera, era un poco pesada para Bloom y difícil de seguir de buenas a primeras pero la música de *Los hugonotes* de Mercadante, de *Las siete palabras en la cruz* de Meyerbeer, y de la *Duodécima Misa* de Mozart, sencillamente le encantaba, siendo el *Gloria* de ésta, a su juicio, la cima de la música de primera clase en cuanto tal, dejando todo lo demás literalmente en el cesto de la basura. Prefería infinitamente la música sacra de la iglesia católica a todo lo que pudieran ofrecer en esa línea los de la acera de enfrente, como esos himnos de Moody y Sankey o *Mándame vivir y viviré, tu protestante para ser.* Tampoco cedía a nadie en admirar el *Stabat Mater* de Rossini, obra sencillamente rebosante de números inmortales, en que su esposa, Madam Marion Tweedy, dio el golpe, algo verdaderamente sensacional, podía decir sin peligro, que añadía mucho a sus laureles previos y dejaba totalmente en la sombra a las demás, en la iglesia de los padres jesuitas de la calle Upper Gardiner, estando el sagrado edificio atestado hasta las ventanas de virtuosos, o mejor dicho *virtuosi*, para escucharla. La opinión unánime fue que nadie llegaba a su altura, y baste decir que, en un lugar de culto y con música de carácter sacro, hubo deseo general, expresado en voz alta, de un bis. En conjunto, aunque prefiriendo la ópera ligera del tipo *Don Giovanni*, y *Martha*, una joya en su género, tenía un *pen-*

chant, aunque sólo con un conocimiento superficial, hacia la severa escuela clásica como Mendelssohn. Y hablando de eso, y dando por supuesto que él lo sabría todo sobre esas viejas piezas favoritas, mencionó *par excellence* el aria de Lionel en *Martha, M'Appari*, que curiosamente había oído, en realidad entreoído, ayer mismo, y, privilegio que estimaba altamente, de labios del respetado padre de Stephen, cantado a la perfección, un verdadero estudio de esa pieza, que dejaba a todos los demás en segunda fila. Stephen, en respuesta a una pregunta formulada cortésmente, dijo que no la conocía pero se lanzó a alabar las canciones de Shakespeare, o por lo menos de su época o alrededor, el laudista Dowland que vivió en Fetter Lane cerca del herborista Gerard, que *anno ludendo hausi, Doulandus*, un instrumento que pensaba adquirir al señor Arnold Dolmetsch, de quien Bloom no se acordaba exactamente, aunque el nombre le resultaba sin duda conocido, por sesenta y cinco guineas, y Farnaby e hijo con sus conceptos sobre *dux y comes*, y Byrd (William) que tocaba el virginal, dijo, en la Capilla de la Reina, o donde quiera que los encontrara y un tal Tomkins que hacía divertimentos o arias, y John Bull.

En la calle pavimentada a que se acercaban sin dejar de hablar, más allá de las cadenas colgantes, un caballo, uncido a una barredora, avanzaba sobre los adoquines, levantando una larga cinta de porquería, de modo que con el ruido Bloom no estuvo completamente seguro de si había oído bien la alusión a las sesenta y cinco guineas y a John Bull. Preguntó si John Bull era la celebridad política de tal nombre, ya que le llamaban la atención los dos nombres idénticos, como coincidencia chocante.

Junto a la cadena, el caballo torció lentamente para volver, al percibir lo cual, Bloom, que se mantenía alerta como de costumbre, tiró suavemente de la manga al otro, observando jocosamente:

—Nuestras vidas están en peligro esta noche. Cuidado con la apisonadora.

Ante lo cual se detuvieron. Bloom miró a la cabeza del caballo, que no valía en absoluto sesenta y cinco guineas, repentinamente en evidencia en la sombra, muy cerca, de modo que parecía nuevo, un

agrupamiento diferente de huesos e incluso carne, porque palpablemente era un cuadrupedante, un sacudeancas, un negronalgado, un sacudecolas, un cuelgacabeza, avanzando la pata trasera mientras el señor de su creación estaba encaramado allá arriba, ocupado en sus pensamientos. Pero un pobre bruto tan bueno, sentía mucho no tener un terrón de azúcar, pero, como reflexionó juiciosamente, difícilmente se podía estar preparado para toda emergencia que pudiera presentarse. No era más que un gran caballo estúpido nervioso de cabeza balanceante, sin pensar nada dos veces. Pero incluso un perro, reflexionó, por ejemplo ese chucho en Barney Kiernan, del mismo tamaño, sería un horror de encararse con él. Pero no era culpa de ningún animal en particular el estar construido de esa manera, como el camello, nave del desierto, destilando uvas en la joroba hasta hacerlas whisky irlandés. Nueve décimas partes de todos ellos podían enjaularse o domesticarse, nada más allá del arte del hombre excepto las abejas: la ballena, con un arpón pin pon; el caimán, hacerle cosquillas en la cola y sigue la broma; trazar un círculo de tiza para el gallo; el tigre, mi ojo de águila. Esas oportunas reflexiones respecto a los brutos del campo ocupaban su mente, algo distraída de las palabras de Stephen, mientras la nave de la calle maniobraba y Stephen seguía hablando de aquellas interesantísimas viejas...

—¿Qué es lo que iba diciendo? ¡Ah, sí! Mi mujer —indicó, lanzándose *in media res*— tendría el mayor placer en conocerle, ya que es apasionadamente aficionada a toda clase de música.

Miraba de medio lado de modo amistoso al perfil de Stephen, imagen de su madre, que no era nada parecido al acostumbrado tipo de chulo al que sin duda persiguen todas, porque quizá no había nacido para eso.

Sin embargo, suponiendo que tuviera el don de su padre, como él tenía el más que sospechaba, eso abría nuevas perspectivas a su mente, tales como el concierto de Lady Fingall a beneficio de la industria, el lunes anterior, y la aristocracia en general.

Él iba ahora trazando exquisitas variaciones sobre un aria *La juventud acaba aquí* de Jans Pieter

Sweelinck, un holandés de Amsterdam, de donde son las *frow*. Aún más le gustaba una vieja canción alemana de Johannes Jeep sobre el mar claro y las voces de las sirenas, dulces asesinas de los hombres, lo que desconcertó un poco a Bloom:

Von der Sirenen Listigkeit
Tun die Poeten dichten.

Esos compases de entrada cantó y tradujo *extempore*. Bloom, asintiendo, dijo que comprendía perfectamente y le rogó que siguiera adelante sin falta.

Una voz de tenor tan fenomenalmente hermosa como ésa, el más raro de los dones, que Bloom apreció desde la primera nota que emitió, fácilmente podría, si la manejara adecuadamente alguna autoridad reconocida en emisión vocal, tal como Barraclough, y por añadidura sabiendo leer música, fijar su propio precio donde los barítonos andaban a diez el penique, y obtenerle a su afortunado poseedor, en un próximo futuro, la entrada en casas elegantes en los mejores barrios residenciales, de magnates financieros metidos en grandes negocios y gente con título, donde, con su título universitario de licenciado en letras (una buena publicidad a su manera) y sus modales de caballero para reforzar la buena impresión, sin falta obtendría un éxito marcado, disfrutando de una inteligencia que también podía utilizarse para el propósito, así como otros requisitos, si se tuviera apropiado cuidado de su ropa, para abrirse paso mejor en las buenas gracias de ellos, ya que él, juvenil aprendiz en las minucias sartoriales de la sociedad, apenas comprendía cómo una cosita así podía militar contra uno. En efecto, era sólo cuestión de meses, y podía prever fácilmente que participaría en sus *conversaziones* musicales y artísticas, durante las festividades de la época navideña, preferentemente, causando un leve escalofrío entre los palomares del bello sexo y siendo llevado a las nubes por las señoras en busca de sensaciones, casos que, como a él mismo le constaba, se habían dado, de hecho, sin necesidad de presumir, él mismo en otros tiempos, si hubiera querido, podría fácilmente haber... Aña-

dido a lo cual, por supuesto, estaría el emolumento pecuniario, nada como para hacerle ascos, corriendo parejas con sus honorarios al sucio lucro hubiera necesariamente de abrazar la carrera lírica como camino en la vida por un prolongado espacio de tiempo, pero sí que era un paso en la dirección apropiada, no cabe discusión, y tanto en lo monetario como en lo mental no implicaba ningún desdoro para su dignidad en lo más mínimo y muchas veces resultaba extraordinariamente conveniente recibir un cheque en un momento de necesidad cuando cualquier pequeñez ayuda. Además, aunque el gusto se había echado a perder recientemente hasta cierto punto, una música original como ésa, diferente del sendero trillado, rápidamente encontraría gran éxito, ya que sería una decidida novedad para el mundo musical de Dublín después de la acostumbrada serie rutinaria de pegadizos solos de tenor propinados al benévolo público por Ivan St. Austell y Hilton St. Just y su *genus omne*. Sí, sin sombra de duda, con todas las cartas en la mano, sí podía, y tenía una oportunidad capital de hacerse un nombre y obtener un elevado lugar en la estima de la ciudad, donde podría exigir una cifra ambiciosa y, con reservas anticipadas, dar un concierto solemne para los frecuentadores del salón de la calle King, si había un promotor, como quien dice —un gran «si», sin embargo—, con algún impulso de allá-va-eso para obviar la inevitable procrastinación en que a menudo tropieza un benjamín mimado por la gloria, y no era necesario que eso disminuyera ni una jota de lo demás ya que, siendo dueño y señor de sí mismo, tendría montones de tiempo en que practicar la literatura en sus momentos libres cuando deseara hacerlo así sin que eso interfiriera con su carrera vocal ni contuviera en absoluto nada derogatorio, ya que el asunto era de su sola incumbencia. En realidad, la iniciativa estaba en sus manos y ésa era la razón precisa por la que el otro, dotado de una nariz extraordinariamente capaz de oler por donde soplaba el viento, se le aferraba como una lapa.

El caballo precisamente entonces estaba... y después, en oportunidad propicia se proponía (él, Bloom), sin entrometerse de ningún modo en sus

asuntos particulares bajo el principio de que *los locos se aventuran allá donde los ángeles*, le aconsejaba que cortara su conexión con cierto facultativo en ciernes, quien, según advertía, era propenso a denigrarle, e incluso, en cierta ligera medida, con cualquier pretexto jocoso, no estando presente, a deprecarle o como se quisiera llamarlo, lo cual, en la humilde opinión de Bloom, arrojaba una luz negativa sobre ese lado en sombra del carácter de una persona —sin ánimo de hacer un juego de palabras.

El caballo, habiendo llegado al punto de quemar su último cartucho, como quien dice, se detuvo, y levantando en alto una orgullosa cola empenachada, contribuyó con su cuota dejando caer en el suelo, que la barredora pronto cepillaría y limpiaría, tres humeantes esferas de boñigas. Lentamente, tres veces, una tras otra, desde su rebosante grupa, soltó su inmundicia. Y su conductor, humanitario, aguardó hasta que él (o ella) acabara, paciente en su carro falcado.

Bloom, aprovechando ese *contretemps*, emparejado con Stephen, pasó por la abertura de las cadenas, dividida por una barra, y, saltando por encima de una playa de suciedad, cruzó hacia la calle Lower Gardiner, ahora cantando Stephen, más animadamente, pero no en voz alta, el final de la balada:

Und alle Schiffe brücken.

El conductor no dijo palabra, ni buena ni mala ni indiferente. Simplemente observó las dos figuras, sentado en su carretela: las dos negras —una maciza, otra flaca— andando hacia el puente de la vía férrea, *a que los casara el Padre Maher, tralará.* Andando, a veces se paraban y echaban a andar otra vez, mientras seguían su *tête-à-tête* (del que, por supuesto, él estaba completamente al margen), sobre sirenas, enemigas de la razón del hombre, mezcladas con otros temas de la misma categoría, usurpadores, casos históricos de esa especie, mientras que el hombre de la barredera o igual se podría llamar dormidera, no podía oírles porque simplemente estaban muy lejos, y simplemente él seguía sentado en su asiento cerca del final de la calle Lower Gardiner y *les miraba su carretela, tralará.*

¿Qué caminos paralelos siguieron Bloom y Stephen al volver?

Arrancando juntos los dos, a paso normal de camino, desde Beresford Place, siguieron, en este orden, las calles Lower Gardiner y Middle Gardiner, y Mountjoy Square, al oeste: entonces, a paso reducido, ambos doblando a la izquierda, Gardiner Place, por inadvertencia, hasta la esquina de allá de la calle Temple, al norte: luego, a paso reducido por interrupciones de altos, doblando a la derecha, por la calle Temple, al norte, hasta Hardwicke Place. Acercándose, separados, a cómodo paso de camino, cruzaron ambos la plaza redonda delante de la iglesia de San Jorge, siguiendo un diámetro, ya que en cualquier círculo la cuerda es menor que el arco que subtiende.

¿De qué deliberó el duunvirato durante su itinerario?

Música, literatura, Irlanda, Dublín, París, la amistad, la mujer, la prostitución, la alimentación, la influencia de la luz de gas o la luz de arco voltaico en el crecimiento de los paraheliotrópicos árboles adyacentes, la exhibición de cubos de basura municipales para emergencias, la Iglesia Católica Romana, el celibato eclesiástico, la nación irlandesa, la educación jesuítica, las carreras, el estudio de la medicina, el día de ayer, el maléfico influjo de la víspera de fiesta, el desmayo de Stephen.

¿Descubrió Bloom factores comunes de semejanza entre sus respectivas reacciones, parecidas y diferentes, ante la experiencia?

Ambos eran sensibles a las impresiones artísticas, las musicales con preferencia a las plásticas o pictóricas. Ambos preferían una manera de vida continental a otra insular, un lugar de residencia cisatlántico a un lugar transatlántico. Ambos, endurecidos por la temprana educación doméstica y por una heredada tenacidad de resistencia heterodoxa, profesaban su incredulidad en diversas ortodoxas doctrinas religiosas, nacionales, sociales y éticas. Ambos admitían la influencia, alternativamente estimulante y obtundente, del magnetismo heterosexual.

¿Eran divergentes sus opiniones en algunos puntos?

Stephen disentía abiertamente de las opiniones de Bloom sobre la importancia de la autosuficiencia alimenticia y cívica mientras que Bloom disentía tácitamente de las opiniones de Stephen sobre la eterna afirmación del espíritu del hombre en la literatura. Bloom asentía ocultamente a la rectificación, por Stephen, del anacronismo implicado en asignar la fecha de la conversión de la nación irlandesa del druidismo al cristianismo, por Patricio, hijo de Calporno, hijo de Potito, hijo de Odisso, enviado por el papa Celestino I el año 432 durante el reinado de Leary, desplazándola al año 260 aproximadamente durante el reinado de Cormac MacArt († 226 D. C.) que se ahogó por imperfecta deglución de alimentos en Sletty y fue inhumado en Rossnaree. El desmayo que Bloom atribuía a inanición gástrica y a ciertos compuestos químicos de diversos grados de adulteración y de fuerza alcohólica, acelerados por el ejercicio mental y la velocidad del rápido movimiento circular en una atmósfera relajante, Stephen lo atribuía a la reaparición de una nube matutina (percibida por ambos desde dos puntos diferentes de observación, Sandycove y Dublín) al principio no mayor que una mano de mujer.

¿Hubo un punto en que sus opiniones fueran iguales y negativas?

La influencia de la luz de gas o luz eléctrica en el crecimiento de los paraheliotrópicos árboles adyacentes.

¿Había discutido Bloom temas semejantes durante perambulaciones nocturnas en el pasado?

En 1884 con Owen Goldberg y Cecil Turnbull de noche en vías públicas entre Longwood Avenue y Leonard's Corner, y Leonard's Corner y la calle Synge, y la calle Synge y Bloomfield Avenue. En 1885 con Pency Apjohn, en los anocheceres, apoyados contra la pared entre Gibraltar Villa y Bloomfield House en Crumlin, baronía de Uppercross. En 1886 ocasionalmente con conocidos casuales y posibles compradores, en umbrales de puertas, salitas de recibir, y coches ferroviarios de tercera clase de líneas suburbanas. En 1888 frecuentemente con el comandante Brian Tweedy y su hija la señorita Marion Tweedy juntos y por separado en el diván de la casa de Matthew Dillon en Roundtown. Una vez en 1892 y otra vez en 1893 con Julius Mastiansky, en ambas ocasiones en la salita de su casa (la de Bloom) en la calle Lombard West.

¿Qué reflexión referente a la sucesión irregular de las fechas 1884, 1885, 1886, 1888, 1892, 1893, 1904, hizo Bloom antes de que llegaran a su destino?

Reflexionó que la progresiva extensión del campo de desarrollo y de experiencia del individuo iba regresivamente acompañada por una restricción en el recíproco terreno de las relaciones interindividuales.

¿Cómo en qué sentidos?

De la inexistencia a la existencia, él llegó a muchos y fue recibido como uno: existencia entre existencias, era con cada cual como cada cual con cada cual: de existencia a no existencia pasado, sería por todos percibido como ninguno.

¿Qué acción realizó Bloom a la llegada a su destino?

En los escalones de entrada del cuarto número

impar equidiferente, el 7 de la calle Eccles, insertó la mano maquinalmente en el bolsillo trasero de sus pantalones para sacar la llave de casa.

¿Estaba allí?

Estaba en el bolsillo homólogo de los pantalones que se había puesto el día precedente al anterior.

¿Por qué se irritó doblemente?

Porque se había olvidado y porque recordaba que se había recordado a sí mismo dos veces no olvidarse.

¿Cuáles eran entonces las alternativas ante la pareja, respectivamente con premeditación y sin advertencia, sin llaves?

Entrar o no entrar. Llamar o no llamar.

¿La decisión de Bloom?

Una estratagema. Apoyando los pies en la enana tapia, trepó sobre las verjas de los semisótanos, se encajó el sombrero en la cabeza, se agarró a dos puntos en la unión inferior de las barras horizontales y verticales, descendió el cuerpo gradualmente en su longitud de cinco pies y nueve pulgadas hasta dos pies y diez pulgadas del suelo de delante de los semisótanos, y permitió que su cuerpo se moviera libremente en el espacio al separarse de las barras horizontales y encogiéndose en preparación para el impacto de la caída.

¿Cayó?

Con el conocido peso de su cuerpo, ciento cincuenta y ocho libras en medida avoirdupois según lo había certificado la máquina graduada para pesarse a sí mismo periódicamente en el establecimiento de Francis Frœdman, químico farmacéutico, en el 19 de la calle Frederick North, en la última fiesta de la Ascensión, a saber, el día doce de mayo del año bisiesto mil novecientos cuatro de la era cristiana (era judía cinco mil seiscientos sesenta y cuatro, era mahometana mil trescientos veintidós), nú-

mero áureo 5, epacta 13, ciclo solar 9, letras dominicales CB, indicción romana 2, período juliano 6617, MXMIV.

¿Se levantó no lesionado por contusión?

Recuperando nuevo equilibrio estable se levantó no lesionado aunque contundido por el impacto, levantó el pestillo de la puerta del semisótano aplicando fuerza en su pestaña libremente móvil y mediante palanca de primer orden aplicada en su fulcro obtuvo acceso retardado a la cocina a través de la despensa subadyacente, prendió un fósforo mediante fricción, dejó libre gas inflamable de carbón haciendo girar la llave, encendió una alta llama que, regulándola, redujo a quiescente incandescencia, y finalmente encendió una vela portátil.

¿Qué sucesión discreta de imágenes percibió mientras tanto Stephen?

Apoyado en las verjas de los semisótanos percibió a través de los cristales transparentes de la cocina un hombre regulando una llama de gas de 14 bujías, un hombre encendiendo una vela, un hombre quitándose las botas una tras otra, un hombre dejando la cocina sosteniendo una vela de 1 bujía.

¿Reapareció el hombre en otro lugar?

Tras un lapso de cuatro minutos se hizo discernible el fulgor de su vela a través del montante de cristal semicircular semitransparente sobre la puerta del vestíbulo. La puerta del vestíbulo giró gradualmente sobre sus goznes. En el espacio abierto de la puerta reapareció el hombre sin el sombrero, con su vela.

¿Obedeció Stephen a su señal?

Sí, entrando suavemente, ayudó a cerrar y echar la cadena a la puerta y siguió suavemente por el vestíbulo la espalda del hombre y sus pies afieltrados y su vela encendida dejando atrás una rendija luminosa de puerta a la izquierda y bajando cuidadosamente una escalera curva de más de cinco escalones hasta la cocina de la casa de Bloom.

¿Qué hizo Bloom?

Apagó la vela mediante una brusca expiración de aliento en su llama, acercó al fogón dos sillas de pino de asiento en cuchara, una para Stephen de espaldas a la ventana semienterrada, la otra para él mismo cuando fuera necesaria, se arrodilló sobre una rodilla, organizó en la rejilla una pira cruzada de astillas mojadas en resina y diversos papeles de colores y polígonos irregulares del mejor carbón Abram a veintiún chelines la tonelada de la empresa Flower y M'Donald de la calle D'Olier, 14, prendida en tres puntas salientes de papel con un fósforo encendido, desprendiendo de ese modo la energía potencial contenida en el combustible al permitir que sus elementos carbono e hidrógeno entraran en libre unión con el oxígeno del aire.

¿En qué apariciones semejantes pensó Stephen?

En otros, en otros lugares, en otros tiempos que, arrodillándose sobre una rodilla o sobre las dos, habían prendido fuegos para él, el Hermano Michael en la enfermería del colegio de la Compañía de Jesús en Clongowes Wood, Sallins, en el condado de Kildare: su padre, Simon Dedalus, en un cuarto sin amueblar en su primera residencia en Dublín, calle Fitzgibbon número trece: su madrina señorita Kate Morkan en casa de su hermana agonizante señorita Julia Morkan en Usher's Island 15: su madre Mary, esposa de Simon Dedalus, en la cocina del número doce de la calle North Richmond, la mañana del día de San Francisco Javier de 1898: el decano de estudios, Padre Butt, en el anfiteatro de física de la Universidad, 16 Stephen's Green North: su hermana Dilly (Delia) en casa de su padre en Cabra.

¿Qué vio Stephen al levantar la mirada a la altura de una yarda desde el fuego hacia la pared de enfrente?

Bajo una fila de cinco campanillas con resortes de muelle, una cuerda curvilínea, extendida entre dos ganchos al sesgo cruzando el hueco al lado de la subida de la chimenea, de la cual colgaban cuatro pañuelos cuadrados de tamaño pequeño doblados

por separado uno tras otro en rectángulos adyacentes y un par de medias grises de señora con refuerzos de hilo de Lisle en lo de arriba y los pies en su posición habitual agarradas por tres pinzas de madera erectas, dos en sus extremos de fuera y la tercera en su punto de unión.

¿Qué vio Bloom en el fogón?

A la derecha en el hueco más pequeño una cacerola azul esmaltada: a la izquierda en el hueco más grande un cacharro de hervir agua de hierro negro.

¿Qué hizo Bloom en el fogón?

Desplazó la cacerola al hueco izquierdo, se levantó y llevó el cacharro del agua a la pila para hacer uso de la corriente girando el grifo para dejarla correr.

¿Corrió?

Sí. Desde el embalse de Roundwood en el condado de Wicklow de una capacidad cúbica de 2.400 millones de galones, pasando a través de un acueducto subterráneo de canales de filtrado de tubería simple y doble construidos a un coste inicial de instalación de 5 libras la yarda, atravesando el Dargle, Rathdown, el Glen de los Downs, y Callowhill hasta el depósito de 26 acres en Stillorgan, a una distancia de 22 millas legales, y desde ahí, a través de un sistema de cisternas auxiliares, con una pendiente de 350 pies hasta el término municipal en el puente Eustace, calle Upper Leeson, aunque por la prolongada sequía veraniega y el consumo diario de 12 millones y medio de galones el agua había descendido por debajo del nivel de las compuertas de rebose por cuya razón el inspector del distrito e ingeniero hidráulico, señor Spencer Harty, C. E., siguiendo instrucciones de la comisión de suministros de aguas, había prohibido el uso de las aguas municipales para propósitos que no fueran los del consumo (considerando la posibilidad de recurrir a las aguas no potables de los canales Grand y Royal, como en 1893) especialmente dado que los empleados del Asilo South

Dublin, a pesar de su ración de 15 galones por día y por asilado, proporcionada a través de un contador de seis pulgadas, habían resultado responsables de un desperdicio de 20.000 galones por noche según lectura de su contador bajo declaración del representante legal del municipio, señor Ignatius Rice, abogado, actuando así en detrimento de otra parte del público, contribuyentes independientes y de sana solvencia.

¿Qué admiraba en el agua Bloom, amador del agua, sacador de agua, portador de agua volviendo al fogón?

Su universalidad: su igualdad democrática y su fidelidad a su naturaleza buscando su propio nivel: su vastedad en el océano de la proyección de Mercator: su profundidad no sondeada en la fosa de Sundam en el Pacífico excediendo las 8.000 brazas: la inquietud de sus olas y partículas superficiales visitando uno tras otros todos los puntos de su litoral: la independencia de sus unidades: la variabilidad de estados del mar: su quiescencia hidrostática en calma: su turgidez hidrocinética en las aguas muertas y en las mareas vivas: su apaciguamiento después de la devastación: su esterilidad en los casquetes circumpolares, ártico y antártico: su importancia climática y comercial: su preponderancia de 3 a 1 sobre la tierra seca en el globo: su indisputable hegemonía en extensión en leguas cuadradas por toda la zona por debajo del trópico subecuatorial de Capricornio: la estabilidad multisecular de su fosa original: su lecho lúteofulvo: su capacidad para disolver y contener en solución todas las sustancias solubles incluyendo millones de toneladas de los metales más preciosos: sus lentas erosiones de penínsulas y promontorios con tendencia a bajar, sus depósitos aluviales: su peso y volumen y densidad: su imperturbabilidad en lagos y lagunas de meseta: su gradación de colores en las zonas tórrida y templada y frígida: sus ramificaciones vehiculares en corrientes continentales en cuencas lacustres y ríos confluyentes y fluyentes al mar con sus tributarios y las corrientes oceánicas: corriente del Golfo, con sus ramas nordecuatorial y sudecuatorial: su violencia en maremotos, trombas marinas,

pozos artesianos, erupciones, torrentes, remolinos, desbordamientos, avenidas, olas de fondo, divisorias de aguas, géiseres, cataratas, torbellinos, maelstroms, inundaciones, diluvios, aguaceros: su vasta curva ahorizontal circumterrestre: su secreto en los manantiales y la humedad latente, revelada por instrumentos rabdománticos o higrométricos y ejemplificada por el agujero en la pared en Ashtown Gate, la saturación del aire, la destilación del rocío: la sencillez de su composición, dos partes constitutivas de hidrógeno por una parte constitutiva de oxígeno: sus virtudes curativas: su capacidad de hacer flotar en las aguas del mar Muerto: su perseverante penetratividad en arroyuelos, canales, diques insuficientes, vías de agua en barcos: sus propiedades para limpiar, apagar la sed y el fuego, alimentar la vegetación: su infalibilidad como paradigma y parangón: sus metamorfosis como vapor, niebla, nube, lluvia, nevisca, nieve, granizo: su fuerza en las mangueras rígidas: su variedad de formas en lagos y bahías y golfos y calas y ensenadas y lagunas y atolones y archipiélagos y estrechos y fiordos y minches y estuarios y brazos de mar: su solidez en glaciares, icebergs, témpanos: su docilidad en hacer funcionar ruedas hidráulicas, turbinas, dínamos, plantas hidroeléctricas, lavaderos, tenerías, fábricas textiles: su utilidad en canales, en ríos, si navegables, en diques flotantes y secos: su potencialidad derivable de mareas embridadas o cursos de agua cayendo de un nivel a otro nivel: su fauna y flora submarinas (anacústica, fotofóbica), numéricamente, si no literalmente, los habitantes del globo: su ubicuidad al constituir el 90 % del cuerpo humano: la nocividad de sus efluvios en marismas lacustres, pantanos pestilentes, agua de macetas echada a perder, charcos estancados bajo la luna menguante.

Habiendo puesto el cacharro de agua medio lleno sobre los carbones ahora ardiendo, ¿por qué volvió al grifo aún fluyente?

Para lavarse las manchadas manos con una pastilla a medio gastar de jabón Barrington con aroma de limón, a la que todavía se adhería papel (compra-

da trece horas antes por cuatro peniques y aún no pagada), en agua fresca inmutable y siempre mudable, y secárselas, cara y manos, en un largo trapo de holanda con borde rojo echado sobre un rodillo giratorio de madera.

¿Qué razón dio Stephen para declinar la oferta de Bloom?

Que era hidrófobo, odiando el contacto parcial por inmersión o total por sumersión en agua fría (habiendo tenido lugar su último baño en el mes de octubre del año precedente), detestando las sustancias acuosas como vidrio y cristal y desconfiando de las aguanosidades en pensamiento y lenguaje.

¿Qué impidió a Bloom dar a Stephen consejos de higiene y profilaxis a los que deberían añadirse sugerencias referentes a un mojado preliminar de la cabeza y contracción de los músculos con rápido salpicado de cara y cuello y región torácica y epigástrica en caso de baño en mar o río, siendo las partes de la anatomía humana más sensibles al frío la nuca, el estómago y el tenar o planta del pie?

La incompatibilidad de la aguanosidad con la errática originalidad del genio.

¿Qué adicionales consejos didácticos reprimió igualmente?

Dietéticos: referentes a los respectivos porcentajes de proteínas y energía calórica en el tocino, bacalao salado y mantequilla, la ausencia de las primeras en el nombrado último lugar y la abundancia de la segunda en el nombrado en primer lugar.

¿Cuáles le parecían al anfitrión las cualidades predominantes de su invitado?

Confianza en sí mismo, una capacidad igual y opuesta de abandono y recuperación.

¿Qué fenómeno concomitante tuvo lugar en la vasija de líquido por efecto del fuego?

El fenómeno de la ebullición. Atizada por una constante corriente ascendente de ventilación entre

la cocina y el tubo de la chimenea, se comunicó la ignición desde los manojos de material precombustible a las masas poliédricas de carbón bituminoso, conteniendo en forma mineral comprimida los residuos foliados fosilizados de bosques originales que a su vez habían derivado su existencia vegetativa del sol, fuente prístina de calor (radiante) transmitido a través del omnipresente luminífero y diatérmico éter. El calor (conveccionado), un modo de movimiento desarrollado por tal combustión, fue constante y crecientemente transmitido desde la fuente de calorificación al líquido contenido en el recipiente, siendo irradiado a través de la superficie oscura desigual y sin pulir del metal hierro, en parte reflejado, en parte absorbido, en parte transmitido, elevando gradualmente la temperatura expresable como resultado de un consumo de 72 unidades térmicas necesarias para elevar una libra de agua desde 50° a 212° Fahrenheit.

¿Qué anunció el cumplimiento de esa elevación de temperatura?

Una doble eyección falciforme de vapor de agua por debajo de la tapa del cacharro por ambos lados a la vez.

¿Para qué utilidad personal podía haber aplicado Bloom el agua así hervida?

Para afeitarse.

¿Qué ventajas acompañaban al afeitado de noche?

Una barba más blanda: una brocha más blanda si se le permitía intencionalmente permanecer de afeitado en afeitado en su espuma aglutinada: una piel más blanda si inesperadamente se encontraban personas conocidas femeninas en lugares remotos a horas desacostumbradas: tranquilas reflexiones sobre el transcurso del día: una sensación más limpia al despertarse después de un sueño más reparador dado que los ruidos matutinos, las premoniciones y perturbaciones matutinas, una cacharra de leche golpeada, el doble aldabonazo del cartero, un periódico

leído, releído mientras enjabonando y volviendo a enjabonar el mismo sitio, un golpe, una explosión palpitación del corazón con suspensión pero sin ton ni son podría dar lugar a una mayor velocidad en el afeitado y un corte en que un tafetán cortado con precisión y humedecido y aplicado se adhiriese como era menester hacer.

¿Por qué la ausencia de luz le molestaba menos que la presencia de ruido?

Por la seguridad del sentido del tacto en su mano firme llena masculina femenina pasiva activa.

¿Qué cualidad poseía (su mano) pero con qué influencia contradictoria?

La cualidad operativa quirúrgica, salvo que él era reacio a derramar sangre humana incluso cuando el fin justificaba los medios, prefiriendo, en su orden natural, la helioterapia, la psicofisioterapéutica y la cirugía osteopática.

¿Qué había de manifiesto en los estantes inferior, medio y superior del aparador de cocina abierto por Bloom?

En el estante inferior cinco platos de desayuno verticales, seis platillos de desayuno horizontales sobre los que descansaban tazas de desayuno invertidas, una taza con bigotera, con platillo, de porcelana Crown Derby, cuatro hueveras blancas con borde dorado, un bolso de gamuza abierto mostrando unas monedas, principalmente de cobre, y una cajita de confites aromáticos de violeta. En el estante medio, una huevera agrietada conteniendo pimienta, un tarro de sal de mesa, cuatro aceitunas negras conglomeradas en un papel grasiento, un tarro vacío de carne en conserva Ciruelo, un cestillo ovalado de mimbre con fondo de fibra conteniendo una pera de Jersey, un botella medio vacía de oporto para inválidos, de la casa William Gilbey & Co., medio despojada de su envoltura de papel de seda rosa coral, un paquete de cacao soluble Epps, cinco onzas de té selecto Anne Lynch a dos chelines la libra en una bolsa arrugada de papel de estaño, un estuche cilín-

drico conteniendo el mejor azúcar cristalizado en terrones, dos cebollas, una, la mayor, española, la otra, más pequeña, irlandesa, biseccionada, con más superficie y más olor, un tarro de nata Lechería Modelo Irlandesa, un jarrito de porcelana oscura conteniendo tres octavos de pinta de leche adulterada agriada, convertida por el calor en agua, suero acídulo y cuajos semisolidificados, que, añadida a la cantidad sustraída, hacía una pinta imperial, la cantidad total entregada originalmente, dos clavos de especia, un medio penique y un platito conteniendo una tajada de chuleta fresca. En el estante de arriba, una batería de tarros de mermelada de diversos tamaños y procedencias.

¿Qué atrajo su atención en el saliente del aparador?

Cuatro fragmentos poligonales de dos tiquets de apuestas escarlata, desgarrados, con los números 8 87, 8 86.

¿Qué reminiscencias arrugaron temporalmente su frente?

Reminiscencias de coincidencias, la verdad más extraña que la ficción, preindicativas del resultado de la Copa de Oro hándicap liso, cuyo resultado oficial y definitivo había leído él en el *Evening Telegraph*, edición última rosa, en el Refugio del Cochero, en el puente de Butt.

¿Dónde habían sido recibidas por él previas intimaciones del resultado, efectivo o proyectado?

En el establecimiento autorizado para bebidas de Bernard Kiernan, calle Little Britain, 8, 9 y 10: en el establecimiento autorizado para bebidas de David Byrne, calle Duke, 14: en la calle O'Connell baja, delante de Graham Lemon, cuando un hombre oscuro le puso en la mano un prospecto de los que se tiran por ahí (subsiguientemente tirado por ahí), anunciando a Elías, restaurador de la iglesia en Sión: en Lincoln Place delante del local de F. W. Sweny y Cía. (Limitada), farmacéuticos, cuando Frederick M. (Bantam) Lyons rápida y sucesivamente había reque-

rido, leído y restituido el ejemplar del número último del *Freeman's Journal and National Press* que él había estado a punto de tirar por ahí (subsiguientemente tirado por ahí), y había avanzado hacia el edificio oriental de los Baños Calientes y Turcos, calle Leinster, 11, con la luz de la inspiración refulgiendo en su rostro y llevando en sus brazos el secreto de la raza, grabado en la lengua de la inspiración.

¿Qué consideraciones modificadoras atenuaban sus perturbaciones?

Las dificultades de interpretación ya que la significación de cualquier acontecimiento seguía a su acontecer tan variablemente como el fenómeno acústico seguía a la descarga eléctrica, y de contraestimación en cuanto a una pérdida efectiva, por fallo en interpretar la suma total de pérdidas posibles derivadas originalmente de una interpretación con éxito.

¿Su estado de ánimo?

No había arriesgado, no esperaba, no había quedado decepcionado, estaba satisfecho.

¿Qué le satisfacía?

No haber sufrido pérdida positiva. Haber producido una ganancia positiva a otros. Luz para los gentiles.

¿Cómo preparó Bloom una colación para un gentil?

Echó en dos tazas dos cucharadas rasas, con un total de cuatro, de cacao soluble Epps y procedió conforme a las instrucciones para el uso impresas en la etiqueta, añadiendo a cada cual tras suficiente tiempo los ingredientes prescritos para su difusión en el modo y la cantidad prescritas.

¿Qué señales supererogatorias de hospitalidad especial mostró el anfitrión hacia su invitado?

Renunciando a sus derechos simposiarcales a la taza con bigotera de Crown Derby imitación, que le había regalado su única hija, Millicent (Milly), puso en su lugar una taza idéntica a la de su invitado y

sirvió, extraordinariamente a su invitado y en medida reducida a sí mismo, la viscosa nata ordinariamente reservada para el desayuno de su esposa Marion (Molly).

¿Fue consciente el invitado y reconoció esas señales de hospitalidad?

Su atención fue reclamada hacia ellas jocosamente por su anfitrión y él las aceptó seriamente mientras bebían en silencio jocoserio el producto de Epps para las masas, esa criatura que es el cacao.

¿Hubo señales de hospitalidad que consideró pero reprimió, reservándolas para otra persona y para sí mismo en futuras ocasiones a fin de completar el acto comenzado?

La reparación de un desgarrón de una y media pulgadas de longitud en el lado derecho de la chaqueta de su invitado. Un regalo a su invitado de uno de los cuatro pañuelos de señora, si y cuando se comprobara que estaban en condiciones presentables.

¿Quién bebió con mayor rapidez?

Bloom, teniendo la ventaja de diez segundos en el comienzo y tomando, de la superficie cóncava de una cuchara a lo largo de cuyo mango se conducía un flujo constante de calor, tres sorbos por cada uno de su oponente, seis contra dos, nueve contra tres.

¿Qué celebración acompañó su acto frecuentativo?

Deduciendo por inspección, pero erróneamente, que su silencioso compañero estaba entregado a la composición mental, reflexionó sobre los placeres derivados de la literatura de instrucción más bien que de entretenimiento ya que él mismo había recurrido más de una vez a las obras de William Shakespeare para la solución de problemas difíciles en la vida real o imaginaria.

¿Les había encontrado solución?

A pesar de una cuidadosa y repetida lectura de ciertos pasajes clásicos, ayudada por un glosario, ha-

bía obtenido del texto una convicción imperfecta, no correspondiendo las respuestas a todos los puntos.

¿Qué versos concluían su primera composición de verso original escrita por él, poeta en potencia, a la edad de 11 años en 1877 en ocasión de que el *Shamrock*, una publicación semanal, ofreció tres premios de 10, 5 y 2 ½ chelines, respectivamente?

Soñando que vería
en su revista impresa mi poesía
les mando esta modesta pieza mía.
Si me hacen tal honor,
pónganla con la firma, por favor,
de L. Bloom, su seguro servidor.

¿Encontró cuatro fuerzas separadoras entre su invitado temporal y él?
Nombre, edad, raza, religión.

¿Qué anagramas había hecho con su nombre en su juventud?
Leopold Bloom
Ellpodbomool
Molldopeloob
Bollopedoom
Old Ollebo, M. P.

¿Qué acróstico sobre la abreviación de su nombre de pila había enviado él (poeta cinético) a la señorita Marion Tweedy el 14 de febrero de 1888?

P *oetas hubo antaño en noble rima*
O *frendando al amor que nos anima*
L *oas de la belleza en su alta cima.*
D *ándote a ti la palma, por encima,*
Y *o así te canto ¡oh tú, mujer divina!*

¿Qué le había impedido acabar una canción de circunstancias (música de R. G. Johnston) sobre los acontecimientos del pasado, o características de los años actuales, titulada *Si Brian Boru volviera a ver ahora la vieja Dublín*, encargada por Michael Gunn,

concesionario del teatro Gaiety, calle South King, 46, 47, 48, 49, para ser presentada en la sexta escena, el valle de los diamantes, en la segunda edición (30 de enero de 1893) de la gran pantomima anual de Navidad *Simbad el Marinero* (texto de Greenleaf Whittier, decorados de George A. Jackson y Cecil Hicks, trajes de la señora y la señorita Whelan, puesta en escena por R. Shelton el 26 de diciembre de 1892 bajo la supervisión personal de la señora Michael Gunn, ballets por Jessie Noir, número de arlequinada por Thomas Otto) y cantada por la protagonista Nelly Bouverist?

En primer lugar, una oscilación entre acontecimientos de interés imperial y local, el anticipado jubileo de diamante de la Reina Victoria (nacida en 1820, entronizada en 1837) y la aplazada inauguración del nuevo mercado municipal de pescado: en segundo lugar, temor a la oposición de círculos extremistas en las cuestiones de las respectivas visitas de Sus Altezas Reales, el duque y la duquesa de York (real), y de Su Majestad el Rey Brian Boru (imaginaria): en tercer lugar, un conflicto entre la etiqueta profesional y la emulación profesional en cuanto a las erecciones del Grand Lyric Hall en Burgh Quay y el Theatre Royal en la calle Hawkins: en cuarto lugar, la confusión derivada de la compasión por la expresión del rostro de Nelly Bouverist, nada intelectual, nada política, nada de actualidad, y la concupiscencia causada por las revelaciones de Nelly Bouverist de ropa interior, nada intelectual, nada política, nada de actualidad, mientras ella (Nelly Bouverist) se encontraba en esas prendas: en quinto lugar, las dificultades de selección de música apropiada y alusiones humorísticas del *Libro de los chistes para todos* (1.000 páginas, con una carcajada en cada una): en sexto lugar, las rimas, homófonas y cacófonas, asociadas a los nombres del nuevo alcalde, Daniel Tallon, el nuevo jefe de policía, Thomas Pile, y el nuevo procurador general, Dunbar Plunket Barton.

¿Qué relación existía entre sus edades?

Hacía 16 años, en 1888, cuando Bloom tenía la edad actual de Stephen, Stephen tenía 6 años. 16 años después en 1920 cuando Stephen tuviera la edad

actual de Bloom, Bloom tendría 54. En 1936 cuando Bloom tuviera 70 años y Stephen 54, sus edades, inicialmente en razón de 16 a 0, serían como 17 ½ a 13 ½, aumentando la proporción y disminuyendo la disparidad según se añadieran arbitrarios años futuros, pues si la proporción que existía en 1883 hubiera seguido inmutable, suponiendo que eso fuera posible, hasta entonces, en 1904, cuando Stephen tenía 22 años, Bloom tendría 374, y en 1920 Stephen tendría 38 años, como tenía entonces Bloom, Bloom tendría 646, mientras que en 1952, cuando Stephen hubiera alcanzado la edad máxima postdiluviana de 70 años, Bloom, llevando en vida 1.190 años y habiendo nacido el año 714, habría sobrepasado en 221 años la edad máxima antediluviana, la de Matusalén, 969 años, mientras que, si Stephen siguiera viviendo hasta alcanzar esa edad el año 3072 D. C., Bloom habría estado obligado a llevar viviendo 83.300 años, y habría estado obligado a nacer el año 81396 antes de Cristo.

¿Qué acontecimientos podrían anular esos cálculos?

La cesación de existencia de ambos o de uno de ellos, la inauguración de una nueva era o calendario, la aniquilación del mundo y consiguiente exterminación de la especie humana, inevitable pero impredecible.

¿Cuántos encuentros previos probaban su conocimiento preexistente?

Dos. El primero en el jardín de las lilas de la casa de Matthew Dillon, Medina Villa, Kimmage Road, Roundtown, en 1887, en compañía de la madre de Stephen, teniendo entonces Stephen 5 años de edad y estando reacio a dar la mano en saludo. El segundo en el café del hotel Breslin, un domingo lluvioso de enero de 1892, en compañía del padre de Stephen y del tío-abuelo de Stephen, teniendo entonces Stephen 5 años más.

¿Aceptó Bloom la invitación a comer hecha entonces por el hijo y secundada luego por el padre?

Muy agradecido, con agradecida estimación, con sincera estimación agradecida, con estimativa agradecida sinceridad lamentándolo mucho, declinó.

¿Reveló su conversación sobre el tema de esas reminiscencias un tercer vínculo de conexión entre ellos?

La señora Riordan, una viuda con medios independientes, había residido en casa de los padres de Stephen desde el 1 de setiembre de 1888 hasta el 19 de diciembre de 1891 y también había residido durante los años 1892, 1893 y 1894 es el hotel City Arms, propiedad de Elizabeth O'Dowd en la calle Prusia 54, donde, durante partes de los años 1893 y 1894, había sido constante informadora de Bloom quien también residía en el mismo hotel, siendo en aquella época un empleado al servicio de Joseph Cuffe, Smithfield 5, para la superintendencia de ventas en el adyacente mercado de ganado de Dublín, en la avenida de circunvalación norte.

¿Había realizado alguna especial obra de misericordia corporal para ella?

A veces la había empujado, en cálidos atardeceres de verano, viuda inválida de medios independientes, aunque limitados, en su cochecito de convaleciente, con lentos giros de sus ruedas, hasta la esquina de la avenida de circunvalación norte enfrente de los locales de negocios del señor Gavin Low donde ella había permanecido durante ciertos tiempo escudriñando, a través de sus gemelos de campaña de lente única, ciudadanos irreconocibles en tranvías, bicicletas de turismo, equipadas con neumáticos inflados, coches de punto, tándems, landós particulares y de alquiler, calesas, carretelas y breaks pasando desde la ciudad de Phœnix Park y *viceversa*.

¿Por qué pudo entonces él soportar su vigilia con mayor ecuanimidad?

Porque en su adolescencia muchas veces se había quedado sentado observando a través de un redondel biselado de una vidriera multicolor el espectáculo

ofrecido por los continuos cambios de calle allá fuera, peatones, cuadrúpedos, velocípedos, vehículos, pasando lentamente, rápidamente, regularmente, en torno y en torno y en torno al borde de un redondo globo en precipitación.

¿Qué claros recuerdos diferentes tenía cada uno de ella, fallecida hacía ocho años?

El de más edad, sus cartas de bezique y sus fichas, su terrier Skye, su supuesta riqueza, sus fallos en responsividad y su incipiente sordera catarral; el más joven, su lámpara de aceite de colza delante de la estatua de la Inmaculada Concepción, sus cepillos verdes y marrones, por Charles Stewart Parnell y por Michael Davitt, sus papeles de seda.

¿No le quedaban en absoluto medios de conseguir el rejuvenecimiento que esas reminiscencias divulgadas a un acompañante más joven hacían aún más deseable?

La gimnasia en casa, antes practicada intermitentemente, subsiguientemente abandonada, prescrita en *La fuerza física: Cómo obtenerla*, de Eugen Sandow, que, especialmente preparada para hombres de comercio ocupados en actividades sedentarias, había de hacerse con concentración mental enfrente de un espejo de manera que entraran en juego las diversas familias de músculos y se produjera sucesivamente un placentero relajamiento y la más placentera repristinación de la agilidad juvenil.

¿Había poseído alguna especial agilidad en su primera juventud?

Aunque el levantamiento de pesos había estado más allá de su fuerza y el giro circular completo más allá de su valentía, sin embargo, siendo estudiante de Escuela Media, se había distinguido en su estable y prolongada ejecución del movimiento de media elevación en las barras paralelas a consecuencia de sus músculos abdominales anormalmente desarrollados.

¿Aludió alguno de ellos abiertamente a su diferencia racial?

Ninguno de los dos.

¿Cuáles, reducidos a su forma recíproca más sencilla, eran los pensamientos de Bloom sobre los pensamientos de Stepnen soore Bloom y los pensamientos de Bloom sobre los pensamientos de Stephen sobre los pensamientos de Bloom sobre Stephen?

Él pensaba que él pensaba que él era judío mientras que él sabía que él sabía que él sabía que no lo era.

¿Cuáles, dejando a un lado las barreras de la reticencia, eran sus respectivas filiaciones?

Bloom, único hijo varón transubstancial heredero de Rudolf Virag (subsiguientemente Rudolf Bloom) de Szombathely, Viena, Budapest, Milán, Londres y Dublín, y de Ellen Higgins, hija segunda de Julius Higgins (nacido Karoly) y Fanny Higgins (nacida Hegarty); Stephen, hijo mayor sobreviviente varón heredero consubstancial de Simon Dedalus, de Cork y Dublín, y de Mary, hija de Richard y Christina Goulding (nacida Brier).

¿Habían sido bautizados Bloom y Stephen, y dónde y por quién, clérigo o lego?

Bloom (tres veces) por el reverendo señor Gilmer Johnston M. A., solo, en la iglesia protestante de San Nicolás de Afuera, Coombe; por James O'Connor, Philip Gilligan y James Fitzpatrick, juntos, bajo una bomba en la aldea de Swords; y por el reverendo Charles Malone C. C., solo, en la iglesia de los Tres Patrones, Rathgar. Stephen (una vez) por el reverendo Charles Malone C. C., solo, en la iglesia de los Tres Patrones, Rathgar.

¿Encontraban semejantes sus carreras educacionales?

Poniendo a Stephen en el lugar de Bloom, Stoom habría pasado sucesivamente por una escuela privada y la escuela media. Poniendo a Bloom en el lugar de Stephen, Blephen habría pasado sucesivamente por la preparatoria, elemental, media y grados superiores de la intermedia y a través de la matriculación, primero de letras, segundo de letras y curso de graduación en letras de la Real Universidad.

¿Por qué Bloom se contuvo de afirmar que había frecuentado la universidad de la vida?

Por su fluctuante incertidumbre sobre si esa observación había o no sido hecha ya por él a Stephen o por Stephen a él.

¿Qué dos temperamentos representaban individualmente?

El científico. El artístico.

¿Qué pruebas adujo Bloom para probar que su tendencia era hacia la ciencia aplicada más bien que hacia la pura?

Ciertas posibles invenciones sobre las que había cogitado en posición reclinada en estado de repleción supina para ayudar a la digestión, estimulado por su reconocimiento de la importancia de inventos ahora comunes pero en otro tiempo revolucionarios por ejemplo, el paracaídas aeronáutico, el telescopio de reflexión, el sacacorchos espiral, el imperdible, el sifón de agua mineral, la esclusa de canal con compuertas mecánicas, la bomba de succión.

¿Estaban esos inventos principalmente pensados para un proyecto perfeccionado de kindergarten?

Sí, dejando anticuadas las pistolas de aire comprimido, los globos elásticos, los juegos de azar, los tiradores. Comprendían caleidoscopios astronómicos exhibiendo las doce constelaciones del zodíaco desde Aries a Piscis, planetarios mecánicos en miniatura, caramelos aritméticos de gelatina, galletas geométricas para corresponder con otras zoológicas, pelotas mapamundi para jugar, muñecas con indumentaria histórica.

¿Qué le estimulaba también en sus cogitaciones?

El éxito financiero conseguido por Ephraim Marks y Charles A. James, aquél con su bazar de a penique en la calle George 42, Sur, el otro con su tienda de a seis peniques y medio y su feria universal de fantasías y exposición de figuras de cera en calle Henry 30, entrada 2 peniques, niños 1 penique: y las

infinitas posibilidades hasta entonces sin explotar del moderno arte de la publicidad si se condensara en símbolos triliterales monoideales, verticalmente de máxima visibilidad (adivinada), horizontalmente de máxima legibilidad (descifrada) y de magnética eficacia para retener involuntariamente la atención, para interesar, convencer, decidir.

¿Tales como?

K. 11. Kino's 11 - Pantalones.

Casa de las Llaves. Alexander J. Llavees.

¿Tales como no?

Mire esta larga bujía. Calcule cuándo se consume y recibirá gratis 1 par de nuestras botas especiales de auténtico cuero, garantizadas brillo de 1 bujía. Dirección: Barclay & Cook, calle Talbot 18.

Matabacil (Polvo insecticida).

Supermejor (Crema para el calzado).

Lehacefalta (Navaja combinada de doble filo con sacacorchos, lima de uñas y limpiapipas).

¿Tales como jamás?

¿Qué es el hogar que no tiene carne en conserva Ciruelo?

Incompleto.

Y cuando viene, una antesala del cielo.

Manufacturada por G. Ciruelo, Merchant'sQuay 23, Dublín, en recipientes de 4 onzas, y publicada por el Concejal Joseph P. Nannetti, diputado por Rotunda, calle Hardwicke 19, bajo las necrologías y los aniversarios de fallecimientos. El nombre en la etiqueta es Ciruelo. Un Ciruelo es olla de carne, marca registrada. Cuidado con las imitaciones. Conse en carnerva. Liruezo. Cornerva. Cerulo.

¿Qué ejemplo adujo para inducir a Stephen a deducir que la originalidad, aunque produciendo su propia recompensa, no siempre conduce al éxito?

Su propio proyecto, ideado y rechazado, de un carro de exhibición iluminado, arrastrado por una bestia de tiro, en que dos chicas elegantes estarían sentadas escribiendo.

¿Qué escena sugerida fue construida entonces por Stephen?

Hotel solitario en paso de montañas. Otoño. Crepúsculo. Fuego encendido. En rincón oscuro, hombre joven sentado. Entra mujer joven. Inquieta. Solitaria. Se sienta. Va a la ventana. Se queda de pie. Se sienta. Escribe. Suspira. Ruedas y cascos de caballos. Sale apresurada. El sale de su rincón oscuro. Se apodera del papel solitario. Lo acerca al fuego. Lee. Solitario.

¿Qué?

En letra inclinada, derecha, al revés: Queen's Hotel, Queen's Hotel, Queen's Ho...

¿Qué escena sugerida fue reconstruida entonces por Bloom?

El Queen's Hotel, en Ennis, condado de Clare, donde Rudolph Bloom (Rudolf Virag) murió en la tarde del 27 de junio de 1886, a cierta hora no fijada, a consecuencia de una dosis excesiva de matalobo (acónito) autoadministrado en forma de linimento neurálgico, compuesto de dos partes de linimento de aconito por una de linimento de cloroformo (adquirido por él a las 10 y 20 de la mañana del 27 de junio de 1886 en la farmacia de Francis Dennehy, calle Church 17, Ennis) tras haber, aunque no a consecuencia de haber, adquirido a las 3 y 15 de la tarde del 27 de junio de 1886 un sombrero nuevo de paja, canotier, de elegancia extra (tras haber, aunque no a consecuencia de haber, adquirido en la hora y lugar susodichos, el susodicho tósico), en el gran almacén de vestimenta de James Cullen, calle Main 4, Ennis.

¿Atribuyó él esa homonimidad a información o a coincidencia o a intuición?

A coincidencia.

¿Pintó la escena verbalmente para que la viera su invitado?

Prefirió por su parte ver la cara del otro y escu-

char las palabras del otro por las cuales se realizaba una narración potencial y se desahogaba su temperamento cinético.

¿Vio sólo una segunda coincidencia en la segunda escena que se le narraba, descrita por el narrador como *Vista de Palestina desde el Pisgah* o *La parábola de las ciruelas*?

Ésta, con la escena precedente y con otras no narradas pero existentes por implicación, a las que hay que añadir ensayos sobre diversos temas o apotegmas morales (por ejemplo, *Mi héroe favorito* o *No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy*) compuestos durante los años escolares, le parecía contener en sí misma y en conjunción con la ecuación personal, ciertas posibilidades de éxito financiero, social, personal y sexual, bien sea que especialmente se recogieran y seleccionaran como temas pedagógicos modelo (de un cien por cien de mérito) para uso de los estudiantes de los cursos preparatorios y elementales, o bien se aportaran en forma impresa, siguiendo el precedente de Philip Beaufoy o el Doctor Dick o los *Estudios en azul* de Heblon, en una publicación de circulación y solvencia verificadas, o bien se emplearan verbalmente como estímulo intelectual para oyentes comprensivos, tácitamente apreciadores de la narrativa lograda y confiadamente auguradores de feliz éxito, durante las noches cada vez más largas que seguían gradualmente al solsticio de verano en el día siguiente más tres, a saber, el martes, 21 de junio (San Luis Gonzaga), el sol sale a las 3.33 de la mañana, se pone a las 8.29 de la tarde.

¿Qué problema doméstico ocupaba su mente tan frecuentemente como cualquier otro, si es que no más?

Qué hacer con nuestras mujeres.

¿Cuáles habían sido sus singulares soluciones hipotéticas?

Juegos de salón (dominó, ludo, salto de la pulga, varillas chinas, taza y bola, solitario de Napoleón, *écarté*, *bezique*, treinta y cuarenta, damas, ajedrez o chaquete): bordado, zurcido o punto para la Socie-

dad del Ropero de la Policía: dúos musicales, mandolina y guitarra, piano y flauta, guitarra y piano: copia de documentos legales o direcciones en sobres: visitas bisemanales a espectáculos de variedad: actividades comerciales en cuanto gratamente ordenante y gratamente obedecida señora y propietaria en una fresca lechería o en un caliente café para fumadores: satisfacción clandestina de la irritación erótica en burdeles masculinos, inspeccionados por el Estado y con control médico: visitas sociales, a intervalos regulares, infrecuentes y prevenidas, y con vigilancia regular, frecuente y preventiva, a y de conocimientos femeninos de reconocida respetabilidad en la vecindad: cursos de instrucción nocturna especialmente preparados para hacer agradable la instrucción liberal.

¿Qué ejemplos de deficiente desarrollo mental en su mujer le inclinaban a favor de la última (novena) de las soluciones mencionadas?

En momentos desocupados, más de una vez, ella había cubierto una hoja de papel de signos y jeroglíficos que afirmó que eran caracteres griegos e irlandeses y hebreos. Había interrogado constantemente a intervalos variados sobre el método correcto de escribir la mayúscula inicial del nombre de una ciudad del Canadá, Quebec. Entendía poco de las complicaciones internas, políticas, o del equilibrio de potencias, externo. Al calcular la suma de las cuentas frecuentemente recurría a ayuda digital. Tras realizar lacónicas composiciones epistolares abandonaba el instrumento de la caligrafía en el pigmento encáustico, expuesto a la acción corrosiva de la caparrosa, el vitriolo verde y la agalla. Los polisílabos de origen extranjero los interpretaba fonéticamente o por falsa analogía o por ambas cosas: metempsicosis (métense cosas), *alias* (una persona mentirosa mencionada en la Sagrada Escritura).

¿Qué compensaba, en la falseada balanza de su inteligencia, estas y análogas deficiencias de juicio respecto a personas, lugares y cosas?

El falso paralelismo aparente de todos los brazos

perpendiculares de todas las balanzas, demostrado verdadero por construcción. El contrapeso de su eficacia de juicio respecto a una persona, demostrado verdadero por experimento.

¿Cómo había intentado él remediar ese estado de relativa ignorancia?

De diversos modos. Dejando en lugar visible cierto libro abierto en cierta página: suponiendo en ella, en alusión explicatoria, un conocimiento latente: ridiculizando abiertamente en su presencia el lapso ignorante de alguna persona ausente.

¿Con qué éxito había intentado la instrucción directa?

Ella no seguía el todo, sino una parte del todo, prestaba atención con interés, comprendía con sorpresa, con cuidado repetía, con mayor dificultad recordaba, olvidaba con facilidad, con sospecha recordaba, volvía a repetir con error.

¿Qué sistema se había demostrado más eficaz?

La sugestión indirecta que implicara interés personal.

¿Ejemplo?

A ella le molestaba paraguas con lluvia, a él le gustaba mujer con paraguas, a ella le molestaba sombrero nuevo con lluvia, a él le gustaba mujer con sombrero nuevo, él compró sombrero nuevo con lluvia, ella llevó paraguas con sombrero nuevo.

Aceptando la analogía implicada en la parábola de su invitado, ¿qué ejemplos de eminencia post-exiliar adujo?

Tres buscadores de la verdad pura, Moisés de Egipto, Moisés Maimónides, autor de *More Neubkim* (Guía de los Perplejos) y Moisés Mendelssohn, de tal eminencia que desde Moisés (de Egipto) a Moisés (Mendelsshon) no surgió nadie como Moisés (Maimónides).

¿Qué afirmación se hizo, sujeta a corrección, por Bloom, en referencia a un cuarto buscador de la ver-

dad pura, llamado Aristóteles, mencionado, bajo permiso, por Stephen?

Que el mencionado buscador había sido discípulo de un filósofo rabínico, de nombre incierto.

¿Fueron mencionados otros anapócrifos hijos ilustres de la ley y retoños de una raza selecta o rechazada?

Felix Bartholdy Mendelssohn (compositor), Baruch Spinoza (filósofo), Mendoza (pugilista), Ferdinand Lassalle (reformador, duelista).

¿Qué fragmentos poéticos de las lenguas hebrea antigua e irlandesa antigua se citaron con modulaciones de voz y traducción de textos por el anfitrión al invitado y por el invitado al anfitrión?

Por Stephen: *suil, suil, suil arun, suil go siocair agus, suil go cuin* (anda, anda, anda por tu camino, anda seguro, anda con cuidado).

Por Bloom: *Kifeloch, harimon rakatejch m'baad l'zamatejch* (tu sien entre tu pelo es como un gajo de granada).

¿Cómo se estableció una comparación glífica de los símbolos fónicos de ambas lenguas en corroboración de la comparación oral?

En la penúltima guarda de un libro de estilo literario inferior, titulado *Dulzuras del pecado* (sacado por Bloom y manipulado de tal modo que su tapa superior estuviera en contacto con la superficie de la mesa) con un lápiz (proporcionado por Stephen) Stephen escribió los caracteres irlandeses correspondientes a G, E, D, M, simples y modificados, y Bloom a su vez escribió los caracteres hebreos ghimel, aleph, daleth y (en ausencia de mem) un goph como sustitución, explicando sus valores aritméticos como números ordinales y cardinales, a saber, 3, 1, 4 y 100.

¿Era teórico o práctico el conocimiento que cada uno de los dos poseía de estas lenguas, la extinguida y la revivida?

Teórico, estando limitado a ciertas reglas gramaticales de accidencia y sintaxis y excluyendo prácticamente el vocabulario.

¿Qué puntos de contacto existían entre esas lenguas y entre los pueblos que las hablaban?

La presencia de sonidos guturales, aspiraciones diacríticas y letras epentéticas y serviles en ambas lenguas: su antigüedad, habiendo sido ambas enseñadas en la llanura de Shinar 242 años antes del diluvio en el seminario instituido por Fenius Farsaigh, descendiente de Noé y ascendiente de Heber y Heremon, progenitores de Irlanda: sus literaturas arqueológicas, genealógicas, hagiográficas, exegéticas, homilécticas, toponomásticas, históricas y religiosas, comprendiendo las obras de rabíes y culdees, la Torah, el Talmud (Mischna y Ghemara) la Massora, el Pentateuco, el Libro de la Vaca Pía, el Libro de Ballymote, la Guirnalda de Howth, el Libro de Kells: su dispersión, persecución, supervivencia y reviviscencia: el aislamiento de sus ritos sinagógicos y eclesiásticos en el ghetto (Abadía de Santa María) y la casa de la misa (Taberna de Adán y Eva): la proscripción de sus vestimentas nacionales en leyes penales y en los decretos sobre ropas de los judíos: la restauración de David de Sión en Canaán y la posibilidad para Irlanda de autonomía política o devolución.

¿Qué himno salmodió Bloom en parte, previendo esa múltiple consumación, étnicamente irreductible?

Kolod balejwaw pnimah
Nefesch, jehudi, homijah.

¿Por qué se detuvo el salmodiar a la conclusión de ese primer dístico?

A consecuencia de una deficiente mnemotecnia.

¿Cómo compensó esa deficiencia el salmodiador?

Con una versión perifrástica del texto general.

¿En qué estudio común convergieron sus reflexiones mutuas?

La creciente simplificación observable desde los jeroglíficos epigráficos egipcios hasta los alfabetos griego y romano y la anticipación del moderno có-

digo estenográfico y telegráfico en las inscripciones cuneiformes (semíticas) y la escritura virgular quinquecostada ogham (céltica).

¿Asintió el invitado a la petición de su anfitrión?

Doblemente, poniendo su firma en caracteres irlandeses y romanos.

¿Cuál fue la sensación auditiva de Stephen?

Oyó en una profunda antigua melodía masculina nada familiar la acumulación del pasado.

¿Cuál fue la sensación visual de Bloom?

Vio en una vivaz forma joven masculina familiar la predestinación de un futuro.

¿Cuáles fueron en Stephen y en Bloom las cuasisimultáneas cuasisensaciones volicionales de identidades ocultas?

Visualmente, de Stephen: La tradicional figura de la hipóstasis, descrita por San Juan Damasceno, Lentulus Romanus y Epiphanius Monachus como leucodérmica, sesquipedal y de pelo oscurovinoso.

Auditivamente, de Bloom: El tradicional acento del éxtasis de la catástrofe.

¿Qué carreras futuras habían sido posibles para Bloom en el pasado y con qué modelos?

En la iglesia, católica, anglicana o no conformista: modelos, el muy Reverendo John Conmee, S. J., el Reverendo T. Salmon, D. D., preboste de Trinity College, el Dr. Alexander J. Dowie. En el foro, inglés o irlandés: modelos, Seymour Bushe, K. C., Rufus Isaacs, K. C. En la escena, moderna o shakespeariana: modelos, Charles Wyndham, alta comedia, Osmond Tearle († 1901), intérprete de Shakespeare.

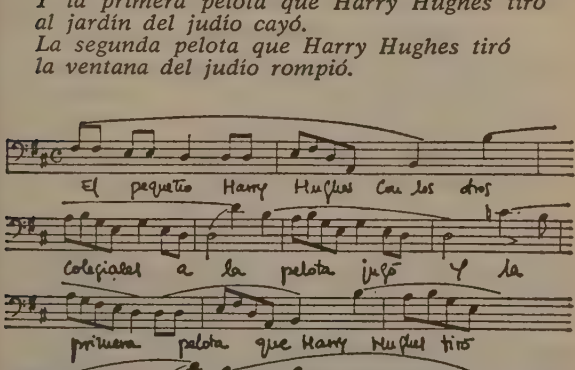
¿Animó el anfitrión a su invitado a entonar en voz modulada una leyenda extraña sobre un tema afín?

Dándole confianza, ya que su lugar, donde nadie les podía oír hablar, era apartado, y tomando confian-

za, ya que los brebajes decocidos, dejando a un lado el sedimento subsólido residual de una mezcla mecánica, agua más azúcar más crema más cacao, habían sido consumidos.

Recítese la primera (mayor) parte de esta leyenda cantada.

El pequeño Harry Hughes con los otros
colegiales a la pelota jugó.
Y la primera pelota que Harry Hughes tiró
al jardín del judío cayó.
La segunda pelota que Harry Hughes tiró
la ventana del judío rompió.



¿Cómo recibió esta primera parte el hijo de Rudolph?

Con sentimientos nada mezclados. Sonriendo, judío, oyó con placer y vio la ventana de la cocina sin romper.

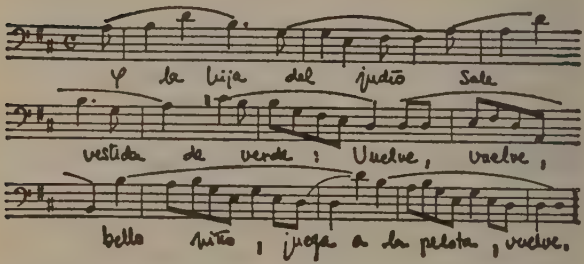
Recítese la segunda parte (menor) de la leyenda:

Y la hija del judío
sale, vestida de verde:
«Vuelve, vuelve, bello niño,
juega a la pelota, vuelve.»

«No puedo volver, no quiero
de mis amigos perderme,
me costaría muy caro
si el maestro lo supiese.»

Le ofreció su blanca mano,
dentro de casa le mete
y se le lleva hasta un cuarto
donde ninguno les siente.

Allí saca un cortaplumas,
le corta el cuello, ¡ay qué muerte!
Ya no juega a la pelota,
con los muertos está siempre.



¿Cómo recibió esta segunda parte el padre de Millicent?

Con sentimientos mezclados. Sin sonreír, oyó y vio con asombro una hija de judío, toda vestida de verde.

Condénsese el comentario de Stephen.

Uno entre todos, el menor de todos, es la víctima predestinada. Una vez por descuido, la segunda vez

por propósito, desafía a su destino. Éste llega cuando él queda abandonado y le desafía rectante y, como una aparición de esperanza y juventud, le aferra sin resistencia. Le lleva a una extraña habitación, a una secreta estancia infiel, y allí, implacable, le inmola, consentidor.

¿Por qué estaba triste el anfitrión (víctima predestinada)?

Deseaba que se narrara el relato de un hecho de un hecho no hecho por él no debería ser narrado por él.

¿Por qué estaba el anfitrión quieto (reluctante, sin resistir)?

De acuerdo con la ley de la conservación de la energía.

¿Por qué estaba el anfitrión silencioso (secreto, infiel)?

Sopesaba las posibles pruebas a favor y en contra del crimen ritual: la incitación de la jerarquía, la superstición del populacho, la propagación de rumores en continuada disolución de veridicidad, la envidia a la opulencia, la influencia de la represalia, la reaparición esporádica de la delincuencia atavística, las circunstancias atenuantes del fanatismo, la sugestión hipnótica y el sonambulismo.

¿De cuál (si de alguno) de estos desórdenes mentales o físicos no estaba él totalmente inmune?

De la sugestión hipnótica: una vez, al despertar, no había reconocido la habitación en que dormía: más de una vez, al despertar había estado, durante un tiempo indefinido, incapaz de moverse o lanzar sonidos. Del sonambulismo: una vez, durmiendo, su cuerpo se había levantado, agachado y arrastrado en dirección a un fuego sin calor y, habiendo alcanzado su destino, allí, acurrucado, sin calentar, había yacido en atuendo nocturno, durmiendo.

¿Se había declarado este último fenómeno o alguno semejante en algún miembro de la familia?

Dos veces, en la calle Holles y en Ontario Terrace, su hija Millicent (Milly), a las edades de 6 y 8 años, había lanzado en sueños una exclamación de terror y había contestado a las interrogaciones de dos figuras en atuendo nocturno con una expresión muda y vacía.

¿Qué otros recuerdos infantiles tenía él de ella?

15 de junio de 1889. Un quejumbroso ser recién nacido, de sexo femenino, llorando hasta causar y disminuir la congestión. Una niña rebautizada Padney Porucha que lucha y achucha su hucha: contaba sus tres peniques de botones sueltos uno, dlos, tles: una muñeca, un niño, un marinero, los tiró lejos: rubia, nacida de dos morenos, tenía linaje rubio, remoto, una violación, Herr Hauptmann Hainau, ejército austríaco, próximo, una alucinación, teniente Mulvey, Armada Británica.

¿Qué características endémicas estaban presentes?

Recíprocamente la formación nasal y frontal derivaba de una línea directa de descendencia que, aunque interrumpida, continuaría a intervalos distantes hasta sus más distantes intervalos.

¿Qué recuerdos tenía él de su adolescencia?

Ella relegó a un rincón su aro y su cuerda de saltar. En el Duke's Lawn, invitada por un viajero inglés, rehusó permitirle que tomase y se llevase su imagen fotográfica (objeción no indicada). En la avenida de circunvalación sur, en compañía de Elsa Potter, seguida por un individuo de aspecto siniestro, bajó hasta la mitad de la calle Stamer y se volvió atrás de repente (razón del cambio no indicada). En la víspera del 15.° aniversario de su nacimiento escribió una carta desde Mullingar, condado de Westmeath, haciendo una breve alusión a un estudiante (facultad y año no indicados).

¿Le afligía esa primera separación, anunciando una segunda separación?

Menos de lo que había imaginado, más de lo que él había tenido esperanza.

¿Qué segunda separación fue percibida por él a la vez de modo semejante aunque diferente?

Una desaparición temporal de su gata.

¿Por qué de modo semejante, por qué de modo diferente?

De modo semejante, por movidas por un secreto propósito de búsqueda de un nuevo macho (estudiante de Mullingar) o de una hierba curativa (valeriana). De modo diferente, por diferentes posibles retornos a los habitantes o a la habitación.

En otros aspectos, ¿eran semejantes sus diferencias?

En pasividad, en economía, en el instinto de la tradición, en imprevisibilidad.

¿En cuanto qué?

En cuanto que ella, inclinándose, se sostenía el pelo rubio para que él se lo atara con una cinta (compárese gata con el cuello arqueado). Además, en la libre superficie del lago, en Stephen's Green, entre reflejos invertidos de árboles, su escupitajo no comentado, describiendo círculos concéntricos de anillos de agua, indicaba por la constancia de su permanencia la localización de un pez postrado en somnolencia (compárese gata observando ratón). También, para recordar la fecha, los combatientes, resultado y consecuencias de una acción militar famosa, ella se sacaba una trenza del pelo (compárese gata lavándose oreja). Además, Milly filili, soñaba haber tenido una conversación no dicha ni recordada con un caballo que se llamaba Joseph a quien (al que) había ofrecido un vaso de limonada que él (el caballo) había parecido aceptar (compárese gata soñando junto al hogar). Por consiguiente en pasividad, en economía, en el instinto de tradición, en imprevisibilidad, sus diferencias eran semejantes.

¿De qué modo había él utilizado regalos dados como augurios matrimoniales, 1) un búho, 2) un reloj, para interesarla e instruirla?

Como lecciones de cosas para explicar: 1) la naturaleza y costumbres de los animales ovíparos, la

posibilidad de la navegación aérea, ciertas anormalidades de visión, el proceso secular del embalsamamiento: 2) el principio del péndulo, ejemplificado en balancín, rueda catalina y escape, la traducción a términos de regulación humana o social, de las diversas posiciones, en el sentido de las horas, de indicaciones móviles sobre una esfera inmóvil, la exactitud de la repetición por hora de un instante en cada hora, cuando el indicador largo y el corto estaban en el mismo ángulo de inclinación, a saber, 5 5/11 minutos después de cada hora por hora en progresión aritmética.

¿De qué manera correspondió ella?

Ella recordaba: en el 27.° aniversario de su nacimiento le regaló una taza de desayuno con bigotera de porcelana imitación Crown Derby. Ella proveía: al cumplirse los trimestres, más o menos, si o cuando se habían hecho compras por él no para ella, ella se mostraba atenta a las necesidades de él, adivinando sus deseos. Ella admiraba: habiendo sido explicado un fenómeno natural por él no para ella, ella expresaba el deseo inmediato de poseer sin adquisición gradual una fracción de su ciencia, la mitad, la cuarta parte, una milésima parte.

¿Qué propuesta hizo Bloom, diámbulo, padre de Milly, sonámbula, a Stephen, noctámbulo?

Pasar en reposo las horas intervinentes entre el jueves (propiamente dicho) y el viernes (normal) en un improvisado cubículo en el local inmediatamente encima de la cocina e inmediatamente adyacente al local de dormir de su anfitrión y anfitriona.

¿Qué diversas ventajas habrían o podrían haber resultado de una prolongación de tal improvisación?

Para el invitado: seguridad de domicilio y seclusión para el estudio. Para el anfitrión: rejuvenecimiento de la inteligencia, satisfacción por vía de sustitución. Para la anfitriona: desintegración de obsesión, adquisición de una pronunciación italiana correcta.

¿Por qué esas diversas contingencias provisionales entre un invitado y una anfitriona no habrían necesariamente impedido ni sido impedidas por una eventualidad permanente de unión reconciliatoria entre un estudiante y la hija de un judío?

Porque el camino hacia la hija pasaba por la madre, el camino a la madre, por la hija.

¿A qué inconsecuente pregunta polisilábica de su anfitrión respondió el invitado con una respuesta negativa monosilábica?

Si había conocido a la difunta señora Emily Sinico, muerta en accidente en la estación ferroviaria Sydney Parade, el 14 de octubre de 1903.

¿Qué incipiente afirmación corolaria fue suprimida consiguientemente por el anfitrión?

Una declaración explicatoria de su ausencia en la ocasión de la inhumación de la señora Mary Dedalus (nacida Goulding), el 26 de junio de 1903, víspera del aniversario del fallecimiento de Rudolph Bloom (nacido Virag).

¿Fue aceptada la propuesta de asilo?

Prontamente, inexplicablemente, con amistosidad, con gratitud, fue declinada.

¿Qué intercambio de dinero tuvo lugar entre anfitrión e invitado?

El primero devolvió al segundo, sin intereses, una suma de dinero (1 libra, 7 chelines, 0 peniques), adelantada por el segundo al primero.

¿Qué contrapropuestas, alternativamente, se ofrecieron, se aceptaron, se modificaron, se declinaron, se reafirmaron en otros términos, se reaceptaron, se ratificaron, se reconfirmaron?

Inaugurar un preorganizado curso de enseñanza del italiano, lugar, la residencia de la instruida. Inaugurar un curso de enseñanza vocal, lugar, la residencia de la instructora. Inaugurar una serie de diálogos intelectuales estáticos, semiestáticos y peripatéticos, lugares de residencia de ambos interlocutores (si ambos interlocutores residían en el mismo lugar), el

hotel y bar Ship, calle Lower Abbey 6 (propietarios, W. y E. Connery), la Biblioteca Nacional de Irlanda, calle Kildare 10, el Hospital Nacional de Maternidad, calle Holles 29, 30 y 31, un parque público, las cercanías de un lugar de culto, una conjunción de dos o más vías públicas, el punto de bisección de una línea recta trazada entre sus residencias (si ambos interlocutores residían en diferentes lugares).

¿Qué hacía problemática para Bloom la realización de esas proposiciones mutuamente autoexcluyentes?

La irreparabilidad del pasado: una vez, en una representación del circo Albert Hengler en la Rotunda, Rutland Square, Dublín, un intuitivo payaso multicolor en busca de paternidad había penetrado desde la pista hasta un lugar entre el auditorio donde estaba sentado Bloom, solitario, y había declarado en voz alta a un público exhilarado que él (Bloom) era su papá (del payaso). La imprevisibilidad del futuro: una vez en el verano de 1898 él (Bloom) había marcado un florín (2 chelines) con tres mellas en el cordón del canto y lo había entregado en pago de una cuenta debida a y recibida por J. y T. Davy, comestibles con servicio a domicilio, Charlemont Mall 1, Grand Canal, para su circulación en las aguas de la finanza cívica, para su posible regreso, indirecto o directo.

¿Era hijo de Bloom el payaso?
No.

¿Había regresado la moneda de Bloom?
Nunca.

¿Por qué un fracaso repetido le deprimiría aún más?

Porque en el viraje crítico de la existencia humana deseaba enmendar muchas condiciones sociales, producto de la desigualdad y la avaricia y la animosidad internacional.

¿Creía él entonces que la vida humana era infinitamente perfectible, eliminándose esas condiciones?

Quedaban las condiciones genéricas impuestas por la ley natural, en cuanto distinta de la ley humana, como partes integrantes de la totalidad humana: la necesidad de destrucción para procurarse sustento alimenticio: el carácter doloroso de las funciones últimas de la existencia individual, los sufrimientos del nacimiento y la muerte: la monótona menstruación de las hembras simiescas y (especialmente) humanas extendiéndose desde la edad de la pubertad hasta la menopausia: los inevitables accidentes en el mar, en las minas y fábricas: ciertas enfermedades muy dolorosas y sus consecuentes operaciones quirúrgicas, la locura hereditaria y la delincuencia congénita: las diezmadoras epidemias: los cataclismos catastróficos que hacen del terror la base de la mentalidad humana: los trastornos sísmicos cuyos epicentros están situados en zonas densamente pobladas: el hecho del crecimiento vital, a través de convulsiones de metamorfosis desde la niñez a través de la madurez hasta la decadencia.

¿Por qué desistió de la especulación?

Porque era una tarea para una inteligencia superior poner otros fenómenos más aceptables en sustitución de los menos aceptables fenómenos a suprimir.

¿Participó Stephen en su desánimo?

Afirmó su importancia como animal consciente racional que avanza silogísticamente desde lo conocido a lo desconocido y como reagente consciente racional entre un microcosmos y un macrocosmos ineluctablemente construido sobre la incertidumbre del vacío.

¿Fue comprendida esta afirmación por Bloom?

No verbalmente. Sustancialmente.

¿Qué le consoló en su incomprensión?

Que como competente ciudadano sin llave él había avanzado enérgicamente desde lo desconocido a lo conocido a través de la incertidumbre del vacío.

¿En qué orden de precedencia, con qué ceremonia de acompañamiento tuvo lugar el éxodo desde la casa de servidumbre al desierto de la inhabitación?

Vela Encendida en Candelero portada por BLOOM.
Sombrero Diaconal en Bastón de Fresno portado por STEPHEN.

¿Con qué entonación *secreto* de qué salmo conmemorativo?

El 113, *modus peregrinus: In exitu Israel de Egypto: domus Jacob de populo barbara.*

¿Qué hizo cada cual en la puerta de egreso?

Bloom dejó el candelero en el suelo. Stephen se puso el sombrero en la cabeza.

¿Para qué criatura fue la puerta de egreso una puerta de ingreso?

Para una gata.

¿Qué hizo cada cual en la puerta de egreso?

mero el anfitrión, luego el invitado, emergieron silenciosamente, doblemente en tinieblas, desde la obscuridad por un pasadizo desde la parte trasera de la casa a la penumbra del jardín?

El árbol celeste de estrellas cargado de húmedos frutos nocheazulados.

¿Con qué meditaciones acompañó Bloom su demostración, a su acompañante, de diversas constelaciones?

Meditaciones sobre la evolución crecientemente más vasta: sobre la luna invisible en su incipiente lunación, acercándose al perigeo: sobre la infinita lactiginosa centelleante incondensada Vía Láctea, discernible a la luz del día por un observador situado en el extremo inferior de un pozo cilíndrico vertical hundido a 5.000 pies de la superficie hacia el centro de la tierra: sobre Sirio (alpha del Can Mayor) a 10 años-luz (57.000.000.000.000 millas) de distancia y en volumen de 900 veces el tamaño de nuestro planeta: sobre Arturo: sobre la precesión de los equinoccios: sobre Orión con su cinturón y sol séxtuple Theta y

su nebulosa en que podrían contenerse 100 de nuestros sistemas solares: de las estrellas moribundas y nacientes tales como la Nova de 1901: sobre nuestro sistema que se hunde hacia la constelación de Hércules: sobre el paralaje o derivación paraláctica de las llamadas estrellas fijas, en realidad siempre móviles desde eones inconmensurablemente remotos hacia futuros infinitamente remotos en comparación con los cuales los años, tres veintenas más diez, otorgados a la vida humana, formaban un paréntesis de infinitesimal brevedad.

¿Hubo meditaciones inversas sobre involución crecientemente menos vasta?

Sobre los eones de los períodos geológicos registrados en la estratificación de la tierra: sobre las miríadas de existencias orgánicas entomológicas ocultas en cavidades de la tierra, bajo piedras removibles, en colmenas y montículos, de microbios, gérmenes, bacterias, bacilos, espermatozoos: sobre los incalculables trillones de billones de millones de moléculas imperceptibles contenidas por cohesión de afinidad molecular en una sola cabeza de alfiler: sobre el universo del suero humano constelado de corpúsculos rojos y blancos, a su vez universos de espacio vacío constelado de otros cuerpos, cada cual siendo, en continuidad, su universo de cuerpos componentes divisibles, cada uno de los cuales a su vez volvía a ser divisible en divisiones de cuerpos componentes redivisibles, disminuyendo cada vez más los dividendos y divisores sin división efectiva hasta que, si se llevara suficientemente adelante el proceso, no se llegaría a nada en ningún sitio.

¿Por qué no elaboró esos cálculos hasta un resultado más preciso?

Porque unos años antes en 1886 cuando se ocupaba del problema de la cuadratura del círculo, había llegado a saber de la existencia de un número calculado hasta un grado relativo de exactitud como de tal magnitud y de tantas cifras, por ejemplo, la novena potencia de la novena potencia de 9, que, obtenido el resultado, 33 volúmenes de letra apretada cada cual con 1.000 páginas de innumerables pliegos

y resmas de papel biblia tendrían que ser requisionados para contener la cuenta completa de sus enteros impresos en unidades, decenas, centenas, millares, decenas de millones, centenas de millones, billones, conteniendo sucintamente el núcleo de la nebulosa de cada cifra de cada serie la posibilidad de ser elevada a la máxima elaboración cinética de cualquier potencia de cualquiera de sus potencias.

¿Encontraba más fácil de solución el problema de la habitabilidad de los planetas y sus satélites por una raza, dada en especies, y de la posible redención social y moral de dicha raza por un redentor?

De un orden diferente de dificultad. Consciente de que el organismo humano, normalmente capaz de resistir una presión atmosférica de 19 toneladas, una vez elevado a una altitud considerable en la atmósfera terrestre, sufría, en progresión aritmética de intensidad, al aproximarse a la línea de demarcación entre troposfera y estratosfera, hemorragias nasales, dificultades de respiración y vértigo, al proponer este problema para su solución, había conjeturado, como hipótesis de trabajo que no podía ser demostrada como imposible, que una raza de seres más adaptable y de diferente construcción anatómica podría subsistir de otro modo bajo suficientes y equivalentes condiciones marcianas, mercuriales, venusianas, jupiterinas, neptunianas y uránicas, aunque una humanidad apogeica de seres creados en formas variadas con diferencias finitas resultando similares al conjunto y entre sí, probablemente, aquí como allí, permanecería inalterable e inalienablemente apegada a las vanidades, a las vanidades de vanidades y todo lo que es vanidad.

¿Y el problema de la posible redención?

La menor se demostraba por la mayor.

¿Qué diversas características de las constelaciones se consideraron sucesivamente?

Los diversos colores indicando diversos grados de vitalidad (blanco, amarillo, carmesí, bermellón, cinabrio): sus grados de brillantez: sus magnitudes reveladas hasta la 7.ª inclusive: sus posiciones: la estrella del Cochero: el camino de Walsingham: el carro de

David: los cinturones anulares de Saturno: la condensación de nebulosas espirales en soles: las revoluciones interdependientes de los soles dobles: los descubrimientos sincrónicos e independientes de Galileo, Simon Marius, Piazzi, Le Verrier, Herschel, Galle: la sistematización intentada por Bode y Kepler de los cubos de las distancias y los cuadrados de los tiempos de revolución: la casi infinita compresibilidad de los cometas hirsutos y sus vastas órbitas elípticas egresivas y reentrantes desde el perihelio al afelio: el origen sideral de las piedras meteóricas: las inundaciones líbicas en Marte en torno al período del nacimiento del más joven de los dos astroscopistas: la repetición anual de lluvias meteóricas alrededor del período de la fiesta de San Lorenzo (mártir, 10 agosto): la repetición mensual conocida como luna nueva con la luna vieja en sus brazos: el supuesto influjo de los cuerpos celestes sobre los humanos: la aparición de una estrella (1.ª magnitud) de sobresaliente brillantez dominando de noche y de día (un nuevo sol luminoso engendrado por la colisión y amalgamación en incandescencia de los dos ex-soles no luminosos) alrededor del período del nacimiento de William Shakespeare sobre la delta de la constelación reclinada y nunca oculta de Casiopea, y de una estrella (2.ª magnitud) de origen semejante pero menor brillantez que había aparecido y desaparecido de la constelación de la Corona Septentrional hacia el período del nacimiento de Leopold Bloom, y de otras estrellas (presumiblemente) de origen semejante que (de hecho o presumiblemente) habían aparecido y desaparecido en la constelación de Andrómeda hacia el período del nacimiento de Stephen Dedalus, y en la constelación del Cochero unos años después con el nacimiento y muerte de Rudolph Bloom, junior, y en otras constelaciones unos años antes o después del nacimiento o muerte de otras personas: los fenómenos acompañatorios de eclipses, solares y lunares, de inmersión a emersión, suspensión del viento, tránsito de la sombra, taciturnidad de las criaturas aladas, emergencia de los animales nocturnos o crepusculares, persistencia de la luz infernal, obscuridad de las aguas terrestres, palidez de los seres humanos.

¿Su conclusión lógica (de Bloom), habiendo sopesado el asunto y dejando un margen de posible error?

Que no era un árbol celeste, ni un astro celeste, ni un animal celeste, ni un hombre celeste. Que era una Utopía, no habiendo método conocido desde lo conocido hasta lo desconocido: una infinitud, transformable igualmente en finita por la aposición supositivamente verosímil de uno o más cuerpos igualmente de la misma y de diversas magnitudes: una movilidad de formas ilusorias inmovilizadas en el espacio, removilizadas en el aire: un pasado que posiblemente había dejado de existir como presente antes que sus futuros espectadores hubieran entrado en la efectiva existencia presente.

¿Estaba más convencido del valor estético del espectáculo?

Indudablemente a consecuencia de los ejemplos reiterados de poetas que en el delirio del frenesí de apego o en la humillación del rechazo invocan a las comprensivas constelaciones ardientes o a la frigidez del satélite de su planeta.

¿Aceptaba entonces como artículo de fe la teoría de las influencias astrológicas sobre los desastres sublunares?

Le parecía tan susceptible de prueba como de refutación, y la nomenclatura usada en sus cartas selenográficas tan igualmente atribuible a intuición verificable como a falaz analogía: el lago de los sueños, el mar de las lluvias, el golfo de los rocíos, el océano de la fecundidad.

¿Qué especiales afinidades le parecía haber entre la luna y la mujer?

Su antigüedad en preceder y sobrevivir a sucesivas generaciones telúricas: su predominio nocturno: su dependencia satelítica: su reflexión luminar: su constancia bajo todas las fases, elevándose y poniéndose a sus horas fijadas, creciendo y menguando: la forzosa invariabilidad de su aspecto: su respuesta indeterminada a la interrogación inafirmativa: su poder sobre las aguas efluyantes y refluyentes: su capacidad de enamorar, de mortificar, de revestir de

belleza, de enloquecer, de incitar y ayudar a la delincuencia: la tranquila inescrutabilidad de su rostro: la terribilidad de su proximidad aislada dominante implacable resplandeciente: sus presagios de tempestad y de calma: el estímulo de su luz, su movimiento y su presencia: la admonición de sus cráteres, sus áridos mares, su silencio: su esplendor, cuando visible: su atracción, cuando invisible.

¿Qué signo luminoso visible atrajo la mirada de Bloom, quien atrajo la de Stephen?

En el segundo piso (detrás) de su casa (la de Bloom) la luz de una lámpara de parafina con pantalla oblicua proyectada en una pantalla de cortinilla enrollable proporcionada por Frank O'Hara, fabricante de cortinillas y persianas, varillas y cierres metálicos, calle Aungier 16.

¿Cómo elucidó el misterio de una persona invisible, su mujer Marion (Molly) Bloom, denotado por un resplandeciente signo visible, una lámpara?

Con alusiones o afirmaciones verbales directas e indirectas: con contenido afecto y admiración: con descripción: con impedimento: con sugerencia.

¿Quedaron entonces silenciosos los dos?

Silenciosos, cada cual contemplando al otro en los dos espejos de la recíproca carne de susdelotronosuspropias caras semejantes.

¿Quedaron indefinidamente inactivos?

Por sugerencia de Stephen, por instigación de Bloom, ambos, primero Stephen, luego Bloom, en la penumbra orinaron, sus costados contiguos, sus órganos de micción hechos recíprocamente invisibles por circumposición manual, sus miradas, primero la de Bloom, luego la de Stephen, elevadas a la proyectada sombra luminosa y semiluminosa.

¿De modo semejante?

Las trayectorias de sus micciones, primero sucesivas, luego simultáneas, fueron desemejantes: la de Bloom más larga, menos impetuosa, en la incompleta forma de la bifurcada letra penúltima del alfa-

beto, él que en su último año en la escuela media (1880) había sido capaz de alcanzar el punto de mayor altura contra toda la fuerza aliada de la institución, 210 estudiantes: la de Stephen más alta, más sibilante, él que en las horas finales del día anterior había aumentado por consumo diurético una insistente presión vesical.

¿Qué diferentes problemas se presentaban a cada cual respecto al invisible audible órgano colateral del otro?

A Bloom: el problema de la irritabilidad, tumescencia, rigidez, reactividad, dimensión, higiene, pelosidad. A Stephen: el problema de la integridad sacerdotal de Jesús circuncidado (1 de enero, fiesta de precepto de oír misa y abstenerse de trabajo servil innecesario) y el problema de si el divino prepucio, el anillo carnal de matrimonio de la santa Iglesia católica apostólica romana, conservado en Calcata, merecía la hiperdulía simple o el cuarto grado de latría concedido a la abscisión de tales excrecencias divinas como pelo y uñas de los pies.

¿Qué signo celestial fue observado simultáneamente por ambos?

Una estrella precipitada con gran velocidad aparente a través del firmamento desde Vega en la Lira por encima del cenit más allá del grupo estelar de la Cabellera de Berenice hacia el signo zodiacal de Leo.

¿Cómo el centrípeto que se quedaba facilitó el regreso del centrífugo que se marchaba?

Insertando el tubo de una herrumbrosa llave macho en el agujero de una inestable cerradura hembra, obteniendo un punto de apoyo en el caño de la llave y haciendo girar su paletón de derecha a izquierda, retirando así una barba del pestillo, tirando espasmódicamente hacia dentro de una obsolescente puerta desquiciada y mostrando una apertura para libre egreso y libre ingreso.

¿Cómo se despidieron, uno del otro, en la separación?

Permaneciendo perpendiculares a dicha puerta y

a diferentes lados de su base, las líneas de sus brazos valedictorios encontrándose en un punto cualquiera y formando cualquier ángulo menor que la suma de dos ángulos rectos.

¿Qué sonido acompañó la unión de su tangente, la desunión de sus manos respectivamente centrífuga y centrípeta?

El sonido del toque de la hora de la noche por el son de las campanas en la iglesia de San Jorge.

¿Qué ecos de ese sonido fueron oídos por cada uno de ellos?

Por Stephen:

Liliata rutilantium. Turma circumdet.
Iubilantium te virginum. Chorus excipiat.

Por Bloom:

Ay-oh, ay-oh,
ay-oh, ay-oh.

¿Dónde estaban los diversos miembros del grupo con que Bloom aquel día a la llamada de aquel toque había viajado desde Sandymount en el sur hasta Glasnevin en el norte?

Martin Cunningham (en la cama), Jack Power (en la cama), Simon Dedalus (en la cama), Tom Kernan (en la cama), Ned Lambert (en la cama), Joe Hynes (en la cama), John Henry Menton (en la cama), Bernard Corrigan (en la cama), Patsy Dignam (en la cama) Paddy Dignam (en la tumba).

Una vez solo, ¿qué oyó Bloom?

El frío del espacio interestelar, miles de grados bajo el punto de congelación o cero absoluto de Fahrenheit, Centígrado o Réaumur: las incipientes intimaciones de la aurora que se aproximaba.

¿Qué le recordaron toque de campana, apretón de mano, pisadas y frío de soledad?

Compañeros ahora difuntos de variadas maneras en diferentes sitios: Percy Apjohn (muerto en combate, Modder River), Philip Gilligan (tisis, hospital

de la calle Jesvis), Matthew F. Kane (ahogado accidentalmente, Bahía de Dublín), Philip Moisel (piemia, calle Heytesoury), Michael Hart (tisis, hospital Mater Misericordiæ), Patrick Dignam (apoplejía, Sandymount).

¿Qué perspectiva de qué fenómenos le inclinaba a quedarse?

La desaparición de tres estrellas finales, la difusión del amanecer, la aparición de un nuevo disco solar.

¿Había sido alguna vez espectador de esos fenómenos?

Una vez, en 1887, tras una prolongada ejecución de charadas en casa de Luke Doyle, en Kimmage, había aguardado con paciencia la aparición del fenómeno diurno, sentado en una tapia, la mirada vuelta en dirección a Mizrach, al este.

¿Recordaba los parafenómenos iniciales?

Aire más activo, un lejano gallo matutino, relojes eclesiásticos en diversos puntos, música aviar, el pisar aislado de un caminante tempranero, la visible difusión de la luz de un invisible cuerpo luminoso, el primer dorado miembro del sol resurgente perceptible bajo en el horizonte.

¿Se quedó?

Con profunda inspiración regresó, volviendo a atravesar el jardín, volviendo a entrar en el pasadizo, volviendo a cerrar la puerta. Con breve suspiro volvió a tomar la vela, volvió a ascender las escaleras, volvió a acercarse a la puerta del cuarto de delante, en el piso de la entrada, y volvió a entrar.

¿Qué detuvo súbitamente su ingreso?

El lóbulo temporal derecho de la cavidad esférica de su cráneo entró en contacto con su sólido ángulo de madera donde, una infinitesimal pero sensible fracción de segundo después, se localizó una sensación dolorosa a consecuencia de sensaciones antecedentes transmitidas y registradas.

Descríbanse las alteraciones efectuadas en la disposición de los artículos de mobiliario.

Un sofá tapizado en peluche ciruela había sido translocado desde enfrente de la puerta hasta el rincón junto a la chimenea cerca de la enrollada bandera británica (una alteración que él había pensado frecuentemente ejecutar): la mesa cubierta de azulejos de incrustaciones ajedrezadas azules y blancas había sido colocada frente a la puerta en el lugar dejado vacante por el sofá de peluche ciruela: el aparador de nogal (un ángulo saliente del cual había detenido momentáneamente su ingreso) había sido trasladado desde su posición junto a la puerta a una posición más ventajosa pero más peligrosa frente a la puerta: dos butacas habían sido trasladadas desde la derecha y la izquierda de la chimenea a la posición originalmente ocupada por la mesa cubierta de azulejos de incrustaciones azules y blancas.

Descríbaselas.

Una: una butaca baja, rellena, con robustos brazos extendidos, e inclinada hacia atrás, que, repelida en retroceso, había levantado entonces una franja irregular de una alfombra rectangular y ahora exhibía en su asiento ampliamente tapizado una descoloración centralizada difundiéndose y disminuyendo. La otra: una esbelta silla de patas vueltas hacia fuera, con brillantes curvas de mimbre, colocada enfrente mismo de la primera, con su armazón, desde arriba al asiento y desde el asiento a la base, barnizada en marrón oscuro, siendo su asiento un círculo claro de blanco mimbre trenzado.

¿Qué significados se adherían a esas dos butacas?

Significados de semejanza, de postura, de simbolismo, de prueba circunstancial, de supermanencia testimonial.

¿Qué ocupaba la posición originaria del aparador?

Un piano vertical (Cadby) con el teclado descubierto, sosteniendo sobre su cerrado ataúd un par de guantes largos de señora, amarillos, y un cenicero esmeralda que contenía cuatro cerillas gastadas, un

cigarrillo parcialmente consumido y dos descoloridas colillas, teniendo en el atril la música en clave de sol natural para voz y piano de *Vieja y dulce canción de amor* (letra de G. Clifton Bingham, música de J. L. Molloy, cantada por Madam Antoinette Sterling) abierta en la última página con las indicaciones finales *ad libitum, forte, pedal, animato,* sostenido, pedal, *ritirando,* fin.

¿Con qué sensaciones contempló Bloom en rotación esos objetos?

Con esfuerzo, elevando un candelero: con dolor, sintiendo en su sien derecha una tumescencia contusa: con atención, enfocando su mirada en algo grande opaco pasivo y algo ligero claro activo: con diversión, recordando la teoría de los colores del Dr. Malachi Mulligan incluida la gama del verde: con placer, repitiendo las palabras y el acto precedente y percibiendo por medio de diversos canales de sensibilidad interna la consiguiente y concomitante difusión tibia y grata de la gradual descoloración.

¿Su siguiente acto?

De una caja abierta en la mesa cubierta de azulejos extrajo un diminuto cono negro, de una pulgada de altura, lo puso sobre su base circular en un platillo de estaño, colocó su candelero en el lado derecho de la repisa de la chimenea, sacó del chaleco una hoja doblada de prospecto (ilustrado) titulado Agendath Netaim, desdobló la misma, la examinó superficialmente, la enrolló en un fino cilindro, encendió éste en la llama de la vela, lo aplicó una vez encendido al extremo del cono hasta que éste alcanzó la fase de la rutilancia, y colocó el cilindro en el cuenco del candelero disponiendo su parte sin consumir la manera que facilitara la combustión total.

¿Qué siguió a esta operación?

Esa cima del cráter troncocónico del diminuto volcán emitió un humo vertical y serpentino oloroso a incienso aromático oriental.

¿Qué objetos homotéticos, además del candelero, había en la repisa de la chimenea?

Un reloj de mármol veteado de Connemara, detenido a las 4 y 16 de la mañana del 21 de marzo de 1896, regalo de boda de Matthew Dillon: un árbol enano de arborescencia glacial bajo un fanal transparente, regalo de bodas de Luke y Caroline Doyle: un búho embalsamado, regalo de bodas del concejal John Hooper.

¿Qué intercambio de miradas tuvo lugar entre esos tres objetos y Bloom?

En el espejo de marco dorado sobre la chimenea la no decorada espalda del árbol enano observaba la erguida espalda del búho embalsamado. Ante el espejo el regalo de bodas del concejal John Hooper con una clara melancólica sabia brillante inmóvil compasiva mirada observaba a Bloom mientras que Bloom con una obscura tranquila profunda inmóvil compasiva mirada observaba el regalo de bodas de Luke y Caroline Doyle.

¿Qué imagen compuesta asimétrica en el espejo atrajo entonces su atención?

La imagen de un hombre solitario (autorrelativo) mudable (heterorrelativo).

¿Por qué solitario (autorrelativo)?

Ni hermanos ni hermanas tenía
pero su padre era hijo de su abuelo.

¿Por qué mudable (heterorrelativo)?

De la infancia a la madurez se había parecido a su procreadora materna. De la madurez a la senilidad se parecería cada vez más a su creador paterno.

¿Qué impresión visual final le fue comunicada por el espejo?

El reflejo óptico de varios volúmenes invertidos impropiamente dispuestos y no en el orden de sus letras comunes con títulos refulgentes en los dos estantes de enfrente.

Catalóguense esos libros.

Guía Thom de la Oficina de Correos de Dublín, 1886.

Denis Florence M'Carthy, *Obras poéticas* (registro en forma de hoja de abedul en pág. 5).
Shakespeare, *Obras* (tafilete carmesí oscuro estampado en seco en oro).
Cálculo útil y rápido (tela marrón).
Historia secreta de la Corte de Carlos II (tela roja, estampada en seco).
Guía del niño (tela azul).
Cuando éramos muchachos, por William O'Brien, M. P. (tela verde, ligeramente descolorida, sobre como registro en la p. 217).
Pensamientos de Spinoza (piel marrón).
La historia de los cielos, por Sir Robert Ball (tela azul).
Tres viajes a Madagascar, de Ellis (tela marrón).
Epistolario Stark-Munro, por A. Conan Doyle, propiedad de la Biblioteca Pública de Dublín, calle Capel 106, prestado el 21 de mayo (víspera de Pentecostés) de 1904, a devolver en 4 de junio de 1904, 13 días de retraso (encuadernado en tela negra, ostentando etiqueta blanca con signatura).
Viajes por China, por «Viator» (forrado con papel de estraza, título en tinta roja).
Filosofía del Talmud (folleto).
Vida de Napoleón, de Lockhart (sin cubierta, anotaciones al margen, minimizando las victorias y aumentando las derrotas del protagonista).
Soll und Haben, de Gustav Freytag (cartoné negro, tipos góticos, cupón de cigarrillos como señal en p. 24).
Historia de la Guerra Ruso-Turca, de Hozier (tela marrón, 2 volúmenes, con etiqueta pegada, Biblioteca Garrison, Governor's Parade, Gibraltar, en el revés de la tapa).
Laurence Bloomfield en Irlanda, por William Allingham (segunda edición, tela verde, diseño con trébol dorado, borrado el nombre del anterior propietario en el anverso de la guarda).
Manual de Astronomía (cubierta piel marrón, desprendida, 5 láminas, tipos antiguos en entredós, las notas del autor en nonpareil, las indicaciones al margen en breviario, los titulillos en lectura chica).

La vida oculta de Cristo (cartoné negro).
Tras las huellas del Sol (tela amarilla, portada perdida, título repetido en todas las páginas).
La fuerza física: Cómo obtenerla, por Eugene Sandow (tela roja).
Elementos breves pero sencillos de Geometría, escritos en francés por F. Ignat. Pardies y trasladados al inglés por John Harris D. D. Londres, impreso por R. Knaplock en Bifhop's Head MDCCXI, con epíftola dedicatoria a su ilustre amigo Charles Cox, *efquire*, Miembro del Parlamento por el burgo de Southwark, y teniendo una declaración caligrafiada en tinta en la guarda certificando que el libro era propiedad de Michael Gallagher, fecha hoy 10 de mayo de 1822 y solicitando a la persona que lo encontrara, si el libro se perdía o extraviaba, devolvérselo a Michael Gallagher, carpintero, Dufery Gate, Ennifcorthy, condado de Wicklow, el lugar más hermoso del mundo.

¿Qué reflexiones ocuparon su mente durante el proceso de reversión de los volúmenes invertidos?

La necesidad de orden, un sitio para cada cosa y cada cosa en su sitio: la deficiente apreciación de la literatura que poseían las mujeres: la incongruencia de una manzana encajada en un vaso y de un paraguas metido en una taza de retrete: la inseguridad de esconder ningún documento secreto detrás, debajo o entre las páginas de un libro.

¿Qué volumen era mayor en tamaño?

La historia de la Guerra Ruso-Turca, de Hozier.

¿Qué datos, entre otros, contenía el segundo volumen de la obra en cuestión?

El nombre de una decisiva batalla (olvidada), frecuentemente recordada por un decisivo oficial, el comandante Brian Cooper Tweedy (recordado).

¿Por qué, en primero y segundo lugar, no consultó la obra en cuestión?

En primer lugar, para ejercitar la mnemotecnia: en segundo lugar, porque tras un intervalo de amnesia, cuando estaba sentado en la mesa central, a

punto de consultar la obra en cuestión, recordó por mnemotecnia el nombre de esa acción militar, Plevna.

¿Qué le produjo consuelo en su postura sentada?
El candor, desnudez, actitud, tranquilidad, juventud, gracia, sexo y consejo de una estatua erguida en el centro de la mesa, una imagen de Narciso adquirida en subasta de P. A. Wren, Bachelor's Walk 9.

¿Qué le produjo irritación en su postura sentada?
Presión inhibitoria del cuello de la camisa (talla 17) y chaleco (5 botones), dos artículos de indumentaria superfluos en la vestimenta de los varones de edad madura e inelásticos a alteraciones de masa por expansión.

¿Cómo se alivió la irritación?
Se quitó el cuello de la camisa, que contenía corbata negra y botones móviles, dejándolo en cierto lugar a la izquierda de la mesa. Se desabrochó sucesivamente en orden inverso chaleco, pantalones, camisa y camiseta siguiendo la línea media de encrespado pelo negro irregular extendido en convergencia triangular desde la cavidad pélvica sobre la circunferencia del abdomen y el foso umbilical a lo largo de la línea media de las articulaciones hasta la intersección de las seis vértebras dorsales y desde ahí extendiéndose a ambos lados en ángulos rectos y terminando en círculos descritos en torno a dos puntos equidistantes, a la derecha y a la izquierda, en las cimas de las prominencias mamarias. Soltó sucesivamente cada uno de los seis menos uno botones de los tirantes, dispuestos en pares, de los cuales uno incompleto.

¿Qué acciones involuntarias siguieron a eso?
Apretó entre 2 dedos la carne circunyacente a la cicatriz de la región infracostal izquierda bajo el diafragma resultante de una picadura de aguijón infligida 2 semanas y 3 días antes (23 de mayo de 1904) por una abeja. Se rascó vagamente con la mano derecha, aunque insensible de picazón, diversos puntos y superficies de su piel parcialmente descubierta, enteramente ablucionada. Insertó la mano izquierda

en el bolsillo izquierdo inferior del chaleco y extrajo una moneda de plata (1 chelín) colocada allí (presumiblemente) en ocasión (17 de octubre de 1903) de la inhumación de la señora Emily Sinico, Sydney Parade.

Compílense las entradas y salidas del 16 de junio de 1904.

Debe	£	s.	d.	*Haber*	£	s.	d.
1 riñón de cerdo	0	0	3	En efectivo	0	4	9
1 ejemplar del *Freemann's*	0	0	1	Comisión recibida del *Freeman's*	1	7	6
1 baño y gratificación	0	1	6	Préstamo (Stephen Dedalus)	1	7	0
tranvía	0	0	1				
1 in memoriam Patrick Dignam	0	5	0				
2 pasteles Banbury	0	0	1				
1 almuerzo	0	0	7				
1 renovación abono por libro	0	1	0				
1 paquete papel de cartas y sobres	0	0	2				
1 comida y gratificación	0	2	0				
1 giro postal	0	2	8				
y sello	0	2	8				
tranvía	0	0	1				
1 mano de cerdo	0	0	4				
1 pie de cordero	0	0	3				
1 tableta de chocolate Fry	0	0	1				
1 pan de soda	0	0	4				
1 café y panecillo	0	0	4				
préstamo (Stephen Dedalus) devuelto)	1	7	0				
SALDO	0	17	5				
	£ 2	19	3		£ 2	19	3

¿Continuó el proceso de desvestimiento?

Percibiendo un benigno dolor persistente en las plantas de los pies extendió un pie a un lado y ob-

servó los pliegues, protuberancias y puntos salientes causados por presión del pie en el transcurso de caminar repetidamente en varias direcciones diferentes, entonces, se inclinó, se desanudó los cordones de los zapatos, los desprendió y aflojó, se quitó ambas botas por segunda vez, despegó el calcetín derecho parcialmente humedecido a través de cuya parte anterior la uña de su dedo gordo había efractado otra vez, levantó el pie derecho y, habiendo soltado una liga elástica violeta, se quitó el calcetín derecho, colocó su descubierto pie derecho en el borde del asiento de su silla, agarró y suavemente arrancó la parte saliente de la uña de su dedo gordo, se llevó a las narices la parte arrancada e inhaló el olor de lo vivo, y luego con satisfacción tiró el fragmento unguical arrancado.

¿Por qué con satisfacción?

Porque el olor inhalado correspondía a otros olores inhalados de otros fragmentos unguicales, agarrados y arrancados por el señorito Bloom, alumno de la escuela de la señora Ellis, pacientemente todas las noches en el acto de breve genuflexión y oración nocturna y meditación ambiciosa.

¿En qué definitiva ambición se habían fundido ahora todas las concurrentes y consecutivas ambiciones?

No heredar por derecho de primogenitura, partición por igual o derecho inglés del último nacido, ni poseer a perpetuidad una extensa propiedad de suficiente número de acres, varas y brazas, medida agraria legal (valoración £ 42), de turberas de pasto en torno a una residencia baronial con casa de portero y avenida de entrada ni, por otra parte, una casa a la italiana o villa semiindependiente, denominada *Rus in Urbe* o *Qui si Sana*, sino adquirir por contrato privado con pleno usufructo una casa residencial con techo de bálago en forma de bungalow, de dos pisos, orientada hacia el sur, coronada por veleta y pararrayos, conectado con tierra, con el porche cubierto de plantas trepadoras (yedra o vid americana), puerta del vestíbulo verdeolivo, con elegante acabado de carrocería y brillantes dorados

en la puerta, fachada de estuco con molduras doradas en los aleros y el abuhardillado, elevándose, si era posible, sobre una suave cuesta con agradable perspectiva desde terraza con balaustrada de pilares de piedra sobre prados interyacentes, inocupados e inocupables, en medio de 5 ó 6 acres de terreno propio, a tal distancia de la más próxima vía como para hacer visibles las luces de la casa de noche y a través de un seto vivo de carpe cortado según las reglas de la topiaria, situada en un punto dado a no menos de 1 milla legal desde la periferia de la metrópoli, dentro de un límite de tiempo no mayor de 5 minutos de una línea de tranvía o de tren (por ejemplo, Dundrum, al sur, o Sutton, al norte, teniéndose informes por experiencia de que ambas localidades se parecían a los polos terrestres en ser climas favorables para personas físicas), bienes raíces a ocupar, por arrendamiento enfitéutico, por una duración de 999 años, consistiendo la casa y dependencias en 1 salón con ventanal en mirador (2 arcos), termómetro adherido, 1 salita, 4 alcobas, 2 cuartos de servidumbre, cocina con azulejos con horno y despensa, antecocina con armarios roperos en la pared, librería de estanterías abiertas de roble ahumado conteniendo la Encyclopaedia Britannica y el New Century Dictionary, panoplias de armas antiguas medievales y orientales, gong para las comidas, lámpara de alabastro, de cuenco, colgada, aparato automático de teléfono de vulcanita con guía adyacente, alfombra Axminster de nudo con fondo color crema y orla entrelazada, mesita de juego con pata central y garras, chimenea con instrumentos macizos de latón y reloj cronómetro de bronce dorado sobre la repisa de la chimenea, hora garantizada con carillón de catedral, barómetro con carta higrográfica, cómodos divanes y rinconeras tapizados en peluche rubí con buenos muelles y centro hundido, tres biombos japoneses y escupideras (estilo club, cuero brillante con vino, brillo renovable con un mínimo de trabajo usando aceite de mostaza y vinagre) y araña piramidal de prismas, en el centro, percha de madera curvada con un loro tan manso como para subirse al dedo (lenguaje expurgado), papel de pared con re-

lieve a 10 chelines la docena con franjas transversales de diseño floral en carmín y friso de remate en lo alto, escalera con tres tramos seguidos en ángulos rectos sucesivos, de roble barnizado en fondo claro, peldaños y contrapeldaños, balaustrada y pasamanos con revestimiento de paneles, tratado con cera alcanforada, cuarto de baño provisto de agua caliente y fría, bañera y ducha: retretes a medio piso provistos de ventana opaca oblonga, asiento levantable, lámpara de pared, palanca de la cadena de latón, apoyos para los brazos, taburete para los pies y oleografía artística en la cara interior de la puerta: ídem, sencillo: habitaciones de la servidumbre con instalaciones sanitarias e higiénicas separadas, para cocinera, criada para todo y ayudante (salario, subiendo por incrementos bienales automáticos de £ 2, con cuota anual de seguro comprehensivo de fidelidad de £ 1 y cotización de retiro basada en el sistema de los 65 años después de 30 años de servicio), recocina, bodega, despensa, fresquera, dependencias, carbonera y leñera, con estantes para el vino (espumoso y no espumoso) para invitados distinguidos, si se les invitaba a cenar (de etiqueta), instalación de gas de monóxido de carbono.

¿Qué atracciones adicionales podría contener la finca?

Como añadido, un campo de tenis y frontón, un vivero, un invernadero con palmeras tropicales, equipadas de la mejor manera botánica, una gruta de rocas con chorro de agua, una colmena dispuesta según principios humanos, macizos ovales de flores en extensiones rectangulares de césped con elipses excéntricas de tulipanes escarlata y cromo, escilas azules, crocus, primaveras, diantos, alverjillas, guisantes de olor, lirio del valle (bulbos obtenibles de Sir James W. Mackay Limited, comerciante al por mayor y menor de semillas y bulbos, viveros, agente de abonos químicos, calle Upper Sackville 23) un vergel de frutales, un huerto y una viña, protegidos contra intrusos ilegales mediante tapias de ladrillo rematadas con cristales, barracón con candado para diversos instrumentos inventariados.

¿Tales como?

Trampas para anguilas, nasas para langostas, cañas de pescar, hacha, romana, piedra de afilar, desterrenador, guadaña, agavilladora, escalera telescópica, rastrillo de 10 dientes, zuecos para lavado, horca de heno, tridente, podadera, bote de pintura, brocha, azada, etcétera.

¿Qué mejoras podrían introducirse posteriormente?

Una conejera y un gallinero, un palomar, un invernadero botánico, 2 hamacas (de señora y de caballero), un reloj de sol sombreado y protegido por árboles de citisos y lilas, una campanilla japonesa exótica y armónicamente acordada sujeta al poste lateral izquierdo de entrada, un amplio depósito de agua, una segadora de hierba con descarga lateral y caja de recogida, un aparato de regar el césped con tubo hidráulico.

¿Qué facilidades de comunicación eran de desear?

Si en dirección a la ciudad, frecuentes conexiones por tren o tranvía desde su respectiva estación o terminal intermedio. Si en dirección al campo, velocípedos, una bicicleta sin cadena de rueda libre con cochecito lateral con cesto, o vehículo de tiro, un burro con carruaje de mimbre o un elegante faetón con corcel solidúngulo que trabajara bien (castrado ruano, 14 palmos de marca).

¿Cuál podría ser el nombre de esa residencia erigida o erigible?

Bloom Cottage. Saint Leopold's. Flowerville.

¿Podía el Bloom de calle Eccles 7 prever al Bloom de Flowerville?

En desahogadas ropas de lana pura con gorra de tweed Harris, precio 8 chelines 6 peniques, y útiles botas de jardín con elásticos, una regadera, plantando jóvenes tejos alineados, regando, podando, poniendo rodrigones, echando semilla de césped, empujando una carretilla cargada de hierbajos sin excesiva

fatiga al atardecer entre el aroma de la hierba recién cortada, mejorando el suelo, multiplicando la sabiduría, alcanzando la longevidad.

¿Qué programa de dedicaciones intelectuales era simultáneamente posible?

Fotografía instantánea, estudio comparativo de las religiones, folklore relativo a diversas prácticas amatorias y supersticiosas, contemplación de las constelaciones celestes.

¿Qué recreos más ligeros?

Al aire libre: trabajo en el jardín y en el campo, ciclismo en calzadas horizontales bien pavimentadas, ascenso de cuestas de moderada altura, natación en agua dulce apartada y navegación en barca por tranquilos ríos en segura chalana o ligero chinchorro con anclote, en brazos de agua libres de barras y rápidos (período estival), perambulación vespertina o circumprocesión ecuestre con inspección de paisaje estéril y, en agradable contraste, fuegos en los caseríos de humeantes bloques de turba (período invernal). En el interior: discusión en tibia seguridad de problemas históricos y criminales no resueltos: lectura de exóticas obras maestras eróticas sin expurgar: carpintería doméstica con caja de herramientas conteniendo martillo, lezna, clavos, tornillos, tachuelas, berbiquí, alicates, cepillo y destornillador.

¿Podría llegar a ser un caballero rural, cosechero y ganadero?

No era imposible, con 1 ó 2 vacas de mucha leche, 1 pajar de heno de monte y los necesarios instrumentos rurales, por ejemplo, una desnatadora horizontal, un molino de nabos, etcétera.

¿Cuáles serían sus funciones cívicas y su rango social entre las familias del condado y los hidalgos terratenientes?

Ordenados sucesivamente en poderes ascendentes de orden jerárquico, los de jardinero, horticultor, cultivador, criador, y en el cenit de su carrera, magistrado local o juez de paz con blasón familiar y escudo de armas y lema clásico apropiado (*Semper*

paratus), debidamente registrado en el anuario de la Corte (Bloom, Leopold P., M. P., P. C., K. P., L. L. D. honoris causa, Bloomville, Dundrum) y mencionado en los ecos de la Corte y de la vida elegante (el señor y la señora Leopold Bloom han salido de Kingston para Inglaterra).

¿Qué línea de conducta se trazaba a sí mismo en tal capacidad?

Una línea que estaba entre la indebida clemencia y el excesivo rigor: el dispensar, en una sociedad heterogénea de clases arbitrarias, incesantemente reordenadas en términos de mayor y menor desigualdad social, una justicia sin desviación, homogénea e indiscutible, templada con mitigaciones de la latitud más ancha posible, pero exigible hasta el último ochavo con la confiscación de propiedad, raíz y personal, para la Corona. Leal al más alto poder constituido en el país, movido por un amor innato a la rectitud, su objetivo sería la estricta preservación del orden público, la represión de muchos abusos, aunque no de todos simultáneamente (ya que cada medida de reforma o de restricción es una solución que ha de quedar contenida, por afluencia, en la solución final), la defensa de la letra de la ley (común, legislativa y derecho mercantil) contra todos los quebrantadores en colusión y todos los que contraviniesen a leyes locales y reglamentos, todos los que resucitaren (en cuestión de paso no autorizado y hurto menor de ramoneo) derechos feudales, obsoletos por desuso, todos los elocuentes instigadores a la persecución internacional, todos los perpetuadores de animosidades internacionales, todos los serviles atentadores contra la convivialidad doméstica, todos los recalcitrantes violadores de la connubialidad doméstica.

Pruébese que había amado la rectitud desde su más temprana juventud.

Al señorito Percy Apjohn, en la escuela media en 1880, le había dado a conocer su incredulidad sobre las doctrinas de la iglesia irlandesa (protestante) a la cual su padre Rudolf Virag, luego Rudolph Bloom, había sido convertido de la fe y comunión israelita en 1865 por la Sociedad para la Promoción

del Cristianismo entre los Judíos, subsiguientemente abjurada por él a favor del catolicismo en la época de, y con vistas a, su matrimonio en 1888. A Daniel Magrane y Francis Wade en 1882 durante una juvenil amistad (concluida por la prematura emigración del primero) les había defendido durante perambulaciones nocturnas la teoría política de la expansión colonial (por ejemplo, en Canadá) y las teorías evolucionistas de Charles Darwin, expuestas en *El origen del hombre* y *El origen de las especies*. En 1885 había expresado públicamente su adhesión al programa económico colectivo y nacional propugnado por James Fintan Lalor, John Fisher Murray, John Mitchel, J. F. X. O'Brien y otros, la política agraria de Michael Davitt, la agitación constitucional de Charles Stewart Parnell (diputado por la ciudad de Cork), el programa de paz, restricción y reforma de William Ewart Gladstone (diputado por Midlothian, N. B.) y, en apoyo de sus convicciones políticas, había trepado a una segura posición entre las ramificaciones de un árbol en Northumberland Road para ver la entrada (2 de febrero de 1888) en la capital de una procesión demostrativa con antorchas de 20.000, divididos en 120 corporaciones laborales, llevando 2.000 antorchas, en escolta del Marqués de Ripon y John Morley.

¿Cuánto y cómo se proponía pagar por su residencia de campo?

Según el prospecto de la Sociedad de Construcción Industriosa Extranjera Aclimatada Nacionalizada Amistosa Subvencionada por el Estado (fundada en 1874), un máximo de £ 60 al año, siendo esto 1/6 de una renta asegurada, derivada de títulos de primer orden, representando el 5 % de interés simple sobre un capital de £ 1.200 (estimación del precio a pagar en 20 años) 1/3 del cual pagadero a la adquisición y el resto en forma de renta anual, a saber £ 800 más 2 ½ % de interés sobre lo mismo, pagable trimestralmente en plazos anuales iguales hasta extinción por amortización del préstamo adelantado para la adquisición dentro de un período de 20 años, por un total de una renta anual de £ 64, incluido el alquiler, debiendo quedar los títulos de propiedad en

posesión del prestatario o prestatarios con una cláusula de garantía en previsión de venta forzosa, juicio hipotecario y mutua compensación en caso de prolongada falta de pago de las cantidades previstas, salvando lo cual la finca y anexos se convertiría en propiedad absoluta del arrendatario ocupante al expirar el período de años estipulados.

¿Qué medios rápidos pero inseguros de acceso a la opulencia podrían facilitar la adquisición inmediata?

Un telégrafo sin hilos particular que transmitiera por código Morse el resultado de un hándicap ecuestre nacional (liso o con obstáculos) de una o más millas y octavos de milla ganado por un outsider cotizado 50 a 1 a las 3 horas 8 minutos de la tarde en Ascot (hora de Greenwich), siendo recibido el mensaje, disponible con fines de apuestas, en Dublín a las 2 y 59 de la tarde (hora de Dunsink). El inesperado descubrimiento de un objeto de gran valor monetario: piedra preciosa, valiosos sellos de correo adhesivos o estampillados (7 chelines, malva, sin perforar, Hamburg, 1866: 4 peniques, rosa, papel azul perforado, Gran Bretaña, 1855: 1 franco, azulado, oficial, roleteado, sobrecarga diagonal, Luxemburgo, 1878): antiguo anillo dinástico, reliquia única en insólito receptáculo o por insólitos medios: caído del aire (dejado caer por un águila en vuelo), por fuego (entre los restos carbonizados de un edificio incendiado), en el mar (entre restos flotantes, residuos lanzados, yacentes, abandonados en el fondo), sobre la tierra (en el buche de un ave comestible). La donación por parte de un prisionero español de un lejano tesoro de objetos de valor o en especie o en lingotes confiado a una corporación bancaria solvente 100 años antes al 5 % de interés compuesto por un valor total de £ 5.000.000 (cinco millones de libras esterlinas). Un contrato con un contrayente desconsiderado para la entrega de 32 partidas de alguna mercancía dada en razón de un pago al contado a la entrega con una tasa inicial de ¼ de penique a aumentar constantemente en progresión geométrica de 2 (¼, ½, 1 penique, 2 peniques, 4 peniques, 8 peniques, 1 chelín 4 peniques, 2 chelines 8 peniques, hasta 32 tér-

minos). Un proyecto bien preparado a base del estudio de las leyes de probabilidad para hacer saltar la banca en Montecarlo. Una solución del secular problema de la cuadratura del círculo, con premio del gobierno por £ 1.000.000 esterlinas.

¿Había vasta riqueza obtenible por procedimientos industriales?

El beneficiar *dunams* de suelo baldío arenoso, propuesto por el prospecto de Agendath Netaim, Bleibtreustrasse, Berlín W. 15, mediante el cultivo de plantaciones de naranjos y melonares y repoblación forestal. La utilización de desperdicios de papel, pieles de roedores de alcantarilla, excrementos humanos, abundantes en propiedades químicas, en vista de la vasta producción del primero, el vasto número de los segundos y la inmensa cantidad del tercero, ya que cada ser humano normal, con vitalidad y apetito medios, produce anualmente, dejando aparte los subproductos del agua, una cantidad total de 80 libras (alimentación mixta animal y vegetal), a multiplicar por 4.386.035, la población total de Irlanda según las cifras de censo de 1901.

¿Había proyectos de más amplio alcance?

Un proyecto a formular y a someter a la aprobación de la comisión portuaria para la explotación de la hulla blanca (fuerza hidráulica), obtenida mediante una instalación hidroeléctrica en la marea alta en la barra de Dublín o en las cascadas de Poulaphouca o Powerscourt o embalses de captación de las principales corrientes para producir económicamente 500.000 HP de electricidad. Un proyecto para rodear con diques el delta peninsular del North Bull en Dollymount y erigir en el espacio de esa punta de tierra, usada para campos de golf y campos de tiro, una explanada asfaltada para casinos, barracas, galerías de tiro al blanco, hoteles, pensiones, salas de lectura, establecimientos para baños de ambos sexos. Un proyecto para uso de carros de perros y cabras para el reparto de leche por la mañana. Un proyecto para la promoción del tráfico turístico en Irlanda en y alrededor de Dublín por medio de barcos fluviales con motor de petróleo, de servicio en la vía fluvial

entre Island Bridge y Ringsend, ómnibus descubiertos, ferrocarriles locales de vía estrecha y vapores de placer para navegación costera (10 chelines por persona por día, incluido guía trilingüe). Un proyecto para la reanudación del tráfico de pasajeros y mercancías por las vías fluviales irlandesas, una vez libres de los fondos de algas. Un proyecto para enlazar por línea tranviaria el Mercado del Ganado (avenida norte de circunvalación y calle Prussia) con los muelles (calle Lower Sheriff, y East Wall), paralela a la línea ferroviaria de enlace que va (en conjunción con las líneas Great Southern y Western) entre el parque del ganado, enlace del Liffey, y el arranque del ferrocarril Midland Great Western, North Wall 43 a 45, en proximidad a las estaciones terminales de las ramas de Dublín del Great Central Railway, Midland Railway, inglesa, Sociedad de Navegación a Vapor de la Ciudad de Dublín, Lancashire Yorkshire Railway Company, Compañía de Navegación a Vapor Dublín y Londonderry (línea Laird), Compañía de Navegación a Vapor Británica e Irlandesa, Vapores Dublín y Morecambe, London and North Western Railway Company, Almacenes de Descarga de la Comisión de Puerto y Muelles de Dublín, y Almacenes de Tránsito de Palgrave, Murphy y Compañía, armadores, agentes de líneas del Mediterráneo, España, Portugal, Francia, Bélgica y Holanda y para el transporte de animales y de líneas férreas adicionales a cargo de la Dublin United Tramways Company, Limited, para cubrirse con los derechos de pasto.

¿Estableciendo qué prótasis llegaría a ser apódosis natural y necesaria la contratación de tales proyectos?

Dada una garantía igual a la suma buscada, el apoyo, por documento de donación y títulos de transferencia durante la vida del donador o por legado tras la extinción indolora del donador, de eminentes financieros (Blum Pasha, Rothschild, Guggenheim, Hirsch, Montefiore, Morgan, Rockefeller) poseedores de fortunas en 6 cifras, amasadas durante una vida de éxito, y si se uniera el capital con la oportunidad, la cosa requerida estaría hecha.

¿Qué es lo que en definitiva le haría independiente de tal riqueza?

El descubrimiento independiente de un filón de oro de inagotable mineral.

¿Por qué razón meditaba sobre proyectos tan difíciles de realizarse?

Era uno de sus axiomas que semejantes meditaciones o el relatarse automáticamente a sí mismo una narración referente a sí mismo o el tranquilo recuerdo del pasado cuando se practicaba habitualmente antes de retirarse a dormir aliviaba la fatiga y producía como resultado un sano reposo y una renovada vitalidad.

¿Sus justificaciones?

Como físico había llegado a saber que de los 70 años de la vida humana completa por los menos 2/7, esto es, 20 años, se pasaban en dormir. Como filósofo sabía que al terminarse la vida asignada a cualquiera sólo se había realizado una infinitésima parte de sus deseos. Como fisiólogo creía en el aplacamiento artificial de agentes malignos que actúan principalmente durante el sueño.

¿Qué temía?

Cometer homicidio o suicidio durante el sueño por una aberración de la luz de la razón, esa inconmensurable inteligencia categórica situada en las circunvoluciones cerebrales.

¿Cuáles eran habitualmente sus meditaciones finales?

Sobre algún anuncio, solo y único, que hiciera detenerse asombrados a los transeúntes, un cartel de novedad, excluidos todos los aditamentos extraños, reducidos a sus términos más sencillos y eficaces sin exceder el alcance de la visión casual y en armonía con la velocidad de la vida moderna.

¿Qué contenía el primer cajón que abrió?

Un cuaderno de caligrafía Vere Foster, propiedad de Milly (Millicent) Bloom, algunas páginas del cual tenían dibujos diagramáticos marcados Papi, que

mostraban una gran cabeza esférica con 5 pelos tiesos, 2 ojos de perfil, el tronco completamente de frente con 3 grandes botones, 1 pie triangular: 2 fotografías descoloridas de la reina Alejandra de Inglaterra y de Maud Branscombe, actriz y belleza profesional: una felicitación de Navidad, mostrando una representación pictórica de una planta parásita, el rótulo *Mizpah*, la fecha Navidad 1892, el nombre de los remitentes, del señor y la señora M. Comerford, y la aleluya *Ojalá esta Navidad te traiga felicidad*: un cabo de lacre rojo parcialmente liquefacto, obtenido de los almacenes de la empresa Hely's Limited, calle Dame 89, 90 y 91: una caja que contenía el resto de una gruesa de plumillas «J», obtenidas del mismo departamento de la misma empresa: un viejo reloj de arena que se volcaba conteniendo arena que se volcaba: una profecía sellada (nunca abierta) escrita por Leopold Bloom en 1886 sobre las consecuencias de la aprobación del proyecto de Ley de Autonomía de William Ewart Gladstone, en 1886 (nunca aprobado como ley): un tiquet de tómbola N.º 2004, de la Feria de Beneficencia de San Kevin, precio 6 peniques, 100 premios: una epístola infantil, fechada lunes minúscula, que decía: P mayúscula Papi coma ce mayúscula Como estas signo de interrogación y griega mayúscula Yo muy bien punto y aparte empezar párrafo firma con rúbrica eme mayúscula Milly sin punto: un broche de camafeo, propiedad de Ellen Bloom (nacida Higgins), fallecida: 3 cartas a máquina, dirigidas a Henry Flower, Lista de Correos Dolphin's Barn: el nombre transliterado y la dirección de la remitente de las tres cartas en criptograma reservado alfabético boustrofedóntico puntuado cuatrilinear (suprimidas las vocales) N. IGS./WI.-UU.OX/W. OKS. MH/ Y. IM: un recorte de prensa de un semanario inglés *Modern Society*, tema el castigo corporal en las escuelas de niñas: una cinta rosa que había festoneado un huevo de Pascua el año 1899: dos preservativos de goma parcialmente desenrollados con bolsa de reserva, adquiridos por correo de Apartado 32, Lista de Correos, Charing Cross, Londres W. C.: 1 paquete de 1 docena de sobres color crema y papel de cartas ligeramente rayado, con

filigrana, ahora reducidos a 3: algunas monedas austrohúngaras variadas: 2 cupones de la Lotería con Privilegio Real de Hungría: una lente de aumento de baja potencia: 2 postales fotográficas eróticas representando: *a*) coito bucal entre *señorita* desnuda (presentación posterior, posición superior) y *torero* desnudo (presentación anterior, posición inferior; *b*) violación anal por religioso masculino (completamente vestido, ojos bajos) de religiosa femenina (parcialmente vestida, ojos directos), adquiridas por correo de Apartado 32, Charing Cross, Londres, W. C.: un recorte de periódico de receta para la renovación de viejos zapatos claros: un sello adhesivo de 1 penique, lavanda, del reinado de la Reina Victoria: una tabla de medidas de Leopold Bloom compilada antes, durante y después de 2 meses de uso consecutivo del ejercitador de poleas Sandow-Whitley (para hombres 15 chelines, para atletas 20 chelines), a saber, pecho 28 pulgadas y 29 ½ pulgadas, bíceps 9 pulgadas y 10 pulgadas, antebrazo 8 ½ y 9, muslo 10 pulgadas y 12 pulgadas, pantorrilla 11 pulgadas y 12 pulgadas: un prospecto del Milagroso, el mejor remedio del mundo para dolencias rectales, directamente del Milagroso, Coventry House, South Place, Londres E. C., dirigido a la Sra. L. Bloom con breve nota de acompañamiento que comenzaba: Querida Señora.

Cítense los términos textuales en que el prospecto afirmaba las ventajas de ese remedio taumatúrgico.

Cura y suaviza mientras usted duerme, en caso de dificultad de emisión de ventosidades, ayuda a la naturaleza del modo más formidable, asegurando instantáneo alivio en la descarga de gases, manteniendo limpias las partes con libre acción natural, una inversión inicial de 7 chelines y 6 peniques hará de usted un hombre nuevo y su vida digna de vivirse. Las señoras encuentran especialmente útil el Milagroso, una grata sorpresa cuando advierten el delicioso resultado como un fresco sorbo de agua de manantial en un bochornoso día de verano. Recomiéndeselo a las señoras y señores de su amistad, dura toda una vida. Insértese por el lado redondo largo. Milagroso.

¿Había testimonios?

Numerosos. De eclesiástico, oficial de la armada britanica, escritor famoso, hombre de negocios, enfermera de hospital, señora, madre de cinco, mendigo distraído.

¿Cómo concluía el testimonio conclusivo del mendigo distraído?

¡Qué lástima que el Gobierno no proveyera a nuestros hombres con Milagrosos durante la campaña sudafricana! ¡Qué alivio habría sido!

¿Qué objeto añadió Bloom a esta colección de objetos?

Una cuarta carta a máquina recibida por Henry Flower (supongamos que H. F. sea L. B.) de Martha Clifford (averígüese M. C.).

¿Qué grata reflexión acompañó esta acción?

La reflexión de que, aparte de la carta en cuestión, el magnetismo de su cara, figura y modo de presentarse había sido favorablemente recibido durante el transcurso del día anterior por una esposa (señora Josephine Breen, nacida Josie Powell), una enfermera, señorita Callan (nombre de pila desconocido), una muchachita, Gertrude (Gerty, apellido desconocido).

¿Qué posibilidad se sugería por sí misma?

La posibilidad de ejercer un viril poder de fascinación en el futuro más inmediato tras lujoso banquete en habitación reservada en compañía de elegante cortesana, de belleza corporal, moderadamente mercenaria, diversamente instruida, una señora por su origen.

¿Qué contenía el segundo cajón?

Documentos: el certificado de nacimiento de Leopold Paula Bloom: una póliza de seguro dotal de £ 500 en la Sociedad de Seguros La Viuda Escocesa a nombre de Millicent (Milly) Bloom, entrando en vigor a los 25 años con beneficios de £ 430, £ 462-10-0 o £ 500 a los 60 años y fallecimiento, 65 años y fallecimiento y fallecimiento respectivamente, o como

póliza con beneficios (completamente pagada) £ 299-10-0 junto con pago en efectivo de £ 133-10-0, como opción: una libreta de depósito bancario emitido por el Ulster Bank, sucursal College Green, mostrando declaración de cuenta para el semestre terminado el 31 de diciembre de 1903, saldo a favor del depositario: £ 18-14-6 (dieciocho libras catorce chelines y seis peniques), haber líquido: certificado de propiedad de títulos canadienses del Gobierno (nominales) al 4 % por £ 900 (exentos de timbre): cédulas de la Comisión de Cementerios Católicos (Glasnevin) en relación con un terreno para sepulturas adquirido: un recorte de un periódico local referente a un cambio de nombre por acta unilateral.

Cítense los términos textuales de este aviso.

Yo, Rudolf Virag, ahora residente en la calle Clanbrassil n.º 52, Dublín, antes de Szombathely en el reino de Hungría, notifico por la presente que he asumido y me propongo en lo sucesivo en toda ocasión y en todo momento ser conocido por el nombre de Rudolph Bloom.

¿Qué otros objetos referentes a Rudolph Bloom (nacido Virag) había en el segundo cajón?

Un confuso daguerrotipo de Rudolph Virag y su padre Leopold Virag ejecutado el año 1852 en el taller de retratos de su (respectivamente) primo y sobrino segundo, Stefan Virag de Szesfehervar, Hungría. Un antiguo libro de la Hagadah en que unas gafas convexas de montura de concha señalaban el pasaje de acción de gracias en las oraciones rituales del Pessach (Pascua): una postal fotográfica del Queen's Hotel, Ennis, propietario, Rudolph Bloom: un sobre dirigido *A mi querido hijo Leopold.*

¿Qué fragmentos de frases evocó la lectura de esas cinco palabras enteras?

Mañana hará una semana que recibí... no sirve Leopold ser... con tu querida madre... esto no se aguanta más... para ella... todo ha terminado para mí... sé bueno con Athos, Leopold... querido hijo mío... siempre... en mí... *das Herz... Gott... dein...*

¿Qué reminiscencias de un ser humano sufriendo melancolía progresiva evocaron esos objetos en Bloom?

Un viejo viudo, pelo desordenado, en la cama, con la cabeza cubierta, suspirando: un perro inválido, Athos: acónito, utilizado en crecientes dosis de granos y escrúpulos como paliativo de una neuralgia recrudecida: la cara tras la muerte de un septuagenario suicida por veneno.

¿Por qué experimentó Bloom un sentimiento de remordimiento?

Porque con impaciencia inmadura había tratado con poco respeto ciertas creencias y prácticas.

¿Tales como?

La prohibición del uso de la carne y la leche en la misma comida, el simposio hebdomadario de excompatriotas ex-correligionarios incoordinadamente abstractos, fervorosamente concretos en lo mercantil: la circuncisión de los niñitos varones: el carácter sobrenatural de las escrituras judaicas: la infalibilidad del tetragrámmaton: la santidad del sábado.

¿Cómo le parecían ahora estas creencias y prácticas?

No más racionales de lo que entonces le habían parecido, no menos racionales de lo que ahora le parecían otras creencias y prácticas.

¿Qué primera reminiscencia tenía él de Rudolph Bloom (fallecido)?

Rudolph Bloom (fallecido) narraba a su hijo Leopold Bloom (edad 6 años) una reordenación retrospectiva de emigraciones y asentamientos en y entre Dublín, Londres, Florencia, Milán, Viena, Budapest y Szombathely, con expresiones de satisfacción (habiendo visto su abuelo a María Teresa, emperatriz de Austria, reina de Hungría), con consejos comerciales (habiendo cuidado el penique, las libras esterlinas se habían cuidado de sí mismas). Leopold Bloom (edad 6 años) había acompañado esas narraciones con una constante consulta de un mapa geográfico de

Europa (político) y con sugerencias de establecer sucursales de negocios en los diversos centros mencionados.

¿Había borrado el tiempo igualmente pero de modo diverso el recuerdo de esas emigraciones en el narrador y el oyente?

En el narrador, por la acumulación de los años y a consecuencia del uso de la toxina narcótica: en el oyente, por la acumulación de los años y a consecuencia de la acción de la distracción en experiencias en cabeza ajena.

¿Qué idiosincrasias del narrador eran productos concomitantes de la amnesia?

Ocasionalmente comía sin haberse quitado previamente el sombrero. Ocasionalmente tomaba vorazmente el jugo de las fresas con nata del plato inclinado. Ocasionalmente se quitaba de los labios los restos de alimento por medio de un sobre roto u otro fragmento accesible de papel.

¿Qué dos fenómenos seniles eran más frecuentes?

El miópico cálculo digital de monedas, la eructación subsiguiente a la replección.

¿Qué ofrecía consuelo parcial para esos recuerdos?

La póliza dotal, la libreta de depósito bancario, el certificado de propiedad de los títulos.

Redúzcase a Bloom, mediante multiplicación cruzada de reveses de fortuna, de que esos sostenes le defendían, y mediante eliminación de todos los valores positivos, a una cantidad despreciable negativa irracional irreal.

Sucesivamente, en orden descendente de ilotismo: Pobreza: la del vendedor ambulante de bisutería, el cobrador de deudas dudosas, el exactor del impuesto de beneficencia y de sanidad. Mendicidad: la del quebrado fraudulento con bienes despreciables que paga 1 chelín y 4 peniques por libra, hombre-sandwich,

distribuidor de prospectos por ahí, vagabundo nocturno, adulador entrometido, marinero mutilado, muchacho ciego, ayudante superfluo de jefe de policía, aguafiestas, lameplatos, latoso, pícaro, excéntrico hazmerreír público sentado en un banco del parque público bajo un paraguas agujereado sacado de la basura. Abandono: el asilado en el Hogar de Ancianos (Royal Hospital), Kilmainham, el asilado en el Hospital Simpson para caballeros venidos a menos pero respetables incapacitados permanentemente por la gota o la falta de vista. Nadir de la desgracia: el anciano indigente inválido sin derechos sustentado por la beneficencia moribundo lunático.

¿Con qué acompañamiento de indignidades?
La indiferencia sin compasión de hembras previamente amables, el desprecio de los varones musculosos, la aceptación de fragmentos de pan, la simulada ignorancia de conocidos casuales, el ladrido de perros ilegítimos y sin licencia, el lanzamiento infantil de proyectiles vegetales descompuestos, por valor de nada o menos que nada.

¿Con qué podría evitarse tal situación?
Con el fallecimiento (cambio de estado), por la partida (cambio de lugar).

¿Cuál, preferiblemente?
Lo segundo, por la línea de menor resistencia.

¿Qué consideraciones hacían esto no enteramente indeseable?
La constante cohabitación que impedía la mutua tolerancia de defectos personales. El hábito de adquisición independiente cada vez más cultivado. La necesidad de compensar con la residencia no permanente la permanencia de la detención.

¿Qué consideraciones lo hacían no irracional?
Las partes en cuestión, unidas, se habían aumentado y multiplicado, una vez hecho lo cual, producida posteridad y educada hasta la madurez, esas partes, si ahora desunidas, estaban obligadas a volverse a

unir para aumento y multiplicación, lo que era absurdo, o a formar por nueva unión la pareja original de las partes a unir, lo que era imposible.

¿Qué consideraciones lo hacían deseable?

El atractivo carácter de ciertas localidades de Irlanda y el extranjero, según se representaban en mapas geográficos generales de policromo diseño o en cartas especiales militares con empleo de numerales y líneas en escala.

¿En Irlanda?

Las escolleras de Moher, las ventosas llanuras de Connemara, el lago Neagh con su ciudad sumergida y petrificada, la Calzada de los Gigantes, Fort Camden y Fort Carlisle, el Valle de Oro de Tipperary, las islas de Aran, las praderas del regio Meath, el olmo de Brigia en Kildare, el astillero de Queen's Island en Belfast, el Salto del Salmón, los lagos de Killarney.

¿En el extranjero?

Ceilán (con jardines de especias que proporcionan té a Thomas Kernan, representante de Pulbrook, Robertson y Compañía, Mincing Lane 2, Londres E. C.; calle Dame 5, Dublín), Jerusalén, la ciudad santa (con mezquita de Omar y puerta de Damasco, meta de aspiración), el estrecho de Gibraltar (incomparable lugar de nacimiento de Marion Tweedy), el Partenón (conteniendo estatuas, divinidades helénicas desnudas), el mercado financiero de Wall Street (que controlaba la finanza internacional), la Plaza de Toros de La Línea, España (donde O'Hara de los Camerons mató el toro), el Niágara (sobre el cual no ha pasado ningún ser humano con impunidad), la tierra de los esquimales (comedores de jabón), el país prohibido del Tibet (del que no regresa ningún viajero), la bahía de Nápoles (ver la cual y después morir), el Mar Muerto.

¿Bajo qué guía, siguiendo qué signos?

En el mar, al septentrión, de noche, la estrella polar, localizada en el punto de intersección de la línea

recta desde beta a alfa en la Osa Mayor prolongada y cortada exteriormente en omega, con la hipotenusa del triángulo rectángulo formado por la línea alfa omega así prolongada y la línea alfa delta de la Osa Mayor. En tierra, a mediodía, una luna biesférica, revelada en imperfectas fases variables de lunación a través del intersticio posterior de la falda imperfectamente cerrada de una carnosa y negligente hembra perambulante, una columna de nube de día.

¿Qué anuncio público divulgaría la ocultación del ausentado?

Recompensa de 5 libras, caballero ausente, perdido, robado o extraviado de su residencia en calle Eccles 7, alrededor de 40 años, atiende por el nombre de Bloom, Leopold (Poldy), altura 5 pies 9 ½ pulgadas, robusto, piel aceitunada, puede haberse dejado la barba desde entonces, vestía traje negro la última vez que se le vio. La cantidad mencionada se pagará por información que permita su hallazgo.

¿Qué universales denominaciones binómicas serían las suyas en cuanto entidad y no-entidad?

Asumidas por cualquiera o no conocidas de nadie. Todoquisque o Nadie.

¿Qué tributos los suyos?

Honores y dones de extranjeros, los amigos de Todoquisque. Una ninfa inmortal, la belleza, la esposa de Nadie.

El ausentado, ¿no reaparecería nunca en ningún lugar de ningún modo?

Para siempre erraría, impulsado por sí mismo, hasta el límite extremo de su órbita cometaria, más allá de las estrellas fijas y los soles variables y los planetas telescópicos, huérfanos y vagabundos astronómicos, hasta la frontera extrema del espacio, pasando de país en país, entre pueblos, entre acontecimientos. En algún lugar imperceptiblemente oiría y de algún modo, reluctantemente, compelido por el sol, obedecería a los requerimientos de retorno. A partir de lo cual, desapareciendo de la constela-

ción de la Corona Boreal, reaparecería de alguna manera renacido sobre delta en la constelación de Casiopea y tras incalculables eones de peregrinación, retornaría, vengador erradicado, imponedor de justicia sobre malhechores, oscuro cruzado, durmiente despertado, con recursos financieros (por hipótesis) que sobrepasarían a los de Rothschild o los del rey de la plata.

¿Qué haría irracional tal regreso?

Una insatisfactoria ecuación entre un éxodo y regreso en el tiempo a través del espacio reversible, y un éxodo y regreso en el espacio a través del tiempo irreversible.

¿Qué juego de fuerzas, induciendo inercia, hacía indeseable la partida?

Lo tardío de la hora, produciendo procrastinación: la obscuridad de la noche, produciendo invisibilidad: la incertidumbre de los caminos, produciendo peligro: la necesidad de reposo, evitando el movimiento: la proximidad de un lecho ocupado, evitando la búsqueda: la previsión del calor (humano) templado por frescura (sábanas), evitando el deseo y produciendo deseabilidad: la estatua de Narciso, sonido sin eco, deseado deseo.

¿Qué ventajas poseía un lecho ocupado, a diferencia de uno no ocupado?

La supresión de la soledad nocturna, la superior calidad de la calefacción humana (hembra madura) respecto a la inhumana (botella de agua caliente), la estimulación del contacto matutino, la economía del planchado ejecutado a domicilio en el caso de pantalones exactamente doblados y colocados a lo largo entre el colchón de muelles (listado) y el colchón de lana (a cuadros marrón claro).

¿Qué pasadas causas consecutivas, aprehendidas previamente antes de levantarse, de fatiga acumulada, recapituló silenciosamente Bloom, antes de levantarse?

La preparación del desayuno (sacrificio quema-

do): la congestión intestinal y defecación premeditativa (sancta sanctórum): el baño (rito de Juan): el entierro (rito de Samuel): el anuncio de Alexander Llavees (Urim y Thummin): el almuerzo insubstancial (rito de Melquisedec): la visita al museo y Biblioteca Nacional (santo lugar): la búsqueda del libro a lo largo de Bedford Row, Merchants' Arch, Wellington Quay (Simchath Torah): la música en el hotel Ormond (Shira Shirim): el altercado con un truculento troglodita en los locales de Bernard Kiernan (holocausto): un período vacío que incluía un trayecto en coche, una visita a la casa de luto, una despedida (desierto): el erotismo producido por el exhibicionismo femenino (rito de Onán): el prolongado parto de la señora Mina Purefoy (oblación): la visita a la irregular casa de la señora Bella Cohen, calle Lower Tyrone 82, y subsiguiente riña y pelea fortuita en la calle Beaver (Armageddon): perambulación nocturna hacia y desde el Refugio del Cochero, puente Butt (expiación).

¿Qué enigma autoimpuesto percibió Bloom a punto de levantarse para irse con el fin de concluir no fuera que concluyera involuntariamente?

La causa de un crujido breve seco imprevisto oído sonoro solitario emitido por el insensible material de una tabla de madera de vetas en tensión.

¿Qué enigma autoimplicado no comprendió Bloom, al levantarse, irse y reunir vestimentas multicolores multiformes multitudinosas, percibiéndolo voluntariamente?

¿Quién era M'Intosh?

¿Qué enigma autoevidente, ponderado con intermitente constancia durante 30 años, comprendió Bloom ahora, habiendo producido obscuridad natural por la extinción de la luz artificial, silenciosa y repentinamente?

¿Dónde estaba Moisés cuando se apagó la vela?

¿Qué imperfecciones en un día perfecto enumeró Bloom, andando, silenciosa y sucesivamente?

Un fracaso provisional en obtener renovación de un anuncio, en obtener cierta cantidad de té de Thomas Kernan (representante de Pulbrook, Robertson y Compañía, calle Dame 5, Dublín y Mincing Lane 2, Londres, E. C.), en certificar la presencia o ausencia de orificio rectal posterior en el caso de las divinidades femeninas helénicas, en obtener entrada (gratuita o de pago) a la representación de *Leah* por la señora Bandman Palmer en el Gaiety Theatre, calle South King 46, 47, 48, 49.

¿Qué impresión de una cara ausente recordó Bloom, detenido, silenciosamente?

La cara del padre de ella, el difunto comandante Brian Cooper Tweedy, Fusileros Reales de Dublín, de Gibraltar y Rehoboth, Dolphin's Barn.

¿Qué impresiones recurrentes del mismo eran posibles por hipótesis?

Retirándose, en la estación terminal del Great Northern Railway, calle Amiens, con aceleración constantemente uniforme, siguiendo líneas paralelas que se encontraban en el infinito, si se prolongaban: siguiendo líneas paralelas, vueltas a prolongar desde el infinito, con retardación constantemente uniforme, en la estación terminal del Great Northern Railway, calle Amiens, regresando.

¿Qué efectos misceláneos de ropa interior femenina fueron percibidos?

Un par de medias nuevas de señora, inodoras, negras, de símil seda, un par de ligas nuevas violeta, un par de bragas de señora, tamaño extra, de muselina india, cortadas según líneas generosas, olorosas a opópanax, jazmín y cigarrillos turcos Muratti y conteniendo un largo imperdible brillante de acero, cerrado curvilinearmente, una blusa de batista con fina orla de encaje, una enagua de acordeón, de moaré de seda azul, todos los cuales objetos estaban dispuestos irregularmente encima de un baúl rectangular, con refuerzos cuádruples, esquinas rematadas, y etiquetas multicolores, ostentando en su cara delantera las iniciales en blanco B. C. T. (Brian Cooper Tweedy).

¿Qué objetos no personales fueron percibidos?

Una cómoda, con una pata rota, totalmente cubierta por un cuadrado de cretona con adornos de manzanas sobre el cual descansaba un sombrero de paja de señora, negro. Un juego de tocador con fileteado naranja, comprado en Henry Price, cestería, artículos de fantasía, porcelana y quincalla, calle Moore 21, 22, 23, dispuesto irregularmente en el lavabo y el suelo, y consistiendo en palangana, jabonera y bandeja de cepillos (en el lavabo, juntos), jarro y bacinilla (en el suelo, separados).

¿Los actos de Bloom?

Depositó las prendas de vestir en una silla, se quitó las restantes prendas de vestir, sacó de debajo del cabezal, a la cabecera de la cama, un camisón doblado, largo, blanco, metió la cabeza y los brazos en las aberturas adecuadas del camisón, desplazó una almohada desde la cabecera a los pies de la cama, preparó las sábanas adecuadamente y se metió en la cama.

¿Cómo?

Con circunspección, como siempre que entraba en una residencia (suya o no suya): con solicitud, siendo viejos los muelles de espiral serpentina del colchón, estando sueltas las arandelas de latón y los colgantes radios viperinos temblando bajo esfuerzo y presión: prudentemente, como entrando en una madriguera o emboscada de lujuria o áspid: ligeramente, para estorbar menos: reverentemente, en el lecho de la concepción y el nacimiento, de la consumación del matrimonio y del quebrantamiento del matrimonio, del sueño y de la muerte.

¿Qué encontraron sus miembros, al extenderse gradualmente?

Sábanas nuevas y limpias, olores adicionales, la presencia de una forma humana, femenina, la de ella, la huella de una forma humana, masculina, no la de él, algunas migas, algunos fragmentos de carne en conserva, vuelta a guisar, que él apartó.

Si hubiera sonreído, ¿por qué habría sonreído?

Por reflexionar que cada cual que entra se imagina ser el primero en entrar siendo así que siempre es el último término de una serie precedente aunque el primer término de otra sucesiva, imaginando cada cual ser el primero, último, solo y único, siendo así que no es ni el primero ni el último ni solo ni único en una serie que se origina en y se repite hasta el infinito.

¿Qué serie precedente?

Suponiendo que Mulvey fuera el primer término de su serie, Penrose, Bartell d'Arcy, el profesor Goodwin, Julius Mastiansky, John Henry Menton, el padre Bernard Corrigan, un granjero de la Exposición de la Real Sociedad Hípica de Dublín, Maggot O'Reilly, Matthew Dillon, Valentine Blake Dillon (Alcalde de Dublín), Christopher Callinan, Lenehan, un organillero italiano, un caballero desconocido del Gaiety Theatre, Benjamin Dollard, Simon Dedalus, Andrew (Pisser) Burke, Joseph Cuffe, Wisdom Hely, el concejal John Hooper, el doctor Francis Brady, el padre Sebastian de Mount Argus, un limpiabotas de la Oficina Central de Correos, Hugh E. (Blazes) Boylan y así cada cual y así sucesivamente sin término último.

¿Cuáles eran sus reflexiones sobre el último miembro de esta serie y ocupante anterior de la cama?

Reflexionar sobre su vigor (un calavera), su proporción corporal (un pegacarteles), su capacidad comercial (un faroleador), su impresionabilidad (un fanfarrón).

¿Por qué, para el observador, impresionabilidad en adición a vigor, proporción corporal y capacidad comercial?

Porque había observado con creciente frecuencia en los precedentes miembros de la misma serie la misma concupiscencia, inflamablemente transmitida al principio con alarma, luego con comprensión, luego con deseo, finalmente con fatiga, con síntomas alternantes de comprensión y aprensión epicenas.

¿De qué sentimientos antagónicos estuvieron afectadas sus reflexiones subsiguientes?

Envidia, celos, abnegación, ecuanimidad.

¿Envidia?

De un organismo masculino corporal y mental especialmente adaptado para la postura superincumbente de la enérgica copulación humana y el enérgico movimiento de pistón y cilindro necesario para la completa satisfacción de una concupiscencia constante pero no aguda residente en un organismo femenino corporal y mental, pasivo pero no obtuso.

¿Celos?

Porque una naturaleza sólida y volátil en su estado libre era alternativamente el agente y reagente de atracción. Porque la acción entre agentes y reagentes variaba en cada instante, en proporción inversa de crecimiento y decrecimiento, con incesante extensión circular y reingreso radial. Porque la controlada contemplación de la fluctuación producía, si se deseaba, una fluctuación de placer.

¿Abnegación?

En virtud de *a*) conocimiento iniciado en setiembre de 1903 en el establecimiento de George Mesias, sastre y camisero, Eden Quay 5, *b*) hospitalidad ofrecida y recibida en especie, reciprocada y hecha propia en persona, *c*) relativa juventud, sujeta a impulsos de ambición y magnanimidad, altruismo colegal y egoísmo amoroso, *d*) atracción extrarracial, inhibición intrarracial, prerrogativa suprarracial, *e*) una inminente gira musical por provincias, gastos efectivos en común, beneficios netos a dividir.

¿Ecuanimidad?

En cuanto natural como cualquier y todo acto natural de naturaleza expresada o entendida en la naturaleza naturada por criaturas naturales de acuerdo con las naturalezas naturadas de él, de ella y de ellos, de similaridad desimilar. En cuanto no tan calamitoso como la aniquilación cataclísmica del planeta a consecuencia de colisión con un sol oscuro. En cuanto menos reprensible que hurto, salteamien-

to de caminos, crueldad con niños y animales, obtención de dinero bajo falsas pretensiones, falsificación, malversación, apropiación de fondos públicos, quebrantamiento de confianza pública, simulación de enfermedades, mutilación voluntaria, corrupción de menores, calumnia criminal, chantaje, desprecio al tribunal, incendio con dolo, traición, delito de mayor cuantía, motín en alta mar, violación de propiedad, robo con fractura, evasión de penitenciaría, práctica de vicios antinaturales, deserción de fuerzas armadas en campaña, perjuicio, caza furtiva, usura, entendimiento con enemigos del rey, impostura, agresión criminal, homicidio, asesinato deliberado y premeditado. En cuanto que no más anormal que todos los demás procesos alterados de adaptación a condiciones alteradas de existencia, resultantes en un equilibrio recíproco entre el organismo corporal y sus circunstancias contingentes, alimentos, bebidas, costumbres adquiridas, inclinaciones consentidas, enfermedad típica. En cuanto más que inevitable, irreparable.

¿Por qué más abnegación que celos, menos envidia que ecuanimidad?

De ultraje (matrimonio) a ultraje (adulterio) no surgía nada más que ultraje (copulación) y sin embargo el violador matrimonial de la violada matrimonialmente no había sido ultrajado por el violador adulterino de la adulterinamente violada.

¿Qué represalia, si la había?

Asesinato, nunca, ya que dos males no hacían un bien. Duelo armado, no. Divorcio, ahora no. Puesta de manifiesto mediante artificio mecánico (cama automática) o testimonio individual (testigo de vista escondido) todavía no. Pleito por daños por vía legal o simulación de agresión con pruebas de lesiones sufridas (autoinfligidas), no era imposible. Si había, positivamente, connivencia, introducir la emulación (material, una próspera agencia rival de publicidad: moral, un agente rival con éxito en la intimidad), depreciación, alienación, humillación, separación protegiendo a la separada del otro, protegiendo al separador de ambos.

¿Por qué reflexiones él, reaccionando conscientemente ante la vacía incertidumbre, se justificaba a sí mismo sus sentimientos?

La frangibilidad preordenada del himen, la intangibilidad presupuesta de la cosa en sí: la incongruencia y desproporción entre la tensión autoprolongadora de la cosa a hacer y la relajación autoabreviadora de la cosa hecha: la falazmente inferida debilidad de la hembra, la musculosidad del macho: las variaciones de los códigos éticos: la natural transición gramatical por inversión, sin implicar alteración de sentido, de una proposición de aoristo pretérito (analizada como sujeto masculino, verbo transitivo monosilábico onomatopéyico con complemento directo femenino) desde la voz activa a su correlativa proposición de aoristo pretérito (analizado como sujeto femenino, verbo auxiliar y participio de pretérito cuasimonosilábico onomatopéyico con agente complementario masculino) en la voz pasiva: la continuada producción de inseminadores por generación: la futilidad del triunfo o la protesta o la vindicación: la inanidad de la virtud decantada: la letargia de la materia incipiente: la apatía de las estrellas.

¿En qué satisfacción final convergieron esos sentimientos y reflexiones antagónicos, reducidos a sus formas más simples?

Satisfacción ante la ubicuidad, en los hemisferios terrestres oriental y occidental, en todas las tierras e islas habitables exploradas o inexploradas (la tierra del sol de medianoche, las islas de los bienaventurados, las islas de Grecia, la tierra de promisión) de adiposos hemisferios posteriores femeninos, aromados de leche y miel y de tibieza excretoria sanguínea y seminal, reminiscentes de seculares familias de curvas de amplitud, no susceptibles de estados de ánimo de impresión o de contrariedades de expresión, expresivos de muda inmutable madura animalidad.

¿Signos visibles de presatisfacción?

Una erección aproximativa: una aproximación solícita: una elevación gradual: una revelación intentada: una contemplación silenciosa.

¿Y luego?

Besó los gruesos blandos amarillos aromáticos melones de su trasero, en cada grueso hemisferio melonoso, en su blando amarillo surco, con oscura prolongada provocativa melonaromática osculación.

¿Signos visibles de postsatisfacción?

Una contemplación silenciosa: una velación intentada: un gradual descenso: un apartamiento solícito: una erección próxima.

¿Qué siguió a esta silenciosa acción?

Invocación somnolente, reconocimiento menos somnolente, excitación incipiente, interrogación catequética.

¿Con qué modificaciones respondió el narrador a esta interrogación?

Negativas: omitió mencionar la correspondencia clandestina entre Martha Clifford y Henry Flower, el altercado público junto a, en y cerca del local con licencia para bebidas de Bernard Kiernan y Compañía, calle Little Britain 8, 9 y 10, la provocación erótica y respuesta a ella causada por el exhibicionismo de Gertrude (Gerty), apellido desconocido. Positivas: incluyó la mención de una interpretación por la señora Bandman Palmer de *Leah* en el Gaiety Theatre, calle South King 46, 47, 48, 49, una invitación a cenar en el Hotel Wynn's (Murphy's), calle Lower Abbey 35, 36 y 37, un volumen de tendencia pecaminosa pornográfica titulado *Dulzuras del pecado*, anónimo, autor un caballero a la moda, una contusión temporal causada por un movimiento falsamente calculado en el curso de una demostración gimnástica tras la cena, siendo la víctima (después completamente recobrado) Stephen Dedalus, profesor y autor, hijo mayor sobreviviente de Simon Dedalus, sin ocupación fija, una proeza aeronáutica ejecutada por él (narrador) en presencia de un testigo, el profesor y autor susodicho, con prontitud de decisión y flexibilidad gimnástica.

¿Fue la narración por lo demás inalterada por modificaciones?

Absolutamente.

¿Qué acontecimiento o persona emergió como el punto sobresaliente de su narración?

Stephen Dedalus, profesor y autor.

¿Qué limitaciones de actividad e inhibiciones de derechos conyugales fueron percibidas por oyente y narrador respecto a ellos mismos durante el curso de esta narración intermitente y cada vez más lacónica?

Por parte de la oyente una limitación de fertilidad en cuanto que habiéndose celebrado el matrimonio un mes de calendario después del 18.° aniversario de su nacimiento (8 de setiembre de 1870), esto es el 8 de octubre, y consumado en la misma fecha, con progenie de sexo femenino nacida el 15 de junio de 1889, habiendo sido anticipadamente consumado el 10 de setiembre del mismo año, y habiendo tenido lugar por última vez el comercio carnal completo, con eyaculación de semen dentro del órgano natural femenino, 5 semanas, esto es, el 27 de noviembre de 1893, antes del nacimiento, el 29 de diciembre de 1893, del segundo (y único varón) engendrado, fallecido el 9 de enero de 1894, de edad de 11 días, quedaba un período de 10 años, 5 meses y 18 días durante el cual el comercio carnal había sido incompleto, sin eyaculación de semen dentro del órgano natural femenino. Por el narrador, una limitación de actividad, mental y corporal, en cuanto que el comercio mental completo entre él mismo y la oyente no había tenido lugar desde la consumación de la pubertad, indicada por hemorragia cataménica, de la progenia femenina del narrador y la oyente, 15 de septiembre de 1903, quedando un período de 9 meses y 1 día durante el cual a consecuencia de una preestablecida comprensión natural e incomprensión entre las hembras consumadas (oyente y progenie femenina), la completa libertad corporal de acción había quedado circunscrita.

¿Cómo?

Por variada y reiterada interrogación femenina concerniente al objetivo masculino a dónde, lugar

dónde, hora en que, duración por la cual, objeto con cual, en el caso de ausencias temporales, proyectadas o realizadas.

¿Qué se movía visiblemente por encima de los invisibles pensamientos de la oyente y el narrador?
La proyección hacia arriba de una lámpara y pantalla, una serie inconstante de círculos concéntricos de variables gradaciones de luz y sombra.

¿En qué direcciones estaban tendidos oyente y narrador?
Oyente, E-SE: Narrador, O-NO: en el paralelo 53 de latitud N y meridiano 6 de longitud O: a un ángulo de 45° respecto al ecuador terrestre.

¿En qué estado de reposo o movimiento?
En reposo en relación consigo mismo y entre sí. En movimiento, siendo arrastrados ambos y cada uno hacia el oeste, de frente y de espaldas respectivamente, por el propio movimiento perpetuo de la tierra a través de senderos siempre cambiantes en el espacio nunca cambiante.

¿En qué postura?
Oyente: reclinada semilateralmente, a la izquierda, la mano izquierda bajo la cabeza, pierna derecha extendida en línea recta, y descansando en la pierna izquierda, doblada, en la actitud de Gea-Tellus, saciada, recumbente, cargada de semilla. Narrador: reclinado lateralmente, a la izquierda, con las piernas derecha e izquierda flexionadas, el dedo índice y pulgar de la mano derecha descansando en el puente de la nariz, en la actitud representada en una fotografía instantánea hecha por Percy Apjohn, el hombre-niño cansado, el niño-hombre en el vientre.

¿Vientre? ¿Cansado?
Descansa. Ha viajado.

¿Con?
Simbad el Marinero y Mimbad el Salinero y Timbad el Timbalero y Himbad el Harinero y Kimbad el Kaminero y Rimbad el Ratonero y Bimbad el Baru-

llero y Vimbad el Verdadero y Pimbad el Panadero y Limbad el Limonero y Guimbad el Guitarrero y Fimbad el Farolero y Jimbad el Jaranero y Cimbad el Cimbalero y Ximbad el Xilofonero.

¿Cuándo?

Entrando en una cama oscura había un cuadrado en redondo en torno a Simbad el Marinero huevo de roc de alca en la noche de la cama de todas las alcas de los rocs de Oscurimbad el Claridiero.

¿Dónde?

•

Sí porque él nunca había hecho tal cosa como pedir el desayuno en la cama con un par de huevos desde el Hotel City Arms cuando solía hacer que estaba malo en voz de enfermo como un rey para hacerse el interesante con esa vieja bruja de la señora Riordan que él se imaginaba que la tenía en el bote y no nos dejó ni un ochavo todo en misas para ella sola y su alma grandísima tacaña como no se ha visto otra con miedo a sacar cuatro peniques para su alcohol metílico contándome todos los achaques tenía demasiado que desembuchar sobre política y terremotos y el fin del mundo vamos a divertirnos primero un poco Dios salve al mundo si todas las mujeres fueran así venga que si trajes de baño y escotes claro que nadie quería que ella se los pusiera imagino que era devota porque ningún hombre la miraría dos veces espero no llegar a ser nunca como ella milagro que no quisiera que nos tapáramos la cara pero era una mujer bien educada y toda su cháchara con el señor Riordan por aquí y el señor Riordan por allá supongo que él se alegró de perderla de vista y el perro oliéndome las pieles y siempre entremetiéndose para subírseme por debajo de las enaguas especialmente entonces sin embargo eso me gusta de él amable con las viejas así y los camareros y los mendigos también no es orgulloso por nada pero no siempre si alguna vez le pasa algo serio de verdad es mejor que se vayan al hospital donde todo está limpio pero supongo que tendría que machacárselo durante un mes sí y entonces tendríamos en

seguida en el asunto una enfermera del hospital y él se quedaría hasta que le echaran o una monja a lo mejor como la de la foto indecente que tiene él es tan monja como yo sí porque son tan débiles y quejumbrosos cuando se ponen malos quieren una mujer para ponerse buenos si les sangra la nariz se creería que era eso oh tragedia y esos ojos de moribundo bajando por la circunvalación sur cuando se torció el pie en la fiesta del coro de Monte Pandeazúcar el día que estrené aquel traje la señorita Stack le llevó las flores las peores y más viejas que encontró en el fondo del cesto cualquier cosa con tal de meterse en la alcoba de un hombre con su voz de solterona tratando de imaginarse que él estaba a morir por culpa de ella no volver a ver jamás tu rostro aunque él tenía más cara de hombre con la barba un poco crecida en la cama papá era lo mismo además me fastidia vendar y dar medicinas cuando se cortó el dedo del pie con la navaja de afeitar cortándose los callos con miedo de un envenenamiento de la sangre pero si la cosa fuera que yo estuviera mala ya veríamos entonces qué atenciones solamente claro que la mujer lo esconde para no dar toda la molestia como ellos sí él lo ha hecho en algún sitio estoy segura por ese apetito de todos modos no es amor o si no no comería pensando en ella así que o ha sido con una de esas mujeres de por la noche si es que realmente ha estado allá abajo y el cuento del hotel que inventó un montón de mentiras para esconderlo me entretuvo Hynes a quién me encontré ah sí me encontré a te acuerdas de Menton y a quién más quién vamos a ver esa cara grande de niñito yo le vi y no hacía mucho que se había casado coqueteando con una chica joven en el Myriorama de Pooles y le volví la espalda cuando se escapaba con cara de darse mucha cuenta de qué mal hacía pero tuvo la desvergüenza de hacerme la corte una vez le está bien empleado boca irresistible y esos ojos de pescado hervido de todos los mayores imbéciles que he conocido y a eso lo llaman un procurador solamente que a mí me fastidia tener una discusión larga en la cama o si no es eso habrá sido cualquier putilla con la que se ha enredado en algún sitio o la ha pescado a escondidas si le conocieran

tan bien como yo sí porque anteayer estaba garrapateando algo como una carta cuando yo entré en la salita a por cerillas para enseñarle lo de la muerte de Dignam en el periódico como si algo me lo hubiera dicho y él lo tapó con el secante haciendo como que pensaba en negocios así que muy probablemente eso era para alguna que se imagina que le ha conquistado porque todos los hombres se ponen un poco así a su edad especialmente para los cuarenta como él ya va ahora con vistas a sacarle todo el dinero que pueda no hay tonto como un tonto viejo y luego el acostumbrado beso en el culo para esconderlo no es que me importe un pito con quién lo hace ni a quién había conocido antes así aunque me gustaría averiguarlo con tal de que no los tenga a los dos delante de las narices todo el tiempo como aquella sinvergüenza la Mâry que tuvimos en Ontario Terrace poniéndose rellenos falsos en el trasero para excitarle ya está mal sentir cómo echa él el olor de esas mujeres pintadas una vez o dos tuve sospechas al hacerle que se me acercara cuando le encontré el pelo largo en la chaqueta sin contar la vez que entré en la cocina y él haciendo como que bebía agua 1 mujer no les basta fue todo culpa de él claro echando a perder a las criadas y luego proponiendo que la dejáramos comer a nuestra mesa en Navidad por favor oh no gracias no en mi casa robándome las patatas y las ostras a 2 chelines 6 peniques la docena saliendo a ver a su tía por favor robo vulgar era eso pero yo estaba segura de que él tenía algo que ver con ella soy buena yo para descubrir una cosa así él decía no tienes pruebas ella era la prueba ah sí a su tía le gustaban mucho las ostras pero yo le dije lo que pensaba de ella insinuándome que saliera para quedarse solo con ella yo no me iba a rebajar a espiarles las ligas que le encontré a ella en su cuarto el viernes que salía eso fue bastante para mí ya era demasiado vi también que se le hinchaba la cara de rabia cuando la despedí más vale pasarse sin ellas en absoluto los cuartos los hago yo más de prisa sólo por el maldito guisar y echar fuera toda la suciedad de todos modos lo puse en manos de él o ella o yo sale de esta casa yo no le podía ni tocar de pensar que andaba con una asque-

rosa embustera descarada una sucia como ésa negándomelo en la cara y cantando por todas partes también en el retrete porque sabía que estaba demasiado bien instalada sí porque él no podría pasarse sin eso tanto tiempo así que él tenía que hacerlo por algún sitio y la última vez que se me desahogó en el culo fue la noche que Boylan me dio un gran apretón en la mano yendo por el Tolka en mi mano se me desliza otra mano yo nada más que le apreté el dorso de la suya así con el pulgar para devolverle el apretón cantando la joven luna de mayo refulge de amor porque él tiene alguna idea de que entre él y yo no es tan tonto dijo ceno fuera y voy al Gaiety aunque no voy a darle la satisfacción en todo caso bien sabe Dios que él es muy diferente no sé cómo no estar por los siglos de los siglos llevando el mismo sombrero viejo a no ser que yo pagara a algún muchacho guapo para hacerlo porque no puedo hacerlo yo sola yo le gustaría a uno joven le aturdiría un poco a solas con él si estuviéramos le enseñaría las ligas las nuevas y le haría ponerse colorado mirándole seduciéndole yo sé lo que sienten los muchachos con ese vello en los carrillos siempre enredándose y tirándose de la cosa pregunta y respuesta harías esto eso y lo otro con el carbonero sí con un obispo sí lo haría porque le conté de aquel Deán u Obispo que estaba sentado a mi lado en los jardines del templo de los judíos cuando yo hacía punto aquella cosa de lana forastero en Dublín qué sitio era y así venga con los monumentos y me hartó con las estatuas animándole haciéndole peor de lo que es en quién estás pensando ahora dime en quién piensas quién es dime cómo se llama quién es el Emperador de Alemania sí imagina que yo soy él piensa en él puedes notarle tratando de hacer de mí una puta eso no lo hará nunca debería renunciar a esta edad de su vida sencillamente la ruina de cualquier mujer y no hay satisfacción en eso fingiendo disfrutar hasta que se corre él y entonces lo termino yo misma de cualquier manera y te deja pálidos los labios no sé por qué ahora se ha terminado de una vez para todas con todas las maravillas que dice la gente es sólo la primera vez después es nada más lo corriente hazlo y no lo pienses más por qué no se

puede besar a un hombre sin ir primero y casarse con él a veces a una le encanta como una loca cuando una se siente de esa manera tan buena por todo el cuerpo que no se puede resistir me gustaría que algún hombre cualquiera me cogiese alguna vez cuando él está aquí y me besase entre sus brazos no hay cosa como un beso largo y caliente que te baja por el alma casi te paraliza además me fastidia eso de la confesión cuando iba al Padre Corrigan me tocó padre y qué tiene de malo si me tocó dónde y yo dije en la orilla del canal como una tonta pero en qué sitio de tu persona hija mía en la pierna detrás arriba era sí bastante arriba donde uno se sienta sí oh Señor no podría empezar por decir culo y terminar de una vez y qué tenía que ver con eso y también has como lo dijera se me ha olvidado no padre y yo siempre pienso en el padre de verdad qué necesidad tenía de saber cuando yo lo había confesado ya a Dios él tenía una bonita mano gorda la palma siempre húmeda no me importaría tocarla ni a él tampoco diría yo por el cuello de toro en su collera de caballo no sé si me reconoció en el confesonario yo le veía la cara él no podía verme la mía claro él nunca se volvía ni dejaba notar nada sin embargo tenía los ojos rojos cuando se murió su padre están perdidos para una mujer claro debe ser terrible cuando llora un hombre cuanto más ellos a mí me gustaría que me abrazara uno con sus vestiduras y echando ese olor de incienso como el Papa además no hay peligro con un cura si una está casada él tiene cuidado de sobra por él mismo luego dar algo a S. S. el Papa como penitencia no sé si él quedó satisfecho de mí lo único que no me gustó fue la palmada detrás al marcharse con tanta familiaridad en el recibidor aunque me reí no soy un caballo ni un burro digo yo supongo que pensaba en su padre no sé si estará despierto pensando en mí o soñando que yo estoy ahí quién le dio esa flor él dijo que la compró él olía a cierta clase de bebida no whisky ni cerveza negra o quizá esa especie de cola dulzona con que pegan los carteles con algún licor que a mí me gustaría sorber esas bebidas caras que parecen espesas verdes y amarillas que beben los presumidos de los teatros con sus chisteras yo probé una

metiendo el dedo en el vaso de ese americano que tenía la ardilla y hablaba de sellos con papá le costaba mucho trabajo no quedarse dormido después de la última vez tomamos el oporto y la carne en conserva tenía un buen sabor salado sí porque me sentía deliciosamente y también cansada y me quedé dormida como un lirón en el momento en que me metí en la cama hasta que me despertó ese trueno como si se fuera a acabar el mundo Dios tenga misericordia de nosotros creí que se caía el cielo para castigarnos cuando me santigüé y dije un avemaría como esos truenos terribles en Gibraltar y vienen ésos con que no hay Dios qué se podía hacer si se metiera y corriera por ahí nada sino hacer un acto de contrición la vela que puse esa noche en la capilla de la calle Whitefriars por el mes de mayo ves ha traído suerte aunque él se burlaría si lo oyera porque nunca va a misa ni a las reuniones dice que tu alma no tienes alma dentro sólo materia gris porque él no sabe lo que es tener alma sí cuando encendí la lámpara sí porque él debió venir 3 ó 4 veces con esa tremenda cosa grande roja y brutal que tiene yo creí que la vena o como demonios se llame le iba a estallar aunque no tiene la nariz tan grande después que me lo quité todo con las cortinas echadas después de tantas horas arreglándome y perfumándome y peinándome eso como hierro o como alguna especie de barra gorda de pie todo el tiempo debía haber comido ostras creo que varias docenas estaba muy en voz para cantar no nunca en toda mi vida he notado ninguno que tuviera una de ese tamaño para hacerla a una sentirse llena debía haberse comido una oveja entera qué ocurrencia hacernos así con ese gran agujero en medio de nosotras como un garañón metiéndotelo dentro porque eso es lo único que quieren de una con esa mirada decidida y maligna en los ojos tuve que entornar los ojos sin embargo no tiene una cantidad tan tremenda de esperma dentro cuando se la hice sacar y hacérmelo encima teniendo en cuenta lo grande que es tanto mejor en caso de que un poco de eso no quedara lavado como es debido la última vez le dejé terminarlo dentro bonita invención que hicieron para las mujeres de que él se lleve todo el gusto pero si

alguien les diera un poco de eso a ellos también sabrían lo que pasé con Milly nadie lo creería también cuando echó los dientes y el marido de Mina Purefoy dame una metida con tus patillas cargándola con un niño o con gemelos una vez al año tan fijo como el reloj siempre con un olor a niños encima de ella el que llamaban mustafá o algo así como un negro con un mechón de pelo encima Jesús bendito el niño es negrito la última vez que estuve allí había un pelotón de ellos cayéndose unos encima de otros y aullando que no se oía una misa dicen que es sano no están contentos hasta que nos han hinchado como elefantas o no sé qué supongamos que me arriesgara a tener otro no de él aunque sin embargo si él estuviera casado estoy segura de que tendría un niño fuerte y sano pero no sé Poldy tiene más jugo dentro sí eso sería divertido imagino que fue el encuentro con Josie Powell y el entierro y el pensar en mí y en Boylan lo que le ha excitado bueno ya puede imaginarse lo que le parezca bien ahora si eso le sienta bien sí que se magreaban un poco cuando yo aparecí en escena él bailaba con ella y se pasó la noche sentado a su lado cuando la inauguración de la casa de Georgina Simpson y luego quería hacerme tragar que era porque no le gustaba verla plantada en el rincón por eso fue por lo que tuvimos la agarrada por política él empezó no yo cuando dijo lo de que Nuestro Señor siendo carpintero acabó por hacerme llorar claro una mujer es muy sensible en todo yo estaba luego furiosa conmigo misma por haber cedido pues sabía que había perdido la cabeza por mí y el primer socialista dijo fue Él me molestó mucho porque no pude hacerle perder los estribos sin embargo sabe la mar de cosas mezcladas especialmente sobre el cuerpo y lo de dentro de yo muchas veces quise estudiármelo esto también lo que tenemos dentro de nosotras en ese Médico de la Familia siempre oía su voz hablando cuando el cuarto estaba lleno de gente y observarle después que hice como si estuviera un poco fría con ella por causa de él porque él solía ser un poco dado a los celos siempre preguntaba a dónde vas y yo decía a casa de Floey y él me regaló las poesías de Lord Byron y los tres

pares de guantes así que acabó con que pude conseguir fácilmente hacer las paces en cualquier momento yo sé cómo aun suponiendo que él volviese a entenderse con ella y fuera a verla en algún sitio yo lo sabría si se negaba a comer cebolla yo sé muchas maneras pedirle que me arreglara el cuello de la blusa o tocarle con mi velo y mis guantes al salir 1 beso entonces les haría andar de coronilla a todas ellas sin embargo muy bien bueno veremos entonces que vaya él a verla desde luego que ella estaría encantada de hacer como si estuviera loca de amor por él eso a mí no me importaría mucho yo nada más que iría a verla y le preguntaría le quieres y la miraría cara a cara para que no pudiera engañarme pero él podría imaginarse que sí y declarársele a ella con ese estilo de nunca acabar el blablabla como hizo conmigo aunque a mí me costó un trabajo endemoniado sacárselo aunque me gustaba eso en él porque demostraba que era capaz de contenerse y que no era tan fácil de conquistar él estuvo a punto de declarárseme a mí también la noche en la cocina cuando yo estaba haciendo la torta de patata hay algo que tengo que decirle sólo que yo le tapé la boca haciendo como si estuviera irritada con las manos y los brazos llenos de masa de harina en todo caso yo había cedido demasiado la noche antes hablando de sueños así que no quería dejarle saber más de lo que le era necesario ella siempre me estaba abrazando cuando estaba él allí queriendo decir a él claro comiéndome con los ojos y cuando dije que yo me lavaba de arriba abajo todo lo posible preguntándome te lavaste lo posible las mujeres siempre tratan de ir a parar a eso y a insistír en ello cuando él está allí saben por sus ojos maliciosos guiñando un poco haciéndose el indiferente cuando ellas salen con algo semejante que eso es lo que le echa a perder no me extraña nada porque era muy guapo en esos tiempos tratando de parecerse a Lord Byron dije que me gustaba aunque era demasiado hermoso para un hombre y fue un poco antes de que nos hiciéramos novios después sin embargo a ella no le gustaba tanto el día que yo me caía de risa que no podía parar las carcajadas por todas las horquillas que se me caían una detrás de otra con la

mata de pelo que tenía yo siempre estás de buen humor dijo ella sí porque le chinchaba porque sabía lo que eso quería decir porque yo le solía contar un buen poco de lo que pasaba entre nosotros no todo sino justo lo suficiente para que se le hiciera la boca agua pero no era culpa mía si no volvió a poner apenas los pies en casa después que nos casamos no sé qué tal estará ahora después de vivir con ese marido chiflado que tiene la cara se le empezaba a estirar y a estropear la última vez que la vi debía ser precisamente después de una pelea con él porque al momento vi que trataba de llevar la conversación a los maridos y hablar de él para ponerle por los suelos qué fue lo que me dijo ah sí que algunas veces él se acostaba con las botas embarradas puestas cuando le da por ahí imagínate tener que acostarse con un ser así que podría asesinarte en cualquier momento qué hombre bueno no todos se vuelven locos de la misma manera Poldy en todo caso cualquier cosa que haga siempre se restriega los pies en la esterilla cuando entra haga sol o llueva y siempre se embetuna las botas él mismo también y siempre se quita el sombrero cuando se encuentra con una por la calle así y ahora ése anda por ahí en pantuflas pidiendo mil esterlinas por una postal ve ve oh querida mía del alma una cosa así sería como para llevarla a una a la tumba en realidad demasiado estúpido incluso para quitarse las botas ahora qué podría hacer una con un hombre así yo preferiría morirme 20 veces seguidas antes que casarme con otro de su sexo claro él nunca encontraría otra mujer como yo que le aguantara como yo ven a dormir conmigo sí y él lo sabe también en el fondo de su alma ahí tienes a esa señora Maybrick que envenenó a su marido qué sé yo por qué enamorada de otro hombre sí se lo averiguaron acaso no era una miserable completa por ir y hacer una cosa así claro algunos hombres pueden ser terriblemente irritantes le vuelven a una loca y siempre las peores palabras del mundo para qué nos piden que nos casemos con ellos si somos tan malas como todo eso sí porque no saben arreglárselas sin nosotras arsénico blanco le puso en el té cogido del papel matamoscas verdad que sí no sé por qué se llama así si se lo preguntara

a él diría que viene del griego dejándola a una tan en blanco como antes ella debía estar locamente enamorada del otro para correr el riesgo de que la ahorcaran ah no le importó si era su naturaleza qué podía hacer ella además no serán tan brutos como para ir y ahorcar a una mujer seguramente los hombres

los hombres son todos tan diferentes Boylan hablando de la forma de mi pie se dio cuenta en seguida incluso antes de que me le presentaran cuando estaba yo en el D. B. C. con Poldy riendo y tratando de oír yo movía el pie los dos pedimos 2 tés y pan corriente con mantequilla le vi mirando con sus dos hermanas solteronas cuando me puse de pie y le pregunté a la chica dónde estaba el eso qué me importaba se me empezaba a salir en gotas y esas bragas negras cerradas que me hizo comprar él le lleva a una media hora bajárselas mojándome toda siempre con alguna manía flamante una semana sí y otra no tan largo que me olvidé los guantes de ante detrás del asiento que nunca los recuperé alguna ladrona de mujer y él quería que yo lo pusiera en el Irish Times perdido en lavabo de señoras D. B. C. calle Dame devolver a señora Marion Bloom y le vi los ojos en mis pies cuando salía por la puerta giratoria él miraba cuando yo miré atrás y fui allí a tomar el té 2 días después con la esperanza pero no estaba entonces cómo le excitó eso porque yo los cruzaba cuando estábamos en el otro cuarto primero quería decir los zapatos que están demasiado estrechos para andar con ellos mi mano es así de bonita sólo con que tuviera un anillo con la piedra de mi mes una bonita aguamarina yo le haré que me dé uno y una pulsera de oro no me gusta mi pie tanto sin embargo le hice disfrutar una vez con mi pie la noche después del fracaso del concierto de Goodwin tan frío y con tanto viento fue una suerte que tuviéramos ese ron en casa para hacer un ponche y el fuego no se había apagado del todo cuando me pidió que me quitara las medias tumbada en la alfombra delante de la chimenea en la calle Lombard bueno y otra vez fueron mis botas embarradas él quería que fuera andando por todo el estiércol de caballo que pudiera encontrar pero claro que él no es nor-

mal como todo el mundo que yo qué decía él yo podía darle 9 puntos sobre 10 a Katty Lanner y ganarla qué quiere decir eso le pregunté no me acuerdo de lo que dijo porque pasó entonces el periódico de última hora y el hombre del pelo rizado de la lechería Lucan que es tan bien educado creo que había visto su cara ya en otra parte me di cuenta de él cuando probaba la mantequilla así que me lo tomé con tiempo también Bartell d'Arcy del que él se solía burlar cuando empezó a besarme en las escalerillas del coro después que canté el *Ave María* de Gounod a qué estamos esperando oh mi corazón bésame en seguida en la frente y ese sitio que es mi sitio moreno él estaba muy caliente a pesar de su voz de pito también mis notas bajas siempre le volvían loco de creerle a él me gustaba la manera como usaba la boca cantando entonces él dijo si no era terrible hacerlo allí en un sitio así yo no le veo nada de terrible se lo contaré algún día no ahora para sorprenderle eso y le llevaré allí y le enseñaré el mismísimo sitio también lo hicimos ahora ahí tienes o lo tomas o lo dejas él cree que no puede pasar nada sin que lo sepa él no tenía ni idea de mi madre hasta que nos hicimos novios si no no me habría conseguido tan fácilmente él era 10 veces peor de todos modos pidiéndome que le diera un pedacito pequeño cortado de mis bragas eso fue la tarde que veníamos por Kenilworth Square me besó en el ojal del guante y tuve que quitármelo preguntándome se permite preguntar la forma de mi alcoba así que dejé que se lo quedara como si me lo olvidara para pensar en mí cuando le vi deslizárselo en el bolsillo claro que está loco en el asunto de las bragas se ve claramente siempre echando el ojo a esas descaradas en bicicleta con las faldas levantadas por el viento hasta el ombligo incluso cuando Milly y yo salimos con él en el festival al aire libre aquella de muselina crema que estaba de pie a contraluz del sol para que él pudiera ver hasta el último átomo que llevaba puesto cuando él me veía por detrás siguiéndome en la lluvia yo le vi antes que me viera sin embargo parado en la esquina de la encrucijada de Harold con un impermeable nuevo encima con la bufanda de colores gitanos para lucir su tez y el

sombrero marrón con su cara de malicia como de costumbre qué hacía él allí donde no le importaba nada ellos pueden ir y sacar lo que se les antoje de cualquier cosa con faldas y nosotras no podemos hacer preguntas pero ellos necesitan saber dónde estabas dónde vas yo le noté que me venía siguiendo con disimulo los ojos en mi nuca había estado lejos de la casa se dio cuenta de que la cosa se le ponía demasiado difícil así que medio me volví y me paré entonces empezó a darme la tabarra para que dijera que sí hasta que me quité el guante despacio mirándole él dijo que mis mangas caladas eran demasiado frescas para la lluvia cualquier cosa como excusa para poner la mano cerca de mis bragas bragas todo el santo día hasta que le prometí darle las de mi muñeca para que se las llevara en el bolsillo del chaleco *O Maria Santissima* qué aire tan idiota chorreando en la lluvia espléndida dentadura me había dado hambre de mirarla y me pidió que me levantara la enagua naranja que llevaba con plisados de rayo de sol que no había nadie dijo se arrodillaría en lo mojado si yo no lo hacía tan empeñado que lo haría de verdad y echaría a perder su impermeable nuevo nunca se sabe qué locura les entra a solas con una se ponen tan salvajes por eso si hubiera pasado alguien yo me las levanté un poco y le toqué los pantalones por fuera como le hacía a Gardner después con la mano izquierda para impedirle que hiciera algo peor donde había demasiada gente me moría por averiguar si estaba circuncidado él temblaba como una jalea por todo el cuerpo ellos lo quieren hacer todo demasiado de prisa le quita todo el gusto a eso y papá mientras tanto esperando la cena él me dijo que dijera me olvidé el bolso en la carnicería y tuve que volver a buscarlo qué engañador luego me escribió aquella carta con todas esas palabras cómo podía tener cara con cualquier mujer después sus modales de buena educación haciéndolo tan vergonzoso después cuando nos reunimos preguntando la he ofendido con los ojos bajos claro él vio que no él tenía su poco de cabeza no como el otro idiota Henry Doyle que siempre estaba partiendo o rompiendo algo en las charadas me molestan los hombres con desgracia y si sabía lo que quería

decir eso claro tuve que decir que no por cuestión de formas no le entiendo dije y no era natural acaso sí que lo era claro solía estar escrito con un dibujo de una mujer en aquella pared en Gibraltar con esa palabra que no pude encontrar en ningún sitio sólo para que los niños la vean demasiado pequeños luego escribiendo una carta todas las mañanas a veces dos veces al día me gustaba el modo como hacía el amor además sabía cómo conquistar a una mujer cuando me mandó las 8 amapolas grandes porque mi cumpleaños era el 8 luego escribí la noche que me besó el corazón en Dolphins Barn no sabría describirlo sencillamente le hace a una sentirse como nada de este mundo pero él nunca sabía abrazar bien como Gardner espero que vendrá él el lunes como dijo a la misma hora las cuatro me molesta la gente que llega a cualquier hora contestar a la puerta una cree que es el verdulero y entonces es alguien y una sin vestir o la puerta de la cocina sucia cochina se abre con el aire el día que el viejo cara helada de Goodwin vino por lo del concierto de la calle Lombard y yo acababa de comer y toda sofocada y desgreñada de guisar el estofado de siempre no me mire profesor tuve que decir estoy hecha un horror sí pero era un caballero de verdad a su manera era imposible ser más respetuoso nadie para decir que no estás hay que atisbar por la cortinilla como el chico de recados hoy creí que era un plantón primero mandando él el oporto y los melocotones primero y ya estaba empezando a bostezar de los nervios pensando que trataba de dejarme en ridículo cuando reconocí su carracarratac en la puerta debe habérsele hecho un poco tarde porque eran las 3 y ¼ cuando vi a las 2 niñas Dedalus viniendo de la escuela nunca sé la hora también ese reloj que me dio él nunca parece que va bien me gustaría que lo miraran cuando le eché el penique a ese marinero mutilado por Inglaterra el hogar y la belleza cuando yo silbaba hay una muchacha encantadora que yo quiero y ni siquiera me había puesto la combinación limpia ni me había dado polvos ni nada entonces de hoy en ocho días tenemos que ir a Belfast está muy bien que él tenga que ir a Ennis el aniversario de su padre el 27 no sería agradable que él supon-

gamos que nuestros cuartos en el hotel estuvieran juntos y se armara cualquier tontería en la cama nueva no podría decirle que parara y no me fastidiara con él en el cuarto de al lado o quizá algún pastor protestante con tos dando golpes en la pared entonces no creería al día siguiente que no habíamos hecho algo está muy bien con un marido pero no se puede engañar a un amante después que le he dicho que nosotros nunca hacíamos nada claro que no me creyó no es mejor que él se vaya a donde va además siempre ocurre algo con él la vez que fuimos al concierto Mallow en Maryborough pidió sopa muy caliente para los dos entonces sonó la campana allá que sale por el andén con la sopa salpicando tomando cucharadas de ella vaya cara dura y el camarero detrás de él organizando un espectáculo con nosotros chillidos y jaleo para que arrancara la máquina pero él no quería pagar antes de terminarla los dos caballeros del vagón de tercera dijeron que tenía mucha razón y la tenía también es tan terco a veces cuando se le mete una cosa en la cabeza suerte que fue capaz de abrir la portezuela del vagón con su navaja o nos habrían llevado hasta Cork imagino que lo hicieron para vengarse de él ah me encanta el traqueteo en un tren o un coche con almohadones blandos deliciosos tomará él primera clase para mí podría quererlo hacer en el tren dando una propina al revisor bueno ah supongo que habrá esos hombres idiotas de siempre mirándonos pasmados con los ojos más estúpidos del mundo era un hombre excepcional ese trabajador corriente que nos dejó solos en el vagón aquel día yendo a Howth me gustaría averiguar algo de él 1 ó 2 túneles quizá luego hay que mirar por la ventanilla más bonito luego a la vuelta suponiendo que no volviera nunca qué dirían escapada con él eso la lanza a una en el teatro el último concierto en que canté dónde es hace cerca de un año cuándo fue en la sala Santa Teresa calle Clarendon birrias de señoritingas que tienen ahora cantando Kathleen Kearney y otras así por culpa de que papá estaba en el ejército y canté lo del mendigo distraído y llevaba un broche para Lord Roberts cuando yo tenía el mapa de todo eso y Poldy no era bastante irlandés fue él quien lo organizó esa vez yo no pondría las manos

en el fuego como cuando me hizo cantar en el *Stabat Mater* a fuerza de ir por ahí diciendo que estaba poniendo música a Guíame Amable Luz yo se lo metí en la cabeza hasta que los jesuitas averiguaron que era masón aporreando el piano Guíame Tú copiado de alguna ópera vieja sí y andaba por ahí con algunos de esos Sinner Fein hace poco o como demonios se llamen diciendo las bobadas de siempre y tonterías él dice que ese hombrecito que me enseñó sin cuello es muy inteligente el hombre del porvenir Griffith se llama bueno no lo parece eso es lo único que puedo decir sin embargo debía ser él él sabía que había un boicot me fastidia que se hable de política después de la guerra esa Pretoria y Ladysmith y Bloemfontein donde Gardner teniente Stanley G 8.° Bat 2.° Reg Lanceros Lancashire East de fiebre disentérica era un chico estupendo de caqui y precisamente de la altura justa por encima de mí estoy segura de que era muy valiente también él dijo que yo era deliciosa la noche que nos besamos despidiéndonos junto a la esclusa del canal mi belleza irlandesa él estaba pálido de emoción por lo de marcharse o nos verían desde el camino él no podía estar bien de pie y yo más caliente que nunca podrían haber hecho su paz al principio o el viejo Oom Paul y todos los demás viejos Krugers ir a peleárselo entre ellos en vez de tirar adelante años y años matando a todos los hombres guapos que había con sus fiebres si por lo menos le hubieran pegado un tiro decentemente no habría estado tan mal me gusta ver un regimiento pasando revista la primera vez que vi la caballería española en La Roque fue estupendo después mirando a través de la bahía desde Algeciras todas las luces del peñón como luciérnagas o esas batallas de mentira en los 15 acres la Guardia Negra con sus faldas escocesas a compás en la marcha por delante del 10.° de húsares el del Príncipe de Gales o los lanceros ah los lanceros son maravillosos o los de Dublín que conquistaron Tugela su padre hizo su dinero vendiendo los caballos para la caballería bueno me podría comprar un bonito regalo en Belfast después de lo que le di allí tienen ropa blanca deliciosa o uno de esos bonitos kimonos tengo que comprar naftalina como tenía antes para poner en el ca-

jón con eso sería emocionante ir por ahí con él de tiendas comprando esas cosas en una ciudad nueva mejor dejar aquí este anillo hace falta darle vueltas y vueltas para pasarlo por la coyuntura o podrían pregonarlo por toda la ciudad en sus papeles o contarle a la policía de mí pero creerían que estábamos casados ah que se vayan todos al cuerno a mí qué me importa él tiene mucho dinero y no es hombre de casarse así que mejor que alguna le saque un poco si yo pudiera averiguar si le gusto yo estaba un poco desmadejada claro cuando me miré de cerca en el espejo de mano empolvándome un espejo nunca te da la expresión además aplastándome así todo el tiempo con los enormes huesos de las caderas pesa mucho también con su pecho peludo para este calor siempre teniendo que tumbarse para ellos mejor que él me lo meta por detrás del modo como la señora Mastiansky me dijo que le hacía hacer su marido como los perros y sacar la lengua todo lo que podía y él tan tranquilo y manso con su cetra tiririn nunca se sabe bastante con los hombres la manera como les agarra bonita tela con ese traje azul que llevaba y la corbata de moda y los calcetines con las cosas de seda azul celeste bordadas encima seguro que está bien de medios lo sé por cómo están cortados sus trajes y su reloj tan pesado pero se puso hecho un demonio completamente durante unos minutos después que volvió con el periódico de última hora rompiendo los tickets y jurando como un carretero porque había perdido 20 chelines dijo que había perdido por ese desconocido que ganó y la mitad lo había puesto por mí por culpa del consejo de Lenehan mandándole al diablo ese sacacuartos se tomaba libertades conmigo después del banquete de Glencree volviendo ese revolcón por el monte del colchón después el Lord alcalde mirándome con sus ojos cochinos Val Dillon ese salvaje gordo me di cuenta de él por primera vez en el postre cuando yo partía las nueces con los dientes con ganas de haber podido chupar todos los pedazos de ese pollo con los dedos estaba tan sabroso y tostado y tierno como nada sólo que no quería comer todo lo que tenía en el plato esos tenedores y palas de pescado eran de plata de marca también me gustaría tener unos po-

día fácilmente haberme metido un par en el manguito cuando jugaba con ellos luego siempre dependiendo de ellos para el dinero en un restaurante por el bocado que nos metemos entre pecho y espalda tenemos que estar agradecidas por nuestra miserable taza de té incluso como un gran cumplimiento hay que darse cuenta cómo está repartido el mundo en todo caso si esto va a seguir adelante necesito por lo menos otras dos buenas camisas para empezar pero no sé qué clase de bragas le gustan ninguna en absoluto creo verdad que lo dijo sí y la mitad de las chicas de Gibraltar no las llevaban nunca o desnudas como las hizo Dios esa andaluza que cantaba su Manola no andaba con muchos secretos de lo que no tenía sí y el segundo par de similseda tiene carreras después de llevarlo un día podría haberlo devuelto en Lewers esta mañana y armarles un jaleo y hacer que me las cambiaran sólo por no agitarme y no correr el riesgo de encontrarme con él y echarlo a perder todo y uno de esos corsés que se ajustan como un guante me gustaría anunciados baratos en La Dama Elegante con franjas elásticas en las caderas él arregló el único que tengo pero no sirve qué decían dan una deliciosa línea a su figura 11/6 evitando esa desagradable impresión de anchura en la parte inferior de la espalda para reducir las carnes tengo la tripa un poco demasiado gorda tendré que quitarme la cerveza en la comida o me estoy aficionando demasiado a ella la última vez que mandaron de O'Rourke estaba tan floja como aguachirle hace dinero con facilidad Larry le llaman el regalo miserable que mandó por Navidad un pastel de pueblo y una botella de agua de fregar que trataba de encajar como clarete que no podía conseguir que bebiera nadie Dios le ahorre la saliva no sea que se muera de sed o tengo que hacer algunos ejercicios respiratorios no sé si ese adelgazador sirve para algo podría exagerar las flacas no están muy de moda ahora por lo que toca a ligas tengo el par violeta que llevaba hoy eso es todo lo que él me compró con el cheque que cobró el primero ah no fue la loción facial que se me terminó ayer que me ponía la piel como nueva se lo dije y se lo repetí que me la mandara hacer en el mismo sitio y no se olvidara Dios

sabe si lo hizo después de todo lo que le dije lo sabré por la botella en todo caso si no supongo que no tendré más que lavarme en mi pis como caldo gordo o sopa de pollo con ese opopánax con violeta que me pareció que empezaba a ponerse áspera o vieja un poco la piel de debajo es mucho más fina donde se ha desollado aquí en el dedo después de la quemadura lástima que no sea toda igual y los cuatro miserables pañuelos cerca de 6 chelines en total verdad que una no puede salir adelante en este mundo sin estilo todo se va en comer y alquiler cuando yo lo tenga lo voy a tirar por ahí te lo digo con gran estilo siempre quiero echar un puñado de té al puchero al medir él midiendo y desmenuzando si me compro un par de zapatones viejos te gustan estos zapatos nuevos sí cuánto han costado no tengo ropa en absoluto el traje marrón y la falda y la chaqueta y el que está a limpiar 3 eso qué es para ninguna mujer cortando ese sombrero viejo y poniéndole un parche al otro los hombres no te miran y las mujeres intentan pasarte por encima porque saben que una no tiene un hombre luego con todas las cosas poniéndose más caras cada día para los 4 años más que me quedan que vivir hasta los 35 no tengo cuántos tengo tendré 33 en septiembre verdad cómo ah bueno mira a esa señora Galbraith es mucho más vieja que yo la vi cuando salí la semana pasada su belleza está decayendo era una mujer muy guapa un pelo magnífico cayéndole hasta la cintura echándoselo atrás así como Kitty OShea la de la calle Grantham lo primero que hacía yo todas las mañanas era mirarla ahí enfrente peinándoselo como si la enamorara y lo disfrutara lástima que sólo la conocí el día antes de marcharnos y esa señora Langtry el Lirio de Jersey que el príncipe de Gales se había enamorado de ella imagino que él es como el primero que llega salvo por el nombre de rey todos ellos están hechos igual sólo lo de un negro me gustaría probarlo una belleza hasta qué edad tenía 45 había alguna historia rara del viejo marido celoso qué era todo eso y un cuchillo de ostras él iba no él la hacía llevar a ella una especie de cosa de lata alrededor y el príncipe de Gales sí él tenía el cuchillo de ostras no puede ser verdad una cosa así como algunos de esos

libros que él me trae las obras de Master François nosécuántos que decían que era cura sobre un niño que le nació por la oreja porque se le había caído el trasero una palabra bonita para que la escriba ningún cura y su c-o como si ningún idiota no supiera lo que quería decir eso me molesta todo eso de andar fingiendo con esa cara de viejo depravado encima que cualquiera ve que no es verdad y eso de Ruby y las Bellas Tiranas que me trajo dos veces me acuerdo cuando llegué a la página 50 la parte donde ella le cuelga de un gancho con una cuerda para flagelar seguro que no hay nada que interese a una mujer en toda esa invención armada con lo de que él bebía champán en el chapín de ella después que terminó el baile como el Niño Jesús del nacimiento de Inchicore en brazos de la Santísima Virgen seguro que a ninguna mujer le podrían sacar de dentro un niño tan grande y yo creía al principio que le salió por el costado porque cómo podía ella sentarse a hacer sus necesidades y ella es una señora rica claro le parecía un gran honor S. A. R. estuvo en Gibraltar el año que nací yo apuesto a que también allí encontró lirios podía haberme plantado a mí si hubiera llegado un poco antes entonces yo no estaría aquí como estoy él debería dejar ese *Freeman* para los pocos chelines miserables que le saca y meterse en una oficina o algo así donde le dieran un sueldo fijo o en un banco donde le pondrían en un trono a contar el dinero todo el día claro que él prefiere andar enredando por la casa así que una no se puede mover con él sin tenerlo encima qué programa tienes hoy me gustaría incluso que fumara en pipa como papá para tener el olor de un hombre o fingiendo zascandilear en busca de anuncios cuando podía haber estado con el señor Cuffe si no fuera por lo que hizo y luego mandándome a mí a intentar arreglarlo yo podría haber hecho que le ascendieran allí hasta gerente él me lanzó una gran *mirada* una vez o dos primero estaba duro como una piedra la pura verdad señora Bloom sólo que yo me sentía hecha una desgraciada con aquel viejo andrajo de traje que se me perdieron los plomos del dobladillo tan mal cortado pero vuelven a estar de moda otra vez yo lo compré simplemente para darle gusto sabía que no

valía nada por los remates cambié de idea de ir a Todd y Burns como dije y no a Lee que era igual que la tienda liquidación un montón de porquerías me fastidian esas tiendas ricas me dan en los nervios no hay nada que me afee del todo sólo que él se imagina que sabe mucho sobre ropa de mujer y cocina arramblando con todo lo que puede echar abajo de las estanterías si me guiara por su consejo cualquier maldito sombrero que me pruebo me está bien sí llévatelo está muy bien aquel como un pastel de boda a varias millas de alto sobre la cabeza él dijo que me venía bien o el de tapa de cazuela que me bajaba por la espalda y él en ascuas por la dependienta en aquel sitio en la calle Grafton a donde tuve la mala suerte de meterle y ella lo más insolente posible con su sonrisita y él diciendo me temo que le estamos dando demasiada molestia para qué está ahí ella pero yo me la quedé mirando hasta que se lo quité sí él estaba terriblemente rígido y no me extraña pero cambió a la segunda vez que me miró Poldy terco como de costumbre como una mula pero yo le vi mirarme fijo al pecho cuando se levantó para abrirme la puerta estuvo bonito por su parte acompañarme a la salida en todo caso lamento muchísimo señora Bloom créame sin insistir demasiado la primera vez después de que él había sido insultado y a mí me consideraban su mujer yo nada más que sonreí a medias sé que mi pecho sobresalía de esta manera en la puerta cuando él dijo lo lamento muchísimo y estoy segura que es verdad

sí creo que él me los ha puesto un poco más firmes a fuerza de chuparlos así tanto tiempo que me daba sed tetitas los llama yo me echaba a reír sí éste en todo caso duro se pone el pezón por lo más mínimo yo le haré que lo conserve así y tomaré esos huevos batidos con marsala para engordarlos para él qué son todas esas venas y cosas curioso cómo está hecho 2 lo mismo en caso de gemelos dicen que representan la belleza puestos ahí en alto como esas estatuas del museo una de ellas fingiendo taparlo con la mano son tan hermosos desde luego en comparación con el aspecto de un hombre con sus dos bolsas llenas y su otra cosa saliéndole colgada para abajo o apuntando para arriba contra una

como una percha no es extraño que lo escondan con una hoja de col la mujer es belleza por supuesto eso está reconocido cuando dijo él que yo podía posar para un cuadro desnuda para algún tío rico de la calle Holles cuando perdió el empleo en Hely y yo vendía los vestidos y aporreaba el piano en el Palacio de Café sería yo como ese baño de la ninfa con el pelo caído sí sólo que ella es más joven o yo soy un poco como esa cochina puta de la foto española que tiene él las ninfas iban por ahí así le pregunté ese asqueroso Cameron el escocés detrás del mercado de la carne o ese otro desgraciado de pelo rojo detrás del árbol donde estaba la estatua del pez cuando yo pasaba hacía como que orinaba sacándola fuera para que yo la viera con sus falditas de niño levantadas a un lado los del regimiento de la Reina eran unas buenas piezas suerte que los relevaron los Surreys siempre tratando de enseñártela cada vez que pasaba cerca del urinario junto a la estación de la calle Harcourt sólo por probar algunos tratando de llamar mi atención como si fuese 1 de las 7 maravillas del mundo ah y el hedor de esos sitios asquerosos por la noche volviendo a casa con Poldy después de la reunión con los Comerfords naranjas y limonada hasta dejarla a una toda aguanosa me metí en 1 de ellos hacía un frío de pelar que no podía aguantarme más cuándo fue en el 93 el canal se heló sí fue unos pocos meses después lástima que no había allí un par de Camerons para verme en cuclillas en el sitio de los hombres *meadero* yo traté de hacer un dibujo de eso antes de arrancarlo como una salchicha o algo así no sé cómo no tienen miedo yendo por ahí de recibir ahí una patada o un golpe o algo y esa palabra mete noséqué con cosas y él salió con algún trabalenguas sobre la encarnación nunca puede explicar una cosa por las buenas de modo que una pueda entender luego va y quema el fondo de la sartén y todo por su riñón este no tanto ahí está la señal de sus dientes todavía cuando trató de morderme el pezón tuve que chillar no son tremendos tratando de hacerle daño a una yo tenía el pecho lleno de leche con Milly bastante para dos cuál era la razón de eso él decía que yo podía haber ganado una libra por semana como ama de cría toda hinchada por la

mañana aquel estudiante de aspecto delicado que paraba en el número 28 con los Citron Penrose casi me pilló lavándome por la ventana sólo que yo me eché la toalla por encima de la cara así es como estudiaba él me hacían daño al destetarla hasta que él hizo que el doctor Brady me diera la receta de belladona tuve que hacer que él me los chupara estaban tan duros él dijo que era más dulce y espesa que la de vaca luego quería ordeñarme en el té bueno él es capaz de todo aseguro que alguien debería ponerle en los papeles lástima no me acordara de la mitad de las cosas y escribir un libro con eso las obras de Maestro Poldy sí y es tanto más suave la piel más de una hora estuvo con ellos estoy segura de reloj como una especie de niñito grande que tuviera chupándome ellos lo quieren todo en la boca todo el gusto que esos hombres sacan de una mujer todavía noto su boca oh Señor tengo que estirarme me gustaría que estuviera aquí él o alguno para dejarme ir con él y volver a disfrutar así siento todo fuego por dentro de mí o si pudiera soñarlo cuando me hizo gozar la segunda vez cosquilleándome por detrás con el dedo yo disfruté como unos 5 minutos con mis piernas alrededor de él tuve que abrazarle después oh Señor yo quería gritar toda clase de cosas joder o mierda o cualquier cosa sólo para no parecer fea o esas arrugas de la fatiga quién sabe cómo lo tomaría él hace falta explorar el terreno con un hombre no son todos iguales que él gracias a Dios algunos quieren que una sea delicada en eso me di cuenta del contraste él lo hace y no habla yo le di a mis ojos esa expresión con el pelo un poco revuelto del revolcón y la lengua entre los labios subiendo hacia él el salvaje bruto jueves viernes uno sábado dos domingos tres oh Señor no puedo esperar hasta el lunes

frsiiiiiiiiifronnnng tren pitando por alguna parte la fuerza que tienen dentro esas máquinas como gigantes enormes y el agua hirviéndoles por todas partes y saliéndoles por todos lados como el final La vieja y dulce canción de amoor los pobres hombres que tienen que andar fuera toda la noche lejos de sus mujeres y familias en esas máquinas asadas sofocantes fue hoy me alegro de haber quemado la mitad

de esos recortes viejos del *Freeman* y *Photo Bits* dejando cosas así tiradas por ahí se está volviendo muy descuidado y tiré todas las demás por el W. C. le haré que me los corte mañana en vez de tenerlos ahí hasta el año que viene para sacar unos pocos peniques por ellos dónde está el periódico de enero pasado y todos esos gabanes viejos que saqué en un lío del recibidor dando al sitio más calor del que tiene la lluvia fue estupenda precisamente después de mi primer sueño creía que iba a ponerse como Gibraltar Dios mío qué calor allí antes que llegara el levante negro como la noche y el reflejo del peñón levantándose en él como un gigante enorme comparado con su montaña de las 3 rocas que se creen que es tan grande con los centinelas de rojo acá y allá los chopos y todos al rojo blanco y los mosquiteros y el olor del agua de lluvia en esos aljibes mirando al sol todo el tiempo que te cae encima descolorido todo aquel trajecito tan mono que la amiga de papá la señora Stanhope me mandó desde el B Marche París qué vergüenza mi queridísima Perrillita escribía ella sobre que era muy amable que cuál era su otro nombre que tenía sólo C P para decirte que te he mandado el regalito acabo de darme un buen baño caliente y me siento como un perrito muy limpio ahora me ha dado mucho gusto corazoncito ella le llamaba corazoncito daría cualquier cosa por estar otra vez en Gib y oírte cantar En el viejo Madrid o Esperando a Concone es el nombre de esos ejercicios que él me compró uno de esos nuevos alguna palabra que yo no podía entender chales cosas divertidas pero que se rompen por cualquier cosa sin embargo son deliciosos no es verdad siempre me acordaré de esos deliciosos tés que tomábamos juntos estupendos bollitos con pasas y frambuesas con barquillos que adoro bueno ahora queridísima Perrillita no dejes de escribirme pronto afectuosos se le olvidó saludos a tu padre y también al capitán Grove con cariño tuya affma x x x x x no parecía nada casada sólo como una muchacha él era años mayor que ella corazoncito me quería muchísimo cuando bajó el alambre con el pie para que yo pasara por encima a la corrida en La Línea cuando le dieron la oreja a aquel matador Gómez las ropas que tenemos

que ponernos quién las inventaría esperando que una suba por la cuesta de Killiney luego por ejemplo en ese pícnic toda encorsetada no se podía nacer maldita la cosa así en una multitud correr o saltar para quitarse de en medio por eso tenía miedo yo cuando ese otro viejo toro feroz empezó a atacar a los banderilleros con las fajas y las 2 cosas en los gorros y esos brutos de hombres gritando *bravo toro* claro que las mujeres eran iguales de malas con sus bonitas mantillas blancas destripando todas las entrañas a esos pobres caballos en mi vida había oído tal cosa sí él se partía de risa cuando yo imitaba al perro que ladraba en el callejón pobre bicho y también enfermo qué se hizo de ellos supongo que han muerto hace mucho los 2 es como todo a través de una niebla le hace a una sentirse tan vieja yo hacía los bollitos claro yo lo tenía todo para mí sola luego una chica Hester solíamos comparar nuestro pelo el mío era más espeso que el suyo ella me enseñó cómo sujetarlo atrás cuando lo llevaba alto y qué otra cosa cómo hacer un nudo en una cuerda con una sola mano éramos como primas qué edad tenía yo entonces la noche de la tormenta yo dormí en su cama ella tenía los brazos alrededor de mí luego nos peleamos por la mañana con las almohadas qué divertido él me miraba mucho siempre que tenía una ocasión en la banda en la explanada de la Alameda cuando yo iba con papá y el capitán Grove yo miraba primero a lo alto de la iglesia y luego a las ventanas y luego abajo y nuestros ojos se encontraban yo sentía que algo me atravesaba toda como agujas los ojos me bailaban recuerdo después cuando me miré en el espejo apenas me reconocí qué cambio yo tenía una piel espléndida por el sol y la emoción como una rosa no pegué un ojo habría sido muy bonito por ella pero podría yo haberlo parado a tiempo ella medio a leer la Piedra de la Luna que fue lo primero que leí de Wilkie Collins leí East Lynne y La Sombra de Ashlydyat la señora Henry Wood Henry Dunbar por aquella mujer se la presté a él después con la foto de Mulvey dentro para que viera que no me faltaba alguien y Eugene Aram de Lord Lytton ella me dio Molly Bawn por la señora Hungerford a causa del nombre no me gustan los libros que tienen una Molly

como aquél me trajo él sobre una de Flandes una puta siempre robando en las tiendas todo lo que podía tela y paños y yardas de eso esta manta es demasiado pesada para mí así está mejor no tengo ni siquiera un camisón decente esta cosa se enrolla toda debajo aparte de él y sus tonterías así está mejor entonces estaba como en un baño de vapor en el calor la camisa empapada de sudor se me pegaba en los mofletes del culo en la silla cuando me ponía de pie estaban tan gordos y firmes para ver con las faldas subidas y los bichos toneladas de ellos por la noche y los mosquiteros yo no sabía leer ni una línea Señor cuánto tiempo hace parecen siglos claro nunca vuelven y ella no puso bien la dirección o quizá es que se dio cuenta de que su corazoncito la gente siempre se marchaba y nosotros nunca me acuerdo de aquel día con las olas y los barcos con las chimeneas altas balanceándose y el cabecear del barco aquellos uniformes de oficiales con permiso para desembarcar me mareaban él no dijo nada él era muy serio yo llevaba los botines altos abotonados y la falda se me hinchaba al viento ella me besó seis o siete veces no lloré sí creo que sí o casi me temblaban los labios cuando le dije adiós ella llevaba una capa estupenda de un color azul que le sentaba muy bien especialmente para el viaje hecha de un modo muy raro como hacia un lado y hacía muy bonito resultó aburridísimo después que se marcharon yo casi estaba planeando escaparme como una loca lejos de allí a cualquier sitio no estamos nunca cómodos donde estamos papá o la tía o una boda siempre esperando que él lleeeegue hasta míííií con su veloz pieeeee sus malditos cañones reventando y retumbando por todas partes la tienda especialmente el cumpleaños de la Reina y tirándolo todo en todas direcciones si una no abría las ventanas cuando el general Ulysses Grant quienquiera que fuera o hiciera decían que era un gran hombre desembarcó y el viejo Sprague el cónsul que estaba allí desde antes del diluvio se vistió de gala el pobre hombre y él de luto por su hijo luego la diana de siempre por la mañana y los tambores retumbando y los pobres diablos de los desgraciados soldados andando por ahí con sus platos de lata apestando por todo el sitio

más que los viejos judíos barbudos con sus caftanes y la reunión de los levitas y el alto el fuego y el cañonazo de la retreta de los soldados y el preboste andando con sus llaves a cerrar las puertas y las gaitas y sólo el capitán Groves y papá hablando de Rorke's Drift y Plevna y Sir Garnet Wolseley y Gordon en Khartum encendiéndoles yo las pipas cada vez que se apagaban viejo borrachón con el ponche en el alféizar no había modo de que se dejara ni gota hurgándose la nariz tratando de acordarse de algún otro cuento sucio para contar en un rincón pero nunca perdía el dominio cuando yo estaba allí mandándome fuera de la habitación con cualquier excusa idiota presentando sus respetos el whisky Bushmills que le hacía hablar claro pero haría lo mismo con cualquier otra mujer que se presentara supongo que se moriría de alcoholismo galopante hace siglos los días como años ni una carta de nadie en el mundo salvo las que me mandaba a mí misma con pedazos de papel dentro tan aburrida a veces que habría arañado a alguien oyendo a aquel viejo árabe tuerto y su instrumento que rebuznaba cantando hiah hiah ahiah todos mis cumplimientos por su jaleo de rebuzno tan mal como ahora cruzada de brazos mirando por la ventana a ver si había algún chico guapo por lo menos en la casa de enfrente aquel estudiante de medicina de la calle Holles que le perseguía la enfermera cuando me puse los guantes y el sombrero en la ventana para hacer ver que salía no tenía idea de qué quería decir son unos estúpidos nunca entienden lo que dice una aunque se les ponga en letras de molde en un cartel grande ni siquiera si les das la mano dos veces con la izquierda él no me reconoció tampoco cuando medio le fruncí el ceño delante de la capilla de Westland Row dónde está la gran inteligencia de ellos me gustaría saberlo materia gris lo tienen todo en su cosa si quieren que lo diga aquellos paletos del City Arms inteligencia tenían mucho menos que los toros y las vacas que vendían y la campana del carbonero ese maricón estrepitoso tratando de estafarme con la cuenta equivocada que sacó del sombrero con su par de patatas y quién tiene pucheros y sartenes y calderas que apañar botellas rotas para un pobre hoy y no

hay visitas ni correo nunca excepto sus cheques o algún anuncio como ese Milagroso que le mandaron dirigido Querida Señora sólo esta carta y la postal de Milly esta mañana ya ves le ha escrito una carta a él de quién recibí yo la última de ah la señora Dwenn pero por qué se le metió en la cabeza escribir después de tantos años para saber la receta que tenía yo del *pisto madrileño* Floey Dillon desde que escribió para decir que se había casado con un arquitecto muy rico si una fuera a creer todo lo que oye con un chalet con ocho habitaciones su padre era un hombre muy simpático andaba cerca de los setenta de buen humor bueno ahora señorita Tweedy o señorita Gillespie aquí está el piaaano era un servicio de café de plata maciza lo que tenía él también el aparador de caoba luego muriéndose tan lejos me fastidia la gente que tiene siempre una historia de desgracias todo el mundo tiene sus preocupaciones esa pobre Nancy Blake se murió hace un mes de pulmonía aguda bueno yo no la conocía mucho era más amiga de Floey que mía es un fastidio tener que contestar él siempre me dice las cosas equivocadas y sin puntos para hablar como haciendo un discurso su dolorosa pérdida acompañar en el sentimiento yo siempre hago la misma equivocación y sovrino con v espero que él me escribirá una carta más larga la próxima vez si es cosa de que realmente le gusto ah gracias a Dios de veras que tengo alguien que me dé lo que tanta falta me hacía para darme un poco de ánimo una no tiene ninguna oportunidad en este sitio como ocurría hacía mucho me gustaría que alguien me escribiera una carta de amor la suya no fue mucho y le dije que podía escribir lo que quisiera tuyo siempre Hugh Boylan en Viejo Madrid las estúpidas mujeres creen que el amor es suspirar me muero pero si él me escribiera supongo que habría alguna verdad en ello verdad o no le llena a una el día entero y la vida siempre algo en que pensar a cada momento y verlo todo alrededor de una como un mundo nuevo podría escribirle la contestación en la cama para hacerle imaginarme corto sólo unas pocas palabras no esas largas cartas cruzadas que escribía Atty Dillon al tipo que era no sé qué en el tribunal que la dejó plantada des-

pués copiadas del Epistolario de las Damas cuando le dije que dijera unas pocas palabras sencillas que él les podría dar vueltas como se le antojara no actuar con precipitación con igual franqueza la mayor felicidad en este mundo respuesta a la propuesta de un caballero afirmativamente válgame Dios no hay más que hacer está muy bien todo eso para ellos pero cuando una es mujer en cuanto una es vieja igual da que la tiren a una al fondo del cubo de la basura

la de Mulvey fue la primera cuando yo estaba en la cama aquella mañana y la trajo la señora Rubio con el café se quedó allí plantada cuando le pedí que me la diera y yo señalándole a esas cosas no podía encontrar la palabra para abrirla con una ah *horquilla* vieja antipática y yo mirándola a la cara con su mechón de pelo falso encima y presumida de su aspecto fea como era cerca de los 80 o los 100 la cara un montón de arrugas con toda su religión dominadora porque nunca había podido tragar lo de la flota del Atlántico viniendo la mitad de los barcos del mundo y la bandera británica ondeando con todos sus *carabineros* porque 4 marineros ingleses borrachos les quitaron a ellos todo el peñón y porque yo no iba bastante a menudo a misa en Santa María para su gusto con su chal por encima excepto cuando había una boda con todos sus milagros de los santos y su Santísima Virgen negra con el traje de plata y el sol bailando 3 veces el domingo de Pascua por la mañana y cuando pasaba el cura con la campanilla a llevarles el viático a los agonizantes santiguándose por su *Majestad* un admirador lo firmaba yo no cabía en el pellejo me habían dado ganas de cogerle del brazo cuando vi que me seguía por la Calle Real en el escaparate luego me tocó un poco al pasar nunca creí que escribiría dándome una cita la tenía dentro del canesú de la enagua todo el día leyéndola en todos los rincones y agujeros mientras papá estaba haciendo la instrucción para averiguar por la letra o el lenguaje de los sellos cantando recuerdo me pondré una rosa blanca y quería adelantar el estúpido reloj viejo cerca hora el fue el primer hombre que me besó debajo de la muralla mora mi novio de muchacho nunca se me había ocurrido lo

que quería decir besar hasta que me metió la lengua en la boca su boca era dulce joven yo levanté la rodilla contra él varias veces para aprender la manera qué le dije en broma que estaba comprometida con el hijo de un noble español llamado Don Miguel de la Flora y él creyó que me iba a casar con él dentro de 3 años muchas veces se dice la verdad hablando en broma hay una flor que florece unas pocas cosas le dije de verdad sobre mí sólo para que él se hiciera ilusiones no le gustaban las chicas españolas imagino que una de ellas no le había querido yo le excitaba me aplastó en el pecho todas las flores que me trajo no sabía contar las *pesetas* y las *perras gordas* hasta que le enseñé decía que era de Cappoquin junto al Blackwater pero fue demasiado corto luego el día antes de marcharse en mayo sí era mayo cuando nació el rey niño de España siempre estoy así en primavera me gustaría un hombre nuevo cada año arriba en la cumbre bajo los cañones del peñón cerca de la torre OHara le dije que le había caído un rayo y todo lo de los monos de Berbería que mandaron a Clapham sin cola echando carreras cada uno subido encima del otro decía la señora Rubio ella era un verdadero escorpión de las rocas robando los pollos en la granja de Inces y tirándole piedras a una si se acercaba él me miraba yo llevaba esa blusa blanca abierta por delante para animarle todo lo que pudiera sin demasiado abiertamente empezaban a ponérseme redondos dije que estaba cansada nos tumbamos cerca del barranco de los abetos un sitio salvaje imagino que debe ser el peñón más alto que exista las galerías y casamatas y esas rocas terribles y la cueva de San Miguel con los carámbanos o como se llamen colgando para abajo y escalerillas todo el barro manchándome los zapatos estoy segura de que ése es el pasadizo subterráneo por donde bajan los monos a África cuando se mueren los barcos allá lejos como astillitas ése era el barco a Malta que pasaba sí el mar y el cielo se podía hacer lo que se quisiera tumbarse allí para siempre él me los acarició por fuera a ellos les gusta hacer eso es la redondez ahí yo estaba apoyada en él con mi sombrero blanco de paja de arroz para que se le quitara lo nuevo mi lado

izquierdo de la cara es el mejor mi blusa abierta para su último día una especie de camisa transparente que él llevaba yo le veía el pecho rosa él quiso tocar el mío con el suyo un momento pero yo no le dejé él al principio se quedó muy fastidiado por miedo nunca se sabe tuberculosis o dejarme con un niño *embarazada* aquella criada vieja Inés me dijo que una sola gota incluso si se te metía dentro probé después con el plátano pero tenía miedo de que se rompiera y se me perdiera por dentro por algún sitio sí porque una vez le sacaron de dentro a una mujer algo que tenía hacía años cubierto de sales de cal todos están locos por meterse ahí de donde salen parece que nunca pueden llegar bastante alto y luego acaban con una así hasta la próxima vez sí porque hay una sensación estupenda ahí todo el tiempo tan tierno cómo lo terminamos sí ah sí yo se lo hice verter en mi pañuelo haciendo como si no estuviera emocionada pero abrí las piernas no le dejé que me tocara dentro de la enagua yo llevaba una falda con abertura por un lado le atormenté de muerte primero haciéndole cosquillas me gustaba excitar a ese perro del hotel rrssst auokuocauoc él cerró los ojos y un pájaro volaba por debajo de nosotros él estaba avergonzado sin embargo me gustaba como esa mañana que le hiciese ponerse un poco colorado cuando me eché encima de él de ese modo cuando le desabroché y se la saqué y le eché atrás la piel tenía una especie de ojo en medio los hombres son todos botones hasta abajo por en medio puestos al revés Molly guapa me llamaba cómo se llamaba Jack Joe Harry Mulvey era sí me parece teniente era más bien rubio tenía una voz como riendo entonces fui ahí por el comosellame todo era comosellame bigote tenía decía que volvería Señor parece que fue ayer para mí y si estuviera casada me lo habría hecho a mí y yo le prometí sí fielmente que le dejaría entrar ahora volando quizá ha muerto o le han matado o es capitán o almirante hace casi 20 años si yo dijera barranco de los abetos él comprendería si apareciera detrás de mí y me pusiera las manos en los ojos para adivinar quién yo le podría reconocer todavía es joven alrededor de los 40 quizá se ha casado con alguna chica del Blackwater y ha cam-

biado mucho todos cambian ellos no tienen ni la mitad de carácter que una mujer bien poco sabe ella lo que yo hice con su amado esposo antes de que él ni soñara con ella también a plena luz del día a la vista del mundo entero podría decirse podrían haber hecho un artículo sobre eso en la *Chronicle* yo estaba luego un poco loca cuando inflé la vieja bolsa donde habían estado las galletas de Benady Bros. y la hice estallar Señor qué explosión todas las perdices y palomas chillando volviendo por el mismo camino por donde vinimos por mitad de la cuesta dando la vuelta al viejo puesto de guardia y el cementerio de los judíos fingiendo que entendía el hebreo encima quise disparar su pistola él dijo que no la tenía él no sabía qué pensar de mí con su gorra de visera que siempre llevaba ladeada por más que yo se la enderezaba H. M. S. Calypso balanceando mi sombrero ese viejo obispo que habló desde el altar su sermón largo sobre las más altas funciones de la mujer sobre las chicas que ahora montaban en bicicleta y llevaban gorras de visera y los nuevos pantalones de mujer *bloomers* Dios le conceda cabeza y a mí más dinero supongo que los llaman así por él nunca pensé que mi apellido sería Bloom cuando lo escribía en letras de molde para ver qué tal hacía en una tarjeta de visita o entrenándome para el carnicero y saludos M Bloom estás *blooming* floreciente decía Josie después que me casé con él bueno está mejor que Breen o Briggs de abrigo o esos horribles nombres que acaban en *bottom* señora Ramsbottom o alguna otra especie de *bottom* Mulvey no me volvería loca tampoco o imagina que me divorciara de él señora Boylan mi madre quienquiera que fuera me podía haber dado un nombre más bonito bien sabe Dios con el que tenía tan precioso Lunita Laredo lo que nos divertimos corriendo por Willis Road hasta Punta Europa dando vueltas a un lado y a otro del Jersey se me agitaban y bailaban en la blusa como los de Milly pequeños ahora cuando sube corriendo las escaleras me gustaba mirármelos subía de un salto a los árboles de la pimienta y los chopos blancos arrancando las hojas y tirándoselas a él se fue a la India iba a escribir los viajes que esos hombres

tienen que hacer al fin del mundo y vuelta lo menos que pueden hacer es dar algún que otro apretón a una mujer mientras puedan yendo a ahogarse o a saltar por el aire en cualquier sitio yo subí por la cuesta del molino de viento hasta el llano ese domingo por la mañana con el catalejo del capitán Rubio que había muerto como el que tenía el centinela él dijo que tendría uno o dos de a bordo yo llevaba ese traje del B Marche Paris y el collar de coral el estrecho brillaba yo veía hasta Marruecos casi la bahía de Tánger blanca y las montañas del Atlas con nieve encima y el estrecho como un río tan claro Harry Molly guapa yo pensaba en él navegando todo el tiempo después en misa cuando se me empezó a resbalar la enagua en la elevación semanas y semanas guardé el pañuelo debajo de la almohada por el olor que tenía no se podía encontrar un perfume decente en ese Gibraltar sólo ese peau despagne barato que se pasaba y dejaba un hedor encima más que otra cosa yo quería darle un recuerdo él me dio ese feo anillo Claddagh de buena suerte que le di a Gardner cuando se fue a Sudáfrica donde le mataron esos bóers con su guerra y su fiebre pero les vencieron de todos modos como si eso hubiera llevado su mala suerte encima como un ópalo o una perla debía ser oro puro de 16 quilates porque era muy pesado todavía veo su cara bien afeitada frsiiiiiiiiiiiiiiíííífrong ese tren otra vez tono de llorar cuando en los días pasaaados que no volverán cerrar los ojos respirar mis labios adelante besar triste mirada ojos abiertos piano antes que sobre el mundo caigan las nieblas me fastidia ese lasn viene dulce canción de amoooooor eso lo soltaré con todo el aliento cuando me ponga delante de las candilejas otra vez Kathleen Kearney y su pandilla de maullantes señoritas Esto señorita Aquello señorita Lootro pandilla de peditos de gorrión revoloteando por ahí hablando de política que entienden de eso tanto como mi trasero cualquier cosa en el mundo con tal de echárselas de interesantes como sea bellezas caseras irlandesas hija de soldado soy yo sí y de quién sois vosotras zapateros y taberneros perdone carreta creí que era una carretilla se caerían muertas de gusto si tuvieran jamás una ocasión de

pasear por la Alameda del brazo de un oficial como yo en la noche de la banda los ojos me chispean el busto mío que no tienen ellas pasión Dios las ampare pobrecitas yo sabía de los hombres y la vida a mis 15 años más de lo que ellas sepan a los 50 no saben cantar una canción así Gardner dijo que ningún hombre podía mirarme a la boca y los dientes sonriendo así sin pensar en ello yo tenía miedo de que no le gustara mi acento en primer lugar él es tan inglés todo lo que me dejó papá a pesar de sus sellos tengo los ojos de mi madre y la figura en todo caso él decía siempre que los hay tan sucios entre esos paletos él no era nada así se moría por mis labios que se encuentren primero un marido y que sea de buen ver y una hija como la mía y a ver si pueden si pueden excitar a un fulano con dinero que puede buscar y elegir donde se le antoja como Boylan para que lo haga 4 ó 5 veces bien abrazados o la voz también yo podía haber sido una prima donna sólo que me casé con él viene de amoooor la vieja voz profunda abajo la barbilla atrás no demasiado hacerlo doble La Glorieta de mi Dama es demasiado largo para un bis en la vieja granja en el crepúsculo y los salones en bóveda sí cantaré Vientos que soplan del sur que él me dio después del asunto de las escaleras del coro le cambiaré ese encaje a mi traje negro para lucir mis pechos y sí ya lo creo haré arreglar ese abanico grande para hacerlas reventar de envidia me pica el agujero siempre cuando pienso en él necesito noto que tengo aire dentro mejor con cuidado no despertarle y que empiece otra vez a babearme después de que me lavé toda entera espalda y tripa y costados si tuviéramos un baño o mi cuarto sólo para mí de todas maneras me gustaría que él durmiera en una cama solo con sus pies fríos encima de mí nos daría sitio siquiera para soltar un pedo Dios mío o hacer la menor cosa mejor sí aguantarlo así un poco de costado piano duuuul ceahí está ese tren lejos pianissimo iiiiiiii una canción más

ha sido un alivio donde quiera que se esté dejar salir el aire quién sabe si esa chuleta de cerdo que tomé con la taza de té después estaba bien con el calor yo no olí nada malo estoy segura de que ese

hombre de cara rara de la salchichería es un gran sinvergüenza espero que esa lámpara no esté echando humo me llena la nariz de porquería mejor que hacer que él me deje el gas abierto toda la noche yo no podía descansar cómoda en mi cama en Gibraltar me levantaba incluso para ver por qué estoy tan nerviosa por eso aunque me gusta en invierno se está más acompañada oh Señor hacía un frío terrible también aquel invierno cuando yo tenía nada más que unos diez años tenía sí yo tenía la muñeca grande con todos los trajes graciosos vistiéndola y desnudándola ese viento helado que baja resbalando a través de esas montañas la no sé qué Nevada Sierra Nevada de pie junto al fuego con ese poquito de camisa corta que tenía para calentarme me gustaba bailar por ahí con ella y luego volver corriendo a la cama estoy segura de que el tipo de enfrente estaba todo el tiempo mirando con la luz apagada en verano y yo en cueros dando brincos por ahí yo me enamoraba de mí misma luego me desnudaba ante el lavabo me daba con la esponja y la crema sólo cuando llegaba al asunto de la bacinilla también apagaba la luz así entonces éramos 2 adiós a mi sueño por esta noche en todo caso espero que no vaya a enredarse con esos estudiantes de medicina que le extravíen imaginando que es joven otra vez para venir a las 4 de la mañana que debían ser si no eran más sin embargo él tuvo las buenas maneras de no despertarme cómo encuentran de qué charlar toda la noche derrochando dinero y emborrachándose cada vez más no podrían beber agua luego sale dándome sus órdenes de huevos y té y caballa ahumada y tostadas calientes con mantequilla supongo que le tendremos ahí sentado en la cama como el rey del país metiendo y sacando la cucharilla al revés en el huevo de dónde habrá aprendido eso y me gusta oírle subir a tropezones por la escalera por la mañana con las tazas traqueteando en la bandeja y luego jugar con la gata se te restriega encima por su gusto no sé si tendrá pulgas es tan mala como una mujer siempre lamiendo y chupando pero me fastidian sus zarpas no sé si ven algo que nosotros no vemos con la mirada fija así cuando se sienta en lo alto de las escaleras tanto tiempo y escucha mientras yo espero

siempre qué ladrona también ese hermoso sollo fresco que compré creo que mañana pondré pescado o mejor dicho hoy es viernes sí lo haré con crema blanca con mermelada de grosellas negras como hace mucho no esos tarros de 2 libras de ciruelas y manzanas mezcladas del London & Newcastle William & Woods cunde el doble sólo por las espinas me fastidian esas anguilas bacalo sí buscaré un buen pedazo de bacalao siempre me sale bastante para 3 me olvido de todos modos estoy harta de esa eterna carne de la carnicería de Buckley chuletas de lomo y filete de pierna y filete de costilla y paletilla de cordero y despojos de ternera ya el nombre es bastante o un pícnic suponiendo que cada cual diera 5 chelines o hacerle pagar a él y invitar a alguna otra mujer para él quién la señora Fleming y salir en coche al Furry Glen o a los campos de fresa le tendríamos examinando todas las uñas de los caballos primero como hace con las cartas no no con Boylan allí sí con unos bocadillos de ternera fiambre y jamón mezclados hay casitas abajo en el fondo de la orilla allí a propósito pero hace un calor infernal dice él no un día de fiesta en todo caso me fastidian esas bandadas de marmotas con el día libre el Lunes de Pentecostés es también un día maldito no me extraña que esa abeja le picara mejor a la orilla del mar jamás en mi vida me volvería a meter en una barca con él después que él en Bray diciéndoles a los de las barcas que sabía remar si se lo pedía alguien sabría correr el steeplechase de la Copa de Oro él diría que sí entonces la cosa se puso fuerte el viejo trasto torciéndose y el peso todo de mi lado diciéndome que tirara de las guías de la derecha ahora tira a la izquierda y las olas entrando en inundaciones por todas partes y a través del fondo y el remo resbalándosele del estribo es un milagro que no nos ahogamos todos él sabe nadar desde luego conmigo no no hay peligro ninguno no pierdas la calma con sus pantalones de franela me habría gustado arrancárselos a pedazos delante de todo el mundo y darle lo que ese otro llama flagelar hasta dejarle negro y azul le sentaría muy bien sólo por ese tipo de nariz larga no sé quién es con esa otra belleza Burke el del hotel City Arms estaba allí espiando

como de costumbre siempre en el embarcadero donde nadie le llamaba por si había una pelea una cara para vomitar no es que nos quisieramos mucho eso es un consuelo no sé qué clase de libro me trajo Dulzuras del Pecado por un hombre de mundo algún otro Mr de Kock imagino que la gente le puso ese apodo por ir por ahí con su cosa de una mujer en otra ni siquiera me pude cambiar los zapatos blancos nuevos todos echados a perder con el agua de mar y el sombrero que llevaba con esa pluma toda al viento y sacudida encima qué fastidio y qué desesperación porque el olor del mar me excitaba claro las sardinas y los sargos en la playa de los Catalanes por detrás del revés de la roca eran estupendas todas plata en los cestos de los pescadores el viejo Luigi casi cien años decían que era de Génova y el viejo alto con los anillos en las orejas no me gusta un hombre al que hay que trepar para agarrarle imagino que todos están muertos y podridos hace mucho además no me gusta estar sola en este sitio un cuartelón de noche me figuro que tendré que aguantarme con él no me traje un poco de sal siquiera cuando nos mudamos en la confusión la academia musical que iba a poner en el piso de abajo en la salita con una placa de metal o Pensión Particular Bloom sugirió que se vaya a arruinar por su cuenta como su padre ahí en Ennis como todas las cosas que decía a papá que iba a hacer y a mí pero yo le calaba hablándome de todos los sitios bonitos a donde podíamos ir en la luna de miel Venecia a la luz de la luna con las góndolas y el lago de Como tenía una foto recortada de algún periódico y mandolinas y linternas oh qué bonito decía yo todo lo que me gustaba él lo iba a hacer inmediatamente si no antes si quieres ser mi marido haz todo lo que te pido deberían darle una medalla de cuero con orla de masilla por todos los planes que inventa luego dejándome aquí todo el día nunca se sabe qué viejo mendigo a la puerta pidiendo un mendrugo con su larga historia podría ser un vagabundo y meter el pie en la puerta para impedirme que la cerrara como ese retrato del criminal encallecido le llamaban en el Lloyds Weekly News 20 años de cárcel luego sale y mata a una vieja por su dinero imagínate su pobre mujer o madre o quien

sea ella semejante cara como para echar a correr a mil millas yo no podía descansar tranquila hasta que eché el cerrojo a todas las puertas y ventanas para estar segura pero también es peor estar encerrada como en una prisión o un manicomio deberían fusilarles a todos o el gato de nueve colas un bestia como ése capaz de atacar a una pobre vieja para matarla en la cama yo se los cortaría sí que lo haría él no serviría para mucho sin embargo mejor que nada la noche que estaba segura que oí ladrones en la cocina y él bajó en camisa con una vela y un asador como si buscara un ratón tan blanco como una sábana loco de miedo haciendo todo el ruido que podía para beneficio de los ladrones no hay mucho que robar desde luego bien sabe Dios sin embargo es la sensación especialmente ahora que Milly está fuera qué idea la de él mandar a la chica allá a aprender a sacar fotografías por causa del abuelo de él en vez de mandarla a la academia de Skerry donde podría aprender no como yo que lo recibí todo en la escuela sólo que él tenía que hacer una cosa así de todos modos por causa de mí y Boylan por eso lo hizo estoy segura el modo cómo lo organiza y planea todo yo no podía revolverme por casa con ella por aquí últimamente a no ser que echara el cerrojo a la puerta primero me ponía nerviosa entrando sin llamar primero cuando puse la silla contra la puerta sólo mientras me lavaba ahí abajo con el guante le pone a una nerviosa luego haciéndose la señorona todo el día ponerla en un fanal con dos a la vez para mirarla si supiera él que ella le rompió la mano a esa estatuilla barata con su torpeza y su descuido antes de que se marchara que yo le hice arreglar a ese muchachito italiano de modo que no se ve la juntura por 2 chelines ni siquiera quería verterle a una el agua de las patatas claro tiene razón para no estropearse las manos me di cuenta de que últimamente él siempre hablaba con ella en la mesa explicando cosas del periódico y ella fingía entender astuta claro eso le viene por el lado de él y ayudándola a ponerse el abrigo pero si había algo de ella que no estaba bien me decía que no se lo dijera a él no puede decir él que le miento que no soy demasiado sincera en realidad imagino que él se cree que

yo estoy terminada y metida en un armario bueno pues no no ni cosa semejante bueno mira bueno mira ahora ella se ha metido a flirtear también con los dos hijos de Tom Devan me imitaba silbando con esas estrepitosas de las chicas Murray que la llamaban puede salir Milly por favor está muy solicitada para sacarle todo lo que puedan dando una vuelta por la calle Nelson montada en la bicicleta de Harry Devan por la noche más vale que él la haya mandado a donde está se estaba saliendo de quicio queriendo ir a la pista de patinar y fumándole los cigarrillos por la nariz se lo olí en el vestido cuando cortaba con los dientes el hilo del botón que le cosí en el bajo de la chaqueta ella no me podía esconder mucho a mí te lo digo yo sólo que no se lo debía haber cosido y luego encima de ella eso quiere decir una separación y el último pastel de ciruela también partido en 2 mitades ves sale así no importa lo que digan tiene una lengua demasiado larga para mi gusto llevas la blusa demasiado escotada me dice dijo la sartén al cazo y yo tenía que decirle que no echara las piernas para arriba enseñándolas así sentada en la ventana delante de toda la gente que pasaba todos la miran como a mí a su edad claro cualquier trapo viejo te sienta bien y luego de mirameynometoques también a su manera en el Gran Sacrificio en el Teatro Real quita el pie de ahí no puedo aguantar que la gente me toque con un miedo mortal de que le arrugase la falda plisada mucho de ese toqueteo debe haber en el teatro en los apretones en lo oscuro siempre están tratando de restregarse con una aquel tipo del patio en el patio del Gaiety para Beerbohm Tree en Trilby la última vez que voy ahí para que me aplasten así ni por todos los Trilby del mundo a cada dos minutos tocándome ahí y mirando para el otro lado está un poco chiflado creo que le vi después tratando de acercarse a dos señoras muy a la moda delante del escaparate de Switzer en el mismo jueguecito le reconocí al momento la cara y todo pero él no me recordaba y ella no quiso ni que la besara en Broadstone cuando se marchaba bueno espero que encuentre alguien que le baile el agua como hice yo cuando estaba en cama con paperas las glándulas hinchadas dónde está eso

dónde está lo otro claro ella todavía no es capaz de sentir nada bien hondo yo nunca disfruté como es debido hasta que tenía 22 años más o menos siempre eso terminaba donde no era las tonterías de siempre de las chicas y las risitas ese Conny Connolly escribiéndola en tinta blanca sobre papel negro cerrado con lacre aunque ella aplaudió cuando bajó el telón porque él estaba tan guapo luego tuvimos a Martin Harvey a desayunar comer y cenar yo pensaba para mí después debe ser amor de verdad si un hombre sacrifica su vida por ella de ese modo por nada me figuro que quedan pocos hombres así es difícil creerlo a no ser que de verdad me pasara a mí la mayoría de ellos sin una partícula de amor en su naturaleza encontrar dos personas así hoy día absorbidos uno en otro que sientan lo mismo que una generalmente están un poco tocados de la cabeza el padre debía ser un poco raro ir y envenenarse después que ella pobre viejo me figuro que él siempre se ha sentido perdido haciendo el amor a mis cosas también los pocos trapos viejos que tengo ella quería subirse el pelo a los 15 años mis polvos también sólo estropearle la piel tiene tiempo de sobra para eso toda la vida por delante claro ella está inquieta sabiendo que es bonita con los labios tan colorados lástima que no se quedan así yo también lo era pero no sirve ir por las buenas con esa criatura replicándome como una verdulera cuando le pedí que fuera a buscar media medida de patatas el día que nos encontramos con la señora Joe Gallaher en las carreras al trote y ella fingió no vernos en aquel cochecito suyo con Friery el procurador no éramos bastante importantes hasta que le di 2 buenas tortas en la cara toma eso por replicarme así y por tu desvergüenza me había hecho perder los estribos claro contradiciéndome yo también estaba de mal humor porque qué pasaba había alguna hierba en el té o no había dormido la noche antes el queso que comí era y se lo dije y se lo repetí de sobra que no dejara los cuchillos cruzados así porque no tiene nadie que la mande bueno si él no la corrige bueno entonces yo la corregiré ésa fue la última vez que le dio al grifo de las lágrimas yo también era igual no se atrevía nadie a mandarme en casa es culpa de él claro tener-

nos a las dos aquí hechas unas esclavas en vez de llamar a una mujer hace tanto tiempo voy a volver a tener alguna vez una criada como es debido claro ella vería entonces que él le iba detrás yo tendría que advertirla o se me vengaría ella qué molestia esas mujeres la vieja señora Fleming hay que andar dando vueltas detrás de ella poniéndole las cosas en las manos estornudando y tirándose pedos en los pucheros bueno claro es vieja no lo puede remediar suerte que encontré ese trapo de fregar viejo oliendo a podrido que se perdió detrás del aparador sabía que había algo y abría la ventana para que saliera el olor él metiendo a sus amigos para convidarles como la noche en que llegó a casa con un perro por favor podría estar rabioso especialmente el hijo de Simon Dedalus el padre tan criticón con las gafas con la chistera encima en la partida de cricket y un gran agujero en el calcetín riéndose del otro y su hijo que ganó todos esos premios por lo que fuera que los ganó en la escuela media figúrate trepando sobre la verja si le viera alguien que nos conociera no sé si se habrá hecho un buen agujero en sus pantalones de lujo del entierro como si el que le dio la naturaleza no fuera bastante meterle de matute bajándole a la vieja cocina sucia bueno está bien de la cabeza pregunto yo lástima que no fuera día de lavar mis bragas viejas podían haber estado colgadas también en la cuerda exhibiéndose por lo poco que le importaría a él con la marca de la plancha que esa vieja idiota las quemó podría creer que era otra cosa y ella nunca ha derretido la grasa como le dije y ahora vuelve a estar como siempre por culpa de que su marido paralizado está peor siempre tienen algo que no va bien enfermedad o tendrían que operarles o si no es eso es la bebida y él la pega tendré que echarme a buscar por ahí otra vez alguna todos los días cuando me levanto pasa siempre algo nuevo Dios mío bueno cuando estire la pata y esté en la tumba me figuro que tendré alguna tranquilidad necesito levantarme un momento y si estoy espera ay Señor espera ya me viene eso ahora no te fastidia claro con todo ese hurgar y escarbar y arar que él se me trajo dentro ahora qué voy a hacer viernes sábado domingo es como para desesperar a cualquie-

ra a no ser que a él le guste a algunos hombres les gusta sabe Dios siempre hay algo que no marcha en nosotras 5 días cada 3 ó 4 semanas la liquidación mensual de costumbre no es sencillamente un asco aquella noche me vino así la única vez que estábamos en un palco que le dio Michael Gunn para ver a la señora Kendall y a su marido en el Gaiety algo de seguros que hizo por él en Drimmie yo estaba para que me envolvieran pero no quería ceder con aquel caballero a la moda mirándome desde arriba con gemelos y él al otro lado hablando de Spinoza y de su alma que ha muerto me figuro hace millones de años yo sonreía lo mejor que podía encharcada inclinándome adelante como si me interesara teniendo que seguir allí sentada hasta la última frase no se me olvidará aquella mujer de Scarli con prisa decían que era una obra atrevida sobre adulterio aquel idiota de la galería silbando a la mujer adúltera gritó me figuro que salió a buscar una mujer en el callejón de más cerca para hacerlo todo a la carrera para compensar me gustaría que él tuviera lo que yo tenía entonces aullaría apuesto a que la gata misma se las arregla mejor que nosotras tenemos demasiada sangre dentro o qué es ah santa paciencia se me está desbordando como el mar en todo caso no me dejó embarazada tan grande como es él no quiero echar a perder las sábanas limpias también lo ha traído la ropa limpia que me puse maldita sea maldita sea y ellos siempre quieren ver una mancha en la cama para saber que una es virgen para ellos eso es lo único que les preocupa son tan idiotas también una podría ser viuda o divorciada 40 veces serviría una manchita de tinta roja o jugo de moras no eso es demasiado morado ay Jesús salirme de esto puaf dulzuras del pecado a quienquiera que se le ocurriera este asunto para las mujeres que si la ropa que si guisar que si los niños esta maldita cama vieja también tintineando como el diablo me figuro que podrían oírnos desde el otro lado del parque hasta que se me ocurrió poner el edredón en el suelo con la almohada debajo de mi trasero no sé si es más bonito de día me parece que sí despacito creo que me voy a cortar todo este pelo ahí dándome calor podría parecer una niña se quedaría pasmado él la

próxima vez que me levantara las faldas daría cualquier cosa por verle la cara dónde ha ido a parar la bacinilla despacito tengo un santo terror a que se me rompa debajo después de lo de esa cómoda vieja no sé si pesaba demasiado sentada en su rodilla le hice sentarse en la butaca a propósito de cuando me quité primero sólo la blusa y la falda en el otro cuarto él estaba tan ocupado donde no debía que ni me sintió espero que mi aliento estuviera perfumado después de esos confites de beso despacito Dios mío me acuerdo de otros tiempos cuando podía echarlo fuera derecho silbando como un hombre casi despacito oh Señor cuánto ruido espero que tenga burbujas significa una pila de dinero de alguien tendré que perfumármelo por la mañana no olvidarme apuesto a que él nunca ha visto unos muslos mejores que éstos mira qué blancos son el sitio más liso es ahí mismo entre este poquito de ahí liso como un melocotón despacito Dios mío no me importaría ser hombre y montar a una bonita mujer ay Señor qué ruido estás armando como el lirio de Jersey despacito oh cómo bajan las aguas por Lahore

quién sabe si me pasa algo por dentro o si tengo algo que me crece dentro que me viene eso así cada semana cuándo fue la última vez que yo Lunes de Pentecostés sí hace sólo unas 3 semanas debería ir al médico sólo que sería como antes de casarme con él cuando tenía aquella cosa blanca que me salía y Floey me hizo ir a aquel viejo polaco seco Dr. Collins para enfermedades de la mujer en Pembroke Road su vagina lo llamó me figuro que así es como tiene todos los espejos dorados y alfombras enredando a esas ricas de Stephen Green a que corran a verle a cada tontería de su vagina y su cochinchina tienen dinero claro así que tienen razón yo no me casaría con él ni aunque fuera el último hombre en el mundo además hay algo raro en sus niños siempre olfateando por todas partes a esas sucias cochinas preguntándome si lo que echaba tenía un olor molesto qué quería que echara sino eso a lo mejor oro vaya pregunta si se lo untase por toda esa vieja cara arrugada con todos mis cumprimientos imagino que entonces sabría y podría usted pasarlo fácilmente pasarlo qué yo creí que hablaba del Peñón de Gibraltar

la manera cómo lo dice esa una invención muy bonita también por cierto sólo que a mí me gusta después dejarme ir hasta el fondo por el agujero hasta donde pueda apretar y tirar de la cadena luego para regarlo bien alfilerazos frescos sin embargo tiene sus ventajas me figuro que siempre sabía por lo de Milly cuando era pequeña si tenía lombrices o no de todos modos pagarle por eso cuánto es doctor una guinea por favor y preguntándome si tenía omisiones frecuentes de dónde sacan esos viejos todas las palabras que tiene omisiones con sus ojos miopes encima de mí echados a un lado no me fiaría demasiado de él darme cloroformo o sabe Dios qué otra cosa sin embargo me gustó cuando se sentó a escribir la cosa frunciendo tan severamente la nariz así de inteligente vete al diablo embustera ah cualquier cosa no importa quién menos un idiota él era lo bastante listo como para darse cuenta de eso claro eso era todo el pensar en él y sus cartas locas y chifladas Preciosísima mía todo lo relacionado con tu espléndido Cuerpo todo subrayado lo que viene de él es una cosa de belleza y de gozo para siempre algo que sacó de algún libro estúpido yo siempre haciéndomelo a veces 4 ó 5 veces al día y dije que no lo hacía está usted segura ah sí dije estoy muy segura de un modo que le tapé la boca sabía lo que iba a venir después sólo debilidad natural eso era él me excitó no sé cómo la primera noche misma que nos conocimos cuando yo vivía en Rehoboth Terrace nos quedamos mirándonos durante unos 10 minutos como si nos hubiéramos conocido en algún sitio me figuro que por causa de que yo era judía porque he salido a mamá él solía divertirme las cosas que decía con esa sonrisa indolente y todos los Doyles decían que iba a presentarse para diputado en el Parlamento ah yo no era tonta de nacimiento para creerme todas sus cháchara sobre la autonomía y la unión nacional lanzándome ese aburrimiento de canción de los hugonotes que se canta en francés O beau pays de la Touraine que yo nunca he cantado ni una vez explicando y enredando sobre religión y persecuciones no le dejaba a una disfrutar nada naturalmente luego podría él como un gran favor la primerísima oportunidad que tuvo ocasión en Brighton Square metién-

doseme en la alcoba como si se hubiera manchado las manos de tinta para lavárselas con la Leche de Albión y el jabón de azufre que yo usaba con la gelatina todavía alrededor ah yo me puse mala de reírme de él aquel día más vale que no convierta este asunto en una sentada para toda la noche encima de este trasto deberían hacer bacinillas de tamaño natural para que una mujer se pudiera sentar encima como es debido él se arrodilla para hacerlo me figuro que no hay en toda la creación otro hombre con las costumbres que tiene él mira de qué manera está durmiendo ahora a los pies de la cama cómo podrá sin una almohada dura menos mal que no da patadas o si no me partiría los dientes respirando con la mano en la nariz como ese dios indio que me llevó a ver un domingo que llovía en la calle Kildare todo amarillo con un delantal tumbado de lado sobre la mano con los diez dedos de los pies saliéndole que él dijo que era una religión más grande que las de los judíos y Nuestros Señores juntas las dos por toda Asia imitándole como siempre está imitando a alguien me figuro que él también dormía a los pies de la cama con sus grandes pies cuadrados junto a la boca de su mujer maldita sea esta cosa apestosa de todos modos dónde está eso esos paños ah sí ya sé espero que el viejo armario no rechine ah lo sabía él duerme bien lo ha pasado bien en algún sitio sin embargo ella debe haberle dado mucho de bueno por su dinero claro que él tiene que pagarlo lo que recibe de ella ah qué cosa tan molesta espero que tendrán algo mejor para nosotras en el otro mundo atándonos todas hasta arriba si Dios quiere ya está bien por esta noche ahora la vieja cama tintineante con sus bultos siempre me recuerda al viejo Cohen me figuro que se rascó de sobra aquí dentro y él cree que papá se la compró a Lord Napier al que yo admiraba cuando era niña porque le dije despacito piano ah me gusta la cama Dios mío aquí estamos tan mal como de costumbre al cabo de 16 años en cuántas casas hemos estado en total Raymond Terrace y Ontario Terrace y calle Lombard y calle Holles y él se va por ahí silbando cada vez que nos mudamos otra vez sus hugonotes o la marcha de las ranas fingiendo ayudar a los hombres con nuestros 4 palos de mue-

bles y luego el hotel City Arms peor cada vez dice Warden Daly ese sitio encantador en el descansillo siempre alguien dentro rezando luego dejando todas sus pestes detrás de ellos siempre se sabe quién ha sido el último que estuvo allí cada vez que nos empieza a ir bien pasa algo o mete la pata en Thoms y Hely y el señor Cuffe y Drimmie o le van a meter en la cárcel por sus viejos billetes de lotería que iba a ser toda nuestra salvación o va y se pone insolente ya le veremos volver a casa despedido pronto del *Freeman* también como con los demás por culpa de esos Sinner Fein o los masones entonces veremos si ese hombrecito que me enseñó chorreando agua bajo la lluvia y solo al doblar Coady Lane le dará mucho consuelo que él dice que es tan capaz y tan sinceramente irlandés sí que lo es a juzgar por la sinceridad de los pantalones que le he visto encima espera ahí está la campana de la iglesia de San Jorge espera 3 cuartos la hora espera las 2 bueno es una bonita hora de la noche para que él vuelva a casa para que nadie se descuelgue detrás de la verja si le viera alguien mañana le voy a sacudir de encima esa costumbrita lo primero le miraré la camisa para ver o veré si tiene todavía ese preservativo en la cartera me figuro que se cree que yo no sé todos los hombres engañando todos sus 20 bolsillos no les bastan para sus mentiras entonces por qué tendríamos que decírselo aunque sea verdad ellos no la creen a una luego arropado en la cama como esos bebés de la Obra Maestra de Aristócrates que me trajo otra vez como si no tuviéramos bastante de eso en la vida de verdad sin ningún viejo Aristócrates o como se llame dando más asco con esas sucias estampas niños con dos cabezas y sin piernas que es la clase de maldad que siempre están soñando sin otra cosa en sus cabezas vacías deberían darles veneno lento a la mitad de ellos y luego té con tostadas para él untadas por los dos lados y huevos frescos me figuro que ya no soy nada cuando no le dejé que me lamiera en la calle Holles una noche hombre hombre tirano como siempre para empezar durmió en el suelo media noche desnudo como hacían los judíos cuando muere alguien que les pertenecía y no quería desayunar ni decir palabra queriendo mimos así que pensé que

ya había sido bastante dura por una vez y se lo dejé hacer lo hace todo mal también pensando sólo en su propio gusto tiene la lengua demasiado lisa o no sé qué se le olvida que nosotras yo no yo se lo haré hacer otra vez si no tiene cuidado y le encierro a dormir en la carbonera con las cucarachas no sé si sería ella Josie de puro contenta con mis ropas de desecho él es tan embustero de nacimiento también no él nunca tendría el valor con una mujer casada por eso quiere que yo y Boylan aunque en cuanto a su Denis como ella le llama ese espectáculo de desolación que no se le podría llamar marido sí ha sido con alguna putilla con quien ha estado también aquel día que yo estaba con él y con Milly en las carreras de la Universidad aquel matasiete con la gorra de niño en lo alto de la coronilla nos dejó entrar por la puerta falsa de atrás él le estaba poniendo ojos de carnero a aquellas dos que andaban moviendo las faldas de un lado para otro yo traté de hacerle una señal al principio inútil claro y así es como se le va el dinero son los frutos del señor Paddy Dignam sí todos estaban en gran estilo en el solemne entierro en el periódico que trajo Boylan tendrían que ver el entierro de un verdadero oficial eso sí que sería algo armas a la funerala tambores destemplados el pobre caballo andando detrás de negro L. Bloom y Tom Kernan ese hombrecillo borracho que parece un barril que se cortó la lengua cayéndose del retrete de hombres borracho en no sé qué sitio y Martin Cunningham y los dos Dedalus y el marido de Fanny MCoy cabeza de repollo blanco flaco con los ojos torcidos tratando de cantar mis canciones a ella le haría falta nacer otra vez con su viejo traje verde escotado que ya no los puede atraer de otro modo una voz como para que llueva ya lo veo claro ahora todo eso y a eso lo llaman amistad matarse y luego enterrarse los unos a los otros y todos con sus mujeres y familias en casa más especialmente Jack Power que mantiene a esa camarera de un bar que claro que lo hace su mujer siempre está enferma o poniéndose enferma o mejorándose nada más y él es un hombre guapo aunque empieza a tener canas en las sienes son una buena pandilla todos ellos bueno no van a pillar otra vez a mi marido en sus garras si puedo remediarlo

yo burlándose de él a sus espaldas sé muy bien cuándo se mete en esas idioteces porque tiene bastante sentido común como para no derrochar hasta el último penique que gana echándoselo por sus gaznates y cuida de su mujer y familia que no sirven para nada pobre Paddy Dignam de todos modos lo siento en cierto modo por él qué van a hacer su mujer y sus 5 chicos a no ser que estuviera asegurado monigote ridículo siempre metido en el rincón de alguna taberna y ella o su hijo esperando Bill Bailey no vienes a casa por favor los lutos de viuda no la van a mejorar de aspecto sientan estupendamente si una es guapa qué hombres él no estaba sí que estaba en el banquete de Glencree y el bajo barríltono de Ben Dollard la noche que pidió prestarle el frac para cantar con él en la calle Holles apretado y aplastado dentro y sonriendo con su carota de muñeco como el culito de un niño con sus buenos azotes qué cara de gilipollas ya lo creo que debía ser un espectáculo en escena hay que imaginarse pagar 5 chelines los asientos de preferencia para ver eso y Simon Dedalus también se presentaba siempre medio borracho cantando la segunda estrofa antes que la primera el viejo amor es el nuevo era una de las suyas tan dulces cantaba la doncella del espino blanco siempre estaba dispuesto a coquetear también cuando yo canté Maritana con él en la ópera privada de Freddy Mayer tenía una voz estupenda y deliciosa oh Phoebe dulcísima adiós es *mi mal la* mujer él cantaba siempre no como Bartell dArcy es *mi mala* mujer adiós claro él tenía el don de la voz así que no había arte en eso te llenaba toda como una ducha caliente Oh Maritana flor silvestre del bosque cantamos espléndidamente aunque era un poco demasiado alto para mi registro incluso transportado y estaba casado entonces con May Goulding luego decía o hacía algo para estropearlo todo está viudo ahora no sé cómo es su hijo dice que es un autor y va a ser un profesor de universidad de italiano y yo voy a tomar lecciones qué pretende ahora enseñándole mi foto no es buena debería habérmela hecho tomar en drapeado que nunca se pasa de moda sin embargo parezco joven ahí no sé si se la regalaría del todo y a mí también detrás de todo por qué no le vi bajando en

coche a la estación de Kingsbridge con su padre y su madre yo estaba de luto esto es hace 11 años ahora sí él tendría 11 años aunque qué necesidad había de ponerse de luto por uno que no era ni una cosa ni otra claro él se empeñó él se pondría de luto por la gata me figuro que ya es un hombre a estas horas entonces era un niño inocente y muy guapito en su traje Lord Fauntleroy y el pelo con rizos como un príncipe de teatro cuando le vi en casa de Mat Dillon yo también le gusté me acuerdo a todos les gusto caramba espera sí espera sí aguarda él salió en las cartas esta mañana cuando eché el horóscopo unión con un joven forastero ni moreno ni rubio que conociste antes yo pensé que quería decir él pero no es tan pollito ni forastero tampoco además yo tenía la cara vuelta del otro lado qué era la séptima carta después del 10 de piques por un viaje por tierra luego había una carta que iba a llegar y escándalos también las 3 reinas y el 8 de diamantes por una subida en la sociedad sí espera todo eso resultó y los 2 ochos rojos por trajes nuevos mira eso y no soñé yo algo también sí había algo de poesía dentro espero que no tenga pelo largo y grasiento colgándole por encima de los ojos o tieso como un piel roja para qué andan por ahí así sólo para hacer que se rían de ellos y de su poesía siempre me gustó la poesía cuando era niña primero creí que él era un poeta como Byron y no tenía ni pizca de eso en su ser creí que era muy diferente no sé si será demasiado joven tiene cerca de espera el 88 me casé el 88 Milly cumplió 15 ayer el 89 cuántos años tiene él entonces en casa de los Dillon 5 ó 6 hacia el 88 imagino que tiene 20 años o más no soy demasiado vieja para él si tiene 23 ó 24 años espero que no sea ese tipo de estudiante de universidad con pretensiones no si no no habría ido a sentarse con él en la vieja cocina tomando cacao Epps y hablando claro él hacía como si lo entendiera todo probablemente le dijo que era de Trinity College es muy joven para ser un profesor espero que no sea un profesor como Goodwin ése era un profesor diplomado en empinar el codo todos ellos escriben sobre una mujer en sus poesías bueno me figuro que no encontrará muchas como yo donde dulce suspira de amor la leve guitarra donde la poesía está en el

aire el mar azul y la luna brillando tan hermosa volviendo en el barco de por la noche desde Tarifa el faro en Punta Europa la guitarra que tocaba aquel tipo era tan expresiva nunca volveré más allí todas caras nuevas unos ojos atisbando una celosía escondidos se la cantaré a él son mis ojos si él tiene algo de poeta unos ojos de oscuro fulgor como la estrella del amor qué bonitas esas palabras como la joven estrella del amor eso será un camino bien sabe Dios tener una persona inteligente con quien hablar de una misma no siempre oyéndole a él y el anuncio de Billy Prescott y el anuncio de Llaveess y el del demonio en persona luego si algo les va mal en sus negocios nosotras tenemos que sufrir estoy segura de que él es muy distinguido me gustaría encontrar a un hombre así Dios mío no como esos otros burros además es joven aquellos chicos jóvenes tan finos que yo veía en el sitio de bañarse en la playa de Margate desde el lado de la roca de pie al sol desnudos como un dios o algo así y luego zambulléndose en el mar con ellos por qué no son así todos los hombres eso sería un buen consuelo para una mujer así la bonita estatuilla que compró él yo la podía mirar todo el día la cabeza con rizos largos y los hombros el dedo levantado para que una escuchara eso sí que es belleza de verdad y poesía muchas veces me daban ganas de besarlo por todas partes también su cosa tan joven y tan bonita ahí sencillamente no me importaría metérmela en la boca si nadie mirara como si ello mismo te pidiera que lo chuparas tan limpio y blanco parecía él con su cara de niño y bien que lo haría yo en ½ minuto aunque se me fuera para abajo un poco como qué es sólo como sémola o rocío no hay peligro además estaría tan limpio comparado con esos cerdos de hombres me figuro que nunca se les ocurre lavársela de un año para otro la mayor parte de ellos nada más que eso es lo que hace que les salgan bigotes a las mujeres estoy segura será estupendo si puedo ponerme con un guapo poeta joven a mi edad lo primero por la mañana voy a echar las cartas a ver si sale él leeré y estudiaré todo lo que pueda o me aprenderé un poco de memoria si supiera yo quién le gusta para que no me crea estúpida si cree que todas las mujeres son lo mismo

y le puedo enseñar el otro papel le haré que lo sienta por todo el cuerpo hasta que medio se desmaye debajo de mí luego escribirá sobre mí amante y amada en público también con nuestras 2 fotos por todos los periódicos cuando él sea famoso ah pero entonces qué voy a hacer con el otro sin embargo

no ésa no es manera para él no tiene modales no ni refinamiento ni nada en su naturaleza dándome una palmada en el trasero así porque no le llamé Hugh ese ignorante que no distingue una poesía de una lechuga eso es lo que saca una por no mantenerles en su sitio quitándose los zapatos y pantalones ahí en la butaca delante de mí tan descarado sin pedir permiso siquiera y la cosa saliendo de ese modo tan vulgar en la media camisa que llevan para que se les admire como un cura o un carnicero o esos viejos hipócritas de los tiempos de Julio César claro tiene bastante razón a su manera para pasar el tiempo como una broma claro igual daría que una se metiera en la cama con qué con un león Dios mío estoy segura de que tendría algo mejor que decir por su parte un viejo León serviría ah bueno me figuro que es porque estaban tan gordas y tentadoras en mi enagua corta él no podía resistir me excitan a mí misma a veces está bien para los hombres la cantidad de gusto que sacan del cuerpo de una mujer estamos tan redondas y tan blancas para ellos siempre tuve ganas de ser yo también uno de ellos por cambiar sólo por probar con esa cosa que tienen hinchándosele encima a una tan dura y al mismo tiempo tan blanda cuando la tocas el tío Arturo lo tiene muy duro oí cantar a aquellos chicos de la esquina de Marrowbone la tía Consuelo lo tiene con pelo porque estaba oscuro y sabían que pasaba una chica no me puse colorada por qué iba a ponerme es sólo lo natural y él mete la cosa dura dentro de lo de la tía Consuelo etcétera y resulta que es que se pone el mango a una escoba los hombres también por todas partes pueden buscar y elegir lo que les gusta una casada o una viuda alegre o una chica para sus diferentes gustos como esas casas a la vuelta de la calle Irish no pero nosotras siempre tenemos que estar encadenadas a mí no me van a encadenar no hay miedo no una vez que empiece te lo digo de verdad a pesar de los celos

de un marido estúpido por qué no podemos seguir siendo amigos en vez de pelearnos por eso su marido descubrió lo que hacían juntos bueno naturalmente y si lo hizo ya no tiene remedio es un cornudo de todos modos haga lo que haga y luego él pasa al otro extremo de la locura sobre la mujer en las Bellas Tiranas claro el hombre no piensa 2 veces en el marido o la esposa tampoco es la mujer lo que quiere y la consigue para qué otra cosa nos han dado estos deseos me gustaría saberlo no lo puedo remediar si todavía soy joven no puedo milagro que no soy una vieja bruja arrugada antes de tiempo viviendo con él tan frío sin abrazarme nunca excepto a veces mientras duerme por el lado del revés mío sin darse cuenta supongo con quién está cualquier hombre capaz de besarle el culo a una mujer yo no daría nada por él después de eso él es capaz de besar cualquier cosa nada natural donde no tenemos ni 1 átomo de ninguna clase de expresión en nosotras todas nosotras lo mismo 2 bultos de grasa antes de que se lo hiciera yo eso a un hombre puah esos sucios animales sólo de pensarlo es bastante beso sus pies *señorita* eso tiene cierto sentido no besó nuestra puerta de entrada sí que lo hizo qué loco nadie entiende sus ideas chifladas sino yo sin embargo claro una mujer necesita que la abracen 20 veces al día casi para tener aspecto joven no importa quién con tal de estar enamorada o amada por alguno si el hombre que una necesita no está ahí a veces válgame Dios a veces pensaba yo que me iría por ahí por los muelles algún anochecer oscuro donde nadie me conociera a buscar un marinero recién desembarcado que estuviera caliente para hacerlo sin importarle un pito de quién era yo hacerlo en un portón en algún sitio o uno de esos gitanos de cara salvaje de Rathfarnham que tenían el campamento armado cerca de la lavandería Bloomfield para tratar de robar nuestras cosas si podían yo sólo mandé las mías allí unas pocas veces por el nombre lavandería modelo me devolvían una vez y otra las medias viejas de alguna vieja aquel tipo de cara de chulo con ojos tan bonitos afilando un palo atacarme en la oscuridad y montarme contra una tapia sin decir palabra o un asesino cualquiera que ellos mismos lo hacen los caballeros elegantes

con chisteras ese abogado importante que vive por estos barrios saliendo de Hardwicke Lane la noche que nos dio la cena con pescado porque había ganado mucho en ese combate de boxeo claro que era por mí que lo dio le conocí por las polainas y los andares y cuando me volví un momento después para ver había una mujer saliendo de allí alguna puta sucia luego se va a su casa con su mujer después de eso me figuro que la mitad de esos marineros están podridos también de enfermedades eh echa allá esa enorme carcasa quita de ahí por todos los diablos hay que oírle los vientos que llevan mis suspiros hacia ti él sabe dormir y suspirar el gran Ilusionista Don Poldo de la Flora si supiera cómo salió en las cartas esta mañana tendría de qué suspirar un hombre moreno en cierta perplejidad entre 2 7 también en la cárcel por sabe Dios qué hace él que yo no sé y debería descolgarme a chancletear por la cocina para darle el desayuno a su señoría mientras él está embozado como una momia sí de veras me has visto correr alguna vez ya me gustaría verme en ello les prestas atención y te tratan como a una basura no me importa lo que diga nadie sería mucho mejor que el mundo estuviera gobernado por las mujeres que hay en él no se vería a las mujeres yendo a matarse unas a otras y armando carnicerías cuándo se ha visto a las mujeres rodando por ahí borrachas como ellos o jugándose hasta el último penique que tengan y perdiéndolo a los caballos sí porque una mujer cualquier cosa que haga sabe dónde pararse seguro que no estaría en el mundo siquiera si no fuera por nosotras ellos no saben lo que es ser una mujer y una madre cómo podrían dónde estarían todos ellos si no tuvieran una madre que les cuidara lo que nunca tuve yo por eso me figuro anda por ahí corriendo como un loco ahora de noche lejos de sus libros y estudios y sin vivir en casa por culpa de las peleas de siempre en casa me figuro bueno es un triste caso que los que tienen un hijo tan bueno como ése no estén contentos y yo ninguno él no fue capaz de hacer uno no fue culpa mía nos juntamos cuando yo miraba esos dos perros él encima de ella por detrás en medio de la santa calle que me desanimó del todo me figuro que no debería haberle ente-

rrado en esa chaquetita de lana que le hice llorando como estaba sino dársela a algún niño pobre pero sabía muy bien que nunca tendría otro nuestra primera muerte también fue nunca fuimos los mismos desde entonces ah no voy a ponerme triste a fuerza de pensar en eso nunca más no sé por qué no se querría quedar a pasar la noche desde el principio me di cuenta de que era alguien extraño que había traído a casa en vez de vagabundear por la ciudad encontrándose sabe Dios qué fulanas y ladrones a su pobre madre no le gustaría eso si viviera echándose a perder para toda la vida quizá sin embargo es una hora deliciosa tan silenciosa me gustaba volver a casa después de los bailes el aire de la noche ellos tienen amigos con que pueden hablar nosotras no tenemos ninguno o él quiere lo que no va a conseguir o es alguna mujer dispuesta a darte una puñalada me fastidia eso en las mujeres no es extraño que nos traten como nos tratan ellos somos un montón terrible de perras me figuro que es todos los problemas que tenemos lo que nos pone tan nerviosas yo no soy así él podía haber dormido fácilmente aquí en el sofá del otro cuarto me figuro que era tan tímido como un niño siendo tan joven apenas 20 años en el cuarto de al lado mío él me habría oído en la bacinilla vaya qué tiene de malo Dedalus no sé si es como esos nombres que tenían en Gibraltar Delapaz Delagracia demonios de nombres raros allí padre Vial Plana de Santa María que me dio el rosario Rosales y O Reilly en la Calle las Siete Revueltas y Pisimbo y señora Opisso en Governor Street ah vaya nombre yo me tiraría al agua en el primer río si me llamara así ah Dios mío y todos esos pedazos de calle rampa del Paraíso y rampa Bedlam y rampa Rodgers y rampa Crutchett y la escalera del paso del diablo bueno no es culpa mía si estoy chiflada que ya sé que lo estoy un poco bien sabe Dios no me siento ni un día más vieja que entonces no sé si sabría soltarme la lengua con un poco de español *cómo está usted muy bien gracias y usted* no se me ha olvidado todo creí que sí salvo por la gramática un sustantivo es el nombre de una persona lugar o cosa nunca intenté leer esa novela que me prestó la gruñona de la señora Rubio de Valera con los sig-

nos de interrogación todos patas arriba de las dos maneras sabía siempre que acabaríamos por marcharnos yo puedo decirle el español y él puede decirme el italiano entonces verá que no soy tan ignorante lástima que no se quedó estoy segura de que el pobre estaba muerto de cansancio y le hacía mucha falta dormir bien yo le podría haber llevado el desayuno a la cama con unas tostadas con tal que no usara el cuchillo trae mala suerte o si hubiera pasado la que vende los berros y algo bueno y sabroso hay unas pocas aceitunas en la cocina a lo mejor le gustarían yo nunca pude ni verlas cuando estaba en Abrines yo podría hacer de *criada* el cuarto tiene buen aspecto desde que lo cambié de la otra manera ya ves algo me lo decía todo el tiempo tendría que presentarme yo misma no conociéndome él ni por parte de Adán muy divertido sería soy su mujer o hacer como si estuviéramos en España con él medio dormido sin la menor idea de dónde estaba *dos huevos estrellados señor* Señor qué chifladuras se me ocurren a veces sería muy divertido suponiendo que se quedara con nosotros por qué no el cuarto de arriba está vacío y la cama de Milly en el cuarto de atrás él podría hacer sus escrituras y estudios en la mesa que hay allí para lo que él garrapatea en ella y si quiere leer en la cama por la mañana como yo ya que él hace el desayuno para 1 igual puede hacerlo para 2 estoy segura no voy a tomar de huésped al primero que llega por su gusto porque él alquile un cuartelón de casa como ésta me gustaría tener una larga conversación con una persona inteligente y educada me gustaría tener un bonito par de pantuflas rojas como vendían esos turcos del fez rojo o amarillas o una bonita bata semitransparente que me está haciendo mucha falta o una mañanita color de melocotón como la de hace mucho en Walpole sólo 8/6 ó 18/6 ya le daré otra oportunidad madrugaré por la mañana estoy harta de esta vieja cama de Cohen en todo caso podría ir al mercado a ver todas las verduras y coles y tomates y zanahorias y toda clase de frutas espléndidas que vienen todas frescas y deliciosas quién sabe quién sería el primer hombre que me encontrara saleh por ahí a buscarlo por la mañana solía decir Mamy Dillon y por la noche también ésa era su salida a misa

me gustaría una pera grande y jugosa ahora que se me deshiciera en la boca como cuando tenía los antojos entonces le tiraría encima sus huevos y el té en la taza con bigotera que le regaló ella me figuro que para hacerle la boca más grande a él también le gustaría mi buena crema también ya sé lo que voy a hacer voy a dar vueltas por ahí bastante alegre no demasiado cantando alegre de vez en cuando *mi fa pietà Masetto* luego empezaré a vestirme para salir *non son più forte* me pondré mi mejor camisa y bragas que él se dé una buena ración de vista con eso para que se le ponga de pie su cosita le haré saber si eso es lo que quería que su mujer se deja joder sí y bien jodida casi hasta el cuello y no por él 5 o 6 veces sin bajarse ahí está la señal de su esperma en la sábana limpia no me molestaría siquiera en quitarla con la plancha con eso tendría que quedar convencido si no me crees tócame la tripa a no ser que le hiciera ponerse ahí de pie metérmelo dentro me dan ganas de contárselo con pelos y señales y hacérselo hacer delante de mí le está bien empleado es todo culpa suya si soy una adúltera como decía ese de la galería ah cuánto jaleo si fuera eso todo lo malo que hiciéramos en este valle de lágrimas sabe Dios que no es mucho acaso no lo hace todo el mundo sólo que lo esconden me figuro que eso es para lo que se imaginan que está hecha una mujer o si no Él no nos habría hecho tal como nos hizo tan atractivas para los hombres entonces si me quiere besar el culo le abro las bragas y se lo encajo en la cara de tamaño natural ya me puede meter la lengua 7 millas para arriba por el agujero donde tengo lo negro y luego le diré que necesito 1 libra o quizá 30 chelines le diré que me hace falta comprar ropa interior entonces si me lo da bueno no será tan malo yo no quiero sonsacárselo todo como otras mujeres muchas veces podía haber hecho un bonito cheque yo sola y firmarlo con su nombre por un par de libras unas pocas veces que se olvidó de echar la llave además él no lo gasta le dejaré que me lo suelte por detrás con tal que no me manche las bragas buenas ah me figuro que no tiene remedio me haré la indiferente 1 ó 2 preguntas sabré por las respuestas cuando está así no puede reservarse nada le co-

nozco todas las vueltas apretaré bien el culo y soltaré unas cuantas palabras cochinas hueleculo o lamemelamierda o la primera locura que se me pase por la cabeza y luego le insinuaré que sí ah espera ahora me toca a mí el turno hijito me pondré alegre y amable para la ocasión ah pero se me olvidaba este asunto maldito de la sangre puaf una no sabría si reír o llorar somos tal mezcla de ciruela y manzana no me tendré que poner las cosas viejas tanto mejor así estará más claro él no sabrá nunca si lo hizo o no ea ya está bastante bien para ti cualquier cosa vieja y luego me le limpiaré de encima como un asunto cualquiera su omisión luego saldré le dejaré mirando al techo dónde se ha ido ahora ella hacerle que me necesite ese es el único modo un cuarto después de qué hora absurda me figuro que ahora se estarán levantando en China a peinarse la coleta para el día bueno pronto tendremos a las monjas tocando el ángelus no tienen a nadie que vaya de noche a echarles a perder el sueño salvo algún cura que otro para su oficio nocturno el despertador de al lado al primer canto del gallo armando un estrépito de volverse loco vamos a ver si puedo echar un sueño 1 2 3 4 5 qué clase de flores son esas que han inventado como las estrellas el papel de la pared en la calle Lombard era mucho más bonito el delantal que me dio él era así sólo que yo me lo puse sólo dos veces mejor bajar esa lámpara y volver a intentar a ver si me puedo levantar pronto iré a Lambe ahí junto a Findlater a hacer que me manden unas flores que poner por aquí por si acaso él le trae a casa mañana hoy quiero decir no no el viernes es día de mala suerte primero quiero arreglar la casa de algún modo creo el polvo crece mientras estoy dormida entonces podemos tener música y cigarrillos puedo acompañarle primero tengo que limpiar las teclas del piano con leche qué me voy a poner me pondré una rosa blanca o esas magdalenas de Lipton me gusta el olor de una tienda grande y rica a 7 y ½ la libra o las otras con cerezas encima y el azúcar rosado 11 chelines un par de libras claro una bonita planta en medio de la mesa yo lo sacaría más barato espera dónde fue que las vi no hace mucho me gustan las flores me encantaría tener toda la casa na-

dando en rosas Dios del cielo no hay cosa como la naturaleza las montañas salvajes y luego el mar y las olas lanzándose y luego el campo tan bonito con campos de avena y trigo y toda clase de cosas y todo el buen ganado por ahí que se le ensancha a una el alma de verlo ríos y lagos y flores toda clase de formas y olores y colores saliendo hasta en las zanjas prímulas y violetas la naturaleza es así en cuanto a esos que dicen que no hay Dios yo no daría un pito por toda su sabiduría por qué no van y crean algo muchas veces le he preguntado a él los ateos o como se llamen que vayan primero a desengrasarse luego piden a gritos el cura cuando se mueren y por qué por qué porque tienen miedo del infierno por culpa de su mala conciencia ah sí les conozco muy bien quién fue la primera persona del universo antes de que hubiera nadie que lo hizo todo quién ah eso no lo saben tampoco lo sé yo ahí estamos daría lo mismo que intentaran parar el sol para que no saliera mañana el sol brilla para ti dijo él el día que estábamos tumbados entre los rododendros en Howth Head con su traje gris de tweed y su sombrero de paja yo le hice que se me declarara sí primero le di el pedazo de galleta de anís sacándomelo de la boca y era año bisiesto como ahora sí ahora hace 16 años Dios mío después de ese beso largo casi perdí el aliento sí dijo que yo era una flor de la montaña sí eso somos todas flores un cuerpo de mujer sí ésa fue la única verdad que dijo en su vida y el sol brilla para ti hoy sí eso fue lo que me gustó porque vi que entendía o sentía lo que es una mujer y yo sabía que siempre haría de él lo que quisiera y le di todo el gusto que pude animándole hasta que me lo pidió para decir sí y al principio yo no quise contestar sólo miré a lo lejos al mar y al cielo estaba pensando en tantas cosas que él no sabía que Mulvey y el señor Stanhope y Hester y papá y el viejo capitán Groves y los marineros jugando a los pájaros volando y a la pidola como lo llamaban ellos en el muelle y el centinela delante de la casa del gobernador con la cosa alrededor del casco blando pobre diablo medio asado y las chicas españolas riéndose con sus mantillas y sus peinetas altas y las subastas por la mañana los griegos y los judíos y los árboles y no sé quién de-

monios más de todos los extremos de Europa y Duke Street y el mercado de aves todas cacareando junto a Larby Sharon y los pobres burros resbalando medio dormidos y los vagos con sus capas dormidos a la sombra de las escaleras y las grandes ruedas de los carros de los toros y el viejo castillo de miles de años sí y esos moros tan guapos todos de blanco y los turbantes como reyes pidiéndote que te sentaras un momento en su poco de tienda y Ronda con las viejas ventanas de las *posadas* ojos atisbando una celosía escondidos para que su amante besara las rejas y las tabernas medio abiertas de noche y las castañuelas y la noche que perdimos el barco en Algeciras el vigilante dando vueltas por ahí *sereno* con su farol y ah ese tremendo torrente allá en lo hondo ah y el mar el mar carmesí a veces como fuego y las estupendas puestas de sol y las higueras en los jardines de la Alameda sí y todas esas callejuelas raras y casas rosas y azules y amarillas y las rosaledas y el jazmín y los geranios y los cactus y Gibraltar de niña donde yo era una Flor de la montaña sí cuando me ponía la rosa en el pelo como las chicas andaluzas o me pongo una roja sí y cómo me besó al pie de la muralla mora y yo pensé bueno igual da él que otro y luego le pedí con los ojos que lo volviera a pedir sí y entonces me pidió si quería yo decir sí mi flor de la montaña y primero le rodeé con los brazos sí y le atraje encima de mí para que él me pudiera sentir los pechos todos perfume sí y el corazón le corría como loco y sí dije sí quiero Sí.

Trieste-Zurich-París, 1914-1921

Apéndice

EL ESQUEMA DE INTERPRETACIÓN DE «ULISES»

El 21 de septiembre de 1920, James Joyce escribía —en italiano— a su amigo Carlo Linati, enviándole un esquema interpretativo para su aún no terminado *Ulises*. En la carta a que acompañaba el esquema, Joyce decía, entre otras cosas:

En vista del enorme volumen y de la más que enorme complejidad de mi maldita novela-monstruo, es mejor mandar ... una especie de resumen-clave-esqueleto-esquema (para uso doméstico solamente) ... He dado sólo palabras-clave *(Schlagworte)* en mi esquema pero creo que lo entenderá de todos modos. Es una epopeya de dos razas (israelita-irlandesa) y al mismo tiempo el ciclo del cuerpo humano, así como una pequeña historia de un día (vida). El personaje Ulises me fascinó siempre —incluso de niño—. ¡Imagínese, hace quince años empecé a escribirlo como un relato breve para *Dublineses*! Durante siete años he trabajado en este libro —¡maldito sea!—. También es una especie de enciclopedia. Mi intención es transponer el mito *sub specie temporis nostri*. Cada aventura (esto es, cada hora, cada órgano, cada arte, al estar interconectados e interrelacionados en el esquema estructural del conjunto) no sólo debía condicionar sino incluso crear su propia técnica. Cada aventura, por decirlo así, es una persona, aunque esté compuesta de personas —como dice Aquino sobre las huestes angélicas.

En noviembre de 1921, Joyce prestó el esquema corregido a Valéry-Larbaud, cuando éste preparaba la gran conferencia de lanzamiento de *Ulises* en París, antes de su publicación; después volvió a prestarlo a Benoît-Méchin, que preparaba la traducción de unos capítulos de *Ulises*. El esquema, algo aumentado y cambiado, pasó luego a ser conocido por Gorman, Stuart Gilbert y otros amigos, siempre bajo palabra de honor de que no lo harían público. En 1930, al publicar Stuart Gilbert su libro sobre *Ulises* (*James Joyce's «Ulisses»: A Study*, Nueva York: Knopf, 1930), Joyce le autorizó a usarlo y citarlo parcialmente, con la advertencia de que «los paralelos clásicos-modernos deberían situarse en el marco de la exégesis de Gilbert más bien que como parte del plan del autor». En 1960 fue cuando el esquema se hizo público, al cuidado de H. K. Croessmann, en *J. J. Miscellany*, Second Series.

En la introducción ya hemos expuesto nuestra opinión de que este esquema resulta ajeno al libro mismo, con el que se conecta apenas en el título (la palabra «Ulises» aparece sólo cuatro veces en la novela, y eso en forma periférica); creemos, por consiguiente, que para leer *Ulises* lo mejor sería prescindir de todo este añadido de simbolismos. Pero, en el contexto de la cultura actual, para bien o para mal, no es posible ignorar esa lectura interpretativa propuesta por el propio Joyce —aunque sólo a sus amigos y en secreto—, y hecha «oficial» por T. S. Eliot. Por tanto, ponemos aquí en manos del lector este material, con la esperanza de que no lo tome muy en serio, y simplemente por cumplir una obligación informativa. El mismo Joyce era consciente de que no le convenía revelar tal esquema, según escribió irónicamente a Benoît-Méchin, resistiéndose a prestárselo:

> Si lo revelara todo inmediatamente, perdería mi inmortalidad. [En *Ulises*] he metido tantos enigmas y rompecabezas que tendré atareados a los profesores durante siglos discutiendo sobre lo que quise decir, y ése es el único modo de asegurarse la inmortalidad.

Pero tal vez el mejor modo de conjurar ese equívoco hechizo de *Ulises* como rompecabezas sea precisamente ofrecer todas las claves para que se vea qué triviales y pegadizas son: entonces se puede disfrutar —y/o sufrir— *Ulises* en su auténtica realidad.

ESQUEMA LINATI

Capítulo	*Título*	*Hora*	*Color*	*Personas*	*Técnica*	*Ciencia Arte*
I - ALBA						
1 (1)	TELEMACO	8-9	oro, blanco	Telémaco Antínoo Mentor Palas Los Pretendientes Penélope (Madre)	Diálogo de 3 y 4 personas Narración Soliloquio	Teolog
2 (2)	NESTOR	9-10	marrón	Néstor Telémaco Pisístrato Elena	Diálogo de 2 personas Narración Soliloquio	Histor
3 (3)	PROTEO	10-11	azul	Proteo Menelao Helena Megapentes Telémaco	Soliloquio	Filolog
II - MAÑANA						
1 (4)	CALIPSO	8-9	anaran-jado	Calipso Penélope (Esposa) Ulises Calídiques	Diálogo de 2 personas Soliloquio	Mitolo
2 (5)	LOS LOTÓFAGOS	9-10	pardo	Euríloco Polites Ulises Nausícaa (Z)	Diálogo Soliloquio Rezo	Químic

ESQUEMA GILBERT-GORMAN

(Adiciones y variantes a Linati)

.. -ado)	Órgano	Símbolo	Correspondencias	Variantes respecto a Linati
res- ren	Telémaco no soporta todavía el cuerpo	Hamlet, Irlanda, Stephen	Stephen-Telémaco-Hamlet Buck Mulligan-Antínoo Lechera-Mentor	E: Torre H: 8 A. M. S: El Heredero T: Narrativa (joven)
uría do		Ulster, Mujer, Sentido práctico	Deasy-Néstor Pisístrato-Sargent Elena-Sra. O'Shea	E: Colegio H: 10 A. M. S: Caballo T: Catecismo (personal)
ria ys]		Palabra, Marea, Luna, Evolución, Metamorfosis	Proteo-Materia Primera Kevin Egan-Menelao Megapentes-Buscadores de berberechos	E: Playa H: 11 A. M. C: Verde S: Marea T: Monólogo (masculino)
o e	Riñones	Vagina, Destierro, Ninfa, Israel en esclavitud	Calipso-Ninfa Dlugacz-Retorno Sión-Itaca	E: Casa H: 8 A. M. A: Economía S: Ninfa T: Narrativa (madura)
ción	Piel	Hostia, Pene en el baño, Espuma, Flor Drogas Castración Avena	Lotófagos-Caballos de coches, Comulgantes, Soldados, Eunuco, Bañista, Espectadores de cricket	E: Baño H: 10 A. M. O: Genitales A: Botánica, Química C: — S: Eucaristía T: Narcisismo

ESQUEMA LINATI

Capítulo	Título	Hora	Color	Personas	Técnica	C A
3 (6)	HADES	11-12	negro-blanco	Ulises, Elpenor, Áyax, Agamenón, Hércules, Erífile, Sísifo, Orión, Laertes, etc. Prometeo, Cerbero, Tiresias, Hades, Proserpina, Telémaco, Antínoo	Narración Diálogos	
4 (7)	EOLO	12-1	rojo	Eolo Hijos Telémaco Méntor Ulises (2)	Simboleutiké [oratoria deliberativa] Dikanikó [oratoria forense] Epideíctica [oratoria pública] Tropos	R
5 (8)	LOS LESTRIGONES	1-2	color sangre	Antífates La hija seductora Ulises.	Prosa peristáltica	A
6 (9)	ESCILA Y CARIBDIS	2-3	—	Escila y Caribdis Ulises Telémaco Antínoo	Remolinos	L
DIA Punto central - Ombligo						
7 (10)	LAS ROCAS ERRANTES	3-4	arco-iris	Objetos Lugares Fuerzas Ulises	Laberinto móvil entre dos orillas	D

ESQUEMA GILBERT-GORMAN

(Adiciones y variantes a Linati)

? -icado)	Órgano	Símbolo	Correspondencias	Variantes respecto a Linati
so a ·a	Corazón	Cementerio Sagrado Corazón El Pasado El Desconocido El Inconsciente Defecto cardíaco Reliquias Fallo cardíaco	Dodder, Canales Grand y Royal, Liffey-Los Cuatro Ríos Cunningham-Sísifo P. Malamud-Cerbero Administrador-Hades D. O'Connell-Hércules Dignam-Elpenor Parnell-Agamenón Menton-Áyax	E: Cementerio H: 11 A. M. A: Religión S: Administrador T: Incubismo
·ión ·a	Pulmones	Máquinas Viento Hambre Cometa Destinos fracasados Prensa Mutabilidad	Crawford-Eolo Incesto-Periodismo Isla Flotante-Prensa	E: Periódico H: 12 mediodía S: Director T: Entimémica
·iento	Esófago	Sacrificio cruento Alimentos Vergüenza	Antífates-Hambre El Señuelo-Alimento Lestrigones-Dientes	E: Almuerzo H: 1 P. M. C: — S: Guardias
de ·os	Cerebro	Hamlet, Shakespeare, Cristo, Sócrates, Londres y Stratford, Escolástica y Mística Platón y Aristóteles Juventud y Madurez	La Roca-Aristóteles, Dogma, Stratford Remolino-Platón, Mística, Londres Ulises-Sócrates, Jesús, Shakespeare	E: Biblioteca H: 2 P. M. S: Stratford-Londres T: Dialéctica
·oiente	Sangre	Cristo y César Errores Homónimos Sincronizaciones Semejanzas	Bósforo-Liffey Orilla Europea-Virrey Orilla Asiática-Conmee Simplegades-Grupos de ciudadanos	E: Calles H: 3 P. M. C: — S: Ciudadanos T: Laberinto

ESQUEMA LINATI

Capítulo	*Título*	*Hora*	*Color*	*Personas*	*Técnica*	*Ciencia, Arte*
8 (11)	LAS SIRENAS	4-5	coral	Leucotea Partenope Ulises Orfeo Menelao Los Argonautas	Fuga per canonem	Música
9 (12)	EL CICLOPE	5-6	verde	Prometeo Nadie (I) Ulises Galatea	Asimetría alternante	Cirugía
10 (13)	NAUSICAA	8-9	gris	Nausícaa Doncellas Alcínoo Arete Ulises	Progresión retrogresiva	Pintura
11 (14)	LOS BUEYES DEL SOL	10-11	blanco	Lampecia Faetusa Helios Hiperión Júpiter Ulises	Prosa (Embrión-Feto-Parto)	Física
12 (15)	CIRCE	11-12	violeta	Circe Animales Telémaco Ulises Hermes	Visión animada hasta el estallido	Danza

ESQUEMA GILBERT-GORMAN

(Adiciones y variantes a Linati)

...ado)	Órgano	Símbolo	Correspondencias	Variantes respecto a Linati
...o	Oído	Promesas Mujer Sonidos Embellecimientos	Sirenas-Camareras Isla-Bar	E: Sala de Conciertos H: 4 P. M. C: — S: Camareras
...r ...	(1) Músculos (2) Huesos	Nación: Estado: Religión: Dinastía: Idealismo: Exageración: Fanatismo: Colectividad	Nadie-Yo Estaca-Cigarro Desafío-Apoteosis	E: Taberna H: 5 P. M. O: Músculo A: Política S: Feniano T: Gigantismo
...ismo ...ado	Ojo Nariz	Onanismo: Femenio Hipocresía	Feacia-Estrella del Mar Gerty-Nausicaa	E: Rocas H: 8 P. M. C: Gris, azul S: Virgen T: Tumescencia, Detumescencia
...nadas	Matriz Útero	Fecundación, fraudes, partenogénesis	Hospital-Trimacria Lampecia, Pasiphae-Enfermeras Helios-Horne Bueyes-Fertilidad Crimen-Fraude	E: Hospital H: 10 P. M. O: Utero A: Medicina S: Madres T: Desarrollo embriónico
...idoba	Aparato locomotor Esqueleto	Zoología Personificación Panteísmo Magia Veneno Antídoto Giro vertiginoso	Circe-Bella	E: Burdel H: 12 medianoche A: Magia C: — S: Puta T: Alucinación

ESQUEMA LINATI

Capítulo	*Título*	*Hora*	*Color*	*Personas*	*Técnica*	*Cie Art*
III - MEDIANOCHE (Fusión de Bloom y Stephen = Ulises y Telémaco)						
1 (16)	EUMEO	12-1	—	Eumeo Ulises Telémaco El Mal Pastor Ulises Pseudángelo	Prosa relajada	
2 (17)	ITACA	1-2	estelar lácteo	Ulises Telémaco Euriclea Los Pretendientes	Diálogo Estilo sosegado Fusión	
3 (18)	PENELOPE	00	estelar lácteo [*luego:*] nuevo amanecer	Laertes Ulises Penélope	Monólogo Estilo resignado	

NOCHE ALTA — AMANECER

↓ ↓

Ulises (Bloom) Telémaco (Stephen)

ESQUEMA GILBERT-GORMAN

(Adiciones y variantes a Linati)

...ido ...alificado)	Órgano	Símbolo	Correspondencias	Variantes respecto a Linati
...mboscada ...gma	Nervios	—	Eumeo-Descollacabras Marinero-Ulises Pseudángelo Melantio Corley	E: Refugio H: 1 A. M. A: Navegación S: Marineros T: Narrativa (viaja)
...speranza ...ada	Jugos	—	Eurímaco-Boylan Pretendientes-Escrúpulos Arco-Razón	E: Casa H: 2 A. M. O: Esqueleto A: Ciencia S: Cometas T: Catecismo (impersonal)
...sado ...me	Grasa	—	Penélope-Tierra Red-Movimiento	E: Cama H: Ninguna S: Tierra T: Monólogo (femenino)

LIBRO AMIGO

Ultimos títulos publicados

875	**Hombres de a caballo**	DAVID VIÑAS
876	**Laura**	PIO BAROJA
877	**El precio era alto I**	F. SCOTT FITZGERALD
878	**Drácula**	BRAM STOKER
879	**Exiliados**	JAMES JOYCE
880	**La muchacha más solitaria del mundo** **	KENNETH FEARING
881	**La guerra del Sahib**	RUDYARD KIPLING
882	**Al margen**	A. PIEYRE DE MANDIARGUES
883	**Pedro Páramo**	JUAN RULFO
884	**El contexto**	LEONARDO SCIASCIA
885	**La balada del café triste**	CARSON McCULLERS
886	**Diario de un hombre engañado**	DRIEU LA ROCHELLE
887	**La hierba roja**	BORIS VIAN
888	**Los vagabundos del Dharma**	JACK KEROUAC
889	**El lamento de Portnoy**	PHILIP ROTH
890	**Casas muertas**	MIGUEL OTERO SILVA
891	**Cuentos morales**	LEOPOLDO ALAS «CLARIN»
892	**El lápiz y otros cuentos** **	RAYMOND CHANDLER

* Ciencia ficción
** Serie Novela Negra

893	Los pazos de Ulloa	EMILIA PARDO BAZAN
894	De tu tierra/El camarada	CESARE PAVESE
895	La Dama de las camelias	ALEJANDRO DUMAS (h)
896	En el camino	JACK KEROUAC
897	Cuentos de la infancia y del hogar	HERMANOS GRIMM
898	Con distinta piel	DYLAN THOMAS
899	El castillo de Otranto	HORACE WALPOLE
900	Madame Bovary	GUSTAVE FLAUBERT
901	Otras voces, otros ámbitos	TRUMAN CAPOTE
902	Erewhon o Allende las montañas	SAMUEL BUTLER
903	Todo modo	LEONARDO SCIASCIA
904	La Regenta	LEOPOLDO ALAS «CLARIN»
905	Por amor al arte **	ANDREU MARTIN
906	Santuario	WILLIAM FAULKNER
907	El carro de las manzanas	GEORGE BERNARD SHAW
908	El inocente **	MARIO LACRUZ
909	Crónicas de pobres amantes	VASCO PRATOLINI
910	Las parroquias de Regalpetra	LEONARDO SCIASCIA
911	Vicente Aleixandre	Edición de LEOPOLDO DE LUIS
912	El sonido y la furia	WILLIAM FAULKNER
913	Infancia, adolescencia, juventud	LEON TOLSTOI
914	Antonio Machado	Edición de JOSE LUIS CANO
915	El precio era alto II	F. SCOTT FITZGERALD
916	Las amistades peligrosas	CHODERLOS DE LACLOS
917	Adiós, muñeca **	RAYMOND CHANDLER
918	La maravillosa historia de Peter Schlemihl	A. VON CHAMISSO
919	Niebla	MIGUEL DE UNAMUNO
920	Historias acerbas	DRIEU LA ROCHELLE
921	Diario V	ANAIS NIN
922	Isabel de Egipto	LUDWIG A. VON ARNIM
923	El balneario	CARMEN MARTIN GAITE
924	Memoria de la melancolía	MARIA TERESA LEON
925	Vidas imaginarias	MARCEL SCHWOB
926	Dinero negro **	ROSS MACDONALD

927	**Hermosos y malditos**	F. SCOTT FITZGERALD
928	**La quinta de Palmyra/El chalet de las rosas**	R. GOMEZ DE LA SERNA
929	**El corazón es un cazador solitario**	CARSON McCULLERS
930	**Tres novelas ejemplares**	M. VAZQUEZ MONTALBAN
931	**Pigmalión**	GEORGE BERNARD SHAW
932	**Reportaje al pie de la horca**	JULIUS FUCIK
933	**Adolphe**	BENJAMIN CONSTANT
934	**Con las mujeres nunca se sabe ****	JAMES HADLEY CHASE
935	**El piloto del Danubio**	JULIO VERNE
936	**Yerma/Poeta en Nueva York**	FEDERICO GARCIA LORCA
937	**En tierra de infieles**	LEONARDO SCIASCIA
938	**La guardia blanca**	MIJAIL A. BULGAKOV
939	**En la bahía**	KATHERINE MANSFIELD
940	**Vathek**	WILLIAM BECKFORD
941	**El cuchillo ****	PATRICIA HIGHSMITH
942	**Donde termina el camino**	JOHN UPDIKE
943	**Paralelo 42**	JOHN DOS PASSOS
944	**La casa Tellier**	GUY DE MAUPASSANT
945	**Abel Sánchez**	MIGUEL DE UNAMUNO
946	**Diálogos amenos**	PIETRO ARETINO

JAMES JOYCE

ULISES

VOLUMEN II

Desde 1922, año de su publicación, ULISES de James Joyce ha sido considerada la obra cumbre de la novela de nuestro siglo. La más innovadora, sin duda, y aquella que ha despertado el más vivo entusiasmo y elogio de la crítica. A pesar de haberse afirmado en repetidas ocasiones que el lenguaje —con toda su riqueza poética y su poder de sugestión musical— es el verdadero protagonista de la novela, la complejidad de sus resonancias simbólicas hacen de esta obra la gran epopeya de la modernidad. Construida sobre el patrón de la *Odisea* homérica, ULISES es la crónica de un día de la vida de Leopold Bloom —un modesto agente publicitario—, de su mujer Molly —cantante profesional—, y del joven Stephen Dedalus, en la ciudad de Dublín, síntesis material y espiritual del mundo de hoy.

9 788402 066459 49908

Precio en España
(2 volúmenes)
750 PTAS.

IMPRESO EN ESPAÑA